

RAQUEL BRUNE

LA CASA DE SAL

UNA JOVEN SIRVIENTA. UNA FAMILIA PODEROSA.
UN VERANO DE MISTERIO, PASIÓN Y MAR.

Grijalbo

RAQUEL BRUNE

La casa de sal

Grijalbo

A mi familia.
Sin vosotras, sin vosotros,
nunca habría podido elegir mi camino
ni ser quien realmente soy

PRIMERA PARTE

1

Sol. Si pudiese escoger su propio nombre, sería ese. El nombre que le recordaba los largos y calurosos días de aquel extraño verano en Fontanada. Hasta entonces, nadie la había llamado así. Sonsolitas, chica, tata, joven, la nana… Sonsoles Blanco había mudado de piel más veces de las que podía contar a lo largo de su vida, tanto que ella misma había llegado a creer que su carne, tan sólida y fuerte cuando trabajaba en la cosecha con tesón, estaba en realidad hecha de una arcilla siempre húmeda y maleable en manos de quien supiese esculpirla.

Sol.

¿Cómo iba a escoger por sí misma un nombre tan grande cuando se sentía siempre tan pequeña? Pasó de ser una niña salvaje y respondona, que se metía en las peleas de los niños del Pueblo a patadas, puñetazos e incluso mordiscos hasta que llegaron a respetarla como una igual y a incluirla en todas sus travesuras, a una joven callada y sumisa que aprendió pronto cuál era su verdadero lugar una vez que fue demasiado mayor para los juegos infantiles. Aunque sus piernas anhelasen correr por el campo, las domó con esmero para que estuviesen quietecitas bajo el brasero mientras sus dedos cosían, o dobladas sobre las rodillas junto al agua del caño en la que lavaba la ropa. Como le recordaba a

menudo su hermana Rocío, el trabajo era trabajo. Y cumplía con él diligentemente, así que la reclamaban de igual modo cuando había que buscar a una oveja extraviada o apilar el trigo.

«El trabajo es trabajo», se repitió a sí misma mientras avanzaba por las ruidosas y estrechas calles del centro de Fontanada. Puede que para un madrileño, un barcelonés o un valenciano, en aquellos primeros y tímidos años de la década de los sesenta, las fachadas de colores claros y balconadas de hierro no fuesen gran cosa, pero para Sonsoles estar en una ciudad, por pequeña que fuese, se parecía a haber aterrizado en un planeta desconocido. La mujer que la acompañaba suspiró exasperada al comprobar como su más reciente protegida volvía a ralentizar el paso para observar los ostentosos edificios de cuatro y cinco plantas que se sucedían en lo más parecido que había allí a una avenida comercial.

—Apúrate, chica nueva. Como lleguemos tarde a la entrevista, ya te puedes olvidar de trabajar en casa de los Vargas. Tu futura patrona no tolera la impuntualidad. —Merche, la madrina no oficial de todos los migrantes castellanos del barrio de la Albufera, la tomó de la muñeca y tiró de ella con brusquedad para obligarla a acelerar —. No te creas que ha sido fácil conseguir que te vea siquiera, he tenido que pedirle el favor a una de mis mejores clientas, buena amiga de la señora de Vargas. Ya lo oirás decir por ahí, así que te lo aviso de antemano: en esta familia son muy particulares con sus manías. Se fían un poco más si alguien viene recomendado, pero no dudarán en ponerte de patitas en la calle si no das la talla. No me dejes mal, ¿eh? Procura que se te vea bien educada y mantén la cabeza gacha. Sobre todo, no repliques. La señora de Vargas detesta que se dirijan a ella sin permiso.

Asintió con la cabeza, dispuesta a obedecer. Ya fuera en el campo para su familia o en la ciudad para unos señoritos, las labores que desempeñaba una mujer no eran tan diferentes. Aun así, su corazón estaba desbocado por los nervios. Tomar la decisión de emigrar no había sido asunto fácil, pero la idea de que le pagasen un salario por sus esfuerzos la entusiasmaba pese al temor a lo desconocido. Una parte la usaría para contribuir a los gastos de su nueva casa y el resto la mandaría de vuelta al Pueblo, con permiso de su esposo, claro está, a su madre y su padre, a quienes cada vez les costaba más esfuerzo trabajar las tierras. Aunque su mayor ilusión era ahorrar todo lo posible para que Toñito tuviese una buena educación. Ella solo había cursado la enseñanza obligatoria, que ya era más de lo que habían estudiado sus padres. Un par de manos jóvenes y lozanas no se podían desperdiciar en un pupitre haciendo cuentas cuando había que llevar comida a la mesa. Pero su sobrino era un chiquillo muy avispado; con los apoyos adecuados podía llegar incluso a la universidad si se lo proponía. Le había prometido a Rocío que cuidaría de él, y pensaba cumplir su palabra.

—Menos mal, ya llegamos —dijo Merche cuando una construcción que destacaba entre todas las demás, funcionales y recién levantadas, apareció ante ellas.

Si los edificios de hormigón resultaban imponentes, aunque algo claustrofóbicos, extraterrestres tal vez para una joven acostumbrada a ver el horizonte sin obstáculos, el Palacete de los Vargas parecía recién salido de un sueño o un cuento de hadas. Un muro bajo coronado con verjas metálicas lo rodeaba de lado a lado, de modo que el modesto jardín poblado de naranjos y melocotoneros quedaba separado del resto de los inmuebles de la calle. Dentro de

los terrenos de la propiedad, unas escaleras conducían a una enorme y solemne puerta de madera granate, en la que destacaba una aldaba de oro con la forma de una sirena, el símbolo de Fontanada, que habría de perseguirla aquel verano. El color cálido de los muros de piedra caliza recordaba a la arena de la playa y en lo alto del edificio se erigía una balconada desde la que se veía toda la bahía. Pero lo que más le gustaba a Sonsoles del palacete eran los hermosos ventanales con mosaicos que recreaban las historias de *Los cuentos de sal*. También la asombró la torre alargada que daba la impresión de levitar en el aire desafiando a la gravedad y que se asemejaba a uno de los escenarios del viejo libro del que tan orgullosos se sentían los fontanadinos y que todos los niños de la ciudad se sabían casi de memoria.

Sonsoles pensó que los habitantes de una casa tan hermosa y deslumbrante no podían ser personas tan mezquinas y duras como se las habían pintado, pero no tardaría en descubrir que su optimismo había vuelto a engañarla. Aunque su hogar resultase cálido y fantasioso, los Vargas eran todo lo opuesto, igual de áridos y ásperos que la sal que secaban en las salinas. El padre de Carlos Vargas, actual patriarca de la familia, fue quien mandó construir el palacete a principios de siglo XX. Tras hacer fortuna en las antiguas colonias con métodos que nunca desveló a nadie, retornó a su pueblo natal para comprar todos los terrenos costeros de la zona y poner en marcha las salinas. Fue un prestigioso arquitecto valenciano, que bebía de la escuela modernista, el encargado de transmitir la riqueza de sus dueños, pero no su personalidad. Con los años el difícil carácter de los Vargas, cerrado y arrogante, había acabado por impregnar cada rincón de la morada. Quienes conocían

a la familia empezaron a ver el lugar no como un castillo de cuento de hadas, sino como la siniestra guarida de un monstruo marino. Las vidrieras se antojaban más opacas; los balcones, que deberían haber sido un remanso de paz, se cernían amenazadores sobre los visitantes, y en cuanto a la torre…, quién sabía qué clase de secretos escondía.

Pero Sonsoles aún no había descubierto la doble cara del palacete y lo admiraba boquiabierta.

—Es precioso. ¿De verdad voy a trabajar aquí?

—Cuando tengas que fregar sus suelos de cabo a rabo pensarás de otra manera —refunfuñó Merche.

El comentario la pilló desprevenida y preguntó con genuina confusión:

—¿Fregar? Creía que iban a entrevistarme para ser la nana de un muchacho de la edad de Toño.

No es que tuviese nada en contra de limpiar para otros si era lo que se precisaba de ella. Tal vez había entendido mal a Merche, o sus patrones hubiesen cambiado de opinión al saber que su única experiencia con niños era como tía. En lugar de aclarar sus dudas, su madrina rio con acritud.

—Ay, chica nueva, no seas ingenua. Te contratan como nana, pero harás lo que te manden. Anda, tira.

Cuando los ojos de Sonsoles descendieron de la peculiar torre que coronaba el palacete, se dio cuenta de que no eran las únicas personas detenidas frente a la morada de los Vargas. Merche chasqueó la lengua contra los dientes, con un sonido de desaprobación, y Sonsoles… Sonsoles no logró quitarle la vista de

encima. Parecía como si una de las efigies que decoraban la fachada hubiese cobrado vida.

La mujer de piel dorada por el sol se apoyaba sobre una vespa de color turquesa y se miraba en un pequeño espejo de mano mientras se pintaba los labios de un intenso rojo teja. Jamás hubiese pensado que una mujer pudiese llegar a ser tan alta; aunque quizá en su Dinamarca natal no destacase por encima de las demás, en una España en la que muchos habían crecido mano a mano con el hambre parecía una criatura venida de otro mundo. Solo sus piernas ya eran vertiginosas, cruzadas la una sobre la otra. Las recorrió con atención, desde las alpargatas de tacón hasta la corta falda, que se había subido aún más por el roce del sillín. La extranjera movió los brazos, alargados como espigas, para recolocarse su algodonosa melena. Su pelo era de un rubio oro que destacaba sobre el bronceado de su piel. Sonsoles también tenía la piel tostada, pero en su caso era por el trabajo del campo y no por pasar largas horas tumbada en la playa o nadando en el mar. La blusa que vestía la extranjera era tan fina que bajo ella se intuía un traje de baño naranja, y protegía sus ojos azules del sol con unas gafas redondas, de cristales amarillos, junto con un coqueto sombrerito de paja. Era un estallido de color en un mundo en blanco y negro.

La desconocida engulló su atención igual que el mar se tragaba los barcos que trataban de llegar al islote de Rocablanca, pero no era la única que sentía intensas emociones al contemplarla.

—Este país ya no es lo que era… —maldijo Merche para sí misma.

La pequeña ciudad costera de Fontanada no estaba preparada para una mujer como Oda Lund. Aunque con la llegada de una

nueva década la modernidad se abriese paso en un país que seguía enquistado en las viejas costumbres, Fontanada no era Benidorm. Quizá el hotel Costa de Sal se hallaba demasiado cerca de la pequeña ciudad para el gusto de muchos, pero estaba lo bastante lejos para que siguiesen aferrándose al pasado. Oda se había acostumbrado a recibir miradas de desprecio y de admiración a partes iguales, así que no se inmutó ante los gestos de asco de Merche ni ante la fascinación que destellaba en los ojos de Sonsoles.

—Buenas tardes. —La desconocida les sonrió mientras saludaba con la mano. Tenía una voz aterciopelada y un acento musical.

Merche reaccionó como si acabase de escupirles en la cara.

—Qué desfachatez… —masculló, lo que hizo sonreír a la extranjera aún más.

Sonsoles tuvo la sensación de que las estaba provocando con aquella fingida indiferencia y que disfrutaba del juicio moral de un par de envaradas españolas. Pero no se pudo resistir a devolverle la sonrisa.

Antes de que entrasen en el palacete, la puerta granate se abrió y apareció un muchacho que se apresuró a bajar las escaleras. Solo tenía un par de años menos que Sonsoles, pero la falta de responsabilidades y la vida cómoda le hacían parecer aún más joven. Llevaba puesto un polo azul claro y su pelo era algo más largo de lo que dictaban las normas del decoro. «Parece un vagabundo», pensó, aunque fuese lo que en su pueblo llamaban «un mozo bien parecido». Su belleza algo delicada y su forma de vestir recordaban a las de esos cantantes extranjeros cuyos vinilos solo podían escucharse en guateques privados, pero para Sonsoles parecía un desharrapado cualquiera. Ninguno de los hombres que conocía

habría logrado dejarse crecer tanto la melena sin que su madre o su esposa le diese un buen tijeretazo.

El hombre saludó a Oda con entusiasmo y posó fugazmente los labios sobre los suyos mientras la atraía hacia él apretando la mano contra su cintura. El gesto hizo que Merche rehuyera la mirada, indignada, y que Sonsoles no fuese capaz de apartar la vista. Una desagradable comezón encogió su pecho al contemplar la ligereza de sus vidas. Llevaba años casada con Antonio, el viudo de su hermana, pero ni siquiera en la intimidad había besado a su esposo. No podría. Mientras ellos jugaban y disfrutaban de los mejores años de su vida, a Sonsoles le habían arrancado de los brazos lo poco que le quedaba de juventud el día en que su querida hermana Rocío falleció y alguien dijo: «Toñito necesitará una madre». Después de aquello aceptó que nunca tendría una cita con alguien que le gustase de verdad ni se subiría a la moto de otra persona en una tarde de verano. Debía ser agradable provocar un escándalo semejante solo por diversión.

—¡Oda! ¿Te he hecho esperar mucho, corazón?

—Sabes que no espero más de cinco minutos a ningún hombre, ni siquiera a ti, Danielito. —Su dulce acento hizo que su advertencia sonase como un gato ronroneando.

«Danielito. Así que es el hijo menor de los Vargas», pensó Sonsoles mientras repasaba mentalmente el resumen que Merche le había hecho por el camino. Ahora comprendía por qué le había advertido que se alejase de él y que no le riese ninguna gracia.

Se subieron a la vespa, él delante y ella abrazada a su espalda, con sus largas piernas cruzadas a un lado, y se marcharon hacia la playa.

Apenas doblaron la esquina, Merche comenzó a maldecirlos.

—Habrase visto; si no acaban con este país los comunistas, lo harán las nórdicas. He oído que a Torremolinos han llegado tantas que lo llaman «la invasión sueca». Ya solo faltaba que también viniesen a Fontanada. Se comportan como frescas y, claro, los jóvenes caen a sus pies como unos simples. Qué van a hacer los pobres. No tienen la fuerza de voluntad para comportarse como Dios manda. Ven unas piernas bonitas y se vuelven bobalicones del todo, y estas vaya que si enseñan las piernas. Claro que el señorito Daniel tampoco es famoso por su rectitud. Ya lo has visto: es un bribón. Su madre prefiere no oírlo de bocas ajenas, pero no tiene moral ninguna. Mujeres, alcohol, apuestas… di un vicio y seguro que lo tiene.

—¿Y qué hay de ella? —preguntó Sonsoles.

Al evocarla volvió a notar esa comezón en el pecho. Una envidia que oprimía su corazón. Envidia de su sonrisa despreocupada; de su piel impoluta, que no había sido marcada por las cicatrices que cubrían la suya, como la marca en el brazo de cuando se cortó con una azada o la de la rodilla del día en que se cayó de la burra. Envidia de la ropa hermosa y colorida que vestía, y del efecto que causaba en los demás. A Sonsoles nunca la habían mirado ni con admiración ni con odio, como mucho lo habían hecho de pasada.

Merche frunció el ceño, suspicaz.

—¿Qué pasa con ella?

—Nada, no importa… —rectificó enseguida.

A las mujeres como Sonsoles ni siquiera se les permitía sentir curiosidad por otras como Oda sin despertar recelo. ¿Por qué se

interesaba en una mala influencia como esa? ¿Acaso tramaba algo? Solo debían mentarlas si era para condenar su conducta.

—Una sirena —maldijo Merche—. Eso es lo que son todas ellas. Atraen a los muchachos y a los hombres con sus cantos malignos. Veneno puro. Poco les importa si están casados o tienen niños esperando en casa. Y, además, ¿cómo pueden llamar «falda» a una prenda tan ridícula? Aunque no te creas que son solo las extranjeras, algunas españolas también empiezan a imitarlas, así que no te acerques a las unas ni a las otras. Yo las ponía a todas a trabajar de verdad, ya verías tú como se les quitaba la tontería.

Volvió a tirar de Sonsoles para que la acompañase escaleras arriba, hasta la entrada del palacete. Antes de llamar a la puerta, se giró hacia la joven para recolocarle el vestido, el cuello, los hombros, las mangas cortas y, por último, la cadenita de la que colgaba una modesta medalla de latón de la Virgen. Era la única joya que poseía. Se la regalaron sus abuelos cuando hizo la primera comunión en el Pueblo y no se la había quitado desde entonces.

—Ya está, estupenda. Una muchacha decente y trabajadora: eso es lo que pareces y lo que tienes que ser —sentenció Merche, satisfecha. Se dispuso a llamar a la puerta, pero se detuvo en el último momento para darle otro consejo—. Oh, y no le digas que tienes marido. La señora de Vargas piensa que el lugar de las mujeres casadas es en casa cuidando de su esposo y sus niños. Y tiene mucha razón, pero cuando una tiene que llevar el dinero a casa no se puede elegir. Eso sí, si te pregunta directamente no le mientas, eso empeoraría las cosas. Es casi imposible ganarse su favor, pero si te ganas su antipatía, tendrás las cosas muy difíciles en esta ciudad.

Sonsoles asintió, dispuesta a ser obediente, pero por necesidad, no por miedo. A pesar de las advertencias de Merche, dudaba que aquella ciudad de clima suave junto a las aguas cálidas del Mediterráneo pudiese ofrecerle una vida más dura que la que había dejado atrás en el interior.

Merche llamó a la puerta golpeando la madera con el tirador de metal. Al cabo de medio minuto se entreabrió y al otro lado apareció una mujer cuya edad debía de estar cercana a los treinta, pero con una postura y una complexión aniñadas. Sonsoles pensó, al ver la forma temerosa con que se asomaba al exterior, como si la luz la quemase, que ella también formaba parte del servicio, pero cuando abrió la puerta un poco más y pudo ver su elegante vestido y sus manos inmaculadas supo que aquella mujer no había trabajado en su vida. A pesar de ello no presentaba un aspecto demasiado saludable. Su piel se veía cetrina y apagada, cualquiera diría que apenas salía de la casa, y tenía unas marcadas ojeras de color violáceo. Las miró de arriba abajo arrugando el labio en un gesto entre el recelo y el hastío.

—Oh, buenos días, doña Alba, ¿está su madre en casa? He venido con la candidata al puesto de niñera. Se suponía que debíamos vernos con ella a esta hora.

—Sí, claro. La avisaré de que estáis aquí —dijo ella, ejerciendo de ama de llaves.

Al cabo de unos minutos volvió y las invitó adentro. A pesar de la amplitud del recibidor y de las empinadas escaleras, Sonsoles se sintió como si estuviese siendo engullida por una serpiente marina. La mayoría de las cortinas estaban echadas para garantizar una mayor privacidad y tranquilidad, así que prácticamente solo entraba

luz a través de las vidrieras, que teñían los muebles, paredes y suelos de tonos fríos que iban del morado al verde.

Siguieron a Alba Vargas hasta un pequeño y sobrio saloncito sin apenas decoración. No era donde recibían a sus visitas de la burguesía y la aristocracia, por supuesto, pero resultaba lo bastante cómodo para que a la señora de Vargas no le importunase pasar tiempo allí.

—Podéis sentaros. Mi madre bajará en un momento.

Ambas siguieron sus indicaciones. Sonsoles se acomodó en el que sin duda era el sofá más cómodo y elegante en el que se había sentado. «Sí que dan dinero las salinas», se dijo mientras admiraba la estantería cubierta de libros y los candelabros de oro. Esperaron unos minutos, en total silencio, hasta que su anfitriona apareció.

2

La señora de Vargas era la firme representación de todo cuanto debía ser una mujer de su posición. Su mera presencia hizo que las dos se pusiesen de pie por acto reflejo. La postura recta de la matriarca, la sobriedad elegante de su vestido verde oscuro, hecho a medida, su tono de voz autoritario: todo parecía fríamente calculado para transmitir distancia entre ella y quienes la observaban. Era su porte lo que la haría destacar en una multitud, pues de su rostro severo, cubierto por arrugas propias de la edad y otras tantas que marcaban en su entrecejo su talante juicioso y algo arrogante, solo resultaban llamativos sus ojos marrones, algo saltones, aunque igualmente intimidantes. Se parecía a su hijo Daniel, pese a que no quedaba gran cosa de su belleza de juventud y no se podía culpar a la edad por ello. Sonsoles había presenciado aquel decaimiento en el Pueblo, en aquellas mujeres que habían padecido más de la cuenta para sus años. A pesar de que la vida de la señora de Vargas pareciese estar colmada de comodidades y lujos, su rostro contaba una historia diferente. «¿Quién es esta mujer que parece estar en guerra con la vida? —se preguntó mientras la patrona las invitaba a sentarse de nuevo—. Alba debe de parecerse a su padre». Donde la hija era afilada y frágil, su madre resultaba robusta y enérgica. «Dudo que haya agachado la cabeza ante alguien ni una sola vez».

La señora de Vargas se acomodó en un sillón frente a ellas, con la espalda muy recta. Sonsoles se tiró de la falda para asegurarse de que le cubría las rodillas al darse cuenta de que su posible empleadora la estaba examinando de pies a cabeza, como hacían las amas de casa en el mercado al escoger las verduras que iban a comprar. Merche se apresuró a hablar para romper el tenso silencio:

—Esta es la joven de la que le hablé, señora de Vargas. He conocido a varias generaciones de su familia, así que puedo dar buena fe de que es una muchacha con la cabeza bien asentada y muy dispuesta a trabajar.

Aquello, por supuesto, era una flagrante mentira, pero Merche actuaba como si todos los recién llegados al barrio obrero de la Albufera, ubicado en el extrarradio de Fontanada, fuesen viejos amigos. Sonsoles suponía que sus primeros años en la ciudad debían de haber sido especialmente duros para que ayudase a completos desconocidos con tanto empeño. A pesar de las adversidades había llegado a abrir su propio negocio; empezó con una peluquería en la Albufera y, más adelante, abrió también un salón de belleza en una calle céntrica, donde había podido conocer a algunas de las señoras más distinguidas de Fontanada. Era así como se extendía su intrincada red de contactos, conectando a los más desfavorecidos con quienes parecían tenerlo todo.

La señora de Vargas asintió levemente, sin despegar la mirada de Sonsoles.

—Tendría que haber acudido a ti desde el principio, Mercedes. Muchas jóvenes parecen respetables por fuera, pero resultan ser una decepción en cuanto apartas la vista y las dejas hacer a su antojo. Tuvimos que despachar a la última chica por su conducta

irresponsable —informó a Sonsoles—. Dejó su puesto de trabajo durante varios días sin aviso alguno y, como comprenderá, eso es harto inaceptable. Sus excusas fueron aún más alarmantes. Nos llevaron a pensar que una persona con una familia semejante a la suya no podía seguir entrando y saliendo de nuestra casa libremente.

—Se trata de su hermano, ¿no es así? El rumor se ha extendido por toda la ciudad. —Merche profirió un chasquido de nuevo.

Sonsoles no había escuchado nada de aquella historia, pero, por supuesto, acababa de llegar a Fontanada. Su madrina se apresuró a aclararle la situación sin entrar en demasiado detalle.

—Los dos vinieron a trabajar en la temporada de verano del año pasado, con intención de quedarse, pero al parecer el hermano de la pobre Teresa no ha aguantado la presión y se ha marchado sin ella dejándola atrás.

—A saber en qué andaba metido. Esta ciudad se está llenando de sinvergüenzas, así que, si se ha marchado de verdad, será para bien de todos, sin duda —farfulló la señora de Vargas—. Cuando apareció de nuevo, la muy descarada me pidió que le subiese el jornal para pagar lo que le debía a su casero, como si no supiese bien los elevados costes que conlleva mantener una casa como esta y que no nos podemos permitir aumento alguno.

Sonsoles reparó en el collar de perlas con que decoraba su cuello, en los pendientes, las pulseras y los anillos de oro y piedras preciosas con los que se engalanaba. Estaba segura de que cualquiera de ellos valía infinitamente más que el jornal que iba a recibir cada mes en esa casa.

—Pero no sigamos hablando de asuntos tan desagradables. No tengo todo el día para perder con chácharas.

—Es cierto, es cierto. Es mejor olvidarlo —concordó Merche—. Y nuestra Sonsoles nunca haría algo así, ¿verdad?

—Cuento con ello… —La mirada inquisitiva de la matriarca se detuvo en sus uñas cortas y en sus dedos repletos de callos. Sonsoles los encogió para ocultarlos por instinto—. ¿Has trabajado antes al cuidado de un niño?

Al principio dudó sobre si estaba dirigiéndose a ella o a su madrina, así que Merche asintió en silencio para darle a entender que era su turno, que tenía permiso para hablar. Sonsoles se aclaró la garganta. Era el momento de ganarse a la señora de Vargas. O de conseguir que, al menos, no la desaprobara demasiado.

—Cuido de mi sobrino. Su madre falleció hace…

—Esos cuidados, ¿supondrán una distracción de tus labores? Las madres siempre piensan que sus propias criaturas son más importantes que las de las demás. Si se enferman quieren salir corriendo a cuidarlo. ¿Será así con tu sobrino?

—No, por supuesto que no. Toño ya es mayor, acaba de cumplir los diez; se apaña solo la mayoría del tiempo.

La señora de Vargas frunció el ceño y Sonsoles supo que acababa de meter la pata. Merche se mordió el labio, inquieta.

—Los mismos años que mi Salvador, pero yo no diría que es tan mayor, apenas un niño. La ciudad no es igual de apacible y segura que un pequeño pueblo, donde todos se conocen; deberías tenerlo en cuenta con tu sobrino. Es una lástima ver a esos chiquillos que se pasan el día en la calle sin nada que hacer.

Sonsoles asintió, más por sumisión que porque entendiese el verdadero significado de sus palabras. ¿Dónde iban a estar los niños de su edad si no era en la calle? Merche se apresuró en salir al rescate.

—Además de tener mano con los críos, es una excelente costurera, ¿verdad? Desde que ha llegado me ha cosido ya tres bajos y me ha remendado una blusa.

—¿Cocinas? Tendrás que hacerte cargo de las comidas de Salvador los días en que la cocinera libre.

—Sí, señora.

—¿Tienes reparos en limpiar?

—¿Reparos? —Miró a Merche, que negó con la cabeza—. Ninguno.

—Deberás acompañar y recoger a Salvador de sus actividades o recibir a sus maestros: violín los lunes, coro los martes y francés los viernes. Los días en que no tenga ninguna, buscarás maneras de entretenerle. Lectura, álgebra, dibujo… son algunas de sus actividades preferidas. Pero si hace buen día, ocasionalmente también deberás acompañarle a montar en bici o a navegar en un bote; cerca de la playa, claro está. Siempre después de recibir mi aprobación. ¿Podrás cumplir con todo ello?

Sonsoles jamás había montado en una bici ni subido a un bote, y solo había visto la costa un par de veces desde que llegó, pero se apresuró a asentir.

—Mi nieto es un muchachito con muchas inquietudes, pero admito que también es algo tímido. Le cuesta ver la maldad ajena. Entenderás entonces que me preocupe por la clase de persona que lo atiende.

«Su nieto». Por un momento Sonsoles había olvidado que el niño que cuidaría era en realidad el hijo de la enfermiza Alba Vargas. Aunque estaba claro quién se encargaba de su educación.

—Es un auténtico encanto de niño, y muy inteligente —confirmó Merche—. Seguro que se entenderán a la perfección. Sonsoles también es una joven muy sensible, ¿cierto?

Ella asintió una vez más, pese a que nunca en su vida había tenido tiempo para ser sentimental.

—¿Con qué estudios cuentas? —quiso saber la mujer, sin prestar mucha atención a los halagos de Merche.

—Sé leer y escribir, y también conozco las cuatro reglas, si a eso se refiere.

—Suficiente para una mujer de tu condición, supongo. Los profesores de Salvador están de acuerdo en que tiene talento para los estudios. Será bueno que te familiarices con sus maestros, en especial con su tutor, don Tobias. Dirige también el coro de la escuela.

La idea le provocó un escalofrío. La única profesora que había conocido era la señorita Poveda, que les hacía juntar las puntas de los dedos y se las golpeaba con ímpetu usando una palmeta para reprenderlos por cualquier chiquillada o minucia. Claro que dudaba que los maestros de la ciudad se atreviesen a atizar a un Vargas como hacía la maestra con los hijos de los campesinos.

—Sí, señora.

La mujer apretó los labios durante unos segundos que se le antojaron eternos y, al final, tomó su decisión.

—Puedes empezar mañana.

Sonsoles asintió agradecida y notó que respiraba de nuevo. Había estado conteniendo el aliento sin darse cuenta. «Lo he conseguido. Tendré un jornal». Aunque la actitud altiva de la mujer la hubiese incomodado desde el principio, había algo grandioso en su aprobación, casi adictivo. ¿Cómo podía enorgullecerla tanto ser del agrado de alguien que le provocaba rechazo?

—Sí, señora de Vargas, muchas gracias por la oportunidad. No la defraudaré, se lo aseguro.

Dejarlo todo atrás y mudarse a la ciudad para empezar de cero había sido aterrador, pero cada día que pasaba se sentía más segura de que su instinto había resultado ser el correcto. En Fontanada, ella y Antonio podrían labrarse una nueva vida gracias a sus dos trabajos asalariados; a los colegios donde Toño podría estudiar; a los rebosantes mercados y ultramarinos que liberaban a los urbanitas de preocuparse por saber de dónde vendría su próxima comida. En Fontanada no solo existía un hoy en el que sobrevivir, sino que también podían fantasear con el mañana.

—Le pediré a Alba que te dé las instrucciones para recoger tu uniforme. Procura venir con la cara lavada y las uñas despintadas y pulcras. Recógete también el pelo y llévalo siempre limpio. Salvador es propenso a las infecciones, así que enjabónate las manos a menudo.

—Sí, señora.

Solo era la segunda vez que pronunciaba aquellas palabras, que habrían de convertirse en su nuevo mantra.

Pero, en aquella ocasión, se solaparon con otra voz, una mucho más angustiada. Alguien gritaba frente a la entrada del palacete.

—¡Señora de Vargas! —exclamó una mujer—. ¡Señora de Vargas, permítame hablar con usted!

Alba, que había aguardado junto a la puerta, igual que un fantasma, a que acabase la entrevista, entró en la habitación para echar las cortinas del pequeño salón.

—No te molestes, esa pordiosera no va a irse a ningún sitio —maldijo la señora de la casa, mientras se ponía en pie con desgana.

—¿Llamo a Juan al cuartel? —preguntó Alba, refiriéndose a su esposo.

—Estará ocupado con asuntos de mayor importancia que una chiquilla que no sabe cuál es su sitio. Yo la haré entrar en razón. —Luego se dirigió a sus invitadas—. Si me disculpan un momento.

Abandonó el saloncito y Alba se apresuró tras ella igual que haría un perrito de compañía. Tan pronto como se quedaron a solas, Merche se acercó a la ventana para ver mejor lo que ocurría, no porque fuera una chismosa, sino porque contar con la información adecuada había sido siempre la mejor de sus cartas para prosperar en la ciudad. Le hizo un gesto a Sonsoles para que se acercara. Iba a aprender una valiosa lección esa mañana.

—Es tu predecesora, Teresa. Desde luego, la muchacha tiene poca vergüenza.

—O está muy desesperada…

Merche le apoyó la mano sobre el hombro.

—¿Y de qué le van a servir su desesperación y sus ruegos si enfurece a los Vargas? Qué ingenua…

Se preguntó si se refería a ella o a la antigua nana. Sonsoles se agachó un poco y vio que la tal Teresa era una chica muy joven, apenas una mujer. Llevaba puesta una blusa blanca con un par de

florecitas bordadas y una falda como la que Sonsoles usaba los festivos. Se había esforzado por presentar su mejor aspecto, pero era inútil. La opinión que la señora de Vargas tenía sobre ella ya estaba forjada a fuego.

—¿Tú otra vez? Te dejé claro que no quería volver a verte por aquí —dijo al salir del palacete.

La joven juntó las manos, palma con palma, y agachó la cabeza ante ella.

—Señora de Vargas, se lo suplico. Es usted mi última esperanza. Si hablara con su yerno tal vez…

—Mi yerno es un hombre muy ocupado que no se puede permitir perder el tiempo con un irresponsable sin oficio ni beneficio. Olvida a tu hermano y búscate un buen esposo mientras estés en la edad o tendrás que dedicarte a mendigar, o a algo aún peor. Este consejo es lo último que recibirás de mí.

Sin embargo, la muchacha no se dio por vencida. Agarró la mano de la que había sido su patrona, que la miró horrorizada, como si acabase de embadurnarla en barro maloliente en lugar de tan solo tocarla.

—Mi hermano es una buena persona. Si me ayudan, podré demostrárselo. Estoy segura de que hay una explicación…

—Sí, por supuesto que la hay. Siempre la hay. Se habrá endeudado con quien no debe o habrá dejado preñada a alguna incauta y ha huido. O puede que sea algo más honrado y que tan solo se haya cansado de trabajar. Ser un zángano no es el peor de los pecados, convéncete de que esa es la razón por la que te ha abandonado.

Cualquier otra persona la habría soltado, intimidada por sus crueles palabras, y se habría marchado cabizbaja, pero ella se mantuvo firme. Sonsoles sintió una punzada de admiración, hasta que recordó las palabras de Merche. «Qué ingenua».

—Trabajaba de sol a sol sin rechistar, no es ningún zángano. Su yerno es teniente coronel de la Guardia Civil, solo tienen que investigar un poco. Si admiten que se trata de una desaparición…

—Increíble. Hay quien cree que la prosperidad la estamos consiguiendo a base de derrochar dinero y tiempo, ¿o no? Este país no va a malgastar un solo céntimo en maleantes, y mi familia aún menos. Y ahora, márchate o te denunciaré.

Se soltó con un brusco gesto que hizo que la muchacha cayese al suelo.

—Señora de Vargas…

Al alzar la vista, la joven se dio cuenta de que tenían espectadoras y miró desesperada hacia ellas, asomadas tras la cortina, pero no había nada que pudiesen hacer en su favor. Sonsoles sintió una punzada de culpa al pensar que estaba sustituyéndola, que de algún modo se había apropiado de una vida que pertenecía a esa chica, quien seguramente la ansiaba y necesitaba más que ella. Pero su familia contaba con los futuros ingresos, y el empleo era considerablemente más fácil y agradable que muchos otros. No tenía que limpiar pescado en una lonja ni que empaquetar sal durante horas sin fin. En el fondo debía estar agradecida, así que agachó la cabeza. La actitud de Teresa se transformó al comprender que no podía hacer nada por cambiar su situación; que nadie, ni los poderosos ni quienes eran igual que ella,

iban a ayudarla; que ni siquiera iban a escuchar lo que tenía que decir. Su miedo y su desesperación se convirtieron en rabia.

Teresa se aferró al amuleto que llevaba al cuello, una concha blanca que colgaba de un cordón negro, en busca de fuerzas.

—Habrá más —advirtió. Su voz sombría resonó con amargura y se hizo un silencio en mitad de la maldición—. Mi hermano no ha huido, él nunca me dejaría atrás. Alguien se lo ha llevado, alguien le ha hecho daño. Y no será el único. Quienquiera que haya sido, si no paga por ello, volverá a hacerlo.

La señora de Vargas respondió con una mueca de hartazgo.

—Alba, ve a llamar al cuartel y di que una indeseable nos está acosando en la puerta de nuestra propia casa —indicó serena.

La amenaza de su antigua empleada no parecía haberle afectado en absoluto.

No hizo falta que Alba diese un solo paso. Teresa se resignó y dio media vuelta para marcharse, con los ojos húmedos por la impotencia y los puños apretados. Pero la patrona no había concluido:

—Ah, y no cuentes con volver a trabajar en esta ciudad. No queremos a alborotadoras que dan problemas pululando por aquí.

Teresa, que había acompañado al pequeño Salvador a sus clases cientos de veces, que le había preparado sus platos favoritos, que le había dado de comer cuando se encontraba enfermo y había limpiado el sudor de la fiebre de su frente, que le había cantado para que conciliase el sueño y había jugado con él a la pelota en la playa, se marchó tan rápido como pudo, sin llevarse ni un ápice de gratitud o reconocimiento con ella. Ni tan siquiera le dijeron adiós.

Sonsoles se alejó de la ventana y tomó nota de lo que le ocurriría también a ella si osaba contrariar a la familia Vargas.

—¿Y si tiene razón? —susurró.

—No digas tonterías. Ya has oído a la señora: lo más probable es que ese golfo apostase más dinero del que tenía. Teresa lo sabe mejor que nadie; por mucho que defienda a su hermano, el muchacho frecuentaba malas compañías más noches de las que pasaba en casa. Olvídate de todo esto, no es asunto nuestro —aconsejó, dando ejemplo.

Merche no volvería a pensar en ese joven desaparecido en mucho tiempo, pero Sonsoles no logró quitarse de la cabeza las advertencias de Teresa. Las familias adineradas a menudo daban por sentado que la desdicha nunca iba a ser tan insolente como para acecharlos, pero habrían hecho bien en prestar atención a los malos augurios.

«Habrá más», había advertido la mujer.

Y estaba en lo cierto.

3

Daniel Vargas estaba seguro de que el mundo exterior, su música, su moda y sus ideas se abrirían paso por el litoral igual que un incendio bajo el abrasador sol del verano. Pero, para su gusto, la España gris y melancólica, donde imperaban la lucha, la escasez y el luto, estaba tardando demasiado en despertar de su letargo. El hijo menor de la eminente familia llevaba en pie de guerra contra el pasado desde la adolescencia y ansiaba aquel nuevo mundo que los extranjeros traían consigo. Era tal su insistencia en llevar la contraria a todos los valores que le habían inculcado en la infancia que hasta su férrea madre había optado por darle por perdido. No estaba dotado con el talante de patrón de su fallecido hermano Salvador ni con la docilidad de su hermana Alba y, pese a encontrarse en lo alto de la jerarquía social, no podía ni quería comprender las viejas costumbres. De adolescente habían dejado pasar sus desafíos constantes a la autoridad atribuyéndolos a una sana energía varonil, y cuando habían tratado de hacerle entrar en vereda ya era demasiado tarde. En los viajes a Valencia con sus amigos, había descubierto el twist, el rock y un sencillo llamado «Love Me Do». El joven comenzó a frecuentar los guateques clandestinos, aprendió a jugar al póquer, se dejó crecer el pelo, para espanto de su madre, se compró unas botas Chelsea y comenzó a ahorrar en secreto por si

algún día reunía el valor para coger un avión y escuchar en vivo a todos esos grupos de los que había oído hablar. Después llevó su rebeldía un paso más allá. Se enamoró perdida e irrevocablemente de Oda Lund, de la misma forma en que uno se prenda de una estrella fugaz o de la luz que se cuela por la ventana al atardecer. Aunque no era su único pretendiente, a ella parecía agradarle pasar tiempo con aquel españolito desesperado por aprender qué había más allá de las fronteras de su patria. Incluyendo a las mujeres.

Daniel Vargas se preparaba para una cita romántica, vino blanco y fruta fresca en una apartada cala, cuando alguien llamó a la puerta del palacete. «Debe de ser la nueva nana». La había visto de refilón cuando acudió a la entrevista el día anterior, otra de esas chicas españolas que se esforzaban por decir y hacer lo correcto por miedo a ser represaliadas. Decidió ahorrarle el mal trago de lidiar con Alba y se apresuró a abrirle la puerta. Encontró al otro lado a una chica joven, que recogía su pelo negro en un moño bajo muy sencillo y sin adornos. Se estiraba la falda del uniforme, nerviosa, y al oír cómo se abría la puerta alzó hacia él unos ojos verdosos que destacaban sobre su piel tostada por el sol del campo. Hacían juego con el color del vestido que componía su atuendo.

—Oh, esto, buenos días. Busco a la…

—¿Señora de Vargas? Mi madre está hoy supervisando la construcción de un nuevo almacén de sal, pero ha dejado instrucciones para ti. —O eso le había oído decir en el desayuno—. Adelante.

Se hizo a un lado para dejarla pasar, con una sonrisa tan afable que, unida a su simpatía desinteresada, parecieron descolocarla. Sin duda, alguien le había advertido ya de que no debía dejarse

engatusar por un «pendenciero sin moral alguna» como él. El desafío solo logró despertar aún más su interés.

—Sí, señorito. Gracias —fue su parca respuesta.

Daniel la condujo hacia un salón mucho más amplio y luminoso que el del día anterior, al otro lado de la casa, lo bastante espacioso como para acoger una mesita de té, un armario para piezas decorativas e incluso un piano de cola.

—Mi madre solía tocar de joven —explicó Daniel al reparar en la curiosidad con la que la joven miraba el instrumento—. Pero no te molestes en pedirle que toque una pieza para ti. Hace años que no se acerca a él, desde que murió Salvador. Mi hermano mayor, no el hijo de Alba.

Sonsoles asintió, aunque por dentro quisiese reír con sorna ¿Pedirle a la señora de Vargas que tocase una pieza? Dirían de ella que era una ingenua, pero, sin duda, Daniel vivía en las nubes. Con todo y con ello, se sentía más cómoda preguntándole a él por el niño al que debía cuidar que a cualquiera de las mujeres de la casa.

—¿Su sobrino se llama así por su tío?

Daniel le dedicó un amago de sonrisa.

—No parecemos del tipo sentimental, ¿verdad?

—Oh, yo no… no me refería a eso.

—Descuida, sé bien lo que se dice en la ciudad de nuestra familia, que de tanto explotar las salinas se nos ha vuelto el corazón de sal. Puede que no sea tan literal, pero es cierto que en la tierra salada no crece la vida, quizá en los corazones salados tampoco.

No hablaba con tristeza, no del todo, sino con resignación. Hacía tiempo que el menor de los Vargas había aceptado que su familia nunca cambiaría.

—Lo cierto es que no he oído nada parecido.

—Debes de llevar poco tiempo aquí, entonces.

Sonsoles iba a responder cuando el timbre de una bicicleta resonó desde la calle: cuatro veces exactas. Ring ring. Ring ring. Daniel no parecía sorprendido por la intromisión.

—Ah, ahí está Oda. ¿Por qué no le abres la puerta y la invitas a pasar? Mientras tanto, voy a por la nota que te ha dejado mi madre.

—¿Y-yo? ¿Quiere que yo la reciba? —preguntó, confusa.

—Claro, ahora trabajas aquí. Estar pendiente del timbre será una de tus obligaciones mientras estés en la casa. Mi hermana se encuentra indispuesta a menudo; mi madre se ocupa del negocio familiar como si fuese su cuarto hijo; mi cuñadito, el teniente coronel, prefiere el cuartel a esta casa, y yo… tengo una vida social ajetreada. —Le guiñó un ojo, pero el gesto atrevido no logró opacar una ausencia en la lista: su padre—. Muchas veces estarás sola en casa con Salva, aunque puede que también esté la cocinera. Tendrás que acostumbrarte a atender el teléfono y a recibir el correo. —Cruzó el umbral del salón y se dispuso a subir las escaleras hacia la segunda planta, pero se detuvo en el último momento—. Por cierto, no me hables de usted. No soy tan rancio como el resto de mi familia. Me llamo Daniel, ¿y tú?

Aquella era, sin duda, otra de las pamplinas del joven. ¿Que no le llamase de usted? ¿Y cómo demonios pretendía que lo hiciese? Claro que él podía referirse a la niñera como gustase y ella no tenía ni voz ni voto al respecto.

—Sonsoles.

—Sonsoles —repitió, y el timbre de la bicicleta volvió a sonar. Otras cuatro veces exactas—. Se está impacientando. Ya sabes lo

que dicen de la puntualidad nórdica. Me temo que tendrás que aplacar su furia. Ahora vuelvo.

La dejó a solas y ella miró de un lado a otro, preguntándose qué debía hacer. Finalmente optó por seguir sus instrucciones. La jerarquía de aquella casa seguía un claro orden: la señora de Vargas; después, su yerno, Juan Arias; su hija Alba, y, por último, el impredecible Daniel. Ante la ausencia de los demás y sin una instrucción contraria, tendría que atender sus peticiones. Pero, antes, se miró en el espejo del pasillo. Llevaba puesto el uniforme que habían encargado para ella, un vestido de un verde claro con las mangas y el cuello blancos, que incluía un delantal del mismo color, así que a nadie le extrañaría que actuase a modo de sirvienta. No es que la prenda le sentase mal, pero tampoco diría que le favorecía demasiado. En cualquier caso, el uniforme la volvía invisible, como si se tratase de la capa de un mago. O al menos eso creyó. Abrió la puerta y encontró a Oda Lund sentada a horcajadas sobre una bicicleta amarilla, detenida en la acera. En esa ocasión llevaba puesta una blusa sin mangas y unos pantalones tan cortos que se sonrojó al verlos. Bajó los escalones, concentrada en no tropezarse, y abrió la portezuela de la entrada para ella.

—Bu… buenos días, señorita Lund —dijo, sin estar segura de si estaba pronunciando bien el apellido—. El señorito Vargas quiere saber si le importaría a usted esperarle dentro unos minutos.

La mujer se bajó las gafas de sol, también amarillas, para poder verla mejor. Temió que fuese a matar al mensajero, pero, en lugar de eso, sus labios se arrugaron en una sonrisa pícara.

—Así que se retrasa otra vez, pero no va a dar la cara.

Se bajó de la bici y la dejó apoyada sobre la verja del jardín. Subió los escalones con pasos gráciles y se detuvo junto a ella para examinarla con atención. Sonsoles se sonrojó aún más. Su supuesta invisibilidad le había fallado.

—Pareces amable, más que la última chica. No dejes que te pisoteen, ¿sí? Por aquí no les gusta la gente que brilla: luz, calor, lo mismo da. —Entró en la casa como si le perteneciese y Sonsoles la siguió hasta el salón de invitados—. Veo que ya sabes mi nombre, pero ¿qué hay del tuyo? ¿Cómo te llamas? —preguntó mientras se acomodaba en el sofá, y por un momento Sonsoles sintió que estaba pasando una entrevista de trabajo de nuevo.

¿Cuál era la forma apropiada de hablar y actuar ante una mujer como ella, tan atractiva y sofisticada, que hablaba varios idiomas y conocía el mundo? Sonsoles sabía ser la hija de unos campesinos, la hermana de Rocío, la tata de Toñito, estaba aprendiendo a ser la nana de los Vargas y la esposa de Antonio, pero no tenía ni idea de quién se suponía que debía ser ante Oda Lund.

—Sonsoles —se presentó por segunda vez ese día—. Me llamo Sonsoles.

—¿Son Soles? —preguntó ella, entendiendo que se trataba de dos palabras diferentes. Señaló hacia arriba—. ¿Soles? Pero solo hay una como tú, un sol. ¿Puedo llamarte así? ¿Sol?

Se azoró. Sol. Era una palabra demasiado grande para referirse a alguien tan insignificante como ella, pero siempre había respondido ante todos los nombres que quisieran darle los demás. Asintió con la cabeza.

—Encantada de conocerte, Sol.

Oda le tendió la mano y Sonsoles tardó unos segundos en comprender que quería estrechar la suya, igual que hacían los caballeros cuando se presentaban. Aceptó el gesto y se le hizo un nudo en el estómago. Su mano era suave y olía a aceite de almendras. Acababa de echarse crema. Oda estrechó los dedos de Sonsoles con cuidado durante unos segundos, sin dejar de sonreír. La soltó enseguida, pero ella siguió notando un cosquilleo en los dedos, quizá porque la pegajosa crema se había trasferido en parte a su piel.

—Qué pulso tan firme.

—Es… es porque tengo práctica cosiendo.

No supo si debía defenderse de una acusación o sentirse halagada. La extranjera era tan directa que la confundía y disparaba sus nervios.

—¡Vaya! Qué envidia, yo no sé ni coser un botón. ¿Me ayudarías con uno de mis vestidos? Un favor de amigas.

—¿A-amigas? —repitió, aturdida.

Tal vez Oda aún no comprendiese del todo el español.

—¡Ya estamos aquí! —anunció Daniel, entrando de vuelta en el salón de un salto, y esa vez no iba solo.

Le acompañaba un niño que se parecía mucho a él. Tenía el mismo pelo castaño claro revuelto, ni liso ni rizado, cortado a tazón sobre unos ojos grises. Al verlas, el niño hizo un ademán de esconderse con disimulo tras su tío, pero Daniel no se lo permitió. Le agarró por los hombros y le empujó hacia las dos mujeres.

—Sonsoles, te presento a Salva. Salva, saluda a tu nueva nana. Tienes que ser amable con ella, acaba de llegar a la ciudad y no

conoce a nadie de por aquí. Serás su primer amigo, así que enséñale Fontanada. ¿Vale?

El hecho de que le asignase una misión, convirtiéndole en una especie de pequeño protector de la joven, le armó del valor suficiente para alzar la mano y saludar. Aunque tenía la misma edad que Toñito, aquellos dos niños no podían ser más diferentes. La timidez del chiquillo le hacía parecer mucho más pequeño, pero Sonsoles no se dejó engañar. Había otros muchachos así en su pueblo, y en ocasiones eran los más maduros. Enseguida sintió el instinto de amparar al pequeño, aunque Merche le había advertido que era mejor que no se encariñase con él.

—Hola, Salva, encantada de conocerte. Me han dicho que eres un niño muy inteligente.

El crío se sonrojó hasta la punta de las orejas y agachó la vista.

—Esto estaba en su cuarto para ti. —Daniel le tendió un sobre—. Las instrucciones de las que te hablaba. Las repasaría contigo encantado, pero temo que mi querida Oda me mande a freír espárragos si me demoro un segundo más, y la verdad es que los caprichos de mi madre me aburren un poco.

La extranjera hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—No me importa. Puedo esperar, no me uses de excusa.

—Vaya. —Daniel miró a Sonsoles—. Debes de haberle caído en gracia a la reina de la puntualidad. Entonces ¿quieres que te ayude con esto? —preguntó, tendiéndole el sobre.

Sonsoles lo cogió apresurada.

—No es preciso que se tome… —Daniel se cruzó de brazos a modo de reproche ante su formalidad— que te tomes las molestias

—se corrigió, pero las palabras se le atascaban en la garganta—. Salid a disfrutar del día. Ya me encargo yo de la casa.

—Mi hermana está arriba durmiendo, tiene una de sus migrañas. Si necesitas algo, grita con fuerzas y ella te oirá, pero nunca subas al segundo piso, y menos aún a la torre —le advirtió—. Estoy seguro de que es una de las normas que mi madre ha escrito para ti. Pero, descuida, no te pierdes nada. Lo mejor de la casa es el jardín. Hasta la próxima, Sonsoles.

—Chao, Sol —se despidió la danesa, que se puso en pie para tomar al joven Vargas del brazo.

Se marcharon juntos y la dejaron a solas con el niño.

—Hoy tengo clase de violín —informó al darse cuenta de que parecía tan perdida como Daniel le había advertido.

—Oh, ya veo, ¿las clases son aquí?

Negó con la cabeza.

—Voy a casa del maestro. Es un violinista famoso, tocó un año en la Orquesta Nacional de España. Antes venía él, pero a mi madre le duele la cabeza muchos días y le molesta el ruido.

—Ya veo, ¿y dónde…?

—Mi abuela siempre lo escribe ahí.

Salva señaló el sobre.

—Ya. Será mejor que me estudie esto —admitió—. Gracias por tu ayuda, Salva. ¿Puedo llamarte así yo también?

El muchacho sonrió satisfecho consigo mismo. Asintió exactamente dos veces con un aire formal que casi la hizo reír.

El motor de la vespa ronroneó en el exterior y se asomó a la ventana para ver cómo Daniel y Oda se alejaban. «Concéntrate, Sonsoles. Los señoritos pueden permitirse jugar y divertirse, tú no»,

se reprochó. Iba a tener que esforzarse mucho para ponerse al día con las idiosincrasias de los Vargas. Al abrir el sobre descubrió que en su interior había diez páginas manuscritas por ambos lados, repletas de indicaciones, normas y prohibiciones.

—Vaya… La señora de Vargas no deja nada al azar.

4

No había nada acogedor ni hermoso en las salinas de los Vargas para quienes se deslomaban bajo el ardiente sol de verano, entre las montañas de sal y los estanques. Ellos padecían el lado más inhóspito de aquel paisaje: las quemaduras, que empeoraban con el roce corrosivo de la sal en la piel; los pies, los labios y las manos agrietados, y la garganta siempre seca. Sin embargo, los visitantes que se detenían ante aquel paisaje por primera vez, sobre todo al amanecer o al atardecer, se encontraban con una estampa de una belleza sobrecogedora, una mezcla entre la salvaje naturaleza y el empeño del hombre por controlarla, en la que se fundían unos colores que parecían sacados de la paleta de un osado pintor impresionista.

El cielo apenas había comenzado a tornarse naranja, pero la tenue luz del sol brillaba sobre el intenso rosa del agua salada que reposaba en las tajerías rectangulares. Hasta los atareados agentes de la Guardia Civil se detuvieron un segundo para otear el horizonte donde se entremezclaban todos aquellos colores. A medida que el agua se evaporaba, se tornaba más y más roja, como un mal augurio de los horrores que habrían de suceder ese verano. En cambio, las manchas que habían dado la señal de alarma ya no eran de color escarlata, sino de un granate oxidado.

Fue en aquel paraje onírico donde encontraron a la primera de las víctimas.

—Será mejor que resolvamos este asunto antes de que lleguen los trabajadores —espetó Juan Arias a sus hombres, que habían dejado el coche aparcado en la entrada de las salinas y caminaban por la pasarela principal.

Ninguno de ellos se atrevió a contrariarle. Aunque el teniente coronel Arias fuese el responsable de mantener el orden en Fontanada, era bien sabido que tenía como prioridad proteger los intereses de la familia Vargas, de la que ahora formaba parte gracias a un calculado y beneficioso matrimonio con Alba Vargas. El aviso que habían recibido en el cuartel ponía ambos intereses en conflicto. De ahí su mal humor, peor aún de lo habitual, y sus prisas por resolver el problema cuanto antes.

Dejaron atrás las tajerías y avanzaron hasta detenerse frente a varias pilas de sal, que más bien parecían pequeñas colinas, lo bastante grandes para que un hombre pudiese escalar por ellas. Allí los esperaban los primeros agentes que habían llegado a la escena del crimen después de recibir una llamada al cuartel durante su turno. Se hicieron a un lado al ver a Arias y le recibieron con un rápido saludo militar al que el teniente coronel apenas prestó atención. Lo que aguardaba sobre la pila de sal era mucho más urgente que las meras formalidades.

A medio desenterrar entre la superficie y los kilos de sal, había un hombre joven con los ojos negros abiertos como platos y la mirada perdida. A pesar de sus ropas humildes, el tipo debía de haber sido todo un galán entre los suyos: cejas angulosas y oscuras, igual que su cabello; hombros y cuello fuerte, y un semblante

atractivo. Seguro que más de una muchacha iba a llorar su muerte cuando se supiese la noticia. Sin embargo, cualquier signo de belleza se había esfumado ante lo grotesco del crimen. Alguien ahí fuera parecía pensar que una cara bonita no era suficiente para ganarse la absolución.

Arias se inclinó para verlo mejor. Le habían degollado con muy poca finura, a base de tajos discontinuos y una puñalada en la parte inferior del cuello. Pese a la torpeza del asesino, su fuerza y determinación habían sido más que suficientes para acabar con la vida del joven. Litros de sangre habían empapado la sal a su alrededor. Tenía la boca llena de ella, como si hubiese seguido luchando por respirar hasta el último momento. «Ni siquiera esperó a que muriese para enterrarle vivo», comprendió.

—¿Sabemos su identidad? —preguntó a los dos agentes.

—Era un trabajador de la salina, Francisco González, de veintidós años. Aunque solo llevaba aquí un par de meses. El capataz dice que le contrataba para las temporadas de verano y que no era muy hablador. Su hermana había presentado una denuncia de desaparición hacía unos días en el cuartel y se quejaba por la ciudad de que algo le había pasado, pero nadie se la tomó muy en serio. No sería el primer hombre que se cansa de tener que cargar con una cría. Ninguno de los peones le conocía lo suficiente para responder por él, pero tampoco parecía que diese problemas en el trabajo, así que el capataz pensó que se había marchado porque consiguió un empleo en otro sitio, o que se había escondido porque le debía dinero a alguien. Hacía lo que pedían, cobraba y se marchaba, pero al parecer perdía una buena parte de su jornal apostando a las cartas.

Un jugador. Eso lo explicaba todo. Aquellas partidas eran ilegales y estaban perseguidas por la ley, pero eso no detenía a muchos jóvenes a la hora de apostar en ellas.

Arias arrugó el bigote con una mueca de desagrado. Aunque solo tenía treinta y nueve años, el teniente coronel de Fontanada aparentaba al menos una década más. Su pelo había empezado a encanecer, y juraba que desde que se había casado con un miembro de la familia Vargas las arrugas se habían multiplicado y se tornaban cada vez más y más profundas. «Ese palacete estará lleno de comodidades, pero te está drenando la vida», se había atrevido a decirle una vez un subalterno después de un encontronazo. Se encargó de que le destinasen a la unidad más remota y dura en el norte, donde los sindicatos mineros daban cada vez más problemas. Puede que hubiese dicho la verdad, que la señora y sus cachorros le estuviesen consumiendo poco a poco, pero Arias había apostado su vida al éxito de los Vargas, o al menos, el de sus capitales, y no pensaba vacilar. No podía permitir que se corriese la voz de que su sal estaba manchada de sangre.

—¿Cuándo encontraron el cuerpo?

—Fue ayer, poco después de que terminase el turno. Casi todos los jornaleros se habían ido a casa, pero el capataz mandó a los que quedaban que trasladasen la sal de este montón al almacén antes de marcharse. Entonces notaron algo raro, que resultaron ser los dedos de una mano. Al principio pensaron que podía seguir con vida o que había sido un accidente, y continuaron retirando sal, pero cuando vieron la sangre y el corte en el cuello avisaron al capataz.

Era un mal comienzo que tantas personas conociesen el incidente. Se lo contarían a sus esposas al llegar a casa y esas

chismosas marujearían sobre ello en el mercado con otras amas de casa. Al cabo de un par de días empezarían a hablar por toda la ciudad del «crimen de las salinas». Tendría que dar carpetazo al asunto cuanto antes, dejar claro que el único culpable de lo ocurrido era la víctima y que los Vargas eran unos meros damnificados por la conducta irresponsable de un vividor que no sabía cuándo parar de jugar a las cartas en lugar de dar las gracias por tener un empleo.

—Que vengan el médico y el juez para poder levantar el cuerpo. Y que se lo lleven cuanto antes, los jornaleros necesitan seguir trabajando. ¿Habéis encontrado algún arma?

—Nada, señor —admitió uno de los hombres, con un nudo en la garganta.

Puede que fuese lo mejor. Cuantas menos pruebas físicas tuviesen, más creativos podrían ponerse con el informe.

—¿Qué hay de sus objetos personales?

—Solo hemos encontrado una cartera roñosa con un par de fotos de su familia y unas cuantas pesetas.

—¿No llevaba nada con lo que defenderse? ¿Ni siquiera una navaja?

El agente negó con la cabeza.

—Es raro en alguien que debía dinero, seguro que ya le habían amenazado. Supongo que el asesino se la habrá llevado también. Está claro que se trata de un ajuste de cuentas; no será fácil encontrar al culpable, así que tampoco desperdicies mucho tiempo. Este maleante habría acabado en un calabozo de todas maneras.

Las caóticas heridas en el cuello de Francisco González revelaban la mano de un homicida principiante, que había dudado o que no sabía lo que hacía. Y también que no debía de haber sido sencillo

noquear a un tipo fornido y joven, acostumbrado al trabajo duro, imposible quizá sin pillarle por sorpresa. Alguien que temiera por su vida no bajaría la guardia tan fácilmente. Teresa se había encargado de saldar sus deudas cada vez que llegaba a casa borracho y con los ojos llorosos, prometiendo que sería la última vez. Pero nada de aquello encajaba con la historia que Arias iba a relatar, así que era mejor omitirlo.

—¿Qué hacemos con su hermana, señor? —quiso saber uno de los hombres—. Sigue protestando por ahí.

La antigua nana de los Vargas había tratado de armar revuelo en el palacete hacía un par de días. Se comportaba como una enajenada, así que se volvería loca del todo en cuanto se enterase de que su hermano estaba muerto. Sabía que una mujer furiosa que lo había perdido todo era como una bomba de relojería, por eso había aprendido a tocar las teclas adecuadas para aplastar su determinación.

—Como familiar directo, la informaremos del hallazgo del cuerpo. Preguntad si su hermano tenía enemigos. Lo negará, pero recalcad que es un ajuste de cuentas y que ella podría ser la siguiente. Si insiste en que investiguemos, dejadle caer que alguien podría pensar que su empeño es sospechoso, como si estuviese exagerando para ocultar algo. ¿De verdad quería tanto a su hermano como dice? Debía de hacer que su vida fuese muy dura, tal vez no pudiese aguantarlo más. Captará el mensaje.

El agente se limitó a asentir. Todos en la unidad sabían que era una insensatez contrariar a Arias o hacerle más preguntas de la cuenta. No es que fuese un sádico, no encontraba placer alguno en el sufrimiento y el dolor *per se*. En cambio, le causaba euforia ver

hasta dónde estaban dispuestos a llegar sus subalternos con tal de complacerle, cuán bajo podía descender el resto para auparle aún más a él. Quienes eran listos se daban cuenta de esto desde el principio y le entregaban una pizca de lo que tanto ansiaba, se humillaban lo justo para mantenerle contento. Los menos avispados, los que no se agachaban ante Arias, solo lograban despertar en él una incómoda sensación de desafío y, para compensarle por el mal trago tendrían que dejarse pisar con mucha más fuerza. Por eso, fuera justo o no, se ocuparían con esmero de que todo el mundo olvidase a Francisco González.

5

Merche ayudó a Sonsoles y a Antonio a encontrar un modesto apartamento en el barrio de la Albufera. Una familia del bloque en el que ella vivía se había marchado a Valencia capital poco antes y nadie había alquilado aún el piso que había quedado vacío. Conocía al casero desde hacía años y podía recomendarlos. ¿No era aquello una suerte? En comparación con el palacete donde Sonsoles pasaba los días, las paredes de materiales baratos resultaban insignificantes, pero cuando se despertaba cada mañana, abría el grifo y salía agua caliente y fría a placer, necesitaba detenerse unos momentos para asegurarse de que no seguía soñando. Además, tenía luz eléctrica y calefacción en invierno. Semejantes lujos le parecían más propios de una marquesa que de una nana. En el Pueblo tenía que ir a recoger agua del caño pequeño todos los días y debía calentarla en una cazuela si necesitaba darse un baño.

El piso estaba compuesto por cinco estancias: dos habitaciones, un pequeño salón comedor, la cocina y un baño. Sumaba en total sesenta y dos metros cuadrados. Sesenta y tres si contaban la estrecha terraza que salía del salón, apenas lo bastante grande para que una persona se asomara de pie. «Los chiquillos pueden compartir el cuarto si os decidís a tener más», les había explicado Merche, pero ella se apresuró a aclarar que aquello no estaba entre

sus planes. No solo no podían permitírselo económicamente, sino que, además, todo el proceso detrás de la maternidad, que conocía bien por Rocío, la aterrorizaba. Por fortuna, Antonio solo la veía como una cuidadora para su pequeño y nunca había esperado otra cosa de ella. No había amor en su matrimonio, más de necesidad que de conveniencia, ni tampoco pasión.

Sonsoles, por su parte, estaba mucho más entusiasmada con las ventajas de la ciudad que con su matrimonio. No se podían permitir un frigorífico ni una lavadora, pero en el salón había un sofá para pasar el rato y tenían un teléfono propio, ambos dejados atrás por los anteriores inquilinos, quizá porque eran viejos y anticuados para los nuevos tiempos. Aunque su pieza favorita de la casa era una radio que nunca se escacharraba ni perdía las frecuencias, al contrario de la que usaban en el Pueblo.

Costaba creer que apenas unas semanas atrás su vida hubiese sido tan distinta, parecía que la tierra natal hubiese estado atrapada en el tiempo mientras el resto del mundo seguía avanzando. Se quedó pasmada al descubrir que una aspiradora costaba igual que una vaca. Las pequeñas comodidades de los urbanitas valían lo mismo que su supervivencia. Sin embargo, la pequeña ciudad también era más ruidosa y sucia que el Pueblo. Cada vez que echaba de menos a su madre, el agua fresca que emanaba del manantial o el olor terroso del trigo al secarse en verano pensaba en el intrépido Toño. Siempre que volvía agotada del trabajo acudía a la carrera a recibirla y la estrechaba entre sus brazos, por él hacían todo aquello y se sacrificaban tanto, para que pudiese disfrutar de todo cuanto el mundo moderno pudiese ofrecerle.

—¡Tata! —la saludó el muchacho, con una sonrisa de oreja a oreja que revelaba un par de huecos donde se le acababan de caer los colmillos de leche—. ¿Qué traes en la bolsa? —dijo al verla cargada con la compra.

—Adivina —le desafió.

El chiquillo se agachó para olfatear su contenido y enseguida reconoció el olor intenso y seco. Los ojos le brillaron de repente. Su madre solía preparar aquel plato los días especiales.

—¿Bacalao con patatas?

Sonrió para confirmarlo y Toño la acompañó dando saltos de alegría hasta la cocina. A veces, cuando sonreía arrugando los ojos color chocolate, o cuando se daba cuenta de que le había salido una nueva pequita en su rostro de tez morena, veía en él a su hermana Rocío y se le encogía el corazón de dolor. Sacudió la cabeza, para espantar la nostalgia, y colocó la compra sobre la encimera.

—¿Me ayudas a pelar las patatas? —preguntó, y el niño se apresuró a rebuscar en la despensa.

—Ah, ya estás aquí —dijo Antonio, que acababa de salir del cuarto de baño.

Aún tenía el pelo mojado después de asearse.

—Los Vargas cenan pronto, así que me ha dado tiempo a pasar por el mercado en el camino de vuelta. ¿Te apetece cenar bacalao?

El hombre respondió con un seco «ajá…», se sirvió un vaso de vino, directamente de un porrón, y se encaminó a la terraza para asomarse un rato al fresco, como hacía cada noche.

Sonsoles notó una densa opresión en el pecho. Sabía que estaba muy lejos de ser una buena esposa. Cuando Rocío falleció y ella se casó con Antonio, se esforzó por asumir todas las obligaciones de su

hermana, incluyendo la de cocinar para su familia y la de anticiparse a las necesidades de los hombres de la casa, pero nunca se acordaba de que a Antonio le gustaba beber vino antes de la cena ni se ofrecía a masajearle las piernas llenas de las varices que le salían por pasarse el día en pie trabajando. Podía coser, cocinar o fregar, pero no fingir un afecto que nunca había existido. Toñito necesitaba una madre, y ella iba camino de quedarse para vestir santos de todas formas. Todos sus pretendientes acabaron cansándose de que Sonsoles no mostrase interés alguno por ellos y se fueron casando con otras mientras ella cumplía años. Pobrecita. Si se casaba con Antonio, al menos podría culminar su propósito como mujer y convertirse en madre. En apariencia todos salían ganando y, al estar ambos en mitad de un duelo, ninguno de los dos se negó a los deseos de sus mayores. Antonio era un buen hombre que cuidaría de ella cuando sus padres muriesen, y ella, una joven cariñosa a la que Toño adoraba. Por eso entonces, con veintiséis años, tenía una familia prestada y el supuesto consuelo de haberse librado de ser una solterona.

—Anda, ve poniendo la mesa, que esto ya casi está —le dijo a Toño al cabo de un rato de menear las patatas, el huevo y el pescado en una sartén.

Sirvió primero a su marido, que trabajaba duro en las salinas; después a Toño, que estaba en edad de crecer, y dejó las peores partes para ella, una costumbre que había aprendido de su madre y su abuela sin cuestionársela, sin importar lo cansada o hambrienta que estuviese.

El niño se apresuró a colocar los cubiertos y los vasos, y se sentaron alrededor de la mesa en un silencio un tanto incómodo.

Sonsoles los observó mientras comían: Toño con tanta voracidad que se quemaba la lengua; su padre con una cierta desgana. El hombre y su hijo eran dos pequeñas réplicas el uno del otro: igual de espigados, con la misma cara alargada, labios finos y cejas pobladas. Los dos se ponían morenos con mucha facilidad y se peinaban el pelo castaño oscuro, casi negro, a un lado, aunque a lo largo del día este se iba rebelando y acababa alborotado. De no haber sido por el rastrojo de barba en el rostro de Antonio y el abundante vello en sus brazos, podrían pasar por la misma persona. Toñito aún no había dado el estirón, pero, cuando lo hiciese, el parecido iba a ser aún mayor. En la personalidad, en cambio, no podían ser más diferentes.

—¿Qué tal el día? —preguntó a su esposo, en un intento por romper el silencio—. Estarás cansado…

—Una jornada bien trabajada es una jornada aprovechada —sentenció él sin entrar en detalles. Luego dejó el tenedor sobre el plato y la miró con atención, algo que no solía hacer—. ¿Se portan bien contigo los Vargas?

La idea de que su esposa trabajase para otros no le agradaba desde el principio, y menos aún desde que Merche le convenció de que era mejor que Sonsoles fingiera que estaba soltera en el trabajo. No llevaba anillo de bodas porque no se habían podido permitir comprar uno. A Rocío la habían enterrado con el suyo por petición de su esposo y, aunque lo hubiesen conservado, ella jamás habría sido capaz de lucirlo. No le importaba aquel hueco en el dedo; de hecho, la reconfortaba. Así su situación parecía menos real. Sin embargo, sabía que Antonio se avergonzaba por todo lo que no era capaz de darle.

Se esforzó por sonreír, como si su trabajo en el palacete no fuese más que un juego para entretenerse.

—¿Los Vargas? No son simpáticos, quizá incluso un poco raros, pero me dejan hacer mi trabajo en paz si sigo sus normas. Me habían contado que Salva es un niño encantador y, siendo un señorito rico, pensé que sería de esas cosas que se dicen por quedar bien. Pero resulta que es cierto.

«No se parece en nada a su abuela ni tampoco a su madre. Me pregunto a quién habrá salido». Si le contaba a Antonio cómo la obligaban a planchar el uniforme del teniente coronel o que la señora de Vargas no se había molestado en aprender su nombre y la llamaba «chica», solo lograría entristecerle aún más.

—Me alegro —respondió, y enseguida volvió a mirar a su plato.

Ante su parquedad, se centró en Toño.

—Acábatelo todo, que tienes que ponerte alto y fuerte —le dijo, aunque su consejo no hacía falta. El muchacho comía a dos carrillos. Se dirigió a su esposo de nuevo—: Merche me ha recordado que tenemos que matricular a Toñito en la escuela para el próximo curso.

Antonio carraspeó. No le gustaba que sacase a colación en la mesa cualquier tema que pudiese ser causa de preocupación, pero era uno de los pocos ratos en los que Sonsoles podía hablar con él.

—¿Escuela? Yo no quiero volver a la escuela, es aburrida —protestó el niño con un mohín.

—¿Qué pensabas, que por venir a la ciudad ya no ibas a tener que estudiar?

—Pero es que aprendo mucho más en la calle que en clase. Me obligan a memorizar nombres de ríos que no voy a ver nunca. ¿Qué hay de lo que veo todos los días? ¿No es más importante? Por

ejemplo, ¿a que no sabíais que hay una isla de los naufragios en Fontanada? Los niños de la plaza dicen que se llama Rocablanca y que puede verse desde la playa. Si yo fuese un pirata, enterraría allí mis tesoros.

Puede que Toñito no se pareciese al prototipo de niño aplicado, siempre correteando de aquí para allá, haciendo amigos con una facilidad pasmosa y sonsacándoles confesiones que ni el mismo diablo les habría arrancado, pero Sonsoles se iba a esforzar para que pudiese seguir con sus estudios. Era rápido y audaz como un zorro y, aunque le aburriesen los libros de texto, se había obsesionado con los tebeos desde que llegaron a Fontanada. Claro que Merche decía que eso no contaba como leer y que los chiquillos iban a acabar con las ideas fritas con tantos dibujitos. Pero ella se daba cuenta de la avidez con la que el niño los devoraba.

—El instituto de Fontanada te gustará más. Podrás aprender muchas muchas cosas, ya lo verás. Los maestros de la ciudad son muy buenos —dijo, pero el chiquillo seguía más entusiasmado con la historia que había recolectado como si de pepitas de oro se tratase.

—También cuentan que la isla está maldita y que por eso se hunden todos los barcos, pero eso es una tontería. Las maldiciones no existen. He preguntado si había piratas, pero dicen que no, que solo sirenas. Que lo pone en *Los cuentos de sal*. Pero eso también es muy tonto, ¿verdad? Las sirenas tampoco existen. Los otros niños se enfadaron porque les dije que aún eran unos mocosos por creer algo así. Nos peleamos y me hice un raspón. ¡Mira! —Mostró con orgullo el codo cubierto por una incipiente costra rojiza.

Puede que en eso se pareciese más a su tía que a sus padres. Ella tampoco habría dudado en enzarzarse en una riña con sus

amigos de pequeña, pero se suponía que debía enseñarle a comportarse como un buen chico y no como la pequeña salvaje que había sido. Por eso se aguantó la risa y trató de sonar seria y razonable.

—A ti tampoco te hubiese gustado que te llamasen «mocoso».

—Pero es que es la verdad. ¿Cómo va a estar una isla embrujada? ¿Y cómo va una mujer a ser medio pez y a vivir bajo el agua? Se ahogaría seguro.

Antonio le revolvió el pelo a su hijo, una de las pocas formas de afecto físico que se permitía.

—Hay muchas cosas que desconocemos en el mundo, Toñito. No seas tan rotundo al hablar. Piensa que hace unas semanas ni siquiera habías visto el mar. ¿A que no sabías que el agua puede ser rosa?

—¿Agua rosa? —preguntó él, con esa mirada suya, de ojos muy abiertos, ansiosa por saber más.

Antonio asintió.

—En las salinas hay agua rosa. La he visto con mis propios ojos.

El chiquillo arrugó la nariz, suspicaz.

—Te lo estás inventando…

—Que no, ya lo verás. Mañana te traigo un poco a escondidas y te darás cuenta de que digo la verdad. Quién sabe, igual un día te encuentras cara a cara con una sirena y tienes que tragarte tus palabras.

Sonsoles disfrutó de la conversación en silencio, aunque con una punzada de culpa. Debería haber sido Rocío quien estuviese allí, escuchando a padre e hijo hablar de nimiedades de la vida cotidiana, quien tendría que haber visto el mar mientras abrazaba al niño en

lugar de morir sin saber lo cómodo que era sentarse en un sofá y sin haber comprado nunca un tebeo a su hijo. Cada segundo de paz y alegría se opacaba rápido por la voz en su cabeza que la llamaba «usurpadora», a pesar de que ella jamás había sentido el menor deseo de ocupar ese lugar. «Te juro por mi vida que cuidaré bien de él», se repetía en su fuero interno cada vez que la invadía la culpa. No iba a permitir que su hermana se preocupase, estuviese donde estuviese.

—Anda, no te emociones demasiado, que tienes que ir a acostarte —le recordó al niño.

—¡Pero no tengo sueño! —protestó él, igual que todos los días.

—Pues te bebes un vaso de leche caliente y después tiras para la cama.

Consiguió acostarle pese a sus protestas e intentos por convencerla para que le dejase escuchar la radionovela que ponían por las noches. Negociaron y al final le permitió leer un tebeo de aventuras veinte minutos antes de apagar la luz. Y así concluyó con todas sus tareas del día, fuera y dentro del hogar. Se dejó caer en el sofá, en el extremo opuesto a donde se había repantingado Antonio. Cerró los ojos para escuchar la radio, aunque apenas podía concentrarse. Se giró hacia su marido y se preguntó si se pasaba el día pensando en lo mismo que ella, evocando un pasado feliz que se había vuelto doloroso tras la pérdida, mientras fingía escuchar al locutor.

—¿De verdad que los Vargas te tratan como es debido? —inquirió de pronto, sobresaltándola.

La miró, con agotamiento y preocupación en los ojos, y supo que necesitaba su sinceridad.

—Todo lo bien que un patrón trata al servicio. Me hacen trabajar mucho y son exigentes, pero me dejan comer las sobras sin ninguna pega. No me gritan ni me persiguen. La mayoría de ellos parece demasiado preocupado por sus propios asuntos para reparar en mí.

Se acordó entonces de Daniel Vargas subiéndose en su vespa turquesa con la hermosa danesa agarrada a su cintura y volvió a sonrojarse. No, ella era una mota de polvo insignificante en el vasto mundo de los Vargas, un duendecillo invisible que limpiaba el polvo y les planchaba la ropa mientras vigilaba a Salva por el rabillo del ojo.

El hombre asintió, aliviado.

—¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo en las salinas? ¿Os maltratan allí? —Ahora era ella la que se mostraba consternada.

—No… no es eso. Los capataces nos miran por encima del hombro por ser de pueblo, pero ya sabía que eso ocurriría. —Hizo una breve pausa y desvió la vista al infinito—. Hoy ha aparecido un hombre muerto. No querían que nos enterásemos, pero algunos jornaleros han visto cómo se llevaban el cuerpo. Al parecer, alguien lo ha matado.

—¿Matado? ¿Estás seguro?

La señora de Vargas le había pedido que llevase las uñas pulcras, así que, en lugar de mordérselas, jugueteó con el borde del asiento.

Antonio suspiró agotado.

—Dicen que le degollaron a cuchilladas, de lado a lado como a una bestia. Parece ser que por un ajuste de cuentas.

El estómago se le encogió y comenzó a sudar, aunque no por el calor. Así que el hombre había muerto desangrado. Sacudió la cabeza para espantar un fogonazo de imágenes: un hombre tendido

sobre el camino de tierra y piedras. Un uniforme militar empapado de sangre. Sus manos temblando. La voz de Rocío, imperativa, mientras la agarraba por los hombros: «No se te ocurra hablarle de esto a nadie o estamos perdidas. Las dos. ¿Entiendes?». Se obligó a hablar para espantar los demonios del pasado.

—Es… Es horrible. ¿Le conocías?

Su esposo negó con la cabeza.

—Llevaba ya un par de semanas desaparecido. Al parecer, la sal evitó que empezase a pudrirse y a oler. Lo encontraron enterrado en ella.

¿Desaparecido? Se preguntó si se trataría del hermano de la anterior niñera. «Pobre Teresa».

—La ciudad es más peligrosa que el campo. En el barrio, todos los vecinos vigilan que los niños estén bien, pero deberíamos hablar con Toñito para que no deambule demasiado. Al acostarle me ha dicho que quiere ir a la playa, a ver la isla de Rocablanca con sus propios ojos, y me preocupa que vaya solo.

—Está bien que se divierta. A lo mejor podrías llevarle tú.

«Seguro que preferiría ir con su padre». En las semanas que llevaban allí, Antonio había dedicado todo su tiempo libre a dejarse devorar por aquel sofá hasta que su mirada quedaba perdida, en algún lugar donde ni su esposa ni su hijo podían alcanzarle. Pero no quería hacerle cargar más peso sobre los hombros, así que asintió.

—El domingo es mi día libre, nos vendrá bien salir un poco.

En su corazón seguía siendo una muchacha joven y soltera que anhelaba la llegada de las fiestas del patrón del pueblo para bailar al son de la música de las charangas, admirar la procesión repleta de flores y beber el vino casero para olvidar las dificultades del día a

día. Si salir a la playa con su sobrino era lo más parecido a lo que podía aspirar como mujer casada, lo tomaría como viniese.

—Aun así, tened cuidado. No han atrapado a ese carnicero.

—Seguro que la Guardia Civil no tardará en encontrarle —dijo pensando en Juan Arias.

Apenas había intercambiado poco más de un par de palabras con el padre de Salva cuando se lo encontraba por los pasillos del palacete de los Vargas, pero parecía la clase de hombre a la que los criminales harían bien en temer.

El hombre se puso en pie con un gruñido por el dolor de espalda.

—Puede que sí… Me voy a dormir. No te acuestes muy tarde.

Sonsoles le dio las buenas noches. Ella también estaba cansada, pero esperaría a oírle roncar para acostarse también. Era incapaz de conciliar el sueño si sabía que estaban los dos despiertos y compartiendo lecho. Mientras su esposo empezaba a dormirse, fue a la cocina y buscó una navaja. Pese a sus palabras optimistas, había aprendido hacía años que una mujer tenía que protegerse por sí sola. La mano le tembló al sentir su peso y la mera idea de volver a utilizar un filo como aquel a modo de arma le revolvió el estómago. La dejó de vuelta en su sitio, asustada de sí misma y de lo que era capaz de hacer, y regresó a la cama, a sabiendas de que no pegaría ojo esa noche.

6

Sonsoles estaba acostumbrada al silencio del campo, interrumpido por el balido de las ovejas y algún que otro aullido de lobo en la distancia, así que le costaba mantener la concentración cada vez que se repetían distintas versiones de la misma discusión. Esa vez, el alboroto provenía del recibidor.

—Te hemos consentido todos tus caprichos, esa absurda forma de vestir y que vayas por ahí con esas greñas. Hasta he dejado de insistir para que trabajes en la salina, como deberías. Al menos podrías sentar la cabeza de una vez.

Daniel tenía otra cita con Oda y la señora de Vargas no podía soportar que se dejase ver por la ciudad con una mujer tan alejada de los principios del decoro, y para colmo a plena luz del día. En la salita, Sonsoles cosía los bajos de unos pantalones de Juan, el yerno de su patrona. Tanto ella como Salva, que dibujaba sobre la mesita de té, sentado en el suelo, fingían no escuchar. El niño parecía acostumbrado a las desavenencias entre su abuela y su tío, pero de vez en cuando se llevaba las manos a los oídos, molesto por tanto grito.

—¿Y a qué llama sentar la cabeza? ¿A que me case en la iglesia para que pueda presumir delante de todos los ricachones del Levante? Primero un bodorrio, luego un heredero y después, ¿qué?

¿Un despacho? ¿Eso es lo que quiere? ¿Que discuta sobre el precio de la sal con los compradores y que me enfade si los camioneros no llevan los pedidos a tiempo? —se rio ante aquella estampa que había dibujado.

Lo cierto era que costaba imaginarse al vividor de Daniel Vargas preocupándose por otra cosa que no fuese dónde servían los mejores vinos o ponían la mejor música.

—Solo te pido que te busques una buena mujer. ¿Tan difícil es?

—Nunca os importó lo que hiciese con mi vida mientras Salvador seguía vivo.

—No te atrevas a mencionar a tu hermano con esa bilis en la boca —le advirtió la mujer.

El pequeño Salva no reaccionó tampoco al escuchar el nombre que compartía con el difunto primogénito de los Vargas. Tampoco cuando sí empezaron a referirse directamente a él.

—No voy a ser su sustituto ni voy a calentarle el asiento a Salva hasta que sea mayor. Contrate a un gerente si está cansada y quiere jubilarse.

Salva tampoco quería trabajar en las salinas, pero, al contrario que su tío, no iba a poder eludir su destino tan fácilmente. Ya era lo bastante mayor para saberlo, y a Sonsoles le partía el corazón ver cómo se obligaba a complacer a su abuela. Los planes de la matriarca no incluían el dibujo, la música o la poesía, que tan bien se le daban.

La señora de Vargas dio un golpe en el mueble de la entrada.

—Tu hermano volvería a morirse de la vergüenza si supiese cómo te comportas. Hablar con tanta desvergüenza a tu madre, pasearte

por ahí con esa esa… «sirena» del brazo —espetó, como si se tratase del peor de los insultos.

—¿Usted sí puede hablar de él mientras escupe veneno? —se burló Daniel, con una risa traviesa—. Además, lo que quiere es que me case, ¿no? A lo mejor lo hago con ella. Con la «sirena».

—¡No te atreverías! —respondió su madre, horrorizada.

—¿Y por qué no? Nos gustamos y somos jóvenes, ¿no se supone que la gente se casa por eso? Tendremos hijos altos y guapos. Hablarán español, inglés y danés.

En la habitación de al lado, el pulso de Sonsoles falló y se clavó la punta de la aguja en la yema del dedo. Profirió un gritito más por la sorpresa que por el dolor, aunque una gota de sangre escarlata brotó del pequeño agujerito en su índice. Salva fue el primero en apresurarse junto a ella para comprobar que estaba bien, y después le siguió Daniel, quien entró en la estancia desde el pasillo.

—Te has hecho daño… —observó apenado el niño, pero no sorprendido, como si fuese inevitable salir herido de aquella casa.

—No es nada —le aclaró con dulzura—. Tendría que haber usado un dedal, pero me he confiado. Eso es todo. —Se llevó la herida a la boca y la chupó para quitar la sangre y taponarla con saliva—. ¿Ves? Ya está.

El gesto logró tranquilizar a Salva, pero Daniel no resultó tan fácil de convencer. Cualquier excusa era buena para continuar desafiando a su madre.

—Se supone que eres la niñera, no tendrías que estar haciendo las tareas de la casa. ¿Para esto quiere que me case, madre? ¿Busca manos extra para el servicio? ¿Alguien más a quien mangonear?

Su patrona, asomada a la puerta, lanzó una mirada fulminante a la joven, como si hubiese sido ella la insolente por provocar, con su torpeza, semejantes ideas en su hijo.

—No… no es nada —insistió.

—Ya resolveremos la cuestión que tenemos entre manos en otro momento —advirtió a su hijo. Después se dirigió a Sonsoles—: Ten cuidado, las manchas de sangre no salen fácilmente. Si echas a perder alguna prenda, te la descontaré de tu sueldo.

Sonsoles asintió y animó a Salva a que siguiese con sus dibujos. El niño, complaciente, le hizo caso enseguida.

Daniel Vargas, en cambio, era harina de otro costal. Se sentó a su lado, dejándose caer en el sofá con las piernas cruzadas, y se giró hacia ella, apoyando el codo sobre el respaldo del asiento.

—«Ya resolveremos la cuestión que tenemos entre manos» —se burló de su madre—. Como si no tuviésemos la misma discusión tres veces por semana. No logra aceptar que la cuestión no puede resolverse, ni ahora ni nunca. Ella querría que me transformara en mi hermano Salvador por arte de magia, y eso no va a pasar. ¿Tienes hermanas?

Sonsoles dijo que sí sin entrar en explicaciones, a la vez que se preguntaba por qué le contaba esas cosas a ella, si se trataba de alguna clase de prueba, aunque entendía mejor que nadie la sensación de tratar de rellenar en vano el hueco, más grande que tú en todos los aspectos, que había dejado una hermana mayor. Ella se esforzaba en estirarse cuanto podía, en vano, sin acercarse ni siquiera un poco a la estela de Rocío, mientras que Daniel parecía haber adoptado la estrategia opuesta: agrandar el boquete hasta destruir los cimientos que lo sostenían.

—¿Cuándo murió? —preguntó con curiosidad sincera.

Había visto fotos de Salvador Vargas y, aunque compartía los rasgos con el resto de la familia, se notaba en su porte que había sido un hombre con garra y al que el mundo había concedido una misión clara para la que estaba confeccionado a medida, igual que los trajes que lucía orgulloso y con la cabeza bien alta. Era el digno heredero de los Vargas, dueños y señores de las salinas de Fontanada.

—Hace diez años. Yo era un adolescente y Salva ni siquiera había nacido. La cosa estaba reciente, por eso mi hermana tuvo un momento melodramático y llamó así al crío. La única vez en su vida que Alba ha demostrado tener sentimientos.

—Debió de ser difícil para todos.

«Incluido para ti».

Su pose despreocupada podía engañar a su madre, pero ella, que había vivido lo mismo que él, no se la llegaba a creer. Había disfrutado de más tiempo junto a su hermana que él con el suyo y, aun así, habría dado lo que hubiera sido por una tarde más a su lado, haciendo carreras hasta el pantano y comentando los chismes del pueblo de al lado. Mataría por poder hablar con ella, para asegurarle que estaba haciendo todo lo que podía y preguntarle cómo demonios había logrado que pareciese tan fácil.

Daniel suspiró.

—Vivir en esta familia es duro en general. ¿Verdad, Salva?

El niño siguió dibujando, sin darse por aludido. Estaba coloreando un paisaje con pinturas pastel: la reconocible silueta de la playa, el mar y la isla de Rocablanca en el horizonte.

—¿Y tú qué piensas? —Daniel se dirigió a la nana al comprobar que su sobrino no tenía intención de contestar. Sonsoles no contaba con que nadie le pidiese su opinión, así que supuso que estaba tomándole el pelo—. ¿Es difícil trabajar para los Vargas?

—En absoluto, me encanta pasar tiempo con Salva —dijo, y era verdad, aunque no del todo.

El señorito no podía pretender que fuese honesta y que admitiese que, si hubiese sabido leer y escribir como Dios manda, habría preferido otra clase de empleo, uno de esos que eran aceptables para las jóvenes solteras, como el de secretaria o telefonista, puede que maestra; y que, si tuviese dinero suficiente, habría montado un negocio, como Merche, para ser dueña de su propia vida. Su escueta respuesta solo logró aumentar la curiosidad del joven.

—¿Y no te desquician todas las normas de mi madre?

Algunas eran comunes y poco dignas de mención, como la obligación de mantener un aspecto limpio y respetable, sin nada de maquillaje. Sonsoles no poseía un triste pintalabios, así que eso no le suponía ningún problema. Sobre sus funciones, se le exigía que fuese diligente, que proporcionase compañía y atención a Salva, pero sin mostrarle un afecto innecesario al muchacho que pudiese ablandarle o hacer que se apegase a ella, y que ocupara las horas ociosas realizando las labores del hogar que fuesen precisas, pues no se le pagaba un jornal por estar mano sobre mano. Las únicas normas que le resultaban algo más extrañas eran las relativas a la privacidad. Pronto le quedó claro que, para la señora de Vargas, sus empleados no serían nunca como «uno más de la familia», sino más bien insectos que pululaban a su alrededor, a los que no aplastaría

con el puño mientras no molestasen demasiado. Para que su presencia resultase tolerable debía guardar, bajo cualquier concepto, silencio absoluto sobre todo lo que viese u oyese en la casa, y mantenerse alejada en todo momento de la planta de arriba. Nunca debía entrar en el dormitorio de ninguno de los miembros de la familia, ni siquiera en el de Salva, y mucho menos subir a la biblioteca en la torre. Esos eran espacios reservados para los Vargas, aunque solo Alba pasaba allí la mayoría del tiempo, pues apenas abandonaba la casa. A pesar de su estatus social, era ella quien se ocupaba de la limpieza y el orden de la planta superior. Tal era el recelo de la familia hacia los forasteros.

—Es su casa, tiene derecho a imponer sus reglas.

Daniel estiró el cuello y los músculos igual que habría hecho un gato perezoso.

—¿No te causaremos simpatía? Espero que no, porque esta familia es un desastre. Haz tu trabajo, cobra tu sueldo, pero no te encariñes demasiado con nosotros —advirtió, mirando hacia Salva.

—No se preocupe, señorito, tengo el corazón duro. Hace falta para sobrevivir en el campo. Prepárate para lo peor y no esperes nada, así no morirás de hambre si una helada echa a perder la cosecha.

—Manos duras, corazón duro… Cualquiera diría que en el interior sois de piedra caliza.

Sonsoles escondió sus manos con disimulo debajo de la tela del pantalón que cosía. Era cierto que sus dedos callosos y su piel áspera eran diferentes a las delicadas manos de Oda Lund, que él debía de conocer tan bien; que sus músculos fuertes y hechos para trabajar no se parecían a los de la frágil y lánguida Alba Vargas. Pero

qué se le podía hacer, pertenecían a mundos distintos, era lógico que se notase en su aspecto.

Daniel reparó en el gesto.

—No debes avergonzarte, no lo decía como un reproche. Al contrario. Es mejor ser sólido, de piedra dura, que de sal, como nosotros. ¿Sabes cómo funciona una salina? Cuando el sol de verano brilla, calienta el agua, que se evapora poco a poco hasta que solo queda la sal que contiene. Cristalina, diminuta. La sal se compone de millones de granos separados entre sí; por eso, en cuanto vuelves a echarla al agua, se desvanece. Esos somos nosotros. Si algún día quieres deshacerte de un Vargas, échale un buen cubo de agua a la cara —expresó gesticulando para ilustrar la escena.

Sonsoles sonrió a regañadientes y negó con la cabeza ante las ocurrencias del joven.

—¿Por qué iba a hacer eso? Me quedaría sin mi jornal, y dudo que consiguiese otra cosa que enfurecer a la señora de Vargas.

—Llevas poco aquí, pero lo suficiente. Vamos, suelta esa lengua. Alguna vez nos habrás detestado: la opulencia absurda de esta casa, la tendencia a mirar por encima del hombro y ese vestido horrendo que te obligan a llevar. —Señaló el uniforme verde que lucía Sonsoles—. No me digas que no preferirías ponerte uno más bonito.

Sonsoles pensó en su ropa, gris, marrón y negra, que había sido confeccionada con telas ásperas y duraderas para resistir años y años de arduo trabajo. El tacto del uniforme de algodón era suave; su peso, ligero. Negó con la cabeza.

—No tengo ningún vestido más bonito que este.

Daniel se llevó la mano a la boca, abierta por el espanto.

—Cielos…, eso sí que es trágico. Deberíamos llevarte de compras un día Oda y yo.

Sintió una punzada aguda en el pecho ante la mención de la extranjera. Se imaginó a sí misma luciendo la misma ropa que la danesa, detenidas de pie la una frente a la otra. Las diferencias entre ambas se volvieron más grandes, tan evidentes que cualquiera podría señalarlas.

—Se lo agradezco, pero no será necesario. Seguro que tienen mejores cosas que hacer.

Daniel la estudió con aire calculador, igual que ella cuando revisaba los puntos de una costura para ver dónde se había equivocado.

—¿Alguna vez has hecho algo por ti, Sonsoles, solo por ti? Algo que no sirviese para llenar la despensa o traer dinero a tu casa, algo que no fuese para cuidar a otros.

Era una pregunta que ella jamás se habría hecho. ¿Cómo iba a ser tan egoísta para pensar en sí misma cuando eran tantas las labores por hacer, tantos quehaceres del día a día? Siempre había un vecino que necesitaba ayuda, un animal que se ponía enfermo, un recado pendiente. Pero enseguida una imagen le vino a la mente: el pequeño desvío que tomaba a veces cuando volvía a su casa en el Pueblo, antes o después de ir a por agua al caño, de lavar la ropa o de llevar a las ovejas a beber, cuando se sentaba bajo la sombra de un árbol en lo alto de la ladera y observaba el sol poniéndose sobre el valle. Un desvío que una tarde le cambió la vida para siempre y que no había vuelto a tomar desde entonces.

—Me gusta ver el atardecer.

—Ver el atardecer —repitió Daniel.

La humilde respuesta de la joven hizo que la mirase con ternura, así que ella se apresuró a añadir, apurada:

—Y esta tarde, cuando acabe mi turno, iré a la peluquería.

Merche se había ofrecido a hacerle un corte de pelo gratuito de bienvenida. De eso siempre se había encargado su hermana, y ella no se había atrevido a tocarlo desde que Rocío murió, así que cuando lo soltaba de su moño se convertía en una maraña de cabello indomable. Solo por eso había aceptado, porque ya estaba muy en deuda con la mujer como para pedirle más favores.

—Bueno, no es una *boutique*, pero vamos mejorando.

Sintió el impulso de demostrar que, aunque estuviese muy lejos de parecerse en algo a su amada extranjera, ella no era solo una abnegada pueblerina.

—También iré a la playa el domingo con mi sobrino, a pasar el día.

La mirada de Daniel Vargas se iluminó.

—¿Ah, sí? —Se asomó sobre el asiento para hablar con su sobrino—. Salva, ¿has oído eso? Parece un buen plan, ¿verdad? ¿Te apetece ir el domingo a la playa?

El niño dejó de pintar y le miró en silencio.

—Yo… no podré atenderle. Estaré muy pendiente de controlar a Toñito, es un niño muy impulsivo. Un trasto, vaya, aunque es buen chico —se apresuró a aclarar.

—Oh, no te preocupes por eso. Yo cuidaré de él, es tu día libre, después de todo. ¿Qué me dices, Salva? ¿Quieres conocer al sobrino de Sonsoles?

El niño, tras una pausa para reflexionar, decidió que cualquier persona relacionada con su nueva nana era alguien digno de

confianza y, a pesar de su timidez, asintió con la cabeza.

—¡Decidido entonces!

Daniel chasqueó los dedos para sellar el pacto y Sonsoles continuó con sus puntadas con la esperanza de que hablase por hablar y de que lo olvidase todo al cabo de media hora.

Dudaba mucho que, si llegaba a los oídos de la señora de Vargas, le entusiasmase aquel plan. Podría haberse inventado alguna excusa para eludirlo: llegar a casa y explicarle a Toñito que ese domingo tenía que trabajar, y a los Vargas que su sobrino no se encontraba bien y que se iban a quedar en casa, pero Daniel había acertado en algo. Rara vez hacía cosas por ella misma y estaba deseando ver el mar de cerca, sentarse en la arena ociosa, mojar los pies en el agua, como una chica de la costa, como una turista danesa. «Puede que vayan al mismo instituto —se dijo—. Será bueno para Toñito hacer amigos fuera del barrio».

7

Las parroquianas de Cortes y Peinados Mercedes, más conocido como «Donde Merche», se reunían para repasarse las puntas y las mechas, acicalarse el peinado o hacerse las uñas, pero la verdadera razón por la que la peluquería, en pleno corazón del barrio de la Albufera, siempre estaba llena era por la tertulia. No se trataba de meros cotilleos, sino de información útil sobre en qué casa estaban buscando una cocinera o chica del servicio, dónde estaban construyendo un nuevo bloque de pisos, a qué muchacho de la zona era mejor no dejar que se acercasen tus hijas o quién había dejado su trabajo para cuidar de un hijo enfermo.

Ya fuera para ayudar a sus vecinos o para aprovechar una oportunidad ventajosa, estar al día de los vaivenes de la ciudad era una labor de la que se encargaban las mujeres.

El último tema que acaparaba casi todas las conversaciones era la desdicha de Teresa González, a quien no veían en el vecindario desde hacía días. Cuando su hermano desapareció, muchas de las parroquianas se compadecieron de ella, pues desde que llegó a la ciudad siempre había actuado de forma discreta, al contrario que él. Sin embargo, Teresa había rechazado todas las ofertas. No quería que la ayudasen a encontrar otro empleo ni que le presentasen al sobrino de menganita que buscaba esposa. Solo quería que la

escuchasen. Había jurado por activa y por pasiva que su hermano era un buen hombre, un necio que había caído presa de una tentación maligna, pero que enseguida había abierto los ojos. Rogó para que la Guardia Civil siguiese investigando, aseguró que hacía semanas que no jugaba y que los retrasos en el alquiler eran fruto de un despiste. Nadie la creyó. Fontanada ya había juzgado y sentenciado a Francisco. El casero le puso las maletas en la puerta, dijeron, y así fue como Sonsoles descubrió que su predecesora y su hermano habían sido los inquilinos del piso que había quedado vacío bajo el suyo.

—Tardarán meses, a lo mejor años en alquilarlo —comentaba Merche mientras Sonsoles se asomaba tímidamente a la puerta—. Nadie quiere vivir donde ha caído una desgracia semejante. Y a ella también le costará encontrar donde hospedarse. Más le vale mudarse donde no la conozcan, le será más fácil empezar de cero.

—Pobre chiquilla, solo intenta verle con buenos ojos, la pobre; después de todo, es su hermano. Pero solo se engaña a sí misma. Esa clase de hombres nunca cambia —dijo una mujer a la que le estaban haciendo una permanente con una aparatosa máquina mientras ojeaba una revista—. Menos mal que no rondó a ninguna muchacha del barrio, imaginad qué desastre.

—Siempre lo digo, un hombre demasiado guapo solo trae problemas. Buscaos novios feúchos, sin gracia ninguna —advirtió Merche a las más jóvenes—. Un rostro agraciado invita a cometer errores, pero uno soso es muestra de un hombre que es bueno para trabajar y ganarse la vida. Hacedme caso, la belleza es una maldición.

—¡Qué tontería! —exclamó una mujer joven y risueña—. No hay nada mejor en el mundo que admirar a los chicos bien parecidos. ¿Por qué os pensáis que me gusta tanto salir los fines de semana?

Merche chasqueó la lengua contra los dientes mientras le aclaraba con agua el pelo, castaño, brillante y espeso.

—En mi tiempo venía la orquesta en verano, bailábamos unas cuantas canciones movidas, alguna un poco más lenta para los novios, y con eso nos contentábamos hasta el año siguiente. Ahora queréis salir por ahí todos los fines de semana. El lugar de una moza soltera es en su casa con sus padres y hermanos, no metiéndose en líos por ahí.

—Salir a bailar un poco y beber un par de refrescos no es pecado, Merche —se defendió la muchacha ante la regañina.

—Ay, Paulita, se empieza así y se acaba teniendo un disgusto. No hay tal cosa como un baile inocente entre hombre y mujer. ¡Mirad, ya ha llegado la nueva nana! —exclamó Merche al reparar en Sonsoles, que había permanecido inmóvil junto a la puerta sin saber muy bien qué hacer—. Siéntate, cariño, en un rato me pongo contigo.

Las parroquianas bajaron las revistas y se asomaron a las sillas para ver mejor a la nueva niñera de los Vargas. Fueron rápidas a la hora de emitir su veredicto.

—Esta es de las que no duran mucho —susurró la mujer de la permanente, provocando unas risitas indiscretas.

Sonsoles no las oía, pero no le cabía duda de que hablaban de ella. Se agarró a su pequeño bolsito aún con más fuerza y se armó de valor para sentarse en una de las sillas donde las mujeres

esperaban su turno mientras charlaban y comían pipas saladas, cuyas cáscaras dejaban caer sobre un platito.

Paula se incorporó tan rápido que el agua del grifo, que aún seguía en su pelo sin escurrir, salpicó por todas partes.

—¡Por fin! Merche nos ha hablado mucho de ti, teníamos ganas de ponerte cara

Sonsoles sonrió con timidez mientras se acomodaba junto una mujer con gafas picudas y un tono de pelo rubio muy artificial, que en nada se parecía al de las suecas. Era de esas señoras constantemente preocupadas por su aspecto: se maquillaba los ojos con una fina raya negra sobre el párpado, se teñía el cabello y acudía religiosamente a las rebajas en busca de prendas sofisticadas a precio de ganga. Pero su esfuerzo resultaba demasiado evidente: carecía de la elegancia espontánea de quienes cuentan con dinero y recursos para ir a la última moda. Era una batalla perdida antes de comenzar, pues cuando esas tendencias se popularizaban entre las mujeres obreras, las adineradas ya habían pasado a otra cosa. Aun así, Merche trataba de mantener a sus clientas al día en cuanto a estética en la medida de lo posible.

—Buenas, yo soy Amparo —se presentó la mujer rubia—. Tengo una hija de tu edad que también está sirviendo, en casa del alcalde, nada menos. —No disimuló su orgullo—. Si necesitas algún consejo, deberías preguntarle a mi Silvia. Todos los invitados que cenan en casa del alcalde la felicitan por su buen trabajo, así que seguro que puede ayudarte.

Sonsoles asintió y le dio las gracias, aunque a ella no le hacía ninguna falta que aplaudiesen su labor. Se conformaba con que le pagasen puntualmente y con que Salva se sintiese cómodo a su

lado, le daban igual los halagos. «Eso no es del todo cierto». Recordó cómo se le había acelerado el corazón ante un mero cumplido de Oda Lund: «Qué pulso tan firme». No era como si le hubiese dicho lo hermosa que era. Se vio de refilón en uno de los espejos y se avergonzó por la ropa y el peinado anticuados. ¿Podría Merche hacer algo con su aspecto o era una causa perdida? Desde luego, no sería por falta de armas: secadores, peines, tijeras, botes con toda clase de champús y lacas, frascos de pintaúñas, maquillaje y pinceles. No, aunque se vistiese y arreglase como ella, le pasaría lo mismo que a Amparo cuando imitaba a mujeres como la señora de Vargas; nunca podría adoptar la apariencia de Oda Lund y engañar a nadie con la transformación, sería un mero sucedáneo.

Merche escurrió la abundante melena castaña de Paula, le colocó una toalla sobre la cabeza y la acompañó hasta una silla de barbero tan usada que parecía que fuese a caerse a pedazos.

—¿Te hago lo de siempre, cariño?

La peluquera le quitó la toalla. Después se movió con precisión en aquel caos de cachivaches. Parecía saber dónde se encontraba cada uno de los instrumentos de memoria; casi sin tener que mirar, preparaba y escogía peines y tijeras con la dedicación y la precisión de un cirujano. Comenzó a desenredar el cabello de Paula con un cepillo, y el olor dulzón y floral del champú con el que le había lavado el pelo invadió toda la estancia. La joven miró a Sonsoles a través del espejo. El tono achocolatado de su cabello endulzaba un rostro suave y lleno, que parecía aún más tierno por su sonrisa perpetua.

—Encantada de conocerte, yo me llamo Paula. ¿Qué edad tienes? —preguntó risueña.

—Veintiséis —confesó Sonsoles, estirándose la falda del uniforme.

No había tenido tiempo de pasar por casa para cambiarse.

El resto de las mujeres acudían a la peluquería con sus prendas más bonitas y sofisticadas, casi como si fuesen a misa. Estaban listas para que Merche hiciese su magia y no solo las peinase, sino también las maquillase y engalanase con su mano experta. Por las mañanas atendía a las señoras bien en el salón de belleza que tenía en la avenida del centro y por las tardes, después de sus jornadas de trabajo o antes de la hora de preparar la cena, se reunía con sus clientas de toda la vida en el barrio.

Sonsoles comprendió enseguida que aquel lugar era mucho más que un sitio donde ir a cortarse el pelo. «Donde Merche» se había convertido en una especie de club. Las mujeres entraban en la peluquería agotadas de lidiar con la eterna semana, farfullando sobre sus juanetes, lo caro que estaba todo últimamente y lo cansado que era a veces tener que cuidar de sus maridos como si fuesen un hijo más. Pero salían de allí después de haber reído a carcajadas, se desahogaban y a veces también se sentían aliviadas al escuchar que había alguien que estaba peor. Por un módico precio volvían a sus quehaceres sintiéndose renovadas, hermosas. Y es que la pequeña parroquia obraba una especie de magia entre sus devotas. Allí podían ser ellas mismas durante un rato; ni madres ni esposas, solo ellas.

Aunque las benjaminas, como Paula, solo pensaban en la parte de verse tan bonitas como pudiesen y en divertirse.

—¡Vaya! Pensaba que eras más joven, de mi edad o así. Yo acabo de cumplir los veinte. ¿Te gusta la música?

—Supongo, sí.

Su hermana Rocío solía cantar a todas horas y disfrutaba cuando iban las agrupaciones a tocar en las fiestas del pueblo.

—¿Y cuál es tu grupo favorito?

—¿Grupo?

—Sí, ¿eres más de Los Sírex o de Micky y Los Tonys? O a lo mejor te gustan más las chicas. ¿Gelu, Karina? A mí me gusta todo mientras se pueda bailar.

Sonsoles escuchó a la vez que trataba de disimular un gesto de confusión. Jamás había oído hablar de toda esa gente, pero le daba vergüenza admitirlo. Por suerte, Merche acudió en su auxilio.

—Ya basta, Paulita —le advirtió Merche mientras trataba de lidiar con los nudos de su cabello—. Sé lo que pretendes, pero Sonsoles tiene muchas cosas que hacer como para irse de parranda por ahí contigo.

—¡Pero es que vienen Los Pesetas! No tocan en la ciudad desde el verano pasado.

—Manolo Escobar, Conchita Piquer… esos son buenos cantantes. No el ruido infernal que os gusta ahora.

—Todo el mundo va a estar en el Ye-yé ese fin de semana —insistió Paula refiriéndose a la sala de juventud más famosa de la ciudad.

Era un club de baile donde desde hacía un par de años se reunían los jóvenes de la zona bajo la estrecha supervisión de unos adultos responsables, para evitar que el ambiente festivo se desmadrase y para asegurarse de que disfrutaban de una diversión sana.

—Todo el mundo no, yo no pienso ir —le reprochó Merche.

—Tú no cuentas, me refiero a todos los de mi edad. Silvia va, ¿a que sí, Amparo?

La mujer arrugó los labios. Estaba claro que no le entusiasmaba la idea y no acababa de aprobar esa nueva ola de música que comenzaba a asomar la cabeza, aunque tampoco estaba radicalmente en contra como Merche.

—Algo ha dicho, pero ya veremos…

La confirmación a medias fue suficiente para Paula, que alzó la mano para señalar a Sonsoles.

—¿Lo ves? Tú también tienes que venir.

Merche le agarró la muñeca y se la acercó al rostro para ver mejor la pulsera que colgaba de ella.

—¿Qué es esto? ¡No me digas que se la has comprado a las sirenas! —pronunció aquella última palabra con el mismo horror y pudor de quien dice «Satanás».

La concha blanca, que colgaba de un cordel decorado con piedrecitas verdosas, tintineó. Debía de ser otra moda entre la juventud de Fontanada, pues se parecía mucho a la que Teresa llevaba en el cuello el día en que acudió a rogar por su hermano al palacete de los Vargas. El tono de reproche de Merche no afectó a Paula, que lució la pulsera con orgullo.

—¡Ay! Es que son bonitas, ¿y no lo has oído? Dicen que dan suerte.

—Suerte mis pantuflas. Si quieres gozar de buena salud y fortuna, rézale a la Virgen, como hacemos todas, niña tonta. Será posible. Ya te lo estás quitando, antes de que esas sirenas se te metan en la cabeza. Voy a tener que hablar con tu madre para que se ande con ojo contigo.

Cada vez que mencionaba a las sirenas, los músculos de Sonsoles se encogían en un acto reflejo. También empleaban esa palabra para referirse a Oda, cuya sombra parecía seguirla a todas partes, con una presencia inabarcable. Sabía que era una forma de hablar, un insulto, pero en ese caso parecía que se refería a un grupo de personas muy concreto al que todas las parroquianas identificaron en el acto.

—¿Quiénes… quiénes son esas sirenas? —se atrevió a preguntar, haciendo que todas las presentes volcasen la atención en ella.

Era la primera vez que hablaba por iniciativa propia desde que había entrado en la peluquería, pero su curiosidad había acabado por vencer a su timidez.

Merche soltó la mano de Paula y se cruzó de brazos. La pregunta de Sonsoles había tornado el ambiente frío y tenso de golpe.

—Llamamos así a las mujeres que viven en la isla —explicó Amparo ante la mueca de desaprobación de la peluquera.

—¿En la isla? —Recordó entonces las historias que Toñito había contado durante la cena. Sin duda, era imposible que se refiriesen a verdaderas criaturas marinas, las mismas que poblaban los cuentos de los niños y las leyendas—. ¿En Rocablanca vive gente?

—Bah, no les hagas ni caso. Son rumores que dicen por ahí porque llegan al puerto en un velero, pero seguro que viven en algún poblado de la costa —continuó Merche—. No hay nada que una persona normal pueda comer en esa isla. No se puede cultivar ni existe forma alguna de construir una vivienda en condiciones. En realidad, se trata solo de una roca en el mar, rodeada de corrientes traicioneras. Por eso Fontanada vive de las salinas antes que de la pesca; es muy complicado lograr que una embarcación entre o salga

de la bahía por culpa de ese endiablado pedrusco: todos los barcos acaban estampados contra las rocas. Y los que son lo bastante grandes para resistirlas se quedan encallados en los bancos de arena.

—Mi marido jura que las vio rodear Rocablanca y que no volvieron a aparecer —dijo otra de las mujeres.

—¿Cuánto dices que había bebido esa noche? —preguntó Amparo con malicia, y todas se echaron a reír jocosas, incluida la aludida.

—Vivan donde vivan, se llenan los bolsillos gracias a tontas como Paula, que les compran sus baratijas —reprochó la peluquera.

—¡Oye! —se quejó la aludida—. No son baratijas, es artesanía local. Son bonitas. Además, no entiendo por qué sois tan duras con esas mujeres. No nos han hecho nada malo.

Merche resopló ofendida porque la joven tratase de justificar la presencia de las «sirenas» en Fontanada.

—Desde luego que unas santas no son, eso ya te lo digo yo. —La peluquera alzó el peine en el aire y lo agitó como si fuera el mazo de un juez—. Descarriadas todas ellas, sin duda. No me sorprendería que los rumores de que se creen brujas y hacen sacrificios y conjuros fuesen ciertos. Que Dios nos proteja. —Se santiguó para espantar cualquier mal al acecho.

—Dicen por ahí —explicó Amparo, ante el gesto de desconcierto de Sonsoles— que son mujeres que han huido de sus hogares.

Merche refunfuñó de nuevo.

—Que los han abandonado, querrás decir. ¿Quién se hace cargo de ellas? No responden ante ningún hombre. Quizá sea que no las aguanta nadie. Si fuese por mujeres así, la sociedad se iría a pique.

No entiendo como el teniente coronel Arias no hace nada al respecto.

—Todas sabemos que a Arias solo le preocupan los asuntos de la salina —recriminó la mujer más mayor, que se había abstenido de hablar hasta entonces.

Aquella pizca de verdad entre tanto rumor y suposición provocó un silencio súbito. Cuestionar al teniente coronel de la Guardia Civil en público era una jugada arriesgada, y decidieron al unísono, correr un tupido velo sobre aquello.

Merche se aclaró la garganta y volvió a cargar contra las sirenas, porque era mucho menos arriesgado condenar a mujeres desamparadas que a hombres poderosos.

—Deberíamos denunciarlas y que se encarguen los tribunales de condenarlas. Seguro que sus padres y sus maridos las están buscando por ahí, puede que hasta sus hijos. Qué desastre.

Tomó unas tijeras del pequeño carrito que iba moviendo de aquí para allá y se ayudó de un peine para recortar las puntas de Paula con movimientos muy precisos y enérgicos.

—A lo mejor… puede que tuviesen sus razones —se atrevió a decir Sonsoles con la boca pequeña.

Dentro de lo que cabía, ella había tenido suerte con Antonio. No se metía demasiado en sus asuntos, ni le gritaba o le daba órdenes, ni tampoco le pedía que cumpliese con sus obligaciones maritales más allá de poner un plato caliente en la mesa. Pero no todas las jóvenes eran tan afortunadas.

—No seas ingenua, Sonsoles. El abandono del hogar no solo es un delito serio, sino que es un pecado. ¿Qué se puede esperar de una mujer que no sabe cuál es su lugar? Por eso eduqué a mis hijas

como Dios manda, y ahora están felizmente casadas y criando a sus hijos en Valencia. Puede que sus madres no fuesen tan sensatas…

—Todo eso no son más que habladurías. ¿Os habéis molestado en hablar con ellas alguna vez? —les reprochó Paula—. Verás, Sonsoles —dijo girándose sobre la silla para mirarla directamente a los ojos—. En Fontanada tienen la manía de llamar «sirena» a todas las mujeres que les caen mal o a esas a las que envidian, y al final se nos ha pegado a todas. Pero sí, vaya, ellas son «las sirenas». Un poco injusto, si me preguntas a mí, porque todas son señoras muy simpáticas. Sobre todo Victoria.

—¡¿Simpáticas?! —repitió la peluquera con incredulidad—. Adónde vamos a parar…

La palabra «sirena» era el peor insulto que podía dirigirse a una mujer en aquella ciudad: engañosa, egoísta, impredecible, pecadora. Todo eso significaba. Y así llamaban muchos a Oda Lund. Sonsoles comprendía que cualquiera que se pusiese de su parte se volvería sospechosa, pero, en lugar de sentir temor, una llama de indignación se encendió en su pecho. ¿Qué mal podían haber hecho para que las parroquianas de la peluquería se despachasen así en contra de aquellas mujeres? Afortunadamente, Paula parecía compartir sus impresiones.

—Por lo que sabemos, su mayor pecado es vender pulseras y collares en un puesto en la playa. Tratan de ganarse la vida igual que tú, Merche.

—Pero yo era viuda, no me quedó otra. Y desde luego no me dediqué a ir por ahí presumiendo.

Paula suspiró.

—No es como si fuesen asesinas igual que en las leyendas.

—¿Leyendas? —preguntó Sonsoles—. Toñito me ha hablado de ellas, las que dicen que viven sirenas de verdad en la isla.

—También nos contaban eso a los niños cuando yo era pequeña. —Amparo sonrió a su lado—. Esto viene de lejos. Los marineros de antaño juraban haberlas visto entre las calas de Rocablanca, aunque ya se sabe que cuando algunos hombres beben más vino de la cuenta hasta una merluza les parece una hermosa mujer. —El resto de las parroquianas rieron de nuevo—. Nadie les prestó mucha atención a esos chismorreos hasta que vinieron los daneses. Por eso Fontanada se ha hecho tan popular por esos lares. Hará… ¿cuánto, ¿cien, doscientos años? —La mujer mayor asintió—. Vinieron una pintora y un escritor de cuentos a la zona, un matrimonio que estaba recorriendo el sur de Europa. Excentricidades de ricos, ya se sabe. Por aquel entonces esto no era más que un pueblecillo costero. Y cuando escucharon hablar de las sirenas de Rocablanca se empeñaron en llegar hasta el islote, con la mala suerte de que su barco se quedó atrapado entre las rocas. Pasaron la noche allí y al amanecer zarparon varias barcazas para buscarlos. Cuando dieron con ellos no dejaban de hablar de las sirenas y de lo que habían descubierto sobre ellas.

—Una insolación es lo que les dio, si me preguntas a mí —apuntó Merche—. Seguro que les advirtieron un montón de veces de que no se podía llegar a la isla en un barco grande e hicieron oídos sordos. Así son los extranjeros: se creen más listos y mejores que nosotros, se burlan de nuestros desayunos de café y pan. ¿Es que somos ricos para tomar un banquete por las mañanas?

Amparo le dio la razón y continuó con su relato.

—Fuera lo que fuese, ambos debieron de quedar muy impresionados, porque al volver a Dinamarca él escribió un cuento oscuro sobre lo que escuchó y ella lo ilustró.

—«La laguna de las sirenas» —dijo Paula, cuya melena había perdido una importante parte de su excesivo volumen gracias a los diestros tijeretazos de Merche—. A todos los niños de Fontanada les leen *Los cuentos de sal* de pequeños, por eso le habrán ido con la cantinela a tu sobrino. Es tu sobrino, ¿verdad?

Sonsoles asintió, pero su corazón se encogió de pena al recordar los días en que Toño era aún más pequeño. A Rocío le habría encantado descubrir esos relatos. Siempre le contaba historias inventadas a su hijo antes de acostarlo, y Sonsoles escuchaba a hurtadillas para averiguar qué ocurrencia había tenido su hermana aquella noche.

—¿Y qué era lo que decía el cuento, que lo hace tan oscuro?

Las mujeres volvieron a mirarse las unas a las otras, como si se preguntasen en silencio si debían continuar por aquel camino. Merche suspiró. Era cuestión de tiempo que se enterase de la macabra leyenda de Rocablanca, así que ¿por qué ocultársela?

—Habla de una mujer despechada, de una laguna azul y de unas cuantas pamplinas más. No le des importancia.

—También dice que, para convertirte en una sirena, debes tener las manos manchadas de sangre. La protagonista mata a su esposo. ¿A que es una barbaridad? No me puedo creer que dejemos que los niños lo lean solo porque sale nuestro pueblo en él y, en cambio, a mí no me dejéis ni bailar tranquila sin darme la lata —protestó Paula.

—Es un espanto de libro. No soporto a esas mujerzuelas sin moral, pero ni siquiera yo creo que sean esa clase de sirenas. ¡Ya

estás lista! —exclamó Merche un segundo antes de quitarle a Paula el batín sobre el que habían caído los mechones de pelo castaño. Tomó una escoba y barrió para amontonarlos y recogerlos—. Sonsoles, cariño, ahora te toca a ti. Echa un ojo a esa revista y dime cómo quieres que te lo corte.

Sonsoles tomó la publicación que había junto a ella y la ojeó. Era fácil abrumarse ante la enorme gama de colores, cortes y peinados para toda clase de ocasiones. «En la ciudad hay mucho de todo, hasta para acicalarse el pelo». Seguía estudiando sus opciones cuando sonó un claxon en el exterior de la peluquería que las sobresaltó a todas. Paula se puso en pie de un brinco.

—¡Justo a tiempo! Cóbrame, Merche, ya ves que tengo prisa. —Alzó la mano en el aire para presumir, no de la pulsera, sino de un fino anillo de oro en su dedo anular.

—Hay que ver el amor y la juventud… —comentó la peluquera.

Sonsoles se asomó al escaparate transparente de la peluquería. Un hombre joven, algo mayor que Paula, se bajó de la moto y se apoyó sobre ella para esperar de pie frente a la puerta. Llevaba un par de lilas a modo de ramo entre las manos. No era muy alto, pero lo que le faltaba de estatura lo compensaba de sobra en anchura de hombros. Tenía la clase de espalda que volvía locas a las chicas, y unos ricitos castaños claros de aspecto inocente que en nada se correspondían con su gesto socarrón. Su nombre era Javier Salgado y era bien conocido en el barrio de la Albufera por todas las madres con hijas en edad casadera. Sonsoles reconoció el tipo de muchacho que era en cuanto le vio, pues en todos los pueblos de España había un Javier Salgado. Encantadores, con sonrisa bonita, una caballerosidad tan excesiva que solo puede resultar sospechosa y

sobre todo mucha labia. Pero detrás de tanto romanticismo facilón se escondía una larga lista de reputaciones arruinadas, y no precisamente las suyas. El Javier Salgado de su pueblo acabó huyendo después de un odioso incidente con una mujer casada que había acabado peor que mal. Miró a Paula, tan dicharachera y luminosa, y sintió una punzada de preocupación propia de una hermana mayor. Si hubiera podido intervenir, le habría advertido que nunca sale nada bueno de aceptar un ramo de flores envenenadas, por muy hermosas que sean a la vista y por dulce que resulte su aroma.

—Que paséis buena tarde —se despidió Paula, y se apresuró a correr hasta los brazos de Javier.

Su prometido la alzó en el aire con entusiasmo antes de subirla a su moto y marcharse de allí a toda velocidad.

Merche negó con la cabeza para mostrar su desaprobación.

—Menos mal que ya estamos todas mayorcitas, porque qué tonta es una de joven… Esa chiquilla se piensa que guarda muy bien su secreto, cuando todos sabemos en la Albufera que se casan porque está encinta.

—Parecen felices —admitió Sonsoles.

No había advertido su estado hasta que Paula se había levantado de la silla por segunda vez para marcharse. La forma sinuosa que comenzaba a asomarse bajo el vestido la delataba. Era un alivio que estuviesen comprometidos de forma oficial. También había conocido a alguna que otra madre soltera en el Pueblo, y sabía lo duro que era, la forma en la que todos las eludían como si su pecado fuese contagioso. Había creído que a lo mejor en las ciudades sería

diferente, pero en un barrio como la Albufera todos sabían quién era quién, igual que en el campo.

—Paula jura que el muchacho ha cambiado por completo desde que supo que iba a ser padre, pero cuesta creerlo —explicó Merche.

—Es cierto que ya no anda con otras chicas, o eso me ha dicho mi Silvia —dijo Amparo—. Que según sus amigos no hace más que hablar de casarse y que cuando alguien bromea con el tema de la paternidad se pone brusco. Que parece otro, vamos.

Merche arrugó el labio de nuevo.

—Lo de que haya otras o no es lo de menos. Muchos hombres tienen sus circunstancias fuera de la casa, es natural; lo importante es cómo se comportan dentro de ella. Y ese muchacho… no trata bien a las mujeres. La hará sufrir.

—A veces lo que un hombre necesita es un empujoncito. Ya lo dice Elena Francis: «Es mucho mejor que se haga la ciega, la sorda y la muda» —dijo Amparo, aludiendo al popular consultorio de la radio—. En cuanto deje de trabajar en el Ye-yé y se busque un empleo en condiciones, yo digo que será un buen esposo.

Sonsoles tiró de un padrastro en sus uñas, nerviosa ante la deriva de una conversación en la que no se atrevía a intervenir. Qué rápido se perdonaba a los hombres que «solo necesitaban un empujoncito» y con cuánto recelo se miraba a una mujer que había huido de su casa.

—Esperemos que sea así, porque ya no hay marcha atrás. Lo mejor es que se casen cuanto antes. —Merche se acercó hasta Sonsoles—. ¿Ya te has decidido, corazón? —le preguntó señalando la revista y sacándola de su ensimismamiento.

Sus dedos se habían detenido sin darse cuenta en la foto de una hermosa modelo inglesa que tenía una sonrisa cuyos dientes se torcían de una forma adorable, un flequillo frondoso y la melena cortada justo sobre las clavículas, tornada hacia arriba. Era el mismo peinado que lucía Oda Lund. El aspecto de una mujer adinerada y extranjera que nunca habría tenido que dar las gracias por recibir las sobras que otros no querían.

—Me haré este, pero sin flequillo. La señora de Vargas prefiere que lleve el rostro despejado.

Sintió un calambre de emoción al pensar que a lo mejor sí podía parecerse en algo, por pequeño que fuese, a la danesa. Luciría su nueva y moderna melena en la playa y en el paseo marítimo al día siguiente. La idea le aceleró el corazón.

Al ver el peinado que había escogido, la estilista negó de nuevo, chasqueando la lengua contra los dientes.

—Otra que cae rendida ante las modas extranjeras. No se libran ni los hombres ni las mujeres. Adónde vamos a ir a parar.

8

Sonsoles nunca había visto el mar antes de vivir en la Albufera. Cuando era niña, lo más parecido que podía imaginar al océano era el pantano de la comarca, bajo el que aún seguían las ruinas del pueblo sumergido que habían sacrificado para almacenar el agua y controlar el caudal de los ríos. Quién le iba a decir que llegaría el día en que pisaría la arena caliente de la playa y vería las olas que chocaban con la orilla repleta de espuma. Toñito fue quien logró reavivar en ella aquella ilusión más propia de una niña. Se levantó antes que nadie ese domingo, pletórico de energía, y apuró a su tía para llegar a la bahía cuanto antes. Pese al cansancio acumulado tras una semana de trabajo, Sonsoles se puso en marcha, aunque el cuerpo le pedía que durmiese un ratito más. Dejó atrás a su esposo, tendido en el lado de la cama que jamás cruzaba. No tenía claro si Antonio estaba tan cansado que permanecía inmune al alboroto del pequeño o si fingía no haberse despertado. Procuró vestirse en silencio por si acaso.

Eligió un vestido gris de paño y se cepilló la melena recién cortada frente al espejo del cuarto de baño. Se lavó bien la cara y se lamentó por la simpleza de su rostro. Deseó maquillarse como hacían otras jóvenes en sus días libres: sombra de ojos de colores, pintalabios, polvos que unificaban el tono de la piel, colorete… Eran

frivolidades que aún no podía concebir en ella misma. Pero se alegraba de haber aceptado el corte de pelo. Durante su vuelta a casa no había logrado contener la sonrisa cada vez que veía su reflejo por el rabillo del ojo en un escaparate o en los retrovisores de los automóviles. Gracias a las tijeras de Merche ya no parecía una muchacha recién llegada del pueblo.

Se colocó una pinza en un lateral de la cabeza para mantener los cabellos alejados del rostro y se dispuso a atender las quejas de Toñito, quien juraba «estar a punto de morir de hambre». Preparó unos huevos fritos con algo de pan, leche para Toñito y café para ella. Cogió algo de queso por si le entraba el hambre a media mañana, pues pensaba que la playa sería como el prado frente al pantano donde a veces se reunían los jóvenes cuando hacía buen tiempo. No tardó en descubrir que el paseo marítimo de Fontanada se parecía más bien a la plaza del pueblo: era el corazón de la ciudad, donde la vida y el ajetreo bullían con fuerza y donde todos los vecinos se encontraban y saludaban.

Sonsoles agarró a Toñito de la mano y tuvieron que echarse a un lado para dejar pasar a un grupo de chicos que iba en bicicleta. En pleno verano, la zona que rodeaba la playa acogía un frenesí de actividad: coches y ciclomotores que iban de aquí para allá, atentos a los viandantes que cruzaban la calzada por donde les parecía más conveniente para ir a las tiendas y los restaurantes; vendedores ambulantes, grupos de adolescentes cuyos padres acudían a veranear a la ciudad y los dejaban a su aire… Al igual que el paseo marítimo, la arena y el agua estaban tan a rebosar que Sonsoles se preguntó cómo iban a encontrar un hueco allí. Aunque la mayoría de la gente se echaba directamente sobre la arena o sobre finas toallas,

había también numerosos bañistas de pie junto a la orilla, paseando o dándose un chapuzón.

Los hombres llevaban trajes de baño que se asemejaban más a la ropa interior que a algo que pudiese llevarse en público, y las mujeres españolas lucían bañadores que les cubrían el vientre y parte de los muslos, prendas que, por recatadas que fuesen, a Sonsoles le resultaban escandalosas. A su juicio casi todos iban prácticamente desnudos. Apartó la mirada cuando pasó cerca de un hombre de mediana edad que lucía su barriga campechana y su pecho peludo con total tranquilidad.

—Mira, tata, a ese señor se le ven las pelusillas del ombligo —rio Toño, y ella le mandó callar con el dedo.

Pretendía regañarle, sin embargo, el pequeño enseguida se distrajo con los juguetes de los niños de Fontanada.

—¿Podemos comprar una de esas pelotas? —preguntó señalando hacia una esfera de color azul marino y letras blancas que unos críos hacían flotar en el aire para pasársela los unos a los otros.

Parecía que no pesase nada.

—Pues… no estoy muy segura de dónde podemos conseguirlas —dijo, cruzando los dedos para que no fuesen muy caras.

—Es fácil —dijo una voz familiar, por encima del griterío y de la música que provenía de la radio de una heladería cercana—. Las regalan con las cremas solares, nosotros tenemos un par en casa, ¿verdad, Salva? Podríamos traer una la próxima vez.

Aunque hubiesen acordado que se encontrarían allí, Sonsoles se sobresaltó al ver a Daniel Vargas. Una parte de ella había estado convencida de que no se presentaría, de que se le olvidaría por completo o de que en realidad nunca lo había dicho en serio. Pero

ahí estaba, escrutándola a través de unas gafas de sol y vestido con una sencilla camisa blanca y un bañador de pantalón bastante más ajustado de lo que dictaban las normas del decoro. A su lado estaba Salva, que agachaba la vista azorado, en contraste con la curiosidad con que le estudiaba Toñito. Pero lo que realmente la puso en tensión era que los dos Vargas no estaban solos. Los había acompañado ella. La sirena del norte, Oda Lund.

—Hola, Sol. Me alegro de verte de nuevo. —La danesa los recibió con su elegante sonrisa de gato.

—¿Lle… lleváis mucho esperando? —preguntó, porque no sabía qué otra cosa decir.

—Para nada —respondió Daniel—. Acabamos de llegar. ¿Buscamos un hueco para montar el campamento?

Se lanzó a la arena de un salto. Bronceado y sonriente bajo el sol de la costa, Daniel solo parecía un joven más que acudía en busca de algo de diversión, y no el heredero de la mayor fortuna de la ciudad y de una empresa que daba empleo a buena parte de Fontanada.

Bajaron por unas escaleras de piedra hasta la arena para seguirle. Daniel y Oda se quitaron las chanclas havaianas, que en nada se parecían a las alpargatas del resto de los españoles. Ella los imitó y cargó con sus zapatos de los domingos en la mano. Era evidente que no había atinado con la indumentaria. Se detuvieron a unos cuantos metros de la orilla, entre un grupo de amigas y una familia española al completo: tíos, sobrinos e incluso la abuela, que comía una rodaja de sandía a bocados. Oda dejó su enorme bolso de mimbre en el suelo y sacó un par de toallas de su interior, sobre

las que se sentaron. Antes de acomodarse, señaló a los niños con el dedo y les hizo una advertencia.

—Jugad sin molestar, ¿eh? U os echaré de comer a los tiburones.

Salva asintió y Toño no prestó mucha atención a la vana amenaza. Aunque los muchachos no se conociesen, no tardaron en ponerse a explorar la playa como si fuesen viejos amigos. Tal y como Sonsoles esperaba, el carácter espontáneo y cercano de Toñito obligó a Salva a salir poco a poco del cascarón.

Una vez que montaron su improvisado rincón, Daniel se deshizo de la camisa y la tiró sobre el bolso de mimbre. No lucía aquella mata de vello negro en el pecho que se asomaba entre la ropa de la mayoría de los hombres que había conocido, sino unas finas hebras doradas por el sol, y sus horas montando en bici de aquí para allá y bailando por las noches le mantenían en buena forma. Puede que no fuera robusto como Javier Salgado ni tenía una belleza peligrosa como la de Francisco González, pero la mayoría de las chicas de la playa repararon en su presencia y se oyó alguna que otra risita nerviosa entre las amigas que se sentaban sobre la arena cerca de ellos. Para su sorpresa, Oda también comenzó a desvestirse. Sonsoles nunca había oído la palabra «biquini», pero enseguida descubrió por qué estaba destinado a causar tanto escándalo y revuelo en las costas españolas. Sus mejillas se sonrojaron, tanto que podían confundirse con el intenso color naranja de la prenda. Y no fue la única en escandalizarse. Sus vecinos más cercanos empezaron a recoger las cosas para buscar un rincón alejado donde sus hijos no tuviesen que asistir a tan grotesco espectáculo. «Tendrían que llevársela al cuartelillo», murmuró la mujer mientras tiraba de la mano de su hijo, pero su esposo lanzó un último vistazo

con aire lobuno antes de marcharse. Por fortuna, Oda estaba más pendiente de su nueva amiga que de los comentarios que levantaba a su paso.

—¿No te has traído un traje de baño? —le preguntó, con su dulce acento y un gesto de curiosidad sincera.

—Yo… Lo cierto es que aún no he podido comprar uno —admitió.

—Entonces ¿cómo te vas a bañar? No, no. —Le tendió la mano—. Hay muchos puestos en el paseo, vamos a por uno bonito.

Sonsoles vaciló, entre tartamudeos, y Daniel acudió a su rescate.

—Tienes que darle un poco de margen, Oda. A las mujeres españolas les llevará un tiempo acostumbrarse a las nuevas modas, si es que llegan a hacerlo. Además, nuestra nana acaba de llegar del campo.

—Oh, perdona —dijo ella—. No quería agobiarte. En Dinamarca hay playas donde la gente se baña en cueros, así que, ya ves, aquí me siento muy tapada. Entonces ¿llevas poco tiempo en Fontanada?

Sonsoles se esforzó por alejar de su mente la imagen de Oda Lund completamente desnuda en el agua. Merche tenía algo de razón: esas danesas estaban locas de remate. Bajó la vista por su escote hasta llegar a su ombligo, redondo, hundido y perfecto, como toda ella. Se imaginó a sí misma luciendo en público una prenda parecida y se ruborizó, abrumada solo de pensarlo. Se aclaró la garganta y desvió la mirada.

—Dentro de poco hará un mes que llegamos. Pero es la primera vez que vengo a pasar el día en la playa.

Mientras ellas hablaban, Daniel se había echado sobre una de las toallas, con los brazos cruzados por detrás de la cabeza, y en ese momento tarareaba una canción que no le sonaba de nada. Oda

sonrió arqueando sus labios rojos y angulosos, sin llegar a mostrar los dientes del todo.

—Ahora que lo has hecho, querrás venir tan a menudo como puedas, créeme. Yo bajo todos los días a nadar, muy temprano, cuando todavía no hay nadie. Es una delicia.

Aquello que le decía le sonaba a marciano. ¿Nadar? ¿Para qué? No lograba entenderlo. Claro que ella ni siquiera era capaz de mantenerse a flote. Estaba segura de que había muchas otras cosas que Oda sabía hacer y que había experimentado, y que ella ignoraba por completo. No pudo resistirse a seguir su charla con la danesa, pese a su pudor y vergüenza, y a que si Merche y sus parroquianas la viesen hablando con la mujer la agarrarían de las orejas para alejarla de ella. «Eso es porque no saben que yo he hecho algo mucho peor que enseñar el ombligo», pensó, con un nudo en el estómago que se esforzó por ignorar.

—¿Y tú? ¿Hace mucho que llegaste?

—He veraneado bastante en España, pero es mi primera vez en Fontanada. Pensé en quedarme unos días y aquí sigo meses después. Hay pocos lugares en el mundo con un sol como el de estas playas.

—Oda era modelo en Londres —aclaró Daniel, sin incorporarse ni apartar la vista del cielo—. Si me preguntas a mí, hay que estar muy mal de la cabeza para cambiar Piccadilly Circus por el paseo marítimo de un pueblucho sin ningún encanto.

«Modelo». Sonsoles se había familiarizado con el término gracias a las revistas de la peluquería. Seguía resultándole apabullante que hubiese personas que se ganaran la vida dejando que les sacasen fotografías mientras sonreían y hacían cosas como poner una

lavadora o caminar por una calle con un vestido a la última moda, pero si alguien podía dedicarse con éxito a una profesión que se centraba en que otros te miraran esa era, sin duda, Oda.

—Anda, calla. No aguantarías el clima inglés ni un mes —le reprochó la danesa entre risas—. Yo nunca llegué a sentirme allí como si estuviese en casa, pero un baño frente a Rocablanca bastó para que quisiera quedarme, y no me arrepiento. Mi madre estuvo viviendo aquí una temporada de joven, así que tenía curiosidad por conocer este lugar.

—Entonces… ¿de qué vives ahora?

—De los peces que pesca en el mar, les da un par de bocados para desayunar y sigue nadando. —Daniel les guiñó un ojo.

—Qué tonto eres… Tengo unos buenos ahorros, así que no siento prisa por volver al oficio. Puede no parecerlo, pero es un estilo de vida muy estresante. Te pasas el día viajando sin tiempo para ti, y todo el mundo tiene una opinión sobre tu persona y tu aspecto, y cree que es de vital importancia que la sigas a rajatabla. Te dicen qué ponerte, qué comer, cómo sonreír, con quién pasar tu tiempo, a qué clubes salir de fiesta… Al principio era emocionante, pero dejó de interesarme con el tiempo. Prefiero ser libre, hacer lo que yo quiera sin pedirle permiso a nadie. Además, posar todo el día sin decir una sola palabra es aburrido. Prefiero tener conversaciones sinceras con gente maravillosa.

—Pues has elegido el peor sitio… —siguió protestando Daniel—. Mírate: has tenido que conformarte conmigo.

Oda rio divertida y le dio un golpecito juguetón en el hombro. El benjamín de los Vargas alzó la mano para acariciarle la cara interior del brazo y recorrió lentamente su piel dorada. ¿Cuántos londinenses

la habían tocado de ese mismo modo? Oda había visitado una infinidad de ciudades, había cenado con hombres y mujeres fascinantes, hablaba varios idiomas con fluidez y estaba acostumbrada a recibir atención y halagos. Sonsoles se había pasado la mayor parte de su vida sintiéndose invisible, y tal vez por eso ella tampoco podía dejar de mirarla. Quiso rozarle la piel, caliente bajo el sol, desde el cuello hasta el ombligo, igual que habían hecho todos esos hombres para ver si le contagiaba al menos una pizca de su encanto. Quería arrebatarle esa energía para saber qué se sentía al ser ella aunque fuese un solo segundo. «La llaman "sirena" como si fuese un insulto, pero yo juraría que es solo envidia». Al menos ella admitía sus verdaderos sentimientos.

Oda y Daniel continuaron charlando, con aire desenfadado, como si no estuviesen sacudiendo su mundo entero solo con su presencia.

—Eres mucho más divertido que todos esos fotógrafos y directores de cine viejarrones que trataban de llevarme a la cama a toda costa.

Sonsoles se sobresaltó ante el comentario, libre de todo pudor, y miró a su alrededor para asegurarse de que los niños estaban demasiado lejos y ocupados para oírlos.

—Cuando era más joven, Oda quería ser actriz, ¿no es así? —apuntó Daniel.

—¿De verdad? —preguntó Sonsoles—. Debe de ser curioso fingir que eres otra persona totalmente distinta, como cuando jugábamos de niñas.

La mujer bajó sus gafas amarillas para poder verla mejor. Parecía satisfecha de escuchar sus palabras, y eso hizo que Sonsoles se sintiese extrañamente orgullosa de sí misma.

—¿A que sí? Lo mismo pensé yo. Pero resulta que para dedicarte a la actuación profesional necesitas algo de talento. Mi madre lo tenía, y mucho. Hizo carrera durante décadas en mi país, pero a mí los directores solo me querían por mi aspecto, para hacer papeles secundarios o de chica tonta que era graciosa porque tenía acento al hablar en inglés. Por eso pensé que, si mi figura y mi rostro eran lo único que les interesaba, mejor me ganaba la vida usándolos directamente como modelo, sin tanto engaño ni rodeos. Pero resultó que los fotógrafos y diseñadores de moda no son mejores que los cineastas.

—Entonces… ¿qué quieres hacer ahora?

Sonsoles nunca hacía tantas preguntas por miedo a parecer grosera, pero cada palabra que pronunciaba Oda la volvía aún más cautivadora a sus ojos. Sabía que era mejor mantener las distancias, no asociarse con una sirena, pero su voz era como una pieza de fruta fresca recién sacada de la nevera en la tarde más calurosa del verano: dulce, refrescante, imposible de alejar de los labios una vez que la pruebas.

La extranjera se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. La verdad es que, además de nadar y ser hermosa, no hay nada más que se me dé especialmente bien.

—Claro que sí. Sabes nadar, seducir a los incautos con tu belleza y hacer las dos cosas a la vez. —Daniel se incorporó para mirar a la niñera a los ojos—. Verás, Oda tiene un número los sábados en el hotel Costa de Sal tan escandaloso que vuelan las entradas. Solo se lo puede permitir *la crème de la crème*.

—No exageres… La vas a espantar.

El chico la ignoró y continuó hablando.

—También la llaman del Ye-yé cuando necesitan alguna chica guapa que sepa bailar sobre el escenario. ¡Deberías venir un día con nosotros!

Paula había hablado de aquel lugar en la peluquería, un club social donde los jóvenes se reunían para escuchar música y bailar. Pero a Sonsoles ya no se la podía considerar una chiquilla, ni tampoco era el lugar apropiado para una mujer casada. Claro que ninguno de los dos conocía ese detalle sobre su estado civil. «Y no tienen por qué saberlo».

—¿No decías que no la atosigase? Y ahora eres tú el que no deja de intentar mangonearla —le recriminó Oda, y Daniel tuvo que asentir.

—Es verdad. Mis disculpas, señorita.

Oda puso los ojos en blanco tras las lentes.

—¿Y qué hay de ti, Sol? —preguntó, dirigiendo su mirada angulosa hacia ella.

Se había maquillado los párpados de un tono azulado, junto a unas finas líneas negras que le daban un aire etéreo.

—¿De… de mí? —Sonsoles casi se atragantó con su propia saliva.

Mientras que la sirena reclamaba y aceptaba la atención de todo el mundo a su alrededor sin reparos, Sonsoles apenas era capaz de recibir la suya sin abrasarse.

—Sí. ¿Cuál es tu sueño? ¿Qué te gustaría llegar a ser o a hacer en esta vida?

Era la primera vez en sus veintiséis años de vida que alguien le planteaba la posibilidad de soñar. En su mundo, sobrevivir a un invierno más era el único logro que ocupaba su mente, y encontrar

un buen esposo, el propósito que se enseñaba a las mujeres desde niñas.

—No… no sé. Estoy bien como estoy.

Semejante confesión fue suficiente para perturbar el reposo de Daniel y hacer que se sentase junto a ellas. Rodeó a Oda por los hombros con el brazo, aunque en realidad se dirigió a Sonsoles.

—Venga ya, ¿estás bien trabajando para la familia más rígida y espeluznante de todo Fontanada?

«He estado peor, créeme», pensó, pero no quería admitir las miserias de su pasado, no ante dos personas tan hermosas e interesantes como ellos dos. Ni aunque lo intentasen podrían comprender lo que era arrebujarte bajo una manta de lana que picaba como el demonio para espantar el frío de enero con solo un poco de sopa de ajo en el estómago. Pero Oda no tiró la toalla, siguió intentándolo, como si supiese que en su interior había mucho más de lo que ella se atrevía a mostrar.

—A todos nos gusta algo. Cantar, correr, nadar…

Daniel asintió.

—En mi caso es la música, a Oda le apasiona estar en el agua. Hasta Salva se pasa el día dibujando cuando la bruja de mi madre le deja un rato tranquilo, claro. La rubia tiene razón, algo tiene que haber que te guste hacer.

¿Qué le gustaba? Sin duda, estar con las personas a las que quería, pero la mayoría de su familia estaba lejos, Rocío se había ido y Antonio era casi tan distante como un desconocido. Acababa de descubrir, sin embargo, que disfrutaba de estar allí con ellos, charlando sobre banalidades, aunque a veces sus palabras la

incomodasen y rompiesen sus esquemas, aunque incluso le diesen algo de miedo.

—No… no estoy segura.

—Sol, querida. Eso suena a que estás bloqueada —sentenció Oda —. Necesitas un cambio radical.

—¿Más que mudarse a otra ciudad y empezar en un nuevo empleo? —se burló Daniel.

—Me refiero a un cambio interior. O exterior. Ya te has cortado el pelo, es un buen comienzo, pero seguro que podemos hacer algo más.

La estudió en silencio y Sonsoles se sonrojó de nuevo. «Se… se ha fijado en mi pelo». Se lo acarició mientras la danesa se tamborileaba la boca con los dedos, pensativa.

—¡Ya sé! ¿Puedo pintarte los labios? Tu cara ya tiene mucha luz, pero así destacaría aún más.

«No. No debería».

—De… de acuerdo —asintió, sorprendiéndose a sí misma.

Oda sacó una barra de labios de su bolso y se acercó hasta ella para sentarse a solo unos centímetros de distancia, con las piernas cruzadas. Sus rodillas se rozaban cada vez que ella se movía con la barra en alto. Ella se quedó inmóvil.

—Entreabre un poco la boca. Así… aaah…

Sonsoles siguió sus indicaciones y contuvo la respiración de manera instintiva mientras Oda deslizaba el pintalabios sobre su boca. Su pintalabios. Aquel con el que se maquillaba cada día después de nadar en la playa con el agua salada aún empapando su pelo rubio y su piel, después de besarse con chicos como Daniel y

de beber horchata fresca. Por un momento, al notar el roce del carmín, creyó estar haciendo todas esas cosas.

La danesa se alejó un poco y sonrió satisfecha.

—¡Ya está! Preciosa, ¿a que sí?

Daniel se puso en pie para verla mejor. Cuando el joven Vargas dejó de bloquear su campo de visión para agacharse hacia ella, Sonsoles pudo ver lo que estaba ocurriendo en el otro lado de la playa. Mientras los tres estaban distraídos, Salva y Toño se habían subido a las rocas que penetraban en el mar.

—¡Niños! —Se incorporó con brusquedad—. ¡Bajad de ahí ahora mismo!

Su sobrino se había pasado la infancia escalando pedrizas y árboles, pero había una amenaza constante en la forma brusca y aleatoria en que las olas golpeaban las piedras, mojadas y resbaladizas, que activó todos sus instintos. Tenían que sacarlos de allí antes de que se los tragase el mar.

—No te preocupes, no les pasará nada —dijo Daniel, restándole importancia.

—¡Antonio Rodríguez! —exclamó ella, llamándole por su nombre completo, igual que hacía Rocío cada vez que el niño se metía en problemas.

El pequeño se giró hacia ella, sobresaltado al presentir una regañina. Fue precisamente aquella distracción lo que hizo que diese un mal paso y resbalase. Cayó de espaldas y desapareció de su vista.

—¡Toño!

Echó a correr hacia él sin pensárselo dos veces. Cruzó la playa entera en unos pocos segundos, olvidándose por completo de sus

zapatos, sus pertenencias y de las miradas que atrajo en su camino. Esquivó a todos los bañistas con un zigzag, tropezó y se cayó al engancharse con una toalla, pero se puso en pie de nuevo enseguida y siguió avanzando hasta las rocas. Mientras tanto, un grupo de mujeres se había adelantado para socorrer al chiquillo antes de que Sonsoles pudiera llegar a su lado.

—¡Toño! —le llamó de nuevo.

Una de ellas, con una larga melena azabache salpicada por algunas canas sueltas, se metió dentro del agua para ayudarle a salir, mientras que una pelirroja le agarraba con cuidado del brazo y tiraba de él hacia fuera. El niño salió y se quedó de pie, chorreando agua sobre las rocas.

—¡Toño! ¿En qué estabas pensando? —le reprendió en cuanto comprobó que el niño estaba bien. Le inspeccionó por doquier en busca de huesos rotos o heridas graves, pero solo tenía algunos rasponazos—. El mar no se parece a las aguas quietas del embalse, es peligroso. ¿Me oyes? Además, no eres buen nadador.

—¡Sí que lo soy! —refunfuñó él—. Y aquí el agua casi no cubre.

—¡No me repliques! ¿Qué habría pasado si te hubieses partido la crisma? ¿Eh? ¿Quién se lo hubiese dicho a tu padre? Lo matarías del disgusto. —Le sujetó para mirar mejor una rozadura en su rodilla. Estaba algo ensangrentada, pero no parecía profunda, solo un poco aparatosa—. ¿Te duele mucho?

—Le vendría bien aclararla con agua de mar. Aunque le escocerá un poco, ayuda a evitar infecciones —dijo la mujer de la melena negra que le había socorrido.

Fue entonces, algo más calmada, cuando reparó en la chocante apariencia de las mujeres que estaban junto a ella. Todas llevaban el

pelo muy largo, tanto que les llegaba a la cintura, y además suelto, a excepción de algunas trencitas en el pelo o cintas. Su ropa no era menos llamativa y variopinta: desde vestidos multicolores a vaporosas faldas, pasando por unos pantalones anchos, más propios de un hombre que de una señorita. Las prendas eran de tonos claros que contrastaban con sus pieles bronceadas. También lucían por todo el cuerpo colgantes y pulseras hechos con conchas. Aunque nadie se lo advirtiese, lo supo. Tenían que ser ellas. Las descarriadas a las que tanto temían y detestaban las mujeres de la Albufera. Las sirenas de Rocablanca.

—Oh… No lo sabía, gracias —dijo Sonsoles, cohibida de pronto—. Y gracias también por ayudar a mi sobrino.

—No es nada. Ya casi había salido él solo del apuro cuando llegamos, ¿verdad? —preguntó la desconocida del cabello negro al abochornado muchacho, que asintió, aceptando aquel capote que le echaban para que recuperara algo de su orgullo. Después puso la atención en Salva—. ¿Y tú? ¿Estás bien? ¿Te has asustado?

—¡Claro que no! ¡No somos unos gallinas! —respondió Toño en lugar de su nuevo amigo, que parecía algo ausente, quizá por el sobresalto o por su natural timidez.

La mujer sonrió con aire apenado, pese a que todo había quedado en un susto.

—Gracias por preocuparos, en cualquier caso. Mi nombre es Sonsoles, y este niño tan desobediente al que habéis ayudado se llama Toño. Es mi sobrino —se presentó porque habría sido grosero despedirse sin más.

—Yo me llamo Victoria y estas son mis hermanas. Paz, Dolores y Celia.

Señaló al resto de las mujeres: una chica pelirroja con el ceño fruncido, otra que podría haber sido la madre de las demás, por edad, y cuya melena había plateado casi por completo, y una tercera con la piel oscura y los frondosos rizos hinchados a causa de la humedad. Ninguna de ellas saludó en voz alta, se limitaron a observarla y a asentir levemente con la cabeza. Tal y como Merche las había descrito, se las había imaginado como mujeres monstruosas, pérfidas y malvadas, y aunque su aspecto era un tanto excéntrico, daba la sensación de que se limitaban a cuidar de su puesto en la playa sin meterse en los asuntos de nadie, como defendía Paula.

—¡Salva! ¡Toño! —Daniel por fin llegó hasta ellos y cogió a su sobrino de la mano, que permanecía inmóvil, mirando hacia el agua entre las rocas, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor—. ¿Estás bien?

Él no reaccionó. Ante su catatonia, Daniel se agachó y aupó al niño, que no se resistió, en un gesto protector. Tan pronto como notó que le sostenían, su sobrino le rodeó el cuello con los brazos con ímpetu y enterró la cabeza en su hombro.

—Ese hombre… ¿está muerto?

—¿Qué hombre? —preguntó Daniel con tono jocoso—. No habrás vuelto a confundir unas algas con algo raro, ¿verdad?

La sonrisa del joven se desvaneció cuando una de las mujeres, la pelirroja, chilló y retrocedió.

—Que la sagrada Luna nos proteja —dijo la mujer de la melena canosa.

Estrechó la enorme caracola que le colgaba de una cinta en el cuello, como si rezase.

Sonsoles se asomó al mar y contuvo una arcada al distinguir el cuerpo bocarriba que flotaba en el agua. La pierna se le había quedado atascada entre las rocas, y se mecía con cada oleada del mar, igual que un bote a la deriva. Varios tajos temblorosos y punzadas surcaban el cuello de aquel chico joven que tan hermoso había sido en vida. Las vistosas heridas se habían ido vaciando hasta que su piel se había quedado blanca y acartonada.

Se agarró la mano para disimular el temblor involuntario.

Por un instante, su mente se transportó muy lejos de allí, a las sombras que arrojaban los frondosos robles sobre el caño pequeño. No tenía que haber tomado el desvío. ¿Por qué no había ido directa al caño? ¿Por qué? ¿Por qué? Se preguntó, con la respiración agitada. Por un momento, creyó que se trataba del mismo hombre que había muerto aquella tarde, pero comprendió que era imposible, que habían pasado demasiados años y que se habían llevado su cuerpo a Madrid. Aquel pobre desdichado, en cambio…, no debía de llevar mucho tiempo muerto, pero el agua había causado estragos, y su rostro estaba hinchado y distorsionado. Hizo que Toño se girase para que no siguiese viendo tan grotesca estampa.

—Es Salgado, Javier Salgado —dijo Daniel con una voz que sonaba como el hielo.

Estaba en lo cierto: aunque la sonrisa zalamera se hubiese desvanecido de su rostro para siempre, ahí estaban sus bucles castaños, su anillo de compromiso y un colgante en el cuello muy parecido a la pulsera de su prometida, salvo porque la concha del suyo era de un intenso azul zafiro.

«Pobre Paula, ni siquiera han podido casarse», fue lo único que pudo pensar antes de apartar la vista para evitar una nueva náusea.

A pesar del horror de la muerte, fue a la novia que quedaba atrás a quien compadeció, a la madre que habría de encargarse de una criatura sin el apoyo de nadie. ¿Cómo iba a ganarse la vida? ¿Acabaría dejando Fontanada por la vergüenza de ser madre soltera igual que Teresa había huido ante los rumores sobre su hermano? Un asesino le había robado la posibilidad siquiera de ser viuda. El dolor era el mismo, pero al menos se le permitiría pasar el luto, recibiría palabras de ánimo en lugar de miradas suspicaces a su paso.

La preocupación por Paula se desvaneció cuando se dio cuenta de que Toño le apretaba la mano con tanta fuerza que le empezaban a hormiguear los dedos ante la falta de riego sanguíneo. Aunque no dijese nada ni se moviese de su sitio, aunque no llorase, sintió su terror. Miró hacia Salva, que se abrazaba a su tío con la misma intensidad, temblando. Se le rompió el corazón. La infancia de aquellos dos niños había terminado aquel día de verano, en lo que debería haber sido una ociosa mañana en la playa, como si un verdugo la hubiese ajusticiado con un hacha mal afilada. Igual que había hecho con la paz de Fontanada.

9

Observó el gorrito de punto que acababa de tejer y se preguntó si sería demasiado grande para un recién nacido. Cuando sostuvo al pequeño Toño por primera vez, pensó en lo diminuta y frágil que era aquella criatura. ¿Sería igual el bebé de Paula? Sonsoles había pasado varios días tejiendo para él en sus ratos libres un par de patucos de lana y un gorro. La criatura nacería en diciembre y, aunque le habían dicho que los inviernos de la costa eran más amables que en el interior, sería mejor que tuviese los pies y la cabeza calentitos.

Su regalo no era gran cosa, teniendo en cuenta todo lo que necesitaban un recién nacido y su madre, pero no se le ocurrió nada más que ella pudiese hacer para ayudar a la joven, viuda sin haber llegado a casarse. La boda estaba prevista para unas pocas semanas después en la iglesia del barrio. Debían celebrarla antes de que no hubiese un vestido, por holgado que fuese, capaz de disimular su vientre agrandado. En lugar de ello se había oficiado un funeral, uno al que no habían invitado a Paula. Nunca podría darle el apellido Salgado a su pequeño bastardo. Sin una boda legal, la familia del que iba a ser su esposo se había negado a reconocerla como nuera, bajo el pretexto de que no había forma de saber si el bebé de su vientre pertenecía a Javier de verdad. Merche había insinuado una

tarde en la peluquería que mantener a una criatura era una ardua tarea que dejaba las carteras peladas, y que los que iban a ser sus suegros no deseaban abrir las suyas. Pero a la familia de Paula había algo que le preocupaba más que el dinero: la mancha que su hija había arrojado sobre sus padres. ¿Qué clase de educación le habían dado a su hija para que se echase a perder tan fácilmente? De tal palo, tal astilla, sentenciaban las malas lenguas. Para tratar de paliar los daños, la habían encerrado a cal y canto en su piso de la Albufera y supervisaban todos sus quehaceres, así que tendría que visitarla si quería verla.

—Pobre muchacha… —masculló, sosteniendo las diminutas prendas en alto—. ¿Debería tejerle también unas manoplas?

Era domingo, el día libre de ambos, y Antonio escuchaba un partido de fútbol en la radio, sentado junto a ella en el sofá. Yugoslavia jugaba contra la Alemania Federal y por el momento ninguno de los dos equipos había logrado marcar un tanto. El hombre alzó la vista hacia ella sin demasiado entusiasmo y observó las pequeñas prendas.

—No sé por qué te preocupas tanto por esa chica. Sus padres deberían ser quienes se encargaran de ella y del niño.

Se ahorró recordarle que Rocío también se había casado embarazada y que no podía evitar pensar en lo desgraciada que habría sido si Antonio no hubiese aceptado su responsabilidad con entusiasmo. Además, al pensar en el cuerpo hinchado de Javier, en los cortes y las punzadas en el cuello, la invadía un amago de culpa, aunque el crimen no tuviese nada que ver con ella.

—Ser madre es duro ya de por sí y hasta hace dos días era una jovencita que pensaba solo en bailar con sus amigas. Con el corazón

roto, ¿cómo se las va a apañar para criar un bebé?

—Se levantará cada día y hará lo que deba, como hemos hecho todos. Sobrevivirá.

La resignación en su respuesta, la acritud, la entristecieron. Sobrevivir y vivir eran dos cosas muy distintas, y de su boca aquello había sonado como una confesión.

Un par de días después recibió una llamada de Merche. Las parroquianas de la peluquería iban a hacer una visita a la futura madre y contaba con ella.

—Paula siempre ha sido un poco atolondrada y, no me malinterpretes, sus padres hacen bien atándola en corto para que aprenda de sus errores. Pero todos merecemos una segunda oportunidad, y ella tiene un buen corazón —explicó la mujer, que, pese a su férrea moral chapada a la antigua, había visto crecer a Paula y por eso le apenaba su tragedia—. Bastante tiene ya con que su criatura vaya a crecer sin un padre.

El tono de desaprobación traspasó el teléfono. Cuando Toño se quedó sin madre, todos en el Pueblo se apresuraron a buscar una solución. Pero cuando un niño no tenía padre, en cambio, parecían más ocupados en señalar de quién era la culpa.

Mientras los cotilleos se propagaban por el barrio, en el periódico se habló de «la trágica muerte de un joven camarero de barra local, que estaba a punto de casarse», aunque se hacía más hincapié en que, según la Guardia Civil, el caso no guardaba relación alguna con la muerte de un trabajador de las salinas hacía solo unos días.

Nadie se atrevía a contrariar en público a Juan Arias y a sus hombres, pero empezaba a respirarse cierta inquietud en el aire. En una pequeña ciudad donde nunca ocurría nada relevante, dos

asesinatos llamaban la atención y dominaban todas las conversaciones. «¿Otra copa? ¿Te vas a quedar hasta tan tarde? Claro, no te preocupa el asesino que anda suelto, solo va a por los jóvenes y guapos», se bromeaba en los bares, donde los hombres respondían henchidos que no le temían a un matón cualquiera. Estaban convencidos de que podían batirse, exitosos, con un homicida que llevaba al menos dos nombres en su lista de víctimas, pero además consideraban que el asunto no tenía nada que ver con ellos. Lo que les había pasado a esos muchachos se lo habrían buscado, sin duda: uno apostaba a las cartas, el otro se llevaba a la cama a toda mujer a su alcance, así que era lógico que hubiesen acabado pagando las consecuencias de sus actos inmorales. Se cosecha lo que se siembra.

Las parroquianas de la peluquería también habían teorizado largo y tendido sobre el asunto. Cuando Sonsoles se reunió con ellas en la puerta del edificio donde Paula vivía con sus padres, las encontró rememorando todas las veces en las que Teresa y Paula habían hablado. Rondaban la misma edad, se movían en los mismos círculos, ¿acaso sus hombres también?

—No me extrañaría que Javier apostase a las cartas.

—Ya lo habéis oído, la Guardia Civil piensa que no tienen nada que ver.

—Eso es lo que les han dicho a los periodistas, a lo mejor tratan de despistar al culpable.

—Qué espanto pensar que hay un asesino entre nosotros.

—O dos…

—¿Y qué os hace pensar que ha sido un hombre? —preguntó Merche, provocando una nueva oleada de murmullos.

—¿Qué mujer sería capaz de hacer algo así?

—Puede que, sin duda, las haya perversas ahí fuera, pero para matar a dos muchachos hechos y derechos hace falta mucha fuerza.

La peluquera no parecía tan convencida.

—A lo mejor eran varias las que los pillaron por sorpresa. O igual le pusieron alguna cosa extraña en la bebida primero.

—Merche, ¿por qué siento que estás pensando alguien en concreto? Tú sabes algo…

—Para nada. Solo pienso que, si hay que sospechar de alguien, yo me fijaría primero en quien no sigue las normas. Si no, señalarán a los que venimos de fuera y dirán que la ciudad se ha llenado de indeseables, cuando la mayoría venimos a deslomarnos trabajando, pero ¿quién se lo puede reprochar? Es cierto que sobran algunas personas en Fontanada. ¡Mira, aquí está la nana! —exclamó al ver a Sonsoles, y una sonrisa amable, aunque apenada, apareció en su rostro—. Ya estamos todas entonces.

Amparo alzó la mano para saludarla. Junto a ella había una chica de veintipocos que llevaba el pelo castaño cortado a la altura de la barbilla. Tenía la misma complexión curva y suave de su madre, con los brazos anchos, la cintura estrecha y abundantes caderas. Silvia. Llevaba puesto un uniforme parecido al de Sonsoles, salvo porque el suyo era negro, y también lucía las uñas pulcras y el rostro sin maquillar. Recordó que su madre había presumido de su trabajo en casa del alcalde. Por edad y ocupación tenían mucho en común y quizá podrían haber sido buenas amigas, pero las separaba el abismal vacío que había entre una mujer casada y una soltera.

Merche la tomó del brazo y la acercó a ella, para que todas las presentes pudieran verla bien.

—He oído que fueron tu niño y el pequeño de los Vargas quienes dieron con el cuerpo. ¿Cómo se encuentran? Ha debido de impresionarles mucho.

Sonsoles se limitó a asentir, no era una cuestión de la que le apeteciese hablar. Toño, que normalmente bromeaba sobre cualquier cosa y siempre tenía en la punta de la lengua una ocurrencia ingeniosa o preguntas sin fin sobre cualquier tema que le despertase la curiosidad, no había dicho una sola palabra sobre lo que había visto. Por el día había retomado sus juegos como si nada hubiese sucedido. Sin embargo, le costaba dormir por las noches y no se acababa los platos que le ponía en la mesa. Las cenas se habían vuelto mucho más sombrías y tensas ahora que el niño las pasaba revolviendo la comida en silencio y desganado. Era curioso lo diferentes que podían ser las personas a la hora de procesar los varapalos de la vida. El inquieto Toño se había apagado, mientras que el tímido Salva no paraba de indagar al respecto del asunto. Lo quería saber todo sobre el crimen, como si lograr entender cada detalle y ángulo de lo ocurrido fuese la única forma de poner punto final a aquello. ¿Quién era aquel hombre? ¿Cómo había muerto? ¿Por qué había acabado en la playa? ¿Quién lo había matado? ¿Por qué? Sonsoles no había sabido responder a la mayoría de sus dudas y, aunque su insistencia pudiese parecer macabra, sabía que provenía del mismo lugar que el silencio de Toño.

—Qué horror, pobres criaturas.

—Están muy sorprendidos —admitió.

—Los chicos son fuertes y derrochan energía, en cuanto empiecen las clases se les olvidará. Los que vivimos la guerra hemos

visto mucha muerte y estamos de una pieza —trató de confortarla Amparo—. No te preocupes demasiado.

Merche le dio la razón.

—Dicen que estabas con Daniel Vargas cuando ocurrió, y con esa… «danesa». —Pronunció la palabra como si en realidad significase «esa indeseable»—. ¿Os encontrasteis allí por casualidad?

—Sí —mintió por acto reflejo—. Fui a pasar el día con Toño a la playa. Pensé que le iría bien hacer amigos.

La peluquera asintió para demostrar que comprendía a la perfección lo que trataba de decir.

—Es bueno que haga conexiones desde niño, sobre todo si le vais a matricular en la escuela, pero es mejor andarse con ojo con los Vargas. Su favor puede tornarse tan rápido como el viento si no sabes manejarlo. ¿Has conocido ya a don Tobias? Sería un gran tutor para Toño, seguro que le ayudará a preparar la prueba de acceso.

Negó con la cabeza. A Sonsoles no se le había ocurrido por un segundo que la conexión social con el único nieto de la señora de Vargas pudiese favorecer a Toño y no supo si debía sentirse aliviada o culpable por ello. ¿Le estaba fallando a su sobrino por no estar atenta a esa clase de oportunidades? ¿Era ingenua u honrada? Conseguir una plaza en el instituto de Fontanada no sería sencillo sin alguien que abogase por él. A lo mejor debía ser más sociable la próxima vez que acompañase a Salva a sus clases con el coro del colegio. «A Rocío se le habría dado mucho mejor todo esto». No había una sola persona en el Pueblo que no pensase que era encantadora, siempre con una sonrisa en el rostro y dispuesta a ayudar a quien lo necesitase, mediando entre unos y otros si era preciso para resolver una riña.

Se sobresaltó cuando Merche dio una palmada para zanjar el debate.

—Lo que tenga que ser será. Por ahora dejémonos de chácharas y hagamos lo que hemos venido a hacer.

La puerta del edificio estaba abierta, así que subieron las escaleras en silencio hasta el tercer piso. Allí descubrieron que no iban a ser las únicas visitantes que tenía la joven. Se detuvieron en el rellano mientras Paula se despedía de Victoria y de las mujeres que la acompañaban. Las sirenas. Merche palideció como si acabase de ver un monstruo marino emergiendo de entre las aguas de la bahía. La sorpresa hizo que la elocuente mujer, que siempre tenía algo que decir sobre cualquier cuestión que afectase a la Albufera, Fontanada y a la honrada moral de sus habitantes, titubease.

—Buenas tardes —saludó Victoria, que no se había molestado en guardar el luto y lucía una larga falda verde azulada y una blusa beige. Antes de marcharse, se dirigió una última vez a Paula—: Sabes dónde encontrarnos si necesitas algo. Cuídate mucho, y también a la pequeña.

—¿Pequeña? ¿Crees que será niña? —preguntó la joven con asombro.

Victoria sonrió y asintió.

—Una tan valiente como su mamá.

Estrechó a Paula entre los brazos, incomodando a todas las parroquianas. Saltaba a la vista que no se trataba de un gesto cordial, sino de un abrazo de verdad, largo y repleto de estima y solidaridad. Cuando se alejó, Victoria acarició el rostro de la muchacha para limpiarle una tímida lagrimilla y se marchó junto a las sirenas. Las parroquianas de la peluquería se echaron hacia los

lados igual que se abrieron las aguas del mar Rojo para dejar paso a Moisés. Si a las sirenas les molestaron las perspicaces miradas acusadoras que les lanzaban, no lo pareció en lo más mínimo. Merche carraspeó malhumorada, pero ellas avanzaron con la cabeza bien alta y la vista al frente.

—Ahora, además de vender amuletos, se piensa que es adivina… —murmuró la peluquera con desdén cuando pasaron de largo—. Si fuese niña, tendrías la barriga más alta. No escuches a esas cuentistas, será niño, sin duda. —Extendió las manos hacia Paula para saludarla y ella las tomó agradecida.

—Ha… habéis venido.

La futura madre parecía sorprendida de veras. Paula tenía los ojos enrojecidos. Daba la impresión de haber estado llorando largo y tendido.

Se hizo a un lado y las invitó a pasar al interior del salón. Su familia llevaba el tiempo suficiente en la ciudad para poderse permitir un sofá y hasta un televisor en blanco y negro. De la pared colgaba un tapiz enorme que mostraba a un grupo de perros de caza persiguiendo un faisán. Una mujer de cabello oscuro y corto, cuyo rostro y complexión parecían una copia exacta de los de su hija, les preguntó qué querían beber.

—Un café bastará, corazón —respondió Merche, que se giró hacia la muchacha cuando su madre fue a la cocina—. Niña, nos tenías preocupadas, pero veo que es más grave de lo que pensábamos. ¿Cómo se te ocurre recibir a esas… esas… sirenas en tu casa?

Paula le soltó la mano y en su lugar la apoyó sobre su barriga incipiente.

—Si habéis venido a juzgarme, podéis marcharos por donde habéis venido. Ya he tenido suficiente de eso —dijo Paula, implacable.

Su belleza estaba ensombrecida por unas marcadas ojeras y su voz sonaba lacónica y distante, pero, sobre todo, agotada.

Merche resopló ante su impertinencia.

—Voy a fingir que no me has contestado en ese tono porque sé que estás pasando por un mal momento. Te recuerdo que solo nos preocupamos por tu bienestar.

—¿Mi bienestar? —Miró hacia el molde de vidrio que Merche acababa de depositar sobre la mesita del comedor. Aún olía a la yema de huevo cocida con leche y al caramelo caliente sobre el flan —. Ahora venís a traerme comida por caridad y por pena, pero ¿quién se encargará de alimentar a mi bebé? ¿Quién le protegerá cuando los otros niños le llamen «bastardo» y los profesores le miren por encima del hombro porque su madre es una cualquiera?

—Paula… —comenzó a reprocharle Merche, pero la joven la interrumpió.

—Sabes que es la verdad. Necesito el permiso de mi padre para conseguir un empleo, si es que alguien quiere ofrecérselo a una mujer como yo, y nunca accederá. Ni siquiera me habla o me mira a la cara. Los he avergonzado demasiado. ¿Qué haré si decide echarme de casa?

—Ya encontrarás la manera —le aseguró la estilista—. Las vecinas de este barrio nos apoyamos entre nosotras —defendió con orgullo.

—Solo cuando se trata de mujeres respetables. ¿Me darías trabajo tú en mi situación como ayudante en tu peluquería? —

Merche enmudeció por segunda vez aquella tarde. Sabía muy bien que una trabajadora descarriada espantaría a gran parte de la clientela como si su pecado fuese contagioso—. Eso me parecía… Victoria me ha ofrecido vivir junto a ellas si lo deseo, realmente viven allí. ¿Lo sabías? Y puede que le diga que sí.

—¿Qué clase de sandez es esa? Tu familia te matará antes de permitir que hagas una insensatez semejante. Recobra tus sentidos, niña. Eso que dices se llama «abandono del hogar» e irás a la cárcel si te coge la Guardia Civil. ¿Es que quieres dar a luz en una celda?

—Mi familia me agradecerá que desaparezca de su vista. Prefiero irme con la cabeza alta a esperar a que me echen a patadas.

—Increíble… —masculló Merche. Se puso en pie y el resto de las mujeres, salvo Sonsoles, la imitaron—. Creí que eras una buena chica que había cometido un error, pero está claro que no hay nada que hacer contigo. De acuerdo, echa tu vida a perder juntándote con esas indeseables; cualquiera diría que te han embrujado la mente con uno de sus trucos. Pulseras de la suerte… ¿Y luego qué? Acabarás mal si te dejas engatusar por la primera charlatana que pasa, no digas luego que no te lo advertí.

Paula rio con acritud y dejó que su mirada se extraviase por la ventana durante unos segundos.

—Perdí mi vida en el momento en que encontraron a Javier entre esas rocas. No me des lecciones, Mercedes. No eres mi madre ni tampoco es asunto tuyo todo lo que pasa en Fontanada.

La mujer resopló incrédula ante el comentario.

—Si nada quieres de nosotras, nada tendrás. Señoras, vayámonos de aquí antes de que se nos pegue algo…

Merche dio media vuelta por donde había llegado, seguida por su fiel séquito de mujeres honradas. Sonsoles fue la única que se quedó, con su regalo aún entre las manos. Le tendió la bolsa con los patucos, el gorro y las manoplas de lana blanca.

—He tejido esto para la criatura; no es gran cosa, pero…

Paula la tomó con un asentimiento de cabeza a modo de agradecimiento. Iba a dar media vuelta y a reunirse con las demás, pero Paula le agarró del brazo y la detuvo.

—Tú fuiste una de las que le encontraron, ¿no es cierto?

Sonsoles lo confirmó, sin saber qué más decir.

—Conozco los rumores que corren por el barrio, que Javier estaba metido en los mismos asuntos que el hermano de Teresa, y todo porque trabajaba en el Ye-yé. Mi Javier… tenía muchas cosas malas, no siempre fue buen novio ni un buen hombre. Lo sé de sobra. Pero estaba ahorrando desde que le dije que iba a ser padre, hacía trabajillos extra sin parar para reunir la entrada de un piso. Parecía… otro. Nunca se habría gastado nuestro dinero en apostar. Y sobre sus malos hábitos, se estaba esforzando por ser mejor. No sé quién le mató o por qué, pero de verdad que él… lo estaba intentando.

Los ojos comenzaron a empañársele y Sonsoles se apresuró a rodearla con el brazo. Algo se apoderó de ella, un instinto de supervivencia que nunca había empleado para sí misma, una certeza que necesitó pronunciar en voz alta. «Sálvate tú que aún puedes». Miró hacia atrás para asegurarse de que ni la madre de Paula ni las parroquianas de la peluquería la oyesen.

—Si quieres ir con las sirenas, ve con ellas. Haz lo mejor para ti. No te pares a dar explicaciones ni a intentar que lo entiendan.

Simplemente hazlo mientras estés a tiempo.

La joven entreabrió los labios, dubitativa, con las cejas alzadas por la sorpresa. Estaba claro que nadie le había dado un consejo semejante, y mucho menos con esa pasión y brutalidad tan impropias de la Sonsoles que ella conocía.

—Tenía razón cuando te vi. Supe que podríamos haber sido amigas… —masculló—. Gracias por hablarme con sinceridad. Claro que supongo que todo lo que me han dicho estos días era sincero, pero más bien parecían retahílas aprendidas de memoria. Tus palabras, en cambio…, suenan reales. Por eso no puedo dejar que te vayas sin darte otro consejo a cambio. He oído… —Se le hizo un nudo en la garganta y se llevó una mano a la barriga, como si buscase apoyo en su futura hija—. He oído que estabas con los Vargas en la playa cuando… pasó eso. Sé que acabas de llegar a la ciudad y que hay muchas cosas que ignoras sobre Fontanada, así que te lo diré antes de que te arrepientas: procura alejarte de los Vargas todo lo que puedas. Nadie dura demasiado en el empleo que ocupas. Ese palacete en el que viven es peor que un castillo embrujado. Haz tu trabajo mientras lo tengas, coge el dinero y, cuando llegue el momento, vete sin mirar atrás. Pero no te mezcles con ellos o sus desgracias acabarán por salpicarte. Mira cómo se han deshecho de la pobre Teresa… Esa familia está podrida, todo lo que tocan lo envenenan, hasta el agua del mar la tiñen de rojo.

Sonsoles trató de ignorar la quemazón en el estómago. No era la primera vez que le advertían que mantuviese la distancia con los Vargas, así que trató de rebajar la tensión.

—¿Rojo? Creía que era rosa.

Paula sonrió.

—Eso es porque no has visto las salinas al atardecer. Por favor, hazme caso, ¿sí? Pareces una buena persona. Y ellos…, con todo el dinero y poder que tienen, cualquiera diría que les divierte arruinar sus propias vidas. No dejes que hagan lo mismo con la tuya también. Buenas tardes, Sonsoles. Y gracias. —Alzó la bolsa—. Por todo.

La acompañó hasta la puerta y allí se despidieron de nuevo. Sonsoles se quedó sola en el rellano, aún aturdida por las advertencias de Paula. Volvía a sentirse como la nueva. En su pueblo natal había conocido todos los tejemanejes y las sombras de cada familia, de los que nadie hablaba en voz alta, pero que todos sabían, como que sus vecinos habían construido una casa de piedra de tres pisos con el dinero que habían ganado traficando con café o que la sobrina del alcalde no era de verdad su sobrina, sino una hija bastarda. Pero en Fontanada caminaba a ciegas sobre los entresijos de la ciudad. Merche la había felicitado por su proximidad inesperada con los Vargas, Paula la había precavido de ello. ¿A quién debía escuchar?

—¡Niña! ¿Qué estabas haciendo? —la reprendió la peluquera, que esperaba junto a las demás en la calle, rememorando sin duda lo grosera que había sido Paula cuando solo trataban de ayudarla.

—Nada, solo le daba la ropita para la niña.

—Niño, será niño seguro —corrigió la mujer, que la agarró del brazo y se encaminó rumbo a la calle en donde vivían ambas—. ¿Y tú, qué? ¿Cuándo piensas darle otro hijo a Antonio? Seguro que Toño se siente solo a veces, le vendría bien un hermanito.

La mera idea le provocó náuseas.

—Yo… es mejor que trabaje durante un tiempo para ahorrar algo de dinero —dijo, y Merche asintió ante una excusa más que razonable.

Puede que los Vargas despertasen tanta admiración como recelos, pero tendría que seguir lidiando con ellos y sus particularidades mientras quisiese ganar un jornal y mantenerse alejada de las obligaciones propias de una esposa de su edad.

10

La señora de Vargas interceptó a Sonsoles en uno de los pasillos del palacete mientras la niñera iba de camino a planchar las camisas y los pantalones de Salva. El tiempo se había vuelto tórrido en los últimos días, y durante las noches apenas refrescaba, así que tenía que lavar la ropa aún con más frecuencia. Enjuagar y frotar era más agradable que planchar con el bochorno que implicaba. Ya se sentía pegajosa por el sudor y agobiada por el calor sin necesidad de encender el aparato.

—¿Aún no has acabado con eso? —comentó la mujer al ver la cesta de ropa que cargaba en brazos—. Puedes dejarlo en el suelo un momento, hay algo que quiero… proponerte —admitió con una mueca de desagrado en los labios.

Debía de haberle costado horrores rebajarse a necesitar algo de una mera empleada. Si no fuese por la incertidumbre de no saber qué clase de petición se iba a encontrar, una parte de Sonsoles lo habría disfrutado. Aunque «pedir» era solo una forma de hablar; no había forma en que pudiese negarse a atender los deseos de la patrona de la casa.

—Como bien sabes, Salvador está pasando unos días complicados por el calor.

Aquello no era del todo cierto, pero no la contrarió. El pequeño apenas dormía y, cuando conseguía por fin conciliar el sueño, sufría pesadillas que le despertaban entre gritos y sudores fríos. Daniel se lo había contado todo. La noche anterior había sido especialmente delicada en el palacete de los Vargas. Cuando la señora de la casa hizo su habitual parada en la habitación de Salva antes de acostarse, para comprobar que su nieto dormía plácidamente, descubrió que el pequeño tiritaba por la fiebre. Hicieron llamar al doctor, que llegó a la carrera. Lo auscultó y examinó en busca de la causa de su estado febril. Sus pulmones se hallaban en perfectas condiciones y respiraba con normalidad, y tampoco había rastro de enfermedad en sus anginas, por lo que descartaba un catarro veraniego. Saltaba a la vista que el cuerpo del chiquillo estaba en plena forma. En pos de los recientes sucesos, el doctor achacó su malestar a razones más psicológicas que físicas. Sugirió una visita al psiquiatra, a lo que la señora de Vargas respondió con un tajante resoplido de incredulidad. ¿Un Vargas recibiendo tratamiento de un loquero? Por encima de su cadáver. Salva era un niño perfectamente normal, solo necesitaba olvidarse de ese pobre diablo de Javier Salgado, con cuya muerte se había obsesionado.

—Tendrá que haber otra solución —espetó, detenida junto a la cama de su nieto mientras le sostenía la mano.

El niño murmuraba en duermevela llamando a «mamá», pero nadie le prestaba atención.

—Bueno… No se trata de mi área de especialidad, pero mantenerse lo más activo posible durante el día podría ayudar; así llegaría cansado a la noche y distraería sus pensamientos. A ser

posible, deberían tratarse de actividades agradables para él. ¿Tiene algún amigo con el que jugar?

¿Los tenía? La señora de Vargas se preocupaba de que su nieto sacase buenas notas, supiese tocar un instrumento y aprendiese idiomas, pero no tenía ni la menor idea de lo que hacía en los recreos. Si le hubiese preguntado alguna vez, Salva le habría explicado que sus compañeros de clase se mostraban distantes con él. De haberse tratado de otra persona, puede que su delicadeza y su sensibilidad le hubiesen convertido en un blanco fácil para las burlas y los ataques del resto, pero ni siquiera los niños eran tan necios como para molestar a un Vargas en aquella ciudad. Sin embargo, el peso de su apellido tampoco era suficiente para que interactuasen con él más de lo necesario. Salva les parecía demasiado raro, demasiado callado y taciturno. Quizá intuían que había razones de peso para su actitud alicaída, razones que sus mentes infantiles no podrían comprender del todo, pero que les inquietaban de un modo instintivo.

—¿Jugar? —repitió la mujer, aún más sorprendida que cuando el doctor había mencionado al psiquiatra—. ¿Mi nieto no puede dormir por la fiebre y usted le recomienda… que juegue?

El médico tragó saliva, intimidado por la mujer. Llevaba muchos años tratando a la familia, había vivido de primera mano el agónico languidecer de su hijo mayor y sabía que la señora de Vargas no necesitaba levantar la voz ni enloquecer con aspavientos grandilocuentes o violentos para resultar aterradora.

Fue el propio niño quien le sacó del apuro.

—To… Toño —dijo entre tiritonas.

—¿Qué dices, mi cielo? —preguntó su abuela con dulzura, y se inclinó sobre él para oír mejor.

—Toño es mi… mi amigo.

—¿Toño? —«¿Qué clase de nombre es ese?», se preguntó la mujer—. ¿Es algún niño de tu clase?

Salva negó con la cabeza.

—En la playa… ju… jugamos en la playa.

Lo que le faltaba. El sobrino de la niñera. La señora de Vargas maldijo el momento en el que al necio de Daniel se le ocurrió la condenada idea de llevar al niño precisamente a esa playa aquel día. Y qué inoportuno que el cuerpo de ese camarero hubiese tenido que aparecer flotando justo allí. «Hay personas en esta sociedad que estorban hasta muertas».

—¿De verdad le ayudará? —preguntó, con la mandíbula tan tensa que le costaba incluso hablar.

—Si no mejora, la única opción que queda es administrarle barbitúricos. Mientras tanto puede probar con infusiones de valeriana.

La mujer optó por tragarse el orgullo. Miró a la niñera detenida ante ella, tan cargada que apenas le veía el insulso rostro tras la pila de ropa.

—¿Quiere que le prepare algo de limonada con hielo a Salva? —preguntó Sonsoles.

—Sí, eso estaría bien. Aunque quizá la disfrutaría más en compañía. He pensado… que seguro que tu sobrino también estará padeciendo este calor. A los dos les vendría bien jugar y distraerse. Se me ha ocurrido —tuvo que humedecerse la boca antes de ser capaz de decirlo— que podría pasar alguna tarde que otra aquí, con

Salva. Asegúrate de preparar suficiente cantidad de bebidas para que se refresquen.

Sonsoles ladeó la cabeza, dubitativa, como si quizá hubiese escuchado mal. ¿La matriarca de los Vargas acababa de invitar a Toñito a jugar en su casa? Tras varias semanas sirviendo en el palacete, no esperaba recibir ningún tipo de gesto amable por parte de su empleadora. La propuesta la pilló de improviso.

—Esto…, yo…, seguro que a Toño le apetecerá volver a ver a Salva.

Sin duda Merche se alegraría mucho cuando oyese esas noticias; a pesar de las advertencias de Paula, Salva solo era un niño. Uno dulce y encantador. Era ella quien debía mantener las distancias con Daniel Vargas y sus persuasivos encantos. Los pequeños no tenían culpa de nada.

—De acuerdo, mañana trae al niño contigo. He dejado suficientes billetes en la mesilla para que compres algunos helados y galletas para la merienda. Eso es todo. Te dejo que continúes con tu trabajo.

—Gracias, señora, es muy amable —dijo mientras la matriarca cogía sus cosas para marcharse a las salinas.

Al llegar a su casa esa noche, y después de que Toño se acostase, Sonsoles le comentó la propuesta de la señora de Vargas a su marido con la boca pequeña. Él pareció escucharla con aire distraído, pero supo que le estaba prestando atención cuando le preguntó «¿Qué te parece?» y él respondió:

—Si es lo que quiere Toño… Aunque me preocupa que se le llene la cabeza de pájaros y que se olvide de cuál es su sitio. Por bien que se lleven, nunca será amigo de verdad de ese muchacho, solo el hijo de la chacha.

«La chacha». Sonsoles apretó el puño, cerrado sobre su falda. «Soy su niñera», pensó, pero ¿qué diferencia había cuando se encargaba de fregar, lavar, coser, planchar y servir la comida? Se esforzó por ignorar el comentario.

—Lo hablaré con él, para que no se haga ideas equivocadas. Los Vargas son muy generosos al invitarle.

Su esposo asintió.

—Es mejor que esté allí que en la calle, con ese asesino suelto.

Así comenzó una nueva rutina dentro del palacete, que pasó de ser lánguido y silencioso a llenarse con las risas de los niños. Por suerte, la señora de Vargas se marchaba temprano a las salinas y don Juan Arias estaba ocupado tratando de aplacar el revuelo que habían causado los dos crímenes. Estaba segura de que ambos habrían detestado aquel ambiente ligero y juvenil. En cuanto a Daniel, disfrutaba del verano junto con Oda y otros jóvenes de Fontanada. Sonsoles cumplió la promesa que se había hecho a sí misma de no dar coba al señorito y respondía con sequedad ante su sonrisa afable y su carácter extrovertido, rechazando todas y cada una de sus invitaciones al Ye-yé, a excursiones en coche a unas calas vírgenes cercanas o a tomar una copa en el hotel Costa de Sal. Si Daniel había notado la distancia que imponía ella entre ambos, la que debía ser acorde a sus respectivas posiciones sociales, procuró no darse por aludido y continuaba siendo tan jovial como siempre. Una tarde se empeñó en leerles a los niños algunas de las aventuras de piratas que se narraban en *Los cuentos de sal*, y Sonsoles acabó escuchándolas con disimulo mientras frotaba la cubertería de plata con un paño y bicarbonato. Cuando terminó, Daniel le entregó el libro con una sonrisa. «Parece que te gustan, así que llévatelos.

Tenemos más copias en casa. Considéralo tu bienvenida oficial a Fontanada. No puedes vivir en la ciudad sin conocer todos estos cuentos». Tomó el libro de tapas de color verdoso con la figura de una sirena estampada en dorado. Antes de que pudiese explicarle que le costaba horrores leer una sola frase del tirón, el joven ya se había marchado para reunirse con la danesa.

La mayor parte del tiempo, solo estaban en la casa los dos chiquillos, Alba Vargas y ella. La única hija de la familia apenas salía de su habitación en la planta de arriba, y solo lo hacía para asegurarse de tanto en tanto de que Sonsoles no se tomaba ninguna libertad indebida o para mandarle que remendase o lavase alguna de sus prendas. También protestaba en más de una ocasión ante el alboroto que formaban los niños, aludiendo a su dolor de cabeza. La joven se disculpaba y después mandaba callar a los pequeños, aunque al final era el calor lo que lograba aplacarlos y los animaba a descansar. Las clases extracurriculares de Salva se habían suspendido hasta que se recobrase del todo de sus terrores nocturnos y, por primera vez en su vida, no tenía nada que hacer salvo disfrutar de la horchata fresca, la limonada, los *fartons* y los sorbetes de fruta.

Aquellos fueron los días más dulces del verano, tan largos que no se ponía el sol hasta las diez de la noche, tan plácidos y ociosos que Fontanada empezó a olvidar poco a poco el aciago destino de Javier Salgado y de Francisco González. Las playas volvieron a llenarse como si nada hubiese ocurrido y la inquietud de los primeros días pasó a un segundo plano. El mundo pareció ralentizarse y tan solo la visita del cartero interrumpía las mañanas en el palacete. Por eso Sonsoles no se sobresaltó cuando sonó el timbre de la entrada un

jueves cualquiera. Creyó que se trataría de un paquete y se apresuró a atender la llamada. Sin embargo, al abrir la puerta, en lugar del cartero de la zona, lleno de pecas y siempre cubierto por el sudor, se encontró cara a cara con un desconocido.

Se trataba de un hombre en mitad de la cuarentena, con un rostro de aspecto bonachón y tirando a bajito para tratarse de un varón. Era de la misma estatura que Sonsoles, quizá algo más menudo. Su tamaño parecía ir a juego con su personalidad, o puede que fuese al revés, que saberse más pequeño que los demás le hubiese inclinado a ser más accesible e inofensivo. Esa fue la impresión que tuvo Sonsoles al ver su barriga bonachona y sus ricitos rubios en un semblante casi infantil.

—Buenas tardes, pregunto por la señora de Vargas. ¿Está en casa? —dijo con un ligero acento extranjero, muy parecido al de Oda.

—Me temo que está en su despacho, en las salinas. ¿Quiere dejarle un recado?

El hombre sonrió ante la confusión y negó con las manos. Sonsoles se fijó en su reloj de pulsera, que tenía una correa de cuero marrón de aspecto desgastado. A juzgar por su vestimenta, una camisa blanca de manga corta y unos pantalones color café a juego con unos zapatos de mucha solera, se trataba de una persona que no prestaba mucha atención a la apariencia exterior.

—No, no. Me refería a su hija, la madre de Salvador.

—¿Conoce a Salva? —preguntó, irguiéndose como si tratase de marcar territorio.

La actitud defensiva fue inconsciente y la pilló por sorpresa. Se estaba encariñando más de lo que debería con aquel chiquillo.

Cualquier día la despedirían, igual que a todas sus predecesoras, y Salva tendría que acostumbrarse a una nueva nana.

El hombrecillo sonrió aún más.

—Soy su maestro en la escuela y también dirijo el coro. Hace un par de semanas que no viene a clase y estaba algo preocupado por él. Oh, pero qué grosero soy, no me he presentado. Mi nombre es Tobias. También puede llamarme «señor Brahe», si lo prefiere.

Una chispa saltó en el cerebro de Sonsoles al reconocer el nombre. Pues claro. Don Tobias, el célebre maestro de música del instituto de Fontanada. Llevaba semanas oyendo hablar de él por doquier: a las parroquianas de la peluquería, a la señora de Vargas, incluso en el mercado se escuchaban alabanzas sobre los talentos del coro escolar que dirigía. Por lo visto era uno de esos profesores que se ganaban el afecto del alumnado y de los padres por igual. Además, el hecho de que algún niño se convirtiera en uno de sus favoritos implicaba también una atención especial por parte del centro educativo, aunque no era como si el joven Salvador Arias Vargas necesitase el favor de nadie para alcanzar una posición destacada.

—Ah, sí. Esto… Salva se ha tomado unos días libres para descansar, no ha estado durmiendo bien con el calor.

No conocía cuál era el protocolo que debía seguirse cuando un maestro visitaba la casa de un alumno, ni tampoco si esto era algo habitual en la ciudad.

El hombre suspiró.

—Lamento oírlo, pero no me sorprende del todo. Los niños sensibles a menudo tienen problemas de sueño, más de lo que parece. ¿Se encuentra algo mejor, al menos?

—Sí, según el doctor solo necesitaba distraerse un poco. ¿Quiere pasar y verle?

—Si no es molestia. Le traigo las partituras que hemos estado ensayando, tiene que aprenderse también la letra antes de la función. Cuento con que para entonces ya esté plenamente recuperado. —Sonrió de nuevo y Sonsoles se echó a un lado para dejarle pasar.

Se preguntó a qué salón le habría invitado su patrona de haber estado presente. ¿Era un maestro lo bastante importante para el salón principal o también le consideraría parte del servicio? Se trataba de un hombre culto, con estudios, lo cual elevaba su rango social, pero había dejado a los niños en el cuarto pequeño. Se asomó a su interior y descubrió que no se encontraban ahí.

—Deben de haber salido al jardín. Si me disculpa…

Antes de que ella pudiese moverse, el hombre entró en la estancia y tomó entre manos el libro.

—*Los cuentos de sal*. ¿Los está leyendo?

—Más o menos —respondió azorada.

Cuando tenía algún rato libre, trataba de avanzar en la lectura, aunque fuera a paso de tortuga, leyendo en voz alta las sílabas una a una.

El señor Brahe lo abrió por la marca.

—Acaba de empezar «La laguna de las sirenas». Era mi cuento favorito de niño. Mi madre me lo leía cada día y me fascinaba tanto que, cuando crecí, tuve que venir a Fontanada. Aunque no he conseguido aún ver la laguna con mis propios ojos.

—¿La laguna? Pensaba que solo era un cuento…

—Eso dicen. Pero quién sabe —sonrió arrugando la comisura de los ojos.

Algo en su jovialidad le produjo un inexplicable sentimiento de inquietud.

—Iré a buscar a Salva. ¿Quiere que le traiga algo de beber?

—Estoy bien, gracias.

Se marchó apresurada. Los niños debían de estar jugando al escondite otra vez, a pesar de que les había advertido que no corriesen por la casa. Si rompían algo durante sus juegos, iba a ser ella quien cargara con la culpa. Buscó por toda la primera planta, sin resultado, y se asomó a la ventana para comprobar si estaban en el jardín. Comprendió que habían subido a la planta de arriba cuando oyó una risita proveniente de la escalera.

—Maldición. Le dije a Toño que no podía ir a la segunda planta, ¿por qué ese niño nunca escucha? —masculló para sí misma.

Si despertaban a Alba con sus juegos, iban a meterse todos en un lío. Así que decidió que sería más fácil ir a toda prisa a donde estaban y darle un tirón de orejas a su sobrino. Subió las escaleras, preparada para soltarles una reprimenda y hacerlos bajar cuanto antes. En algún lugar de la casa, Salva contaba hacia atrás: «Veintitrés, veintidós, veintiuno». Siguió el sonido de los pasos acelerados hasta la puerta que daba a la biblioteca en la torre. La señora de Vargas había dejado más que claro que bajo ningún concepto podía entrar en ella. Se excusó pensando en que sería solo un segundo.

«Buen intento, Toñito, pero tienes que ser más silencioso o te pillarán enseguida». Puso la mano en el pomo y empujó para abrirla

con sigilo, invadida por una expectación casi infantil, como si de pronto ella fuese parte del juego del escondite.

11

Al otro lado de la puerta encontró una biblioteca circular de dos plantas, surtida por varios miles de ejemplares de todos los tamaños y colores, algunos de ellos tan antiguos que sus lomos estaban completamente desgastados, los encuadernados en piel tenían grietas que le daban un aspecto cuarteado, y los entelados habían perdido casi todo su pigmento para volverse blanquecinos. Otros, en cambio, eran ediciones de tapa blanda de libros de historia y política publicados hacía poco. Los estantes llegaban hasta el techo y, aunque nadie del servicio tenía acceso a esa estancia, alguien debía de ocuparse de mantenerlos limpios. No había una sola mota de polvo a la vista.

—Toño… —le llamó en un susurro—. Sé que estás aquí. Sal antes de que te castigue hasta que cumplas los quince.

No obtuvo respuesta alguna. Recorrió la estancia con la mirada, atenta a cualquier posible escondrijo. «Ya te veo». Toño se había esforzado por mantener ocultos los pies, pero la tela de una de las dos cortinas que enmarcaban las ventanas aún se mecía, haciendo eco del movimiento.

Sonrió divertida al pensar en que aquellos dos chiquillos no habrían tenido la menor oportunidad ante la Sonsoles de diez años, que tenía un pueblo entero a su disposición para jugar a al

escondite. Pero, en su lugar, tendrían que lidiar con la adulta responsable que debía hacerse cargo de ellos y reprenderlos por ignorar las normas. Avanzó hacia el otro lado de la biblioteca, deslizándose en silencio junto a las estanterías hasta llegar al ventanal. Descorrió la cortina de un tirón y se encontró con la mirada sorprendida de Toño. Le agarró de la muñeca antes de que pudiera escapar y el niño arrugó los labios en un mohín, plenamente consciente de que se la acababa de cargar.

—¡Antonio Rodríguez! —exclamó en un susurro, tratando de parecer furiosa, aunque en el fondo estuviese conteniendo la risa—. Este juego se te da realmente mal, ¿lo sabías? Venga, vamos para abajo, que te has quedado sin el arroz con leche que iba a preparar esta noche de postre.

—¡Jobar! Ha sido idea de Salva, yo solo…

El niño enmudeció de pronto. Tiró de ambos hacia atrás tan fuerte, con un pánico visceral, que Sonsoles casi perdió el equilibrio.

—No… otra vez no… no quiero verlo. No lo he visto. No lo he visto —comenzó a repetir, temblando de terror.

—Toño… Toño, ¿qué te ocurre?

El niño tiró de ella para alejarla de allí, desesperado. Sonsoles volvió la cabeza en busca de aquello que tanto había asustado al niño y por un momento a ella también se le paró el corazón. Junto a la ventana había un sillón de madera de teca y terciopelo verdoso y, sentado en él, un hombre de unos sesenta años que permanecía inmóvil, casi pétreo, con la mirada perdida en el infinito y los ojos muy abiertos. Igual que Toño, pensó que el anciano estaba muerto hasta que este parpadeó muy lentamente. Entonces reparó en el suave movimiento que hacía su barriga al inspirar y espirar.

—Está vivo. No tienes por qué asustarte, ese hombre está bien.

Quizá eso último fuera una exageración. Resultaba evidente que algo no funcionaba bien en su cuerpo o puede que en su mente.

Toño se atrevió a asomarse poco a poco tras Sonsoles. Al comprender que su tía estaba en lo cierto, liberó toda la tensión de golpe con un suspiro aliviado. También aflojó el ímpetu con el que se aferraba a los brazos de su tía, aunque no del todo.

Sonsoles se aclaró la garganta para llamar la atención del que debía de ser Carlos Vargas, el patriarca de la familia. Nadie en la casa hablaba de él, ni siquiera lo mencionaban, pero se decía en la ciudad que había dirigido las salinas con mano de hierro durante décadas. Al no verle nunca en el palacete y ante la disciplina férrea con que la señora de Vargas gestionaba el negocio familiar ella sola, había dado por hecho que el hombre había fallecido. Pese a la piel cetrina y la mirada perdida, estaba claro que aún respiraba, aunque ya no parecía tan imponente como debió de serlo en su época de esplendor. Por si acaso, se apresuró a agachar la cabeza y a disculparse profusamente.

—Lo lamento mucho, don Carlos. No pretendíamos molestar, el niño solo jugaba, no sabíamos que había alguien aquí.

El anciano no les reprochó su insolencia ni los echó de su territorio. Pero tampoco les sonrió o les aseguró que no pasara nada. Permaneció impertérrito, sin mover un solo músculo. «No puede hablar», comprendió Sonsoles. Tal vez no hubiese muerto, pero tampoco podía decirse que estuviese demasiado vivo. No era de extrañar que el pobre Toño se hubiese llevado semejante sobresalto al confundirlo con otro cadáver.

Iba a sugerir que se marchasen de allí cuando una figura se interpuso entre la puerta y ellos. Alba Vargas los contemplaba con una mueca horrorizada, como si los hubiese cazado *in fraganti* con las manos en el joyero familiar o escupiendo en la sopa que iban a servir. Sus ojeras estaban aún más marcadas de lo habitual, y tenía el pelo suelto y revuelto por haber estado echada en la cama.

—¿Qué hacéis aquí? Mi madre te dejó claro que no puedes subir a la segunda planta, ¿es que estás sorda? ¿Te cuesta entender frases sencillas? —Su voz, normalmente tibia, se había vuelto insolente e indignada.

A pesar de su rostro delgado y su cuerpo casi raquítico, parecía capaz de partirlos en dos por su enfado.

—Disculpe, señora. Los niños estaban jugando y…

—Lárgate de aquí antes de que vuelva mi madre. Y llévate a ese mocoso contigo. —Se arrodilló junto al asiento—. Padre… Lo siento, padre, debería haber sido más cuidadosa. No dejaré que le moleste otra vez. No volveré a permitir que la chusma se acerque a usted.

Sonsoles había agachado la cabeza desde el primer día en que entró a trabajar en la casa al entender que era lo que se esperaba de ella a cambio de su sueldo; igual que en su hogar se le exigía ser una buena esposa, sumisa y humilde, en el trabajo debía ser una extensión de esa figura. Y acató esa condición porque necesitaba el dinero; porque era lo que aprendió de su madre cuando ella vendía la parte buena del cerdo, el lomo y los jamones a los más ricos del Pueblo para poder comprar el doble de tocino en su lugar; porque era lo que hizo Rocío de niña cuando la maestra le mandó hacerse cargo de que la lumbre de la escuela se mantuviese encendida, aunque solo calentase a las de la primera fila, donde se sentaban las

hijas y las sobrinas del doctor, del alcalde y de los guardias civiles. Apretar los dientes y decir «Sí, señora», «Sí, señor» era el destino que la aguardaba para que no la pisotearan los poderosos y los adinerados. Pero en la ciudad había sido testigo de ese otro camino, aquel que seguía Victoria cuando plantaba cara a las habladurías sobre las sirenas, o Paula cuando se rebelaba ante los juicios de Merche, u Oda cuando se pintaba los labios en biquini para tomar el sol. Empezaba a comprender que a lo mejor había otra forma de vivir, una que le permitiese mantener la cabeza bien alta, incluso a una mujer que no tenía nada, como ella.

Miró a Alba a los ojos en un alarde de rabia.

—No somos chusma.

La señora le había dado tan poca importancia al insulto que ni siquiera recordaba haberlo pronunciado.

—¿Cómo dices?

Sonsoles rodeó a su sobrino con la mano en su hombro y le guio junto a ella hacia la salida de la biblioteca en la torre.

—Me disculpo por la intromisión, y ya nos vamos. Pero no somos chusma. Y no tiene ningún derecho a faltarnos al respeto.

—¿Me estás replicando? ¿Es que te has vuelto loca? ¿Has olvidado quién soy? Puedo hacer que te lleven al cuartelillo con solo una llamada de teléfono. Tal vez no tengas ya edad para ir al reformatorio, pero algo se le ocurrirá a mi esposo.

La mera mención del cuartelillo hizo que Sonsoles se estremeciese por dentro y que su anterior alarde de coraje se le atragantase.

—¿Ya estás enfadada tan temprano por la mañana?

La voz de Daniel la sobresaltó. El joven iba descalzo, llevaba puesta una camiseta azul holgada y el pantalón del pijama. Bostezó y se arregló como pudo su despeinada melena, detenido ante la puerta de la torre.

—Es casi mediodía —fue la respuesta de su hermana.

—¿Ah, sí? Ayer llegué tarde, así que lo que no duermo por las noches lo tengo que compensar por el día. —Se encogió de hombros y estiró los brazos. Salva se ocultaba tras él. El niño debía de haber corrido a avisar a su tío al escuchar el alboroto—. ¿Se puede saber qué está pasando?

—Esta mujer —Alba señaló a Sonsoles— estaba molestando a padre.

—Bueno, ya la he oído disculparse, no lo ha hecho a propósito. Y no es que padre pueda enterarse de que le molestan, ¿no te parece?

—No deberías hablar así de él, al menos no en su presencia. ¿Quieres que se enfade? —le advirtió, encogida por la rabia de un modo que la hacía parecer aún más pequeña y delgada, como si su odio la consumiese.

En lugar de responder a su hermana, se inclinó hacia la puerta y exclamó:

—¡Buenos días, padre! ¿Cómo se encuentra hoy? Le veo muy locuaz.

No obtuvo respuesta alguna. Ante la actitud burlesca de Daniel, Alba se volcó en el patriarca, colocándole la ropa y apretándole las manos y los brazos con ímpetu. Sonsoles observó incrédula la emoción que desbordaban sus gestos torpes, la forma en que monitorizaba su rostro en busca de alguna señal de enojo. Había

algo más que odio en su actitud complaciente. Incluso en ese estado Carlos Vargas aterrorizaba a su hija.

—No le haga caso, padre, es un insolente. —Lanzó una mirada envenenada a su hermano—. Tarde o temprano aprenderá la lección. Discúlpele, no se lo tenga en cuenta. Cree que es gracioso. Perdónelo —continuó insistiendo.

Daniel negó con la cabeza, resignado ante una escena que sin duda le resultaba familiar. Le indicó a Sonsoles con un gesto de los dedos que se acercase, y ella se apresuró a ponerse a su lado, tirando de Toño. Echó un rápido vistazo atrás y comprobó que Alba recolocaba las cortinas para asegurarse de que estaban perfectas y en su sitio. «Qué mujer más extraña», se dijo. Parecía más preocupada por complacer a su padre en estado catatónico que por el bienestar de su propio hijo.

—Lo siento. Ha sido idea mía jugar al escondite—admitió Salva casi en un susurro.

Alba temía a su padre, Salva temía a su madre y, de esa manera, el ciclo se iba perpetuando generación tras generación. Los cimientos de aquella familia se anclaban en una gruesa capa de temor. Paula tenía razón: era imposible que una casa así no estuviese torcida.

—No te preocupes. Estamos todos bien y eso significa que no ha ocurrido nada grave. —Le acarició el flequillo para tranquilizarle, y Toño asintió, a pesar de que él también se hubiese asustado.

—La próxima vez podemos ir a jugar al barrio —dijo su sobrino, cambiando de tema mientras bajaban las escaleras—. Toda la pandilla quiere conocerte. ¿Nos das permiso? —preguntó mirando hacia Sonsoles.

Dudaba que pudiese conservar su empleo si se atrevía a llevar al adorado nieto de la señora de Vargas a un barrio obrero para que jugase con un montón de chiquillos que no sabían francés ni tocaban el violín o el piano.

—Ya veremos, Salva tiene muchas cosas que hacer. Por cierto, ha venido tu profesor de música a verte, el señor… ¿Bras? —No estaba muy segura de cómo se pronunciaba su apellido.

—¿Míster Brahe? —Una sonrisa de pequeños dientes, algunos de ellos de leche, iluminó su rostro.

—Sí, está esperando en el salón… ¡Oye, pero no corráis! —dijo cuando Salva se apresuró escaleras abajo y Toño le siguió sin pensárselo dos veces—. No me ha dado tiempo ni a regañarlos y ya están haciendo otra vez trastadas.

Daniel rio, con aquel sonido cantarín y alegre que encandilaba a cualquiera que lo oyese.

—Tómatelo como un halago. Te aseguro que Salva no se atrevería a correr y a jugar así si estuviesen cuidándolo mi madre o la suya.

—¿Es un halago que no me respeten? —preguntó incrédula.

—Sí te respetan, pero son niños. No controlan sus impulsos y les sobra energía, no puedes pedirles que se estén quietecitos. A no ser que sepan que los vas a castigar. —Se encogió de hombros.

Sonsoles estaba segura de que a él le habían escarmentado unas cuantas veces de pequeño, y eso no parecía haber corregido lo más mínimo su conducta, pero prefirió no decir nada. Pese a las confianzas que se tomaba, Daniel Vargas también era su empleador.

Bajaron hasta el salón y se encontraron con el señor Brahe y Salva inclinados sobre la mesa de té, donde el maestro le explicaba

las últimas partituras que habían visto en las clases de verano. Toño se asomaba con curiosidad, aunque no entendiera nada de lo que decían.

—Oh, Daniel. —Se puso en pie al ver al joven apoyado contra la puerta—. Cuánto tiempo. No estaba seguro de si seguías en la ciudad. Siempre hablabas en clase de Londres y Nueva York con tanto entusiasmo que creía que ya te habrías marchado.

El señorito sonrió con un aire irónico.

—Ya ves que no. La sal en nuestra sangre nos ancla a estas tierras, supongo. Míster Brahe también fue mi maestro cuando iba al colegio. Ha pasado una eternidad, ¿no es cierto?

—Sí, el tiempo vuela. Cuando quiera darme cuenta estaré jubilado —bromeó.

—¡Por cierto! —exclamó de pronto—. Tengo una amiga danesa como usted. Dicen que cada vez hay más compatriotas suyos llegando a las costas españolas.

—Vaya, curioso, sin duda. ¿Y qué la trae por aquí? ¿Es otra entusiasta de *Los cuentos de sal*?

—Bueno… podría decirse que ella también es una sirena.

El semblante del profesor Brahe se distorsionó y su afabilidad se vio sustituida por una curiosidad sedienta que se desvaneció en un instante, como si hubiese sido un espejismo.

—Debería acudir entonces a nuestra función de fin de curso. Celebraremos el bicentenario de *Los cuentos de sal*. Seguro que le gustará. ¿Verdad que sí, Salva?

El niño asintió sin decir palabra alguna.

—Me temo que ahora mismo estoy algo ocupado con los preparativos, así que será mejor que me ponga en marcha.

Dejó las partituras para Salva y le deseó que pudiese volver a las clases lo antes posible. Sonsoles le acompañó hasta la puerta.

—Ese otro chiquillo, ¿es su hijo? —le preguntó antes de marcharse.

—Mi sobrino. Llevamos poco tiempo en la ciudad.

—Ah, por eso no me sonaba. Dígales a sus padres que se aseguren de matricularle en la escuela. Parece un muchacho muy despierto.

Merche tenía razón. Estar cerca de los Vargas tenía, pese a sus riesgos, muchas ventajas.

—Lo es. Esperamos que pueda ir al instituto y ojalá luego a la universidad.

—Seguro que lo hará. En Fontanada nos encargamos de que todos nuestros alumnos tengan un buen porvenir.

12

La llegada de Los Pesetas a la ciudad acaparó enseguida la atención de los jóvenes, que los esperaban con expectación, y el recelo de los adultos ante las nuevas modas musicales. El grupo había actuado varios años seguidos en la pequeña localidad, pero hasta esa primavera no habían empezado a tener éxito de verdad. El nombre de Los Pesetas y su canción más famosa, «Bajo el sol de Fontanada» («nunca pasa nada», rezaba el estribillo), se escuchaba de vez en cuando en la radio, y sus actuaciones se volvían más y más multitudinarias. Los ritmos ágiles del tema desafiaban a la clásica copla y las baladas que preferían sus padres y, para escándalo de los adultos, hablaba de una extranjera que les había robado el corazón en una playa de Fontanada. Eran muchos los que se preguntaban quién sería aquella misteriosa mujer que, según la canción, se pintaba los párpados de azul y nadaba como una sirena.

—No puedo creer que un joven tan respetable como Ricardo Montoya haya acabado avergonzando a su familia de esa forma —masculló la señora de Vargas antes de llevarse un sobrio bocado de jurel a la boca.

—Vamos, madre. Ricki no ha sido respetable desde que aprendió a caminar. Pero es un buen tipo —rebatió Daniel, quien envidiaba el

valor con el que el joven, de su misma edad, había desafiado a su familia para perseguir su sueño de rock and roll y diversión.

Arias arrugó el bigote con desdén mientras quitaba las espinas al pescado con bruscos movimientos de los cubiertos.

—Le llevamos al cuartel el verano pasado después de un accidente de coche. Saltaba a la vista que estaba bebido a más no poder, no se sostenía ni en pie. Despeñó el coche por un acantilado y salió de una pieza de puro milagro. Yo no describiría a alguien tan temerario, y tan torpe, como un «buen» nada.

—Pero no le hizo daño a nadie, ¿a que no? Eso es lo importante —Daniel trató de defender a su viejo colega.

La señora de Vargas se aclaró la garganta sonoramente.

—Ya es suficiente —dijo, y miró hacia su nieto.

No era un tema de conversación apto para un niño impresionable, así que siguieron comiendo en silencio.

Cada domingo, después de asistir a misa, la cocinera preparaba un modesto banquete para los Vargas. Comían en abundante cantidad, pero con ingredientes humildes. La señora de Vargas estaba en contra de los excesos innecesarios: les sirvieron de primero un arroz con verduras y habas, y, de segundo, jurel fresco, asado con tan solo sal, limón y unas cuantas hierbas. Aquellas comidas de domingo, el único día en que también se permitía el vino en la mesa, era uno de los pocos momentos en los que el clan de los Vargas, a excepción del padre, se reunía al completo. Las mujeres a un lado, y los varones al otro. El asiento que presidía la mesa y que siempre había sido del patriarca ahora lo ocupaba Salva. Junto a él se acomodaba su abuela, que ejercía de madre a la hora de regañarle si apartaba las verduras o comía el pescado demasiado

rápido sin atender a las espinas, algo que casi nunca ocurría. Salva procuraba tener un comportamiento impecable. Daniel le miraba con compasión mientras el niño separaba las lascas del jurel con la pala del pescado como lo haría un adulto refinado, sentado en aquella silla tan grande para él.

En cuanto el pequeño terminó y su abuela le ordenó que se retirase a echar la siesta, la señora de Vargas se dedicó a interrogar a su yerno.

—¿Y tú, Juan? ¿Qué tal en el cuartel? ¿Habéis avanzado con la investigación? —preguntó entre sorbo y sorbo de café.

Daniel se puso cómodo. Iba a ser una sobremesa interesante.

—Podría haber sido cualquiera, es lo que tiene el mundo de la noche, está lleno de lobos.

Fingió que no le daba importancia a la pregunta, pero se había tensado por la rabia. Detestaba ser teniente coronel de la Guardia Civil, la máxima autoridad de aquella insulsa ciudad entre el mar y las salinas, y aun así tener que responder ante su suegra.

—¿Crees que ha sido un ajuste de cuentas, igual que sucedió con ese otro muchacho?

—Es lo más probable. Todo el mundo conocía la fama de Javier Salgado. Le gustaban demasiado las mujeres, era cuestión de tiempo que se pasase de la raya.

—A algunos les gustan demasiado y a otros, demasiado poco… —comentó Alba cabizbaja, dando vueltas al orujo de un brillante tono amarillo verdoso que le habían servido en un vasito alargado.

Decía que le venía bien para los nervios tomarlo tras las comidas, como si fuese alguna clase de medicina.

Su esposo le lanzó una mirada de desdén que no se molestó en disimular. Odiaba a aquellas dos féminas, que se creían por encima de los demás porque vivían de las rentas y del agua del mar, mientras que él tenía que ganarse su posición trabajando para ellas. ¿Por qué lucían tanto orgullo cuando se necesitaban mutuamente? Apretó el puño. Las detestaba a más no poder y, aun así, era otra persona quien lograba sacar lo peor de él en esa casa.

—El tipo iba a casarse y a ser padre; puede que fuera un despojo de hombre, pero le caía bien a la gente. Pega a tu esposa y eso a nadie le molesta, acuéstate con la mujer de otro y… ya hablamos de otra cosa. Qué mundo tan podrido el nuestro en el que condenamos más el amor que la violencia —comentó Daniel en actitud provocadora, como siempre.

El desdén mutuo entre ambos hombres era más que evidente. Durante mucho tiempo, el benjamín de los Vargas temió que su cuñado le inculcase sus anticuados valores a Salva, pero por fortuna no había mostrado ningún interés en la educación de su hijo, al que consideraba «un blandengue».

—Un golpe a tiempo puede mantener a salvo un hogar. Si fueses un hombre de verdad lo sabrías. Meterse en una cama ajena lo rompe siempre.

Daniel rio con acritud.

—¿Golpes? ¿Hogar? Y ahora me dirás que nosotros somos una familia ejemplar, ¿verdad?

—Basta, Daniel —le regañó su madre, y su hijo obedeció para no agitar más las aguas—. Fuera un buen hombre o no, ha sido asesinado. Un muerto en las salinas, otro en la playa… La gente empieza a inquietarse. No puede volver a ocurrir, descentra a los

trabajadores, y también a Salvador. Las infusiones servirán un tiempo, pero el niño tiene que saber que vive en una ciudad donde está a salvo. Haz algo para ayudar a tu hijo por una vez y encuentra al asesino —advirtió a Juan Arias, que asintió mientras apretaba los puños bajo el mantel.

—Más nos tendríamos que preocupar por lo que hay en nuestra casa —dijo Alba, que en algún momento de la conversación había vaciado su vaso—. La niñera es una chismosa. ¿No podemos despedirla?

—A Salvador le gusta.

Y, con esa explicación, la señora de Vargas pretendía zanjar la conversación.

—El otro día la sorprendí en la torre, husmeando en la librería. Vio a padre.

La matriarca se tensó en su asiento, en estado de alerta.

—¿Y por qué no he sabido esto antes? ¿Es que no pensabas contármelo? Eres tú la encargada de controlar al servicio durante el día.

Alba agachó la cabeza, achantada.

—Lo siento, madre.

—No pretendía husmear —intervino Daniel—. Salva estaba jugando allí, solo cumplía con su trabajo haciéndose cargo de él.

—Pues debería hacerlo mejor. ¿Tan difícil es vigilar a un crío? —espetó Alba—. Imagina qué habría pasado si padre no estuviera como está, si fuese el hombre que era antes…

—Pero no lo es, por suerte para todos —dejó caer Daniel, sin que nadie se atreviese a llevarle la contraria.

—Ya es suficiente —sentenció su madre—. Dejaré pasar el desliz de la nueva niñera por esta vez, pero si vuelve a repetirse, tendré que despedirla. —Miró a Daniel porque había reparado desde el primer momento en que su hijo menor sentía cierta debilidad por la muchacha. Por suerte la joven parecía tener el suficiente sentido común para rehuirle—. Así que aseguraos de que no indaga ni averigua nada que no deba.

—Con la cantidad de secretos que tiene esta familia, será difícil —espetó Arias, a pesar de que él mismo no había conseguido desentrañarlos todos.

Siendo justos, una nana en la que nadie reparaba, una chica invisible, lo tenía mucho más fácil que él. Siempre sentía la atenta mirada de la señora de Vargas sobre los hombros en cuanto cruzaba el umbral del palacete, e incluso cuando la mujer no estaba presente tenía la sensación de que las paredes le vigilaban para contarle a su dueña y señora qué tramaba. «Si yo fuese esa cría, averiguaría todas las miserias de los Vargas y les haría comprar mi silencio antes de largarme para siempre de esta ciudad apestosa».

—Con vuestro permiso. —Daniel se puso en pie y tiró su servilleta a modo de protesta sobre la mesa.

«Qué infantil», pensó Juan Arias ante los amagos de rebeldía del joven.

—Tengo un concierto al que asistir para seguir avergonzando en público a esta familia. Le daré recuerdos a Ricardo de su parte, madre.

—Avergonzarnos es lo que mejor se te da… —susurró Alba—. ¿No va a decirle nada? —preguntó a su madre cuando Daniel estuvo fuera de la vista.

—Los tiempos están cambiando. A esos conciertos también acuden los hijos de otras personas influyentes, el del alcalde incluso. Puede que las amistades que haga allí sean buenas para el negocio.

—También van los hijos del pescadero. —Una mirada de reproche de su madre bastó para hacerle agachar la cabeza a Alba y encogerse sobre sí misma. El vino y el orujo la estaban volviendo más osada de lo que se podía permitir—. No me ha sentado bien la comida, iré a echarme un rato. —Se puso en pie y se marchó, dejando a solas a la señora de Vargas y a su yerno.

—Encontrad al culpable, y si no hay forma de averiguar quién es, inventaos uno —ordenó la mujer antes de abandonar el comedor.

—Solo le falta pedirme que recoja la mesa y limpie sus sobras —protestó para sí mismo Arias cuando supo a ciencia cierta que estaba solo y que nadie le oía.

Después de que Carlos Vargas enfermara y se convirtiese en una vaga sombra de lo que había sido, el teniente coronel de la Guardia Civil pensó que sería pan comido hacerse con el control del palacete. Creyó que la señora de la casa se retiraría en cuanto los asuntos de las salinas estuviesen en orden, que moriría en unos pocos años o que se dedicaría a dirigir al servicio doméstico. Dio por hecho que Daniel Vargas, un adolescente taciturno, aunque ya impertinente por aquel entonces, sería fácil de manejar y que su esposa nunca protestaría. Se había equivocado en todo. Casi diez años después se había convertido en poco más que un pelele.

—¿Le retiro el plato, señor Arias? —preguntó la cocinera, que también hacía las veces de sirvienta.

Miró a la mujer: de unos cuarenta años, pelo negro que comenzaba a encanecer y cuerpo robusto. Sus manos estaban

cubiertas de callos fruto de toda una vida trabajando duro, limpiando suelos, pelando patatas y cebollas, y, aun así, ella tenía más poder que él en esa casa gracias a su discreción.

—¿De verdad no has escuchado nada de todo esto? —preguntó mientras la mujer comenzaba a recoger la mesa.

Ella ni se inmutó, así que tuvo que repetirlo a gritos. La inesperada pregunta le provocó un sobresalto y la cocinera volcó un vaso, por suerte vacío, sobre el mantel.

—No sé a qué se refiere.

La maniática señora de Vargas se había asegurado de buscarse a la cocinera más dura de oído de la ciudad para mantener la privacidad de la familia. Pero parecía que los pucheritos del mocoso le habían hecho bajar la guardia. Tendría que hablar largo y tendido con esa niñera chismosa y comprobar qué era capaz de descubrir si se lo proponía.

13

El teléfono del piso de Sonsoles apenas sonaba. Las únicas personas con interés por llamarlos eran miembros de la familia que habían dejado atrás en el Pueblo, y allí solo había tres teléfonos: el del alcalde, el del médico y el del cuartel. El único pretexto para poner una conferencia con alguien era una urgencia, y siempre con la certeza de que habías pedido un favor que tendrías que devolver. Por eso era habitual que quienes habían emigrado, ya fuese a las grandes ciudades del país o al extranjero, se comunicasen con sus familiares a través de cartas que tardaban semanas en llegar a su destino, si es que lo hacían. Muchas veces se perdían por el camino, y con ellas las remesas de dinero que hacían llegar a sus esposas, padres o hermanos. Aunque Sonsoles había soñado toda la vida con tener uno de aquellos aparatos en casa, se había convertido en poco más que un pisapapeles. Por eso, cuando el timbre agudo retumbó en el salón aquella tórrida tarde de mediados de julio, se llevó la mano al pecho por el sobresalto.

—¿Será Merche otra vez? —preguntó Antonio, desganado, desde el sofá, donde bebía cerveza directamente de un botellín. Era su forma de pedirle que respondiese ella.

—No creo, es casi la hora de hacer la cena…

Además, la mayoría de las veces la mujer prefería subir y llamar a la puerta cuando quería invitarla, o más bien emboscarla, a alguna merienda o a dar un paseo con las señoras del barrio. A veces se limitaban a sentarse en la plaza para ver a los chiquillos jugar y Sonsoles escuchaba con envidia cómo se quejaban de los planes de sus hijas solteras, esos que para ella estaban vetados: ir al cine, al guateque, a jugar al voleibol en la playa o de compras por el paseo marítimo eran cosas que hacían las chicas jóvenes, y a ella se la consideraba una mujer hecha y derecha, a pesar de que no llevase un anillo en el dedo. Una tarde se había atrevido a pedirle a Antonio que la acompañase al cine a ver una película y, aunque no se había enfadado, sí respondió con impaciencia, como si no diese crédito de que su esposa pudiese proponer siquiera semejante tontería.

—¿Para qué malgastar el dinero en ver a gente que finge ser lo que no es?

Sonsoles asintió, abochornada por haberse dejado llevar por la curiosidad. «Fontanada me está volviendo egoísta», se reprochó. Por eso, cuando Daniel le ofreció unas entradas para ver *Los pájaros* le dolió aún más tener que rechazarlas.

—Le agradezco la invitación, pero no creo que sea buena idea —dijo de la manera más educada posible.

Daniel hizo un mohín como si fuese un chiquillo al que le habían quitado una bolsa de caramelos.

—Iremos con los niños, estarán aburridos de pasarse el día jugando en casa, les vendrá bien salir un poco. —Se interpuso en su camino mientras ella limpiaba el polvo de las estanterías del salón. Sonsoles estaba subida a una banqueta y quedaba más alta que él, así que el joven señorito tuvo que mirarla desde abajo mientras

trataba de convencerla—. Además, deja de hablarme de usted. No soy mi madre.

—No estoy segura de que sea una película apropiada para los chicos —fue su respuesta final, y continuó pasando el trapo entre las estatuillas de porcelana, como si nada.

—¿Le digo a Oda que no vienes entonces? —suspiró Daniel, y Sonsoles se detuvo por un momento con el plumero en una mano y el trapo en la otra.

Seguro que Oda Lund, amante del cine, iba a ver películas todas las semanas, con sus faldas cortas, sus zapatos de tacón y su melena rubia suelta. Puede que incluso hubiese conocido en Londres a alguno de los actores que salían en los largometrajes. Hizo de tripas corazón y respondió como se esperaba de ella.

—Dígale lo que usted considere —espetó, y se marchó al cuarto de baño del servicio, donde Daniel no podría seguirla.

Apartó el recuerdo de su mente para volver al presente y se puso en pie. Antes de contestar la llamada, dejó sobre el sofá el viejo ejemplar de *Los cuentos de sal*. Poco a poco había pasado de leer por sílabas a pronunciar palabras enteras del tirón. Pensaba que si conseguía leérselos en voz alta a Toño y a Salva, a lo mejor eso les ayudaría a conciliar el sueño o a distraer sus pensamientos, así que estaba orgullosa de sus humildes progresos.

El teléfono continuó sonando e imponiéndose con urgencia al silencio. «¿Qué querrán de nosotros?», masculló para sí misma ante la interrupción. Descolgó el auricular y respondió con tanta amabilidad como pudo:

—Buenas tardes, está llamando al domicilio de Antonio Rodríguez, ¿de qué se trata? —respondió tal y como la señora de

Vargas le había enseñado a hacer en el palacete.

—¿Sonsoles? —preguntó una voz extrañada al otro lado.

Reconoció al instante a Daniel y notó como sus mejillas se sonrojaban.

—Disculpe, creo que me he equivocado de número.

—Señorito Daniel, soy yo. Vivo en casa… —se giró para comprobar si Antonio prestaba atención a sus palabras, pero el hombre seguía absorto en el boletín informativo de la radio— de mi cuñado. Ya sabe, ayudo a cuidar de Toño. ¿Cómo ha conseguido este número?

—Merche se lo dio a mi madre y ella lo tenía apuntado en la agenda, pero eso no importa ahora, tienes que venir de inmediato.

—¿Al palacete? ¿Por qué, ha ocurrido algo? —preguntó notando cómo se le encogía el estómago.

—No, no estamos en casa. Pero… se trata de Salva. Te necesita a ti, solo hablará contigo. Es urgente, Sonsoles.

Su corazón comenzó a palpitar desbocado. ¿Acaso sus terrores nocturnos habían vuelto? ¿O había enfermado aún más? La imagen del cuerpo de Javier Salgado, apuñalado e hinchado bajo el agua, la perseguía incluso a ella en los momentos menos pensados, aunque no fuese ajena al horror y la muerte. ¿Qué estragos causaría presenciar un evento semejante en la frágil mente de un niño?

—¿Dónde estáis? Iré ahora mismo.

Daniel le dictó una dirección y las instrucciones para llegar, que apuntó apresurada en una página de su libro porque era el único papel que encontró a mano.

—Ven cuanto antes sola y, por favor, no se lo digas a nadie, sobre todo a Toño. No queremos que él también enferme.

Sonsoles colgó el teléfono y se excusó ante su esposo diciendo que había una emergencia en el palacete de los Vargas.

—Iba a preparar judías verdes con jamón, pero tenéis pan y fiambre en la fresquera —se disculpó, sintiéndose culpable por hacer que los dos varones tuviesen que cenar algo frío.

—El trabajo es el trabajo —sentenció él, resignado—. No te preocupes, cenaremos cualquier cosa. No vuelvas muy tarde, podría ser peligroso.

Sonsoles arrancó la hoja con la dirección y salió por la puerta con solo el monedero en la mano, sin darse cuenta de que llevaba el ligero y cómodo vestido blanco, casi una camisola, que había comprado en el mercadillo del domingo para sobrellevar mejor las olas de calor, que el hormigón volvía más insoportables. Siguió las indicaciones que le había dado Daniel de una en una: «Ve hasta la avenida principal, allí siempre hay ajetreo. Podrás coger un taxi, yo te lo pago», le dijo, y sin pensarlo dos veces corrió hacia el centro de la ciudad. Aunque eran muchos los vehículos que circulaban por la avenida, le costó un rato parar un taxi. Había visto a muchas señoras y hombres bien vestidos hacerlo todas las mañanas, de camino al palacete. Los imitó alzando una mano y el vehículo se detuvo lentamente ante ella. Tan pronto como se subió le mostró la dirección al conductor, que la miró de arriba abajo con una mueca de desaprobación.

—También vas a ese antro, ¿eh? Los padres de hoy en día tienen demasiada manga ancha con sus hijos, aunque a ti ya no se te ve tan jovencita.

Tragó saliva y se abrazó a sí misma para cubrirse el busto bajo el ligero vestido de tela blanca. El vehículo circuló hasta plantarse en

primera línea del mar y después siguió recto, rumbo al extremo opuesto de la ciudad. Antes de que el taxi se detuviese, vio a Daniel apoyado sobre el muro que separaba el paseo de la arena, en una actitud relajada impropia de alguien en un estado de alerta. Apoyó el brazo sobre el techo del coche y se asomó a la ventanilla.

—Aquí es. ¿Cuánto le debo?

El joven pagó al taxista mientras Sonsoles bajaba de su asiento de un salto, con el corazón agitado por la preocupación.

—¡Sonsolitas! —exclamó al verla, con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Aquí estás! Te dije que vendría, me debes quinientas pesetas.

Oda Lund los observaba sentada sobre el borde del muro, los pies le colgaban a pocos centímetros de la arena. La danesa la saludó con una sonrisa. Su maquillaje era aún más exagerado de lo habitual: un juego de colores donde competían el blanco, el naranja y el intenso negro de su delineador y sus pestañas, alargadas con rímel. Otra diferencia con su aspecto matutino era su cabello: se había recogido una parte de su melena rubia en un moño voluminoso, que dejaba a la vista las líneas finas y rectas de su mandíbula, mientras que el resto parecía flotar sobre sus hombros.

La sorpresa hizo que le tomase un tiempo comprender la situación, por lo que preguntó ingenuamente:

—¿Y Salva? ¿Dónde está?

Daniel juntó las manos a modo de disculpa.

—Lo siento mucho, querida. Como últimamente me evitas, pensé que sería imposible convencerte de que vinieras si te contaba la verdad.

Le miró boquiabierta, incrédula, y con el corazón aún tratando de calmarse tras el susto.

—¿Venir… adónde? ¿Me has mentido?

—Al menos ahora me tuteas —sonrió. No parecía en absoluto arrepentido—. Por favor, no te enfades, ha sido una mentirijilla de nada, pero es que hoy tocan Los Pesetas, y Oda y yo estábamos seguros de que nunca habías estado en un concierto. Deberías ir a alguno por lo menos una vez en la vida, antes de que te cases con un marido aburrido que no te deje hacer nada remotamente divertido.

Se le revolvió el estómago. No podía confesarle la verdad sin arriesgar su puesto de trabajo: que ya era tarde para ella, que ya estaba casada. Apretó los puños, furiosa, aunque no estaba segura de si su rabia se debía a su situación o al engaño.

—¿Te imaginas lo mucho que me he preocupado cuando me has dicho que Salva me necesitaba?

—Lo siento, no quería disgustarte —se disculpó él, y esa vez parecía sincero—. Igual he sonado algo más alarmado de lo que debería.

—Te dije que te habías pasado —le reprendió Oda, que se puso en pie para reunirse con ellos—. Pero ya que estás aquí, ¿por qué no te quedas? Daniel tiene razón, será divertido.

—Una diversión de lo más inocente. Nada inmoral puede ocurrir a las siete de la tarde en pleno verano —aseguró, alzando la mano para hacer una promesa con aire solemne.

Sonsoles miró a Oda: a sus estrafalarios zapatos de salón, abiertos y con unas plataformas rectangulares; a su vestido de rayas amarillas, ajustado y sin mangas, que se cerraba en torno a su

cuello de cisne con un sencillo lazo. Estaba despampanante, aunque Oda podía lucir una prenda tan anodina como la que llevaba Sonsoles y convertirla en un atuendo de gala. Se abrazó a sí misma de nuevo.

—¿Queréis que vaya a un concierto vestida así? Si me hubieses avisado, me habría puesto algo más bonito —se defendió, aunque lo cierto era que no tenía nada en su armario para una ocasión como esa.

Daniel suspiró.

—De acuerdo, de acuerdo. La próxima vez especificaré si se trata de una emergencia con código de etiqueta o no.

La broma hizo que estallase. Los nervios contenidos durante semanas; el agotamiento que había conllevado echarse toda su vida a los hombros y comenzar de cero en un lugar nuevo; las pesadillas de Toño, las de Salva, las suyas propias, en las que manchaba de sangre todo cuanto tocaba o en las que Rocío le susurraba «ladrona, ¿querías quedarte con mi vida?»; fingir que era lo bastante sensata para desear nada que no fuera suyo cuando solo quería salir corriendo y dejarlo todo atrás. Era demasiado peso para seguir cargando con él sin una sola palabra de protesta o un mal gesto.

Avanzó hacia Daniel y le apuntó con el dedo.

—Sé que los señoritos como usted se creen que pueden jugar con la gente de mi clase como les plazca, que les tenemos que reír cualquier gracia que hagan para conservar nuestros empleos, permitir que nos pisoteen y, aun así, cumplir todos sus caprichos, y puede que tengan razón. Pero que aguantemos todo eso, que nos obliguemos a estar agradecidos porque podría ser peor, no significa

que no tengamos dignidad. No, señorito Vargas, no puede comprar todo cuanto guste. Y no toleraré más sus impertinencias.

Sonsoles se dispuso a dar media vuelta, cansada de las bromas y los juegos de aquellos dos, cuando notó una mano cerrándose sobre su antebrazo, justo encima de la muñeca. Un dedo se extendió hacia su palma en un gesto delicado. Miró hacia atrás y sus ojos chocaron con los iris azules de Oda, que bajo la luz del Mediterráneo parecían resplandecer con vida propia, aunque quizá el efecto lo causasen las emociones contenidas en ellos.

—Perdónanos. Ha sido idea mía llamarte, no suya. Las mujeres españolas trabajáis mucho, en casa y fuera de ella, así que quería que te lo pasases bien una noche. —Al ver que Sonsoles no iba a marcharse a ningún sitio, le soltó la mano para agacharse y levantar una bolsa rectangular de papel, con el nombre de una *boutique*, que había dejado en el suelo junto al muro—. Sobre la ropa, ya había pensado en ello, así que te he traído algo de mi armario. Puedes cambiarte en el baño del Ye-yé, te ayudaré a peinarte y maquillarte, ¿te parece bien?

Sonsoles se preguntó si habría una sola prenda que pudiese quedarles bien a dos mujeres tan diferentes como ellas. Masticó sus palabras durante unos segundos, preguntándose si estaba jugando con sus ilusiones. Pero no había rastro de sorna o de humor en su semblante. «Lo dice en serio». Oda Lund le estaba tendiendo la mano y la invitaba… ¿a qué exactamente? ¿A convertirse en una pálida imitación de ella, en una chica disfrazada de algo que no era? Y, a pesar de sus miedos, no pudo evitar asomar la mirada a la bolsa. Un vistazo a la tela verde azulado de su interior bastó para desarmarla de sus dudas y temores.

Sabía lo que debía hacer, se lo llevaban repitiendo desde la más tierna infancia. Lo que era propio o impropio de una mujer lo había aprendido antes incluso de convertirse en una. Pero Oda no se parecía en nada a la imagen de la dama perfecta que habían grabado en su mente a base de amenazas. ¿Era de verdad una sirena? ¿Una mujer descarriada, de moral débil? Cuando Sonsoles la miraba, creía ver a una criatura salida de un cuento. «Pero tú no tienes ningún mundo mágico al que regresar». Tomar su mano suponía aceptar un riesgo que Oda jamás podría entender, pero, por una vez, no quería decir que no.

«Una noche, solo una noche», se prometió.

Había desempeñado lo mejor que supo el papel de la hija obediente, el de la esposa abnegada y el de la madre amorosa. Por primera vez en su vida, en aquella ciudad frente al mar donde casi nadie la conocía, decidiría quien ser y, si no podía ser Oda Lund, se conformaría con ser la sombra que arrojaba su luz.

14

Sonsoles se miró en el espejo del baño mal iluminado y apenas pudo reconocerse a sí misma. Nadie que la viese esa noche relacionaría a la buena de Sonsoles Blanco con la joven que se atrevía a pasear por ahí con una falda que le apretaba la cintura, unos zapatitos de charol que le estaban algo grandes y una camisa de satén de manga corta que se ajustaba sobre sus pechos. Su madre, una mujer pacífica y serena, la habría abofeteado por ir así vestida, y su esposo… ni siquiera la miraba, así que quizá estuviese a salvo de su desprecio. Oda, en cambio, la estudiaba con orgullo. La joven plantada ante ella era de su obra y creación.

—¿Puedo? —preguntó acercándose a ella por la espalda.

Aunque no tenía la menor idea de a qué se refería, asintió. Oda introdujo la mano bajo su melena negra y la ahuecó para darle más volumen. Sonsoles sintió un escalofrío cuando los dedos de la danesa acariciaron su cuero cabelludo.

—¿Qué te parece, Sol? —preguntó Oda mientras apoyaba los brazos sobre sus hombros, en un gesto protector—. ¿Te gusta? ¿O me he pasado de la raya?

Desde luego que se había pasado. Sonsoles llevaba los ojos pintados de un verde tan oscuro que parecía negro, una línea negra sobre el párpado y bajo él, que le daba un aire felino y tornaba sus

iris tan profundos como un pozo sin fin, mientras que sus labios resplandecían por el pegajoso brillo labial. Tragó saliva. Sí, para Sonsoles, que jamás había mostrado las rodillas en público, Oda se había excedido en todos los sentidos posibles. Pero para la recién nacida Sol era más que perfecto.

—Me siento… extraña —admitió—. Nunca pensé que pudiese verme tan… tan…

—¿Atrevida? ¿Danesa? —bromeó ella.

Si había algo que no parecía, con su pelo moreno y su piel olivácea, era nórdica. Sonsoles se habría reído si no hubiera seguido apabullada por la imagen de su reflejo.

—Guapa —confesó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Oda, que la miraba a través del espejo—. Creo que mi español me está fallando.

—Olvídalo. —Hizo un aspaviento, sintiéndose tonta ante su fugaz momento de vanidad—. Quiero decir que… no estoy acostumbrada a verme así, pero me queda bien, supongo. Dentro de mis posibilidades.

—¿Dentro de…? Espera, ¿pretendes decir que no eres hermosa? —La giró hacia ella para poder mirarla a los ojos.

Sonsoles volvió a buscar en Oda algún signo de burla, pero, de nuevo, su expresión era serena, honesta. Por supuesto que no era hermosa. Puede que sus rasgos, aunque comunes, fuesen agradables a la vista, pero su carácter regio y su cuerpo hecho al trabajo habían espantado a sus posibles pretendientes. O eso era lo que habían asegurado su madre y su abuela durante años, de manera casual, cada vez que surgía el tema de su soltería.

—Bueno, supongo que no soy un adefesio, pero no soy… como tú —admitió, y se sintió liberada al admitir frente a la danesa lo inferior que se sentía ante ella, como si hubiese estado guardando el secreto con tesón—. Basta con vernos, no nos parecemos en nada.

Oda entreabrió los labios, anonadada.

—¡Claro que no! Qué aburrido sería si todas nos pareciésemos. Pero podemos ser hermosas las dos, ¿no crees?

Sonsoles ladeó el labio, intentando explicarle a aquella diosa entre mortales que el resto de ellos no estaban a su altura ni podrían estarlo, aunque utilizasen su ropa y su maquillaje.

—Los lugareños dicen de las sirenas que son criaturas capaces de matar a un hombre con su belleza, y es así como te llaman: «sirena». Piensan que podrían dar su vida por estar cerca de ti. —Lo había visto, en la playa, al cruzar la sala de conciertos hacia el baño; la forma en la que la miraban, como si fuese algo sagrado y un pecado a la vez, capaz de salvarte o de quemarte si te acercas demasiado—. Así que sí, somos diferentes.

Oda se llevó las manos a la cintura y negó con la cabeza. ¿La había ofendido con sus palabras? ¿Era porque la había llamado «sirena»? Pero, en lugar de enfadarse, suspiró como si pidiese paciencia. Le colocó un mechón de cabello negro detrás de la oreja, con aire desenfadado, como si lo hiciese todos los días. El estómago de Sonsoles se encogió ante la cercanía. ¿Qué dirían sus vecinas si la viesen pegada a esa mujer, como si fuesen viejas amigas que se conocían de toda la vida?

—Estás muy equivocada, españolita. La atención, el deseo de un hombre, no son tan importantes como piensas ni tan agradables… Tú eres bella, lo sé porque te miro con estos ojos. —Se inclinó hacia

ella para salvar la diferencia de estatura que separaba sus miradas —. Y sé lo que veo. Un rostro amable, que da confianza. Manos fuertes y estables, que dan seguridad.

Tomó las manos de Sonsoles entre las suyas, haciendo que su corazón diese un vuelco por la sorpresa y el pudor. Tendría que haber apartado la vista, abochornada como estaba, pero no fue capaz. Oda la estaba hipnotizando con sus palabras. Tal vez las fontanadinas tenían razón y las sirenas fuesen también una suerte de hechiceras. La danesa sonrió divertida.

—No me mires como si mordiese. Es que… no sabes la suerte que tienes. El misterio de una mujer que podría matarte con un aleteo de las pestañas, blablablá. Dejemos eso para los caballeros, ¿sí? Nosotras sabemos que son solo sus fantasías. Tú, en cambio, eres real. Estoy segura de que todo el mundo acude a ti cuando necesita ayuda, eso me da envidia. Yo soy a quien buscan cuando necesitan alguien a quien culpar.

«Envidia». Sonsoles recordó la forma en que Merche hablaba sobre Victoria y las demás mujeres de Rocablanca, las discusiones entre la señora de Vargas y su hijo, y supo que Oda estaba en lo cierto. Su belleza y su libertad conllevaban un precio muy alto. Se preguntó cuál de las dos condenas era peor, si que al mirarte solo viesen la solución a todos sus problemas o, por el contrario, la causa que los provocaba.

—Además… —susurró Oda—. Tus labios son preciosos: rosas, carnosos. No finos como los míos. Mataría por tener esos labios, todo lo que haría con ellos…

—Pa… para nada. —Negó con la cabeza, convenciéndose de que solo lo decía por ser considerada, y sin atreverse a preguntar qué

cosas eran esas que haría.

Gracias a la irrupción en el baño de un grupo de amigas, que hablaban entre sí a pleno pulmón, Sonsoles se libró de tener que buscar una respuesta más coherente que aquella. Las chicas eran más jóvenes que ellas, prácticamente adolescentes, y sus vestidos mucho más recatados. Les lanzaron miradas indiscretas que oscilaban entre la admiración, el reproche y los celos.

«¿Nos vamos?», sugirió Oda con un gesto de la cabeza y una sonrisa. Ella asintió y la siguió de vuelta a la pista. El Ye-yé, cuyo nombre real era «Club Social y Recreativo de Fontanada», era un edificio de una sola planta con forma cilíndrica pensado a modo de sala de juventud, pero que poco a poco se alejaba cada vez más de los inocentes guateques para dar forma a lo que años más tarde serían las discotecas de la costa. La diversión, por supuesto, seguía vigilada por ojos atentos, carabinas que acompañaban a las más jóvenes e incluso algún que otro agente del orden de paisano que se aseguraban de que chicos y chicas se mantuviesen a una distancia prudencial; también controlaban que ninguna de las canciones que se interpretaban sobre el escenario tuviera un mensaje pecaminoso o, aún peor, que cuestionase los valores y los cimientos políticos del régimen. Como aquellos jóvenes solo querían divertirse, bailar y escuchar algo de música, procuraban mantener sus deseos carnales y sus ideales fuera de la ecuación. A pesar del ambiente jovial, aún a plena luz del día, Sonsoles se sentía sofocada ante la sensación de que estaba cometiendo alguna clase de pecado por el simple hecho de estar allí.

«Solo una noche —se recordó—. Viviré una noche como una chica soltera y después me alejaré de Oda y de Daniel para

siempre». Sol no tenía ataduras ni responsabilidades, solo dos buenos amigos, ganas de bailar y unos labios que despertaban envidias. Las dos mujeres se abrieron paso entre la multitud y llegaron hasta el joven Vargas, que estaba plantado junto a los altavoces y al pinchadiscos. Charlaba animadamente con el veinteañero que reproducía los vinilos que había traído de Londres en una maleta. Iba a encargarse de amenizar la velada hasta que Los Pesetas saliesen al escenario. Daniel y él debatían apasionadamente sobre música.

—En España hay talento de sobra, tendríamos grandes bandas si los censores no odiasen tanto el rock —aseguraba el pinchadiscos.

—Este país está perdido —maldijo Daniel—. Aunque pudiésemos tocar y escuchar rock libremente, ¿cuántas personas pagarían por ir a los conciertos, por comprar los vinilos? ¿Tu madre lo haría o la mía? ¿Te lo imaginas?

El pinchadiscos rio y asintió dándole la razón.

—Pero los jóvenes somos el futuro.

—¿Futuro? En Fontanada no tenemos de eso… ¡Señoritas! —exclamó al verlas, aunque su atención se detuvo en Sonsoles—. Vaya, Oda, ¿quién es tu amiga? ¿Me la presentas?

Ella se sonrojó aún más, pero la danesa acudió en su ayuda y rodeó el brazo de Daniel con el suyo.

—Lo haría, pero me parece que estás ocupado despotricando contra tu país.

—Tú también odiarías este lugar si tuvieses que vivir siempre aquí y no solo cuando estás de vacaciones. ¿No piensas igual, Sonsoles?

Ella se encogió de hombros, sin saber muy bien qué decir. Allá de donde venía nadie se atrevía a opinar demasiado alto sobre esa clase de asuntos. Puede que algún «Así nos va» o «Este país se va a pique» se oyese aquí y allá de vez en cuando a modo de maldición, pero qué sentido tenía lamentarse cuando las cosas eran lo que eran.

—No sé, no tengo con qué compararlo.

Su respuesta, aunque sincera, le pareció algo simplona a Daniel, pero de todas formas asintió con decisión al escucharla.

—Ahí está la clave de la cuestión. Creemos que la nuestra es una gran nación porque la mayoría de la gente ni siquiera sabe lo que hay ahí fuera, lo que se está perdiendo.

Oda le puso el dedo en los labios para hacerle callar.

—Shhhh, hemos venido a divertirnos, no a cambiar el mundo. ¿Por qué no nos traes algo de beber?

—De acuerdo… de acuerdo. Seré un caballero. Veré si puedo conseguirnos algo más estimulante que un refresco. —Daniel se censuró a regañadientes y se perdió entre el gentío en busca de la barra donde servían las bebidas.

Quedaban pocos minutos para que comenzase la música en directo y la sala empezaba a rebosar de jóvenes.

Oda le observó mientras se marchaba.

—Pobre de la mujer que se case con él. Va a tener que escuchar sus discursitos todas las mañanas antes de poder tomarse su café tranquila —comentó Oda con un aire casual.

—¿Vosotros no…? ¿No planeáis…?

Daniel había provocado a su madre diciendo que se casaría con la danesa, pero pensaba que tarde o temprano la idea acabaría

tentándole. Después de todo, su noviazgo era más que público. Sin embargo, Oda parecía estar de acuerdo en que sus futuros nunca se encontrarían, al menos no de aquella forma. La danesa sonrió mostrando sus dientes casi perfectos. La ingenuidad de Sonsoles la divertía.

—Daniel y yo no somos novios, no como lo entendéis los españoles. Solo tenemos un amor de verano, hacemos cosas juntos, nos divertimos. Pero únicamente estoy de paso en Fontanada. Aún no he decidido adónde iré después, pero no creo que tarde mucho en hacerlo. Mi madre tenía mi edad cuando vino a esta ciudad a aclararse las ideas y espero que Fontanada me ayude a mí también.

—¿Y nunca habéis pensado en marcharos juntos?

Parecía lo más lógico, pero Oda negó con la cabeza.

—Daniel se queja mucho de cuánto detesta Fontanada, de que su familia es insoportable y de que su vida aquí es tan gris y monótona que apenas la soporta. Pero nunca será capaz de marcharse. Él prefiere ignorarlas, pero las raíces que le atan a Fontanada son demasiado hondas. No se marchará por más que sueñe con hacerlo; le falta el valor necesario. Creo que yo soy lo más parecido que tiene a una vía de escape. Cuando está conmigo, se olvida de que tarde o temprano volverá el invierno.

Por supuesto. Era fácil ignorar el frío y la oscuridad cuando Oda te deslumbraba. Sonsoles echó un vistazo a su alrededor y se dio cuenta de que no era la única que la admiraba. Numerosos ojos entre la multitud se posaban sobre ella: curiosos, abnegados, lascivos. Había muchas chicas guapas en el Ye-yé esa noche, pero ninguna con la forma de moverse, la cadencia al hablar, el magnetismo de Oda.

—¿Estás segura de que no le romperás el corazón? —preguntó.

Oda rio para sí, con un leve resoplido.

—¿Por qué, estás preocupada por él?

—No, en realidad no —admitió.

Si Daniel había sobrevivido a una familia tan fría y distante y a la pérdida de su hermano, estaba segura de que podría reponerse, aunque Oda pisotease sus sentimientos, si es que albergaba alguno romántico hacia ella. Puede que fuese precisamente su halo distante, como el brillo de la luna, lo que le hacía girar en torno a ella. Los dos podían hacerse compañía y disfrutar del verano de Fontanada sin hacerse falsas ilusiones, o sin creérselas del todo.

No. El señorito Daniel y su corazón de sal estarían a salvo. Solo quería saber lo que pensaba Oda al respecto.

—Haces bien. En este mundo las mujeres debemos preocuparnos por nosotras mismas antes que por ningún otro. Y menos por alguien rico y guapo como Daniel. Haga lo que haga, nunca pagará las consecuencias. Así funciona el mundo.

—¿He oído mi nombre? Espero que no hayáis aprovechado para hablar mal de mí —dijo mientras hacía malabares para caminar sujetando tres vasos a la vez.

Oda se apresuró a quitárselos de la mano para evitar que acabasen cayendo y le tendió uno a Sonsoles.

—Sí, hemos compartido alguna queja, pero nada más escandaloso que lo que te digo a la cara todos los días, querido.

—Eres terrible —le reprochó él, divertido.

—Soy sincera. —Dio un sorbo a su copa.

Sonsoles agitó los trozos de fruta en su interior: naranja, limón, melocotón y trozos blanquecinos de algo que parecía pera o

manzana. Después olisqueó el vaso con disimulo antes de llevárselo a los labios. La bebida no sabía a alcohol, sino que tenía un aroma frutal y un regusto dulce, casi empalagoso, como si fuese zumo en lugar de vino lo que contenía, además de diminutas burbujas que le hicieron cosquillas en la lengua.

—Cuidado con el cap —advirtió Daniel—. Entra muy bien, pero sube que no veas. Si no estás acostumbrada, ni se te ocurra tomarte más de dos. No quiero tener que llevarte a casa en brazos y que me regañe tu cuñado.

«Tu cuñado». La palabra le encogió el pecho. Pese a las advertencias, Sonsoles le dio un trago largo a la bebida. En el Pueblo era muy habitual tomar vino con las comidas y a veces se les daba a probar hasta a los chiquillos si se ponían muy pesados, así que podría aguantar su primer vaso de cap.

Al cabo de un rato, justo cuando empezaba a no caber un alma en el Ye-yé, los esperados Pesetas salieron al escenario. Su público los recibió con una grandiosa ovación.

—Veo que nos habéis echado de menos —dijo el cantante y líder del grupo, un muchacho algo melenudo, como si llevase cuatro meses de retraso en hacerse un muy necesitado corte de pelo.

El entusiasmo del público, sobre todo el de las chicas, se multiplicó en cuanto saludó.

Todos los integrantes del grupo vestían prendas similares: camisa blanca con corbata tan fina que parecía de juguete y pantalones negros, aunque lo que más destacaban eran sus botines de tacón cubano. Su estilo a la hora de vestir y su música se inspiraban en los grupos británicos que admiraban. En cuanto empezaron a tocar, quienes habían viajado al extranjero o escuchaban música

internacional reconocieron con facilidad los ritmos de la batería y las melodías pegadizas de las guitarras que se oían en Londres, Liverpool y Ámsterdam, y que también empezaban a conquistar Francia e Italia. Era rock and roll. Las letras tenían que ser mucho más comedidas que las de sus vecinos para adaptarse a lo permitido por los censores, pero el espíritu rebelde de aquellos muchachos era inconfundible.

Las primeras que se arrancaron a bailar fueron las chicas más jóvenes y dicharacheras, las que vestían intentando imitar a las extranjeras, igual que hacía Sonsoles. Agitaban el cuerpo con movimientos bruscos y sinuosos a la vez, movían los brazos, los hombros y las caderas. Sonsoles las observó sin dar crédito. Parecía que fuesen a desencajarse en cualquier momento, girando la cabeza y sacudiendo el cuerpo entero. El resto las siguió, con pasos de baile mucho más conservadores, mientras que los más tímidos ponían sus energías en cantar las letras de las canciones. Eran muchos quienes se las sabían de memoria, en especial las del par de temas que habían empezado a sonar en algunas radios. «Bajo el sol de Fontanada, ¡nunca pasa nada!», exclamó la multitud al unísono.

Los tres amigos comenzaron a mecerse, dejando que la música los empapase mientras vaciaban poco a poco sus caps. Después de tres canciones, Oda depositó su vaso sobre el borde de una columna e hizo lo mismo con los de Daniel y Sonsoles. Tomó a cada uno de una mano y tiró de ellos hacia el centro de la sala, hasta que quedaron completamente rodeados por la multitud.

—Moveos con ganas, que no se diga que Oda Lund se junta con aburridos —les advirtió mientras alzaba los brazos en el aire. Bailaba

con una gran sonrisa en los labios y los ojos cerrados para sentir mejor la música.

Daniel no se lo pensó dos veces y trató de guardar el compás sacudiendo los hombros y dando pequeños pasos hacia delante y hacia atrás. Sonsoles vaciló, sin saber muy bien qué hacer ni cómo debía bailar aquella música nueva y extraña para sus oídos. Oda se percató y se acercó a ella.

—Sígueme, sin miedo. Nadie nos está mirando —afirmó, y era, por supuesto, mentira.

Siempre había alguien atento a lo que quiera que Oda hiciese: beber, bailar, reír o simplemente existir. Aunque en algo tenía razón. Al lado de su fulgor, Sonsoles era invisible, y eso, pese a que pudiese herir el orgullo de muchos, le otorgó a ella un tesoro al que no estaba habituada: la libertad.

Oda la agarró de las manos y la movió para que imitara los pasos de baile del resto de las muchachas.

—¿Ves qué fácil? Solo déjate llevar.

Sonsoles confió en ella y así lo hizo, quizá porque tenía el corazón acelerado por la música, tal vez porque pensaba llevar la promesa que se había hecho a sí misma hasta el final o a lo mejor porque no quería que Oda la soltase, aún no. Cerró los ojos y permitió que la música la atravesase, que le hiciese mover las muñecas y los pies como si fuera un títere a su merced. Bailó un rato junto a Oda hasta que Daniel se sumó a la danza. Le apoyó la mano en la espalda, con tanta suavidad que parecía estar hecho de plumas; se inclinó hacia su oído y habló lo suficientemente alto para que pudiese oírle por encima de las guitarras.

—Sabía que esto te gustaría.

Sonsoles no debía contestar, ni mucho menos darle la razón, pero Sol no pudo evitar sonreír, algo exasperada por su osadía, pero también divertida.

La canción se detuvo y comenzó una balada lenta. La pista se transformó en un santiamén y, de pronto, el amasijo de cuerpos se agrupó en parejas que bailaban agarradas en la pista todo lo que permitían los agentes del orden. Las baladas eran una de las pocas ocasiones en las que los cuerpos de los hombres y las mujeres tenían permitido acercarse un poco más de la cuenta sin que nadie se escandalizara. Daniel rodeó a Oda con un brazo, redujo la distancia entre sus cinturas y le tomó la mano con una suya para mecerse de un lado a otro.

Sonsoles se quedó atrás, observando a la pareja bailar, con una punzada de celos agarrotada en el pecho. Eran guapos y afortunados, sin ataduras que les impidiesen gozar sin pensar en el mañana. Envidió su presente, pero también la invadió una nostalgia insidiosa al pensar en la juventud que ya no recuperaría. Miró a su alrededor y se preguntó si aquellas chicas podrían oler en el aire que no era como ellas. Nunca bailaría pegada a una persona que le gustara ni le preguntaría a su hermana qué tal le sentaba el maquillaje antes de salir de casa. No quedaría con sus amigas después de clase para comprar un vestido para la ocasión ni se encontraría con ellas en la sala de juventud. Tampoco negociaría con su padre para que retrasara media hora su toque de queda. En su lugar había aprendido a deslomarse sin protestar y a temer al invierno. Qué distinta habría sido su vida en la ciudad. Ahora que sabía lo que se había perdido, sus recuerdos resultaban aún más

dolorosos que cuando creía que solo podía haber lucha y sufrimiento en la vida.

Un desconocido se acercó a Sonsoles con interés y ella rechazó la invitación azorada. La negativa no pareció ofender al joven, que pronto buscó una sustituta con la que bailar. Permaneció allí plantada sin saber qué hacer. Optó por centrar su atención en el cantante, que se aferraba con ambas manos al micrófono y mantenía los ojos cerrados para sentir con plenitud cada una de las palabras de la canción. La historia que narraba hablaba sobre un hombre arrepentido por los muchos errores cometidos, por eso se arrodillaba y pedía perdón y otra oportunidad. La empalagosa melodía hacía que pareciese una tonadilla de amor, pero podría estar disculpándose con cualquiera: con su hermana, su madre, con un viejo amigo, tal vez hasta consigo mismo.

¿De qué se arrepentía tanto? Se abrazaba a sí misma, tratando de huir de sus propios pecados y secretos, cuando sus ojos se cruzaron con los iris azules de Oda. Saludó con una mano tímidamente. La danesa no apartó la mirada, sino que sonrió y le devolvió el gesto al asentir con la cabeza. ¿Por qué la observaba a ella mientras bailaba con Daniel? El resto de las parejas aprovechaba el momento íntimo tanto como podía, juntaban sus frentes, se susurraban palabras de amor, hubo incluso algún que otro beso a escondidas. Pero la atención de la danesa estaba puesta en ella. ¿Acaso le daba pena? ¿Por eso la habían invitado? Una sensación plomiza se hundió en su pecho. Sol podía beber, bailar, reír, pero no podía esconderse para siempre de la verdad.

Cuando la canción concluyó, la pareja se separó y Daniel le hizo un gesto para que se acercara de nuevo.

—Disculpa, Oda me debía una lenta. La próxima vez bailaré contigo —le aseguró.

No supo si lo decía en serio o si trataba de ponerla nerviosa, pero Sonsoles sabía con certeza que no habría una próxima vez, a no ser que Los Pesetas tuviesen varias baladas en su repertorio. La banda continuó con una canción mucho más animada. A medida que transcurría la velada y se vaciaba un vaso tras otro, la multitud se volvía cada vez más entregada. Cuando anunciaron la que iba a ser su última canción, el público coreó un lamento a una.

—Lo sé, lo sé. Nosotros también tocaríamos hasta la medianoche, pero no queremos que los aguafiestas de la Guardia Civil vengan a sacarnos de aquí a rastras, ¿o no? —La audiencia respondió con unas risillas tímidas ante un comentario que rozaba la zona de peligro. El cantante oteó la multitud y saludó hacia la dirección en la que ellos se encontraban—. ¡Lo siento, Vargas! Mándale saludos a tu cuñado.

Daniel hizo un aspaviento con la mano para restarle importancia. Los jóvenes locales y de Fontanada, así como los que venían de pueblos de la zona, rieron de nuevo. Parecía que el nombre de Daniel Vargas y su reputación se habían propagado por todo el Levante.

Sin más dilación, Los Pesetas comenzaron a tocar su tema de despedida.

—¿Lo conoces? —preguntó Sonsoles, alzando la voz por encima del sonido de la música.

—Pues claro, es el bueno de Ricki. Vivía aquí antes de mudarse a Valencia y luego a Madrid. Logró escapar de este amago de ciudad

gracias a la música —explicó—. Y al dinero que le robó a su madre de debajo del colchón, supongo.

Distinguió la melancolía en la forma en que se le borró la sonrisa, algo raro en él. Recordó las palabras de Oda. «No se marchará por más que sueñe con hacerlo; le falta el valor necesario».

—Parece que le ha ido bien —admitió.

—Sí… ha cumplido su sueño.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Sonsoles.

Daniel ladeó la cabeza, sorprendido, pero de un modo agradable.

—¿A qué viene ese interés repentino? Creí que estabas ignorándome.

Asintió. No tenía sentido negar lo evidente.

—Esta es mi noche libre, también estoy descansando de eso.

El joven Vargas sonrió de nuevo y ella sintió una extraña punzada de orgullo. «Sol también puede ser divertida e ingeniosa». Daniel se cruzó de brazos mientras meditaba su respuesta.

—Mi sueño es salir de aquí. Volver a empezar en un lugar donde nadie haya oído hablar de los Vargas y de sus malditas salinas, crear una familia de cero, empezar un negocio, lo que sea. Pero es imposible, estoy atrapado aquí.

—¿Por qué? —quiso saber Sonsoles.

Su duda era genuina. Daniel era un hombre, podía ir y venir como le placiese sin que nadie se lo impidiera, siempre que sus actos no desafiasen al régimen. Tenía dinero, contactos, una apariencia que podría llegar a ser respetable si se cortaba un poco el pelo. Si ella tuviese su buena fortuna, se aseguraría de utilizarla para satisfacer todos sus deseos.

La pena en su semblante se tornó aún más honda, por mucho que tratase de esconderla.

—No puedo dejar a Salva atrás. Prefiero morirme a que se quede solo con ellos.

—Son su familia… —trató de rebatir ella. Iba a decir «no pueden ser tan terribles», pero en poco tiempo había comprobado la forma en que aquel niño se apagaba ante las exigencias de su abuela, la rabia de su madre y la indiferencia de su padre, así que rectificó—. Yo también daría mi vida por mi sobrino si hiciese falta.

Intercambiaron una mirada de solidaridad mutua. Tal vez su condición y sus circunstancias fuesen muy diferentes, pero allí estaban, sacrificando todos sus anhelos por dos niños a los que adoraban. Paula le había advertido sobre los Vargas con razones de peso, pero tal vez se equivocase con Daniel. Él no era gélido y altivo como los demás, sino cálido y generoso. La trataba como a una persona de carne y hueso y no como a «la chica del servicio».

Puede que la lástima que sentían fuese mutua.

Le tomó de la mano en un arrebato, e hizo lo mismo con Oda, que había estado escuchando toda la conversación en silencio.

—Es la última canción, bailemos —ordenó, tirando de ellos de vuelta al centro de la pista para darlo todo.

El reloj estaba a punto de marcar su hora de regreso, el momento en que la bonita fantasía llegaría a su fin. La presión de la cuenta atrás palpitaba en el ambiente. Las amigas apuraban las charlas para terminar de contarse sus secretos, los chicos más osados se esforzaban por encontrar una muchacha a la que invitar a un próximo concierto o a una horchata en el paseo marítimo, y las parejas se abrazaban en los rincones más apartados. La fiesta

estaba a punto de acabar, lo sabían, pero aún quedaba mucho verano por delante y ninguno de ellos presentía que fuera a ser la última vez para uno de los presentes. La tercera víctima del asesino de Fontanada.

15

—¿Os apetece conocer a la banda? —propuso Daniel mientras abandonaban la sala de juventud.

Se acercaba la hora del cierre. Algunos de los asistentes remolonearían por los alrededores antes de marcharse a su casa, mientras que las muchachas ya emprendían el camino de vuelta o se subían a los Seats de padres, tíos y hermanos que habían acudido en su busca. Aunque apenas hubiese comenzado a oscurecer, las calles de una ciudad pasada cierta hora no eran un lugar seguro para una chica que iba sola.

Sonsoles vaciló.

—Es un poco tarde. Mi familia se preocupará si me retraso… —Miró hacia las chicas que se reunían con sus parientes y Daniel comprendió su dilema.

—Serán solo unos minutos, después te acompañaré a casa.

—¿Y qué hay de Oda? También está sola.

Alguien como ella, con su estatura, su pelo rubio y su belleza, llamaba mucho más la atención. La mera posibilidad de que pudiese ocurrirle algo, de unos dedos lascivos surgiendo de la oscuridad, de una figura en un callejón atrapándola, le provocó un nudo en el pecho. Se abrazó a sí misma para protegerse del recuerdo de unas manos abalanzándose sobre ella, como si su cuerpo no fuese más

que una prenda en un mercadillo que cualquiera podía manosear y probarse.

La voz de Daniel le devolvió al presente.

—No te preocupes por ella. Oda sabe cuidarse solita. Es más alta que la mayoría de los españoles, seguro que puede noquear a quien se proponga.

—Me ofende que pienses que necesito ensuciarme las manos para hacer sufrir a un hombre —contestó la danesa, pero Sonsoles seguía intranquila.

—Hay… hay un asesino suelto por ahí —les recordó.

—Si te quedas más tranquila, iremos los tres juntos en coche hasta tu casa y dejaré que Daniel me acompañe, ¿sí? —propuso Oda.

La idea de que Oda viese los descampados destartalados y la ropa tendida en los balcones del barrio humilde y masificado donde vivía la azoró. Seguro que ella se alojaba en una de las bonitas casas de la colina que bordeaba el norte de Fontanada, una de esas que tenían jardín, piscina y un naranjo bajo el que sentarse a leer.

—O podemos hacerlo al revés —se apresuró a decir.

Se detuvieron junto a la salida, lo bastante alejados como para presenciar el desfile de jóvenes que iban abandonando el local. Algunos de ellos se detenían frente a una especie de altar improvisado junto a la puerta que se había erigido en homenaje a Javier. Quienes le conocieron habían reunido fotos, cartas de despedida, flores y velas, y pronto incluso los desconocidos se habían sumado al gesto, apenados por la cruenta y repentina forma en la que le habían arrebatado la vida. Una chica rubia se agachó para encender una vela que se había apagado usando otra, y un

joven se santiguó al pasar junto al memorial. Se preguntó si Paula se sentiría reconfortada o aún más triste al saber que tantas personas tenían a su amado presente en sus mentes y en sus corazones. De haber sabido que había un altar junto al local, ella también habría llevado una vela. No por Javier, quien en vida le había despertado más recelos que simpatías, sino por su esposa e hija. De ellas no se acordaba nadie.

Tras un rato más largo de lo que Daniel había prometido, los miembros de la banda, acompañados de su mánager, salieron por fin del Ye-yé. El cantante se apresuró a abrazar a Daniel en cuanto le vio.

—¿Qué tal estás, granuja? —preguntó mientras se estrechaban, y después se golpearon la espalda con ímpetu para concluir su saludo.

—No tan bien como tú, sinvergüenza. No te olvides de mí cuando seas rico, ¿eh?

—Dijo el heredero de las salinas. Dudo que pueda hacer más fortuna que la que amasas tú solo por nacer. ¿Quiénes son estas preciosidades? —dijo cuando se separaron y vio a las dos jóvenes detenidas a su lado—. No seas acaparador, preséntamelas, ¿no?

—Estas son mis buenas amigas Sol y Oda.

—Oda… ¿Oda Lund? —repitió Ricardo, con ojos solo para ella.

—¿Es que no me habías reconocido, Ricardo Montoya? ¿Tan rápido me habías olvidado?

—Cómo podría…

Parecía hipnotizado por su presencia y Sol no podía echárselo en cara.

—¿Os conocéis? —preguntó Daniel, más curioso que celoso.

—Coincidimos una vez en Valencia, ¿no fue justo antes de que te marchases a Madrid, el otoño pasado?—trató de recordar Oda, acariciándose la barbilla—. Ricardo presumía de ser «el chico más loco que ha visto jamás Fontanada».

El cantante negó con las manos y las mejillas sonrojadas por el recuerdo.

—Ya no. He sentado la cabeza, desde que nos vimos lo más atrevido que hago es subirme a cantar sin calentar la voz antes. Y ahora soy Ricki. Ricardo no tiene tanto gancho.

—Ricki —repitió Daniel con sorna—. Venga ya, no hace falta que trates de engañar a las chicas haciéndote el buenecito, están acostumbradas a tratar conmigo.

—Lo digo en serio. ¿No te has enterado? Casi me mato con el coche el año pasado, muy cerca de aquí.

—Ah, ya… Mi madre te ha cogido bastante tirria desde que se enteró. Piensa que eres una influencia terrible —respondió Daniel—. Pero estás bien, ¿no?

—Sí, aunque me salvé de milagro. El coche se quedó hecho polvo y yo… solo unos rasguños. Si me hubiese muerto esa noche, la culpa habría sido solo mía. Bebí tanto que no sabía ni cómo llegar a mi casa y, aun así, iba anotando frases para una canción porque pensaba que me habían visitado las musas. Y, encima, ¿qué te parece? Eran una basura y ni siquiera entiendo mi letra de borracho. El caso es que me pasé de velocidad y me despeñé acantilado abajo. Lo primero que hice cuando me dieron el alta fue ir a la playa de noche, meterme en el agua en pelota picada y jurar por mi vida que no volvería a ser tan estúpido de jugarme la vida. Espero no escandalizar a las señoritas —dijo, aunque solo tenía ojos para Oda.

—En absoluto —respondió ella—. Recuerdo que me hablaste de lo preocupada que estaba tu madre por ti, así que me alegro de que al final la escuchases en lugar de matarte haciendo tonterías.

Daniel le dio un par de golpecitos en el brazo.

—Ya ves. Es un alivio que la suerte esté de tu parte. Sería una pena que el único que ha logrado salir de aquí fuese el primero en palmarla.

—Así que el resto seguís por Fontanada.

Aunque no lo había dicho con mala intención, la pose dicharachera de Daniel titiló por un segundo.

—Ya sabes lo que dicen: la sangre tira y la tierra aún más. Todos tenemos nuestras propias batallas aquí. Aunque a otros más bien les quedan intereses que proteger… —dijo mirando hacia un grupo de hombres que se aproximaba a ellos—. Hablando del rey de Roma.

—¡Ricardo! ¿No pensarías marcharte sin saludar?

Un chico de su misma edad, aunque a causa de su manera formal de vestir y su peinado anticuado pareciese más mayor, rodeó al cantante por el cuello desde atrás. Sonsoles retrocedió instintivamente. Tenía aspecto de ser la clase de hombre que disfruta ocupando tanto espacio como puede solo por la satisfacción de hacer al resto encogerse. Su espalda era ancha y se aseguraba de remarcarla con un polo blanco desabotonado una talla más pequeña de lo que debería. Se pasó la mano por el pelo negro engominado.

—¡Pablo! No esperaba verte por aquí —admitió el cantante, que no parecía demasiado entusiasmado por su presencia—. Pensaba que detestarías esta clase de música y de ambiente.

—Es importante guardar las apariencias, pero por ir a una fiesta de vez en cuando no pasa nada. Mientras tenga a mi padre contento no hay problema. —Soltó una risotada que sonó falsa, como si solo quisiese jactarse.

—Sigue siendo el alcalde, por lo que veo. Debe de estar ocupado: cada vez que vuelvo encuentro la ciudad más y más cambiada.

Así que el hijo del alcalde. Sonsoles suplicó para que no reparase en ella. Si había algo más peligroso que los hombres que habían pisado a quien había sido necesario por el camino para trepar hasta el poder, eran sus cachorros, quienes creían haber nacido con el derecho de ejercer su dominio a toda costa. Amparo solía presumir de que su hija había conseguido un empleo sirviendo en la casa del alcalde, pero si viese con qué actitud altanera se paseaba aquel hombre después de beber un par de copas, seguro que se sentiría más intranquila que orgullosa.

—¿Sí? Supongo que se nota menos cuando vives aquí. El año que viene la encontrarás aún más diferente, mi padre está negociando la cesión de unos terrenos a una cadena hotelera. Puede que Fontanada consiga pronto su propio rascacielos, aunque no creo que llegue a los noventa metros que tendrá la Torre Coblanca de Benidorm, tampoco va a quedarse corta —presumió henchido de orgullo.

—Qué aberración —masculló Daniel para sí mismo, aunque el comentario no pasó desapercibido.

—Vaya, Vargas. Casi ni te había visto. Ya estás quejándote de todo como siempre, por lo que veo. ¿También te molesta que Fontanada prospere? Claro…, para tu familia sería mucho mejor si

dependiésemos de las salinas para siempre. Lástima. El turismo es el futuro de este país.

—Me importan un bledo las salinas, pero tu padre y tú sois muy ingenuos si pensáis que mi señora madre va a permitir que convirtáis su ciudad en un parque de recreo para nórdicos.

El hombre se tensó, lo que encogió el polo aún más sobre su pecho. Su cara también se había tornado roja, fruto de la ira y la embriaguez a partes iguales. Señaló a Daniel con el dedo.

—Cuidado con lo que dices, Vargas. El alcohol no te servirá de excusa si te pasas de la raya.

—No estoy borracho. Al contrario que tú, sé beber con cabeza, Soler.

—Ah, claro, lo de vaciar botellas se lo dejas mejor a tu hermana. ¿Sigue sin poder salir a la calle de las cogorzas que se pilla? ¿O eran pastillas para dormir? Ya no me acuerdo…

En un gesto brusco y más rápido de lo que ninguno de ellos esperaba, Daniel le agarró por el cuello del polo a modo de advertencia. Parecía dispuesto a enzarzarse en una pelea a pesar de que Pablo ocupase el doble que él y tuviera aspecto de haber pegado muchos más puñetazos. De hecho, cualquiera diría que iba a propinarle uno más pronto que tarde. Sonsoles miró a Oda sin saber qué hacer. ¿Debían intervenir? ¿Era mejor que se marchasen antes de que la cosa fuese a más? Pero la mujer permanecía de brazos cruzados, en perfecta calma.

—Caballeros, ¿por qué no nos tranquilizamos un poco? —dijo la danesa, que apoyó la mano sobre el hombro de Daniel para hacerle retroceder—. Hay luna nueva y las estrellas brillan con más fuerza,

así que quiero pasar la noche mirándolas, no en el cuartel. ¿No pensáis que es una buena idea?

Los ojos de todos los hombres presentes se posaron en ella con igual admiración y anhelo. El ceño fruncido y furioso de Pablo se relajó y reveló una curiosidad morbosa en él. La forma en que miró a Oda, igual que un depredador sumido en un trance irrefrenable, disparó todas las alarmas de Sonsoles. Deseó ser fuerte como un jornalero de las salinas para poder defenderla si hacía falta.

—Vaya, vaya, mira lo que ha traído la marea. Una preciosa sirenita. He visto tu actuación en el Costa de Sal, pero de cerca eres aún más guapa. —Empujó a Daniel a un lado y avanzó hacia ella.

Lo vio en sus pupilas dilatadas, todo lo que sería capaz de hacerle a Oda si no hubiese nadie delante, las cosas horribles en las que estaba pensando. «No destaques. No llames la atención. No les contraríes» era el mantra con el que se había criado, pero un impulso irrefrenable le hizo olvidar su lugar en el mundo. Por insignificante que fuese, no podía permitir que pusiese un solo dedo sobre Oda. Se inmiscuyó entre ambos, dispuesta a no apartarse, aunque fuese la más menuda de los tres.

—¿Qué crees que haces? —Pablo Soler rio a carcajadas ante el gesto desafiante de Sonsoles—. Apártate, morenita. O te vas a hacer daño.

—No. Confórmate con mirarla desde la distancia.

—Sonsoles… —masculló Daniel con un gesto de preocupación.

El hijo del alcalde arqueó una ceja y la recorrió de los pies a la cabeza con una mueca asqueada en la boca.

—Ese acento… Tú no eres de por aquí, ¿verdad que no, paleta? Nuestra chacha habla igual que tú, pero no es tan guapa. Claro que

ya sabéis lo que dicen: aunque la mona se vista de seda, mona se queda. ¿En qué trabajas, lavas platos en un restaurante, friegas suelos o a lo mejor limpias culos? ¿Eh?

Ella apartó la mirada, avergonzada porque hubiese podido adivinar su origen humilde con solo oírla hablar. La pobreza estaba grabada en su piel como el cauce de un río penetra en la tierra, atada a su lengua y a su entonación, a su forma de andar, a cómo se recogía el pelo o usaba los cubiertos al comer. Quiso poder devolvérsela, afirmar a viva voz que prefería trabajar duro a ver reflejada en el espejo una cara de gorrino como la suya cada mañana, pero ni siquiera en su mayor arranque de valentía sería capaz de decir lo que pensaba de verdad. Que tipos como él no valían de nada sin sus apellidos.

—Venga, hombre, déjalo ya… Se supone que estábamos pasándonoslo bien —pidió Ricardo, en un intento por apaciguar los ánimos.

Daniel no fue tan diplomático.

—¡Cierra la puta boca! —exclamó un segundo antes de abalanzarse sobre él para pegarle un puñetazo.

Pablo se lo devolvió apenas recuperó el equilibrio, casi como un acto reflejo.

Sonsoles gritó de la impresión y notó sobre el vientre la mano de Oda, que la atrajo hacia ella para evitar que interviniese en la refriega.

—Los separarán en un segundo —le aseguró, sin perder la calma —. Estos niños mimados solo saben solucionar las cosas con las billeteras y con los puños.

Daniel se arrojó contra su rival en un intento por desestabilizarle, pero era demasiado pesado. Pablo le agarró entonces por el cuello para dejarle inmovilizado. Le habría propinado una buena tanda de puñetazos en el estómago si Oda no hubiese estado en lo cierto.

El pitido de un silbato les estremeció los oídos y dos de los guardias que vigilaban la zona se apresuraron a separar a los muchachos. Otros dos agentes se acercaron con las porras listas en la mano para sacudir a los alborotadores, pero se detuvieron en cuanto vieron sus rostros. Un solo golpe a cualquiera de los dos muchachos y podrían dar por concluida su carrera en las fuerzas del orden.

—¡Largo de aquí! ¡Venga! —advirtió uno de los oficiales.

—¿Me das órdenes? ¿Es que no sabes quién soy? —rio Pablo mientras se secaba la sangre de la comisura de los labios.

Daniel no había salido mucho mejor parado: había recibido un buen golpe en el ojo que sin duda dejaría un vistoso moratón.

—Da gracias a que lo sé, si no los dos estaríais ya en el furgón. ¿Es que a tu padre le haría gracia saber que te comportas así? —preguntó a Pablo—. ¿Y a tu madre? —interpeló a Daniel, que apartó la mirada—. Marchaos a casa ahora mismo.

El joven Vargas lanzó una mirada de disculpas a las dos jóvenes.

—No te preocupes, yo las llevo a casa —se ofreció Ricardo, mientras los agentes aguardaban a que se dispersasen.

Daniel caminó hacia la acera donde permanecía aparcado su coche y Pablo se marchó caminando con sus amigos. El resto de los Pesetas, por su parte, pusieron los pies en polvorosa guiados por su representante.

—¿Estás bien? —preguntó Oda cuando ya había pasado del todo el peligro.

Ella asintió con la cabeza.

—No me ha tocado siquiera.

—Si lo hubiese hecho, le habría sacado los ojos de las cuencas —dijo Oda. Un brillo de ira en las pupilas le hizo pensar que lo decía en serio—. Eso ha sido muy imprudente por tu parte. Si llega a hacerte daño…

—Pero no lo ha hecho, lo único que ha herido es mi orgullo —admitió Sonsoles—. Supongo que ni llevando tu ropa he podido engañarle. —Tiró de la falda para ilustrar sus palabras y reparó en que, con todo el rifirrafe, se había olvidado de un detalle importante —. ¡Oh, no! ¡Mi ropa! No puedo volver a casa así vestida.

Oda miró atrás hacia el Ye-yé. Aún había luz dentro.

—Ve a cambiarte, yo me quedo con Ricardo.

La idea de dejarla a solas con el cantante le provocó un nuevo nudo en el estómago. «Acompáñame», quiso pedirle, pero no se atrevió.

El joven rodeó a Oda con el brazo.

—Te esperaremos en la playa. ¿No querías ver las estrellas, princesa?

—Hay que ver… Me da a mí que no has cambiado ni un poco.

Ricardo negó con la cabeza.

—Aunque no lo parezca, te prometo que no soy el mismo. Llevo un año portándome bien. Ya no tengo ganas de meterme en líos. Desde que intento ser mejor hijo, es como que no tengo fuerza en las venas —rio.

Oda extendió la mano hacia su cuello y toqueteó algo que le asomaba bajo la camisa.

—Aún lo llevas puesto.

—Pues claro, así funcionan los amuletos. Mi madre se empeña en que no me lo quite, pero si te gusta te lo regalo.

—Ahora… ahora vengo —dijo Sonsoles casi en un susurro al verse excluida de la conversación.

No quería seguir mirando cómo ellos dos coqueteaban. Echó a andar, pero oyó a la danesa apresurándose tras ella.

—Baja tú primero. ¡Sol! Espera, te acompaño.

La agarró del brazo y el sentimiento de victoria la invadió como si un nido de mariposas se hubiese abierto en su vientre y en ese momento revoloteasen por todo su cuerpo.

Se apresuraron hacia la puerta del club social al trote. Sonsoles tuvo que gritar al hombre que se disponía a cerrar la puerta con llave para que se detuviese. Le explicó que se había dejado algo importante dentro del local y le aseguró que no tardaría nada. Saltaba a la vista por sus hombros caídos y gesto agotado que el hombre estaba deseando marcharse a su casa, pero abrió la puerta para ellas. Fue directa al baño de mujeres. Oda había dejado la bolsa a plena vista debajo de los grifos.

—Menos mal, sigue aquí…

Para su alivio comprobó que nadie había hurgado en ella, aunque quién habría querido llevarse un vestido barato del mercadillo. Oda aguardaba a que se cambiase, apoyada sobre la puerta, y, al ver cómo vacilaba, entendió que se trataba de aquel cómico y enternecedor pudor de las españolas.

—Qué tímida. Te espero fuera entonces.

Cuando la mujer se dio la vuelta y echó a andar, Sonsoles se quitó la falda y la blusa, las echó sin doblar otra vez a la bolsa y se puso su propia ropa y sus zapatos. También se frotó la cara con agua, tan fuerte que le ardió la piel, hasta que la mayor parte del maquillaje salió. Por suerte, Antonio no la miraba lo suficiente para darse cuenta de los restos de lápiz de ojos que se negaban a desaparecer. Cuando salió del baño, comprobó que Oda ya se había marchado del Ye-yé. Al verla salir del local con un atuendo diferente y cargando con la bolsa, el hombre que aguardaba para poder echar el cierre con las llaves en la mano suspiró como si rogase paciencia ante lo que percibió como un achaque de rebeldía juvenil.

—Vaya a casa con cuidado, señorita, y no se demore. Sus padres estarán preocupados.

Asintió, aliviada porque nadie sospechase que era un marido quien la esperaba y se dispuso a buscar a Oda por el paseo marítimo. ¿Dónde se había metido? Ricardo había dicho que estaría en la playa, así que a lo mejor se había reunido con él, aburrida por su recato. Al llegar al muro que separaba el paseo marítimo de la arena dudó unos segundos. ¿Era prudente que se entrometiese? A lo mejor tenían muchas cosas que decirse desde la última vez que se habían visto. El cantante más admirado y la chica más envidiada, los dos tan deseables como incómodos. Claro que él era inconformista en lugar de sibilino, rebelde en lugar de pecador.

«Qué tímida», repitió la voz de Oda en su mente. No. No iba a achantarse tan fácilmente aunque hubiese dejado de ser Sol por esa noche. Bajó los escalones que conducían a la playa y descubrió que en aquel rincón de la ciudad solo se oía el murmullo de las olas. «¿Se habrán marchado ya?».

Siguió avanzando por la arena, con torpeza, porque no estaba acostumbrada a la forma en que sus pies se hundían a cada paso.

—¿Oda? ¿Ricardo? —llamó mientras caminaba a tientas.

Aunque el cielo seguía siendo más azul marino que negro, sus ojos necesitaron unos segundos para acostumbrarse a la tenue oscuridad de la playa, a donde no llegaba la luz cálida de las farolas del paseo. Por eso no distinguió lo que veía al principio, solo unas cuantas formas borrosas que podían haber sido personas o rocas. ¿Eran ellos dos? ¿Por qué estaban tirados en la arena?

—Sol… No te acerques más —le advirtió la voz de Oda.

Un escalofrío se clavó en su columna vertebral cuando reconoció un sonido que la perseguía en sus pesadillas, uno que creyó que jamás volvería a oír: los quejidos guturales, el gorgoteo ahogado de un hombre tratando de pedir auxilio mientras la sangre escapa de su garganta.

Oda permanecía de rodillas y sobre ellas descansaba la cabeza de un hombre, Ricardo. La joven apretaba las manos con fuerza contra su cuello y él temblaba. Al principio creyó que le estaba ahogando, pero el lejano brillo de las estrellas fue lo bastante fuerte para reflejarse en la sangre que se escurría entre sus dedos hasta formar una enorme mancha oscura en su vestido. Sobre la arena, también salpicada del líquido rojizo, brillaba la concha azul de su colgante.

Le habían apuñalado varias veces en el cuello. Igual que a Javier Salgado.

El asesino había encontrado una nueva víctima, otro joven hermoso y popular al que sacrificar como a un animal. Pero no había ningún cruento asesino en la playa al que culpar, solo estaban ellos

tres. Oda permanecía fría y concentrada ante el horror. Trataba de interrumpir la hemorragia, tan serena como de costumbre. Su calma, en lugar de ser contagiosa, provocaba el efecto contrario. Sonsoles se habría echado a gritar si no se hubiese quedado paralizada. «No puede ser…, no tiene sentido». Por un momento pensó que la mente le jugaba una mala pasada, que los remordimientos por sus pecados habían acudido a buscarla con la forma de una alucinación, pero la voz de Oda la devolvió a la realidad.

—Ve a buscar ayuda. Quizá lleguen a tiempo —pidió, y Sonsoles se obligó a recuperar la compostura.

Ricardo aún no había sido asesinado. Seguía batallando por su vida, aguardando un nuevo milagro. Y si sobrevivía, podría identificar al criminal, evitar que hubiese más muertes. Sonsoles corrió hacia la calle, pidiendo ayuda a gritos.

El mismo hombre que la había permitido entrar a por su ropa fue el primero en acudir a su llamada cuando por fin alcanzó el paseo marítimo.

—¿Qué ocurre? ¿Te han hecho algo, niña?

—A… ayuda. El… el asesino. Hay… —Respiró hondo para recuperar el aliento—. Hay un chico herido en la playa, se está muriendo. Mi amiga está con él, pero no sé cuánto aguantará. Por favor, tiene que hacer algo —dijo, y el rostro se le llenó de lágrimas en un momento.

El hombre abrió los ojos como platos.

—Espero que no sea una broma de mal gusto…

El temblor incontrolable de las manos de Sonsoles le dio a entender que no era así. Se apresuró de vuelta a la sala de juventud para llamar al hospital de Fontanada y pedir que enviasen una

ambulancia. Volvió al cabo de un par de minutos que a Sonsoles se le antojaron eternos.

—Puede que tarden en llegar. ¿Dónde está el chico? Trataré de cargarlo hasta mi coche.

—¡Por aquí!

Sonsoles le guio por la playa hasta el rincón junto a la orilla donde los había encontrado, pero ya era tarde. Ricardo estaba muerto en mitad de un charco de sangre que solidificaba pegotes de arena bajo su cuerpo, y no había rastro alguno de Oda.

SEGUNDA PARTE

16

La Guardia Civil llegó a la escena del crimen unos minutos más tarde que la ambulancia. Los médicos solo pudieron certificar la muerte de Ricardo y llevar el cuerpo al tanatorio más cercano. En cuanto a Sonsoles, no la detuvieron ni la señalaron como sospechosa abiertamente, pero tampoco diría que los agentes la trataban como a una testigo más. Bloquearon el paso a la zona para que los vecinos no se acercaran demasiado a la escena del crimen, aunque una pequeña multitud empezaba a agolparse junto al acceso a la playa. El alboroto y la presencia de los agentes y la ambulancia habían llamado la atención de muchos curiosos. Quienes volvían de cenar en los restaurantes cercanos fueron los primeros en enterarse, aunque las mejores vistas las proporcionaban los balcones en los que se apretujaban todos los miembros de las familias, mientras las madres se ocupaban de mantener a sus hijos más pequeños alejados de la macabra escena. En mitad del repentino y explosivo caos, un agente tomó a Sonsoles del brazo y tiró de ella hacia el interior de un coche patrulla sin darle ninguna explicación.

Se sentía tan aturdida que ni siquiera preguntó adónde la llevaban. Antonio y su sobrino debían de estar preocupados por ella, pero el pensamiento era vago y distante en comparación con las preguntas que la asediaban. En los minutos que tardó en cambiarse

de ropa en el Ye-yé, alguien había asesinado brutalmente a Ricardo por razones que desconocía. Oda le había encontrado, trató de salvarle y huyó dejándola sola frente al peligro. A pesar de que se sintiese traicionada, prefería creer aquella versión de la historia. La otra posibilidad, que Oda fuese una asesina, no quería ni contemplarla, porque eso significaría que su adorada nueva amiga, a la que había puesto en un pedestal, no era mejor que ella. Y necesitaba seguir creyendo en la perfección de Oda Lund.

No pudo evitar pensar en la leyenda más oscura de Fontanada. La que decía que las sirenas nacían al mancharse las manos de sangre.

El vehículo se detuvo frente al cuartel de la Guardia Civil y dos hombres la condujeron hacia allí zarandeándola en cuanto se bajó del coche. Le tiraron de los brazos con brusquedad, aunque ella no había ofrecido el menor signo de resistencia en ningún momento. Al menos no la habían esposado. Cruzaron la entrada y un largo pasillo de baldosas de un beige amarillento moteado de negro hasta que llegaron a la puerta del fondo. Prácticamente la arrojaron al interior de una sala en la que tan solo había una silla y una bombilla de techo encendida. El estómago de Sonsoles dio un vuelco y sintió una arcada. Iban a interrogarla.

—Espera aquí —ordenó el hombre, y cerró la puerta tras de sí con un sonoro golpetón.

En lugar de sentarse, Sonsoles caminó de un lado a otro de la pequeña sala, vaticinando todas las atrocidades que podían ocurrirle allí. Había oído toda clase de rumores sobre lo que le habían hecho al sobrino del panadero o al tío de la curandera que vivía cerca del Pueblo. ¿Serían igual de crueles en la ciudad? Inspiró hondo para

intentar mantener la calma. «Tranquila, no has hecho nada malo», se dijo, pero en el fondo sabía que eso era lo de menos.

El tiempo transcurrió a una velocidad tan lenta y espesa que incluso el aire que respiraba le pesaba en los pulmones. No había ningún reloj en la pared ni tampoco ventanas que le permitiesen medir el transcurso de los minutos. Al cabo de lo que le pareció una eternidad, la puerta volvió a abrirse. Se sintió aliviada al reconocer a Juan Arias hasta que vio su gesto duro y gélido. No había comprensión o empatía alguna en su semblante, ni el más leve atisbo de complicidad o de una sonrisa en los labios fruncidos bajo un bigote negro con unas pocas canas dispersas. Supo que la cantidad de horas que había pasado cuidando al hijo de aquel hombre, dándole de comer, charlando y jugando con él, queriéndole, no la iban a ayudar en nada a salir de esa pesadilla.

—¿Nombre? —preguntó, como si no la viese cada día en su propia casa.

—Son… Sonsoles Blanco.

—Fue usted encontrada junto a la escena del crimen, sin documentación, a las nueve y cuarenta en la playa de Fontanada, ¿no es cierto?

Aunque hubiese sucedido hacía solo un rato, tuvo que hacer un esfuerzo para recordar que, en efecto, los guardias le habían pedido el documento de identidad y que ella les había dicho que no lo llevaba consigo.

Asintió con la cabeza.

—A-así es.

—¿Qué hacía usted sola en la playa en mitad de la noche?

Contuvo el aliento ante la exageración con la que la señalaba. Apenas acababa de anochecer, y qué si estaba sola, ¿acaso estaba prohibido? Sabía bien que no, pero sus actos la convertían en una mujer sospechosa.

—Acababa de salir del Ye-Yé. Hubo un concierto.

—Que terminó al menos una hora antes. ¿Qué estuvo haciendo todo ese tiempo entre el cierre y el asesinato? Por favor, siéntese.

Sonsoles tragó saliva y obedeció. La silla era de madera y estaba fría. La lámina era tan fina que los tornillos sobresalían y podía sentir cómo se le clavaban en los glúteos. Estaba segura de que habían escogido un asiento tan incómodo para aquella sala a propósito, igual que habían procurado que la bombilla de la lámpara brillase lo máximo posible para resultar cegadora.

—Fui al concierto con algunos amigos, charlamos un rato.

Evitó el nombre de Daniel para no arrastrarle con ella, aunque no sería difícil preguntar por ahí y averiguar que la niñera no tenía ningún amigo.

—Ellos se marcharon y usted se quedó. ¿Por qué?

—Olvidé mis cosas en el baño del Ye-Yé.

—¿La bolsa con ropa que había en la playa es suya?

¿La había dejado allí? Tenía la sensación de que todo había sucedido en una espiral tan vertiginosa desde que vio a Oda y a Ricardo tendidos en la arena que no recordaba el momento en que soltó la bolsa.

Lo admitió con la boca pequeña.

—Así que en su casa no saben cómo viste cuando sale por ahí… Faldas cortas y blusas ajustadas. —Negó con la cabeza, como si acabase de defraudarle—. Lástima que sea mayor de edad, le habría

venido bien pasar una temporada en un reformatorio. Pero eso es cosa del Patronato de Protección a la Mujer, no mía.

«¿Es que es un delito enseñar las rodillas?», quiso gritarle, pero mantuvo la cabeza gacha y las manos apoyadas sobre las rodillas mientras Arias daba vueltas a su alrededor, igual que un buitre que sigue a un corzo moribundo a la espera de que se convierta en carroña.

—¿Por qué bajó a la playa? ¿La esperaba alguien ahí?

—No, quería ver el mar de noche. Y las estrellas —dijo recordando las palabras de Oda—. Las estrellas brillan más en luna nueva.

—Le aconsejo que no me mienta. ¿Había quedado en la playa con su amiga o no?

«Su amiga». Por un momento creyó que también habían retenido a Oda, pero al repasar sus recuerdos se dio cuenta de que le había dicho al gerente del Ye-Yé que estaba con Ricardo. «Tonta. Qué tonta», se reprochó.

—No exactamente. Pensé que estaría allí.

—Y ella encontró el cadáver.

—Aún estaba vivo… —admitió, y sus ojos se humedecieron de nuevo.

Reprimió una arcada al recordar los gorgoteos de Ricardo mientras la sangre brotaba de su cuerpo, mientras se le escapaba la vida y el olor metálico lo empapaba todo. Arias se inclinó para coger un cubo que había en la esquina de la sala y se lo tendió. Quienes habían estado allí recluidos antes lo habían utilizado para lo mismo que ella, pero no se habían molestado en limpiarlo con demasiado esmero y lo impregnaba un penetrante olor a bilis. Tras inhalar

aquella peste se le acabó de revolver el estómago y vomitó todo el alcohol dentro del cubo, hasta que su estómago quedó vacío por completo.

Arias esperó paciente, con una mueca de asco bajo el bigote. Cuando Sonsoles dejó el cubo en el suelo y se limpió la comisura de los labios con el dorso de la mano, prosiguió como si no hubiese ocurrido nada.

—Tiene que decirme el nombre de su amiga. —Sonsoles no contestó—. Le recomiendo que no se ande con jueguecitos. Ahora mismo es una testigo, pero la situación puede volverse en su contra muy fácilmente.

—No he hecho nada malo —afirmó, rotunda, a pesar de que le temblaba la voz.

No iba a suplicar que la creyeran. Podían arrebatarle la libertad igual que habían hecho con tantos otros, pero su dignidad le pertenecía.

—Sospecho que dices la verdad, pero ¿sabes qué? Ahí fuera claman justicia, necesitan que les entregue un culpable al que señalar, y sería tan fácil que fueses tú. Tan cómodo. Una chica del interior, una forastera, que pone cara de buenecita durante el día y que se viste como una fulana por las noches.

—Solo era un concierto…

—Y en cuanto a tu amiga: si no nos dices quién es, tendremos que buscar a la culpable en tu círculo. Paula Martínez era la prometida de la anterior víctima, ¿no es cierto? Qué casualidad.

¿Cómo sabía que conocía a Paula? ¿La había estado vigilando antes de esa noche? ¿Por qué, qué podía querer de una niñera insignificante como ella? Por un momento creyó que tal vez

estuviese preocupado por saber qué clase de persona atendía a su hijo, pero en el mes que llevaba trabajando para los Vargas no le había visto darle una sola muestra de cariño al pequeño. Se atrevió a mirarle en busca de pistas y el hombre alzó las cejas, divertido porque por fin comprendiese que la conversación iba más allá del asesinato de Ricardo. Que no estaba en el cuartel por esa razón, al menos no del todo.

—Paula está en casa, con su familia.

—Ah, ya, su familia. Por supuesto que le darán una coartada, pero será fácil encontrar testigos de lo contrario. Puede que alguno de mis hombres la haya visto pululando por allí esta noche.

Sería la palabra de una futura madre soltera contra la de un agente del orden. No podía hacerle eso a Paula, después de todo lo que había pasado y lo que le quedaba por sufrir, pero tampoco quería traicionar a Oda.

—Me lo inventé… no había ninguna amiga. No quería admitir que lo encontré yo —mintió, aunque Arias no fuese a creer una palabra.

Tampoco parecía que le importase demasiado, la verdad.

En ese preciso momento, otro guardia llamó a la puerta tres veces antes de abrir. Arias se acercó a él y el recién llegado le susurró algo al oído que le hizo sonreír complacido. Asintió y le pidió que se marchara. Caminó hacia Sonsoles con las manos tras la espalda, se detuvo justo frente a ella y la miró desde lo alto.

—Oda Lund te espera en el cuartel, tal vez quieras darte prisa y responder a mis preguntas antes de que decida detenerla como sospechosa de asesinato.

Notó un pinchazo en el pecho, que aglutinaba pánico y euforia a la vez. Oda había acudido a buscarla, no la había sacrificado a

cambio de su seguridad, pero su lealtad la había puesto en un grave peligro.

—No gustará en el Ministerio de Turismo, pero, sin duda, será fácil convencer a este pueblucho de mala muerte de que una extranjera es la asesina. ¿Has oído lo que dicen de las sirenas? Que utilizan su belleza y su voz para arrastrar a los hombres a la perdición. Pero no a mí, yo no soy como el necio de mi cuñado. Una cara bonita no va a cegarme.

—¿Por qué hace esto? Sabe que somos inocentes, el asesino puede aparecer de nuevo.

—Y, mientras lo hace, vuestra reputación quedará arruinada para siempre, o puede que os vean como cómplices. Si no os encarcelo por eso, buscaré cualquier otra razón.

—¿Qué le hemos hecho? —preguntó Sonsoles ingenuamente.

—No se trata de lo que hayas hecho en el pasado, sino de lo que puedes hacer por mí en el futuro, ratoncita. —Se inclinó sobre ella y la tocó por primera vez, agarrando su rostro entre los dedos con tanta fuerza que le dolieron los huesos bajo la piel.

Examinó el semblante de Sonsoles, moviéndolo a derecha e izquierda, arriba y abajo, igual que quien inspecciona una yegua que se plantea si comprar o no. Por un momento su cuerpo se encogió al temer la clase de favor que los hombres poderosos pedían en ocasiones a las jóvenes incautas, pero se equivocó. Arias no había mentido al decir que no le tentaba lo que una mujer quisiera ofrecerle.

—No os meteré entre rejas ni a ti ni a tu amiguita danesa si a cambio espías a la familia Vargas para mí. Puedo ser mucho mejor aliado para ti que ese inútil de Daniel siempre que hagas lo que te

mande, pero procura que ni él ni nadie de esa condenada casa se entere por el momento de nuestro acuerdo.

Sonsoles pensó que tenía que haberle oído mal.

—¿Que los espíe? ¿Por qué? Si usted sabe mejor que yo lo que ocurre en el palacete.

—Haz lo que se te dice y ahórrate las preguntas. Te llamaré todos los días a medianoche, a tu casa, y me contarás todo lo que haya ocurrido ese día, hasta el detalle más insignificante. Descubras lo que descubras, procura que la señora de Vargas siga pensando que eres la misma niña tonta e ignorante. Si tiene la impresión de que sabes más de la cuenta, te despedirá, como hace con todas. ¿Serás capaz?

Sonsoles sopesó sus posibilidades. La primera opción: que a ella y a Oda las encarcelaran y las juzgaran injustamente por un delito de asesinato, con pruebas que sin duda se encargarían de encontrar en su contra, o de fabricar si fuera preciso. Y la segunda: informar de las anodinas rutinas de los Vargas. Los juegos y los dibujos de Salva, las jaquecas de Alba, las discusiones entre madre e hijo. Prácticamente nunca recibían visitas en su horario de trabajo, ni hablaban de temas importantes en su presencia.

Asintió una vez más.

—Así me gusta. Sabía que no eras tonta. Puede que no sirvas para mucho más que limpiar y coser, pero tus oídos y tus ojos me serán de utilidad.

—¿Qué… qué es lo que tengo que oír y que ver, señor?

—Los asuntos de la señora de Vargas son prioritarios: husmea en su agenda, averigua con quién se reúne, presta atención a sus llamadas de teléfono, quién está de su parte y quién rechaza las

invitaciones a tomar un café. Y sobre Daniel, si se pasa de la raya y hay algo que pueda utilizar en su contra quiero saberlo. Alba no podría interesarme menos, pero calla más de lo que sabe. Ella también debe de estar al tanto… —Recorrió a Sonsoles de los pies a la cabeza. Se preguntaba si la pobre mujer estaba lo bastante asustada para guardar un secreto que podría destruir muchas vidas. «Nadie la creerá de todas formas»—. Llevo años tras una respuesta. Hay muchos lugares de la mansión donde yo no puedo entrar, pero tú pasarías desapercibida. Tan timorata y silenciosa que casi no ocupas lugar. Rebusca en tantos cajones como haga falta, debajo de las camas, en los vestidores…

—Señor, no tengo permitido subir a la planta superior —le recordó.

—Búscate la vida. Has podido escabullirte para salir de fiesta con el hijo de tu patrona y su ramera, ¿no es cierto?

—¿Qué… qué es lo que tengo que encontrar? —preguntó, resignada ante aquel hombre que no aceptaba un no por respuesta.

En realidad, Arias no esperaba que tuviese más éxito que él, pero no iba a renunciar a ninguna oportunidad de darle la vuelta a las tornas y convertirse, por fin, en el cabeza de familia. Si averiguaba la verdad, si hallaba alguna prueba del bochornoso engaño, esa bruja de Vargas no se atrevería a contrariarle nunca más. La reputación de su estirpe le importaba demasiado.

—Pese a lo que todo el mundo piensa, Salvador júnior no es mi hijo. Quiero que averigües de dónde demonios salió el niño y cómo lo consiguió la señora de Vargas.

17

«Es como descubrir que una rosa crece en un vertedero», pensó al ver a Oda en mitad del cuartel de la Guardia Civil. No pertenecía a aquel lugar, ni siquiera a ese país. Había recogido su melena rubia en un moño sencillo y se había puesto un vestido blanco que le daba un falso aire de inocencia. No había rastro alguno de sangre en sus manos. «Y no sale fácilmente, sobre todo de los bordes de las uñas. Hay que frotar con ganas». La danesa se puso en pie de un salto y se apresuró hacia Sonsoles para examinarla y asegurarse de que se encontraba bien. Era la primera vez que la veía expresar una emoción tan humana, una que rompía el espejismo de la diosa misteriosa y distante, para reconocer que estaba tan desvalida y abrumada como todos los demás mortales.

Oda le sostuvo el rostro con las manos y buscó en él algún moratón o herida. Arias le había agarrado la cara hacía unos minutos y aún sentía el entumecimiento que le había dejado en la piel, pero las sensaciones que le causaban los dedos de la mujer no podían parecerse menos.

—¿Estás bien? ¿Esos cabrones te han hecho algo?

Sonsoles le pidió que bajase la voz con la mano. Tal vez su pasaporte extranjero la protegiese de algunos de los abusos de la autoridad, pero ella no deseaba volver a un calabozo. No estaba

muy segura de qué hora era ni de cuánto tiempo había pasado allí, pero le parecía demasiado.

—Estoy bien. Les he contado lo que pasó y me han dejado ir —confesó, aunque aquello no fuese toda la verdad.

Oda se llevó una mano al pecho, aliviada.

—Gracias a Dios. Debí de entenderlo mal, pensé que estabas detenida. No me dejaban verte.

«Y lo estaba». Había tenido que venderse al diablo para que la dejasen salir del cuartel por su propio pie.

—¿Sabe alguien más que me han traído aquí? —preguntó.

—Solo yo.

—¿Y tú…? ¿Cómo lo has sabido?

Oda agachó la cabeza, avergonzada. Otra emoción que no esperaba descubrir en ella.

—Vi… vi cómo te subían al coche de la Guardia Civil.

Tenía muchas preguntas, pero el cuartel no era el lugar más apropiado para responderlas. Le dolía la cabeza y quería marcharse de allí cuanto antes. Tomó a Oda de la mano y salieron juntas del edificio, vigiladas por la atenta mirada de Juan Arias. Respiró hondo al sentir la brisa fresca de la noche sobre el rostro. No debía de quedar mucho para el amanecer.

—Antonio estará muy preocupado. Le dije que salía por una emergencia y es muy tarde —dijo—. Hablemos mientras nos vamos de aquí.

Oda asintió ante aquella versión desconocida y autoritaria de Sonsoles, aunque en realidad se había limitado a hablarle con el mismo tono que empleaba con los niños o cuando estaba, como entonces, demasiado cansada. Solo quería echarse en su cama y

fingir que nada de aquello había ocurrido. «Es todo culpa tuya —dijo una voz en su mente—. «Has sido demasiado codiciosa. ¿Solo una noche? No podrías vivir como el resto de la gente ni cinco minutos. No te lo mereces. Donde vas, solo llevas muerte». Empezó a andar cada vez más rápido sin darse cuenta, la respiración acelerada, las manos temblorosas. Solo quería volver a casa, pero el pecho, que le subía y bajaba con ímpetu, le ardía al recordar que en el piso de la Albufera no la esperaba Rocío. Ella habría sabido qué hacer, le habría dicho que todo saldría bien, aunque fuese mentira.

Caminaron por las calles desiertas y, tras varios minutos de silencio, Oda le rodeó el brazo con el suyo, tal y como le había visto hacer con Daniel decenas de veces. El gesto hizo que frenase en seco.

—Sol, ¿qué te ocurre?

—Nada.

—¿Estás… enfadada conmigo?

—No. Pero ha muerto un chico, me han llevado al cuartel y le he mentido a un teniente coronel de la Guardia Civil para protegerte, un teniente coronel que resulta ser el yerno de mi patrona. —Y tendría que seguir mintiendo durante mucho más tiempo para mantenerlas a salvo—. Oda, necesito saber… Estoy segura de que, si ocurrió, tendrías algún motivo, pero… ¿fuiste tú?

—No —negó ella, recobrando su calma contagiosa.

La miró a los ojos y el mundo se ralentizó.

—¿Por qué te marchaste entonces?

—Fue muy cobarde por mi parte, ¿verdad? Te dejé sola ante el peligro, pero tú eres una mujer respetable. Sé cómo me llaman en el pueblo: «sirena». También sé que no es un halago. No son los

únicos que han leído el cuento. Por eso pensé que les costaría mucho más creer mi inocencia que la tuya. Lo siento.

Le habría sorprendido menos ver la estampa sagrada de un santo estallando en llamas de la nada que presenciar cómo una mujer tan segura y sólida como Oda admitía sus miedos y que en realidad sí le preocupaba lo que pensasen los demás de ella. Se aclaró la garganta para tratar de recomponerse de la impresión.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Salí a esperarte, pero ese tipo, el gerente del Ye-yé, no paraba de mirarme como si tuviese una etiqueta con el precio en la frente. Así que bajé a la playa y… le encontré así. Se… se fue entre mis brazos. Ricardo… solo era un chico normal, con la cabeza llena de pájaros, ¿por qué querría alguien matarle?

Se quedaron en silencio mirándose. ¿Por qué? Sonsoles también se había hecho esa pregunta miles de veces en su pasado, cada vez que ocurría una desdicha injusta, y nunca había obtenido respuesta. En la iglesia le habían enseñado que Dios tenía un plan para todos ellos y que las personas, en especial las mujeres, eran demasiado necias para poder comprenderlo. Pero ¿de qué podían servir desgracias que arruinaban a familias enteras? Puede que fuese tan ignorante como decían o que en el fondo la estuviesen castigando. Quizá se lo había ganado.

—Lo siento… —susurró, y Oda entrecerró los ojos, confusa.

—¿Por qué? No has hecho nada malo.

—He dudado de ti. Pero no volveré a hacerlo. Si otra vez tienes miedo de que te juzguen o te sientes sola, o desamparada, no huyas. Dímelo, ¿de acuerdo? Juntas buscaremos una solución —dijo

con una confianza impropia de alguien que apenas había logrado salvar su propio pellejo.

Oda sonrió y la atravesó con sus ojos celestes.

—Gracias, Sol. Me alegro de que seamos amigas. ¿Puedo acompañarte a casa? Me quedaría más tranquila.

Amigas. Notó un nudo en la garganta y asintió de vuelta. Hacía mucho que no tenía amigas. La mayoría de ellas se habían casado con muchachos de otros pueblos y la dejaron atrás. Aunque la idea de que Oda viese dónde vivía la hubiese llenado de pánico hacía solo unas horas, estaba demasiado cansada para preocuparse por nimiedades. Y no quería separarse de su nueva amiga, no aún. Siguieron andando hasta que los edificios de ladrillo rojo de la Albufera señalaron que se acercaban a su destino. Dio un pequeño salto para evitar un charco de barro. Pese a todo, sintió la necesidad de excusarse.

—Ya… ya hemos llegado. No es un barrio muy bonito.

—A mí me parece precioso. —Señaló hacia la ropa tendida en los balcones—. Está muy vivo.

«¿Precioso? Qué gustos tan extraños tienen las extranjeras», se dijo a sí misma.

Oda se detuvo cuando se acercaron a la plaza.

—Deberías seguir tú sola. Tus vecinas hablarán si te ven llegar junto a «la sirena danesa». La gente tendrá miedo cuando se extienda la noticia y buscarán a alguien a quien culpar.

Sonsoles suspiró, agotada, y se abrazó a sí misma.

¿Cómo iban a detener al responsable si, al parecer, el teniente coronel de la Guardia Civil estaba más preocupado por los trapos sucios de su suegra que por encontrar al asesino? Un trabajador de

las salinas, un camarero y un melenas que huyó a Madrid no eran lo bastante importantes para perturbar a Juan Arias.

—Ten cuidado al volver. No quedarán taxis en la calle a estas horas. Hay un piso vacío justo debajo del mío, a lo mejor…

—Sin duda, a tus vecinos les encantaría verme saliendo de allí por la mañana —bromeó—. Puedo cuidar de mí misma; además de nadar, se me da bien correr. Pero gracias por preocuparte.

Le inquietaba que alguien pudiese hacerle daño, ya fuese el asesino que seguía suelto o cualquier hombre demasiado lujurioso, pero eso no era todo. Oda no pegaría ojo esa noche después de lo que había experimentado. En cuanto se tumbase en la cama, los detalles que había pasado por alto en el momento la abrumarían de golpe: el olor metálico de la sangre, su calor, las convulsiones musculares, los quejidos ahogados. Volvería a examinarlos una y otra vez, los diseccionaría en un intento por comprender qué había pasado. Los peores horrores se tomaban su tiempo para hacerse un hueco en tu mente y tu corazón, y después no había forma de echarlos. Aunque los primeros días eran los peores. Lo sabía bien. Pero al menos ella había tenido a Rocío a su lado cuando se echaba a llorar de la nada o se despertaba sudando tras una pesadilla.

No pudo reprimir el impulso. Se puso de puntillas y abrazó a Oda. La estrechó con ímpetu, rodeando su espalda con las manos, apretando todo su cuerpo contra ella para hacerle saber que estaba ahí. Que podía contar con ella. Oda le devolvió el gesto en silencio. Pese a sus esfuerzos por mostrarse fuerte y serena, estaba temblando. Permanecieron así, en silencio, durante un largo rato, acomodando sus cuerpos y sus energías por igual, hasta que se reconfortaron la una a la otra. Allí donde Sonsoles era ruda y

tempestuosa, la danesa resultó suave y elegante, como de costumbre.

—Gracias —le susurró al oído, y su acento cantarín le hizo cosquillas en la piel—. Siento que esta noche no haya sido como te prometí.

Se separaron lentamente y Sonsoles se azoró al comprender que se había tomado demasiadas confianzas con la extranjera. Por suerte, a Oda no pareció importarle. Se despidieron con la promesa mutua de andarse con cuidado. Sonsoles se quedó mirando su figura de espaldas mientras se marchaba: los pasos largos y seguros hacían que pareciese que levitaba. «Puede que en breve despierte en mi cama y descubra que todo esto solo ha sido un sueño sin sentido», se dijo. Olfateó en sí misma el dulce olor a almendras y flor de jazmín que desprendían el pelo y la piel de Oda. No. Todo había sido real. Aunque aquel aroma no pudiese borrar del todo la peste de la sangre y la bilis en su memoria. Cruzó la plaza hasta el portal y subió seis tramos de escaleras hasta su casa, repasando mentalmente la historia que debía inventar.

En su imaginación, Antonio y Toño la esperaban en el salón, ahogados por la preocupación. Sin embargo, cuando abrió la puerta del piso se encontró con las luces apagadas. Tan solo la recibieron los ronquidos de Antonio, profundamente dormido en la habitación. «¿Qué esperabas? No es tu marido de verdad, solo tu cuñado». Aun así, se sintió ridícula y triste. No tenía a nadie que la esperase con emoción cuando llegaba de vuelta a casa, ni que se preocupase hasta perder el sueño por si le había ocurrido una desgracia. Se asomó a la estrecha terraza y, quizá fuera su imaginación, pero juró que aún podía ver el vestido blanco de Oda bajo las farolas en la

distancia. Puede que no tuviera una familia propia, una que no hubiese robado, pero al menos, a partir de esa noche, tendría una amiga.

18

Salva corrió hacia ella cuando comenzó su jornada y le preguntó si podía coserle un disfraz de pirata como el que aparecía en el tebeo que Toñito le había prestado. Sonsoles le acarició la melena clara y le dijo que sería pan comido. No podía negarle nada a ese chiquillo después de averiguar que su padre le veía como poco más que una moneda de cambio para garantizar sus propios intereses. Cada vez que recordaba la conversación en la gélida sala de interrogatorios se le revolvía el estómago.

—¿Que… que no es su hijo? ¿Quiere decir que Alba es una… adúltera? —se atrevió a preguntar con la boca chica y la voz muy baja.

Ante su pregunta, el hombre respondió con una risotada.

—Lo dudo mucho. Por lo que yo sé, esa mujer es tan pura como la Virgen María. Y, desde luego, nunca ha estado embarazada. Su madre le entregó sin ninguna explicación a Salvador cuando nosotros llevábamos seis meses casados y nos dijo que desde ese día era nuestro hijo carnal y que nadie debía ponerlo en duda, ni siquiera nosotros. Alba sale tan poco a la calle que nadie puso en duda que lo hubiese parido.

—Entonces… ¿por qué quiere saberlo?

—Eso no es asunto tuyo, ratoncita. Limítate a hacer lo que te mandan.

«Mi pobre niño. ¿Habrá alguien ahí fuera echándote de menos, preguntándose dónde estás?», pensaba mientras Salva le hablaba sobre la función escolar que daría inicio al curso en septiembre. Los alumnos del colegio iban a interpretar una melodía tradicional valenciana. Como celebraban el bicentenario de *Los cuentos de sal* les habían dado permiso para ir disfrazados de motivos relacionados con el mar. Nadie se había atrevido a insinuar que pudiese ser una especie de carnaval, prohibido por el régimen, sino que se hablaba de una inocente función teatral.

Sonsoles pidió permiso a la señora de Vargas para comprar las telas y, en cuanto nombró al maestro Brahe, su patrona le dio unas cuantas monedas de un duro para que se encargara de complacer al niño. La joven le tomó las medidas y comenzó a trabajar en una camisa a rayas y unos pantalones negros como los del personaje del famoso tebeo, aunque no estaba segura de que los piratas reales vistiesen así. También planeaba hacerle una bandana para que pudiera cubrirse la cabeza y un parche falso para el ojo. En cuanto Toño se enteró, le suplicó que hiciese un disfraz a juego para él y Sonsoles decidió que no pasaría nada por aprovechar los retales que le sobrasen. Cortaba y cosía cuando tenía ratos libres en el palacete, que no eran demasiados entre atender a los niños mientras jugaban y hacerse cargo de las tareas pendientes. A sus responsabilidades habituales se sumaba ahora la de espiar para Juan Arias, aunque la única diferencia en su rutina previa era que tenía que obligarse a memorizar los pequeños detalles del día a día de los Vargas, y que sentía punzadas de culpa y taquicardias provocadas por el temor

continuo a que la descubrieran. Intentó subir un par de veces a la planta de arriba con el pretexto de que allí había más luz para coser, pero Alba, que la vigilaba con aún más esmero desde el incidente en la biblioteca, se lo prohibió terminantemente. El teniente coronel cumplió su promesa de llamarla cada noche. Ella se inventaba alguna excusa para quedarse despierta hasta algo más tarde, normalmente decía que quería seguir avanzando con su lectura de *Los cuentos de sal*, y se sentaba muy cerca del teléfono para cogerlo al primer timbrazo, antes de que despertase a Antonio y al niño.

—La señora de Vargas ha ido a la oficina y ha tenido una reunión con sus abogados. Después creo que se ha acercado a las salinas.

Lo primero lo sabía porque la había oído hablar con Alba antes de marcharse; lo segundo, porque se lo sonsacó a Antonio.

—¿Y qué? Eso no me sirve —protestó el hombre.

—No tengo nada más que contar —se defendió ella.

—Por supuesto que lo hay. Esfuérzate más o llamaré a tu amiga a declarar al cuartel. Las masas están sedientas de un culpable y yo puedo dárselo, recuérdalo.

Tal y como cabía esperar, el asesinato de Ricardo había sacudido a todos los ciudadanos de Fontanada: desde los migrantes de los barrios más modestos hasta la clase alta de la colina, de los ancianos que refunfuñaban al escuchar esa horrible música rock a los jóvenes que bailaban a su ritmo. Lo que más perturbaba a todos de aquel crimen era que no encajaba con el patrón de las víctimas hasta el momento. A pesar de su aspecto moderno y algo desaliñado, Ricardo era el hijo de un importante terrateniente, dueño de numerosos naranjales de la comarca. Un chico de buena familia.

El único nexo que encontraron entre los tres asesinados era el Ye-yé, así que la Guardia Civil lo cerró y acordonó mientras investigaba los casos. Los jóvenes de la ciudad protestaron porque aún imperaba la mentalidad de que, por peligroso que fuese el asesino, «no tenía por qué tocarles a ellos». Los padres de los muchachos, en cambio, empezaban a pensar de otro modo. Por primera vez era a sus hijos varones y no a sus hijas a quienes les pedían insistentemente antes de salir de casa que tuvieran cuidado; a muchos les impusieron toques de queda e incluso les prohibieron salir de noche por completo. El mocerío, poco acostumbrado a perder su preciada aunque limitada libertad, encontraba de todos modos la forma de escabullirse. No tenían miedo. Ellos eran buenos chicos, no se meterían en problemas más allá de beber un par de copas o acariciar las piernas de alguna muchacha por debajo de la falda.

Daniel Vargas era uno de esos jóvenes optimistas e incautos. Había pasado una semana encerrado en su habitación después del funeral de Ricardo, pero al final había decidido sobrellevar el luto por su viejo amigo homenajeando su forma alegre de exprimir la juventud sin pararse a pensar demasiado en las consecuencias. La vida era corta y podía terminar en cualquier momento: esa fue la lección que aprendió. De manera que un día salió de su cuarto vestido con un bañador, una camisa blanca y unas gafas de sol, le tendió la mano a Sonsoles y afirmó con decisión:

—Hoy iremos a la playa y alquilaremos una barcaza. Os esperaré veinte minutos mientras os preparáis.

Caminó hacia la salida, sin darle la opción de negarse, y se sentó en los escalones del palacete para broncearse la piel mientras

esperaba.

Sonsoles pensó en ignorarle, pero las regulares llamadas de Arias empezaban a quitarle el sueño por las noches; hasta creía oír el timbre del teléfono mientras hacía tareas mundanas y solo se escuchaba el silencio. Necesitaba algo que contarle, aunque fuera que Daniel Vargas había salido a navegar porque no temía a la muerte. Por otro lado, la invadía la culpa por no haberle contado que habían sido Oda y ella quienes habían encontrado a su amigo, y no se sentía capaz de negarle un día feliz.

Pidió permiso a Alba, que estaba teniendo un buen día y leía tumbada en el salón, para llevar a los niños a la playa. La mujer la despachó con un aspaviento.

—Me alegra que mi hermano no siga llorando por ese alborotador. Haz lo que quieras, solo asegúrate de que Salva no se quema con el sol. Tiene la piel muy delicada y, en cuanto se sonroja un poco, mi madre se pone de los nervios.

Ella asintió y anunció a los niños que pasarían la tarde en la playa. Al principio, ambos intercambiaron miradas de nerviosismo. Aún no habían olvidado lo que habían visto entre las rocas.

—Navegaremos en un barco, Daniel lo ha prometido —dijo ella para animarlos.

—¿Un barco pirata? —preguntó Toño, conteniendo la emoción.

Sonsoles se agachó para poder hablar cara a cara con ellos.

—¡Por supuesto! El barco más temido de los siete mares, ¡el Coral Escarlata! —dijo refiriéndose al navío de uno de *Los cuentos de sal*.

Aquello bastó para que se apresurasen a recoger sus cosas. En cuanto estuvieron listos y bien untados en crema solar, se reunieron

con Daniel y caminaron hacia la costa. Sonsoles se pasó todo el camino preguntándose en silencio si Oda los acompañaría. No había vuelto a verla desde la noche del asesinato y, aunque se preguntaba a menudo si estaba bien, no se atrevía a pedirle a Daniel su teléfono para llamarla. La encontraron en el muelle, negociando la tarifa por el alquiler de un par de horas, junto una pequeña flota de barcazas motorizadas, pintadas de color blanco y azul. Estaba tan radiante como siempre, aunque en esa ocasión se había cubierto parte de la melena dorada con un pañuelo y se protegía los ojos con unas gafas de sol blancas cuya montura acababa en puntas. Daniel se apresuró a reunirse con ella y pagó al hombre la cantidad que pedía, pese a las protestas de Oda de que aún podía haber regateado un poco más. Daniel le recordó que a los Vargas no les preocupaba el dinero y le rodeó los hombros con el brazo.

—Perfecto, ya tenemos a los piratas y el barco. Solo nos falta avistar una sirena.

—¿Piratas? —preguntó Oda divertida.

—Sí, yo soy el capitán Ojo de Tiburón, capaz de ver a siete leguas de distancia —anunció con orgullo.

Ambos niños protestaron porque se hubiese autoproclamado capitán sin consultarlo siquiera con el resto de la tripulación.

Sonsoles sonrió. No solo Salva se estaba beneficiando de las tardes que pasaban jugando, compartiendo tebeos y dibujando juntos para inventar historias, sino que Toño también había recobrado parte de la ilusión infantil que se había apagado tras perder a su madre. Ya no protestaba diciendo que las sirenas no existían, sino que estaba dispuesto a dejarse llevar por la magia del cuento.

—Tendréis que abatirme en un duelo si queréis mi puesto.

Daniel alzó la mano en el aire como si empuñase una espada invisible y fingió combatir contra ambos niños. Oda puso los ojos en blanco.

—Parece que somos madres adoptivas de tres niños.

Se subió a la barcaza la primera, presumiendo de agilidad, y se giró para tenderle la mano. Sonsoles aceptó la ayuda y la agradeció cuando la pequeña embarcación se tambaleó ante su peso. No se esperaba el ímpetu de la sacudida, así que habría caído al agua si Oda no la hubiese agarrado por la cintura.

—Cuidado… Imagino que tardarás un poco en acostumbrarte. ¿Te mareas? —preguntó mientras la ayudaba a sentarse.

—No… no estoy segura.

Oda amenazó a Daniel y a los niños con dejarlos tirados en tierra firme si no se subían a la barcaza de una vez. Tras un acalorado combate, el hombre fingió que le abatían y se desplomó sobre el suelo de una forma tan falsa y lamentable que los hizo reír a todos.

—Muerto soy. Llevad mi cuerpo a alta mar y lanzadlo a las aguas, es mi última voluntad.

Oda se inclinó para darle una torta en la frente.

—No bromees con esas cosas. Vamos o no llegaremos nunca a Rocablanca.

—¿Rocablanca? —preguntó Sonsoles sorprendida—. Creía que era peligroso acercarse.

Oda se inclinó hacia Sonsoles para susurrar:

—No te preocupes, es casi imposible llegar ahí. La corriente forma remolinos y el motor de este barquito de juguete no tiene potencia suficiente.

—Entonces ¿por qué lo intentamos? —preguntó confusa.

—Mencionar Rocablanca siempre emociona a los niños. Y cuando digo «niños», me refiero a Daniel.

—Allá vamos. ¡Agarraos fuerte! —anunció él.

El joven Vargas puso en marcha el motor y Sonsoles se aferró de un asidero por la impresión. Había visto las embarcaciones desde la playa y sabía la velocidad que podían alcanzar, pero experimentarlo era muy diferente a como lo había imaginado. La lancha cortaba las olas y daba pequeños botes sobre el agua haciendo que los niños riesen por la emoción, a la vez que les salpicaban gotitas saladas en el rostro y la piel. El estómago de Sonsoles empezó a dar vueltas sobre sí mismo, o al menos así lo sentía ella, y también comprendió por qué Oda se había puesto un pañuelo. El viento marino había desbaratado por completo su melena oscura en cuestión de minutos. Pese a lo caótico de la situación, no pudo evitar sonreír de oreja a oreja. Tenía que reconocerle algo a Daniel: navegar era divertido.

Mientras tanto, el islote se volvía cada vez más grande en el horizonte. Lo que desde la costa parecía un bulto verdoso y blanquecino se iba transformando en nítidos acantilados de piedra caliza y arbustos y hierbajos amarillentos, secos por el calor. Si llegaban hasta él tendrían que rodearlo en busca de una cala por la que acceder; sin embargo, todavía se encontraban a un kilómetro de distancia cuando la velocidad a la que avanzaban se redujo.

—¡Déjalo, Daniel! La corriente es demasiado fuerte —le advirtió Oda, pero el joven al timón parecía empecinado en vencer a los elementos.

Aun así, el mar no tardó en ganarle la partida. Aumentó la potencia al máximo y por un momento pareció que iban a

conseguirlo; sin embargo, el motor empezó a repiquetear hasta que se detuvo sin previo aviso.

—¿Qué narices pasa? —protestó Daniel. Se puso en pie y cruzó la barcaza hacia el motor. Como no sabía nada de mecánica, la única solución que se le ocurrió fue asestarle varios golpes secos—. Funciona, maldita sea. ¡Vamos! ¿Es que nos han estafado?

La corriente arrastró la barca hacia atrás poco a poco y fue alejándolos de Rocablanca hasta que quedaron casi inmóviles, a excepción del vaivén que hacían las olas.

—Más bien eres tú el que ha echado a perder la barca de otro por forzar el motor. Te dije que parases —le regañó Oda, que puso los ojos en blanco.

—Ah, ¿así que es culpa mía entonces? —Se cruzó de brazos, aunque su enfado no era muy convincente.

—No te preocupes, tío Daniel —trató de consolarle Salva—. Es la maldición de Rocablanca.

El joven rio ante la seriedad con la que su sobrino hablaba de aquellos cuentos de hadas un tanto macabros.

—¿De verdad? No me puedo creer que los chicos de hoy en día sigáis contando esas historias. Por desgracia, con maldición o sin ella, parece que estamos atrapados. Y si no vienen a salvarnos… ¡Tendremos que comernos a los niños!

Les hizo cosquillas a modo de ataque sorpresa y ellos rieron y patalearon para defenderse.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Sonsoles, que parecía la única preocupada.

—Esperar a que acudan en nuestro rescate —dijo Daniel, mientras se acomodaba en su asiento y hurgaba en la cesta que

Sonsoles había preparado para la merienda—. Tenemos provisiones para un par de días antes de zamparnos a Salva y a Toño. ¡Y entretenimiento! ¿Todavía lo estás leyendo? —Sonsoles se azoró al ver el ejemplar de *Los cuentos de sal* que el señorito le había regalado. Lo llevaba siempre entre el palacete y su casa, así que lo había guardado junto con los bizcochos y las piezas de fruta sin pensar en ello—. ¡Niños! ¿Qué os parece si os leo un cuento?

—¡«El barco de los muertos»! —pidió Toño sin pensárselo dos veces.

—Ese es muy raro… —confesó Salva, a quien en realidad le daban miedo las historias de fantasmas.

—¿Qué os parece si os leo mi favorito? «La laguna de las sirenas». —Le guiñó un ojo a Oda, pero los niños protestaron aburridos.

Preferían, sin duda, los cuentos de piratas y aventuras. Pero Daniel ignoró sus quejas y en cuanto empezó a leer con un tono apasionado, tal y como si estuviese viendo ante sus ojos la escena que describía, los niños quedaron hipnotizados.

19

Es sabido que el hombre teme a las profundidades del mar, oscuro y misterioso, pero en su superficie, allí donde brilla la luz de la luna y el sol, habitan algunas de sus más bellas y temibles criaturas. Hace mucho tiempo se alzaba en mitad de una bahía una enorme roca, blanca y escarpada como los dientes de un bebé, donde existía una laguna cuya agua era del mismo color de los zafiros. En tan recóndito paraje vivían las sirenas del mar cálido.

Sus escamas eran tan brillantes que resplandecían bajo el mar incluso de noche, y su piel y su cabello se habían teñido de un hermoso color dorado gracias a las continuas caricias del sol. Su belleza tan solo era comparable a la de los ángeles. Pero todo cuanto es puro y hermoso despierta los deseos más perversos. Se decía que quien bebiese de las aguas azules, que protegían con tanto esmero, hallaría un terrible destino o recibiría un don sin parangón. Algunos pensaban que se trataba de la juventud eterna; otros, del poder de tornar cuanto quisieses en oro. De manera que, para defenderse de los hombres y su codicia, las sirenas se habían vuelto tan desconfiadas que no permitían que ningún navío se acercase a su morada. Así pues, todos los barcos que se aproximasen a Rocablanca habían de naufragar o encallar.

Los habitantes del pueblo más cercano lo sabían bien, por lo que no les interesaban los posibles tesoros y secretos de la laguna azul. Se conformaban con secar la sal del agua y pescar junto a la orilla. También se encargaban de advertirles a los forasteros que no se acercasen al mar de noche y que jamás tratasen de llegar hasta la isla; sin embargo, el príncipe de un lejano reino escuchó hablar de aquella roca donde ningún hombre había puesto un pie y decidió aceptar el imposible desafío. Mandó construir un barco de la madera más dura y fuerte que existiese y reunió a la tripulación más experimentada y valerosa. Una audaz y joven sirena se acercó a observar la construcción y advirtió a sus hermanas de que no podrían detener aquel navío. La única forma de impedir que invadiesen su isla y profanasen su laguna era que el barco nunca llegase a navegar. Así que bebió el agua azul y rogó a la luna y al sol, durante un día y una noche al completo, y los astros escucharon sus plegarias. No deseaba riquezas ni belleza o vida eterna, por lo que les conmovió la honestidad y pureza de sus deseos. El sol fue el primero en hablarle:

—El príncipe solo se detendrá si encuentra una esposa. Ella podrá convencerle de que se quede en tierra a su lado. Pero una sirena no puede desposarse con un humano —advirtió.

—Entonces dadme un par de piernas. Os entregaré lo que pidáis.

—Tomaré el brillo de tus escamas, pero solo me servirán mientras tu alma permanezca pura. Si haces verter una sola gota de sangre en tierra firme, perderán su luz —dijo la luna.

Igual que sus hermanas sirenas, había seducido a centenares de marineros y los había arrastrado al fondo del océano, donde hallaron

un final agridulce, pero como mujer tendría que comportarse con bondad y compasión.

—Yo tomaré el dorado de tu cabello y tu piel, pues ahí se halla el calor de mis rayos —dijo el sol.

Su pelo se tornó negro como el carbón, y su piel tan pálida y fría que habría pasado por muerta.

—El color de mi pelo y mi piel no me importan, pero moriré helada si salgo del agua —protestó la sirena ante su nuevo y frágil cuerpo.

—El mar es lo bastante cálido para calentar tu sangre durante un año. Vuelve a él una vez en el solsticio de verano, pues es el día más largo y cuando más grande es mi poder —ofreció el sol, que sentía pena por la pobre sirena, obligada a dejar atrás cuanto conocía.

La sirena aceptó el pacto, convencida de que podría cumplir con las dos sencillas condiciones. A cambio recibió un par de pálidas y largas piernas.

Cuando salió del agua por primera vez, el príncipe fue el primero en encontrarla tendida en la arena, tumbada sobre aquella piel que aún no sabía cómo habitar. Pero el príncipe no reparó en su torpeza al moverse. Se enamoró en el acto de su hermoso rostro de porcelana y de su cabello negro como las profundidades del mar. Le pidió matrimonio allí mismo, y ella aceptó a cambio de que destruyese su barco y de que alzase un castillo junto al mar en su lugar. El príncipe cumplió con su promesa con tal de convertirla en suya y mandó construir un castillo de arena y sal para su prometida; así, ella podría regresar al mar una vez al año. Se casaron y el príncipe empezó a soñar con tener un hijo agraciado con la belleza de su madre y la valentía de su padre. La sirena también anhelaba

que llegara ese día, pues se sentía sola tan lejos de su hogar. Sin embargo, pasaron dos lustros y su deseo no llegó a cumplirse, hasta que una noche la luna se asomó a su ventana y la bendijo.

—Durante diez años me he vestido con el resplandor de tus escamas y por eso alumbrarás un niño dentro de diez lunas.

El príncipe recibió la noticia con una inmensa alegría, pero también con recelo. Si habían tardado diez años en conseguir el favor de la luna, quizá no volverían a lograrlo. Encerró a la sirena en una alta torre con vistas al mar y la obligó a guardar cama para que su heredero no sufriese daño alguno. Llegó el día del solsticio y la sirena se preparó para bajar hasta el mar y cumplir con la promesa que hizo al sol. Esa tarde, el mar estaba embravecido, y el príncipe se interpuso en su camino.

—Es demasiado peligroso que te bañes hoy. ¿Qué será de mi hijo si las olas te arrastran mar adentro?

—Si no me sumerjo en el mar cálido, moriremos los dos —trató de advertirle, pero el príncipe, cegado por el miedo y el ansia de conseguir por fin un heredero para su reino, cerró a cal y canto las puertas de la torre.

El solsticio de verano pasó y ella incumplió el pacto por primera vez. Sin el calor del sol, su piel fue congelándose poco a poco, y todo su cuerpo se volvió más y más frío. Las sirvientas cubrían su cuerpo con numerosas capas de mantas, encendían la chimenea y le remojaban la frente y las manos con paños recién hervidos, pero nada lograba hacer que entrara en calor.

El verano pasó de largo y llegaron los primeros días de otoño.

—El frío alcanzará al bebé si no hago algo para impedirlo —dijo a una de sus sirvientas—. Toma las joyas que me ha regalado mi

esposo todos estos años, pues la vida de mi hijo vale más, y deja que me marche.

La criada aceptó el soborno, y la sirena, sin casi fuerzas, se arrastró hasta la playa. Se metió en el agua y llamó al sol a gritos, desesperada.

—¡Me he demorado! ¡Pero estoy aquí! ¡Caliéntame con tu luz!

El sol observó a la sirena, lleno de pesar.

—Es demasiado tarde, estoy muy lejos para llegar a ti. Pero hay una forma en la que puedes calentar tu cuerpo de sirena y vivir.

—¿Cuál? Haré lo que sea.

—Debes bañarte en la sangre ardiente de un humano.

La sirena salió del agua, horrorizada por la petición. Ella ya no era una cruel sirena, sino una bondadosa mujer de tierra firme. La luna le había prohibido verter una sola gota de sangre y el sol le pedía ahora que lo hiciera. ¿A quién debía escuchar? Mientras trataba de tomar una decisión, su esposo descubrió la huida de la princesa y llegó hasta la playa. Al comprender que podía perder a su hijo y a su esposa, el príncipe se puso de rodillas.

—Amada mía, ¿acaso mi cariño no es suficiente para ti? ¿No destruí mi barco como pediste? ¿No te regalé un castillo? ¿No sembré un hijo en tu vientre?

—Ninguno de tus regalos me sirven si he de morir por ellos —respondió la sirena.

—¿Qué debo hacer entonces? ¿Qué más te puedo entregar?

—Tu vida —pidió la sirena.

En lugar de dársela, el príncipe, que había crecido con una corona de plata sobre la cabeza, decidió tomar lo que era suyo. Desenvainó la espada e intentó abrir el vientre de la sirena para

tomar al bebé y dejarla morir. El sol, enfurecido, brilló con tanto ímpetu que cegó al príncipe. La sirena tomó así la espada y la hundió en el corazón de su amado.

Lloró mientras se empapaba con la sangre de su esposo y, en el mismo instante en que sus manos se tiñeron de rojo, el calor recorrió todo su cuerpo. En la arena de la playa dio a luz a un hermoso y perfecto niño, salvo porque su piel era del mismo color azul que la laguna. La noche cayó sobre ella, y la luna nueva, que ya no brillaba por culpa de sus escamas deslucidas, le arrebató las piernas.

—Toma tu cola de vuelta, pues ahora que ha perdido su brillo, ya no me sirve de nada. Regresa al mar, húndete en las profundidades del océano, tan frías como tu piel, tan oscuras como tu cabello, y no vuelvas a la superficie. Ya has comprobado que no hay nada para una sirena como tú en el mundo de los hombres.

El sol suspiró apenado.

—Pobre sirena, quiso cambiar quien era, pero no pudo huir de su verdadera naturaleza.

La sirena aceptó su destino y, convertida en monstruo, desapareció para siempre.

Al amanecer, un grupo de pescadores encontró al niño en la playa y lo adoptaron como suyo. Donde antes había estado el castillo encontraron solo una montaña de sal, que vendieron para comprarle una cuna al pequeño, al que llamaron Zafiro. Aunque fuera diferente al resto de los muchachos, y aunque veces creyese oír como el sol y la luna le llamaban desde el firmamento, fue feliz y se mantuvo alejado del mar cálido que tanta tristeza le provocaba otear, aunque nunca supiese el porqué.

Daniel terminó de narrar la historia y se hizo un silencio tan grande que llenó el barco. Sonsoles nunca había leído el cuento entero y, al escuchar el amargo final, se le hizo un nudo en la garganta que no le permitió ni hablar ni tragar saliva.

—¿Y les leéis esto a los niños? Tendrán pesadillas —observó Oda —. Aunque tomo nota de la moraleja: una mujer nunca debería casarse.

—Me partes el corazón.

Daniel fingió que le dolía el pecho, agarrándose la camisa blanca con la mano.

—Es un cuento aburrido —protestó Toño—. No hay tesoros ni aventuras, y el sol y la luna no pueden hablar. Es una tontería…

El niño enmudeció de golpe y su semblante se quedó pálido. Se incorporó de un salto y señaló tras ellos, entre las rocas cercanas al islote.

—¡Mirad! ¡Es una sirena!

Todos se volvieron en la dirección a la que apuntaba su dedo, pero solo vieron las aguas agitadas que volvían intransitable esa parte de la bahía.

—¡Tapaos los oídos! Que no os seduzcan con sus cantos malignos —ordenó Daniel, entonando sus frases de esa forma dramática que empleaba para interpretar al capitán Ojo de Tiburón.

En lugar de continuar con el juego, Toño arrugó los labios en un mohín.

—Juro que había una sirena.

Daniel le revolvió el pelo oscuro.

—Es verdad que no tenía que haberos leído el cuento, sois demasiado pequeños. Tranquilo, ninguna sirena malvada vendrá a

por ti.

—¡Lo digo en serio! He visto cómo su cola desaparecía bajo el agua.

Miró a Salva en busca de algo de apoyo y el niño asintió con decisión únicamente por no dejar solo a su compañero.

—¿Seguro que no era una lubina? —sugirió Sonsoles.

No pretendía burlarse de él, pero el niño le lanzó una mirada dolida, como si acabase de traicionarle.

—Sé lo que he visto… —respondió enfurruñado, y su tía le dio un par de golpecitos en el hombro para consolarle.

—Es normal confundirse. Hay peces muy grandes en el mar, ¿verdad?

—Peces enormes —dijo Daniel, extendiendo los brazos para mostrar su tamaño—. Tan grandes que podrían… ¡comerse a un niño!

Salva rio cuando su tío le alzó por los aires y fingió que le arrojaba al agua.

—Los peces no comen niños —recordó Toño, que parecía haber recobrado su férreo sentido común de golpe.

—¿No me crees? Entonces no te dará miedo tirarte al agua —le desafió.

El niño dudó un segundo, pero acabó por negar con la cabeza. Daniel se quitó la camisa y las chanclas y exclamó:

—¡El último es más feo que un jurel! —dijo justo antes de lanzarse al mar de cabeza.

Salva y Toño le siguieron, peleándose por ser los primeros en saltar.

—¡Toño! ¡Ten cuidado! —exclamó Sonsoles.

La mera idea de sumergirse bajo las profundas aguas del océano la aterrorizaba, pero su sobrino no iba a dejar que le arruinase la diversión. Nadó de vuelta a la superficie y pataleó en el agua salada. Alzó un brazo para saludarla. Estaba tan tensa que se sobresaltó cuando Oda se sentó junto a ella.

—Tranquila, Daniel no dejará que se alejen mucho del barco. Y tenemos un par de estos. —Dio una patadita con el pie a unos salvavidas de corcho pintados de naranja—. ¿Y tú? ¿No te bañas?

—Es que… no me apetece mucho —dijo. Le avergonzaba admitir que no sabía nadar—. ¿Y tú?

—Prefiero darme un chapuzón temprano por las mañanas. El agua está más fría y apenas hay gente en la playa. A partir de las doce, el Mediterráneo parece una sopa. Y el sol empieza a quemar —bromeó, pero su sonrisa se desvaneció al ver que Sonsoles parecía estar en otro mundo—. ¿Te encuentras bien?

Ella asintió sin demasiada convicción.

—Esa historia… me ha hecho pensar en mi hermana. Le encantaban los cuentos. Murió hace algún tiempo, pero aún no me acostumbro.

Oda le acarició el brazo para confortarla y fue dejando un rastro de vellos erizados a su paso.

—Te comprendo. Perdí a mi madre hace seis años y sigo pensando en llamarla por teléfono cuando como algo delicioso o veo un paisaje hermoso. Por eso a veces me gusta hablar con ella cuando estoy sola. Quién sabe, quizá pueda oírme.

¿Qué pensaría Rocío de su vida en Fontanada? Se lo había preguntado mil veces, tantas como las ocasiones en que había deseado pedirle consejo. ¿Debía alejarse de Daniel y Oda aunque

lograsen atraerla una y otra vez a sus redes? ¿Era una cobarde por aceptar las condiciones de Arias o solo trataba de salvar el pellejo como haría cualquier hijo de vecino? Rocío se daba cuenta a menudo de los verdaderos deseos y temores de su hermana antes que ella misma, hasta el punto de que no necesitaban palabras para comprenderse. Pero ya no quedaba nadie en el mundo que la conociese tan bien.

Sin previo aviso, sus ojos se humedecieron y se le escaparon un par de lágrimas rebeldes. Oda la rodeó con el brazo, tapándola de modo que los chicos no pudiesen ver su momento de debilidad. Se secó los ojos tan rápido como pudo.

—Lo… lo siento. Qué tonta. No sé qué me ha pasado.

—Será así durante un tiempo. No te juzgues por ello y deja que pase. —Alzó el pulgar para secarle las lágrimas que aún le quedaban en la mejilla—. Tienes los mofletes colorados. Pensé que con ese bonito color español tuyo no te quemarías, pero el sol de Fontanada pega fuerte. ¿Quieres un poco de protector solar?

Sacó un bote de crema azul de su bolso, pero, antes de que pudiese aceptarlo, el barco se sacudió y las manos empapadas de Daniel aparecieron debajo del agua. Tomó impulso para subirse a bordo y, una vez que recobró el equilibrio, lanzó el salvavidas naranja al agua, cerca de los niños, que jugaban a perseguirse por turnos mientras uno de los dos fingía ser un tiburón.

—¡El agua es muy profunda, agarraos aquí si os cansáis! ¡Y nada de hacer tonterías ni de jugar a ver quién es más valiente! —dijo, se secó el cuerpo, atlético y bronceado, con la toalla para después tomar asiento entre ambas.

—Qué pena no haber traído bebida, un buen champán sentaría fenomenal en mitad del mar.

—¿Tan pronto te aburres que necesitas beber? —sugirió Oda.

—¿En esta ciudad? Tendría que estar siempre borracho para soportarla.

Ella suspiró.

—Puede que la sirena consiguiese convertirse en humana, pero tú, Daniel Vargas, no cambiarías ni aunque te bañases en esa laguna azul.

—Empiezas a sonar como mi señora madre, solo te falta decir que «soy incorregible». Ni que fuera algo especial; la gente no cambia, solo va a peor…

—No te va bien ser tan cínico, es muy aburrido.

La danesa fingió un bostezo y comenzó a aplicarse protector solar en los brazos.

—Que decida Sol cuál de los dos tiene razón —ofreció Daniel.

La súbita atención que centraron sobre ella hizo que se sobresaltase en su asiento.

Pensó en Teresa, en Paula, en los amigos de Ricardo. Todos ellos habían defendido que esos chicos, cada uno con sus problemas, habían cambiado su comportamiento en las últimas semanas o meses, pero ¿significaba eso que su interior era distinto? ¿Podrían haber mantenido esas transformaciones si no les hubiesen arrebatado la vida que tenían por delante hasta convertirse en nuevas personas? No tenía la respuesta. Aunque sí podía observarse a sí misma. Sol. Sonsoles. Parecía que dos personas diferentes habitasen en su interior, aunque tal vez no se debiese a que estaba cambiando, sino a que solo una de las dos era la real.

—Me parece que el señorito está demasiado ocioso si le sobra tiempo para pensar en cosas que no llevan a nada. Quizá pueda ayudarme con la colada la próxima vez.

Su mordaz comentario hizo que Oda riese a carcajadas y Daniel se cruzó de brazos.

—Por más que insista, no dejarás de hablarme de usted… Así que significa que tengo razón.

—Si usted lo dice, así será. —Iba a añadir algo más cuando la lancha pegó una sacudida que les balanceó de un lado a otro. Pese a estar sentada, se agarró a los bordes por puro instinto—. ¿Qué ha sido eso?

—¿Estáis bien? —preguntó Daniel, que trató de bromear una vez que hubo comprobado que nadie se había hecho daño—. Sí que son grandes los peces, ¿eh? Eso era por lo menos un atún.

A su lado, Oda no parecía en absoluto divertida.

—Deberíamos volver a la costa. Estamos muy cerca de Rocablanca. Podríamos acabar atrapados en una corriente si no tenemos cuidado.

Sonsoles miró hacia los niños para asegurarse de que estaban bien. Para su alivio, seguían jugando a unos cuantos metros de distancia, sin percance alguno.

—A ver si el motor se ha enfriado… —dijo Daniel mientras trataba de encenderlo de nuevo, sin resultado—. ¿Y ahora qué? ¿Remamos con los brazos?

—Ahí hay otra barca. —Sonsoles señaló hacia una barcaza de recreo que había procurado mantener las distancias con el islote, dando por supuesta la maldición que echaba a pique todos los

navíos que osaban acercarse a él—. Podríamos hacerles señales para que nos ayuden.

La nana se puso en pie y comenzó a hacer gestos agitando los brazos. Había tenido suficiente «diversión en el mar» para su gusto y empezaba a añorar la tierra firme bajo los pies.

—Ten cuidado —advirtió Oda—. Parece que las mareas están picándose.

Tan pronto como llegó la advertencia, la lancha pegó una sacudida que hizo perder el equilibrio a Sonsoles y caer de bruces en el agua. Y puede que el mar de Fontanada fuese cálido, pero también era oscuro. Las aguas agitadas por las corrientes hacían que estuviese repleta de sedimentos que impedían el paso de la luz, así que, tras el impacto del mar, Sonsoles se encontró sumergida en un abismo umbrío cada vez mayor a medida que su cuerpo se iba hundiendo hacia el fondo. Apenas era capaz de abrir los ojos y solo oía el retumbar de su corazón acelerado. Quiso nadar hacia la distante luz con movimientos torpes, pero, cuanto más se agitaba, más parecía sumergirse su cuerpo. Abrió la boca para pedir ayuda desesperada, pero el agua salada le inundó la garganta y se agitó en un intento desesperado por respirar. Sus ojos empezaron a cerrarse y el pánico dio paso a la penumbra. Antes de que el mundo se desvaneciese le pareció ver un rayo de sol aproximándose hacia ella: era la luz que se reflejaba en las escamas de un enorme pez.

«Las sirenas han venido a por mí» fue lo último que pensó antes de perder la consciencia.

20

Abrió los ojos y dio una enorme bocanada de aire, tan desesperada que siguió sintiendo que se ahogaba, aunque estuviese a salvo.

—Respira tranquila, mujer, que ya pasó —dijo la voz rasposa de un hombre.

Miró a su alrededor y descubrió que se hallaba en una barcaza rumbo a la playa, rodeada de desconocidos. Se habría echado a gritar si no se hubiese dado cuenta de que Oda también estaba a su lado, sosteniéndole la mano. La danesa tenía el pelo empapado y gotitas de agua salada caían sobre el rostro de Sonsoles desde su melena dorada. Su pañuelo y su ropa estaban igual de mojados que su cabello.

—¿Qué… qué ha pasado? —preguntó mientras Oda la ayudaba a incorporarse.

—Te caíste al agua —explicó el hombre de mediana edad que pilotaba la barca—. Y esta joven saltó para sacarte de ahí. Ha sido como en las películas. Menos mal que las nórdicas son buenas nadadoras.

—Yo… yo vi algo debajo del agua… había…

—Un banco de peces desestabilizó la barca, pero por suerte todo se ha quedado en un susto.

—No… yo… —Calló y se censuró a sí misma.

¿Qué iba a decir? ¿Que había visto sirenas en el mar? Sin duda el cuento de la laguna azul la había sugestionado. Pasarse la tarde bajo el sol, la impresión de la caída, estar a punto de ahogarse… Todo sumado había llevado a su mente a imaginar monstruos donde solo había peces.

Oda le colocó una toalla seca sobre los hombros.

—Debes de estar sobrecogida. Ha sido un buen susto.

—Gracias por salvarme. Tendría que haber sido más cuidadosa —se reprendió.

No solo se había puesto en peligro a sí misma. Si algo le hubiese ocurrido a Oda por su culpa…

—No te preocupes, este plan estaba destinado al fracaso desde el principio. ¿A quién se le ocurre hacer caso de las ideas de Daniel?

Tras unos minutos llegaron hasta el embarcadero, donde los hombres las ayudaron a bajar. Sonsoles reprimió el instinto de besar las tablas de madera y de jurar a viva voz que no volvería a subirse a un barco.

—Me temo que la lancha de nuestro amigo sigue averiada y los niños están con él; tendrán mucho miedo después de lo que ha pasado. ¿Serían tan amables de ir a buscarlos? —preguntó Oda, con voz melosa y ojos dulces.

Nadie podría haberse negado a cumplir ninguno de sus deseos.

—Por supuesto, señorita —dijo el hombre al timón—. ¿Estarán bien aquí solas?

La playa estaba repleta de gente que disfrutaba de su día libre.

—No se preocupe, nos cuidaremos la una a la otra —contestó Oda por las dos.

Cuando la barcaza estuvo fuera de su vista, Sonsoles se quitó la toalla de encima y se la tendió.

—Tú también estás empapada.

—Con el calor que hace me secaré enseguida. —Aun así, la aceptó y la utilizó para frotarse las puntas del pelo—. ¿Te encuentras mejor?

Asintió con la cabeza, aunque tuvo que abrazarse a sí misma para que no se notase que todavía le temblaban las manos.

—Esos hombres tenían razón. Menos mal que eres buena nadadora —sonrió tímidamente—. En cuanto a mí… Creo que no quiero volver a la playa nunca más. Odio el mar.

Había algo perverso en aquellas aguas: Javier, Ricardo y, por poco, también ella. Hasta el hermano de Teresa había hallado su fin sobre la sal que se extraía de ellas.

—No digas eso, es un lugar hermoso. —Oda trató de animarla—. Ven al hotel Costa de Sal el sábado que viene, a medianoche. Te demostraré lo bello que puede llegar a ser el mundo que se esconde bajo el agua.

—El sábado… —repitió, y agachó la vista apenada al recordar que ya tenía un compromiso—. Esa noche, la señora de Vargas tiene una cena importante. Va a llevar a Salva y me ha pedido que la acompañe para asegurarme de que está bien atendido.

Oda no pareció en absoluto decepcionada por su negativa.

—Entiendo… Entonces tendré que hacer dos funciones este mes, ¿no crees?

Iba a preguntarle si eso era posible cuando las llamaron desde la distancia. La lancha que habían alquilado estaba siendo remolcada hasta la costa. Daniel tendría que lidiar con un propietario furioso y

hacerse cargo de la reparación, aunque, siendo un Vargas, podría librarse si quisiese y nadie se atrevería a contrariarle. Tan pronto como llegaron al embarcadero, Toño saltó fuera de la barca para correr a los brazos de su tía. La golpeó con tanta fuerza que casi la tiró hacia atrás, y enterró la cabeza justo por encima de su ombligo, entre sollozos.

—Tata Sonsoles… —gimoteó.

Su vocecita entrecortada le rompió el corazón y la desbordó de amor a la vez.

—Estoy bien, Toñito, solo me he mojado un poco —trató de consolarle mientras le acariciaba la cabeza—. No me voy a ir a ningún sitio. Te lo prometo.

El niño se alejó lo suficiente para poder mirarla a los ojos; los suyos estaban llenos de lágrimas, pero lucían una expresión decidida. Aunque solo tuviese diez años, iba a protegerla fuese como fuese. Se le llenó el corazón de ternura y tuvo que contenerse para no pellizcarle los mofletes con cariño, un gesto que sin duda habría herido su orgullo.

—Tata, prométeme que no te acercarás nunca a Rocablanca. Nunca —dijo muy serio.

—No se me ha perdido nada allí. La próxima vez iremos a montar en bici, ¿qué te parece?

—El mar no es peligroso, dan más miedo los adultos —dijo Salva, a unos pasos de distancia.

Daniel apoyó las manos sobre los hombros de su sobrino en un ademán paternal.

—Eso es cierto, pero se supone que tú eres demasiado pequeño para saberlo.

Sonsoles se mordió la lengua para no añadir que la edad no siempre tenía que ver con la inocencia.

21

—¿De verdad vas a meter a un crío que apenas llega al borde de la mesa en tus tejemanejes? ¿Hasta dónde piensas llegar?

Daniel acababa de enterarse de la cena que tendría lugar esa noche, y no le había hecho ni pizca de gracia.

Sonsoles estaba agachada junto al espejo de la entrada para ayudar al pequeño a terminar de acicalarse. Le recolocó un par de pelillos rebeldes del flequillo y le ajustó la diminuta corbata.

—Es mejor que tu sobrino aprenda cómo funciona el mundo cuanto antes. Me ha quedado claro que tú no piensas atender tus obligaciones como es debido, así que Salvador tomará el relevo. ¿También tienes quejas al respecto? —reprochó la mujer—. Y háblame con más respeto. Soy tu madre, no una de tus amiguitas.

La señora de Vargas había aceptado una invitación para cenar en casa del alcalde, que iba recibiendo de tanto en tanto y que solía declinar amablemente. No le importaban en absoluto los chanchullos que se traía entre manos siempre y cuando se mantuviese alejado de los asuntos de los Vargas. Sin embargo, esa noche era diferente. A la velada se habían sumado otros rostros relevantes del verano fontanadino, lo que incluía al famoso constructor Lorenzo Alvarado. De su mano habían nacido proyectos futuristas y ambiciosos a lo largo de toda la Costa Blanca, incluyendo el infame hotel Costa de

Sal. Corría el rumor de que planeaba construir una gran torre frente al mar y el alcalde no había dudado en tratar de persuadirle de que Fontanada era el lugar idóneo para alzarla. «Ese necio piensa que se va a convertir en el alcalde de Benidorm», había mascullado la señora de Vargas cuando recibió la invitación. Pero, pese a sus quejas, no podía permitirse rechazarla. Si no se posicionaba deprisa como parte del cambio de poderes en la ciudad, la familia Vargas no tardaría en perder su influencia ante el avance implacable de los tiempos modernos. Fontanada no necesitaba ese engendro que era el turismo mientras las salinas siguiesen vivas y coleando. Más le valía al señor Alvarado enterarse cuanto antes. Decidió que llevar a su nieto como acompañante le recordaría al alcalde que su dinastía estaba tan fuerte y viva como siempre, y que si él ocupaba su cargo era precisamente porque los Vargas le habían apoyado durante casi una década.

Sonsoles tomó a Salva de la mano para alejarlo de allí. No podía imaginar lo doloroso que debía resultar para un niño pequeño tener que escuchar aquella discusión de la que era el protagonista involuntario, pero el muchacho no dio un solo paso. Pese a la preocupación de su nana, no estaba oyendo nada nuevo.

Daniel resopló ante la pregunta de su madre.

—Soy de sobra consciente de que no le preocupan mis quejas, madre. Así que vaya. —Señaló la salida—. No descuide las salinas, ya que le importan más que su familia.

—Sin las salinas no habrías podido disfrutar de esa vida despreocupada que tanto te gusta. Alguien tiene que remangarse y ensuciarse, y tú no tienes lo que hace falta.

—Señora, si no salimos ya, vamos a llegar tarde —se atrevió a decir Sonsoles con voz queda.

La mujer se dio la vuelta hacia ella con una ceja arqueada por la confusión, como si acabase de recordar que la nana estaba allí.

—Por supuesto. No podemos hacer esperar a hombres hechos y derechos por niñerías como esta.

Dio la espalda a Daniel y esperó a que Sonsoles le tendiese una estola de piel de zorro sobre su vestido, de un tono burdeos tan oscuro que parecía negro. El chófer le abrió la puerta y la acompañó hasta el Rolls-Royce Silver Cloud con el que la señora de Vargas acudía a las salinas todos los días.

Su patrona ocupó el asiento trasero mientras Sonsoles se sentaba delante, junto al chófer, como le correspondía al servicio, con cuidado de no manchar nada. El coche valía más que cualquier piso de la Albufera. Salva se acomodó en el extremo opuesto a su abuela y se pasó todo el trayecto en silencio y con la mirada perdida a través de la ventanilla.

La nueva casa del alcalde se hallaba en las afueras del pueblo, al inicio de una urbanización recién construida, pensada para extranjeros y españoles adinerados. El chófer condujo por la serpenteante colina hasta que se detuvieron frente a una mansión de dos plantas y un frondoso jardín tropical. Sonsoles no había visto jamás una vivienda como aquella, de líneas rectas limpias y modernas, fachada blanca, acabados en piedra marrón y madera, y con unas escaleras en espiral que se veían desde el exterior gracias a unos grandes ventanales.

—Qué despropósito —opinó la señora de Vargas, con el labio arrugado.

Desde luego, a la construcción le faltaba la solemnidad del palacete de los Vargas. El chófer se bajó para abrirle la puerta a la matriarca y Sonsoles la siguió de cerca, sosteniendo en la suya la pequeña mano de Salva, quien estudiaba fascinado el edificio.

—Qué sitio tan raro… ¿Es la casa de un pirata? —preguntó en un susurro.

—¿La verdad? Creo que podría serlo. Igual hasta esconden un tesoro.

Aunque trató de ser silenciosa, la señora le lanzó una mirada de reproche que fue suficiente para hacerlos callar a los dos. Agachó la cabeza a modo de disculpa. Su función de aquella noche era ser invisible, encargarse de cualquier necesidad que Salva pudiera tener y no opinar, no escuchar (al menos en apariencia, pues estaba segura de que a Juan Arias le interesaría todo cuanto se hablase allí) y, sobre todo, tratar de ocupar el menor espacio posible.

Junto a la entrada, los esperaba el ama de llaves, que recibió a la señora y al señorito con una leve reverencia. Con Sonsoles, en cambio, mostró un actitud altiva.

—El señor Soler los aguarda en el salón junto a los demás invitados.

La decoración del interior tenía el mismo aspecto cosmopolita que la fachada exterior. Las paredes eran blancas, pero la esposa del alcalde le había dado un atrevido toque de color a la estancia con el mobiliario. Un sofá de rayas, un par de sillones amarillos, una alfombra de cuadros y hasta un cuadro abstracto en la pared, que recordaba a las formas y líneas de Miró. El alcalde se puso en pie para recibirlos. Era un hombre de unos cincuenta años, con un afeitado impecable y el pelo encanecido, peinado hacia atrás. Su

esposa, una mujer amable y elegante que lucía un vestido liso de manga francesa, los recibió con una risita más propia de una jovencita. A su lado aguardaba el señor Alvarado, un caballero delgado con gafas negras que parecía guardar su capacidad de sonreír en una caja fuerte en Suiza, junto al resto de su fortuna. Ninguno de ellos reparó en Sonsoles cuando saludaron a la señora de Vargas y después a Salva. Le tendían la mano y el chiquillo las estrechaba con una mezcla de solemnidad y timidez. A esa gente poderosa le divertía tratar a un niño que parecía más pequeño de lo que era como si se tratase de un adulto, en una especie de broma privada. Fue entonces cuando una cuarta figura de aspecto cándido se incorporó del sofá, con una copa de vino blanco en la mano, y caminó hacia ellos para decirles hola.

—Señor Brahe —le saludó la mujer, complacida—. No esperaba verle por aquí.

—Me lo encontré esta tarde en el mercado, cuando fui con la cocinera a buscar los mejores ingredientes para esta noche, y no pude resistirme a invitarlo —explicó la esposa del alcalde—. Dio clase a nuestro Pablo. Salvador también es alumno suyo, ¿no es cierto?

—Así es, ¿cómo te encuentras, Salva?

El niño se relajó, aunque solo un poco, al ver un rostro conocido, el de alguien que le trataba como a una persona de verdad y no como a una especie de juguete novedoso. Los adultos siguieron charlando durante un rato más de banalidades: los estudios de sus hijos, el mercado de fichajes de los equipos de fútbol españoles, las piezas de arte que la esposa del alcalde había adquirido en una subasta y el menú de la noche. Mientras los demás alababan la

deliciosa simplicidad del lenguado a la *meunière,* el señor Brahe dio un paso hacia ella con disimulo.

—Me alegro de verla de nuevo. ¿Ha podido hablar con su cuñado sobre el futuro del pequeño Antonio? ¿Asistirá al instituto? —quiso saber el hombre.

Sonsoles no esperaba hablar esa noche, así que se aclaró la garganta unos segundos para ganar tiempo y reubicarse.

—A él le gustaría mucho, pero creo que también le asusta. La escuela de nuestro pueblo era muy pequeña, ¿sabe usted?, pero seguro que se acostumbrará enseguida. Iremos todos juntos el día de la función para escuchar a Salva cantar —dijo y sonrió al pequeño, que le devolvió el gesto ilusionado—. Así Toño podrá ver el colegio. Es una ilusión de mi cuñado y mía, que termine sus estudios como es debido.

—Eso sería estupendo —asintió el hombre—. Ya sea en un oficio o estudiando, los jóvenes de hoy necesitan mantenerse ocupados. Si no, desgracias como las que hemos presenciado estos días acaban sucediendo.

—¿Se refiere a los… —Sonsoles se inclinó para susurrar— asesinatos?

—¿A qué si no? Esos muchachos cavaron su propia tumba, ¿no le parece?

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Me temo que no entiendo qué quiere decir. Y tampoco creo que sea la conversación más adecuada para tener delante de un niño.

El señor Brahe miró a Salva, que apretaba la mano de su nana aún con más fuerza ante la mención de los crímenes.

—En efecto, tiene usted razón, me disculpo. Solo pensaba en voz alta. Aquellos que se van a dormir con sirenas a veces se despiertan con barracudas. Es lo único que pretendía decir. Puede que haya estado leyendo demasiados cuentos con finales oscuros últimamente.

El hombre sonrió, arrugando los ojos con aspecto inocente. Antes de que Sonsoles pudiera contestar, el alcalde le dio una palmada en el brazo para reclamar su atención y le invitó a pasar al comedor.

—¿Nos sentamos a cenar? Parece que mi hijo no llegará a tiempo esta noche. Tiene la mala costumbre de trabajar hasta tarde. Yo le he advertido que no por afanar más horas llegará antes a juez, pero es natural para los jóvenes ser ambiciosos.

¿Juez? Sonsoles se preguntó si por algún casual el alcalde tendría más hijos varones además de Pablo. La idea de que aquel joven arrogante y hostil que había conocido en el Ye-yé llegara a ostentar un cargo del cual dependía el destino de las personas le pareció siniestra.

El matrimonio y sus invitados se sentaron en torno a una larga mesa ovalada y Sonsoles se quedó de pie tras Salva, pegada a la pared, tal y como su patrona le había indicado. Debía permanecer inmóvil y en silencio a no ser que el niño necesitara su ayuda. De esa forma, la señora de Vargas podría concentrarse en las cuestiones importantes que trataban los adultos.

Siguieron conversando hasta que dos mujeres uniformadas entraron desde la cocina para servir los entrantes: canapés de *foie-gras* con mermelada de higos, una tabla de pescados ahumados y consomé. Sonsoles reconoció a la joven que cargaba con la jarra de caldo. Era Silvia, la hija de la que tanto presumía Amparo. La había

visto el día en que visitaron a Paula, pero no había podido hablar con ella directamente. Cuando terminó de servir el consomé en cada uno de los platos, sus miradas se cruzaron por un momento y la joven le sonrió. Sonsoles le devolvió el gesto cómplice. Aunque tuviesen que recorrer de puntillas aquel extraño mundo de los ricos y los poderosos, no estaban solas. La charla continuó mientras les servían manjares como cordero al oporto acompañado de patatas a la *dauphinoise* o lubina horneada con hierbas provenzales y verduras, aunque lo que más rápido se vaciaba eran las copas de vino.

—¿Qué tal se porta en el colegio el benjamín de nuestros invitados? —preguntó la esposa del alcalde a Brahe.

Salva, que daba vueltas en el plato a las zanahorias que no quería comer, fingió que no estaba prestando atención.

Sonsoles casi pudo escuchar la maldición de su patrona, aunque no la pronunciase: «Impertinente».

—Es un niño muy educado y gentil. Estudia, saca buenas notas, pero sobre todo diría que cuenta con muchas inclinaciones para lo artístico.

—Tener aficiones es bueno para los jóvenes, aunque yo siempre recomiendo el golf; es excelente para mantenerse activo —comentó el señor Alvarado.

—Qué suerte tener un nieto tan talentoso. Pese a mi pasión por el arte moderno, ninguno de mis hijos ha mostrado el más mínimo interés por las humanidades —se lamentó la esposa del alcalde—. Seguro que Salvador podría matricularse en la École des Beaux-Arts de París. Mi marchante de arte de confianza estudió allí, verdad, ¿cariño?

Antes de que el alcalde pudiese asentir, la señora de Vargas sacó un cigarrillo y se lo llevó a los labios. El hombre se apresuró a sacar el encendedor y darle fuego. Una vez que el cigarro comenzó a echar humo, la señora de Vargas le dio una gran calada.

—Tan pronto como acabe de estudiar Ciencias Económicas en la universidad, Salvador empezará a trabajar a mi lado. Es bueno que cultive ahora sus aficiones. No tendrá tiempo más adelante y es malo reprimirlos en exceso. Aprendí eso de mi segundo hijo.

—¿Cómo? ¿Tanto trabajo dan las salinas que hacen falta dos Vargas para gestionarlas? —bromeó el alcalde, pero Alvarado aprovechó la ocasión para dejar de lado los juegos y las chácharas de la alta sociedad y abrir la caja de Pandora: habían acudido allí esa noche a hablar de negocios.

—¿Cuál es la extensión de las salinas exactamente? —preguntó el constructor.

—Tres cuartas partes de los terrenos no urbanizables de Fontanada. El otro cuarto se dedica al cultivo de naranjas, muy lejos del mar.

La mujer dio una honda calada a su cigarro y exhaló el humo sobre todos los oyentes sin el menor pudor. Salva tosió con disimulo ante el olor agrio.

—Las naranjas de esta región son espectaculares, dulces como la miel, si me permiten decirlo —comentó el señor Brahe, ganándose una mirada de advertencia por parte de la esposa del alcalde.

Pese a ello la mujer rio.

—Aunque somos más conocidos por la sal, desde luego.

El señor Alvarado elevó las comisuras de los labios.

—Claro, aunque la sal no da tanto dinero ni trabajo como un buen hotel. ¿No le preocupa dejar de ser la mujer más influyente de Fontanada?

Ella dio un par de golpecitos al cigarro con el dedo y dejó caer la ceniza sobre el mantel.

—No hay ninguna otra mujer, ni ningún hombre, que pueda hacer por Fontanada lo que yo. Así que no, no me preocupan los hoteles. Al menos mientras se construyan en la tierra y no en el aire. Ya lo habrá oído: todo cuanto toca el mar nos pertenece a mi familia y a mí, y mientras haya un Vargas respirando en este mundo, las salinas seguirán dando sus frutos.

—Seguro que podemos llegar a un entendimiento en ese aspecto. Parece usted una mujer razonable.

—Desde luego que lo soy, por eso no me interesa vender. Esa torre suya es pan para hoy y hambre para mañana. ¿Qué hará cuando los turistas se aburran y prefieran ir a otro lugar? ¿Uno más hermoso, más cercano, más barato? Los caprichos de la gente son cambiantes como el viento. El mar, en cambio, es eterno.

Alvarado no había cruzado media España para ir a cenar a ese pueblucho de mala muerte en balde, y no pensaba rendirse tan fácilmente.

—Ya veo, no quiere renunciar a su negocio principal. Es comprensible, pero, como seguro ya sabe, diversificar es de sabios. ¿Qué le parece si en lugar de vender sin más se convierte en nuestra socia?

La señora de Vargas desechó la oferta sin vacilar un solo segundo.

—Los únicos buenos socios son los que pertenecen a la familia, señor Alvarado. Y me temo que no tiene a ninguna hija a la que casar.

—¿Soy el único que necesita un digestivo para esta cena? Nuestra cocinera es tan buena que uno siempre come de más —bromeó el alcalde, tratando de cambiar de tema ante la creciente hostilidad que se estaba desatando—. Muchacha, ¿por qué no nos traes un buen orujo de la bodega?

Silvia asintió y salió del comedor.

Pese a los esfuerzos del hombre, Alvarado no iba a aceptar semejante desplante sin protestar.

—Mi buen amigo —lanzó al alcalde una mirada de reproche— me había asegurado que hoy cenaría con una mujer moderna, pero ya veo que se equivocaba. Está usted anclada en el pasado y podría arrepentirse más tarde. Hay muchas ciudades como esta dispuestas a abrazar el futuro, lugares en los que no hay asesinos sueltos por ahí.

—Eso se solucionará enseguida —aseguró el alcalde—. El teniente coronel Arias tiene a ese canalla contra las cuerdas mientras hablamos.

Antes de que el magnate pudiera responder, las puertas del comedor se abrieron de par en par y entró un embriagado Pablo dando voces y tumbos mientras el ama de llaves le seguía apurada. Su madre se incorporó por la sorpresa y trató de salvarlos del bochorno. Era más que obvio que no había estado estudiando ni trabajando, como había tratado de hacerles creer su padre.

—Pablo, hijo mío, ¿te acompaño a la cocina a por algo de comer? Seguro que no has cenado.

El joven ignoró sus palabras y sus intentos por detenerle. Continuó caminando en un ligero zigzag hasta llegar a la mesa y se apoyó sobre el mantel, haciendo que los platos y las copas temblasen.

—Así que habéis empezado la fiesta sin mí, ¿eh? —Extendió la mano libre hacia la fuente de pan y tomó un mollete, que se llevó directamente a la boca para darle un bocado—. ¡Qué alivio! Estaba hambriento.

Su padre se levantó apresurado y le hizo enderezarse. Le apretó el cuello, hundiendo los dedos de la mano en su piel con tanta fuerza que Pablo pareció despejarse de golpe.

—A los jóvenes de hoy en día se les olvidan los modales en cuanto cruzan la puerta de su casa. Ya que no se presenta, lo haré yo. Señora de Vargas, señor Alvarado, este es mi hijo. Al maestro don Tobias ya lo conoces, claro está. —Luego se inclinó para susurrarle algo al oído y, a juzgar por su expresión, no se trató de una sugerencia amable.

Pablo se aclaró la garganta.

—Si me disculpan, subiré a ponerme algo más cómodo y enseguida me reuniré con ustedes.

Se toqueteó el nudo de la corbata como si le resultase de lo más agobiante, pese a que lo llevaba suelto sobre la camisa.

—No será necesario, está claro que es imposible hacer negocios en esta ciudad —espetó el constructor, poniéndose también en pie.

—Señor Alvarado, aún queda el postre. Nuestra cocinera ha hecho suflé. —El alcalde comenzó a caminar tras él, no sin antes lanzarle una última advertencia a su hijo—. Ve a lavarte la cara al menos.

—¡Suflé! Hace siglos que no lo como, qué maravilla —comentó Brahe, como si la cena no se hubiese convertido en un caos.

La señora de Vargas continuó fumando su cigarrillo, Pablo se marchó por el pasillo a grandes zancadas y el alcalde siguió al constructor hasta la salida, tratando de convencerle para que se quedase con toda clase de argumentos que finalmente resultaron inútiles.

—Nana… —la llamó Salva.

Sonsoles había estado tan absorta en el espectáculo que casi se olvidó del pobre niño. Se agachó junto a él con disimulo.

—¿Sí, mi amor?

—Quiero irme de aquí —susurró, y ella, tras comprobar que la esposa del alcalde estaba ocupada procurando buscar un tema seguro de conversación (los caballos de pura raza) para hacer creer a sus invitados que no ocurría nada fuera de lo común, asintió y le tomó de la mano para que la siguiese.

—¿El cuarto de baño? —preguntó al ama de llaves, que vigilaba que todo estuviera en orden junto a la puerta del comedor.

Era la única excusa que se le ocurría para sacar al niño de la cena sin tener que dar demasiadas explicaciones.

—El servicio de invitados está en la primera planta, al fondo del pasillo, junto a las escaleras que conducen a la bodega —indicó con sequedad.

Le dio las gracias con un asentimiento de cabeza y acompañó a Salva por el pasillo hasta que llegaron a la puerta del baño.

—¿Por qué no entras y te lavas un poquito la cara con agua? —Salva se detuvo, dubitativo, y Sonsoles se agachó a su lado—. ¿Te encuentras bien?

El niño tardó unos segundos en asentir.

—¿Tenemos que volver? —dijo refiriéndose a la cena.

—Podemos quedarnos en el salón viendo la televisión un rato si quieres —sugirió.

La señora de Vargas no se lo había prohibido, así que supuso que no pasaría nada. El niño asintió, aliviado; entró al baño y cerró la puerta tras de sí. Mientras le esperaba, Sonsoles caminó por el pasillo para mover un poco las piernas, agarrotadas tras haber pasado tanto rato en la misma posición. Esperaba que la señora de Vargas no convirtiese en una costumbre llevar a su nieto, y por lo tanto a ella, a eventos sociales. Aunque al menos tenía, por fin, información jugosa que transmitirle a Arias. Su suegra se negaba a vender un solo metro cuadrado de las salinas o a convertirse en socia del hombre que contaba con el respaldo del alcalde. Se había ganado dos enemigos en solo una cena y, sin duda, el teniente coronel encontraría la forma de sacarle provecho a la situación. Esperaba que, hiciese lo que hiciese, eso no afectase a Salva. Se imaginó la voz de Daniel en su cabeza, risueña y apenada a la vez: «¿Lo ves? Te dije que no te enredases en nuestros asuntos».

—¡Por favor!

Se sobresaltó al escuchar un quejido agudo. Por un momento creyó que era fruto de su imaginación, pero el gritito se repitió. Conocía esa clase de sonido, una protesta temerosa, una súplica de auxilio. Quien la emitía sabía bien que nadie la atendería. Su instinto de supervivencia la paralizó de los pies a la cabeza y una aureola roja le tiñó la visión, como el recuerdo de la sangre que salía a borbotones ahí donde había clavado su diminuta navaja. Se llevó la mano al pecho. «No… no… no puede ser. No…». Sus músculos se

agarrotaron, incapaces de moverse, igual que en aquel entonces. Pero al reconocer la voz que imploraba con un tercer «Por favor, pare» casi inaudible, volvió en sí.

«Silvia».

Ignoró el pánico que la recorría y siguió la voz hasta llegar a la puerta de la bodega. Bajó los escalones tan deprisa como se lo permitieron los fantasmas que la perseguían. Palpó la pared de ladrillo con una mano en busca de apoyo para no tropezar en la oscuridad. La estancia estaba cubierta por estantes de madera repletos de botellas de cristal, aunque también había una hilera de barricas para añejar los vinos y una mesa rodeada por sillas para hacer catas. Los ojos de Sonsoles tardaron unos segundos en adaptarse a la penumbra de la estancia, alumbrada por una sencilla lámpara. Lo que vio, aunque ya lo esperase, le hizo hervir la sangre. Pablo había arrinconado a Silvia entre dos toneles y se apretaba contra ella sin pudor. Había metido la mano entre los muslos de la joven y trataba de separarlos, demasiado ebrio para atinar del todo.

—Vamos… deja de hacerte la dura —dijo, con el rostro pegado a su oreja.

Silvia cerró los ojos aún con más ímpetu, asqueada, pero siguió sin ceder. Pablo, aunque parecía disfrutar con su retorcido juego del gato y el ratón, empezaba a perder la paciencia.

—Si no vales siquiera para esto, ¿qué sentido tiene que te paguemos un sueldo, eh? ¿Tan buena eres fregando?

«Maldito cerdo».

Sin pensárselo dos veces, Sonsoles recordó lo que su madre y su abuela le enseñaron a hacer en ocasiones como esas: defenderse con lo que tuviera a mano. Agarró con fuerza un sacacorchos que

había sobre la mesa y se tiró sobre Pablo con él en la mano. Se lo clavó en el hombro tan hondo como pudo. Las numerosas horas de duro trabajo al sol que había pasado desde su niñez permanecían en sus músculos, así que la punta de la espiral penetró en la carne del joven. Pablo protestó con un alarido y retrocedió liberando a Silvia, que se quedó paralizada por la sorpresa de que alguien hubiese acudido en su ayuda. Sonsoles extendió la mano hacia ella y Silvia corrió a su lado sin tiempo siquiera para recolocarse la falda del uniforme.

—¿Qué me has clavado? ¿Un puto sacacorchos? ¿En serio? ¿Estás loca, joder? —exclamó el hijo del alcalde mientras palpaba el mango. Tiró para sacárselo y lo lanzó al suelo cubierto de sangre—. Esta me las vas a pagar. Oh, estás muy equivocada si piensas que no te vas a arrepentir de esto.

Alzó la mano y caminó hacia ella, dispuesto a golpearla.

Sonsoles agarró una botella del estante y la empuñó como si fuera un arma.

—¡Da gracias de que no te mate!

El descaro y la ira de una mujer normalmente tranquila y sumisa le pillaron desprevenido. Estaba acostumbrado a que el servicio agachase la cabeza, incluso ante sus abusos. De niño había descubierto que podía permitirse pegarle un puntapié en la espinilla al mayordomo o meter barro con gusanos en los bolsillos del ama de llaves sin que hubiese consecuencias, pero el dolor en el hombro, del que aún manaba sangre, era un recordatorio de que Sonsoles hablaba muy en serio.

—Le diré a todo el mundo lo que has hecho. A tu padre, a sus socios.

—¿Lo que he hecho? —Miró a Silvia, que empezaba a ponerse cada vez más nerviosa por el miedo a las represalias—. Solo nos estábamos divirtiendo.

—Tú te divertías —le reprendió.

Su comentario le hizo reír. Era precisamente el sufrimiento de los demás lo que le hacía sentir vivo, poderoso. ¿De qué servía si no ser el hijo del alcalde?

—Tu padre ya está furioso porque le has dejado en evidencia. ¿Qué pensarán la señora de Vargas y el señor Alvarado si descubren que el aspirante a juez es un vividor y un mal hombre?

Lo más probable era que Alvarado ya se hubiese marchado y estuviese camino a su hotel, y estaba segura de que a la señora de Vargas no podía importarle menos lo que sucediese en casa del alcalde, pero el joven ignoraba esos detalles.

Ya no parecía tan divertido, pero mantuvo el talante altivo.

—Es vuestra palabra contra la mía. Dos mujeres de vuestra clase no valen como un hombre de mi posición. Les diré que me habéis atacado, sí, eso haré. Esa fulana trató de tentarme para tenderme una trampa y chantajearme. ¿Qué os parece? —Caminó hacia las escaleras.

—¡Por favor, no! —exclamó Silvia—. No lo hagas.

Pese a su herida, Pablo sonrió complacido. Las tenía donde las quería.

—Si queréis mi silencio, ¿por qué no lo compráis? —Esa vez miró a Sonsoles—. ¿Por qué no me haces lo mismo que a Daniel Vargas para que te compre ropa cara? —El gesto de fortaleza de Sonsoles se tambaleó por un momento y Pablo rio con una sonrisa torcida—. ¿Creías que no te iba a reconocer porque hoy no vas pintada como

una mona? Puede que sin una ayudita seas un poco cardo, sí, pero esas curvas… son difíciles de olvidar.

Sonsoles apretó la botella. Si iban a encerrarla por agredirle con un arma blanca, le parecía bien que añadiesen a su castigo «atizarle en la cabeza». La tentación pasó de largo cuando una voz inocente la llamó en la distancia.

—¿Señorita Sonsoles? —preguntó Salva por ella—. ¿Nana?

El niño comenzó a bajar las escaleras.

—¿Qué hay de la palabra de uno de los tuyos? —preguntó Sonsoles.

Pablo vaciló al comprender lo que decía.

—Solo es un crío. No tienen ni idea de nada. Puede haber visto mal o habérselo imaginado.

—Veremos qué piensa su abuela sobre la imaginación de los niños si descubre que amenazaste a dos mujeres en su presencia.

Pablo resopló y, esa vez, su sonrisa fue de incredulidad ante la suerte de aquellas dos minúsculas mujeres.

—Esto ya no es divertido. Tengo mejores cosas que hacer. Más te vale no volver a cruzarte en mi camino, paleta. La próxima vez no me contendré.

El hijo del alcalde subió las escaleras y ellas dos procuraron no darle la espalda en ningún momento. Una vez que estuvieron seguras de que se encontraban a solas, se desplomaron hasta quedar sentadas en el suelo.

—¡Quédate ahí, Salva! ¡Ahora voy! —gritó Sonsoles mientras dejaba la botella en el suelo. Iban a tener que limpiar las salpicaduras de sangre si querían que nadie hiciese más preguntas de la cuenta—. Le hemos dado una buena lección, ¿eh?

—No deberías haberme ayudado. Si te llega a hacer algo a ti también… —comenzó a decir Silvia.

Pero Sonsoles no iba a permitir que se preocupara por ella después de lo que había sufrido.

—Esta no es la primera vez, ¿verdad?

Silvia se mordió el labio para contener las lágrimas, pero no pudo evitar echarse a llorar. Enterró el rostro entre las manos y Sonsoles la abrazó.

—Al principio solo me decía cosas extrañas cuando pasaba a mi lado, cuando le servía la comida o cuando subía a recoger la ropa sucia para la colada. No le presté mucha atención porque es abogado, un joven respetable, no pensé que aquello fuese a ir a más. Pero entonces empezó a… a tocarme. Primero me agarraba un brazo, luego me rozaba un muslo como sin quererlo. Nada serio, hasta pensé que me lo imaginaba. Pero sus manos se volvían cada vez más largas. Nunca había intentado ir tan lejos como hoy. Si no llegas a aparecer…

—Silvia…, tienes que marcharte de aquí —trató de decir, pero ella se apresuró a negar con la cabeza.

—Mi madre está tan orgullosa de que trabaje en casa del alcalde… Necesitamos el dinero y él… él dijo que, si me marchaba, se aseguraría de que no encontrase empleo en ninguna otra casa de la ciudad.

La furia ardió en el pecho de Sonsoles, una tan voraz que la desbordó de pensamientos oscuros: «El asesino tendría que haber elegido a Pablo en lugar de a Ricardo, al menos le habría hecho un favor al mundo librándonos de él».

—Tienes que contarlo: pide ayuda.

Silvia se secó los ojos con un pañuelito que llevaba en el bolsillo del uniforme. Parecía que tampoco era la primera vez que lloraba a escondidas en el trabajo.

—¿A quién? Si alguien se entera, me culparán a mí por seducir al señorito. Dirán que buscaba quedarme preñada para sacarle los cuartos, y nadie en su sano juicio querrá casarse conmigo ni darme un trabajo. Mi padre tiene mal la espalda, y aunque mi madre se esfuerce por ir arreglada y aparentar, apenas gana dinero cosiendo bolsas de tela para las salinas. Son buenas personas, pero ¿cómo van a protegerme? Todas critican a las sirenas por haber huido de sus hogares, pero yo las entiendo. Si pudiera, me marcharía con ellas a Rocablanca, si es que de verdad viven allí. Imagínatelo: una isla donde no vive ni un solo hombre mezquino que pueda hacernos daño.

Sonsoles acarició la cabeza de Silvia para darle ánimos. Se preguntó si lo que estaba a punto de decir era lo correcto, si su idea ayudaría a la joven o si, por el contrario, iba a arrastrarla a un lío aún mayor.

—Habla con ellas. Se han ofrecido a cuidar de Paula y a su criatura si lo necesitan; a lo mejor pueden hacer lo mismo contigo y con tu familia.

—¿Crees… crees que me escucharán de verdad?

Por primera vez vio una pizca de esperanza en sus ojos. Pese a las críticas, se habían convertido en una especie de faro para muchas mujeres de Fontanada. Incluso para Sonsoles. Cuando pensaba en esas mujeres que vivían bajo sus propios términos, pese a lo que se murmurase sobre ellas, también sentía que, por gris y

lúgubre que llegase a ser su vida, siempre podía cruzar el mar hasta Rocablanca.

—Si es cierto lo que dicen, las sirenas también han tenido que escapar de algo, así que lo entenderán. Mientras tanto, asegúrate de que ese malnacido se entere de que, si te pone una mano encima, tendrá que volver a vérselas conmigo.

22

Antonio dio un sorbo a su cucharada de sopa antes de responder a la petición de su esposa:

—Si es trabajo, no hay nada que puedas hacer. El patrón paga, el patrón manda.

Sonsoles asintió con la cabeza a la vez que trataba de acallar la punzada de culpa que le oprimía el pecho por mentir a su esposo.

—Gracias por entenderlo —masculló mientras daba vueltas a los fideos en su plato.

Se había prometido que renunciaría a Sol después de convertirse en ella durante una noche, pero Arias había recibido con gran interés sus noticias sobre la desastrosa cena en casa del alcalde y la había instado a seguir indagando, así que ¿cómo iba a resistirse a la entrada que Daniel Vargas le había ofrecido para visitar el hotel Costa de Sal? Sin duda, a la señora de Vargas no le haría ni pizca de gracia descubrir que su hijo frecuentaba el buque insignia de su nuevo enemigo, Lorenzo Alvarado. Aunque, si era sincera consigo misma, la verdadera razón por la que había accedido a ir era que no lograba olvidar la promesa que Oda le había hecho el día en que le salvó la vida. «Te demostraré lo bello que puede llegar a ser el mundo que se esconde bajo el agua». ¿A qué se refería? Una parte de ella se moría de ganas de averiguarlo, así que se convenció de

que sería grosero rechazar la invitación. Las excusas que podía encontrar para huir de su vida como Sonsoles eran infinitas, pero no estaba preparada para admitirlo.

El señorito Vargas acudiría a recogerla con el coche a la hora acordada e incluso le había entregado a escondidas la bolsa de una *boutique* de moda francesa. En su interior encontró varios conjuntos a la última moda. Las palabras mezquinas de Pablo Soler resonaron en su mente «Por qué no me haces lo mismo que a Daniel Vargas para que te compre ropa cara». Por eso trató de devolvérsela en el acto.

—Señorito Daniel, no puedo aceptarlo; si alguien se entera pensarán lo que no es y…

El joven se apresuró a esconder las manos tras la espalda para evitar tomar la bolsa que ella le tendía de vuelta.

—Espero que sean de tu agrado. La talla la he adivinado a ojo, y sobre el estilo… Es ropa que Oda se pondría y, a juzgar por cómo la miras siempre, diría que a ti también te gustará.

—¿Cómo la miro siempre? —preguntó ella, sonrojándose.

—Como si fuera el centro del universo, pero te cegara mirarla durante más de tres segundos.

Daniel se rio cuando ella se quedó boquiabierta por la sorpresa, cohibida y abrumada por la precisión de su descripción.

—Todo el mundo mira a Oda así —trató de defenderse.

No quería que pensase que era una envidiosa.

—Tienes razón, soy el primero qué entiende la sensación. Si hay algún problema con la ropa, dímelo. Si no te vale, si mi gusto te resulta horrendo… lo que sea.

—Gra… gracias —logró decir.

Daniel Vargas no tenía nada de qué preocuparse. Todas y cada una de las prendas eran las posesiones más hermosas que había tenido jamás. Le aterraba guardarlas en casa y que Antonio o su sobrino las descubriesen por casualidad, así que utilizó el piso que había quedado vacío bajo el suyo a modo de escondrijo. Merche guardaba la llave debajo del felpudo mientras ayudaba al propietario a encontrar un nuevo inquilino. Sonsoles pensó que no haría daño a nadie que lo usase a modo de vestidor, para acicalarse y transformarse en Sol. Daniel había comprado también una sombra de ojos verde oscuro, a juego con los suyos, y un pintalabios idéntico al que usaba Oda. Se preguntó si a ella también se lo habría regalado el señorito. Repasaba mentalmente su plan cuando la voz de su sobrino la sacó de su ensimismamiento.

—¿Salva está enfermo otra vez? —preguntó Toño.

—Oh, no. No se trata de eso. La señora de Vargas tiene invitados importantes y no puede distraerse con banalidades, así que quiere que otro par de ojos esté pendiente de la casa y de Salvador —afirmó.

De todas las personas a las que tenía que mentir, el engaño a Toño, quien confiaba ciegamente en ella, fue lo que más le pesó en la conciencia.

El niño asintió, aunque no terminase de comprender del todo ese mundo sofisticado en que los adultos necesitaban que sus hijos y nietos no les estorbasen demasiado. Acabaron de cenar muy temprano, fregó los cacharros y arropó a su sobrino antes de marcharse. Esa vez se resistió menos que de costumbre a acostarse y supuso que el espeso calor de los últimos días le había dejado

agotado, como a todos. Cuando iba a marcharse, el niño le agarró de la falda para retenerla.

—Ten cuidado —le pidió.

Ella se sentó a su lado sobre el colchón y le acarició el pelo rebelde.

—No te preocupes, lo tendré.

—Papá no me deja salir por las tardes a jugar. Dice que es peligroso.

En cualquier otra circunstancia, el inquieto niño no habría acatado semejante petición o al menos habría protestado con todo su ímpetu, pero, al contrario que el resto de los niños, él había comprobado con sus propios ojos que la amenaza era muy real.

—Me mantendré a salvo, te lo prometo. Volveré antes de que te des cuenta.

«Egoísta, imprudente», espetó la voz de Rocío en su mente, aunque ella jamás habría empleado palabras parecidas en su contra.

Le dio un último beso en la frente y cerró la puerta de su dormitorio tras de sí. Se vistió con el uniforme de nana y se despidió de Antonio, que escuchaba la radio con tanta concentración que apenas le dedicó un gesto de la mano y un «ajá». «Podría haber salido de casa vestida y maquillada con los regalos de Daniel y no se habría dado cuenta». Bajó a la tercera planta y comprobó aliviada que la llave seguía donde la había dejado, igual que la bolsa de la *boutique*. Se cambió de ropa, se maquilló con torpeza, tal y como había visto hacer a Merche en la peluquería, y se soltó la melena. Se miró en el espejo y cruzó los dedos para que, de noche y en movimiento, nadie pudiese reconocerla con aquel disfraz. Había escogido un vestido corto, de color jade, con el cuello redondeado y

ajustado a la altura de la cintura. Era una pena que tuviese que lucir tan hermosa prenda con sus simples y funcionales zapatos de los domingos. Practicó la forma de moverse, atenta a la imagen en el espejo, durante unos minutos. Cualquiera que la mirase esa noche tenía que ver a Sol, la «acompañante de Daniel Vargas», y no a la nana de Salva, recién llegada del Pueblo. Su reputación estaba en juego. No quería ni pensar en lo que ocurriría si se empezaba a rumorear que ella, una mujer casada, se veía a solas y de noche con su empleador. Pablo Soler tenía razón en algo: la palabra de una mujer humilde carecía de valor en los tiempos que corrían y a nadie le importaría que jurase que no había nada entre ellos, porque era más placentero pensar mal.

Una vez transformada, Sol bajó las escaleras hasta el portal, descalza, para no hacer ruido, y sin encender las luces. Oteó la calle para asegurarse de que ninguno de sus vecinos estuviese asomado al balcón, fumando o tomando el fresco, y emprendió la marcha. Apenas había dejado atrás la plaza donde jugaban los niños, hacia la calle principal, cuando la sobresaltó el claxon del coche más llamativo que habría rodado nunca por el humilde barrio obrero de la Albufera. Al girarse vio a Daniel al volante de un lujoso descapotable blanco. La saludaba efusivo con una mano en alto. «Ese necio quiere buscarme la ruina». Corrió tan deprisa como pudo y se subió al asiento del copiloto.

—Te has puesto mi vestido favorito —la saludó él—. Al final sí que compartimos gustos.

—Vamos, arranca —le ordenó, ignorando por un instante que él era un señorito y ella parte del servicio.

—¿Es que te has escapado de casa o algo así? ¿Por qué tantas prisas?

A veces olvidaba que, a ojos de los Vargas, ella era una mujer soltera. Lo cual tampoco significaría, ni mucho menos, que fuera libre. La ley ni siquiera le permitía conducir un coche como aquel sin el permiso paterno o marital.

—No quiero que los vecinos hablen de mí. Todos pensarán que soy tu querida.

—Dudo que ninguno pueda reconocerte, Sol.

Le guiñó un ojo, aunque encendió el motor y emprendió la marcha.

—Pablo Soler lo hizo.

—¿Soler? Ah, cierto, le viste en la cena con el alcalde. Mi madre llegó a casa despotricando que esta ciudad necesita un alcalde sensato, alguien que no sea tan necio como para presumir de un hijo que no vale para nada. Supongo que ella es de lo más sensata porque tiene clarísimo que no puede presumir de mí. —Su broma no logró surtir efecto ninguno en la joven, que miraba hacia el frente en silencio—. ¿Ocurre algo? ¿Ese desgraciado te hizo comentarios inapropiados? Iré a su casa a pegarle un puñetazo si hace falta —amenazó, como si el hijo del alcalde no fuera el doble de corpulento y rápido que él.

Sonsoles resopló.

—¿Inapropiado? ¿Es que alguna vez ha dicho algo amable a alguien por debajo de él? —«Dos mujeres de vuestra clase no valen como un hombre de mi posición». Sacudió la cabeza para alejar el recuerdo de su mente—. ¿Y qué hay de ti? ¿De dónde has sacado

este coche? ¿Tu madre ha permitido que derroches el dinero en este trasto?

—Claro que no. Es de mi hermano… bueno, era. Lo compró porque Elvis Presley conducía uno igual. Estaba abandonado en el garaje y Oda lleva todo el verano pidiéndome que lo saque para dar una vuelta en él. Al final se ha salido con la suya, como siempre.

Sonsoles acarició el suave cuero del asiento sobre el que estaba sentada. Aunque su aspecto fuese disparatado y excesivo, al menos era cómodo.

—Se me olvidó darte una cosa.

Daniel señaló hacia la parte de atrás del coche: era una caja de zapatos. Junto a ella, encontró un ramo de flores del mismo color azul que los ojos de Oda. Se esforzó por ignorar las flores y se inclinó para coger la caja. Al abrirla se encontró con unos tacones de charol blanco de su talla. Los acarició con fascinación, como si se hallase ante una reliquia sagrada.

—Oda quería que los tuvieses, dice que ella casi no los usa, que le están pequeños. Hay que ver. Parezco tu hada madrina, llevándote al baile en busca del príncipe azul. O de la princesa, en este caso.

Volvió a tapar la caja. Se avergonzaba de sí misma por emocionarse tanto por unos simples zapatos usados.

—Los cuentos de hadas son para los niños —rebatió Sonsoles, a pesar de que cada noche leyese *Los cuentos de sal*.

—Si no crees en la magia, no deberías haber venido. —Se encogió de hombros.

—¿A qué te refieres?

Daniel sonrió, acariciándose el colmillo con la lengua en un gesto juguetón. Se estaba divirtiendo a su costa una vez más.

—Lo verás cuando estemos allí.

El hotel Costa de Sal se encontraba fuera de las lindes de la cuidad, más allá de las salinas y de los campos de naranjos. Sonsoles observó cómo el paisaje y sus olores se iban transformando poco a poco hasta que la carretera se convirtió en un camino de tierra. El coche comenzó a botar por culpa de las piedrecillas y los desniveles. La recompensa de la agreste ruta era una playa de arena blanca en una cala que protegía a los huéspedes del hotel de las miradas indiscretas y los murmullos escandalizados de los fontanadinos.

—Ya estamos llegando. Cielos, cada día está más lleno —dijo al detenerse al final de la caravana de vehículos que se dirigía al moderno edificio.

Su fachada consistía en dos rectángulos de líneas rectas y paredes blancas que, en opinión de Sonsoles, se parecían bastante a la caja de zapatos que iba en el asiento trasero de su coche.

—¿Y este lugar le gusta de verdad a la gente? —preguntó, escéptica.

—Además de los espectáculos nocturnos, tienen un restaurante de primera categoría y la mano de su coctelero es celestial —aclaró Daniel—. Aunque también puedes pasarte el día en la piscina. Si quieres, lo probamos un día. —Le guiñó otra vez un ojo, pero ella ignoró la invitación.

Siguieron avanzado poco a poco hasta que un aparcacoches los recibió frente a la entrada del hotel. Daniel le lanzó las llaves, que el muchacho atrapó al vuelo, y rodeó el vehículo para abrirle la puerta

a su acompañante. Sonsoles dudó cuando le ofreció que se apoyase en su brazo.

—La señorita Sol no se lo pensaría tanto —le susurró al oído—. Si quieres convencerlos de que eres una invitada especial de la artista, tienes que parecerlo.

Muy a su pesar, supo que estaba en lo cierto. La mujer que Oda había inventado cuando le puso aquel nombre no se preocuparía por el qué dirán, solo por su propia diversión y comodidad.

Aceptó el gesto y entraron juntos en el vestíbulo del hotel, un espacio amplio con paredes recubiertas por paneles de madera, con plantas tropicales y botones en cada esquina que se aseguraban de garantizar un servicio impecable a sus huéspedes.

—Me parece que llegamos pronto. ¿Tomamos algo mientras hacemos tiempo, querida?

Una copa le vendría bien para meterse en el papel. Asintió con la cabeza y Daniel la guio hacia el exterior, donde encontraron un bar junto a la piscina repleto de gente. Habían dispuesto una tarima a modo de escenario, donde tendría lugar el espectáculo de la noche. El *maître* saludó a Daniel por su nombre tan pronto como le vio, y le condujo hasta una mesa reservada junto al agua.

—¿Qué desean tomar? —quiso saber el hombre.

—Dry martini para mí, y para la señorita Sol…

Daniel la miró y ella titubeó. Sonsoles siempre había preferido el vino tinto, que solía beber a escondidas con sus primas tras el establo, los domingos después de misa, hasta que cogían un puntillo. Pero ¿qué pediría una mujer de mundo como Sol?

—¿Puedo sugerir un brandy alexander para la señorita? Es nuestro cóctel más dulce, las jóvenes lo piden muy a menudo.

—Suena… suena bien —dijo, pese a no tener ni la más remota idea de lo que iba a tomar.

El *maître* asintió y los dejó a solas. Daniel la observó con deleite.

—¿Te gusta el coñac?

—Nunca lo he probado —admitió—. Me temo que no sé demasiado sobre cócteles.

—Quizá debíamos haber pedido Vega Sicilia: es mi vino preferido. ¿Y el tuyo?

—De vinos solo sé que las vides del zapatero son las que mejores uvas dan.

—¿El Zapatero? ¿Es alguna clase de bodega? —preguntó con curiosidad.

—No. José el zapatero. Tenía un pequeño terreno con vides a las afueras del Pueblo.

Daniel rio deleitado con su respuesta, aunque ella no había pretendido hacer ninguna broma. En el elegante hotel se sentía aún más pequeña y fuera de lugar que en el Ye-yé. Miró a su alrededor. Mientras que en la sala de juventud se reunían chicos y chicas de toda clase, en su mayoría humildes y trabajadores, para bailar y divertirse, en el Costa de Sal se codeaban españoles de familias adineradas, aquellas cuyos hijos, como Daniel Vargas, no tenían que preocuparse por el futuro, que tenían garantizado, y extranjeros en busca de un clima más amable. Todos ellos ofrecían un aspecto sofisticado gracias a trajes y vestidos que se les ajustaban como si fuesen su segunda piel, y no un disfraz, como le ocurría a ella.

Tras unos pocos minutos, un camarero dispuso dos copas ante ellos: una con ginebra y una aceituna en su interior, y otra cuyo contenido era espumoso, de un tono achocolatado. Daniel lo

agradeció y le dio un sorbo a su dry martini. Al ver que Sonsoles no dejaba de mirar la copa sin mover un solo músculo, la invitó a probarla.

—Verás como no exageraba al alabar a su coctelero.

Se armó de valor e, imitando a aquellas damas elegantes que la rodeaban, se llevó la copa a los labios con tanta gracia como pudo, pese a su falta de costumbre. Tal y como había prometido el *maître*, el líquido, pese a su fuerte regusto, era dulzón por el licor de chocolate, y algo cremoso por la nata. Le dio otro sorbo. Podría beberse uno de esos todos los días si la invitasen.

—Con calma o tendremos que volver a casa a rastras —le advirtió Daniel al notar que había vaciado la mitad de la copa.

Sin embargo, él también se estaba animando con la ginebra. Sonsoles cruzó los dedos para que el alcohol no le hiciese decir nada indiscreto sobre Salva y sus padres. Arias se impacientaba cada vez más y ella no sentía verdaderos deseos de ayudarle más de la cuenta.

—Mira, van a empezar —dijo Daniel, señalando hacia el escenario.

Los focos se encendieron y un grupo de cinco mujeres, tan rubias y altas como Oda, se subieron a él. Llevaban puestos unos bañadores multicolores con plumas alargadas que las hacían parecer mariposas que aleteaban de un lado a otro. La música resonó a través de unos altavoces y las mujeres bailaron perfectamente coordinadas agitando brazos y piernas en una extraña coreografía. «Qué baile más raro». Sabiendo como era el carácter cerrado y moralista de los fontanadinos, no le extrañaba que su más célebre vecina, la señora de Vargas, considerase aquellos espectáculos una

vulgaridad y que se opusiese con tanta firmeza a la construcción de un hotel en su preciada ciudad. Buscó a Oda entre las bailarinas y, aunque resultaba difícil distinguir sus rostros por la velocidad a la que se movían, al cabo de un rato estuvo segura de que no se encontraba entre ellas.

—¿Y Oda? ¿No íbamos a ver su actuación?

—Paciencia —dijo Daniel, sin desviar la vista de las rubias. Saltaba a la vista que, como tantos otros hombres, estaba disfrutando del espectáculo—. Lo que nuestra querida Oda es capaz de hacer no es apto para cualquiera. Igual que el buen vino, hace falta un paladar refinado para apreciarlo. Pero este no es un mal show, ¿verdad?

Se cruzó de brazos con un mohín malhumorado, igual que muchas de las esposas de los varones presentes.

—¿«Sou»? ¿Así se llama a mirar a otras mujeres como si fueran el postre? —preguntó ella, a la defensiva y desinhibida por el licor.

Daniel rio divertido.

—Cómo sois las féminas, defendiéndoos entre vosotras con garras y dientes. No tienes por qué preocuparte, ya te lo he dicho; lo que hay entre Oda y yo no es tan serio como para que le moleste que admire a otras. De hecho —desvió la vista de las bailarinas para posarla sobre ella por un segundo—, sospecho que empieza a cansarse de mí.

Aquellas chicas altas y delgadas se colocaron un gorro de baño en la cabeza, que apenas les cubría las melenas doradas, y se lanzaron a la piscina, donde continuó la actuación, entre los aplausos del público. El agua apenas les llegaba por la cintura.

—No sé a qué se refiere, señorito. A juzgar por las sonrisas bobaliconas de todos estos ricachones, cualquiera querría cambiarse por usted.

Daniel rio con aún más ímpetu. Tras un par de canciones y de que unos cuantos de los huéspedes se animasen a ponerse en pie y bailar con sus parejas, el mismo *maître* que les había tomado nota caminó entre las mesas para inclinarse junto a Daniel y susurrarle algo a su oído. Se marchó sin esperar respuesta.

El joven vació de un trago lo poco que quedaba de su dry martini.

—Ya es la hora, pero no hace falta que corras —dijo mientras se incorporaba.

—¿Por qué iba a correr?

Sonrió con picardía.

—No lo sé, te lo advierto porque te noto ansiosa por ver de nuevo a nuestra danesa.

Le tendió la mano para ayudarla a ponerse en pie. No tenía claro si hablaba en serio o si le tomaba el pelo, pero con Daniel Vargas siempre era así. Aceptó el gesto y le siguió cabizbaja para no llamar demasiado la atención. En el bar de la piscina había mujeres mucho más hermosas que ella y, aun así, notó alguna que otra mirada posándose sobre su figura y sobre las curvas a las que Pablo se había referido de forma tan obscena. Sintió un escalofrío. Esa clase de atención siempre la había incomodado. «Puede que las mujeres extranjeras no tengan tanta libertad como pensaba». Aunque llevase la misma ropa que ellas y pasease del brazo de un hombre poderoso, seguía sintiéndose a merced de la opinión de los demás,

que observaban y evaluaban su cuerpo, sus movimientos, sus actos, como si les perteneciesen.

Deshicieron sus pasos hasta el vestíbulo del hotel, pero en esa ocasión subieron una escalinata enmoquetada hasta la planta superior. Allí recorrieron el pasillo y se detuvieron junto a la puerta que conducía al famoso restaurante del hotel. A esas horas tendría que estar vacío, pero las luces continuaban encendidas y se intuía el barullo en su interior. Cruzaron las puertas para descubrir que habían apartado a un lado de la estancia las mesas, cubiertas por unos impecables manteles blancos, para poder colocar una hilera de asientos frente a un enorme ventanal. O al menos Sonsoles creyó que lo era al principio, hasta que su vista se aclimató a la tenue iluminación y se percató de que se trataba de un acuario que ocupaba gran parte del restaurante. Tras un grueso cristal nadaban grandes y llamativos peces de colores convertidos en un elemento decorativo más, una pequeña excentricidad para deleitar a los huéspedes más cosmopolitas del hotel.

—¿Cómo es posible que no se rompa el cristal? —murmuró cautivada.

Daniel la acompañó hasta uno de los asientos y la invitó a acomodarse primero.

—Es bonito, ¿verdad? Una vez traje a Salva a comer aquí y se pasó un mes pidiéndome un acuario, y eso que no es un niño nada caprichoso. Su abuela no lo permitió, claro está. Dijo que se trataba de una frivolidad y que no era bueno que se encariñase con criaturas tan endebles. Siempre tiene alguna justificación preparada, pero a veces tan solo parece que quiere hacer infeliz a su propio nieto —comentó mientras se sentaba.

—¿Y qué hay de su madre? Si ella se lo pidiese…

—Alba tiene sus propias batallas que librar. —Intentó sonreír, pero el gesto resultó amargo. Esa noche, el alcohol no le hacía sentirse más ligero, pero sí más sincero—. Y no es que mi madre escuche opiniones ajenas sobre «los asuntos de la familia». Ya lo has visto, se cree que nuestras vidas le pertenecen para jugar con ellas como le plazca. Es igual con Salva. Se ha encargado siempre de su crianza y educación. Lo que come, cómo se viste, las clases extracurriculares a las que asiste, los deportes que practica… Todo lo ha decidido ella.

—¿Y el señor Arias? Salvador es un Vargas, pero lleva su apellido…

—Oh, Dios, no. Mi queridísimo cuñado —dijo con ironía— nunca se rebajaría a preocuparse por la crianza de un niño, pero puede que sea lo mejor. Es de los que lo solucionan todo diciendo que un hombre debe ser firme y hacerse respetar. —Adoptó una pose caricaturesca, extendiendo los hombros hacia delante y apretando los puños—. Pero Salva no es así. Aunque se esfuerce por complacer a su abuela, nunca será un Vargas de verdad.

«Lo sabe», pensó Sonsoles. Por supuesto, tenía que saberlo. Daniel tenía catorce años cuando Salva nació, edad suficiente para ser consciente de que los niños no caían del cielo. Pero ¿le había confesado su madre quiénes eran sus verdaderos padres? ¿Importaba acaso si habían renunciado a su hijo?

—Así que… Salva solo te tiene a ti de su parte. A su tío —comprendió apenada.

—Pobre chaval, ¿eh? —Su sonrisa se torció por la amargura—. La única persona con la que puede contar solo sirve para distinguir un

buen martini de uno mediocre.

—Algo más tendrás, Oda te ha elegido a ti —dijo, aunque en esa ocasión fue el brandi quien habló por ella. Se llevó la mano a la boca, sorprendida por su propia osadía.

—Parece que tú aún no has descubierto qué es ese algo. —Se inclinó para susurrarle al oído—. Resulta que, además de elegir buenos restaurantes, doy unos besos increíbles. —Sonsoles se sonrojó y le pegó un empujón para que se apartase de ella antes de que los demás empezasen a murmurar—. Tranquila, lo que pasa en el Costa de Sal se queda en el Costa de Sal. Además, aquí a nadie le importa lo que hagamos.

Sonsoles miró a su alrededor y comprobó que estaba en lo cierto. Mientras hablaban de las virtudes y los defectos de los Vargas, el resto de los asientos a su alrededor los habían ido ocupando poco a poco elegantes caballeros y damas. A juzgar por los relojes de oro en las muñecas de unos y los collares con piedras preciosas que colgaban del cuello de las otras, Daniel no había exagerado al decir que se trataba de un espectáculo de lo más exclusivo.

—¿Has pagado por estos asientos? —preguntó en un susurro, a lo que Daniel respondió con una risa divertida que le dio a entender que había sido un poco ingenua al creer lo contrario.

—¿De verdad pensabas que Oda vivía de unos pocos ahorros? No… estos asientos que ves son caros, y ella se lleva una buena comisión, pero al menos incluye barra libre de champán. —Alzó la mano en el aire y un camarero se acercó con una bandeja repleta de copas finas y alargadas. Tomó dos y le tendió una de ellas a Sonsoles—. Bebe, te ayudará a dejarte llevar por el espectáculo.

Sonsoles se acercó la copa a los labios y le sobresaltaron las finas burbujas que explotaron contra su lengua. La bebida estaba fría y tenía un regusto amargo y, sin embargo, agradable.

—Gracias por la invitación, entonces.

—No le des muchas vueltas. Fue Oda quien me pidió que te trajera. —Se encogió de hombros—. Y ya sabes que pienso que cuantos más mejor. Agh… Aunque hay algunas personas que sobran.

Iba a preguntarle a quién se refería cuando vio a Pablo Soler cruzando la sala. Iba acompañado de dos de sus amigotes, tipos de buenas familias como él, aunque no tan avispados ni tan mezquinos, que hacían las veces de palmeros y de guardaespaldas al mismo tiempo. El hijo del alcalde había elegido un atuendo que le daba aspecto de buen chico: un polo deportivo de color blanco ajustado, al estilo estadounidense, y unos pantalones azul marino. Era, a ojos de todos los presentes, uno de los símbolos del brillante futuro de Fontanada. Le reconfortó el desdén con el que Daniel se había referido a él. Puede que todos los presentes le adulasen, pero ellos dos sabían qué clase de persona era en realidad.

—¿Es que ese idiota nos está siguiendo?

—Supongo que no hay tantos sitios a donde puedan ir los hijos de buena familia en esta ciudad. Aunque podría haberse quedado en su casa por una noche —respondió Sonsoles, resignada—. Claro que… ¿Crees que esos peces son carnívoros?

Daniel la miró sorprendido.

—Pero, señorita Blanco, ¿no estará pensando en cometer un homicidio? —Susurró de nuevo—. Prometo no delatarte si lo haces. Sería mucho más divertido que se lo comieran los peces a tener que verle la cara el resto de mi vida. Con los contactos que tiene su

padre podría irse a Madrid o a Valencia capital para aprovechar su dinero, pero me parece que ese patán es de los que prefieren ser cabeza de ratón.

—O de cucaracha, más bien.

El señorito Vargas sonrió de oreja a oreja y rodeó el asiento con el brazo, alrededor de ella.

—¿Sabes qué?, me gusta esta nueva y desconocida faceta de ti. Qué ponzoñosa. Si hubiera sabido que bastaba con darte brandi y un poco de champán para que dejaras de ser una buena chica lo habría hecho mucho antes.

—No es el brandi —negó. Aunque no fuese del todo mentira, la inquina en su voz tenía un origen muy distinto—. Soler es un mal hombre. De la peor calaña. Cruel y con poder. Y yo solo puedo dedicarle unas cuantas palabras envenenadas a sus espaldas.

Le siguió con la mirada y respiró aliviada cuando Pablo y sus amigos se acomodaron en la otra punta del acuario. Qué raro que no los hubiesen visto. Se asomó para curiosear y descubrió que el hijo del alcalde tenía problemas para calcular la altura de su asiento. Estuvo a punto de perder el equilibrio y caerse contra el suelo en un par de ocasiones, así que quizá había estado bebiendo también antes de la función.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó Daniel, y el tono jocoso se desvaneció de su voz.

Sonsoles se removió en su asiento, incómoda. No quería hablar del tema, pero era aún más doloroso tener que callar.

—A mí no. Aun así, no puedo perdonarle.

—Nunca te pediría que lo hicieses. Ya es difícil dejar ir el daño que te ha hecho alguien a quien quieres, así que por qué hacer el

esfuerzo por alguien a quien detestas —dijo con la mirada perdida.

Sonsoles se preguntó quiénes eran esas personas a las que amaba aunque se empeñasen en herirle. ¿Su madre? ¿Su padre? ¿Su familia al completo? Pese a su fachada de vividor al que no le importaba nada, empezaba a intuir que Daniel Vargas se ahogaba en alcohol y placeres mundanos para no ahondar demasiado en sus verdaderos sentimientos.

—Puedes odiar a Pablo Soler con gusto. Tienes razón: se merece eso y más.

Su resentimiento encendió en ella una chispa de reconocimiento mutuo que nunca había experimentado cuando el chico reía o bromeaba. La sensación de que tenían más cosas en común de las que parecía a simple vista.

—Creo que empiezo a ver por qué Oda te eligió.

El joven sonrió, dispuesto a aprovechar la ocasión para lanzar un comentario jocoso, pero ella se apresuró a ponerle un dedo en el labio para que se callase, con un sonoro «shhhh».

—Chitón. Aun así, no le llegas ni a la altura del betún.

Daniel le quitó la copa de la mano con un gesto delicado.

—El brandi te sienta bien, pero el champán… mejor que lo dejes por hoy —se burló, y ella presintió que más tarde se arrepentiría de esa conversación, aunque no estuviese en condiciones de detenerse a sí misma.

Antes de que pudiese añadir ninguna impertinencia más, las luces del comedor se apagaron de golpe y la estancia quedó iluminada tan solo por la pálida luz azul que emanaba del acuario.

—Disfruta del espectáculo, no volverás a ver nada igual —le recomendó Daniel, pero ninguno de sus consejos podrían haberla

preparado para lo que iba a presenciar.

Un violinista cruzó la estancia hasta situarse en el centro del comedor, a sus espaldas, y comenzó a tocar una pieza clásica, de esas que todos los urbanitas habían escuchado alguna vez, aunque no siempre fuesen capaces de mentar su nombre. El director del hotel, un hombre de aspecto pulcro y servicial, se detuvo unos segundos ante la impaciente audiencia. Eran apenas veinte personas y no quedaba un solo asiento vacío. La música del violín se detuvo.

—Damas y caballeros, les doy la bienvenida al hotel Costa de Sal. Aunque veo a algún que otro rostro familiar en la sala, debo advertirles que la demostración que van a presenciar esta noche puede trastocar sus sensibilidades y la percepción de su mundo. —A medida que hablaba, la expectación vibraba con más fuerza en el ambiente—. Por ello, si alguien quiere abandonar la sala, es el momento. No se podrá ni entrar ni salir durante la demostración. —Ni una sola alma se movió tras sus palabras—. Así pues, el espectáculo va a comenzar. Les rogamos que guarden silencio y deseamos que disfruten de la función.

—Cuánto dramatismo, ¿no te parece? —comentó Daniel, y la mujer sentada a su lado le perforó con la mirada por hacer ruido—. ¿Es su primera vez? —preguntó con una sonrisa zalamera, y la mujer giró la cabeza ofendida.

—Señorito, cállese antes de que nos echen —ordenó Sonsoles.

El director del hotel se retiró y el violinista retomó la melodía justo donde la había dejado. Sonsoles miraba de un lado a otro de la sala, en busca de Oda, cuando un sonoro «splash» retumbó por toda la estancia. Se sobresaltó al descubrir que una figura humana se movía bajo el agua espantando todos los peces. No, se

equivocaba. El ser no era del todo humano. Su piel dorada estaba cubierta por una tela blanca y vaporosa, que resultaba casi trasparente y cubría parte de su espalda, anudada en torno a su pecho; pero, bajo la cadera, su cuerpo había desaparecido y, en su lugar, había una larga cola que concluía en dos enormes aletas.

Cuando la sirena volteó bajo el agua para saludar al público e hizo que sus escamas resplandeciesen bajo las luces de los focos, Sonsoles se encontró frente a frente con Oda Lund. Única, inconfundible. La miró a los ojos a través del agua y el cristal, y ella le sonrió.

Tenía que estar soñando, o quizá había bebido más champán del que pensaba. «Las sirenas no existen». Hasta su sobrino de diez años lo sabía. Pero, si existían…, por supuesto, Oda tenía que ser una de ellas.

El público comenzó a aplaudir y se oyó algún que otro suspiro de admiración cuando Oda comenzó a girar sobre sí misma al ritmo de la música. Para el deleite de su público lanzó burbujas de agua, como si mandase besos a su audiencia, que se convertían en esferas flotantes que después hacía explotar con las aletas. Su cola era tan hermosa como toda ella, de un color turquesa pálido con reflejos plateados y violáceos que titilaban con cada uno de sus movimientos. En sus dos enormes aletas, el turquesa se convertía gradualmente en un gris opaco, al igual que ocurría en la aleta dorsal que recorría una especie de columna vertebral. La sirena continuó ejecutando trucos para el asombro de todos los presentes en una coreografía ensayada al milímetro, que incluía aros de metal que atravesaba con la cola, perseguir a los peces o apoyarse en el cristal para tomar impulso y girar hacia atrás. Oda se movía bajo el

agua con la misma gracilidad con la que una bailarina de ballet lo hacía sobre las puntas de sus zapatillas.

Tal vez fuera el alcohol, la magia de la música mezclada con la tenue luz y los peces que revoloteaban a su alrededor, pero, por un momento, estuvo segura de que lo que veía era real y no un mero espectáculo. No había ninguna otra explicación para los giros y las piruetas que hacía Oda sin perder la sonrisa y sin esfuerzo aparente, salvo que llevase toda la vida haciéndolo. El mar era su medio natural, donde brillaba, si era posible, aún más que en tierra firme.

De todos los presentes, Daniel Vargas era el único que no admiraba a la sirena, sino que estudiaba, con atención, la reacción de Sonsoles. Lo que él veía era una joven para la que el mundo entero, a excepción de Oda, se había desvanecido. Tenía los labios entreabiertos por la admiración y se sostenía ambas manos contra el pecho, apretándose los dedos, sobrecogida y ajena a sí misma y a todo cuanto no fuese la sirena.

Tras varios minutos que se antojaron una eternidad, Oda nadó hacia lo alto del acuario, allí donde la pared cubría el cristal y les impedía ver. La música se detuvo y los asistentes aplaudieron con deleite y se dispusieron a comentar entre sí lo que acababan de presenciar. El público no se marchó ni volvió a la fiesta de la piscina, sino que las puertas se abrieron y los camareros cargados de canapés y bebida se dispersaron entre los selectos invitados.

—Ha sido… —La voz de Sonsoles se entrecortó.

—¿Magnífico? ¿Onírico? ¿Sobrecogedor? —propuso su acompañante, pero ella negó con la cabeza.

—Demasiado corto.

Daniel rio, una vez más, ante su brutal e ingenua sinceridad.

—Me imagino que nuestra danesa favorita necesita respirar de vez en cuando.

—Respirar… claro.

Por un momento se había olvidado de que Oda era de carne y hueso, quizá porque durante un buen rato ella también había sido incapaz de tomar una sola bocanada de aire, aunque no estuviese bajo el agua.

—Es tan convincente que parece real, ¿verdad? —comentó Daniel, que se puso en pie y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

Ella ignoró el gesto.

—Ahora entiendo por qué los marineros creían ver sirenas —admitió, y Daniel rio de nuevo.

—Ay, perdona, amiga mía. ¿He jugado con tus sentimientos? Me temo que Oda solo es una excelente nadadora y una actriz pasable.

—La cola… ¿Cómo…?

—Es un disfraz de tela con lentejuelas cosidas.

—Tiene sentido… Se me da bien la costura, pero dudo que pudiese hacer algo tan hermoso…

—No te creas. De cerca se nota que quien la ha confeccionado no ha visto un pez de cerca en su vida, supongo que por eso sirven tanto champán gratis antes de la función. Pero seguro que tú te habrías maravillado incluso sobria, tienes esa clase de inocencia que los Vargas no hemos experimentado jamás.

Sonsoles se frotó las manos, nerviosa. Inocencia. Había renunciado a la suya hacía tiempo, igual que a su conciencia, que cada vez protestaba menos ante su mala costumbre de mentir a todos los que la rodeaban.

—Qué triste debe de ser vivir de esa manera. —Sonsoles se sobresaltó, creyendo por un momento que le habían leído la mente, pero no era su conciencia la que hablaba, sino Tobias Brahe, que parecía estar en todas partes—. Espero que Salvador sea la excepción a esa norma. Diría que le sobra la inocencia, al menos por ahora.

—Señor Brahe. ¿Cómo usted por aquí? Sabía de su afición por *Los cuentos de sal*, pero no que le gustasen también las sirenas —dejó caer Daniel, y Sonsoles se preguntó si sus palabras ocultaban un doble sentido.

—Me interesa todo lo que tenga que ver con el arte y la música, pero resulta que también es agradable la compañía de después. —Se dirigió a Sonsoles, que procuró mantener la cabeza agachada—. Su rostro me resulta familiar, señorita. ¿Nos hemos conocido antes?

—Es una prima lejana de Oda, ya se iba a verla al camerino. Está al final del pasillo. ¿No es cierto?

Sonsoles asintió, captando el mensaje, y se marchó sin decir una sola palabra de despedida. Si permanecía más tiempo allí, Tobias acabaría por atar los cabos que separaban a la cabizbaja niñera de la supuesta prima de Oda. Debía ser cuidadosa con sus salidas. Si un profesor de la escuela descubría que la tía de un posible alumno salía de noche con hombres solteros, podía sabotear el futuro de su sobrino. Tarde o temprano se descubriría que era, en realidad, una mujer casada, así que no podía dar aliento a rumores indeseados. Dejó que Daniel rodease al maestro con un brazo y le condujese hasta los canapés que acababan de servir, mientras ella caminaba por el pasillo en busca del camerino.

—¡Espera! ¡Eh! —oyó, y por un momento creyó que la llamaba Tobias, que había caído por fin en la cuenta de su verdadera identidad.

Pero era Pablo Soler quien avanzaba hacia ella con paso decidido, aunque algo zigzagueante.

—No se acerque a mí ni un paso más o me pondré a gritar —advirtió.

El hombre se detuvo, pero no porque se lo hubiese pedido, sino para secarse el sudor de la frente con un pañuelo que se sacó del bolsillo.

—Qué bochorno hace… Maldición.

—¿Qué quiere? —preguntó con recelo—. ¿Va a volver a amenazarme?

—No. No, yo… —Apenas era capaz de sostenerle la mirada, y lo cierto era que tenía mal aspecto, como si fuese a desmayarse y vomitar en cualquier momento—. Te he visto, en sueños, en pesadillas. No dejo de verte a ti y esa chica… No puedo pegar ojo desde hace días.

—¿Y yo qué quiere que haga?

Si estaba teniendo cargos de conciencia que le impedían dormir, poco castigo le parecía para el tormento que hacía pasar al servicio.

—¿Me… me perdonarías?

Ella frunció el ceño, sin dar crédito a lo que oía. Cuando había dicho hacía solo un rato que jamás olvidaría su comportamiento, ni de lejos habría esperado que de verdad fuese a llegar el día en que Pablo pidiese disculpas. ¿Le habría descubierto su padre y le habría obligado a pedir perdón para salvaguardar las apariencias? No. Si algo había aprendido Sonsoles en la casa de los Vargas es que en

Fontanada, y probablemente en cualquier otro lugar, los poderosos nunca se mostraban arrepentidos, y menos aún ante el servicio.

—¿Espera que crea que lo siente de verdad? —espetó—. Si tanto se arrepiente, compense a Silvia por el mal trago y pague por sus actos.

—Lo haré. Lo haré con tal de no seguir teniendo esos sueños… Necesito que salga de dentro de mí este… este agobio.

Se sacudió la tela del polo, a la altura del pecho, y entonces la vio: una de las pulseras de las sirenas. Al contrario que las otras que había visto, de ella colgaban al menos una docena de conchas azules. ¿De dónde la había sacado? Dudaba que el hijo del alcalde se hubiese parado a comprar la artesanía de aquellas peculiares mujeres en su puesto de la playa.

—Lo que haga y sus razones no son asunto mío. Tengo que irme, si me disculpa…

Antes de que pudiese dar un solo paso, Pablo le agarró la muñeca. Su mano estaba ardiendo y cubierta de sudor. Debía de tener fiebre.

—Está usted enfermo, váyase a casa.

—Me encuentro perfectamente, solo necesito… sacarme esto de la cabeza. —Se golpeó la sien con el puño de la otra mano y le apretó la muñeca aún más.

—Me está haciendo daño —protestó ella, con un gemido de dolor.

Valoró sus opciones. Si gritaba, alguien iría en su ayuda, pero ¿el que acudiera daría media vuelta al ver quién era el culpable? No llevaba nada encima con lo que defenderse, salvo sus propios

dientes. No dudó en agachar la cabeza lo bastante para morder la mano de Pablo con ímpetu hasta que la liberó.

—¿¡Te has vuelto loca!? —El hombre alzó la mano para golpearla y Sonsoles se preparó para el impacto, pero él mismo se detuvo—. No… yo… quiero decir… lo siento… no sé qué estoy haciendo, es culpa mía, solo quiero… solo quiero volver a ser yo mismo.

Se llevó la mano a la boca para contener una arcada.

—Debería usted irse a casa —repitió.

Sonsoles se dio la vuelta y echó a andar tan rápido como pudo para alejarse del hombre, que seguía hablando solo y que acabó por vomitar todo el champán que había bebido en el interior de un jarrón de porcelana. «Deberían prohibir el alcohol», se dijo, ignorando el escalofrío que le recorría la espalda. Había visto cómo se comportaba el hijo del alcalde cuando bebía más de la cuenta, y no se parecía en nada aquel hombre angustiado y desorientado. «Igual ha pedido ostras y le han sentado mal». No quiso mirar atrás para asegurarse de qué tal estaba. Una indigestión era lo mínimo que se merecía. Si quería su perdón y el de Silvia, tendría que esforzarse mucho más.

Se apresuró por los pasillos, siguiendo las indicaciones de Daniel hasta que distinguió una melena dorada en la distancia.

23

Oda Lund corrió hacia ella, tan resplandeciente que opacó todos sus pensamientos y preocupaciones como un eclipse lunar.

—¡Sol!

Su melena rubia seguía mojada. El cabello le caía sobre los hombros, ligeramente ondulado por la humedad y más largo que cuando lo peinaba y secaba con esmero para llenarlo de volumen. El sencillo vestido blanco que había elegido para esa noche se había vuelto traslúcido donde la tela se empapaba por el agua que desprendía su melena. La danesa sonrió al verla y se formaron unas finas líneas en el contorno de sus ojos, que tenían restos de máscara y kohl corridos que el agua no había logrado borrar del todo. En ese momento, Sonsoles la vio por primera vez como más humana que diosa, pero, lejos de romper el embrujo, le resultó aún más cautivadora. Privada de su maquillaje multicolor, su ropa elegante y su melena acicalada, era solo una chica a la que le gustaba nadar y tomar el sol en la playa, y Sonsoles deseó aprender a surcar las aguas para poder seguirla de cerca.

—Qué alegría que hayas venido. No estaba segura de si Daniel conseguiría convencerte.

La abrazó sin pedir permiso antes, como si de verdad fueran viejas amigas, y Sonsoles sintió que la humedad calaba su propio

cuerpo. La cercanía la pilló por sorpresa, tanto que apenas pudo devolverle el gesto. Se separó tras más tiempo del que parecía necesario para un saludo y se sacudió con la mano algunas de las gotas de agua que le habían mojado la ropa. Oda reparó en ello.

—Lo siento, debo de estar empapada y helada, todo lo contrario que tú. Tienes la piel tan cálida siempre que me dan ganas de abrazarte hasta que se me pase el frío.

—Es… el champán.

Se rozó las mejillas con la mano para comprobar que, en efecto, estaban ardiendo.

—¿Champán? Entonces seguro que te habrá gustado mi número, he oído que mejora cuando has tomado un par de copas —bromeó a medias antes de preguntar—: ¿Qué te ha parecido?

—Ha sido… Yo… no esperaba ver algo así.

Oda sonrió sin mostrar los dientes.

—Ya… Creías que bailaría sobre el escenario de la piscina con un tocado de plumas en el pelo, ¿verdad?

El silencio de Sonsoles y su gesto culpable bastaron como respuesta. La danesa rio.

—Resulta que me muevo mejor bajo el agua. Lo heredé de mi madre, aunque ella era mucho mejor actriz que yo. Pero al menos soy buena nadadora.

—Lo sé. Me salvaste cuando me caí de la barca. Pero no creo que pueda devolverte el favor, no soy ágil en la tierra ni en el agua.

—Ah, pero lo eres con las manos. Coses, cocinas… Yo no soy capaz siquiera de hacer un remiendo. Mira. —Le mostró un fino agujero en la tela del vestido, junto al bajo—. Llevo poniéndomelo roto semanas porque no sé cómo arreglarlo y me da pena tirarlo.

—¿Quieres… quieres que te lo cosa?

La mirada de Oda resplandeció.

—¿Lo harías?

—No creo que me lleve más de cinco minutos.

—¿En serio? Lo que daría por unas manos como las tuyas —dijo, sosteniéndolas un momento—. Puedes conseguir tantas cosas con ellas… Yo solo puedo hacerme pasar por una sirena.

—¿No tienes miedo?

—¿De qué?

—De que te confundan con una sirena de verdad.

Al decirlo en voz alta, se dio cuenta de lo tonto que sonaba su comentario. ¿Quién, en su sano juicio, dudaría de que las sirenas fuesen solo un cuento para niños?

Oda arrugó los labios en una sonrisa maliciosa.

—Si pensasen que soy una sirena, son ellos los que deberían tener miedo, ¿no te parece?

Recordó la forma en la que, según el cuento, la sirena había recuperado la cola, y la recorrió un escalofrío.

—¿Quién piensa que eres una sirena? —Daniel apareció tras ellas y se acercó hasta Oda para saludarla con un beso en la mejilla—. Enhorabuena, querida, otra actuación increíble. Te he traído un ramo de flores, pero me lo he olvidado en el coche.

—Así mejor, no quiero cargar con él toda la noche —bromeó.

—Ya, ya, las de tu clase preferís las algas y el coral. Me parece que por un momento has engañado a nuestra querida Sol.

—¿Ah, sí?

Oda alzó una ceja divertida y Sonsoles reprendió al señorito con la mirada. Sus mejillas se tornaron carmesí por la vergüenza.

—Para nada… Solo dije que parecía de verdad.

—Ah, pero ¿cómo estar seguros de que algo es real o no sin haberlo visto con tus propios ojos? —dijo Oda—. Cuando yo llegué a España, me parecía imposible que se pudiese ver el cielo azul más de una semana seguida sin que se nublase o lloviese. Dinamarca es un país acogedor pero frío.

Daniel resopló.

—Hablando de tu tierra natal, me ha costado horrores quitarme de encima a tu compatriota.

—¿Compatriota?

—Tobias Brahe. Parece empeñado en que os presente.

La sonrisa se desvaneció de la expresión de Oda.

—Dile que ya conozco a mucha gente. Y que prefiero a los chicos españoles. —Tomó de la mano a Daniel, después a Sonsoles, y tiró de ellos hacia la salida—. Estoy cansada de la alta sociedad. Hay luna llena esta noche. ¿Por qué no vamos a la playa?

—Me parece un plan maravilloso, pero antes necesito un trago. Aún no he bebido lo suficiente para olvidarme de mi apellido. ¿Os vais adelantando mientras consigo algo para beber?

Sonsoles había recobrado la sobriedad de golpe después de su encontronazo con Pablo y no sentía el menor deseo de seguir bebiendo, pero Daniel se marchó antes de que pudiese pedirle que no le llevase nada a ella. Se le encogió el estómago al darse cuenta de que estaría un buen rato a solas con la danesa y de que no tenía ni la menor idea de qué decirle. Dejaron el hotel atrás para dirigirse a la playa. Unos frondosos setos separaban la piscina, donde seguía el espectáculo del coro de baile y canto, de la línea de costa. Para asombro de Sonsoles descubrió que la extensa cala estaba

completamente vacía, en una enorme quietud y oscuridad iluminadas tan solo por el brillo de la luna. En cuanto estuvieron sobre la arena, Oda se descalzó y extendió los brazos en alto para acaparar tanta brisa marina como pudo.

—¡Vamos! ¿A qué esperas? —le dijo, tendiéndole la mano.

La imitó y se quitó los zapatos de charol con cierta reticencia, ¿y si se los robaban? ¿Y si se olvidaba de dónde los había puesto y no lograba encontrarlos de nuevo en la penumbra de la noche? Pero no era capaz de decirle que no a Oda. Así que aceptó su mano y corrieron juntas hasta la orilla. Oda metió los pies en el agua entre risas de pura alegría y la invitó a hacer lo mismo. Sonsoles logró resistirse solo un par de segundos, temiendo que estuviese fría, pero descubrió que el agua del Mediterráneo era cálida y agradable incluso de noche.

—¿No es hermoso? ¿El resplandor del mar bajo la luna? ¿La espuma deshaciéndose sobre la arena? —preguntó Oda, pero Sonsoles solo tenía ojos para ella.

Volvía a parecer una criatura de otro mundo. Un hada, tal vez.

—Sí…, lo es.

—Sé que supone un esfuerzo para ti salir de noche, al vivir con tu cuñado y tu sobrino, pero me alegro de que hayas podido escaparte.

«Tu cuñado». Primero sintió un puñado de culpa atragantándose en su boca, pero al momento se entremezcló con un mal sabor de rabia. Ella no había deseado aquella rápida boda en la iglesia del Pueblo, donde llevó su viejo vestido gris de ir a misa porque no había tiempo de conseguirle un traje en condiciones. Nunca quiso convertirse en la esposa de ningún hombre, y mucho menos de

Antonio. ¿Por qué le debía lealtad? ¿Por qué tenía que sentirse culpable por ser libre durante una noche? Fue Oda quien interrumpió su debate interno cuando la tomó del brazo entusiasmada.

—¡Paseemos!

La danesa echó a andar por la orilla antes de que su amiga pudiese reaccionar.

Sonsoles miró hacia atrás.

—Si nos alejamos mucho, Daniel no podrá encontrarnos.

—Bah. Seguro que ya está distraído hablando con alguien por el camino. Salir con él es así. Conoce a todo el mundo en esta ciudad. Admito que yo prefiero las constelaciones a las personas —dijo señalando hacia el cielo—. Cuentan mejores historias. ¿Has leído alguna vez la leyenda del hombre que se enamoró de una estrella?

—¿De una estrella? Eso es imposible —le reprochó.

Disfrutaba de *Los cuentos de sal*, pero algunos iban demasiado lejos.

—Por supuesto que no. El corazón de las personas es caprichoso y ama más allá de la lógica y el deber. Dice el cuento que existió una vez un hombre que miraba al cielo cada noche, como estamos haciendo tú y yo, hasta que se dio cuenta de que había una estrella que brillaba mucho más que las demás, como si le estuviese llamando.

—Eso…, eso sí puedo entenderlo —admitió.

Había personas así, que emitían luz propia en mitad de la penumbra, como Oda. Ella podría haber sido aquella estrella si en lugar de estar hecha de carne y hueso fuese una bola de fuego a años luz de distancia. Aunque a veces Sonsoles juraría que estaba tan lejos del resto de los mortales como un astro celeste.

—El hombre empezó a obsesionarse con aquella estrella sin nombre. Preguntó a todos los habitantes de su pueblo si la conocían, si sabían cómo se llamaba, pero nadie más parecía reparar en ella. Era una estrella normal y corriente, ¿a qué venía tanto revuelo? Pero él no podía quitársela de la cabeza. Por eso un día bajó hasta la playa, donde podía contemplar el horizonte. Una playa igual que esta, incluso puede que todo ocurriese aquí. El hombre se detuvo cuando sus dedos rozaron las olas y comenzó a gritar:

»"¡Estrella, estrellita! ¿Cuál es tu nombre? Si lo supiera, podría amarte como es debido. ¡Estrella, estrellita! Dime cómo he de llamarte". —Oda rio mientras imitaba la voz del desesperado hombre —. Gritó y gritó, pero la estrella estaba demasiado lejos. Quien sí le escuchó fue la luna.

»"La estrella no puede oírte, pero ven aquí mañana y gritaremos entre los dos".

»"¿De qué servirá? Seguirá estando igual de lejos que hoy", respondió el hombre apenado.

»"Esta noche estoy débil, soy luna nueva, pero poco a poco iré creciendo y seré más fuerte para gritar más alto", explicó la luna.

—¿Volvió al día siguiente entonces? —preguntó Sol mientras continuaban paseando entre las olas.

—¡Claro! La luna en cuarto creciente era algo más grande y fuerte, pero su voz seguía sin llegar hasta la estrella.

»"Ven mañana, mi voz llegará más lejos".

»Y, así, acudió día tras día a la playa. Se detenía en el mismo lugar. El agua que al principio le acariciaba las plantas de los pies le empezó a llegar primero por los tobillos, y después por las rodillas. La marea subió cada día que pasaba hasta que le llegó a la cintura.

»"Es inútil", sollozó cuando la luna estaba casi llena, "nunca me escuchará. Uno puede enamorarse de una estrella, pero es inútil pretender que te ame de vuelta. Seguiré amando, devoto y en silencio; es el lugar que me corresponde" —declamó, como si estuviese subida a las tablas de un teatro.

»"No te rindas cuando ya casi lo hemos conseguido. Dentro de unas pocas horas estaré llena por completo, en mi máximo fulgor. No te vayas, aguanta un poco más" —en esa ocasión tomó las manos de Sol, como si le suplicase a ella—, pidió la luna, que se había enamorado en secreto de aquel hombre y de las palabras de amor que le dedicaba a la estrella.

»"De acuerdo, lo intentaré una última vez".

»El hombre permaneció inmóvil, decidido a luchar hasta que su esperanza se extinguiese del todo. Siguió llamando a la estrella sin nombre, tan concentrado que no se percató de cómo la marea continuaba creciendo hasta que una ola le arrastró mar adentro. — Imitó entonces el movimiento del mar y estrechó a Sol por un instante, igual que hizo el feroz oleaje con el protagonista del cuento.

»La luna brilló, llena a rebosar, pero ya era tarde. Llamó al hombre bajo el agua tan fuerte que la distante estrella, completamente dormida en la lejana galaxia, despertó, con legañas en los ojos.

»"¿A quién llamas con tanto empeño?", preguntó entre bostezos.

Oda abrió la boca y estiró los brazos como si acabase de salir de la cama, lo que hizo reír a Sonsoles.

—«Al hombre al que amo», sollozó la luna. «Creo que nunca volveré a verlo. No sabía nadar y, por su culpa, el mar se lo había

tragado».

»La estrella rio, creyendo que se trataba de una broma.

»"Qué tontería, un astro no puede enamorarse de una persona". ¡Fin!

Oda se quedó en silencio, con la mirada perdida en el océano ante ellas.

—¿Y ya está? ¿Se acaba así? —le reprochó Sonsoles, insatisfecha —. Pues vaya, qué triste…

—Los cuentos no tienen por qué ser dichosos. Nos explican verdades, eso es lo importante.

—Es cierto: uno no debe acercarse al agua si no sabe nadar.

La mujer rio.

—Supongo que tienes razón. Aunque yo no pensé eso al escucharlo por primera vez.

Sonsoles se detuvo y ambas mujeres quedaron la una frente a la otra, mirándose a los ojos mientras el suave oleaje subía y bajaba hasta acariciarles las plantas de los pies.

—¿En qué piensas tú? —se atrevió a preguntar.

—El hombre se enamoró de la estrella y todo el mundo le dijo que un astro nunca le correspondería, pero resulta que la luna sí le quiso. A veces creemos que algo es imposible porque no miramos en la dirección adecuada.

Sonsoles jugueteó con el filo de sus uñas, nerviosa de pronto. ¿Significaba que se había dado cuenta de que su atención siempre estaba puesta en ella? ¿Quería que dejase de admirarla y se fijase en otra persona, en Daniel quizá? Él le había dicho que la danesa había empezado a cansarse de él. ¿Oda había querido verla esa noche, pasar tiempo con ella a solas, para decirle todo eso?

Sonsoles se abrazó a sí misma.

—Supongo que es cierto…

—Daniel te ha regalado el mismo pintalabios que uso yo, aunque se ve diferente en tu tono de piel, lo he reconocido enseguida. —Sonsoles agachó la cabeza, avergonzada—. Podría haberte dado el mío, si me lo hubieses pedido.

La oferta la tomó desprevenida y, a la vez, la abrumó.

—¿No te parece raro? ¿Que me peine como tú, que use ropa como la tuya, que me pinte los labios del mismo rojo?

Oda sonrió.

—Solo me visto y me peino a la moda, no tiene nada de especial. Lo que pasa es que… creo que estás mirando a las estrellas en vez de a la luna. E incluyo a Daniel; si no tenéis más cuidado, empezarán a pensar que sois amantes.

—¿Amantes? Por Dios, no. —Negó con la cabeza. Aunque no fuese la primera en sugerirlo, no soportaba que la danesa también pudiese caer en ese malentendido—. Yo nunca… He llegado a sentir cariño por el señorito, pero jamás de esa forma. Sé que otras habrían caído rendidas, pero yo… Puede… puede que esté rota.

—Todos estamos rotos de un modo u otro, ¿no te parece?

—¿Tú también? —preguntó Sonsoles, incrédula.

—Por supuesto. —La idea de que pudiera ser de otra forma pareció divertirla—. ¿Por qué una mujer joven y hermosa se mudaría a un país lejano donde no conoce a nadie y empezaría de cero si no lo estuviese? Te habrías dado cuenta si hubieses prestado atención a la luna. No soy lo que tú piensas, Sol. No soy perfecta, ni única ni especial. Soy bella, sí, pero algún día me marchitaré, mi pelo dorado se volverá blanco, mis huesos se encogerán y entonces ¿qué será de

mí? No soy una actriz talentosa como mi madre ni sé usar las manos para trabajar como tú. ¿A qué puedo aspirar?

Se miraron a los ojos y Sonsoles sintió que la veía por primera vez. Las sutiles pecas allí donde le había dado demasiado el sol, las grietas en sus uñas causadas por la sal del mar, sus dientes inferiores, ligeramente torcidos tras los labios siempre rojos. Las estrellas eran la Oda de su imaginación, la que poblaba las fantasías de todos esos hombres que la observaban con lujuria, resentidos por no poder poseerla. La luna, la Oda real, una chica danesa que huía de su pasado, pero que no podía dejarse a sí misma atrás, a la que le gustaba nadar al amanecer y bailar al caer la noche.

—Cualquier mujer querría ser como tú.

—¿Lo dices por ti?

Dio un paso hacia ella, cerrando la distancia que las separaba hasta que solo la brisa marina se entrometía entre ambas.

—Si yo pudiera parecerme solo un poco más a ti… daría lo que fuera a cambio —admitió con firmeza.

La vergüenza, el pudor, se habían desvanecido y solo quedaba la verdad. Luna o estrellas, Oda lo era todo.

—Oh, mi brillante Sol.

La estaba mirando, pero ella solo podía ver sus pestañas de un rubio oscuro cayendo sobre sus iris azules. Oda recolocó uno de los mechones de su pelo negro, alborotados por el aire salino, tras la oreja. Después, su mano descendió poco a poco hasta su cuello y la piel de Sol se estremeció. Estaban tan cerca que podía sentir su respiración y el aroma salado que emanaba de su piel.

—¿Cuándo te darás cuenta de que tú no quieres ser como yo? No quieres mis cosas ni mi apariencia… me quieres a mí.

Se inclinó sobre ella, lo bastante despacio para que pudiera apartarse si lo deseaba, pero quizá no se tomara su tiempo para permitirle retroceder. Tal vez solo estuviese retrasando el momento, deleitándose con el tamborileo de su corazón, contando los segundos que transcurrían mientras esa chica española contenía el aliento.

Los labios de Oda se posaron sobre los suyos y todos los astros del firmamento encajaron por fin para Sonsoles. Inhaló su olor fresco y dulce mientras su cuerpo respondía al roce de sus caricias por instinto. Le devolvió el beso, torpe, sin saber qué era lo que se suponía que tenía que hacer. Dejó que sus manos se aferrasen a la tela del vestido, sobre la cintura de Oda, y que estrechasen la atlética figura de ella sobre sus acogedoras curvas. Entreabrió la boca en una exhalación de placer, un alivio y un anhelo a la vez, que no habría imaginado posibles, y dejó que Oda hiciese con ella cuanto quisiese: sostuvo su rostro, se entrelazó en su pelo negro para no dejarla ir, aunque en realidad no existía otro lugar en el mundo en el que Sonsoles anhelase estar en ese momento que no fueran sus labios, aunque su corazón pareciese estar a punto de explotar en su pecho.

Oda tenía razón. La deseaba con todas sus fuerzas, necesitaba empaparse de ella, admirarla hasta consumirse en su propia ansia, y, ahora que no podía ignorarlo más, ahora que el sentimiento que había ocultado hasta de sí misma era dolorosamente obvio, por fin su mundo cobraba sentido.

Podría haber seguido besando a su sirena, su luna, su estrella, hasta que las interrumpiese la luz del amanecer, pero no fue la llegada del sol lo que arrancó a Oda de sus brazos antes de tiempo,

sino un grito. Un chillido de mujer que entrecortó la paz de la noche, tan solo interrumpida por la lejana música del hotel. Al primer grito le siguió un segundo, después otro, y, por último, el sonido de un barullo. Sillas, mesas volcándose, gente huyendo, alguien que pedía auxilio, «llamad a un médico», «que venga la Guardia Civil».

—Se… seguro que no es nada —dijo Sonsoles cuando las dos mujeres se miraron, intercambiando la misma sospecha.

¿Otro asesinato? ¿Es que acaso la muerte las estaba persiguiendo al acecho? Claro que a la parca que asolaba la costa de Fontanada no parecían interesarle las mujeres en lo más mínimo. La respiración de Sonsoles se entrecortó cuando Oda verbalizó sus temores en voz alta.

—Proviene del hotel. Daniel…

El benjamín de los Vargas era una presa perfecta para ese asesino que parecía regodearse en robar la vida de jóvenes deseados y envidiados, con un imán para los problemas y una conducta cuestionable.

Sin dudar un segundo, echaron a correr sin pararse a buscar sus zapatos en la arena.

24

Cuando Sonsoles y Oda llegaron a la piscina del hotel, se encontraron con el escenario de una catástrofe. Había sillas volcadas por doquier y gran parte de los huéspedes y los clientes, que hasta hacía unos minutos disfrutaban de una agradable noche de verano habían salido corriendo, dejando atrás bebidas a medias y alguna que otra pertenencia, como pañuelos o cigarreras. Los que se habían quedado, en shock o dominados por sentimientos morbosos, se asomaban incrédulos al borde de la piscina y comentaban el suceso entre sí.

Sonsoles caminó directa hacia el borde del agua, pero Oda la detuvo tirándole del brazo.

—Espera —susurró, justo antes de alzar el pulgar para quitarle restos del pintalabios corrido en la barbilla.

Sonsoles se estremeció ante su contacto. El beso de Oda le había resultado tan natural, su deseo tan evidente, que no había tenido tiempo de percatarse de que el momento que habían compartido resultaba, a ojos de muchos, una aberración. «Otro secreto más, otra mentira». Si existía ese infierno del que tanto la habían precavido, tendría que arrepentirse de demasiadas faltas para eludirlo. De todos sus otros pecados se lamentaba a medias, pero se le encogió el corazón de dolor al comprender que debían esconder

algo tan hermoso. La euforia dio paso al pesar demasiado rápido. Habitaban un mundo en el que la pérdida, la muerte y los crímenes más horrendos aguardaban a la vuelta de cualquier esquina, ¿por qué resistirse a celebrar aquello que era bello mientras aún fuese posible?

Su atención volvió al agua, cuyo interior no podía discernir tras el tímido barullo.

—No sé si quiero mirar. Si le ha pasado algo al señorito… —admitió en un susurro.

Su temor se disipó cuando Daniel las llamó. Aún llevaba una botella de Vega Sicilia en la mano, que debía de haber conseguido directamente de la bodega del restaurante.

—¡Señoritas! ¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien? He oído gritos.

—Gracias a Dios… —suspiró aliviada.

—Sí, estábamos en la playa. ¿Tú tampoco lo has visto? —preguntó Oda.

Daniel negó con la cabeza.

—He sobornado al *maître* para que me dejase elegir la botella de vino y después me he encontrado con… un conocido. —Se aclaró la garganta—. ¿Por qué se ha marchado todo el mundo? No me digáis que… ¿otra vez? —Una sombra cruzó su semblante.

Una mujer que lucía un pesado collar de perlas, y que se aferraba del brazo de su marido para mantener el equilibrio, se inmiscuyó en su conversación.

—¡Ha sido horrible! ¡Espantoso! Estábamos bebiendo tranquilamente cuando apareció entre los arbustos. Al principio creí que se trataba de un borracho, pero entonces se puso bajo los focos y llevaba el polo empapado de sangre. ¡Tanta sangre! Y luego…

luego… se tiró al agua, y el agua se volvió sangre también. —Le dio un vahído y su esposo gritó llamándola por su nombre mientras le daba palmaditas en el rostro.

Los tres amigos se miraron entre sí. ¿Quién había sido la víctima esa vez: otro joven heredero o un futuro esposo? ¿Qué familia amanecería con una terrible noticia que la truncaría para siempre?

Daniel se aproximó al borde de la piscina y consiguió abrirles paso entre el gentío. Dos hombres se habían lanzado al agua para sacar a la víctima, con la vana esperanza de poder salvarle. Sin embargo, en cuanto le dieron la vuelta y descubrieron sus ojos clavados en el infinito, sin ver nada, supieron que ya era tarde. Aun así, tiraron del cuerpo para sacarlo del agua y con ayuda lograron colocarlo sobre el suelo. Tal y como la mujer había descrito, el agua a su alrededor se había tornado de color carmesí.

Sonsoles emitió un grito ahogado al distinguir el rostro del fallecido.

Pablo Soler tenía el cuello lleno de puñaladas, de lado a lado, igual que el resto de las víctimas. Los brazos le caían inertes en torno al cuerpo mientras le movían. Daniel apartó la vista, pero Sonsoles no pudo hacerlo. Necesitaba absorber cada detalle si quería aferrarse al presente. El pelo normalmente pulcro de Pablo revuelto por el agua, su fino bigote, el caro reloj de importación en su muñeca, sus manos blandas, que jamás conocieron el trabajo duro, y la pulsera de conchas azul cian.

No se parecía en nada al militar con el que se topó en el atajo. Y, sin embargo, los recuerdos se sucedían en su mente, entremezclados. Ricardo sobre las rodillas de Oda, la playa, el monte, Javier entre las rocas, el caño, la piscina, el lobo, las manos

de Oda manchadas de sangre, las suyas, Rocío prometiéndole que lo solucionarían juntas. Tuvo que agarrarse a Oda un segundo para no desvanecerse.

—¿Estás enferma? Deberíamos buscar un médico… —dijo Daniel a su lado.

—Nada, no es nada… —logró mascullar, y la danesa la rodeó con el brazo para confortarla.

Y pensar que por un momento, un instante de duda fugaz y debilidad, había llegado a sospechar de ella. Qué necia había sido. Como si Oda tuviese la sangre fría suficiente para acabar así con una vida. No, el líquido en sus venas era tan cálido como su piel. Quienquiera que hubiese hecho aquello ignoraba lo que era el remordimiento.

Un grito desgarrador sobrecogió aún más a los presentes.

—¡Pablo! ¡Pablo! ¡Apartaos! ¡Quitaos de en medio! ¡Mi hijo…! ¡Mi hijo no…! Es mi hijo… no… no.

El alcalde se agachó junto al cuerpo del joven y lo sostuvo desesperado, igual que si fuese un niño que no pesara nada. Lo abrazó mientras gritaba su nombre para que despertase. De pie, a su lado, observaban la escena el señor Alvarado y Juan Arias. El primero con la mandíbula tensa, como si evaluase de qué manera iba a afectar aquella escena a su negocio, y el segundo, pálido. Si hubiese encontrado ya al culpable, el prometedor hijo del alcalde seguiría vivo.

—Ese conocido que te ha retenido… ¿no será el bueno de Juan, por algún casual? —preguntó Oda con un ademán irónico.

Daniel carraspeó para cambiar de tema.

—Me parece que ha estado ocupado haciendo negocios a espaldas de mi madre.

Sonsoles se preguntaba si aquello tendría algo que ver con la construcción del hotel cuando su mirada se cruzó con la del teniente coronel. Su curiosidad sobre qué traía al respetado y sobrio hombre a un lugar tan banal fue sustituida por el miedo.

—Tenemos que marcharnos de aquí, sobre todo Oda. Vámonos, deprisa.

—¿Yo? ¿Por qué?

Miró hacia Daniel. Hasta donde sabía, Oda no le había contado que habían sido ellas quienes encontraron a Javier, ni tampoco habían hablado del tema.

—Eres extranjera, una «sirena»… Les resultará fácil incriminarte.

Daniel se encogió de hombros para dejar claro que no tenía ni la menor idea de lo que había en la mente de su cuñado.

—Estoy de acuerdo en la parte de largarnos de aquí. Las cosas se van a poner feas en general y se me ha revuelto el estómago. Voy a por las llaves del coche, esperadme en el aparcamiento.

Oda asintió e iba a emprender la marcha hacia la retahíla de coches que se extendía a un lateral del hotel, pero Sonsoles la detuvo.

—No podemos marcharnos descalzas. Será solo un momento.

Puede que aquello sonase absurdo cuando había un asesino suelto por ahí, pero no quería renunciar a los hermosos zapatos de charol blanco.

—De acuerdo, démonos prisa.

Volvieron sobre sus pasos para buscar en la arena; por suerte, la marea no había subido lo suficiente para arrastrarlos. Sonsoles les

sacudió la arena con unos cuantos golpecitos. Puede que el mar fuese hermoso, pero los finos granos resultaban de lo más inconvenientes. Intentó ponérselos haciendo equilibrios sobre una pierna y Oda se agachó para ayudarla. Le sostuvo el tobillo con delicadeza y deslizó el zapato de tacón, que se ajustó como si estuviese hecho a medida. Repitió el proceso con su otro pie y, de algún modo, Sonsoles sintió que era un gesto aún más íntimo que el beso que habían compartido.

—¿Por qué le tienes tanto miedo a Arias? —preguntó la danesa mientras se incorporaba—. ¿Te hizo daño el día en que te interrogó? —Su voz, normalmente cantarina, sonó fría y amenazante.

Negó con la cabeza.

—Quería saber cosas sobre los Vargas, si yo había visto algo. Dijo… dijo que sería muy fácil convertirte en asesina a ojos del resto.

Al parecer, el guardia civil también se había percatado de cuánto le importaba la danesa, antes incluso que ella.

—Ese hombre es un necio —resopló, dejando claro que no le tenía ningún miedo—. No permitas que juegue contigo.

—Si Arias intenta señalarte o empiezan a correr rumores sobre ti, prométeme que te marcharás —le pidió, pero Oda seguía sin amedrentarse.

—Solo si vienes conmigo. Aún no he decidido si volver a Londres o a Copenhague, pero me has prometido que me coserías este vestido. —Sostuvo la tela para ilustrar sus palabras.

—De acuerdo.

No se molestó en explicarle lo absurda que resultaba su idea cuando no hablaba una sola palabra de inglés o danés y apenas sabía escribir en español. No le importaba que Oda no se tomase en

serio sus advertencias siempre y cuando mantuviese un perfil bajo por si Arias decidía cumplir su amenaza.

—Por ahora… evita tu casa unos días, hasta que se calmen las cosas. Es mejor prevenir que curar.

Emprendieron el camino de vuelta y, cuando llegaron al aparcamiento, a rebosar hacía solo unos minutos, encontraron que apenas quedaba media docena de vehículos, incluyendo el ostentoso descapotable que había pertenecido a Salvador Vargas.

—Es posible que tenga que buscarme otro trabajo después de esto —se lamentó Oda—. ¿Quién va a querer ver a seres de cuento en un lugar que se ha vuelto tan lúgubre?

Daniel las esperaba de pie, apoyado sobre el capó. Se apresuró a abrirles las puertas. La danesa se acomodó en el asiento del copiloto y Sonsoles en el trasero. Condujo en silencio por el sendero y el único sobresalto se produjo cuando tuvo que echarse a un lado para dejar paso a un convoy de la Guardia Civil. No tardaron demasiado en llegar a la nacional, donde apenas había tráfico. Sonsoles se preguntó si sus dos acompañantes cargaban con la misma sensación de extrañeza en el pecho que ella. Acababan de presenciar un suceso atroz, pero a solo unos pocos kilómetros el mundo seguía su curso como si nada. ¿Pablo Soler había muerto de verdad o solo se trataba de una pesadilla?

—De acuerdo, señoritas. ¿Adónde las llevo exactamente? —preguntó Daniel cuando las luces de Fontanada aparecieron en la distancia.

Sonsoles miró a Oda con un gesto suplicante.

—Creo que Sol se quedaría más tranquila si pasase la noche fuera, pero me temo que no tengo a donde ir.

—Te ofrecería mi casa encantado si no viviese con… ya sabes, con la temible reina de las nieves y el teniente coronel de la Guardia Civil.

«Y yo si no viviese con mi marido», se lamentó Sonsoles para sus adentros. Aunque quizá no hiciese falta.

—Hay un piso vacío justo debajo del mío. La antigua nana de Salva vivía allí con su hermano. Merche se lo ha ofrecido a varias familias, pero en cuanto descubren que una de las víctimas del asesino vivía allí, se niegan a ocuparlo. Sé dónde guarda la llave, lo uso normalmente para…, bueno, para cambiarme de ropa —admitió azorada—. Podrías esconderte ahí mientras se calman las cosas.

Daniel negó con la cabeza.

—No sé… Sigo pensando que estamos exagerando un poco. El hotel estaba lleno de clientes, alguien tiene que haber visto algo sospechoso. Seguro que hay pistas que conducen al asesino. Arias es un cretino, pero tampoco es tan incompetente…, creo.

—Solo serán un par de días, ¿no es cierto? —Oda apoyó la mano sobre su pierna para calmar sus nervios—. Mejor prevenir que curar —repitió sus palabras—.Y podría ser divertido. Una experiencia nueva.

Sonsoles suspiró, aliviada. Deseó que el señorito tuviese razón y que al amanecer descubriesen que Arias andaba tras la pista del verdadero asesino, o incluso que habían dado con él.

—Decidido entonces. Mientras tanto… —Daniel alzó la botella de vino que había escamoteado en mitad del caos—. ¿A alguien le apetece un trago? Oda, corazón, hay un sacacorchos en la guantera. ¿Te encargas tú?

—Eres de lo que no hay —le reprochó, pero siguió sus instrucciones y descorchó la botella con un rápido gesto.

Se veía que no era, ni de lejos, la primera vez que lo hacía.

Se giró en el asiento hacia Sonsoles y se la tendió.

—¿Quieres hacer los honores?

—¿Todo lo que ha pasado no os quita las ganas de beber? —preguntó, mirando la botella con una mezcla de náuseas y remordimientos.

—Precisamente por eso preferiría estar borracho. ¿Tú no?

La miró a través del retrovisor con una de sus sonrisas de diablillo.

«A la mierda». Se inclinó hacia delante y le quitó la botella de la mano para darle un largo trago. Se secó una gota de vino tinto que le había caído por el labio.

—El vino del zapatero sabe mejor que tu Vega Sicilia —sentenció, provocándole una risotada a Daniel, que pisó aún más el acelerador.

—Sé que tendría que estar horrorizado, pero, por alguna razón, me siento eufórico.

Entendía a qué se refería. El corazón le latía muy rápido en el pecho y notaba una energía latente en la punta de los dedos con la que no sabía qué hacer. Oda, en cambio, permanecía tan calmada y racional como de costumbre.

—Será porque sigues vivo. Si hubieses continuado caminando solo hacia la playa en lugar de haberte parado a hablar con ese conocido tuyo… Quizá tendrían que haberte sacado a ti de la piscina.

Hubo una breve pausa en la que ninguno supo qué añadir. Por lo que sabían, ningún hombre joven de Fontanada y sus alrededores estaba a salvo.

—Buen intento de tratar de arruinar mi buen humor, pero no lo vas a conseguir. Aquí no hay ningún asesino. Estamos solo nosotros tres, una botella de vino y una carretera que podría llevarnos a donde quisiésemos. Señoritas, si me vais a pedir que conduzca hasta que crucemos los Pirineos para no volver nunca atrás, es el momento.

Sonsoles notó cómo se le cerraba un nudo en el pecho ante aquella posibilidad. Se imaginó a sí misma, que no había salido del Pueblo hasta los veintiséis años, despertando una mañana cualquiera en Francia, presentándose como Sol a los desconocidos y bebiendo vino caro cada día, junto a Oda. Pero solo era una fantasía infantil, tan ridícula como las sirenas o los piratas con un loro en el hombro y una pata de palo.

—No diga sandeces, señorito Vargas.

Oda sonrió.

—Suena bien, pero aún tengo cosas que hacer en Fontanada.

Daniel suspiró resignado.

—Podéis cambiar de opinión cuando queráis en la próxima media hora. Pero me parece una lástima elegir el barrio de la Albufera pudiendo visitar París.

Acto seguido, encendió la radio y buscó entre las emisoras hasta dar con un programa musical. Se puso a canturrear para dejarles claro que no pensaba dar la fiesta por concluida.

25

Sonsoles le obligó a apagar la música para no llamar la atención de los vecinos cuando se acercaron a Fontanada. También le pidió a Daniel que detuviese el coche en la avenida de la zona céntrica, a unas cuantas manzanas de su barrio.

—¿Estáis seguras de que no queréis que os acompañe? —preguntó, y Oda le acarició el hombro.

—Dadas las circunstancias, creo que estamos más seguras que tú. Ve directo a casa. —Se despidió de él con un casto beso en la mejilla.

—Sol, cuídamela, de acuerdo. Ahí donde la ves, tan resuelta y segura de sí misma, es también una florecilla delicada con miedo a la oscuridad. Y a los colchones duros y las sábanas ásperas.

—Ya has dicho suficientes tonterías por hoy.

Oda dio un par de golpecitos sobre el capó del coche para indicarle que era hora de que se marchase.

Ambas se quedaron de pie en mitad de la calle vacía, observando cómo el descapotable se perdía en la distancia. Después Sonsoles la guio por las callejuelas más estrechas y oscuras para asegurarse de que ningún vecino con insomnio por culpa del pegajoso calor las viese mientras se refrescaba en el balcón.

—Tenemos que ser silenciosas —le recordó cuando llegaron a su portal.

Se quitaron los zapatos para no hacer ruido y subieron las escaleras a tientas. Sonsoles tomó la llave del piso bajo el felpudo donde Merche la escondía y la introdujo con movimientos sigilosos en la cerradura. Contuvo la respiración hasta que estuvieron en su interior y cerró la puerta tras de sí.

—Lo siento, este lugar no es gran cosa, pero nadie te molestará aquí. Y al menos sigue amueblado. Probablemente encuentres el colchón duro y no creo que haya sábanas siquiera…

Teresa y su hermano habían llegado con poco más de lo puesto y se habían ido del mismo modo. La vivienda era casi una réplica del piso donde ella vivía: la misma cocina sencilla con muebles y baldosas blancos, el mismo sofá de tres asientos de color marronuzco y las mismas cortinas sombrías. También compartían un aire impersonal que delataba que nadie había vivido allí durante el tiempo suficiente para considerarlo su hogar.

—Es perfecto, no te preocupes por mí, Sol. Diga lo que diga Daniel, me adapto fácilmente.

Sonsoles se frotó las manos, incapaz de disimular su nerviosismo. La idea de que Oda se ocultase allí le había parecido buena al principio, pero al ver a la cosmopolita e imponente mujer en aquella casa de materiales baratos y techos bajos resultaba evidente lo mucho que desentonaba en su mundo. La acompañó hasta el colchón desnudo y se preguntó cuál de los dos hermanos habría dormido allí. Oda se acomodó sobre él y botó un par de veces encima.

—No está mal.

Dio un par de golpecitos junto a ella para que Sonsoles se sentase a su lado.

—Hay agua corriente, pero procura no usarla más de lo imprescindible para que los vecinos no sospechen. Tampoco enciendas las luces ni te acerques demasiado a la ventana. Si puedes caminar descalza, mejor; estos techos y paredes son tan finos que uno se entera de todo lo que dice el de abajo. Te traeré ropa mañana por la mañana para que puedas cambiarte si quieres, y algo para comer y beber, aunque tendrá que ser pan y queso, porque si…

Oda la tomó de las manos y la forma en que la miró hizo que enmudeciese en el acto.

—Está bien, Sol. No tienes por qué preocuparte por mí, nada malo va a ocurrirme. Soy yo quien te está poniendo a ti en un aprieto.

Negó con la cabeza.

—Yo te he ofrecido venir a este lugar, es lo mínimo que podía hacer. Arias te tiene en su punto de mira por mi culpa, no dejan de suceder desgracias a nuestro alrededor y me pregunto…

—¿Sí?

Oda la animó a continuar al ver que enmudecía, y le apretó las manos para que supiese que estaba a su lado, que no pensaba soltarla. Y entonces Sonsoles lo dijo sin pensar, la sospecha que la perseguía antes incluso de llegar a Fontanada, desde el día en que Rocío enfermó.

—Me pregunto si me están castigando.

—Sol…

—Aunque no soy tan importante, ¿no es cierto? Pero todo el mundo al que me acerco…

Recordó entonces la conversación con Pablo justo antes de lo ocurrido, cuando él le había suplicado perdón y ella se lo había negado. Y ahora estaba muerto.

—No digas tonterías. ¿Por qué deberían castigarte? No le has hecho daño a nadie.

—Eso… Eso no es cierto. —Se apartó de Oda porque sus manos estaban sucias y no quería manchar las de ella—. Yo… Yo he… Soy… No soy como piensas.

Quería contárselo, confesar de una vez aquel secreto que su hermana se había llevado consigo a la tumba. Quizá así se hubiesen detenido las pesadillas, habría dejado de ver al lobo, de oír el agua del manantial, de sentir el cuchillo en su mano. Pero no pudo. Temía el desdén en los ojos de Oda más que a condenar su alma.

—No soy mejor que el asesino al que todos buscan.

La sirena se movió sobre el colchón para acercarse un poco más a ella.

—Eres una buena persona, Sol. Estoy segura de eso. He visto cómo cuidas a tu sobrino, cuánto te preocupas por Salva. También le he preguntado a Daniel por ti, más de lo que debería, y sé que tejiste ropa para el bebé de Paula, que cocinas para tu cuñado cada día, que les estás haciendo a los niños disfraces para la fiesta del colegio. No haces otra cosa que dar. —Tomó su mano con fuerza para que esa vez no la pudiese apartar—. Aquella noche, cuando me encontraste en la playa, dijiste que estabas segura de que, si lo hubiese matado yo, habría sido por una buena razón. Pienso lo mismo de ti. Si alguna vez has hecho mal… no habrá sido por gusto.

Sonsoles se encogió sobre sí misma ante la eléctrica mirada de Oda, tan azul y profunda como el océano que tanto amaba. Esa mujer que parecía haber vivido mil vidas y que por alguna extraña razón había decidido compartir una de ellas con una niñera sin ningún encanto.

—Todo eso que dices no es bondad, solo cumplo con mi deber, y eso apenas empieza a pagar los pecados que he cometido. Soy demasiado avariciosa por pensar que puedo… que me merezco…

—¿Satisfacer tus deseos?

Los dedos de Oda ascendieron para acariciar su rostro con dulzura, pero también había algo más en aquel roce, un cosquilleo que le quemaba la piel. Anhelo.

—Los deseos y el egoísmo llevan a las mujeres de cabeza al infierno. Es lo que solía decir el párroco del Pueblo.

—Si eso fuese cierto, yo habría estallado en llamas hace tiempo —bromeó con una sonrisa frágil—. Nuestra alma no vive en un cuerpo de carne para ponernos a prueba, sino para que podamos complacerla. Eso es lo que creo yo.

Apoyó la frente sobre la suya y se quedaron así, en silencio, durante unos segundos tan largos que podrían haber sido minutos mientras sus respiraciones se sincronizaban poco a poco. «Ojalá esto durase para siempre».

—Oda yo… no puedo. Lo que pasó en la playa…

—¿Nuestro beso? Puedes llamarlo por su nombre.

—Oda…

Le hizo alzar la barbilla, lo justo para que fuesen sus labios los que se rozaran. Los muelles del colchón rechinaron cuando Sonsoles

se movió por la sorpresa. Si iba a guardar un nuevo secreto, debía hacer espacio para él en su corazón. Le debía al menos esa verdad.

—Estoy casada. No pretendía mentiros, pero la señora de Vargas no me habría contratado si lo hubiese sabido. Mi cuñado… cuando murió mi hermana hubo una ceremonia, muy corta, sin apenas invitados ni anillos.

Alzó su mano para mostrar el vacío, y la danesa empleó la oportunidad para entrelazar los dedos entre los suyos y atraerla hacia sí.

—¿Le amas?

—¿Qué? No, jamás.

—¿Él te ama a ti?

¿Amar? Si ni siquiera la miraba. Dudaba que hubiese pensado en ella una sola vez en toda la noche, aunque se hubiese marchado a la carrera y no hubiese regresado aún. Pero si pudiese ver lo que estaba haciendo, si supiese lo que pensaba y sentía cuando Oda estaba cerca, la repudiaría como a un demonio.

—No ha superado lo que le pasó a mi hermana Rocío. —«Ni yo tampoco».

Oda alzó sus manos entrelazadas hasta ocupar la estrecha distancia que separaba sus corazones.

—Entonces ¿a quién le importa?

Sonsoles no dio crédito al escucharse a sí misma riendo.

—Salta a la vista que aún no has entendido cómo funciona este país. Todo lo que haga tu vecino es asunto tuyo.

Oda se encogió de hombros.

—Daniel me lo echa en cara continuamente. Piensa que las extranjeras que venimos a divertirnos no hacemos ningún esfuerzo

por entender que, cuando acaba el verano y el buen tiempo, la gente sigue viviendo aquí. Pero ¿sabes qué? Este año, cuando llegue el otoño, creo que ya habré resuelto todos mis asuntos en Fontanada. Me marcharé y tú también podrías venir conmigo. No bromeaba cuando lo propuse antes, no del todo.

Tendría que haberle preguntado si había perdido el juicio o si lo decía en serio, pero sabía que estaba muy cuerda, así que en su lugar dijo:

—¿No te molesta que esté casada?

—¿Por qué iba a hacerlo? Yo también lo estuve una vez. Me casé con diecinueve años con un productor de cine, un galés malhablado que me doblaba la edad, porque era una cabeza hueca y él me susurraba lo fascinante y madura que era y cómo le volvía loco. Al final resultó que lo que le enloquecía era el coñac. A los dos años me divorcié. Esas cosas pasan. Un matrimonio no es ni el principio ni el fin del mundo.

—¿Di… divorciada?

—Vaya, ¿te he horrorizado?

Negó con la cabeza. Por mucho que le sorprendiese la historia de Oda, por distinta que fuese la vida de las mujeres extranjeras, nunca podría pensar mal de ella. Tampoco tenía derecho.

—He hecho cosas peores.

—Entonces tu alma está condenada de todas formas.

—Me arrepiento de lo que pasó y pido perdón cada día por ello. —Acarició la medalla de la Virgen en su cuello—. Pero no creo que vaya a lamentarlo de verdad si tú… si yo…

—Esa es la clase de errores que merece la pena cometer.

Oda le acunó el rostro y, en esa ocasión, fue Sonsoles quien acabó con la distancia entre ambas. Sus labios se encontraron con avidez en la oscuridad y el silencio del piso vacío, y se negaron a separarse. Oda la atrajo hacia ella, la apretó contra su cintura y se besaron con el aliento contenido para no hacer un solo ruido. La echó con cuidado sobre el colchón y ella se dejó llevar como una marea que viene y va con la luna. Cada nueva caricia de Oda la pillaba desprevenida y estremecía su piel hasta erizarle todo el vello. Recorrió cada milímetro de sus brazos, sin dejar de besarla, y cuando los hubo memorizado pasó a sus piernas desnudas, empezando por sus temblorosas rodillas, subiendo poco a poco por sus muslos. Sonsoles sentía el cuerpo de la sirena sobre el suyo y, aunque ansiaba recorrerlo igual que hacía ella, su cercanía era suficiente para aturdirla y paralizarla.

—Eres… tan acogedora —susurró a su oído, y ella ni siquiera pudo responder, le temblaba todo el cuerpo.

«Tú lo eres todo», pensó cuando los labios de Oda descendieron por su cuello y le besaron la clavícula con tanto ímpetu como si quisiese cavar en su pecho hasta llegar a su corazón. La espalda de Sonsoles se arqueó como si tuviera vida propia ante el contacto.

—Tan tierna… —Las manos de Oda se aferraron a sus caderas, y ella se estrechó contra su vientre y la rodeó con las piernas, esclava de unos instintos que ni siquiera comprendía del todo—. Quería tenerte así desde la primera vez que te vi, tan suave como el agua —susurró, y un gemido se escapó de sus labios mientras le levantaba la falda hasta la cintura.

Sintió la palma de su mano apretándose contra su vientre, y después las yemas de sus dedos bajando poco a poco, por encima

de su ropa interior de algodón blanco, tan empapada que se había vuelto traslúcida. No sabía qué era lo que le estaba haciendo, pero no quería que se detuviese. La acarició sobre la tela mientras la besaba y todos los músculos de su cuerpo respondieron al roce. Perdió por completo la noción del tiempo, podrían haber pasado cinco minutos o cinco horas cuando Oda susurró en su oído.

—¿Puedo… entrar en ti?

Sonsoles asintió, porque no quería que se detuviese. No habría podido soportarlo si lo hubiera hecho. Oda apartó a un lado la tela de algodón y el roce de sus dedos fríos en la piel ardiente le hizo perder lo que quedaba de razón y de pudor. Los dedos de Oda eran atentos pero fuertes, certeros pero ávidos, y la atravesaron con un relámpago. Se encogió en torno a ellos con cada movimiento, se aferró a los brazos de la danesa con una mano y se cubrió la boca con la otra para acallar los gemidos que emanaban contra su voluntad. Oda siguió dejando su marca dentro de ella, encontrando con insultante facilidad un rincón de su anatomía que ella ni siquiera sabía que existía. Cuando lo hizo, toda ella estalló en un temblor que la empapó de sudor y que hizo sonreír a Oda, satisfecha. Sintió la humedad impregnada en sus dedos mientras la conducía a través de su cuerpo. Puede que dijese que, de las dos, Sonsoles era la calidez y ella el frío, pero la piel de Oda también ardía.

—Ahora somos parte la una de la otra —susurró a su oído.

Quedaron atrapadas en una espiral intermitente de besos, caricias, desnudez y sueño que diluyó el espacio y el tiempo. Su mente estaba tan aturdida que casi no se dio cuenta de que había amanecido. Permanecieron tumbadas, enredadas la una en la otra. Era difícil distinguir quién se recostaba sobre quién. La cabeza de

Sonsoles sobre el pecho de Oda, los brazos de la sirena rodeándola, sus piernas entrelazadas en un laberinto sin salida.

—Debería… debería marcharme —dijo al distinguir la luz anaranjada que entraba en el salón.

Oda tomó su mano y la llevó hasta sus labios para depositar un beso sobre ella.

—Quédate —pidió, aunque sabía que no tenía otra opción.

Si Merche y las parroquianas de la peluquería no la veían en misa ese domingo, comenzarían a hacer preguntas. No pudo resistir la tentación de acariciar su cabello dorado y, en un alarde de valor, le dio un beso de despedida. Por un momento quiso creer que de verdad era suya, aunque sabía bien que, a pesar de lo que hubiese dicho esa noche, ni un solo fragmento de Oda le pertenecía a nadie.

Se incorporó sobre la cama, perfectamente consciente de que la danesa seguía cada uno de sus movimientos con su mirada gatuna. Se puso en pie y se propuso salir de allí tan rápido como pudiese, por miedo a caer de nuevo en la tentación, pero Oda la detuvo con una risa cantarina.

—Mi querida Sol no piensa con claridad cuando está despierta toda la noche. ¿No vas a cambiarte de ropa?

Sonsoles se miró a sí misma y comprobó que, en efecto, se había puesto el vestido que Daniel le había regalado. Asintió con la cabeza para darle las gracias y se dirigió al baño azorada. Al verse reflejada en el espejo, recobró la lucidez por un momento. De su pintalabios no quedaba ningún rastro, y la sombra de ojos se había corrido por culpa del sudor y la humedad. ¿A quién tenía delante? Le costaba reconocerse. Ante ella se hallaba el rostro que le gustaba tanto a Oda para besarlo hasta el amanecer, pero también el de una

adúltera, el de una asesina. Le fallaron las piernas y se agarró al lavabo para mantener el equilibrio. «¿Cómo voy a ser una buena persona?». Merche y sus parroquianas utilizarían palabras mucho más duras que «sirena» si alguna vez llegaban a descubrir lo que había hecho esa noche y cuánto lo había disfrutado. Lo mismo que la había hecho sentir viva, por primera vez en años, a ojos de muchos le hacía merecer un castigo.

Abrió el grifo y se frotó la cara con una pastilla de jabón que también había quedado atrás.

Siempre había sospechado que había algo que no funcionaba correctamente en su interior, lo intuía por la desaprobación de sus padres cada vez que rechazaba a un pretendiente, pues nunca había comprendido la emoción de las jóvenes del Pueblo por casarse cuanto antes para descubrir qué les aguardaba en la noche de bodas, o por la forma en que el cuerpo de su esposo tendido a su lado le provocaba tanta incomodidad y recelo que pasaba la noche encogida en un lateral del colchón por miedo a rozarle por accidente. Había creído que quizá matar a un hombre le había arrebatado un pedazo de su corazón, pero en Oda había encontrado todas las respuestas que le faltaban. Su cuerpo no era hostil, sino evocador, no le causaba la necesidad de encogerse, sino el ansia de consumirlo, de enroscarse en torno a ella como una serpiente para no dejarla ir. No había forma de que pudiese saciarse de Oda: la quería entera, de los pies a la cabeza. Se echó a reír de pura incredulidad. No. No había salvación para Sonsoles. Por mucho que se lavase el olor de Oda, estaba impregnada de toda ella, y quizá no consiguiese borrarlo nunca, quizá no quisiese.

Solo quería borrar la vergüenza.

Se frotó la cara con ímpetu hasta que le ardió la piel.

Desviada. Perdida. Echada a perder.

El jabón se le escurrió de las manos y cayó por detrás del lavabo. «Serénate», se ordenó a sí misma mientras se agachaba para recogerlo. Lo levantó de las baldosas y, al hacerlo, descubrió un pequeño fragmento de concha azul. Lo tomó entre los dedos para estudiar sus bordes cortantes y su superficie rayada. Parecía que alguien lo hubiese roto y que hubiese recogido todos los trozos salvo aquel, que había quedado escondido tras el lavabo.

—¿Qué hace esto aquí? —susurró para sí misma.

Recordó que Teresa también tenía uno de aquellos amuletos, pero la concha en el suyo era blanca. Puede que perteneciese a su hermano. Un mal presentimiento le recorrió la columna vertebral hasta tensarle los hombros. Qué casualidad tan funesta que todas las víctimas tuviesen joyas de las sirenas. ¿Sería alguna clase de moda entre los jóvenes? Por mucho que las repudiasen, su influencia en Fontanada era demasiado honda e intrincada como para renegar de ellas con un simple aspaviento.

Se cambió de ropa y se guardó el trozo de concha en el bolsillo de su uniforme de niñera. «Debería bañarme al llegar a casa», se dijo, convencida de que su pecado podía olerse. Salió del cuarto de baño, se asomó a la habitación y vio que Oda se había quedado dormida sobre el colchón, con el pelo alborotado y un aire inocente. Estaba preciosa, tanto que le daba miedo tocarla para despedirse por si la contaminaba o por si volvía a quedarse atrapada en ella.

«No deberías volver a ver a esta mujer», se dijo, pero sabía que le habría sido más fácil convertirse en una sirena de carne, hueso y escamas, y desaparecer en el fondo del mar, que alejarse de ella.

26

Los titulares del periódico matinal del domingo hablaban de un nuevo asesinato en un lujoso hotel de la costa. Aunque omitían la identidad de la víctima y los detalles más escabrosos, no tardó en correrse la voz por toda Fontanada de que se trataba de nada menos que del único hijo varón del alcalde, Pablo Soler, el orgullo de la ciudad, un joven abogado con un resplandeciente futuro por delante. Qué tragedia tan grande, qué desperdicio. Sus padres debían de estar destrozados. ¿Quién podía haber cometido un crimen tan atroz? Ya no se trataba de un tahúr forastero que se gastaba el jornal apostando a las cartas, de un camarero de locales de dudosa reputación ni de un cantante melenudo que había abandonado el hogar familiar para dejarse llevar por un sueño juvenil absurdo. Lo mejor de la sociedad fontanadina había sido amenazado, y si el hijo del alcalde no había podido librarse del peligro, ¿quién estaba a salvo?

Después de la misa, los hombres de la Albufera se reunieron en su bar de confianza a tomar el vermut mientras las mujeres emprendían el camino de vuelta al hogar para cocinar la comida juntas. Esa mañana iban a preparar ensaladilla rusa en casa de Merche.

—Dicen que el alcalde está furioso con Arias.

La peluquera abría también los domingos, a primera hora de la mañana, su céntrico salón de belleza para peinar a las señoras bien, que reclamaban sus servicios cuando tenían alguna boda o bautizo al que acudir. Era allí donde se había enterado de los últimos rumores.

Las mujeres escuchaban atentas sin dejar de trabajar. A Sonsoles le habían encargado preparar la mayonesa, para lo que tendría que batir aceite y huevo con brío durante un buen rato. «Tienes los brazos más fuertes de aquí», le había dicho Merche, aunque no tenía claro que sus palabras fuesen un halago. Sabía bien que la fuerza no era un atributo femenino.

—No es de extrañar —comentó Amparo mientras cortaba las patatas en cubos que más tarde echaría a cocer—. Si hubiesen encontrado al asesino antes, su hijo no habría sufrido una muerte tan espantosa. Qué horror… Solo tenía veinticuatro años.

Sonsoles miró a Silvia de reojo, que pelaba zanahorias y fingía no haber oído lo que decía su madre. Merche suspiró acongojada.

—Dicen que estaba en el hotel cuando ocurrió, pero que no sabía que su hijo también andaba por allí. Por lo visto, cuando llegó al cuartel, estampó un jarrón del despacho de Arias contra el suelo por la rabia. Como no encuentre pronto al culpable, quizá el teniente coronel tenga que buscarse otro trabajo. Quién iba a pensar que las mejores familias de nuestra ciudad iban a pasar por semejantes apuros.

«Si no encuentra un responsable, se lo inventará», pensó Sonsoles.

—Es una desgracia… Pórtate bien con la señora mañana, ¿sí? —pidió Amparo a su hija—. La pobre mujer debe de estar desolada, no

me quiero ni imaginar lo que es perder a un hijo. Y uno tan encantador y diligente, además.

Silvia no respondió y Sonsoles extendió la mano con disimulo sobre la mesa para apoyarla sobre la suya a modo de consuelo. Sabía bien lo que era tener que callarte la verdad sobre alguien que había intentado hacerte tanto daño, como si fueses tú quien debiera esconderse y avergonzarse porque una fiera te hubiese elegido como su presa. ¿Acaso los ciervos pedían perdón por huir de un lobo? ¿O por dar media vuelta y defenderse con las astas de las dentelladas que le lanzaba?

—También es duro perder a una hija —comentó una de las mujeres—. Desde que Paula se ha marchado, su pobre madre no prueba más que un par de bocados. Me preocupa que enferme.

—¿Paula se ha ido? —preguntó Sonsoles, con un nudo en la garganta—. ¿Adónde?

—Quién sabe, aunque yo tengo alguna que otra sospecha… —Merche arrugó el labio, como cada vez que pensaba en aquel grupo de mujeres que no aceptaban las normas de la sociedad ni las órdenes de ningún hombre—. Su padre estaba preocupado por ella, así que movió algunos hilos para llevarla a una institución en Valencia. Esas monjas son unos ángeles: acogen allí a todas las muchachas que se han descarriado y les enseñan un oficio hasta que tienen a sus hijos. Algunas hasta se quedan allí tiempo después. Pero esa niña tonta no ha sabido agradecerles ni un poco a sus padres todo lo que han hecho por ella y se fugó en mitad de la noche.

Amparo se santiguó.

—Pobre chiquilla, esperemos que la encuentren antes de que se meta en más problemas.

Merche no fue tan clemente.

—Si yo fuese su madre, la daría por perdida. Sabía que acabaría mal desde que empezó a salir fin de semana sí y al otro también, y a juntarse con esas… sirenas. Su padre no quiso pegarle un buen rapapolvo, aunque tenía todo el derecho, y así se lo paga, echando a perder el honor de toda su familia. Además de adúltera, ahora abandona el hogar de su padre.

—¿Lo han denunciado? —preguntó Sonsoles.

«Adúltera»: aquella palabra en boca de Merche le provocó escalofríos.

—No. Aunque su madre esté destrozada, su padre dice que es mejor así, que no quiere saber nada de ella y que tendría que haberla puesto de patitas en la calle el día que supo que se había dejado preñar. Qué lástima. —Merche negó con la cabeza—. ¿Qué clase de vida va a darle a la criatura ella sola, cómo va a ganar dinero? No quiero ni pensar a qué tendrá que recurrir…

«Si la hubieseis ayudado en lugar de darle la espalda y juzgarla, puede que no hubiese tenido que huir ella sola», pensó, pero se calló sus pensamientos y batió la mayonesa con tanta fuerza que el sonido de las varillas entrechocando con el cristal llenó toda la cocina. «Una institución en Valencia» era un bonito eufemismo para referirse a un reformatorio.

Sonsoles creyó que la conversación había acabado ahí, pero en cuanto sacaron los pimientos rojos asados del horno, con cuidado de no quemarse, volvieron a la carga.

—¿Qué va a ser de esta ciudad? Las muchachas se abandonan a sí mismas y a los varones los están cazando como a perdices. Más nos vale que Arias ponga orden pronto.

—Toda la razón. Quienes peor se portan se van de rositas y luego perdemos a un joven tan excepcional.

Amparo se llevó la mano al pecho para mostrar su pena.

Silvia dejó el cuchillo sobre la mesa con un sonoro golpetazo y se quitó el delantal.

—Me encuentro algo indispuesta. Si no os importa, voy a tomar el aire.

Antes de que pudiesen preocuparse por su salud o persuadirla para que se quedase, Silvia ya cruzaba la puerta de la cocina. Su madre titubeó unos segundos por la sorpresa que le causó la brusca actitud de su hija, quien normalmente nunca protestaba ni se rebelaba por nada.

—La… La pobre lleva unos días que no duerme por el calor —la excusó—. Seguro que, además, todo el asunto de Pablo le ha afectado.

—Si está mareada, quizá vaya a estar pronto en sus días. Es algo común, que se tome un vasito de agua con limón cuando le den achaques —recomendó Merche.

Sin pararse a dar explicaciones, Sonsoles dejó la varilla sobre la mesa y siguió a Silvia como una sombra mientras el resto de las mujeres intercambiaban remedios caseros. Bajó un par de tramos de escalera hasta que la encontró sentada en un escalón, rodeándose a sí misma con los brazos entre mudos sollozos. Alzó la vista hacia ella, con los ojos vidriosos y llenos de lágrimas que le empapaban el rostro. Llorar en silencio para que nadie te oyese, por desconsolada

que te sintieses, requería mucha práctica. Ella también se había dejado los ojos al rojo vivo por la pena en la oscuridad de su cuarto, mientras preparaba la comida o tendía la ropa húmeda sin que su familia se enterase. Silvia se frotó la nariz para secarse los mocos.

—Es que… no podía soportarlo más. Cómo hablan de él como si hubiese sido una buena persona y tener que callarme lo que sé. Incluso después de muerto tiene más poder que yo.

¿Cómo podía consolarla cuando tenía razón? La muerte le había dado a Pablo plena inmunidad por los pecados que había cometido en vida. Para los fontanadinos siempre sería «un gran muchacho, muy talentoso, y aún mejor hijo». Era Silvia quien viviría el resto de sus días temiendo decir la verdad.

En lugar de sentarse a su lado y ofrecerle promesas vacías de que algún día se sentiría mejor y dejaría atrás sus tormentos, le tendió la mano.

—Larguémonos de aquí.

Silvia dudó un momento, pero acabó asintiendo. Esas mujeres se pasarían la mañana hablando de los asesinatos y era el último tema de conversación en el que ninguna de las dos quería participar. Silvia se puso en pie con su ayuda y salieron del edificio para recorrer las calles de la ciudad juntas, sin tener que dar explicaciones a nadie de adónde iban o cuáles eran sus planes. Más tarde tendrían que responder por su ausencia, pero, hasta entonces, eligieron creer que Fontanada les pertenecía.

27

Sonsoles no se había sentido tan libre desde los días en que salía a recorrer el bosque hasta lo alto de la sierra junto a su hermana, cogidas del brazo igual que hacía ahora con Silvia. Cuando les entró el hambre pararon en un bar y pidieron un par de cervezas y unos pinchos de tortilla. Ya pasada la hora del aperitivo, el local estaba casi vacío, así que no tuvieron que esperar ni les metieron prisa para liberar sus asientos. Hablaron sobre temas banales, Silvia le explicó lo mucho que había cambiado Fontanada en los últimos años y ella le contó cómo había sido su adolescencia en el campo. Después de alargar la comida con un café, fueron directas a la playa. Igual que el bar, estaba mucho más vacía de lo que cabía esperar un domingo en el que el sol pegaba con fuerza. Solo había varios grupos de chicas jóvenes y algunas señoras que se remojaban los pies en el agua.

—Debe de haberse corrido la voz sobre… ya sabes —comentó Silvia—. Nunca pensé que los chicos no se atreverían a salir.

—Qué pena no habernos traído un bañador —dijo ella, cambiando de tema por completo.

—Podemos meternos en el agua con cuidado de no mojarnos los vestidos.

Al no haber un solo hombre a la vista, no les importó alzarse las faldas por encima de las rodillas y dejar que la cálida agua les mojase las piernas. Jugaron a huir de las olas, escribieron sus nombres en la orilla e hicieron carreras como si fuesen dos chiquillas, hasta que quedaron exhaustas.

—¿Te apetece un helado? —preguntó Sonsoles, y compraron dos cucuruchos de nata en el paseo marítimo.

Se sentaron en el muro de piedra, con los pies balanceándose sobre la arena, para ver el atardecer mientras daban lametazos a los helados. En el siempre ajetreado paseo marítimo, tan solo se oían el rumor de las olas y las voces alegres de las muchachas.

—Voy a buscar trabajo en Valencia —confesó Silvia de pronto—. Si no encuentro nada, puede que me marche a servir a Madrid. Sé que los señoritos de allí no serán mucho mejores que los de aquí, pero he oído que pagan mejor. Y si se pasan de la raya, al menos podré marcharme a otra casa sin que todo el mundo se entere.

—¿Se lo has contado a tu madre?

La joven negó con la cabeza.

—Pero si le digo que es por dinero, no pondrá demasiadas pegas. Además, quiere que me case pronto, y aquí no hay mucho donde elegir. Yo no tengo tanta prisa, pero mejor que me lo calle —sonrió apenada—. Qué raro, ahora que sé que me voy a marchar, Fontanada me parece mucho más acogedora.

Sonsoles miró a su alrededor. Tenía una teoría del porqué de esa sensación. Estaba a punto de anochecer y cualquier otro día estarían calculando cuándo debían marcharse para llegar a casa antes de que oscureciese. Sin embargo, la playa se había ido llenando a medida que pasaba la tarde de grupos de amigas de su edad. Puede que

hubiese un asesino suelto en la ciudad, pero no eran ellas quienes debían temer volver a casa solas, ni escoger la ruta más segura de antemano, ni evitar las horas intempestivas. Mientras ellas tomaban la playa, el paseo marítimo y las calles como suyas, los jóvenes varones buscaban el refugio de sus hogares. El miedo que las había acompañado desde que tenían uso de razón había cambiado de manos.

—Ojalá que encuentres un buen trabajo en una casa donde te traten bien —deseó con sinceridad—. También espero que Paula esté en un lugar agradable y que su pequeña nazca bien.

—¿Pequeña?

—¿No lo recuerdas? Las sirenas dijeron que sería una niña. Aunque Merche se enfadaría mucho si supiese que creo en sus palabras.

Silvia se mordió el labio y jugueteó nerviosa con un cordón de hilo que le colgaba del cuello.

—Merche es muy buena persona, ha ayudado a mi familia cuando pasábamos apuros en tantas ocasiones que he perdido la cuenta. Pero, por mucho que se empeñe, no lo sabe todo.

—¿Piensas que se equivoca con Victoria y las demás?

—Las sirenas… Tenías razón cuando me aconsejaste que acudiera a ellas. También ayudan a otras mujeres cuando lo necesitan.

Sonsoles recordó el fragmento de concha que había encontrado por la mañana. Tuvo una intuición y extendió la mano hacia el cuello de Silvia, que se sobresaltó al notar que tiraba del cordel. De su extremo colgaba una caracola blanca. La joven se apresuró a esconderla de nuevo bajo la tela de su vestido.

—Pab… Ese hombre —se interrumpió, porque sabía cuánto detestaba oír su nombre—. Anoche llevaba una pulsera de conchas azules. ¿Se la diste tú?

Silvia miró a su alrededor para asegurarse de que nadie las escuchaba.

—No sé de qué me hablas, solo la compré porque me dijeron que era un buen amuleto.

El temblor en su voz delató la mentira. Sonsoles no planeaba juzgarla, sin importar su respuesta. A ella también le habría venido bien una sortija capaz de mantener a raya a un hombre de corazón oscuro. Al día siguiente tenía que volver al palacete de los Vargas y estaba convencida de que Arias la haría llamar a su presencia.

—No solo venden joyas, ¿verdad? Paula, son ellas las que la ayudaron a escapar. Le buscaron un refugio.

—Solo sé que Paula está bien. Si eso es lo que te preocupa, puedes preguntárselo a ellas. ¿Por qué te interesa tanto? ¿Tu marido…? —Abrió los ojos de par en par ante su repentina sospecha.

—No, no, qué va —se apresuró a aclarar Sonsoles—. Es solo que… no está de más saberlo, por si acaso.

—Entonces no me preguntes más por este tema, y yo no te preguntaré cómo sabes lo que llevaba o dejaba de llevar Soler anoche. —Se giró para ponerse en pie en el paseo marítimo y se estiró el vestido—. Debería ir volviendo a casa. Mi madre estará que trina después de cómo me he marchado.

—¿Quieres que te acompañe?

Silvia miró a su alrededor.

—No, creo que hoy no hace falta. Aunque las calles estén tan tranquilas, no llegues muy tarde —se despidió, pero Sonsoles la

detuvo un momento.

—Silvia, si alguna vez necesitas hablar de… lo que sea que te haga daño —dijo, aunque ambas supiesen de sobra a qué se refería — o, todo lo contrario, si necesitas olvidarlo, recuerda que vivo a un par de pisos de distancia. Piensa en mí como en una hermana mayor, ¿de acuerdo?

Nunca había podido devolverle a Rocío todo lo que había hecho por protegerla, pero quizá pudiese pagárselo tendiéndole la mano a alguien que no contaba con una hermana de sangre tan valiente como la que había tenido ella.

La joven sonrió con aire apenado y asintió para mostrar su gratitud.

—Ya sabes que las sirenas suelen colocar su puesto al final de la playa. Si tantas ganas tienes de hablar con ellas, diles que el azul es tu color favorito.

—Gracias —se despidió, y emprendió la marcha en cuanto Silvia se dio la vuelta.

Si había alguna forma de proteger a Oda y a sí misma de Arias y su codicia, la hallaría.

Encontró a las sirenas donde Silvia le había asegurado que estarían. Cuatro mujeres se habían apropiado de un pequeño recodo del paseo marítimo, que les proporcionaba el espacio suficiente para desplegar un pequeño puesto ambulante de joyas artesanales. Collares, pendientes y pulseras fabricados con cordel, hilo, conchas multicolores y cristales erosionados por el mar. Los artículos en venta ocupaban una tela rosácea extendida sobre una mesa de madera plegable. Alguna que otra chica joven se paraba junto a sus amigas de rato en rato para ojear las hermosas piezas, pero la

mayoría de los transeúntes se limitaban a lanzarles una mirada prejuiciosa y a seguir su camino, cuando no murmuraban sobre ellas o incluso las insultaban a viva voz. Costaba creer que con regentar aquel pequeño negocio les llegase para sobrevivir. Sonsoles se detuvo frente al puesto. No vio ninguna de esas caracolas y conchas azules que parecían estar tan de moda.

—La niñera de los Vargas —la saludó Victoria, que la examinó con un ademán curioso, como si no le extrañase del todo verla por allí y a la vez se preguntase por qué razón una buena chica como ella andaba en busca de las sirenas—. ¿Es tu día libre?

Sus compañeras, que fabricaban nuevas piezas tras ella, se asomaron para comprobar a quién saludaba.

—Mi nombre es Sonsoles —dijo, armándose de valor—. Me han… recomendado vuestras joyas.

—¿Ah, sí? ¿Buscas algo en particular? Tenemos adornos para todos los gustos. —Alzó un collar de perlas, seguramente falsas, adornado con pequeñas caracolas blancas.

—En realidad… el azul es mi color favorito —repitió las palabras que Silvia le había indicado.

Las mujeres dejaron lo que estaban haciendo y se acercaron al oír su comentario. Victoria intercambió una mirada suspicaz con ellas.

—Es un color muy popular últimamente, ¿dices que te lo ha recomendado alguien?

Dudó por un momento. ¿Estaría delatando a Silvia si daba su nombre?

—Puede. Una persona que confía en vosotras más que en su propia madre.

La mujer de tez oscura intervino. Estaba claro que recelaban de cualquiera que tuviese alguna relación con los Vargas, y hacían bien. Por mucho que le pesase, seguía siendo la informante de Arias.

—Nosotras solo vendemos joyas.

—Por un precio —añadió la pelirroja, mientras daba unos golpecitos con el dedo sobre las etiquetas escritas a mano junto a cada pieza—. Así que, si no vas a comprar nada, puedes marcharte y dejar hueco para otras clientas.

«No es asunto tuyo. No te metas donde no te llaman», le reprochó la voz de su sentido común, pero si su intuición estaba en lo cierto y las conchas tenían alguna relación con los crímenes, podría haber dado con una pista que alejaría la atención de Arias de Oda y de ella.

Colocó sobre la mesa el fragmento de concha azul que había encontrado en el cuarto de baño de Teresa y la actitud arrogante de la pelirroja se esfumó por la sorpresa.

—¿Y esta? ¿Cuánto cuesta?

—¿De dónde la has sacado?

Sonsoles volvió a guardársela antes de que la mujer pudiese cogerla.

—Pablo Soler llevaba una de estas joyas cuando murió, alguien se la había dado. Igual que a Ricardo, en ese caso fue un regalo de su madre. Paula le compró una a su prometido y en cuanto a la concha de la que salió este trozo, sospecho que era del hermano de Teresa. Si ningún guardia civil en la investigación se ha dado cuenta de una casualidad tan grande es porque los asuntos de las mujeres les interesan bien poco.

—¿Nos estás amenazando? —preguntó incrédula la joven sirena del cabello rojizo, pero Victoria se limitó a estudiar a Sonsoles con curiosidad.

—No. Sé muy bien lo aterrador que es que te acusen de un crimen cuando eres inocente, a ti o alguien que te importa. —Notó que se le secaba la boca—. Por eso he venido a advertíroslo. Al principio pensé que sería una coincidencia, pero ahora creo que alguien está tratando de incriminaros. Dirán que los habéis maldecido. Que es culpa vuestra.

Victoria rodeó la mesa para poder hablar cara a cara con ella. Permaneció cruzada de brazos y la estudió de aquella forma tan intensa y audaz, como si pudiese ver su alma a través de la carne. La pose segura que Sonsoles tanto se había esforzado por mantener flaqueó ante el examen exhaustivo.

—¿Te tratan bien en casa de los Vargas?

Aunque todo el mundo insistía en preguntarle aquello una y otra vez, era lo último que esperaba oír de una de las sirenas, sobre todo porque su preocupación parecía sincera. ¿Había oído algo por parte de Teresa o de alguna de sus predecesoras? Sonsoles solía responder a aquella pregunta de forma diplomática, reconociendo lo agradecida que se sentía por tener un trabajo pese a ser una forastera, o decía que, aunque era duro, al final del día todo el esfuerzo le compensaba porque ayudaba a su familia. Pero la candidez en la expresión expectante de Victoria la invitó a sincerarse o quizá, en el fondo, estuviese deseando decir la verdad y las sirenas fueran las indicadas para escucharla, no solo porque habían transgredido los tabúes más grandes de la sociedad, lo que les

impedía juzgar a otra mujer, sino también porque ni siquiera formaban parte del mismo mundo.

—La señora de Vargas apenas me permite ir al servicio sin tener que dar explicaciones, Alba parece detestar que respire el mismo aire que ella y su esposo abusa de su autoridad fuera y dentro de la casa. Aun así, quien más dolores de cabeza me produce es el señorito Daniel, con sus bromas absurdas y su empeño por causar problemas. Cualquiera diría que soy su niñera en lugar de la de Salva; si él no fuese tan buen niño, quizá habría renunciado ya.

Su confesión hizo reír a Victoria, que asintió con la cabeza como si supiese perfectamente a qué se refería.

—He oído hablar de la fama del señorito, pero nunca nadie ha querido regalarle una de nuestras pulseras, así que me imagino que no será tan terrible.

—Victoria… —le advirtió la joven pelirroja para que no hablase de más.

—Aparte de eso, me alegra oír que Salva no ha heredado las disposiciones de ninguno de los hombres Vargas.

¿De ninguno? ¿Se refería a Carlos? No pudo preguntarle, porque un grito amenazante interrumpió su conversación.

—¿Es que no tenéis vergüenza, brujas? —Una voz masculina se alzó desde el otro lado de la calle.

Sonsoles recorrió al hombre de los pies a la cabeza, en busca de señales de peligro. Vestía completamente de negro, no se había afeitado esa mañana y tenía ojeras. Además de cansado e irascible, llevaba un botellín de cerveza en la mano. Reconoció a uno de los amigotes de Pablo Soler, un hombre con las cejas pobladas y la

espalda ancha. Su séquito debía de haber acudido a la playa a ahogar las penas y habían dado con un pretexto para desahogarse.

—La ciudad está de luto, y vosotras venís aquí a vender vuestras baratijas como si nada.

Las chicas que paseaban por la playa se apresuraron a dispersarse, guiadas por el mismo instinto de supervivencia que tensó a todas las sirenas. El espejismo de paz se había hecho añicos. Puede que aquellos hombres tuviesen miedo, pero afrontar la pérdida de uno de los suyos, su propia fragilidad, también los había enfurecido. Y necesitaban un chivo expiatorio.

—¿Vergüenza? Como si unas «sirenas» como estas supiesen lo que es eso —espetó otro de los amigos de Pablo mientras cruzaban la calle para encararse con ellas.

—Nos vamos —indicó Victoria, pero sus compañeras apenas habían empezado a recoger cuando el tipo de las cejas volcó la mesa con un solo gesto.

Las dos más jóvenes chillaron y se echaron a un lado. La más anciana las acogió entre los brazos, sin bajar la mirada. Igual que Victoria, que aceptó todos sus bramidos e insultos sin una sola protesta.

Los temores de Sonsoles acababan de cumplirse.

—¡Le dije que no llevase esa condenada pulsera! —exclamaba el tipo mientras pisoteaba todas las conchas, blancas, marrones y anaranjadas—. ¡Le dije que, además de unas fulanas, erais unas brujas endiabladas! —Cuando acabó con todos los abalorios, agarró a Victoria del pelo y la obligó a volver la cabeza hacia él—. ¡¿Qué le habéis hecho?! ¡¿Le echasteis un mal de ojo?! ¡¿Matasteis a mi amigo?!

El resto del grupo, al ver que su colega había cruzado una línea peligrosa, intervino para alejarle de la mujer, que seguía sin reaccionar. Los vecinos de la zona se habían asomado para ver qué sucedía y, aunque ninguno parecía dispuesto a intervenir para defender a las mujeres, tampoco les convenía armar alboroto de más con tantos testigos.

—Lo vais a pagar. —Las señaló a todas, y Sonsoles apartó la mirada por miedo a que la reconociese y la delatase ante la señora de Vargas por hablar con las «sirenas» en público—. Si me entero de que la muerte de Pablo tiene algo que ver con vosotras, os mataré yo mismo.

Los hombres se marcharon, dando tragos a sus cervezas y reconfortándose los unos a los otros.

—Tened cuidado. Podríais ser los siguientes… —susurró Victoria.

Por suerte, los amigos de Pablo estaban demasiado lejos para poder oírla.

A su alrededor, los vecinos y los curiosos que aún no se habían marchado las miraban horrorizados, como si en lugar de ser las víctimas de un ataque gratuito fuesen de algún modo las culpables, como si hubiesen hecho algo terrible para merecerlo. Victoria se agachó para tomar uno a uno los pedacitos de una caracola que había sido tan grande como su mano. Las demás sirenas la imitaron, tratando de recuperar algo, por poco que fuese, del estropicio. Sonsoles quiso ayudarlas, pero la mujer negó con la cabeza y le hizo un gesto con la mano para que se alejase.

—El martes a medianoche, en el muelle, cargaremos las mercancías para regresar a casa. Me parece que no volveremos a la

ciudad en una temporada. Si para entonces sigues queriendo saber qué son esas conchas, te lo mostraremos.

La mujer del pelo canoso negó con la cabeza, apenada.

—La curiosidad mató al gato. Deberías saber que acercarse a nosotras tiene consecuencias. Eso que acaba de ocurrir es una chispa. Y mucho me temo que va a prender fuego si nadie la apaga.

28

La mañana del lunes amaneció anormalmente silenciosa en la casa de los Vargas. Los reproches que solían intercambiarse a viva voz se los echaban en cara ese día con mudos silencios y miradas recelosas. Vestir de luto había despertado en ellos un pudor desconocido. Durante el desayuno, nadie mencionó en voz alta que toda la familia corría el riesgo de ser señalada por culpa de Juan Arias, ni tampoco preguntaron a Daniel dónde había estado la noche del crimen ni por qué llegó de madrugada en el coche de su hermano; tampoco se plantearon si la presencia de la señora de Vargas en el funeral de Pablo Soler, tras su sonado desencuentro con el alcalde, sería deseada o no. Se limitaron a cumplir con el papel que se esperaba de ellos como miembros destacados de la alta sociedad fontanadina.

La familia al completo se reunió en el recibidor de la casa para emprender juntos el camino al panteón de los Soler en el cementerio local. Incluso Alba había salido de su habitual reclusión para unirse al cortejo fúnebre. Salva, demasiado frágil y pequeño, era el único que se quedaba atrás junto a su niñera. La señora de Vargas se había encargado de instruirla para que no le mencionase el incidente. Le habían contado al pequeño que el joven había muerto

en un accidente, y eso era lo que debía seguir creyendo ante el riesgo de sufrir una recaída en sus terrores nocturnos.

—Volveremos a la hora de comer. No le des ninguna chuchería a Salva, aunque tenga hambre, o no probará bocado —le indicó la señora de Vargas, aunque ambas sabían que los dulces no eran la razón por la que al señorito se le cerraba el estómago en los últimos tiempos.

—Sí, señora —asintió ella, de pie junto al niño.

La familia abandonó el palacete para subirse al coche de la señora de Vargas. El chófer les abrió las puertas en silencio y con actitud diligente. Antes de subirse, Daniel le lanzó una mirada cómplice, que decía «deséame suerte». El único que se rezagó un momento, con la excusa de que se había dejado olvidada la cigarrera en su dormitorio, fue Juan Arias. Cerró la puerta tras de sí y, sin que le importase la presencia de Salva, desfogó su frustración con la joven niñera. Empujó a Sonsoles contra la pared con brusquedad y la mantuvo allí arrinconada. Salva se encogió sobre sí mismo, aterrorizado, pero ella se negó a bajar la mirada como sí que había hecho en el cuartel.

—Tú y tu amiguita danesa os habéis equivocado jugando conmigo.

—No sé de qué…

—El hotel Costa de Sal. ¿Pensabas que no te iba a reconocer solo porque te vistieses como una cualquiera? Podría detenerte aquí mismo como sospechosa y después meter entre rejas esa Jezabel. Mi suegra tendría que darme las gracias, aunque fuera por librarla de tener una nuera indeseable.

Sonsoles apretó los puños para contener la ira que encendía poco a poco su cuerpo. ¿Es que creía que iba a ser tan necia de quedarse cruzada de brazos mientras amenazaba a la única persona que había despertado en ella el deseo de vivir, de explorar el mundo, de escuchar sus propios deseos? Sabía que jugaba con fuego, pero hasta un ratón acorralado usaba los dientes contra el gato que intentaba devorarlo.

—¿No ve de verdad por qué le desprecia la señora de Vargas? No es usted mejor ni más listo que el resto de los hombres de esta ciudad. Todos señaláis a las mujeres a las que llamáis «sirenas» y no os habéis dado cuenta de lo más evidente.

El frágil orgullo de Arias le cegó. Sonsoles había usado contra él aquello que más vergüenza y rabia le provocaba y tenía la mano alzada para golpearla antes de que acabase la frase. Ella cerró los ojos, dispuesta a encajar el impacto, pero el bofetón nunca llegó. En su lugar, notó unos pequeños brazos estrechando su cintura. Salva se había interpuesto entre su padre y ella, y, aunque su pequeña estatura no habría podido protegerla del golpe, su intromisión hizo que Arias recobrase la cordura el tiempo suficiente para contenerse.

—Deberían lavarte la boca con jabón de Lagarto, para que dejes de decir sandeces. Es lo que pasa por meter en casa a una analfabeta.

Sonsoles abrazó al niño de vuelta y tragó saliva. De acuerdo, que atacase su honor en respuesta. Al contrario que él, podía digerir los insultos.

—Las conchas.

Su escueta respuesta desconcertó al hombre.

—Las habéis encontrado en todas las víctimas, ¿no es cierto? Una pulsera o un colgante con una concha azul. Lo más evidente sería señalarlas a ellas, a las sirenas que las venden, pero… ¿y si quien ha matado a esos chicos no es una de ellas, sino alguien que las odia profundamente y que quiere destruir todo lo que han conseguido? ¿No tendría eso más sentido?

Tras unos segundos para procesar su respuesta, el bigote de Arias se arrugó con una risa seca. Se frotó la barbilla con ímpetu y después la señaló con el dedo. «Lo sabe», comprendió. Él también había atado cabos.

—Puede que seas una cateta, pero no eres del todo tonta, ¿eh? Así que será mejor que empieces a usar esa cabecita tuya. Ya sabes la razón por la que dejo que sigas en esta casa, en lugar de contarle a mi suegra lo mucho que le gusta a la niñera pasearse por ahí de noche con su hijo como si fuese una… —Miró hacia Salva y no hizo falta que acabase la frase—. No te metas donde no te llaman. En lugar de eso…, te daré una última oportunidad para que encuentres algo interesante que contarme. No voy a dejar que sigas haciéndome perder el tiempo, ¿entiendes?

Sonsoles asintió, esa vez cabizbaja y sin sostenerle la mirada. Tenía que saber elegir sus batallas y, aunque su osadía le había brindado algo de tiempo, era mejor no seguir provocando a la fiera. Igual que ella, Arias estaba acorralado, pero, a diferencia de la suya, su mordedura podía ser fatal.

El hombre se marchó dando un portazo tras de sí y las piernas de Sonsoles apenas fueron capaces de sostenerla. Logró que Salva la soltase para poder ponerse en cuclillas y mirarle cara a cara.

—Has sido muy valiente, pero no deberías enfrentarte a tu padre.

—Es malo…, igual que el hombre de la torre. Son malos. Los odio…

Creyó que el niño estaría más asustado, pero vio en sus ojos una chispa de rabia que le encogió el corazón. Puede que Daniel estuviese en lo cierto, que aquella casa destruyese a las personas que la moraban si no huían a tiempo. Agarró al pequeño, sosteniéndole los hombros para que supiese que estaba de su lado.

—Salva…, ¿tu padre alguna vez os ha hecho daño a ti o a tu madre?

El niño negó con la cabeza y ella le creyó. No, la señora de Vargas no permitiría que nadie le pusiese la mano encima a su adorado nieto. Pero eso no explicaba aquel hondo rencor, que tenía la profundidad de una emoción reprimida durante mucho tiempo. Iba a soltarlo, por temor a presionarle más de la cuenta, pero fue el pequeño el que susurró.

—No subas a la torre.

La torre… Se refería sin duda a la biblioteca. Y el hombre malo que moraba allí era su supuesto abuelo. Pero, por lo que sabía, llevaba años en aquel estado de confusión y letargo. ¿Le tenía miedo por lo que decían sobre él, como si fuera una especie de villano de cuento?

—No me pasará nada, te lo prometo. Me he hecho amiga de unas sirenas muy peligrosas. —Trató de gastarle una broma, pero el niño no respondió, así que decidió que sería mejor fingir que no había ocurrido nada—. Se nos va a hacer la mañana eterna aquí solitos. ¿Por qué no dibujas un rato? Cuando quieras darte cuenta, será la hora de comer.

El niño asintió, obediente. Normalmente le entusiasmaba la idea de sentarse con el papel y sus acuarelas y lápices, pero ya era lo bastante mayor para intuir que su niñera trataba de esconder la suciedad bajo la alfombra.

—¿Qué vas a hacer tú mientras tanto? —preguntó, y a pesar de que Sonsoles era quien debía cuidar de él, había preocupación en su voz.

—Voy a repasar el polvo de los estantes. No te preocupes, no subiré a la torre. —Cruzó los dedos tras la espalda.

No volvería a tener una oportunidad semejante, y Arias se lo había dejado claro con su ultimátum. La casa estaba a su plena disposición sin Alba vigilándola de rato en rato hasta cuando se encerraba en su cuarto, tampoco tendría que lidiar con la señora de Vargas dándole mil tareas que atender. Primero, iba a averiguar qué era lo que se esforzaban por ocultar con tanto esmero. Después, cuando supiese qué era, decidiría si entregarle las pruebas a Arias o si se las llevaría a la tumba.

Se asomó a la cocina con discreción para comprobar en qué andaba la cocinera. Preparaba un arroz caldoso para aquel aciago día, y el aroma del sofrito y el caldo de pescado, que había empezado a hervir, inundaba la cocina. Estaría ocupada durante al menos una hora. Después subió las escaleras hacia la segunda planta, con pasos sigilosos y a la vez apresurados.

El corazón le bombardeaba el pecho ante la sensación de estar cometiendo otra falta más. Se detuvo un momento frente a la entrada a la biblioteca, donde Carlos Vargas pasaba los días mirando al infinito. La fina voz de Salva resonó en su mente: «No subas a la torre». Tragó saliva y decidió pasar la estancia de largo por el

momento. Entró primero en el dormitorio de la señora de Vargas. Abrió la puerta tímidamente y, al otro lado, encontró una estancia amueblada y decorada con una mezcla de sobriedad y lujo, igual que el resto de la casa. Aunque únicamente la usara una sola persona, la cama era tan grande como la habitación donde dormían Sonsoles y su esposo, con un cabecero tapizado en un terciopelo de un granate muy oscuro y un dosel del mismo color. En la mesita de noche había un frasco de perfume, unas gafas para leer, una biblia y una carpeta que contenía documentos con cuentas de las salinas que para ella eran un auténtico galimatías, además de algunos contratos que iban a renovar con proveedores y clientes. A simple vista, no había nada que llamase demasiado la atención, pero la recelosa señora de Vargas no sería tan descuidada como para dejar sus secretos desprotegidos.

Abrió el armario ropero y en su interior encontró las prendas que la señora lucía cada día y también algunos vestidos viejos, anticuados y demasiado pequeños para su talla del momento. Aunque ya no pudiese ponérselos, se había negado a deshacerse de ellos. Así que, bajo su fachada impertérrita, había un lado nostálgico, uno que se reservaba para la intimidad. Confirmó su sospecha al dar con cajas repletas de recuerdos, que examinó una a una con cuidado de dejarlo todo como lo había encontrado. La señora de Vargas había atesorado allí todo lo relativo a su juventud como mujer soltera: broches y collares, un viejo abanico de seda bordada, el frasco de un perfume casi vacío y, sobre todo, fotos donde se la veía sonriente, rodeada de otras chicas de su edad. En algunas iba vestida con prendas deportivas y sostenía una raqueta en la mano, lista para jugar al tenis; en otras posaba con mayor seriedad, pero

igual vitalidad, junto a miembros de su familia a los que seguro no veía desde hacía décadas. Padres, hermanos, primos quizá. Siguió recorriendo aquel relato hasta que llegó a las fotografías en las que aparecía vestida de novia. La alegría se había esfumado de su semblante, y la expresión funesta y la mirada dura le recordaron mucho más a la mujer que ella conocía. La foto más reciente se había tomado en el salón del palacete. La señora de Vargas acariciaba su prominente barriga de embarazada, sentada en el sofá, y su esposo permanecía de pie tras ella, con la misma actitud altiva de un cazador que exhibe a su presa. Cerró la caja que contenía la anterior vida de la señora de Vargas con un gesto casi ceremonial. Sabía bien lo que significaba sentir que tu mundo se acababa después de dar un «sí, quiero» con la boca pequeña. Por mucho que le desagradase su patrona, sintió lástima por el destino de aquella joven señorita.

Dejó su empatía de lado y siguió husmeando con la esperanza de dar con algo relacionado con los orígenes del pequeño Salva. Un certificado de nacimiento o tal vez de adopción. Se emocionó cuando vio una caja en la que ponía el nombre de «Salvador». Creyó que había tenido un golpe de suerte. Contenía ropita de bebé, un sonajero de madera y algunos muñecos, pero enseguida comprendió que aquellos recuerdos pertenecían al hijo de la señora de Vargas y no a su nieto. La curiosidad por el heredero, cuya muerte había marcado el destino de los Vargas, hizo que siguiese repasando sus boletines de notas, todos excelentes; sus fotos del servicio militar, al que se unió como voluntario; y su orla universitaria: había estudiado Derecho y Economía en Valencia. Comprendía ahora por qué su madre había estado tan orgullosa de su primogénito. Era el perfecto

modelo de señorito de buena cuna, todo lo contrario que su hermano Daniel. En el fondo de la caja encontró un álbum de fotos dedicadas a recorrer la vida del joven desde que era un bebé de cabellos tan pálidos que parecía albino. Su cabello se había ido oscureciendo con la edad y, a medida que iba creciendo, se parecía cada vez más al pequeño Salva. Aunque su patrona hubiera sido una novia desgraciada, daba la impresión de haber sido una madre dichosa, pese a que el semblante severo de su esposo ensombreciese todas las estampas alegres. Pasó las páginas y se detuvo en seco ante una imagen de Salvador a los diez años.

—Se diría que son la misma persona…

Al menos, el rostro de los dos Salvadores y su complexión eran idénticos. Los ojos, en cambio… La sensibilidad y la ternura de uno contrastaban con la dureza y la frialdad del otro.

Pudo comprender por qué la señora de Vargas mantenía a escondidas aquellos recuerdos. Si uno creía que Alba era la madre del niño, el siniestro parecido se explicaba por sí mismo, pero si, como le sucedía a ella, sabías que no los unía semejante vínculo… Era fácil cobijar otra clase de sospechas.

Tragó saliva, aunque sentía la boca seca. ¿Y si, para el pesar de Arias, Salva sí era un Vargas?

Al llegar a la penúltima página, una foto sin pegar se escurrió del álbum y se cayó al fondo de la caja. Sonsoles la rescató y sus ojos se abrieron como platos al darse cuenta de lo que estaba mirando. Un joven y enérgico Salvador posaba en las salinas, el reino del que era único dueño y señor, junto a varios trabajadores ataviados con sus atuendos de trabajo y una mujer joven a la que rodeaba por la cintura con elegancia, manteniendo las distancias pese al gesto de

cercanía. La muchacha llevaba un uniforme de servicio, no muy diferente al de Sonsoles, y lucía una larga melena negra recogida en una coleta baja. Sonreía con timidez a la cámara y desviaba la vista para no mirar directamente al objetivo, por eso Sonsoles tardó en reconocerla.

—¿Victoria? —susurró con incredulidad.

¿Qué hacía la sirena más famosa de la ciudad con un Vargas? ¿Y por qué vestía de esa forma? ¿Acaso ella también había trabajado en el palacete? Si así era… alguien tendría que recordarlo, ¿no era cierto? Pasó de página y encontró una segunda instantánea. En ella aparecía a solas el señorito Vargas con la muchacha, que le contemplaba con un gesto de admiración. Se le hizo un nudo en el estómago al comprender lo que estaba viendo. La sirena se había enamorado del heredero de los Vargas. Un amor, sin duda, imposible. En un impulso se guardó las fotos en el bolsillo del uniforme. Ignoraba si Victoria no hablaba de su pasado porque no lo consideraba importante para su nueva vida o si era que había recuerdos que prefería dejar atrás, pero se aseguraría de preguntarle por él cuando la viese de nuevo la noche próxima. Siguió husmeando, pero los tesoros ocultos de la señora de Vargas se acababan ahí. A ojos de cualquier visitante, solo demostraban que era una madre afligida por la pérdida de su hijo y una mujer de conducta intachable. En cuanto a Victoria, en cambio…, qué fácil sería para Arias acabar de destruir su reputación si le entregaba esas fotos.

Puede que en la habitación de Alba encontrase algo que pudiese aplacar la inquina del teniente coronel sin causar daño a personas inocentes. «Por favor, que haya algo, lo que sea». Contuvo el aliento

antes de atreverse a entrar en aquel oscuro lugar. Las espesas cortinas estaban echadas para evitar que entrase la luz que tanto molestaba a la señora, así que parecía que acababa de sumirse en la guarida de una bestia malherida más que en el dormitorio de una mujer aún joven. La cama era mucho más pequeña que la de su madre, y en el armario solo guardaba su discreto vestuario. Otra diferencia era que Alba no atesoraba un solo recuerdo de su adolescencia o su infancia en la habitación. No había rastro alguno de sentimentalismo, solo objetos prácticos, como cepillos de pelo, un reloj de sobremesa plateado y un escritorio con papel y varias plumas estilográficas. Lo único que le llamó la atención fue un ejemplar de *Los cuentos de sal* sobre la cama, porque estaba leyendo ese mismo libro, y un cuadro que colgaba de la pared y que, a juzgar por su aspecto, llevaba allí muchos más años que cualquiera de los habitantes de la casa. Se trataba de una mujer de gesto duro tumbada sobre una roca en el mar, una sirena, cuya cola se enroscaba ocupando gran parte del lienzo. El artista había pintado tras ella un horizonte de nubarrones grises y negros, aunque algún relámpago blanco de tormenta rompía la monotonía de sombras. Las olas se quebraban feroces contra las rocas y evocaban la sensación de un mar picado y peligroso, al que la sirena no parecía temer. Sonsoles no sabía nada de arte, pero contemplar la escena aumentó su malestar.

Se obligó a sí misma a centrarse.

«Tiene que haber alguna razón por la que nos prohíben subir aquí. Tienen que esconder algo más que unas cuantas fotos». Abrió los cajones y solo encontró prendas íntimas, pañuelos y guantes, además de una extensa colección de medicamentos y tónicos para

sus jaquecas. Entre sus pertenencias le llamó la atención un joyero cubierto de polvo. Parecía que nadie lo había abierto desde hacía mucho tiempo. Tenía sentido: jamás había visto a Alba lucir un solo adorno innecesario.

El joyero en sí mismo era una auténtica obra de arte, rectangular, forrado en piel y con detalles dorados que debían de costar tanto como las piezas que contenía. Lo abrió esperando encontrar pendientes de perlas y medallones de oro, pero, para su asombro, lo primero que vio en su interior fue un collar de conchas blancas. Lo sostuvo un momento y, al acariciar el nácar, se estremeció. ¿Por qué todo en Fontanada parecía conducir a las sirenas? Que chicas de barrios populares como Teresa, Paula y Silvia comprasen aquellos amuletos no resultaba tan llamativo; tampoco que se los regalasen a sus hermanos y novios creyendo que les darían suerte, pero ¿qué podía haber llevado a una Vargas a adquirir una baratija así? «Si Victoria trabajó en el palacete, tuvieron que conocerse». Quizá se lo había entregado entonces. Conchas blancas y conchas azules. Ese era el juego de amuletos. Uno para la mujer, otro para el hombre. ¿A quién le había regalado Alba la otra parte? No imaginaba a su esposo, el férreo teniente coronel de la Guardia Civil, llevando consigo un adorno de conchas mágicas. Daniel, en cambio, no pondría reparos a un abalorio como aquel, pero jamás se lo había visto puesto. Alba apenas salía de la casa y dudaba que se relacionase con hombres que no fuesen de su familia.

«Solo queda su padre». El pensamiento le encogió el estómago. Se guardó el collar en el bolsillo junto a las fotografías, cerró el joyero y después el cajón, tras dejarlo todo como estaba, y se puso

en pie. A pesar de las advertencias de Salva y la tajante prohibición de los Vargas, tenía que volver a la torre.

29

No guardaba buenos recuerdos de aquel lugar, así que se convenció a sí misma de que solo iba a echar un vistazo y de que se marcharía si intuía la menor señal de peligro. Ascendió por la torre procurando no hacer ruido al pisar la madera añeja de los escalones. Contuvo el aliento al llegar a la biblioteca. Las persianas estaban corridas casi del todo, de manera que la estancia resultaba tan sombría como el dormitorio de Alba.

—¿Señor Vargas? —saludó con un cauteloso susurro.

El hombre no respondió. Sonsoles avanzó hasta llegar al sillón. Allí permanecía con la mirada perdida el que había sido el hombre más temido y respetado de la ciudad. Pensó que quizá tuviese días mejores y peores. Así le había ocurrido a su abuela en la vejez: había ido apagándose poco a poco hasta que apenas lograban que comiera, aunque la alimentaran igual que a un bebé. En cualquier caso, Carlos Vargas no era tan anciano y su semblante petrificado transmitía una especie de hastío permanente. El resto de la familia nunca hablaba de qué le había ocurrido para quedar en aquel estado de catatonia. ¿Un accidente? ¿Una apoplejía? Al anterior boticario del Pueblo le había dado una y, aunque sobrevivió, nunca «se quedó bien del todo», como solía decir su mujer al salir de misa.

Se aproximó al hombre hasta detenerse a su diestra. Respiraba lentamente, con una cadencia casi angustiosa.

—Disculpe el atrevimiento, don Carlos, pero no tengo otra opción.

Extendió las manos hacia él y tragó saliva antes de atreverse a tocarlas. Estaban frías e hinchadas por el reposo excesivo. El hombre no reaccionó ante el gesto, así que le inspeccionó las muñecas en busca de pulseras. Solo había una cadena de oro en torno a una placa con una fecha grabada, un recordatorio de su primera comunión, celebrada hacía ya muchas décadas. Después palpó con cuidado bajo su jersey y enseguida notó un bulto a la altura del esternón. Al apartar la tela encontró un cordel. Tiró de él hacia arriba y ahí estaba lo que había ido a buscar, la prueba que confirmaba sus sospechas. Igual que la pulsera de Pablo, el cordel estaba repleto de pequeñas conchas teñidas de azul, aunque el color se había ido desgastando con el paso del tiempo. ¿Se lo había puesto Alba con la esperanza de que el amuleto restaurase su salud? Se lo quitó un momento para examinarlo. Sin duda, era uno de los adornos de las sirenas.

Nunca había creído que Alba fuese una mujer supersticiosa, aunque tampoco parecía piadosa en exceso. Pero pensó que alguien que había nacido con tan larga lista de privilegios y abundancia, en un país donde el hambre había imperado tras la guerra, estaría mucho más agradecida a Dios por su buena suerte. ¿Por qué entregarse a una creencia pagana, más propia de brujas que de buenas cristianas? A no ser que la joya fuese su última esperanza.

¿Y si aquellos amuletos no servían para proteger a quienes lo recibían, sino a las mujeres que los entregaban? Recordó las

palabras de Victoria que tanto la desconcertaron al principio «He oído hablar de la fama del señorito, pero nunca nadie ha querido regalarle una de nuestras pulseras, así que me imagino que no será tan terrible».

—«El hombre malo…» —masculló, repitiendo el lamento de Salva.

Un hermano que había llevado a su familia a la ruina, abducido por el juego.

Un prometido con la mecha corta y unos cuantos líos de faldas en su haber.

Un hijo pródigo que hacía preocupar a su madre.

Un patrón de manos muy largas.

Un padre que atemorizaba a los suyos.

Y una larga lista de mujeres que solo trataban de protegerse. ¿Era Alba Vargas una de ellas?

Decidió que se lo preguntaría directamente antes de contarle a Arias lo que había descubierto. Se inclinó para colocar el colgante de vuelta en el cuello de Carlos Vargas cuando descubrió que sus ojos grises ya no se perdían en el infinito, sino que estaban clavados en ella. Poco a poco, una rabia feroz le arrugó el ceño y le llenó de arrugas las comisuras de los ojos. Sonsoles retrocedió un paso por puro instinto. El hombre comenzó a abrir los labios, secos y acartonados. Le costó pronunciar la primera sílaba, pero, en cuanto lo hizo, el resto brotó de golpe.

—¿E… eres otra de las putas de Salvador? —Se incorporó lentamente y con torpeza, apoyándose sobre los brazos del sillón para tomar impulso. Aunque sus músculos siguiesen aletargados, la rabia le incitó lo suficiente para ponerse en pie, solo el tiempo justo

antes de arrojarse sobre Sonsoles—. ¿Se ha atrevido a traerte a mi casa? —La inmovilizó en el suelo valiéndose de su enorme peso y le rodeó el cuello con sus manos gruesas—. ¿Comes, bebes y follas a mi costa, furcia asquerosa?

Sonsoles no pudo defenderse ni reunir voz suficiente para explicarse. No era la primera vez que intentaban hacerle daño, pero, en esa ocasión, no tenía nada con lo que contratacar. Aunque el hombre hubiera perdido la fuerza de antaño, su tamaño era suficiente para aplastarla, como si no fuera más que un molesto roedor, una «ratoncita», como la llamaba Arias. No pudo decirle que en realidad estaba atacando a la niñera; que Salvador, su hijo, llevaba diez años muerto, y que los pecados que ella hubiese cometido nada tenían que ver con él. Tan solo logró agitar las piernas, presa del pánico. Si el hombre hubiese estado en plena forma, la habría asfixiado hasta la muerte o puede que le hubiese roto el cuello antes de que la falta de aire la hubiera matado, pero su debilidad muscular le brindó el tiempo suficiente para que su salvadora apareciese al otro lado de la puerta.

Alba Vargas, de pie junto a la cocinera, observaba la escena, con pavor al principio y con decisión después. Pese al miedo que le infundía aquel hombre, avanzó hacia él y, con ayuda de la cocinera, le apartaron de Sonsoles, que se llevó la mano al cuello y respiró aliviada por seguir viva. Alba, en lugar de preguntarle cómo estaba o apiadarse de ella, le arrebató el colgante de la mano de un tirón y, antes de que Carlos Vargas pudiese arrojarse contra la intrusa de nuevo, se lo puso alrededor del cuerpo.

—Ya está, padre. Es suficiente. Salvador se librará de ella enseguida, como hace con todas las demás.

Ante su promesa, la ira del hombre se atenuó poco a poco mientras su hija y la cocinera le colocaban de vuelta en el sillón. Una vez acomodado en él, la mirada se le emborronó poco a poco.

Sonsoles se incorporó lo suficiente para quedar sentada en el suelo. No tuvo tiempo de levantarse. Alba se agachó para agarrarla del uniforme y le pegó una bofetada tal que le giró la cara. Sonsoles se llevó la mano al punto de la mejilla donde le ardía el golpe.

—Estúpida. Si no me hubiese sentido indispuesta, estarías muerta. ¡Muerta! ¿Lo entiendes? —Mientras gritaba, la sacudió tirándole del vestido y, cuando se cansó de hacerlo, la empujó de vuelta al suelo—. Estás despedida. Ni se te ocurra volver a esta casa ni acercarte a mi familia. Y eso incluye a Daniel. Y como me entere de que vas hablando por ahí de lo que acabas de ver, me aseguraré de que no vuelvas a trabajar en esta ciudad.

Sonsoles apenas había alcanzado a procesar lo ocurrido: el cambio de conducta de Carlos Vargas, la aparición de Alba, el hecho de que, en efecto, el hombre había estado a punto de matarla. Pero agachó la cabeza, igual que una niña que sabe que se ha portado mal, aunque no entienda muy bien por qué.

—Vete de aquí. Ahora mismo. —Alba señaló a la cocinera—. Acompáñala a la salida y asegúrate de que no toca nada y de que no habla con Salva por el camino.

—Sal… vador. —El último murmullo del hombre logró sobresaltarlas a todas.

Tal era su poder incluso en aquel estado. Alba lo observó unos segundos y en su mirada contenía tantas emociones a la vez, tan agotadoras, que al final suspiró como si quisiese quedarse vacía.

—Yo me encargo de mi padre.

—Sí, doña Alba —asintió la cocinera, que levantó a Sonsoles del suelo de un tirón y la arrastró escaleras abajo hasta llegar a la puerta de la verja exterior—. ¿En qué estabas pensando? ¿Te has vuelto loca para subir a la segunda planta? ¿Se te ha olvidado en qué casa estás? —la reprendió todo el camino y prácticamente la tiró a la calle. Sonsoles perdió el equilibrio y cayó al suelo—. Espero que no me despidan por tu culpa, niña tonta —le advirtió, malhumorada pero también asustada. No había tantas familias en la ciudad que precisasen de una cocinera y, desde luego, ninguna de ellas iba a aceptar a los desechos de los Vargas—. Dale a Merche tu uniforme para que lo devuelva ella. Me pregunto qué vio en ti para recomendarte a la señora de Vargas. Da gracias de que te ha descubierto Alba y no ella.

Cerró la verja con un golpetón y la dejó sentada en la acera, desprotegida ante las miradas curiosas de los transeúntes e incapaz de ponerse en pie.

«¿Cómo voy a decirle a Antonio que me han despedido?», pensó abochornada. Sin su sueldo, nunca podrían pagar la matrícula de Toño en la escuela ni sus libros de texto. Le había fallado a su sobrino en un intento por protegerse a sí misma y por proteger a Oda. Le dolió el pecho de la vergüenza y se dio cuenta de que estaba completamente sudada por el sofoco. «Perdóname, Rocío. He faltado a mi promesa». Ojalá nunca le hubiese pedido que cuidase de su hijo. Su hermana tendría que haberlo sabido. Que estaba marcada de por vida. Que jamás podría ser digna de su posición, ni una madre ni una esposa ejemplar. Merche no volvería a recomendarla después de lo ocurrido y no había muchos trabajos para una mujer casada. Por no hablar de Arias. Ahora que no tenía

acceso a la familia Vargas, nada le impediría llevarla a rastras a un calabozo. Aunque quizá… Apenas se atrevió a pensarlo, pero si las esposas respetables no podían ayudarla, tal vez pudiese llegar a un acuerdo con las sirenas. Rebuscó en su bolsillo y descubrió que había perdido el collar de Alba y una de las dos fotos, quizá durante el ataque de rabia de Carlos Vargas. Seguro que Alba la habría encontrado y sabría entonces lo que la niñera había descubierto. Aunque aún tenía en su poder la foto grupal. Estudió una vez más la expresión cohibida e inocente de la Victoria de hacía una década. Tenía el presentimiento de que ella entendía muy bien lo que era tratar de proteger a alguien.

30

El pánico por perder su empleo, y, con él, una fuente de ingresos vital para su familia fue poco a poco sustituido por una cálida, expansiva y a la vez terrorífica sensación de libertad. Era lunes por la tarde, hacía un día espléndido, soleado, pero no demasiado caluroso, no tenía ninguna obligación con la que cumplir ni tareas pendientes. Casi parecía un delito pasar un día tan hermoso sumida en la desesperación.

Se esforzó por ignorar el mareo y el temblor que se resistían a abandonar su cuerpo, y se alejó del palacete de los Vargas. Pero la distancia no acababa de sesgar el hilo invisible que parecía existir entre ella y la casa. Daniel estaba en lo cierto: aquel lugar te atrapaba, pegajoso como una telaraña. Aun así, trataría de resistirse, de escapar, aunque sus esfuerzos la enredasen cada vez más. Puso rumbo hacia el mar, pero, al llegar al paseo marítimo, comprobó, para su decepción, que no había rastro alguno de las sirenas. El tenso desencuentro del día anterior debía de haberlas puesto bajo alerta. ¿Esperarían a la noche siguiente para emprender la vuelta a Rocablanca tal y como habían prometido o se habrían marchado ya con sus mercancías? La playa estaba casi vacía, a excepción de un par de mujeres de mediana edad que paseaban por la arena y de un grupo de adolescentes que jugaban a las cartas sobre las toallas. Se

sentó en la arena, con cuidado de no manchar el uniforme de niñera. Iba a tener que hacer tiempo hasta la hora de la cena. Si las vecinas la veían llegar temprano, le preguntarían qué hacía en casa antes de su hora, y no sería capaz de mentirles.

Sabía que no podría ocultar su despido durante mucho tiempo. En cuanto llegase a oídos de Merche, todo el barrio de la Albufera se enteraría de que los Vargas habían despedido a otra niñera en tiempo récord, pero aún no se había hecho a la idea y no sabía cómo confesarle a su esposo que había perdido un trabajo bien pagado.

«La echaron por fisgonear, ¿te lo puedes creer?». Era como si pudiese oír a las parroquianas de la peluquería murmurando sobre ella, poniendo su moral en tela de juicio y sentenciando que no era de fiar. Sin embargo, puede que Alba no diese tantos detalles y simplemente la tachase de incompetente, lo cual tampoco sería de gran ayuda.

Permaneció inmóvil, paralizada. ¿De que le servía ser dueña de su tiempo si la aterrorizaba no saber qué sería de ella el día de mañana? «Entiendo por qué a Oda le gusta tanto el mar», pensó mientras observaba el reconfortante vaivén de las olas. Al océano no le importaban el ayer ni el mañana, ni quién lo observara; seguía meciéndose adelante y atrás, tan solo pendiente del influjo de la luna, ajeno a los tejemanejes de los humanos. El mar era hermoso, imprevisible, no tenía miedo y no podía juzgarla. «Ojalá fuese una sirena de verdad. Me perdería en las aguas como la protagonista del cuento y no volvería a sentir culpa ni vergüenza». Pero era una humana de carne y hueso, y la vida que no había elegido la reclamaba con ímpetu.

Emprendió el camino de vuelta, arrastrando los pies y con un hondo pesar en el pecho. Comenzaba a atardecer cuando subió las escaleras del portal. Se detuvo un momento junto al piso vacío que ahora ocupaba Oda. Llevaba sin verla desde que se escabulló la noche anterior para bajarle algo de cenar y, aunque intercambiaron algunos besos furtivos, tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no seguirla hasta el dormitorio. Deseó que la estrechase entre sus brazos de nadadora para consolarla, que la atravesase igual que si estuviese hecha de agua salada. La necesidad de tocarla fue tan intensa que le causó dolor físico. No pudo resistirse a coger la llave escondida y abrir la puerta; sin embargo, al cruzar el umbral, encontró el piso a oscuras, cerrado a cal y canto, y vacío.

No se atrevió a encender las lámparas del techo por miedo a que algún vecino se percatase, así que se orientó valiéndose de la escasa luz que entraba desde la calle, pues apenas había unas pocas farolas en el barrio. Caminó a tientas hacia la habitación: allí tampoco había rastro alguno de la danesa. Al principio se le desbordó el corazón de angustia al pensar que quizá Arias había descubierto dónde estaba y había decidido llevársela al cuartel, o que Merche la había sorprendido allí escondida y la había sacado del piso arrastrándola de los pelos. Sin embargo, se dio cuenta de que había una pequeña nota escrita sobre un calendario triangular junto a la nevera.

«No te enfades conmigo, mi Sol. Me marcho a casa. No creo que haya peligro. Ven a verme cuando puedas. Quiero ser tan buena anfitriona como tú».

Sonsoles miró el pan y el queso sin tocar que había bajado a hurtadillas para ella, mientras aún dormía, antes de marcharse al

trabajo. ¿Buena anfitriona? Si Oda no hubiese sido una persona tan directa, habría pensado que se trataba de una crítica disfrazada de ironía.

También había dejado anotada su dirección y un número de teléfono. Estuvo tentada de caminar toda la noche hasta su casa con tal de verla unos pocos minutos. Pero, en lugar de dejarse llevar por un impulso irracional y desesperado, descolgó el teléfono del piso y comprobó, aliviada, que tenía línea. Marcó el número de la casa de Oda y cruzó los dedos para que estuviese allí a salvo.

Al cabo de unos cuantos tonos, la saludó la cantarina voz de la danesa.

—Ya pensaba que te habías olvidado de mí.

Casi pudo ver su sonrisa pícara, esa que parecía decir «sé exactamente lo que piensas y deseas, y me parece adorable».

—Oda… Oh, Oda… —masculló, con un nudo en la garganta.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien?

Pensar en compartir su carga la hizo sentir culpable, pero no pudo ocultar el pesar en su voz.

—Sí…, no es nada, es solo que…

Las palabras se le atragantaron, en parte por el eco del dolor que las manos de Carlos Vargas le habían causado en el cuello, que notaba amoratado y resentido. Tendría que cubrírselo con algo al llegar a casa para que ni Antonio ni el niño lo viesen. También ahogó su voz un torrente de emociones que llevaba horas tratando de contener en el pecho. Sin soltar el teléfono, se encogió sobre sí misma y se echó a llorar. Las amenazas de Arias, la ira del señor Vargas cerniéndose sobre ella, el miedo que aún le profesaba su hija. Todo aquel peso la sepultó sin piedad, como si tratase de

castigarla por haber intentado huir de él. «¿Creías que podías engañar a los demás? ¿Que eres lo bastante fuerte?», parecía reprocharle.

—Sol…, mi Sol. ¿Ha sido Arias? ¿Ese cavernícola te ha hecho algo?

Sonsoles trató de responder, pero no logró detener el llanto el tiempo suficiente para explicarse.

—Voy para allá, espérame.

La sorpresa fue lo bastante intensa para hacerla volver a sus cabales.

—No…, no vengas. Podrían verte entrar o salir, no es seguro hasta que no sepamos qué va a hacer Arias ahora que… me han despedido, Oda. Alba Vargas debe de odiarme ahora mismo —confesó.

—Mejor, así no tendrás que volver a esa casa vieja y oscura.

Sonsoles se secó las lágrimas con el dorso de la mano y no pudo evitar reír. Seguro que sus problemas económicos le parecían triviales… Si no te gusta tu trabajo, múdate a otro país y busca uno nuevo; eso había hecho ella. Pero la joven española no tenía ni su valentía ni su encanto, ni era inmune a las habladurías de las vecinas.

—Sí era vieja y oscura… —admitió—. Pero echaré de menos a Salva. ¿Quién lo va a cuidar ahora?

—¿Estás llorando a escondidas y te preocupas por un crío mimado que va a heredar media ciudad? Ay, mi Sol…, ese corazón tuyo no te da tregua. Dile que ahora me pertenece y que no debe alterarse por nada más. Que es una orden de su dueña.

No necesitaba recordárselo. Por herido que estuviese, latía en su pecho al ritmo de las sílabas que ella pronunciaba, henchido de felicidad al oír su voz.

—Podrías haberte quedado un poco más… por el bien de mi corazón.

—Me estaba ahogando entre esas paredes, con las persianas bajadas y sin nada que hacer ni nadie con quien hablar.

No podía echárselo en cara. Oda había sido creada para entregarse al mundo, para ser vista, por mucho que una parte de ella hubiese disfrutado de tenerla allí escondida como un tesoro oculto dentro de una caja de zapatos bajo la cama.

—Espera. ¡Se me ocurre una solución! ¿Por qué no vienes a verme mañana? Comeremos fruta recién cogida del árbol, beberemos vino y echaremos la siesta en el jardín. Seguro que así se te pasa el disgusto.

La idea de recorrer la casa de Oda Lund, pisar la alfombra sobre la que caminaba descalza, beber de los vasos que se llevaba un día sí y otro también a los labios, y sentarse en su sofá junto a ella encendió una chispa de deseo en su pecho. Si la sirena no era capaz de consolarla, dudaba que hubiese nada en el mundo que pudiera lograrlo. Sabía de sobra que no se merecía sentir una felicidad tan honda con tan ridícula facilidad, pero ¿qué le iba a hacer? Oda la había hechizado.

—De acuerdo, iré, pero, a cambio, tienes que prometerme una cosa.

—No me lo puedo creer, ¿mi Sol va a pedir algo? Espero que sea descaradamente egoísta.

—Lo es. Mañana a medianoche… ¿me acompañarías al muelle? Hay… hay un asunto que me gustaría resolver.

Se llevó la mano al bolsillo de su uniforme y sacó la foto que había robado del armario de la señora de Vargas. La joven e ingenua Victoria seguía allí, congelada para siempre en el tiempo, con una tímida sonrisa, sin saber lo que el futuro le deparaba.

31

Sonsoles se despertó antes del amanecer para prepararle el desayuno a su esposo. Se vistió con su uniforme como si fuera un día cualquiera, se recogió el cabello y calentó la leche en una cazuela. Una parte de ella esperaba que los hombres de Arias apareciesen en cualquier momento para llevársela al cuartelillo, pero la mañana transcurrió con la habitual mezcla de prisas y adormilamiento. Desayunaron en la mesa de la cocina, en silencio, como de costumbre, por lo que no tuvo que mentir más que reproduciendo unos hábitos que ya no eran necesarios. Iba a contarle la situación a Antonio después de la cena, la noche anterior, pero no logró reunir el valor suficiente. Se ajustó el pañuelo que se había anudado al cuello y se levantó para despedir a su marido junto a la puerta. La hora de entrada para los jornaleros de las salinas era muy temprana. Normalmente empleaba el resto de la mañana, antes de irse a trabajar, en leer una o dos páginas de *Los cuentos de sal* y en despertar a Toño, pero ese día estaba demasiado inquieta. Se puso a fregar la cocina a fondo para distraer sus pensamientos.

—Me voy. Pórtate bien y no juegues en la calle, ¿de acuerdo? Es peligroso. —Toño asintió a regañadientes y le preguntó cuándo podría volver a ver a Salva—. No estoy segura, el señorito está ocupado con sus estudios —respondió, con un nudo en la garganta.

Bajó al piso vacío y allí se cambió de ropa. Tendría que haber matado a Sol hacía tiempo, se lo había prometido a sí misma. Sol y Sonsoles no podían existir en el mismo mundo, pero cada día que pasaba le costaba más dejarla ir. Eligió el vestido más discreto entre la ropa que Daniel le había regalado, de manga corta y un color teja que le resaltaba los ojos. Se soltó la melena negra y se pintó los labios con el pintalabios rojo antes de echárselo al bolso.

Salió a la calle a la carrera y cruzando los dedos para no tener que improvisar una excusa si se topaba con alguna vecina. ¿De dónde había sacado un vestido tan bonito? ¿No tenía que trabajar esa mañana? Por suerte, la ciudad seguía atrapada en su extraño letargo tras el último asesinato, así que pudo llegar hasta la parada del autobús sin sobresaltos.

Fontanada no era lo bastante grande para tener líneas de tranvía y aquel era el único número que recorría la ciudad a lo largo, desde el Barrio de la Albufera hasta las colinas, así que no le quedó más remedio que apretujarse en el pasillo del vehículo blanco y verde a medida que se iba llenando. El interior apestaba a tabaco y humanidad, y el aire era denso y estancado. Un hombre exhaló el humo de un puro contra su rostro sin pudor alguno, provocándole un ataque de tos. Pensó que prefería andar antes que usar el transporte público, por cansada que estuviese, pero el barrio en el que vivía Oda estaba en la otra punta de la ciudad, en la misma colina donde se encontraba la casa del alcalde.

La mayoría de los pasajeros se fueron bajando antes de que Sonsoles llegase a su destino y, con cada parada, el cosquilleo nervioso en su estómago se incrementaba. Puede que el momento hubiese llegado un poco tarde para ella, pero por fin comprendía por

qué sus amigas del Pueblo, ahora mujeres casadas, se reunían para hablar de los chicos que les gustaban cuando tenían quince años. Reían sin parar mientras contaban que uno de ellos las había invitado a bailar en la verbena del santo patrón o que les había regalado un ramillete de flores al salir de misa. Por aquel entonces le parecía un entretenimiento forzado y aburrido, no entendía qué bicho les había picado para dedicar tanto tiempo a pensar en algo tan banal como un enamoramiento juvenil, pero ahora ahí estaba ella, asegurándose cada dos por tres de que no se había pasado de parada y retocándose el pintalabios una y otra vez mientras contaba los segundos para volver a ver a Oda. Aunque ella no podía compartir su emoción con nadie, le habría gustado poder gritar lo que sentía a los cuatro vientos.

El autobús pasó de largo las viviendas más cercanas al mar y empezó a subir por la colina, donde se encontraban las casas de líneas rectas y vistas al mar que el señor Alvarado había construido, una muestra de su interés en invertir en la zona. El autobús se detuvo en la última parada, en la entrada de la urbanización. Se bajaron ella y otras dos mujeres que llevaban un uniforme muy parecido al suyo de niñera y que debían de trabajar sirviendo en la zona. Les preguntó a ellas por la dirección y enseguida reconocieron la casa.

—Ah, ahí es donde vive la danesa. Sigue recto a la derecha y sube el camino, no tiene pérdida.

La miraron de los pies a la cabeza y se preguntó en qué pensaban. ¿Creían que era una señorita? No, lo dudaba. Seguro que más bien les picaba la curiosidad por saber qué hacía una mujer como ellas así vestida en un barrio como ese si no era trabajar.

Les dio las gracias y siguió sus instrucciones hasta dar con una construcción blanca con grandes ventanales y un tejado prominente que cubría parte del jardín. Era más pequeña que la casa del alcalde, pero igual de extraña a ojos de Sonsoles, y, sin duda, cara. Los ahorros que había acumulado como actriz y modelo, o sus ganancias en el Costa de Sal, daban mucho más de sí de lo que esperaba. Reconoció enseguida la bicicleta amarilla apoyada sobre la entrada. La verja estaba abierta, así que la cruzó y recorrió el camino, rodeado por árboles frutales, con pasos apresurados. En cuanto se acercó lo suficiente, sus ojos se enfocaron en Oda con la misma facilidad con la que un explorador encuentra la estrella polar en el firmamento. La danesa tomaba el sol sobre una hamaca, vestida, si es que podía decirse tal cosa de una prenda tan ridícula, con uno de sus diminutos biquinis, sin tirantes y del mismo azul del que a veces se pintaba los párpados.

Al verla llegar, dejó a un lado la novela que estaba leyendo y se puso en pie con un par de elegantes movimientos. Se trataba de un ejemplar con una discreta portada blanca adornada con unas simples líneas verdes. *Bonjour, Tristesse* decía su título en francés. Sonsoles se preguntó cuántos idiomas hablaba aquella mujer que la fascinaba.

—Mi Sol, me daba miedo que cambiases de opinión. —La tomó de las manos y le dedicó una sonrisa que aturulló sus pensamientos.

Le acarició el hueco entre los nudillos con la misma naturalidad que si llevase toda la vida haciéndolo. Quería hablarle del peligro que corrían si Arias no encontraba pronto al asesino, de las mentiras y los secretos que poblaban el palacete de los Vargas, de la

vergüenza que sentía por haberle fallado a su familia, pero ninguno de sus miedos parecía real en aquel jardín de naranjos y limoneros.

—He traído… una tontería. Son unos mantecados —dijo tendiéndole una de las dos cajas con las que había cargado desde su casa.

—¿Los has preparado tú? —preguntó Oda con asombro, examinando una de las galletas antes de darle un diminuto mordisquito—. ¡Hmm! Son mejores que los de la pastelería. Eres increíble. ¿Hay algo que se te dé mal? —La tomó de la mano sin darle ocasión de contestar—. Ven, deja que te enseñe la casa. Me temo que está un poco desordenada.

Al principio creyó que su afirmación era la clase de cortesía que se decía cuando en realidad habías pasado la mañana limpiando para tus invitados, pero, en el caso de Oda, su advertencia era cierta. El salón era más pequeño de lo que parecía desde el exterior; con unas paredes recubiertas de madera de un brillante tono cereza y suelos tapizados por una alfombra amarillo mostaza, no era una estancia lo que se decía discreta. Oda había escogido unas cortinas a juego con la alfombra, mesitas y estantes de madera, y un sofá de un tono musgo que era el mueble más conservador de la estancia. Dejó la caja de mantecados sobre la mesita de té, junto a varios platos y cubiertos del desayuno sin recoger, y a media docena de tazas y copas de los días anteriores, que se entremezclaban con las revistas de moda que había dejado abiertas por la página en la que se había quedado, en lugar de usar un marcapáginas. Los libros se apilaban junto al sofá: *L'Étranger*, *Breakfast at Tiffany's*, *Orlando*, *The Talented Mr. Ripley*… La única portada que reconoció fue la de

Los cuentos de sal, cuyo título estaba escrito en un idioma desconocido, que debía de ser danés.

—Qué casualidad, yo también lo estoy leyendo.

Tomó el ejemplar forrado en tela verde para ver la página marcada.

—Era de mi madre, le echo un ojo de vez en cuando, los días en que me pongo muy nostálgica. Siéntate si quieres —ofreció mientras apartaba los vestidos que había dejado tirados sobre el sofá.

No estaba segura de si había pasado un rato decidiendo cuál ponerse y luego había olvidado guardarlos en el armario o si se los quitaba en cuanto entraba por la puerta y los dejaba ahí en lugar de echarlos a lavar. La idea de tomarlos y olerlos para comprobarlo se le pasó por la cabeza, pero el pensamiento bastó para avergonzarla. «No eres una bestia salvaje», se recordó, aunque el salón de Oda fuese tan caótico como una selva.

—¿Quieres escuchar algo de música?

Oda se detuvo frente al tocadiscos. Los vinilos estaban fuera de sus fundas y colocados de cualquier manera. Tras rebuscar un poco entre el caos, Oda eligió un álbum y lo puso debajo de la aguja. El sonido de un contrabajo retumbó por toda la estancia, y una voz femenina y aterciopelada comenzó a cantar al ritmo de lo que parecían unos chasquidos de dedos.

—*You give me fever…* —canturreó Oda, casi en un susurro—. Este es el salón, como puedes ver, y esta de aquí, la cocina. —La estancia estaba equipada con los electrodomésticos más modernos del mercado—. Tengo que admitir que casi no la uso. No soy precisamente una buena cocinera. Por mí pondría un gimnasio en este cuarto, pero no creo que a mi casero le hiciese gracia.

—Yo puedo cocinar para ti —se ofreció sin pararse a pensarlo siquiera.

¿En qué mundo tenía sentido su proposición? No era como si pudiesen vivir juntas sin levantar sospechas. Pero Oda fingió que todo era posible y, por un día, Sonsoles decidió creerla.

—¿Sí? ¿Y qué me prepararías?

Sus dedos ascendieron desde la muñeca por todo el antebrazo en una caricia que le erizó la piel. Necesitó recurrir a toda su fortaleza mental para no olvidar cada plato que había aprendido a cocinar. Dudaba que a Oda le entusiasmase la sopa de berzas o su guiso de setas con patata y cebolla, pero podía aprender nuevos y sofisticados platos, como los que habían servido en la casa del alcalde.

—¿Qué te gusta?

—Veamos… En Londres me enamoré de la *lobster Newberg* y del *beef Wellington*, pero lo que más echo de menos son los *Frikadeller* y *Brunede Kartofler* de casa.

—Ni siquiera sé lo que has dicho… —admitió ella, con una sonrisilla tímida.

—Ay, perdona. Soy insufrible, ¿verdad? Cuando vivía en las afueras de Copenhague con mi madre, yo tampoco sabía nada de salsas francesas o asados ingleses. Ella viajaba mucho, pero no me dejaba acompañarla. Quería que llevase una vida normal, y fíjate cómo he acabado. No sé ni preparar los platos típicos de mi país, pero presumo de haber comido langosta. —Suspiró—. Ojalá hubiese prestado más atención. Si te invito a Dinamarca conmigo, ¿los probarías?

Arias, Antonio, hasta Daniel estaban muy lejos de allí. Así que, entre las paredes de esa casa y en ese reino inventado para las dos, era libre de responder lo que de verdad deseaba.

—Claro… me encantaría. Pero primero paremos en Londres. Quiero ir a tus restaurantes favoritos y pedirlo todo, comeremos hasta reventar; tomaremos vino, del caro, y ostras, y lo que quiera que les guste a los señoritos ricos.

—Después iremos al cine Odeon de Leicester, bailaremos jazz, rocanrol y mambo, y beberemos cócteles con nombres ridículos. Te encantará el *mai tai*, es dulce, fresco y cálido, igual que tú.

Tiró poco a poco de los brazos de Sonsoles hasta acercarla a su cuerpo, lo suficiente para que la gravedad que las atraía hiciese el resto. Sus labios se encontraron y el mundo giró a su alrededor mientras las manos de Oda la recorrían hasta rodearle los hombros, con la actitud relajada de quien hacía aquello cada día, a todas horas, y que planeaba seguir haciéndolo, sin pararse a pensar en que aquello que había entre ellas, fuese lo que fuese, iba a acabarse. Porque tenía que acabarse. Sonsoles lo sabía y, por eso, se aferró a la cintura desnuda de su sirena preferida como si estuviese hecha de brasas y ella se muriese de frío. No le importaba quemarse. Aunque puede que el fuego fuese ella, a juzgar por el gemido sorprendido de la danesa cuando sus torpes dedos se colaron bajo la tela del bañador para acunar uno de los pechos perfectos de Oda.

—No es justo, mi Sol —protestó en un susurro, aunque apretase contra ella la mano de Sonsoles con la suya—. Te lo he puesto muy fácil, pero tú… estás demasiado tapada. —Comenzó a desabrochar

los botones negros del vestido, desde el cuello hasta debajo del ombligo—. Al menos hoy no llevas delantal.

Hizo caer atrás la manga que le cubría el hombro y se agachó hacia ella para besarla. Recorrió su barbilla y comenzó a descender poco a poco por el cuello. Sonsoles estaba tan ebria de anhelo que olvidó el dolor y lo que Oda encontraría bajo su pañuelo. Notó cómo tiraba de uno de sus extremos para deshacer el nudo. El fuego entre ambas se congeló en un solo segundo. Oda retrocedió y ella apartó la mirada avergonzada.

—¿Quién ha sido? ¿Qué cabrón te ha hecho esto?

Las marcas al principio eran rojas y en ellas se distinguían los dedos de Carlos Vargas a la perfección, pero durante la noche habían cambiado de color y forma. Al despertar había encontrado en el cuello un rastro morado, tan oscuro que parecía negro, con unos límites borrosos de un tono amarillento. Tenía tan dolorida la piel que incluso el roce del pañuelo le resultaba molesto, y su voz seguía algo carrasposa.

—Sol… ¿Quién ha sido? —insistió Oda al ver que la joven se había quedado paralizada—. ¿Arias? ¿Ese cerdo malnacido te ha puesto la mano encima? —Apretaba el pañuelo en su puño con tanta fuerza que temió que pudiese hacerse daño. Negó con la cabeza—. ¿Tu marido?

—Antonio no es de esa clase de hombres.

—Entonces ¿quién?, ¿quién se ha atrevido?

—Es… es difícil de explicar… En parte es culpa mía —trató de tranquilizarla, pero su respuesta solo logró enfurecerla aún más.

—Mi madre solía decir lo mismo cuando uno de sus novios bebía más de la cuenta y lo pagaba con ella. Se maquillaba los moratones

e insistía en que todo había ocurrido porque no había sabido llevarlo mejor o porque había elegido mal otra vez. —Sostuvo su rostro con cuidado, pero con firmeza, y la obligó a mirarla a los ojos—. Nunca más digas que el daño que te hacen es culpa tuya. Nunca. ¿Me oyes?

«Si no hubiese entrado en la biblioteca.

»Si no hubiese husmeado en las pertenencias de Alba Vargas.

»Si no hubiese plantado cara a Arias.

»Si no hubiese ido con Oda y Daniel a ese condenado concierto en el Ye-yé».

Esos eran los pensamientos que la habían perseguido desde el día anterior. Aunque Oda le diese permiso para dejarlos ir, la culpa, como guía, integrada en cada recoveco de su ser, no se marcharía con tanta facilidad. Pero, al menos, era un consuelo descubrir que había alguien en el mundo que jamás la señalaría con el dedo.

—Gra… gracias.

Por sostener un espejo frente a ella en el que se veía a través de sus ojos, mucho más generosos que los de los demás. Por no decirle jamás: «Es lo que hay, será mejor que te acostumbres».

Dejó que la envolviese entre sus brazos y se lo contó todo.

32

Oda jugueteó con la cinta de su vaporosa bata de baño. Llevaban cerca de dos horas hablando y Sonsoles había insistido en que se abrigase para no enfriarse, a lo que la danesa respondió con una risa cantarina.

—Llevas demasiado tiempo jugando a las casitas y a ser mamá, mi Sol. ¿Cómo voy a resfriarme con el calor que hace?

Aun así, le hizo caso y se cubrió con una prenda de tonos cálidos, que seguramente habría comprado en una *boutique* de Londres, porque jamás había visto nada parecido en Fontanada. Era tan fina y delicada que su cuerpo seguía intuyéndose a través de la tela traslúcida.

Se acomodaron en el sofá, tan blando y suave como parecía a primera vista. Oda, con una pierna cruzada sobre la otra y un brazo rodeando el respaldo; Sonsoles, encogida como una niña a la que regañaban en la escuela. Se lo había contado todo. Las amenazas de Arias y cómo había estado pidiéndole información sobre la familia, incluido Daniel. Compartió la carga del secreto de la familia Vargas, el hecho de que aquel tímido niño no era el hijo de Alba y el guardia civil, pero, que si las sospechas de Sonsoles eran ciertas, tenía sangre de los Vargas corriendo por sus venas. Le confesó que, mientras la ciudad lloraba al prometedor y brillante Pablo Soler, ella

había estado rebuscando entre las pertenencias de la señora de Vargas y de Alba. Le habló de las conchas blancas y azules, que siempre aparecían relacionadas con los asesinatos; algo que, sin embargo, podría haber sido una mera casualidad, un abalorio de moda que estaba por todas partes, pero su conversación con Silvia había dilucidado sus dudas. Había una razón por la que las sirenas vendían las conchas azules a escondidas, separadas de los demás abalorios que exponían a plena vista en el paseo marítimo. Había encontrado aquel mismo juego en el palacete de los Vargas: la concha blanca entre las pertenencias de Alba, y su contraparte, las conchas azules, en el cuello del patriarca. Se la había quitado y después…, aún encogida por el terror, le relató lo que había sucedido.

—Oh…, mi pobre Sol. Ojalá no me hubiese marchado ayer en un impulso, habría estado ahí para abrazarte. —Le acarició los mechones negros que enmarcaban su rostro y la piel de su frente se erizó —. No es de extrañar que Daniel odie a su familia. Tendrían que haberte rogado perdón de rodillas en lugar de despedirte.

Sus dedos bajaron por el cuello, por encima del moratón, con cuidado de solo rozarlo para no hacerle daño. Sonsoles cerró los ojos y dejó que el tacto de Oda borrase poco a poco el recuerdo estremecedor de los ásperos dedos del señor Vargas.

—A mí tampoco me gustaría que hurgasen en mi casa y en mis cosas —admitió, aunque tampoco es que tuviera nada de demasiado valor más allá de un par de medallas heredadas, las estampitas de santos que habían pertenecido a Rocío y un pintalabios rojo.

—Tú no has mentido a la ciudad entera fingiendo que estás por encima de todos los demás. Me da pena ese pobre crío… Y me da

pena Daniel. Él debe de saberlo todo y, aun así, ha aceptado sus mentiras. Y Alba… —Sonrió con acritud—. Me ha mirado siempre con demasiada soberbia para ser alguien que juega con los amuletos de las sirenas. O quizá debería decir de las brujas, porque eso es lo que en el fondo todos quieren decir.

—Brujas… —La palabra le dejó un regusto árido en los labios—. Sus amuletos… ¿piensas que de verdad están malditos?

Oda arrugó los labios en una sonrisa que aunaba a la vez ternura por Sonsoles y recelo hacia todo lo que tuviese que ver con magia.

—Claro que no. Son solo supersticiones, pero da igual que algo no sea real si todo el mundo está dispuesto a creer que es cierto. El día en que en la ciudad empiecen a señalarlas, será como si sus joyas hubiesen matado a esos chicos. No puedo hablar por los demás, pero dudo que nadie quisiese ver muerto a Ricardo, aún menos quien le regaló su amuleto. Nos dijo que fue su madre, ¿recuerdas? Siempre fue un niño de mamá…

—¿Es verdad que estaba tan cambiado como dicen? Ya tenía la concha cuando le conociste, ¿no? Aunque si el accidente fue en verano y os visteis en otoño, debía de llevarla desde hacía poco…

Oda se puso en pie y caminó hacia el mueble bar para servirse una copa de ginebra. Era temprano, pero la conversación requería un poco de ayuda.

—¿Quieres? —le ofreció, pero Sonsoles negó con la cabeza, prefería tener la mente despejada. En lugar de servirle alcohol, la danesa troceó un melocotón en rodajas y se lo sirvió en un plato que dejó sobre la mesita de té, frente al sofá—. Lo he recogido del melocotonero del jardín, ¿te lo puedes creer?

—Es un alivio que, pese a todo, seas humana.

Oda le dio un sorbo a su copa.

—¿Qué quieres decir?

—Estás evitando contestar a la pregunta.

Sonsoles le tendió la mano para que se sentase de vuelta a su lado y ella la aceptó, llevándosela a los labios para depositar un fugaz beso sobre ella.

—Tienes razón. Me hago la valiente, pero todos tenemos fantasmas que nos persiguen y nos asustan en el momento menos esperado. La concha que encontraste en el piso de esa chica, Teresa, ¿la tienes contigo?

Asintió. La había guardado en su monedero. Lo sacó de su pequeño bolsito, que estaba en el suelo, y rebuscó entre las monedas de una y dos pesetas hasta dar con el fragmento, que luego tendió a Oda. La mujer lo examinó con atención e idéntica expresión de sorpresa y fascinación que si le hubiese mostrado un puñado de diamantes.

—Es la misma, sin duda.

Antes de que Sonsoles pudiese preguntar a qué se refería, Oda se puso en pie de nuevo y se perdió entre las estancias de la casa. Volvió con un joyero entre las manos y lo abrió para enseñarle el interior. Ante sus ojos aparecieron dos cadenas de plata: una decorada con conchas blancas y otra en la que eran azules.

—Pertenecían a mi madre —confesó, ante el estupor de Sonsoles —. Te dije que vine a Fontanada porque ella pasó un verano aquí de joven, pero no te conté por qué. Estaba embarazada de mí por aquel entonces, por eso se fue de casa. Se escondía de mi padre por miedo a que pudiese pegarle una paliza que le hiciese perder al bebé. —Se abrazó a sí misma—. Ya había pasado antes.

—Oh…, Oda…

—Es una historia que no tiene nada de especial, tan vieja como la tierra. No sé muy bien por qué decidió rebelarse por mí después de haber aguantado tanto tiempo, pero sí que sé que lo que quiera que encontrase aquí le dio el valor para defenderse. Volvió a Dinamarca y, al poco tiempo, mi padre… se quitó la vida. Todo el mundo decía que, cuando nací, se volvió una sombra de lo que era, que arrastraba los pies y apenas levantaba la vista del suelo. —La miró con sus ojos azules, siempre misteriosos y felinos, y que ahora parecían tan frágiles—. Creo que, de algún modo, fue ella quien le mató. Puede que él diese el paso, pero, por lo que averigüé de mi padre, no era la clase de hombre que renunciara a lo que consideraba suyo. Preferiría destruirlo todo antes que irse primero. Sé que mi madre hizo algo para que cambiase. Nunca hubo juicio y ella jamás lo confesó, pero pensé que quizá aquí encontraría alguna respuesta. Esta joya… me gustaría hablar con quien se la vendió. Entender qué esperaba mi madre de ella, con o sin maldición.

—Cambió… Eso es lo que dicen de todas las víctimas del asesino. Que últimamente no parecían ellos mismos.

Oda meditó sus palabras.

—¿Crees que es por las conchas?

—No lo sé… —suspiró—. Pensaba que en Fontanada hallaría respuestas, pero cada vez todo resulta más confuso. Si lo que me has contado es cierto… ¿significa que mi madre es una asesina?

Sonsoles miró de refilón al ejemplar de *Los cuentos de sal*. Para conseguir sus poderes, una sirena debe mancharse las manos con sangre. ¿El escritor danés había dado inicio a la leyenda más oscura

de Fontanada o solo recogió las historias que había escuchado durante su viaje?

—¿La odiarías si confirmases tus sospechas?

Oda negó con la cabeza.

—Cómo podría. Toda la vida de mi madre fue un intento por huir hacia delante. Mi padre le prohibió actuar cuando se casó con ella, aunque aquello le dolía incluso más que los golpes. Cuando él murió quiso volver a los escenarios, pero no siempre fue fácil, sobre todo al principio. Llevaba tres años retirada, y ahora era madre y viuda en lugar de una hermosa jovencita. Para volver a la cima tuvo que aceptar las insinuaciones de directores babosos y ser la novia florero de unos productores que no sabían controlarse después de un par de coñacs. Me juré que nunca seguiría sus pasos, pero no entendí cómo debió de sentirse hasta que empecé a recibir las mismas proposiciones y miradas sucias. Da igual que vean el asco en tu cara, nunca apartan esos ojos repugnantes. Prefiero como me miran en España, como si acabase de disparar a alguien en la frente por ponerme unos pantalones o una falda demasiado corta.

Trató de sonreír, de mostrar que ya no le afectaba. Su gesto solo habría podido convencer a alguien que no la conociese, a quien aún creyese que era más diosa que mujer.

Sonsoles apoyó la mano sobre su pierna desnuda para hacerle saber que también estaba ahí para ella.

—Ataste cabos cuando murió Ricardo, ¿verdad?

—Me dije que era una casualidad. Y casi me lo creo —respondió con un suspiro melancólico—. Le conocí cuando llegué a Valencia tratando de seguir los pasos de mi madre. Los Pesetas tocaban en una sala de música para jóvenes y debí de llamar su atención entre

el público. Me invitó a celebrar el éxito de su banda en una fiesta que hacían en el piso de un amigo y se ofreció a ser mi guía por la ciudad.

Sonsoles imaginó a Oda como un faro en la multitud; su pelo dorado y su imponente estatura entre las tímidas muchachas españolas captaría enseguida la atención del músico. Ignoró la irracional punzada de celos. Por supuesto, cualquier hombre joven y confiado querría probar suerte con una mujer como ella, aun a riesgo de ver su orgullo pisoteado.

—Iba a responderle que volvía al día siguiente a Londres, pero entonces vi su colgante. Le pregunté quién le había regalado ese amuleto y me contó que había sido su madre. Me picó la curiosidad y pasamos un par de días juntos. Esperaba descubrir que tenía alguna clase de secreto oscuro, una doble cara, como mi padre, encantador en público y cruel en la intimidad. Pero Ricardo era un chico sencillo, transparente. Además, tenía toda la pinta del mundo de ser un niño mimado. Pensé que seguro que su madre era una de esas señoras religiosas que le pedía a este o aquel santo o virgencita que protegiese a su niño querido en cuanto cruzaba la puerta de casa para salir con sus amigos. Ricardo no era de esos hombres a los que una maldice en silencio porque no puede escapar de ellos; he conocido a muchos de esos, así que los identifico enseguida. No entiendo por qué alguien querría matarle. No hacía daño a los demás, solo a sí mismo.

El recuerdo de Oda ensangrentada mientras sostenía al músico en sus últimos momentos la estremeció. Debía de haber sido un gran trauma para ella, pero se lo había guardado y había sufrido en silencio.

—Lo siento… por hacerte hablar de cosas tan horribles. Ojalá encuentren al asesino. Si Arias tuviese algo de vergüenza, estaría persiguiendo al culpable en lugar de jugar a arrinconar a los Vargas y a ganarse el favor de Alvarado. ¿Quién sabe cuándo volverá a matar?

—Puede que los rumores sean ciertos. Quizá sea cosa de las sirenas.

Permanecieron en silencio, sopesando los secretos y los peligros que estaban a punto de desenterrar.

—¿Me acompañarás, entonces, a hablar con Victoria y las demás?

—No sé qué es más peligroso, mi Sol, si que rebusques en asuntos ajenos o que yo remueva mi pasado, pero creo que ninguna de las dos nos quedaremos tranquilas si no lo hacemos. Llevo meses aquí tratando de olvidar por qué vine. Así que tenías que llegar tú a darme fuerzas. Pero el día es joven y aún queda mucho para medianoche.

Hizo que alzase el rostro hacia ella y Sonsoles olvidó todos sus temores en cuanto sintió sus finos labios sobre los suyos.

33

Apenas oyeron el sonido del claxon por encima del rugido del secador de pelo. Oda enredaba las puntas de los dedos en su cabello negro, una pobre excusa para acariciarle la nuca igual que si fuera un gato, mientras daba forma a su cabello con un secador azul celeste.

—Parece que Daniel ya está aquí —dijo ella, tensándose en el asiento del tocador, pero la danesa ni se inmutó.

—Pues que espere. Una señorita necesita su tiempo para ir bien arreglada, y normalmente es él quien llega tarde a todas partes.

Terminó de acicalarse la melena con un cepillo que le dejaba el pelo sedoso e insistió en darle unos toques extra de color a su rostro con un colorete y pintalabios. Cuando estuvieron listas, recorrieron juntas el sendero que conducía hasta la entrada de la finca. Oda la tomó del brazo y ella se sonrojó. Llamaron a Daniel, porque la danesa había jurado que, pese a todos sus malos hábitos, nunca traicionaría a una amiga, pero Sonsoles se sentía incómoda. ¿Qué pensaría al verlas? ¿Podría leer en sus mentes que aquella niñera de un lejano pueblo había usurpado su lugar en la cama de Oda? Si Daniel había adivinado lo que ocurría entre ambas, no mostró signos de reproche alguno más que por su tardanza.

—Me llamáis para que os haga de chófer y encima me hacéis esperar —saludó a Oda posando la mano sobre su cintura, pero se saludaron con dos besos amigables en las mejillas en lugar de con uno en los labios.

—Ahora ya sabes lo que se siente.

—A mi madre le daría un síncope si supiera cómo dejo que me mangonees —suspiró, y para ilustrar su queja, les abrió la puerta para que entrasen—. Sol, supongo que ahora tengo que llamarte así todo el rato, ¿no? Mi hermana se ha pasado el día echando pestes sobre ti, sobre que eres la peor empleada que hemos tenido jamás y que nadie en su sano juicio debería contratarte. Así que, enhorabuena, no le dedica palabras tan afectuosas a cualquiera. ¿Qué has hecho? ¿Te pilló probándote su lencería?

Sonsoles se aclaró la garganta y se acomodó en el asiento mientras Daniel arrancaba el coche y emprendía el camino hacia el muelle.

—No diga sandeces, señorito Daniel. Y preocúpese de que contraten una buena niñera para Salva más que por mis asuntos.

El semblante del joven se ensombreció por un momento al pensar en su sobrino.

—Aún no hemos tenido corazón para decirle que no vas a volver, ¿sabes? Es raro el cariño que te ha tomado. Normalmente no muestra ningún interés por sus nanas, pero a ti te quiere mucho.

Era tan infrecuente oírle hablar en serio, sin ningún jueguecito ni provocación de por medio, que la dejó desarmada.

—¿Cómo está?

—No ha dicho una sola palabra desde que te fuiste —admitió con un suspiro de preocupación—. Escucha, si me cuentas lo que ha

pasado, creo que podría convencer a mi madre para que te diera otra oportunidad. Si le digo que terminaré mi noviazgo con Oda a cambio, seguro que…

—Mañana devolveré mi uniforme y, si no le importa, prefiero no hablar más del tema —le interrumpió antes de que pudiese continuar, porque la promesa era tentadora.

Si aceptase la proposición no tendría que afrontar la vergüenza ante su marido, el señalamiento de sus vecinos, siempre aderezado con una pizca de compasión, y la culpa por haber perdido el empleo y haber dejado atrás al pequeño al que tanto cariño le había tomado sin siquiera despedirse de él. Pero aún llevaba en el cuello un recordatorio de la ira de Carlos Vargas y de todos los peligros y los secretos ocultos en aquella casa.

Daniel asintió con la cabeza, dando a entender que había comprendido todo lo que Sonsoles no había dicho en voz alta. Por mucho que le preocupase el bienestar de su sobrino, no podía echárselo en cara.

—¿De verdad piensas que alguien creería que «tú» me has dejado a «mí»? —preguntó Oda con aire ultrajado, y probablemente para cambiar de tema, aunque no le faltase razón en lo que decía.

Daniel respondió con una carcajada.

—Tampoco hace falta que eches más sal en la herida —protestó, aunque no parecía en absoluto dolido por el cambio en los afectos de la joven.

Sonsoles desvió la mirada hacia la luna, que brillaba tan amarilla esa noche que parecía estar cubierta de oro. Arrojaba su resplandor sobre el mar y las copas de los árboles de la escarpada colina. El astro y los focos del descapotable eran las únicas fuentes de luz en

mitad de la noche. El ronroneo de las olas y el olor a salitre se volvían cada vez más intensos a medida que descendían hasta la costa. Al llegar a Fontanada encontraron los bares y restaurantes cerrados a cal y canto, y las calles completamente desiertas. Por eso no les costó encontrar a las sirenas, de pie en el muelle, junto a una vieja embarcación, un velero en el que apenas cabrían diez pasajeros, puede que un par más si se apretaban mucho.

Daniel detuvo el coche en mitad de la calle y dio media vuelta hacia ellas antes de que se bajasen.

—Señoritas, puede que solo parezca una cara bonita, pero sé que me estáis ocultando unas cuantas cosas. —Sus ojos se posaron sobre Sonsoles, que le sostuvo la mirada pese al nudo que sentía en el estómago—. Seguiré haciéndome el tonto y no haré preguntas, pero procurad no meteros en más problemas de los necesarios.

—No me creo lo que oigo. ¿El hijo pródigo de los Vargas rehúye los líos? ¿No te estarás haciendo mayor? —bromeó Oda.

—Me gusta la diversión, no el peligro.

Había un cansancio inusual en sus ojos. Puede que las palabras de la danesa fuesen una provocación amistosa, pero también había algo de verdad en ellas. El cruento verano les estaba pasando factura a todos.

—Esta ciudad está cerca del punto de ebullición, y la intuición me dice que estáis jugando con fuego. Además… las sirenas siempre me provocan escalofríos, tengo la sensación de que me desprecian, no sé si por ser un Vargas, por ser un hombre o porque por fin me he labrado una reputación cuestionable. —Les guiñó un ojo.

—No eres el centro del universo, Danielito. —Oda se despidió tras hacerle una fugaz caricia en el rostro—. Y no te preocupes

demasiado por nosotras, somos mayorcitas y sabemos cuidarnos.

—Aun así… andaos con ojo. No quiero perder a más amigos.

—Volveremos enseguida —fue toda la explicación que dio Sonsoles antes de bajarse del coche, perseguida por unos sentimientos contradictorios.

¿Quién era él, que guardaba con celo los secretos de su familia, para advertirles a ellas sobre «jugar con fuego»? ¿Y qué era eso de «amigos»? Hasta hacía un par de días solo era una niñera para él, una a la que su padre había estado a punto de asesinar. ¿Qué derecho tenía a preocuparse por ella? Y, sin embargo, sabía bien que estaba en lo cierto. Una ciudad en busca de culpables era más peligrosa que la furia o la ambición de un solo hombre, ya se apellidase Vargas o Arias. A pesar de los riesgos, allí estaban ellas, a punto de reunirse con las principales sospechosas. Oda debió de notar sus dudas, así que la tomó de la mano mientras avanzaban hacia el modesto muelle de madera. Las mujeres estaban terminando de cargar las últimas cajas de mercancías, que consistían en su mayoría en alimentos frescos pero resistentes, como patatas, zanahorias o cebollas. Victoria, que dirigía y ayudaba a sus compañeras desde fuera del barco, se detuvo al ver que se acercaban. Se limpió los restos de sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Ya pensé que no vendrías. Hemos cargado todo nosotras solas, así que ya no podéis ayudarnos en nada, me temo.

—En irse cuanto antes por donde han venido… —La mujer pelirroja torció el labio en una muestra de recelo.

—Paz… —la regañó su compañera de cabellos rizados y piel cobriza, Celia.

—Sentimos el retraso —se disculpó Sonsoles.

La joven llamada Paz las examinó de mala gana, aunque su atención estaba puesta en Oda, algo a lo que Sonsoles se había acostumbrado. Ya no le importaba ser una sombra a su lado, no si podía acaparar todo su brillo cuando estaban a solas.

—Así que tú eres la famosa «Oda Lund, la sirena del mar del Norte». Seguro que es divertido que te dé igual todo lo que ocurre a tu alrededor, siempre lista para subirte a un avión y hacer como que aquí no ha pasado nada. Puedes dedicarte a exhibirte medio desnuda con una cola de juguete y llenarte los bolsillos con ello, aunque te critiquen. Pero el día en que te vayas, a nosotras nos seguirán maldiciendo, atacando y llamando «sirenas».

Oda no se dejó amedrentar. En lugar de eso, sonrió igual de arrebatadora y tranquila que siempre.

—Tú también puedes marcharte si tanto lo odias. ¿O es que necesitas ayuda para reservar un billete?

Paz resopló mientras alzaba una de las cajas con ayuda de sus compañeras.

—No te confundas, extranjera, no te tengo envidia, más bien me das pena. No entiendes nada… Este es mi hogar y no pienso abandonarlo. Voy a luchar por él.

Antes de que la conversación escalase aún más, Sonsoles se dirigió a Victoria y le tendió un pequeño paquete envuelto en papel de periódico.

—Son mantecados, los he hecho yo misma. Pensé que podía veniros bien algo dulce para el camino.

—Gracias, qué atento por tu parte. Los disfrutaremos mucho, ¿verdad?

Victoria miró a la pelirroja, pero esta, en lugar de darles las gracias, resopló.

—Genial, unas galletas solucionarán todos nuestros problemas. Bien pensado, niñera.

—Ya no soy niñera. Los Vargas me han despedido.

—Raro sería si no lo hiciesen —masculló Paz, que volvió al barco de un salto para arrimar el hombro con las preparaciones que el velero necesitaba antes de zarpar.

—Vaya… siento oír eso. —Las palabras de Victoria sonaban sinceras—. Seguro que el niño te echará de menos.

Sonsoles trató de leer su expresión, pero Victoria sabía cómo ocultar sus emociones y pensamientos de la vista de los demás.

La mujer del pelo canoso, Dolores, se acercó a ellas para recibirlas con una sonrisa amable.

—Sabía que tenías demasiadas preguntas que hacer, la curiosidad brilla en tus ojos. —Su expresión cálida se congeló en el momento en que vio a Oda, igual que si se le hubiese aparecido un fantasma—. ¿Inge?

Dio un par de pasos hacia la danesa, pero enseguida comprendió que se había tratado de un mero espejismo.

—Inge Lund era mi madre —aclaró la danesa ante la confusión de Dolores—. ¿La recuerda?

—Cómo podría olvidarla. Yo era una pobre viuda que no tenía un solo vestido decente que ponerse, pero cuando ella vino a nosotras era ya toda una celebridad en su lejana tierra. Te pareces mucho a ella. ¿Cómo es que has venido hasta aquí, criatura?

—Siempre me pregunté cómo era ese mar cálido del que tanto hablaba.

Su encanto innato logró sacarle una sonrisa a la mujer.

—¿Cómo le fue? ¿Sigue siendo actriz?

—Lo fue durante muchos años. El teatro era su gran pasión. No lo dejó hasta que enfermó. Murió hace seis años.

Los labios de Dolores se arrugaron en una mueca apenada y tomó a Oda de las manos.

—Cuánto lamento oír eso.

—Siento interrumpir, pero debemos marcharnos antes de que cambie el viento —les advirtió Celia desde el interior del velero.

Sonsoles cambió el peso de una pierna a otra. ¿Cómo podía sacar a relucir temas tan delicados en unos pocos minutos? No se sentía capaz de preguntarles abiertamente por los asesinatos ni tampoco por la relación de Victoria con los Vargas. Decidió dejar que los hechos hablasen por sí solos. Se desanudó el pañuelo que llevaba en torno al cuello y se lo quitó con cuidado para mostrar los moratones que lo ocupaban.

—Oh, niña… ¿Qué te han hecho? —preguntó Dolores con un gesto apenado, pero en absoluto sorprendido.

Sonsoles se preguntó a cuántas mujeres con moratones escondidos bajo prendas de ropa o capas de maquillaje había conocido antes que ella.

—Esta es la razón por la que me despidieron. Tuve un… incidente con Carlos Vargas.

—El miedo y la tristeza siempre han plagado la morada de los Vargas. —Esa vez fue Victoria quien habló—. Siento que hayas tenido que descubrir que esas paredes de sal también contienen mucha rabia.

Sonsoles asintió, agradecida por su amabilidad, pero no se había arriesgado a acudir allí para recibir palabras de consuelo.

—El señor Vargas no puede moverse la mayor parte del tiempo, pero descubrí que llevaba puesto un colgante peculiar y… me temo que no le sentó bien. Un colgante de conchas azules.

Se hizo un silencio tenso y las mujeres intercambiaron miradas cargadas de duda, para después evaluarlas a ella y a la danesa.

—Desde luego que don Carlos no nos lo compró a nosotras —dijo la líder de las sirenas.

—¿Y Alba? ¿Lo compró ella? Tendréis casi la misma edad, seguro que hablasteis alguna vez cuando trabajaste en el palacete. ¿Quizá se lo regalaste tú?

Victoria inspiró hondo. La tensión en su semblante era evidente, pero también sus esfuerzos por mantener la calma y la mente fría.

—Dudo que Alba te haya hablado de mi pasado. ¿Cómo lo has averiguado?

—Por casualidad, buscando otra cosa… No se lo he contado a nadie más ni planeo hacerlo.

La sirena la perforó con sus ojos negros y, aunque solo tuviese algunos años más que Sonsoles, esta vio en ellos la sabiduría y la astucia de alguien que ha vivido mucho.

—¿Para qué has venido entonces? ¿Sigue siendo el azul tu color favorito o ver en qué se ha convertido Carlos Vargas te ha amedrentado?

Tragó saliva. Entonces ¿era cierto? ¿Las joyas de las sirenas estaban malditas? ¿Y qué ocurría con las mujeres que las compraban, acaso ellas también lo estaban?

Como si de un mal augurio se tratase, el claxon de un coche resonó por toda la playa. Daniel lo apretaba con ímpetu, una vez tras otra, sin pausa, para llamar su atención. También había encendido las luces largas, que les permitieron ver la amenaza que se aproximaba. Los amigos de Pablo Soler habían vuelto. Y no iban solos.

Si el día en el paseo marítimo, junto al puesto de las sirenas, habían sido cuatro chicos los que las increparon, esa noche la muchedumbre enfurecida se había multiplicado con creces. Los mismos jóvenes encabezaban la comitiva, formada en su mayoría por hombres de su edad que habían decidido dejar de temer y recuperar la sensación de poder. Juntos eran una manada, un escudo y un arma a la vez, y no tenían que preocuparse de que las supuestas asesinas los sorprendiesen, tal como había ocurrido con las víctimas. Juntos, eran ellos quienes inspiraban terror en los demás.

—Subid al barco ya —ordenó Victoria, y el resto de las sirenas no dudaron en seguir su orden.

Al ver que se disponían a huir, sus perseguidores aceleraron el paso. Algunos incluso echaron a correr; no tenían más que un minuto, minuto y medio como mucho, para ponerse a salvo.

—¿Vais a venir o no? —preguntó Paz a Oda y Sonsoles.

La danesa no se lo pensó dos veces y saltó al barco con las demás. Sonsoles, en cambio, dudó… Una vez que se uniese a las sirenas, sería una de ellas, al menos a ojos de los fontanadinos. Tenía que elegir entre su reputación y su libertad. Entre unirse a aquellas mujeres o darles la espalda.

Los hombres furiosos, cada vez más cerca, exclamaban:

—¡Corred! ¡No dejéis que se marchen!

—¡A por ellas!

Finalmente, Sonsoles tomó la mano que Oda tendía hacia ella y se subió al barco con cuidado de no caer al agua.

—¡Alto ahí! —exclamó el cabecilla de la marabunta desde el extremo del embarcadero.

Entre Celia y Paz soltaron el amarre y se valieron de un par de remos para ayudar a que la embarcación cogiese impulso antes de que los hombres pudieran saltar a su interior. Algunos de ellos se echaron al agua para tratar de alcanzarlas, pero el viento soplaba a su favor y no pudieron darles caza.

—¡Asesinas! —gritó uno de los jóvenes desde el muelle, impotente y tan rabioso que se le marcaban las venas de la sienes y pareciera que iba a explotarle la mandíbula de lo fuerte que apretaba los dientes—. ¡No podréis esconderos mucho tiempo en vuestra isla del demonio! ¡Se hará justicia! ¡Justicia para Pablo!

Sonsoles se abrazó a sí misma para protegerse de aquella peligrosa ira. Puede que solo fuesen palabras, pero de su gritos se desprendía una violencia latente que tensaba los nervios, la certeza de que la agresividad en su voz, tarde o temprano, se convertiría en golpes. Como no había podido atrapar a esas mujeres a quienes tanto odiaba, se desquitó con uno de los pilares del embarcadero y empezó a darle patadas con ímpetu.

¿Qué les habría hecho a ellas si hubiese llegado a tiempo, si no hubiesen estado preparadas para zarpar o si hubiese cesado el viento? ¿Las habría pateado igual que a ese pilar de madera o se habría contenido hasta que hubiesen estado en una celda, donde serían los guardias civiles quienes buscarían los mejores lugares para

golpear y que luego los moratones no se viesen? Sintió náuseas, y no solo por el bamboleo del velero. «Por ahora estamos a salvo», se recordó. La playa se tornaba más y más pequeña, hasta que aquellos hombres henchidos de odio se convirtieron en diminutos borrones de sombras, y el islote de Rocablanca empezó a distinguirse cada vez más nítido en el horizonte.

34

El velero surcaba las olas con un ímpetu opuesto a las corrientes de agua, lo que provocaba un bamboleo continuo que sacudía a sus pasajeras. Sonsoles se alegró de que no les hubiese dado tiempo a cenar o habría acabado vaciando el contenido de su estómago por las náuseas. A su alrededor, las sirenas trabajaban en equipo para trimar las velas y hacer virar el barco en dirección a Rocablanca. Aunque se trataba de una labor que requería coordinación y concentración, eran lo bastante duchas para hacerlo sin dejar de hablar.

—Esos ignorantes, malnacidos, van por ahí aparentando ser hombres hechos y derechos cuando son unos mimados que no saben freír un huevo ni complacer a una mujer —maldecía Paz mientras tiraba de una soga cuya función Sonsoles ignoraba por completo—. No nos dejarán volver a Fontanada en meses, a lo mejor ni siquiera podemos pisar la ciudad de nuevo.

—¿Por qué siempre nosotras? —Celia se secaba alguna que otra lágrima de impotencia de los ojos, sin dejar de lado sus labores de marinera—. ¿Qué les hemos hecho para que nos odien tanto?

Dolores le frotó la espalda en un gesto de consuelo.

—Para ellos, el mundo tiene un orden natural y único. A sus ojos, las mujeres han nacido para servir a sus esposos y para criar a sus

hijos. En su mente no hay otra forma de concebirlo, pero que nosotras existamos, que nos neguemos a someternos y desobedezcamos, cuestiona ese orden que tanto atesoran. Somos libres, y la libertad siempre tiene un precio, aunque no se les cobra lo mismo a unos que a otros.

—Pero… no le hemos hecho daño a nadie —sollozó Celia.

Paz no se mostró tan comprensiva como Dolores.

—¿Y eso qué les importa? Según esos zotes, bien podríamos haber matado a veinte hombres solo por mirarlos mal. No ayuda que haya mujeres por ahí jugando a disfrazarse de sirena. —Le lanzó una mirada de desdén a Oda.

—Tarde o temprano habrían venido a por nosotras. Era inevitable, tanto como el ciclo de la luna o de las estaciones —le recordó Dolores—. Ocurrió cuando yo era joven y tocaba que sucediese ahora. Cada cierto tiempo deciden culparnos de los problemas que les atañen, aunque ni siquiera formemos parte de su mundo. O precisamente por eso.

Victoria, al timón, no desvió la vista del horizonte al decir:

—Llora, hermana, pero cuando tus lágrimas se sequen, recuerda por qué has elegido esta vida. Prefiero no volver a pisar esa ciudad a regresar a mi pasado, ¿y tú?

Los lamentos de Celia se atenuaron y asintió con la cabeza, decidida. Podían insultarlas, amenazarlas o incluso golpearlas, pero una vez que probabas el sabor de la independencia, no había marcha atrás posible. Sonsoles jugueteó con el borde de su vestido. Ella aún tenía una casa a la que regresar, pero cada minuto que pasaba junto a Oda o escuchando a esas mujeres… hacía que fuese

más difícil agachar la cabeza de nuevo y fingir que podía ser feliz, o al menos sentirse complacida, con su vida en Fontanada.

—¡Atención! ¡Nos acercamos al banco de arena! —advirtió Paz.

Hicieron virar el velero con tanta brusquedad que Sonsoles se habría caído por la proa si Oda no la hubiese sostenido. Cuando vadearon el banco de arena y se asomó al agua, pudo distinguir allí el reflejo de un sinfín de escamas plateadas que reverberaban la luz de la luna, un segundo antes de que desapareciesen en el fondo del mar.

—¿Qué… qué es eso?

Las supuestas maldiciones, las leyendas y la adrenalina que aún bombeaba en su cuerpo le hicieron dudar por un momento de si acababa de ver la cola de una sirena.

—¿Te refieres a los atunes? —preguntó Paz con una sonrisilla socarrona—. Son una delicia, pero ten cuidado: si te caes al agua, igual te comen.

—Paz… —le reprochó Dolores—. No le hagáis caso, cuando está preocupada por algo se pone de un humor insoportable.

—¡No es cierto! Estoy enfadada, no preocupada… Y no hay ningún problema con mi humor. Ha preguntado qué eran y le he respondido.

—Así que atunes… —susurró Sonsoles para sí. Había visto latas en el supermercado con el dibujo de un pez azulado, pero nunca lo había probado ni tampoco los había visto en persona—. Son enormes.

Dolores observó su genuina curiosidad con cierto halo de nostalgia.

—Sí, seguramente por eso aquel mentecato de escritor insistía en que había visto sirenas en Fontanada. Es un error más común de lo que parece. Acuden a estas aguas en verano para reproducirse, claro que es difícil pescarlos tan cerca de Rocablanca, por las corrientes. Aunque nosotras tenemos nuestros métodos. Mi esposo era pescador. Se suponía que era una labor de hombres, quién me iba a decir que acabaría aprendiendo su oficio en la isla. Él murió joven, en alta mar —aclaró ante la duda silenciosa en los ojos de Sonsoles.

Se preguntó cuál era la historia de todas aquellas mujeres, pero decidió no entrometerse más. Daba igual el porqué, todas habían llegado hasta Rocablanca, y eso significaba que tenían que trabajar juntas para salir adelante.

Las sirenas conocían aquellas aguas como la palma de su mano y tenían pericia al manejar su barco, así que lograron sin dificultad, aunque no sin esfuerzo, que las traicioneras corrientes no las lanzasen contra las rocas. Sonsoles no podía dejar de pensar en que a Toño le habría encantado vivir una aventura como aquella. «Mírame, la tata Sonsoles se ha convertido en una pirata de los mares». Rodearon Rocablanca, una proeza que algunos de los mejores marineros juraban que era imposible, y Sonsoles descubrió que el islote era mucho más extenso de lo que parecía desde la costa.

—¡Ya llegamos! —anunció Paz desde la proa.

Se aproximaron a una cala de arena blanca, bajaron las velas a unos cuantos metros de distancia de la playa y echaron el ancla.

—Bienvenidas a nuestra humilde morada —anunció Victoria a la vez que bajaba del barco de un salto, sin que le importase empapar

su largo vestido y sus alpargatas con el agua salada.

El resto de las mujeres la siguieron y Sonsoles fue la última en bajar después de quitarse los zapatos. No tenía tanto calzado como para ir echando a perder por ahí pares en perfecto estado.

Caminaron hacia la playa, donde encontraron a varias mujeres que reparaban unas redes de pesca junto a la luz de una vieja lámpara de queroseno. La mayor del grupo alzó la vista en su dirección y las recibió con una sonrisa de bienvenida.

—No sabía que traeríais nuevas hermanas con vosotras.

—Son solo visitantes —aclaró Victoria—. Hemos tenido un… percance en la ciudad. Me temo que la noche no ha hecho más que empezar. Convocad una asamblea, tenemos que tomar una decisión. Además…, hay luna llena. Haremos un ritual. —La gravedad en la voz de su líder hizo que las mujeres se pusiesen en marcha enseguida. Victoria se dirigió hacia una abrumada Sonsoles—. Es la última vez que te lo pregunto: ¿estás segura de que quieres esas conchas?

Sonsoles se preguntó si estaba a punto de cometer un nuevo error, otro más esa noche. Pero después de toda una vida asintiendo ante todo aquello que le mandaban hacer o acatar, equivocarse no sonaba tan terrible.

—Sí, estoy segura.

Aún no tenía claro cómo lograría que Arias se pusiese el amuleto ni si tendría algún efecto real sobre él, pero no podía seguir siendo una pueblerina indefensa.

—¿Vamos a pedirle a la Luna por una desconocida que viene siempre rodeada de problemas? —preguntó Paz, escéptica.

—Juraste ayudar a todas las mujeres que te necesitasen cuando te uniste a la hermandad, ¿o ya lo has olvidado?

Victoria no parecía enfadada con su pupila, solo cansada. La joven agachó la cabeza algo abochornada a modo de respuesta.

La líder de la tan peculiar comunidad echó a andar y las demás la siguieron. Ascendieron por la pendiente, cubierta por rocas y una vegetación que consistía en musgo, arbustos y unos cuantos árboles diseminados que crecían con troncos y ramas mucho más delgados y endebles que los del continente, pero que, con esfuerzo, lograban desarrollarse y ser lo bastante frondosos como para arrojar sombra. Como las mujeres que poblaban esa isla, eran unos auténticos supervivientes. A Sonsoles, anclada a las labores domésticas en casa y en el trabajo, le costó no perder el aliento por la caminata. Le desanimó comprobar que había perdido gran parte de su vigor campestre en solo unos meses en la ciudad. Oda, en cambio, acostumbrada como estaba a hacer deporte, no tuvo problemas en seguir el paso de la líder de las sirenas. Ni tampoco dudó en hacerle toda suerte de preguntas.

—¿Cualquiera puede unirse a esta hermandad vuestra?

—¿Es mera curiosidad o lo estás considerando? —Victoria le devolvió la pregunta.

—Oh, no, podéis estar tranquilas. No suelo quedarme mucho tiempo en el mismo lugar. Además, aquí no hay nadie a quien escandalizar.

Aquel comentario le sacó una sonrisa a la mujer.

—No estés tan segura. Puede que en el continente nos vean como mujeres sin honra, pero también tenemos nuestras normas.

—Estoy deseando saber cuáles son para romperlas —bromeó la danesa.

Dolores, que escuchaba la conversación desde el final de la pequeña comitiva, rio.

—No hace falta que jures que eres la hija de tu madre. No llevaba ni un día aquí cuando se desnudó por completo para nadar, delante de todas, como si fuese lo más normal del mundo. Estas nórdicas… Estáis hechas de otra pasta.

Pronto, la subida las condujo hasta una zona más llana, bajo el amparo de la roca. Desde la costa de Fontanada solo se vislumbraba el imponente peñón blanco, pero tras él se extendía una falda de tierra lo bastante amplia para acoger un modesto poblado de piedra, formado por pequeñas estructuras de planta circular alrededor de una especie de torre algo más alta. A Sonsoles le recordó unas viejas ruinas que había en la sierra que rodeaba el Pueblo, salvo porque allí apenas quedaban piedras en su sitio. Los vecinos las habían ido utilizando para construir sus propias viviendas a lo largo de los siglos. Al contrario que aquellos castros, abandonados vestigios del pasado, el poblado ante sus ojos estaba muy vivo. En él, una treintena de mujeres se reunían al aire libre en torno a la luz de una fogata, como si aún estuviesen en tiempos ancestrales; la mayoría eran jóvenes, aunque también había melenas canosas e incluso blancas entre ellas. Había además media docena de niños, que iban de bebés recién nacidos a pequeños de, como mucho, tres años. «Si Merche pudiese ver este lugar, le daría un soponcio».

—¿Lo habéis construido vosotras? —preguntó Sonsoles, fascinada.

Los cuentos de sal hablaban de un castillo junto al mar, y se preguntó si habría sido esa torre la que inspiró al escritor danés. Sin embargo, en la aldea se sentía una energía mucho más cálida que la de una fortaleza.

—Solo lo cuidamos para que no se eche a perder. A quienes alzaron este lugar los llamamos «gentes del mar». Pero desaparecieron hace mucho, aunque no sabemos si murieron o si solo se marcharon. Dejaron atrás estas casas, su forma de vida y sus creencias. Y eso es lo que las mujeres que vivimos aquí hemos ido transmitiendo de una generación a otra, su legado.

—Y ahora es el nuestro —afirmó Paz con orgullo.

Victoria asintió para darle la razón.

—Para algunas, Rocablanca se convierte en un hogar de pleno derecho, aunque para la mayoría solo es un lugar de paso donde refugiarse del mundo mientras se lamen las heridas o se preparan y toman fuerzas para hacer lo que de verdad necesitan o desean, pese a que al principio las aterre. Si me disculpáis, voy a supervisar los preparativos de la ceremonia. Dolores, ¿te encargas de nuestras invitadas?

La aludida recogió el testigo y Victoria se adentró en una de las viviendas de piedra, seguida de una buena parte de las sirenas que habitaban el poblado.

«Un lugar de paso donde refugiarse del mundo». Sonsoles masticó las palabras, paladeando todo cuanto significaban.

—Me hubiese venido bien un sitio así en más de una ocasión —confesó, casi en un susurro.

Notó una caricia en la mano. Oda jugueteaba con sus dedos, así que le devolvió el gesto ejerciendo una suave presión. Ella no era la

única que tenía mucho en lo que pensar. A juzgar por la nostalgia en los ojos azules de su amada, Rocablanca había logrado desenterrar del todo el pasado y ahora no les quedaba más remedio que encararlo. La danesa fue la primera en buscar respuestas.

—Mi madre… era una de esas mujeres, ¿no es cierto? De las que estaban de paso.

Dolores le dirigió una sonrisa apenada.

—Estuvo unos meses con nosotras, sí. Entonces te llevaba en su vientre, solía cantarte nanas en vuestro idioma al caer la noche, sentada frente a una hoguera igual que esta y tocando esa misma guitarra. —Señaló hacia el centro del poblado con la cabeza—. ¿Te resulta familiar?

Para decepción de su anfitriona, Oda negó con la cabeza.

—Pensé que al visitar el lugar que tanto añoraba mi madre sentiría una conexión instantánea, pero… nada. Solo pienso en lo cansada que debía de estar para cruzar el continente entero y quedarse aquí tanto tiempo. Como yo, también se aburría enseguida de estar en un solo lugar haciendo lo mismo cada día. Supongo que las dos estábamos siempre huyendo de algo…

Dolores suspiró.

—Inge decía a menudo que esperaba dar a luz a un varón. Temía más que a nada traer a una niña al mundo y condenarla a repetir sus pasos. Pero estoy segura de que estaba orgullosa de la mujer hecha y derecha que eres.

Aunque sus palabras pretendiesen ser amables, Oda frunció el ceño en un gesto de preocupación.

—Apenas me conoce, ¿cómo está tan segura de que no se avergonzaba de mí?

—Porque nosotras mismas somos nuestras juezas más severas. Tu madre y tú no sois la excepción. Por eso estás aquí, ¿no? Inge nunca te contó la verdad sobre este lugar por vergüenza. Si lo hubiese hecho, no tendrías tantas dudas guardadas en el pecho. Deberías habérselo preguntado a ella y habrías visto que tu madre, en realidad, no tenía nada de lo que avergonzarse.

Enmudeció al verse así de expuesta, y la anciana se echó a reír.

—Ahora entiendo por qué hay quien cree que sois brujas. No es bueno para una mujer ser tan astuta.

—Me imagino que hablas por experiencia propia. Venid, no os quedéis ahí de pie. La noche es joven, como vosotras.

Su guía las acompañó para que se acomodasen en torno a la lumbre. Una mujer que rondaría los cuarenta tocaba una suave melodía en la guitarra mientras una madre amamantaba a su criatura de apenas unos meses y el resto charlaba en voz baja o escuchaba la música. Ninguna de ellas parecía sobresaltada por la presencia de forasteras; al verlas, las saludaban con un asentimiento de la cabeza o con una sonrisa, y seguían con lo que quiera que estuviesen haciendo. Allí todas eran iguales. No había santas ni pecadoras, ni señoras y sirvientas. Una mujer con el pelo corto les ofreció un vaso de vino, servido de una jarra de latón, pero Dolores lo rechazó en nombre de sus invitadas.

—Van a participar en el ritual —fue toda su explicación.

—¿Cómo es ese ritual exactamente? —preguntó Sonsoles, mientras acariciaba la medalla de la Virgen que le colgaba del cuello.

«Ritual», «sirena», «bruja»: todas aquellas palabras juntas despertaban su viejo temor al purgatorio y a la condena eterna.

—No debes preocuparte, no entregamos niños pequeños al diablo ni nada parecido. —Dolores le leyó la mente una vez más—. En la península rezáis a vuestro dios en vuestras iglesias, pero la gente del mar tenía sus propias creencias. Nosotras solo las hemos mantenido vivas. Victoria es nuestra sacerdotisa.

Oda alzó las cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Sacerdotisa? Una vez mi agente me llevó a rastras a una audición para una película italiana de espada y sandalia. El papel era espantoso, de una piadosa muchacha virgen raptada por un monstruo de la Antigua Grecia. Pero ignoraba que aún existían sacerdotisas de verdad en el mundo.

—Solo es una vieja costumbre, no le deis más importancia.

Se preguntaba cómo había podido acabar ella, una insignificante campesina, en una isla con un poblado y tradiciones ancestrales, cuando alguien la llamó:

—¡Chica nueva! ¿Cómo tú por aquí?

El corazón se le llenó de alegría al reconocer a la joven.

—¿Paula? ¿Has estado aquí todo el tiempo?

A pesar de que apenas se conocían, la joven no dudó en abrazarla con tanta fuerza como le permitió su prominente barriga de embarazada. Tan solo había pasado un mes, pero la última vez que la había visto aún podía disimular su estado. Sonsoles le devolvió el abrazo, aliviada porque se encontrase sana y salva.

—Pensé que no volvería a verte, chica nueva. ¿Qué haces por aquí? No parecías de las que se meten en líos.

—La vida nunca deja de darte sorpresas —respondió con algo de resignación—. Solo estoy de paso, ¿Y tú…?

Se separaron y Paula se acarició el vientre con las manos.

—Creo que estaremos aquí hasta que la pequeña nazca. Después… ya veremos. Al principio pensé en buscar trabajo en Madrid, pero me cuidan demasiado bien en la isla.

No hacía falta que lo jurase. Las profundas ojeras que le había dejado la pena por la muerte de Javier habían comenzado a aclararse y, aunque su sonrisa no lograse disimular todo su pesar, este parecía haberse tornado más ligero y llevadero.

—Es un alivio. Aunque… todos están muy preocupados por ti en Fontanada.

—Preocupados —Paula repitió la palabra con acritud—. Mi padre quería internarme en uno de esos centros para madres solteras en los que te recuerdan todos los días que eres una pecadora y que tu bebé estará mejor con una familia de bien que con alguien como tú. Lo peor de todo es que él también piensa lo mismo. Victoria me advirtió de lo que ocurriría si obedecía a mi padre: por mucho que me empeñase en criarla, acabarían por meterse en mi cabeza y me convencerían para que entregase a la bebé. —A pesar de su carácter jovial y positivo, su sonrisa se quebró en ese momento—. Pero pienso quedarme a mí pequeña, sea como sea. Saldremos adelante.

Sonsoles la tomó de la mano en un intento por transmitirle toda la fuerza interior que pudiera.

—Estoy segura de que serás una gran madre.

Paula se quitó las pequeñas lágrimas que amenazaban con asomarle a los ojos y asintió, de nuevo sonriente.

—Lo seré. Me da igual lo que digan de mí, pero mi hija es y será muy querida. —De pronto, su gesto decidido se transformó en otro de asombro. Señaló tras Sonsoles, al asiento de piedra donde se

sentaba la danesa—. Pero ¿tú no eres la queri…? Quiero decir… la… ay —se censuró a sí misma, pero no supo cómo arreglarlo.

Por suerte, Oda no era de las que se ofendían ante la verdad.

—¿La querida del señorito Vargas? Últimamente solo somos amigos, así que prefiero que me llamen por mi nombre. Oda Lund, encantada. —Le tendió la mano al estilo de los caballeros.

«Como si hubiese alguien en Fontanada que no supiera su nombre», pensó Sonsoles para sí misma.

—Oda… —repitió Paula. En su mirada había la misma fascinación que embriagaba a todos los que la conocían. Le estrechó la mano con torpeza—. Me encanta tu vestido. ¿Es moda francesa? Por la silueta *trapèze*.

—Lo es. Tienes buen ojo.

—Trabajaba de dependienta en una tienda de ropa, no tiene mucho mérito.

El pequeño cumplido hizo que la joven alzase la cabeza con orgullo, pero Oda aún no había acabado.

—Ah, a veces pienso en montar mi propio negocio para que nadie pueda darme órdenes nunca más. Sin duda abriría una tienda. Si algún día me animo, te llamaré para que trabajes conmigo.

Sonsoles se dio cuenta, escuchando aquella conversación jovial, de que dibujar hermosas fantasías era otro de los talentos de Oda. Quizá porque de verdad creía que cualquier cosa que se propusiese estaba dentro de su alcance.

Charlaron un rato más sobre la última moda en París hasta que Victoria apareció de vuelta a la hoguera, escoltada por sus sirenas de confianza. Habían cambiado su atavío por un largo vestido blanco, hecho de algún tejido vaporoso que dejaba entrever las

líneas de su cuerpo bajo la luz de los faroles con los que cargaban para alumbrar su camino. Sonsoles bajó la mirada, azorada.

—Estamos listas para el ritual y el cielo está despejado. La Luna escuchará nuestras oraciones.

Aún estaba a tiempo de renunciar, de volver a refugiarse en la seguridad de su familia y de cruzar los dedos para que Juan Arias se olvidase de ella ahora que no pintaba nada en el palacete de los Vargas. Era tentador fingir que su visita a Rocablanca solo iba a ser un extraño sueño. Pero entonces vio que algunas de las mujeres cargaban con un cesto repleto de conchas claras como la arena de la playa.

Ya fueran asesinas, brujas o tan solo mujeres perseguidas injustamente, la verdad iba a descubrirse esa noche.

—Hagámoslo entonces.

35

Rocablanca no dejaba de sorprenderlas con sus secretos. Aunque les hubiesen descrito con todo lujo de detalles el lugar al que las sirenas las conducían en mitad de la noche, nunca hubiesen sido capaces de imaginarlo. Avanzaron por la falda del peñón con pasos cautelosos, alumbrándose con los faroles, hasta alcanzar una cala oculta, un mordisco de mar que daba a la tierra forma de luna creciente. En su centro se hallaba la entrada a una cueva, una gruta esculpida por el agua, que durante eones de paciente erosión había socavado la roca blanquecina. A través de ella se adentraron en las entrañas del islote. El corazón de Sonsoles se aceleró cuando cruzaron el umbral y se halló en un mundo desconocido. La gente del mar había decorado las paredes con dibujos de líneas curvas, trazadas con un pigmento azul cian que resplandecía bajo la luz anaranjada de los faroles. Los motivos más sencillos retrataban conchas, peces, incluso delfines.

Lo recorrieron en silencio, invadidas por un espíritu de solemnidad más propio de una procesión, aunque la fría humedad hacía que algunas partes del camino se convirtiesen en trampas resbaladizas. Oda tomó su mano para evitar un tropiezo y ella la sostuvo. Sonsoles se había pasado la infancia trepando a árboles y rocas, e incluso se había encaramado a los tejados de las casas con

tal de ganar al pillapilla, así que había desarrollado un buen sentido del equilibrio, al menos en tierra firme. Sonrió para sí misma. Era insólito que aventajase a la danesa en algo que no fueran las labores domésticas, pero, sobre todo, se alegraba de poder ser ella quien la sostuviese por una vez.

A medida que descendían, las pinturas se volvían más y más complejas hasta relatar historias con todo lujo de detalles, protagonizadas por mujeres con colas de sirena, que rezaban al sol y a la luna y que volcaban las embarcaciones que trataban de acercarse al islote hasta que lograban que fuesen engullidas por las olas.

—Los antiguos moradores de Rocablanca creían que los protegían criaturas mágicas —explicó Dolores en un susurro, distanciándose unos pocos pasos de la comitiva—. Supongo que de ahí vienen muchos de los cuentos y leyendas que llegaron hasta Fontanada. Aunque, como ya sabéis, todos esos naufragios son cosa de las corrientes traicioneras y los bancos de arena.

—Ese escritor acertó en algo —observó Oda—. También habláis con el sol y con la luna, ¿no es cierto?

Dolores sonrió.

—Supongo, aunque no nos responden de la misma forma que en los cuentos. Pero llevamos siglos siguiendo con la tradición y el mar siempre nos devuelve nuestra entrega de alguna forma.

—¿En qué consiste exactamente esa tradición? —preguntó Oda, suspicaz.

Su espíritu aventurero se limitaba a los entornos urbanitas y a los barcos de motor. Aquel paraje inhóspito para los humanos y el

ambiente místico, tan lejano de su nórdico sentido común, empezaban a tensarla.

Paz, que había estado escuchando su conversación, aunque caminase un par de pasos por delante, se giró para intervenir:

—Todas las mujeres que pasamos por Rocablanca tratamos de dejar el islote mejor que cuando llegamos: mantenemos limpia la gruta, añadimos escenas al mural, cuidamos de las conchas…

—¿Cuidáis de las conchas? ¿Es que criais ostras o algo así? Me vendría bien un collar nuevo…

—Ninguna criatura, ni de la tierra ni del mar, puede vivir en la laguna —dijo de pronto la tímida Celia, con un aire melancólico.

—Pronto lo entenderéis todo, ahora es mejor guardar silencio. —Fue la escueta explicación con la que Dolores zanjó la conversación —. Nos adentramos en terreno sagrado y no debemos perturbar a la Luna con palabras banales.

Señaló hacia arriba y, al seguir la trayectoria de su dedo, Sonsoles comprendió a qué se debía tanta reverencia.

Sobre sus cabezas se abría una oquedad circular que daba a cielo abierto; allí, la luna llena bañaba una enorme laguna azul con su luz. La gruta continuaba en forma de espiral hasta llegar al agua resplandeciente.

—«La laguna de las sirenas» —susurró para sí misma, al recordar el título del cuento. ¿Era allí a donde la pobre sirena había acudido a suplicar por un par de piernas?

A medida que descendían, un olor denso, marino y primordial las embriagaba. Sonsoles empezó a sentir que la garganta le picaba y a notar ardor en los ojos. Acabó tosiendo por culpa de aquel escozor.

—Son las algas —advirtió Dolores—. Os sentiréis mareadas unos minutos, pero os acostumbraréis al olor enseguida.

—Las algas… ¿Por eso el agua es de ese color? —preguntó Oda, y la mujer asintió—. He oído que las salinas tienen aguas rojas y resulta que la vuestra parece zafiro líquido. Qué lugar tan peculiar es Fontanada.

Al final de la espiral, la tierra se adentraba en la laguna con la forma de una flecha. En su centro se alzaban tres enormes piedras, dos de pie y una tumbada sobre las otras. Debía de ser otra de las construcciones de la gente del agua. Cuando se detuvieron ante la flecha de tierra, Victoria tomó una de las cestas, se agachó junto al agua y la volcó para dejar caer conchas blancas en la profundidad de la laguna. Después, y sin previo aviso, dio un paso hacia delante y se hundió en las aguas azules. Sonsoles emitió un gritito de inquietud, un acto puramente reflejo, pues enseguida se percató de que ninguna de las mujeres parecía preocupada. A su alrededor, las sirenas comenzaron a cantar con la boca cerrada, una melodía letárgica e hipnótica que resonó por toda la cueva a causa del eco. Tras unos cuantos segundos, Victoria resurgió de las profundidades. Asomó primero la cabeza y nadó después hacia la orilla. Tenía el pelo y el vestido tintados de azul y pegados contra el cuerpo. En la mano acunaba un puñado de conchas que debían de llevar el suficiente tiempo en la laguna para haber cambiado por completo de color.

«Brujas». «Sirenas». Las voces de las vecinas de Fontanada en sus recuerdos hicieron que se abrazase a sí misma. Sin embargo, la sensación de hallarse sumida en un ritual ancestral y sagrado no

había calado en Oda, quien lo observaba todo con una expresión escéptica.

—Me han entrado ganas de nadar —murmuró Oda—, llevo días sin meterme en el mar, lo echo de menos.

Su resistencia a la hora de entrar en un estado místico no pareció molestar a Dolores, que le respondió con paciencia:

—No te aconsejo que nades en nuestra laguna. Se dice que solo los elegidos por la Luna pueden sobrevivir tras bañarse en ella.

—¿Y qué pasa con vuestra sacerdotisa? ¿No tiene miedo?

—Ella ha nadado ya muchas veces en las aguas azules, su cuerpo se ha acostumbrado. Por eso oficia los rituales. Solo quienes son cercanas a la muerte, según la tradición, pueden llamar a la Luna.

—Cercanas a la muerte… —repitió Oda—. ¿Por eso dicen que las sirenas arrebatan vidas para conseguir sus dones? Me temo que no creo en los cuentos de niños.

Sonsoles jugueteó nerviosa con su medalla de la Virgen. De nuevo, ella y su adorada Oda volvían a ser muy diferentes. Aunque el sentido común le dijese que las sirenas y la magia no existían, había presenciado el extraño comportamiento de Pablo y la perseguía el recuerdo de todos aquellos chicos asesinados.

—Entonces… ¿es cierto? ¿Las conchas están malditas?

—Más bien portan nuestros ruegos, igual que esa medalla tuya. —Dolores señaló la Virgen de su cuello—. Las maldiciones solo existen en el corazón de la gente. Prestad atención. No olvidaréis este momento, os lo aseguro.

Victoria se agachó ante una especie de altar en el centro del monolito. Alzó una caracola blanca tan grande que le abarcaba las palmas de las manos y se la acercó a los labios, como si de una

armónica se tratase. Cerró los ojos, llenó los pulmones y sopló en su interior. Una nota musical resonó por toda la cueva, un agudo y a la vez aterciopelado cántico, un lamento seductor e hipnótico. Sonsoles no había oído un sonido semejante jamás, pero enseguida comprendió que era lo que las historias llamaban «un canto de sirena», perturbador e irresistible a la vez. El resto de las mujeres, que seguían tarareando, avanzaron por la flecha de tierra hasta rodear a Victoria y el extraño monumento de piedra, pero no se detuvieron, sino que continuaron girando al ritmo de la música. Bajaban los brazos, siguiendo las líneas de su cuerpo, y volvían a alzarlos, en una sincronía que recordaba el movimiento de una ola.

—Llaman a la madre Luna, señora de las mareas, dueña de los mares.

«Los impíos nunca podrán cruzar las puertas del paraíso», murmuró la voz del párroco en la mente de Sonsoles, pero la hermosura del espectáculo enseguida hizo que su temor empalideciese. Las sirenas parecían flotar bajo la luz de la luna y la música hacía latir su corazón con ímpetu, al ritmo de sus pasos. El cántico de la caracola cesó y Victoria la devolvió al altar para poder alzar la vista y los brazos hacia el cielo.

—Madre Luna, guíanos con tu luz y protégenos de quienes nos desean daño, enseña a los que están perdidos el camino a seguir y levanta las vendas que ciegan nuestros ojos. —Tras unos segundos, agachó la vista y buscó entre las presentes—. ¿Alguna de vosotras necesita protección o sufre algún tormento, hay algún alma descarriada que necesite que arrojen luz en su camino?

Dolores le dio un suave empujoncito y la impulsó hacia delante.

—Y-yo. —Le tembló la voz, y si fue capaz de avanzar hasta detenerse frente a Victoria se debió tan solo a que una parte de ella seguía convencida de que se hallaba en mitad de un sueño imposible, en una visión febril donde no había nada que temer, porque no era real—. Yo necesito… ayuda.

La palabra cobró forma en sus labios con torpeza, como si fuese la primera vez que la pronunciaba. Tal vez lo era.

—¿Quién te atormenta? —preguntó Victoria, aunque ya lo supiese.

—Juan Arias es su nombre. Me menosprecia, me ha utilizado y ha amenazado a quienes amo.

—Juan Arias ya no podrá causarte mal alguno. La madre Luna ha bendecido estos amuletos. —Le tendió el puñado de conchas con las que más tarde harían colgantes y pulseras—. Ven y tómalos.

Sonsoles obedeció su orden a ciegas, envuelta por el denso olor de la laguna. Recorrió los últimos pasos que la separaban de la sirena, extendió la mano para tomar la ofrenda, bendecida por la luna, pero nunca llegó a hacerlo. Victoria la empujó al agua maldita. Impactó contra la gélida laguna y sintió un sabor ácido, como de amoniaco, que le entraba en el cuerpo por la boca y la nariz. Trató de patalear, de gritar, de pedir ayuda, y entonces el agua azul la invadió con más ímpetu aún. Y después, la oscuridad.

TERCERA PARTE

36

Daniel Vargas aparcó el descapotable en la parte trasera del palacete y se bajó alarmado, temiendo lo que se iba a encontrar. Se mordió los labios de pura impotencia.

—No, no, no. Mi precioso bebé… ¿Cómo han podido hacerte eso? Malditos borregos.

Aquellos energúmenos de la playa, al ver que había alertado a las sirenas y que estaba de su parte, no dudaron en pagar su frustración con él y con su coche. Trató de huir marcha atrás, pero eso no les había impedido correr hacia el vehículo y arrojarle palos, piedras e incluso una palanca de metal que había impactado contra la luna delantera, la cual estaba a un soplo de hacerse añicos. Toda la parte frontal del coche coleccionaba abolladuras y raspones.

«Y da gracias de que no es tu cabeza lo que tiene un buen boquete», se dijo con un suspiro.

En cuanto amaneciese, llevaría el coche al taller. Tendría que soltar unos cuantos billetes de más al mecánico para que no fuese contando por ahí el estado en que el señorito Vargas le había llevado el flamante descapotable. Si se daba prisa, su madre no tenía por qué enterarse de que había estado a punto de arruinar una de las más preciadas posesiones de su hermano. Había pasado la

medianoche, así que bastaría con que entrase a hurtadillas mientras todo el mundo dormía.

Sin embargo, en cuanto se acercó a la puerta trasera, la que utilizaba el servicio cuando era niño y contaban con más empleados que la cocinera, vio que las luces del salón y del pasillo estaban encendidas. Después oyó los gritos:

—¡Esto es culpa tuya! ¡Tuya y de tus manías del demonio! —bramaba la señora de Vargas.

Incluso cuando estaba furiosa, solía contenerse. Tenía que haber pasado algo gordo. Sería mejor que permaneciese oculto en la cocina hasta que se calmasen las aguas.

—¿Mis manías? La pillé husmeando en la biblioteca y después vi que mis cosas estaban fuera de su sitio. ¡Esa mujerzuela ha estado espiándonos! ¿Se suponía que tenía que dejar que siguiese rebuscando nuestros trapos sucios?

—¡Necia! Tendrías que haber averiguado qué quería sacar de vigilarnos y dárselo. ¿Alguien le ha ofrecido dinero? ¡Podemos pagarle más!

—¿Por qué tendríamos que rebajarnos así? ¿No se supone que somos Vargas, que debemos llevar la cabeza bien alta solo por eso? Hemos entregado nuestra vida entera a ese apellido, al menos debería servirnos de algo.

Así que era el despido de Sonsoles lo que había provocado la discusión. No se esperaba que su madre tomase partido por una empleada chismosa, sobre todo porque era ella quien había echado a las últimas diez niñeras de Salva. Al pensar en la joven de cabellos negros y ojos bravos, se preguntó qué estarían haciendo Oda y ella. Victoria y las suyas habían navegado hacia el islote sin temor alguno

y sin mirar atrás. Aunque entendía la premura, dadas las circunstancias, se sentía un poco abandonado por sus compañeras de aventuras, todo había que decirlo. Nunca había dado por sentada la compañía de Oda ni tampoco que Sonsoles agradeciese la atención que le prestaba, sobre todo porque se había acercado a ambas con motivos egoístas: la imperiosa necesidad de llenar sus días con algo de color, de anestesiarse hasta olvidar que su mundo era gris. Pero habría estado bien que le hubieran invitado a Rocablanca con ellas; habría ido a donde hubiera sido con tal de pasar una noche lejos de casa.

«¿Habrá cerveza en la nevera?». Caminó en cuclillas, escondido tras los muebles de la cocina, hasta el electrodoméstico. Trató de abrirlo, pero lo cerró de golpe cuando la luz de su interior alumbró la cocina. Se asomó con cuidado para asegurarse de que nadie se había dado cuenta. Por fortuna, parecían demasiado ocupadas con su bronca.

—¿Y por tu orgullo vas a dejar que tu único hijo sufra?

—Mi hijo, mi hijo… —repitió Alba, asqueada—. Ese niño es lo único que te importa, ¿verdad? Estás dispuesta a suplicarle a una cualquiera porque el maldito mocoso se ha encariñado con ella.

Oyó el sonido de una sonora bofetada y su instinto de protección fue más fuerte que el de supervivencia. Corrió hacia las dos mujeres, que estaban discutiendo en medio del pasillo: Alba con el cuerpo retorcido por la impresión del golpe y una mano en el rostro, y su madre erguida ante ella.

—No se te ocurra hablar así de Salvador.

Alba permaneció inmóvil unos instantes, con la respiración agitada, tratando de procesar lo que había ocurrido. Daniel se

apresuró hacia su hermana y le sostuvo los hombros con cuidado para tratar de conducirla hacia su cuarto. La arroparía, le subiría una infusión de valeriana para que se calmase y la velaría a su lado hasta que se durmiese, igual que hacían cuando eran niños. Entonces los golpes que Alba recibía eran mucho más numerosos y fuertes. Pero su hermana no había terminado de hablar y tampoco era ya la adolescente temerosa que había sido. Se zafó de él y dio un paso adelante para encararse con su madre, aunque su rostro siguiese rojo por el bofetón y su labio hinchado. La miró fijamente y empezó a gritar con todas sus fuerzas.

—¡No es tu hijo! ¡No es tuyo! ¡No lo es! ¡Y nunca lo será! Por mucho que lo consientas y lo idolatres como si lo fuera. ¡No es Salvador!

La matriarca comenzó a temblar, sin dar crédito a lo que acababa de oír. ¿Cómo se atrevía su hija a desafiarla de aquella manera? Daniel tuvo que sostener entonces a su madre, que parecía al borde de un desmayo. Los gritos de Alba alarmaron a toda la casa. El primero en llegar fue Arias, vestido con una bata y demasiado bien peinado para haber estado acostado. Aún olía a puro, así que debía de bajar desde su despacho.

—¿Os habéis vuelto locas? Van a oíros todos los vecinos —protestó mientras bajaba las escaleras.

Puede que en el cuartel fuese el hombre más respetado, pero en aquella casa era poco más que un molesto intruso, como una polilla que roe la ropa de los armarios mal ventilados. Las mujeres continuaron discutiendo, sin prestarle la más mínima atención.

Alba se palpó el labio dolorido.

—Nunca hiciste nada por protegerme de ellos y ahora eres tú la que me golpea. ¿Es verdad que tu corazón es de sal, madre? ¿Qué hay de tus entrañas? No me extraña que solo parieses monstruos.

—¡Cállate! ¡Cállate! —Tembló entre los brazos de Daniel, que la mantenía en pie, pues toda su energía se volcaba en sus gritos—. ¡No sabes de lo que hablas! Ni siquiera has sido capaz de traer un hijo propio al mundo. Nunca has hecho nada por esta familia ni entiendes los sacrificios que he tenido que hacer para que viváis cómodos y sin preocupaciones.

—¿Sin preocupaciones? —Alba rio con acritud—. ¿Que no he hecho nada? ¿No te parece suficiente recibir todos los golpes e insultos que no eran para mí? Mira. —Señaló hacia Daniel—. Ahí tienes a tu hijo, entrando en casa a hurtadillas de madrugada. Toda la ciudad sabe que solo sirve para beber, divertirse con mujerzuelas y jugar a las cartas, ¿y tú qué vas a hacer? Permitirle todo, como hiciste con padre, con Salvador y como vas a hacer con ese maldito crío. Que no te extrañe que acabe igual que todos ellos. Que todos nosotros. Otro maldito Vargas.

La mujer trató de alzar la mano para abofetear de nuevo a Alba, pero Daniel la sostuvo y a la señora de Vargas ya no le quedaban fuerzas para resistirse.

—Déjelo estar, madre. Déjelo…

No podía echarle en cara a su hermana el odio que sentía por ellos ni tampoco llevarle la contraria. Él mismo había temido en más de una ocasión que el dulce Salva perdiese de golpe la inocencia cuando fuese lo bastante mayor para comprender la carga que llevaba a las espaldas.

—Si sufre un disgusto, lo pagará mañana. Deje mejor que la acompañe a la cama.

—Sí, eso, vámonos todos a dormir y tengamos la noche en paz, que estamos muy cansados —añadió Arias en un tono conciliador que resultaba extraño en él.

Hizo un ademán de conducir a su esposa hacia el dormitorio, pero esta se zafó de él con un manotazo despectivo.

—Paz… Es imposible tener paz en esta casa de sal.

Alba frunció el ceño a la vez que se llevaba los dedos al entrecejo, sin duda acosada por una nueva migraña en ciernes. Apartó a todos de su camino para marcharse la primera, pero sus bruscos pasos se congelaron en seco en cuanto llegó al rellano de la escalera.

—¿Qué haces ahí? ¿Ahora tú también husmeas? ¿Te lo ha enseñado esa sirvientucha? Hice bien en despedirla.

Sus palabras los pusieron a todos en alerta. Salva estaba de pie en lo alto de las escaleras, vestido con su pijama azul claro. Tenía la mirada perdida, las manos le caían muertas a los lados del cuerpo y no reaccionó a las burlas de Alba.

Daniel tragó saliva. Puede que ese día que tanto había temido hubiese llegado por fin.

—Salvador…, ¿cuánto llevas ahí? —preguntó la señora de Vargas, alterada ante la posibilidad de que hubiese escuchado todos los desplantes de la mujer a quien creía su madre, o peor aún, la forma en que ella misma la había acusado de no haber tenido hijos propios.

La matriarca había llegado a creer que podría ocultarle al pequeño la verdad más allá de la muerte. Daniel, aunque siempre

pensó que los secretos no podían guardarse para siempre, hubiese deseado que su sobrino se enterase de otro modo.

Alba tenía razón también en eso: le habían fallado a Salva. Aunque no parecía que a ella le preocupasen demasiado sus sentimientos.

—Aparta… —espetó para continuar con su camino. Sin embargo, el pequeño no dio un solo paso ni se movió—. ¿Se puede saber qué haces? ¿Te has quedado sordo? Quita de en medio.

—¿Cómo puedes hablarle así al niño? Pídele perdón ahora mismo —protestó la señora de Vargas.

Daniel temió una nueva escalada de gritos. A su lado, Arias suspiró resignado y se apoyó contra el mueble del recibidor, cruzado de brazos a la espera de que pasase la tempestad.

Que la mujer exigiese unas disculpas por parte de su hija significaba que no había comprendido aún que Alba había explotado de una vez por todas, que ya no les tenía miedo. Ni a Carlos Vargas, postrado entre una cama y un sillón, ni a su madre, ni a su esposo, ni tampoco a la alargada sombra de Salvador, que pervivía en el pequeño que llevaba su nombre. Alba apartó a Salva de un empujón, pero el niño se agarró al borde de su vestido con ímpetu. Susurró unas palabras, lo bastante débiles para que nadie pudiese escucharlas.

—Suéltame —espetó la mujer, tirando de la prenda, pero Salva no le hizo caso.

—Quiero que vuelva… Quiero que vuelva… —El callado niño comenzó a sollozar a viva voz, gritando cada vez más alto hasta que empezó a dar alaridos—. ¡¡Quiero que vuelva!!

La mujer siguió forcejeando para zafarse del niño, pero entonces Salva, como si estuviera poseído, la golpeó. Sus puños impactaban contra su pierna una y otra vez, mientras él chillaba fuera de sí. Alba se agarró a la barandilla para no perder el equilibrio mientras observaba al niño horrorizada. Salva nunca se había comportado de ese modo, era la primera vez que alzaba la voz, que exigía algo o que le pegaba a alguien.

La señora de Vargas y Daniel corrieron hacia el pequeño, pero él llegó primero. Agarró a su sobrino por la cintura y lo alzó en el aire dando gracias de que no pesara lo que debía para su edad. Cuando le hubo alejado lo suficiente de Alba, le abrazó con ímpetu hasta que se calmó.

—Ya está… ya está… Todo está bien —le susurró.

—Ahí lo tenéis… Eso solo es el principio —maldijo Alba, que miraba a Salva como quien se encuentra ante un perro con la rabia que solo puede ser sacrificado—. Es igual que su padre.

Daniel miró con disimulo hacia Arias para comprobar si había oído aquella última frase. Intercambiaron una mirada accidental. Los dos sabían que Alba no se refería a él.

La señora de Vargas estaba desquiciada. Haber perdido el control sobre su hija y su nieto la misma noche hizo que se olvidase de todas las normas que se había autoimpuesto durante años, del silencio, del secretismo, de tragarse todas y cada una de sus emociones hasta que se convertían en hastío y veneno.

—¿Y qué? ¿Qué tiene de malo que se parezcan? Siempre le tuviste envidia. ¡Siempre! Porque no pudiste nacer hombre.

Ante su acusación, Alba se echó a reír a carcajadas de pura frustración, aunque Daniel conocía demasiado bien sus gestos y

sabía que su cabeza estaba a punto de estallar de dolor.

—Oh, madre… No hay nada que un hombre haga que no pueda hacer yo. Al contrario que el inútil de tu nieto.

Lanzó una última mirada de desprecio a Salva. El niño apenas comenzaba a recomponerse gracias al estrecho abrazo de su tío, quien seguía dándole palmaditas en la espalda para que se calmase.

—No te mereces tu apellido —le reprochó su madre.

—Eres tú la única que lo quiere, madre, y la única que jamás podrá ser otra cosa que la señora de don Carlos Vargas.

Todos los presentes se sobresaltaron cuando el teléfono comenzó a sonar en la salita de estar.

—¿Quién demonios llama a estas horas? —refunfuñó la matriarca.

Únicamente podían ser malas noticias y nadie dio un solo paso. Cada uno tenía sus propias razones para temer que el teléfono sonase a destiempo. Juan se aclaró la garganta.

—Disculpad. Me figuro que será del cuartel.

—¿Habrán encontrado a ese horrible asesino? —se preguntó la señora de Vargas, casi en un susurro.

Daniel se tensó. Esperaba que Oda y Sonsoles estuviesen a salvo.

Alba, por su parte, resopló con aire de incredulidad.

—No lo encontrarían aunque lo tuviesen delante de las narices.

Arias respondió a la llamada con vagas preguntas y afirmaciones, como: «Entiendo», «¿Estás seguro?», «Estupendo», «¿Está en el cuartel?», «¿Habéis tomado nota de todo?», «Ya veo» y, por último, colgó con un «Buen trabajo».

—Me reclaman en el cuartel.

Pasó de largo junto a ellos tras aquel escueto aviso y se metió en su despacho, probablemente para vestirse con el uniforme de teniente coronel. Nadie se despidió de él ni le deseó buena suerte.

—Voy a acostar al niño —dijo la señora de Vargas, que recobró la lucidez de golpe al ser consciente de cuánto le afectaba a Salva todo lo que tenía que ver con los asesinatos. Tenía práctica en fingir que no había sucedido nada fuera de lo común después de un desencuentro que, para una familia más normal, en la que hubiese tan solo una pizca de amor, resultaría atroz.

Tomó la mano del pequeño, que se resistió a separarse de su tío, pero acabó por ceder, como siempre, a los deseos de su abuela. La mujer le arroparía y le contaría historias sobre los grandes logros de sus antepasados Vargas como si fuesen cuentos para dormir.

Alba se marchó a su cuarto sin decir nada y Daniel se quedó parado en mitad de las escaleras sin saber muy bien qué hacer. Se desplomó sobre los escalones y se quedó allí sentado, con la espalda apoyada sobre la barandilla y la vista clavada en las vidrieras de la pared, que teñían de un oscuro verde la pálida luz de la luna que iluminaba la estancia. La fantasía de dejarlo todo atrás, viajar a un país desconocido, cambiarse de nombre y empezar de cero, incluso en la más absoluta de las pobrezas, le tentó de nuevo. «Tendría que haberme subido a ese velero con ellas», se lamentó para sus adentros. «¿Acabaré convirtiéndome yo también en un monstruo si me quedo aquí?». Sus ojos estaban húmedos. Quería llorar. Por él, por su hermana, por su sobrino, por no haber sido capaz de salvar a ninguno de ellos. Pero ni siquiera le salían las lágrimas.

La puerta del despacho de Arias se abrió y él se incorporó. No iba a darle la satisfacción a su cuñado de verle en ese estado. El hombre

salió ataviado con su uniforme impoluto y las botas puestas.

—¿A quién vas a arruinarle la noche hoy, Juan? ¿Algún guateque se ha desmadrado? Lástima que no me hayan invitado.

Sabía de sobra que no se molestaría en abandonar la casa en plena noche por un engorro del que pudiese ocuparse cualquier subalterno.

En lugar de apretar los puños para contenerse como de costumbre, esa vez sonrió con sorna.

—Tiene gracia que lo preguntes. —Con un movimiento pausado, sacó las esposas y rodeó las muñecas de Daniel, que no logró procesar lo que acababa de ocurrir a tiempo para resistirse—. Daniel Vargas, queda usted detenido como sospechoso de los asesinatos de Pablo Soler, Ricardo Montoya, Javier Salgado y Francisco González.

El joven se echó a reír de puro agotamiento.

—¿En serio? Oye…, hay formas mejores de digerir una broma. Lo retiro, seguro que vas a hacer cosas importantísimas con ese uniforme de hombre poderoso, ¿eh?

Enseguida vio la malicia de su sonrisa, la satisfacción de alguien que lleva mucho tiempo esperando para cobrarse la revancha y que por fin ha conseguido su venganza. Juan Arias sabía de sobra que él no era el asesino. Se habían encontrado en el hotel Costa de Sal cuando el hombre salía de una reunión en la que seguramente había tratado de jugársela a su madre. Había preferido no mencionar el asunto a nadie para evitar verse envuelto en sus rencillas, pero, si él fuese su cuñado, estaría muy preocupado de que llegase a oídos de la patrona de las salinas. Puede que por eso estuviese tratando de hacerle callar de una forma tan absurda.

—Venga, cuñado, no tiene gracia. —Alzó las esposas hacia él—. Quítamelas.

—Deja que te explique lo que va a pasar. Vas a venir conmigo al cuartel, donde varios testigos que te ubican en la escena del crimen te esperan. Cuando te acusemos, no lo negarás y dejarás que te llevemos al calabozo sin oponer resistencia ni decir una sola palabra.

—¿Has perdido la cabeza? ¿Por qué iba a hacer esa estupidez? ¿Has olvidado los contactos de mi madre? Basta una llamada suya para que te destinen a Las Hurdes o al Sáhara.

Su incredulidad y su confianza en sí mismo se desvanecieron en cuanto Arias se inclinó para susurrarle algo al oído. Cuando escuchó lo que tenía que decir, se dio por vencido en el acto.

—¿Vas a cooperar y a ser un buen chico? —preguntó el hombre, dándole unos golpecitos condescendientes en la nuca.

Daniel tragó saliva y asintió con la cabeza.

37

El aire era salado y la piel le ardía en llamas. Durante tres días, con sus tres eternas noches, esas fueron las únicas certezas para Sonsoles y lo único que recordaría junto a fogonazos de una melena dorada y unos ojos azules. De lo demás, dónde se encontraba, con quién o por qué, no estaba segura. La fiebre retorcía sus pensamientos, emociones y recuerdos. Tuvo muchos sueños de los que despertó empapada del sudor tóxico con el que su cuerpo trataba de expulsar la infección, solo para volverse a dormir. Vio castillos de arena junto al mar, sirenas que nadaban entre los atunes y algas azules como zafiros. Tenían largas y fuertes colas que brillaban con reflejos de mil colores bajo la luz de la luna. También había barcos piratas, en los que navegaban rostros conocidos, como todos aquellos chicos muertos, tan guapos, tan jóvenes. Se cubrían el cuello con las manos, rígidas y violáceas, para esconder los orificios de sus heridas mortales. También la visitó su hermana. Rocío y ella estaban sentadas en la hierba junto al agua que brotaba de un caño, de vuelta en el Pueblo. Quiso abrazarla, decirle cuánto la había echado de menos, pero no podía moverse ni tocarla. Rocío no dejaba de sonreír. Estaba preciosa, llena de vida, como antes de enfermar.

«Lo siento. Lo siento por todo», quería decirle, pero tampoco podía hablar, solo escuchar.

«No ha habido ni un solo segundo en que me arrepintiese de ser tu hermana mayor. Pero ya no voy a poder seguir a tu lado. Tienes que continuar viviendo. Por mí. Olvida todo lo que te hace tanto daño, mi Sonsolitas. Tienes que volver». La sonrisa de Rocío comenzó a difuminarse. No quería que se marchase. «Vuelve conmigo», le habría suplicado y, sin embargo, la invadió una extraña sensación de paz. Sí, era el momento de regresar.

En el mismo instante en que recuperó la consciencia, lo olvidó todo y la realidad empezó a fluir de vuelta a su interior.

Le costaba respirar. Aunque llevase días acostada, se sentía agotada, como si hubiese corrido sin parar colina arriba cargando unos maderos sobre la espalda. La habían cubierto con mantas y, bajo ella, una alfombra la separaba del suelo de la casa de piedra. Sobre su cabeza las paredes se curvaban hasta que el techo de paja adquiría la forma de una pequeña cúpula. No había ventanas y la única iluminación provenía de varias velas repartidas a su alrededor. Entonces notó algo húmedo y sofocante sobre la frente: un paño mojado. Alzó la mano, que sintió muy pesada, y se lo quitó de encima. Tardó unos segundos en recordar que estaba en Rocablanca. Se había caído en la laguna después del ritual. No. La habían tirado. Victoria la había empujado y ella creyó que iba a morir ahogada, pero, en lugar de eso, el agua maldita la había envenenado. ¿Por qué? ¿Se trataba de alguna retorcida novatada? ¿De un rito de iniciación? «Podría haber muerto», comprendió.

—¡Está despierta! —exclamó la voz juvenil y amable de Paula.

No la veía, pero sintió cómo se levantaba y salía de la casa de piedra para buscar a las demás.

Por suerte, no la había dejado sola. Había otra mujer en la construcción de piedra.

—Mi Sol, por fin sales de tu oscura noche. —Giró la cabeza lentamente para mirar a Oda, que le tomó la mano con cuidado y la llevó hasta sus labios para darle un suave beso. Estaba sentada a su lado, junto a un balde de agua—. Es la primera vez que cuido de alguien. He descubierto que no sirvo para esto, así que no vuelvas a enfermar nunca más, ¿de acuerdo?

—¿Estabas… estabas preocupada?

A pesar de haber visto la muerte de cerca en sus sueños, descubrir que la danesa había dejado de lado su serenidad indiferente le despertó una punzada de orgullo.

—No pongas ese gesto de estar tan satisfecha contigo misma, ¿quieres? Pareces Daniel…

Daniel, al que habían dejado a solas en el muelle con la marabunta. Esperaba que se encontrase bien. Aunque ahora haría mejor en preocuparse por sí misma.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —preguntó, mientras Oda la ayudaba a incorporarse poco a poco y le tendía un segundo cuenco, más pequeño, con agua.

Se preguntó de dónde la sacaban si la única laguna dulce del islote era tóxica.

—Han pasado tres días.

—¡Tres días!

Habría escupido el agua si no hubiera sido un líquido tan preciado. Trató de ponerse en pie, pero le fallaron las piernas.

—Despacio, mi Sol, has estado muy enferma.

—Pero mi sobrino… Antonio… deben de preguntarse dónde estoy. Les dije que iba al palacete de los Vargas; al ver que tardaba habrán preguntado por mí y ya se habrán enterado de que me despidieron.

—No les harás ningún favor si no te recuperas antes de correr a darles explicaciones. Además, ¿qué piensas decirles? La verdad no, desde luego. Ya nos ocuparemos más tarde de eso. Primero tienes que comer algo.

La sorprendieron su seriedad y su tono firme. Oda se había recogido el pelo con un pañuelo, no quedaba una gota de maquillaje en su rostro y el habitual tono dorado de su piel había empalidecido por culpa de unas pronunciadas ojeras. A ella también le vendría bien descansar y recuperarse un poco.

Por desgracia, sus anfitrionas tenían otros planes para ellas. Victoria entró en la vivienda, seguida de Paula, que se apretaba los dedos de la mano con aire consternado.

—Has sobrevivido —observó la sacerdotisa, con una frialdad que logró hacer hervir la sangre de Sonsoles.

¿Eso era cuanto tenía que decir después de hacerla enfermar y poner su vida en riesgo sin ninguna explicación?

—No gracias a ti. Si querías matarme, había formas más rápidas.

Victoria alzó la vista hacia Paula y ella captó el mensaje enseguida. Quería hablar con su huésped, o prisionera, según se mirase, a solas. Oda siguió sosteniendo la mano de Sonsoles, sin mostrar la más leve intención de marcharse, mientras la joven embarazada abandonaba la habitación. La sirena se acomodó en el suelo frente a sus invitadas, que la observaban con recelo, y dio sus escuetas explicaciones sin el más leve ápice de remordimiento.

—Tengo una treintena de mujeres y cinco criaturas a mi cargo que proteger. Necesitaba comprobar qué opinaba de ti la diosa Luna.

La primera en reaccionar fue Oda, que, pese a su elegante y altiva disposición, demostró tener sangre ardiente en las venas.

—No me lo puedo creer… Habéis estado a punto de matarla y, aun así, seguís insistiendo en esas bobadas de la luna.

—Nosotras no hemos condenado ni salvado a nadie, está en mano de la diosa conceder o no sus bendiciones.

Oda resopló, incrédula ante lo que oía.

—¿Con esa sarta de tonterías atrajisteis a mi madre? ¿Qué más estupideces le contasteis sobre ganarse el favor de esa supuesta diosa?

Sonsoles, quien hacía un esfuerzo por mantenerse erguida, apoyó la mano sobre el brazo de la danesa para pedirle que parase. Ella también tenía mucho que preguntar.

—¿Por qué me ha bendecido… esa diosa vuestra?

Victoria no vaciló.

—La Luna protege a los inocentes.

Tan tajante afirmación logró sacarle una risotada desesperada, en las lindes de la cordura. Quizá el agua venenosa no hubiese desaparecido del todo de su sangre.

—¿Inocente? Creía que las sacerdotisas conocéis de cerca la muerte, que para convertirse en sirena había que matar. ¿No es eso lo que dice el cuento? ¿Pensabais sacrificarme?

—En absoluto. Tú… me confundes desde el principio. Fuiste amable con Paula sin razón alguna, pero trabajabas para los Vargas. Las muertes empezaron cuando llegaste y siempre parecías rondar cerca de los crímenes. Ocupaste el puesto de Teresa, encontraste el

cuerpo de Javier y tu buena amiga —dijo mirando a Oda— trabaja en el hotel donde mataron a Pablo. Tenía que asegurarme de que no eras un peligro para nosotras y no me arrepiento de lo que he hecho. —Sacó del bolsillo de su falda una fotografía arrugada, tintada de azul—. Encontramos esto entre tu ropa. ¿Te han enviado los Vargas a espiarme?

Sonsoles se tomó unos momentos para procesar toda aquella información. ¿Es que Victoria pensaba que ella podía ser la asesina? Ni siquiera Arias había creído por un segundo que ella fuese capaz de matar, pero era cierto que la muerte parecía perseguirla de cerca, aunque su diosa Luna hubiese decidido que era «inocente».

Miró a los ojos a Victoria, que aguardaba una explicación, y decidió que era hora de contar la verdad.

—Juan Arias anda en busca de los trapos sucios de su suegra. La señora de Vargas se negó a vender parte de sus tierras a un promotor forastero que quiere construir un hotel en ellas, una de esas torres gigantes. No sé qué le han prometido si logra chantajearla para que cambie de opinión, o a lo mejor solo anda tras una oportunidad para hundir a la familia sin caer con ella, el caso es que me ha amenazado durante semanas para que sea sus ojos y sus oídos en el palacete. Nunca le habría ayudado por gusto.

—La foto… ¿dónde la encontraste? —preguntó Victoria.

—En los cajones de la señora de Vargas, pero no se la he enseñado a nadie salvo a Oda, te lo prometo. Nunca haría nada que perjudicase a Salva.

—¿A Salva? —La mención del niño hizo que la pose autoritaria de Victoria vacilase. Esa mujer de piedra que se exigía fortaleza para proteger a su pequeño poblado se quebró al oír el nombre del niño

—. ¿Qué tiene que ver con todo esto? ¿Qué planea hacer con él ese malnacido?

«Así que es cierto».

—Quiere pruebas de que no es su hijo carnal, de que la señora de Vargas ocultó la verdadera identidad de sus padres y de que lo hizo pasar por su nieto para así obligarla a ceder a sus presiones. Pero Arias se equivoca. Sí que lo es, ¿verdad? Su nieto. Porque es hijo de Salvador Vargas… y tuyo.

No necesitaba su confirmación. Recordó la forma en que la mujer había mirado al pequeño aquel día en la playa; la infinita ternura que confundió con empatía era en realidad anhelo. Por eso había puesto tanto empeño en ayudar a Paula, por eso le advirtió que tratarían de meterse en su mente para convencerla de que jamás sería una buena madre y de que la vida de su hijo sería mejor lejos de ella si llamaba «mamá» a otra mujer con más clase, una moral más limpia y más dinero del que echar mano. Lo sabía muy bien porque era lo que habían hecho con ella los Vargas después de la muerte de su primogénito.

Tampoco se molestó en negarlo.

—¿Quién más lo sabe?

—Las aquí presentes. Puedes confiar en nosotras, estamos acostumbradas a tener secretos.

Oda asintió con la cabeza para darle la razón y Victoria terminó por rendirse tras un suspiro de agotamiento.

—No abandoné a mi hijo —trató de justificarse.

—Lo sabemos, no tienes que darnos explicaciones.

Victoria negó con la cabeza.

Llevaba demasiado tiempo guardándose aquella historia en el pecho y necesitaba sacarla de una vez por todas.

—Tenía diecinueve años cuando los Vargas me contrataron para servir en la casa. Si hubiese sabido lo que sé ahora del mundo, habría huido de allí sin importar cuánto necesitase el dinero. Carlos Vargas era un ser brutal que no escondía su naturaleza violenta. Podía desquitarse con el chófer o con el jardinero, con la cocinera o con su esposa. A los únicos a los que nunca levantaba la mano era a sus dos hijos varones; cuando ellos se portaban mal o desobedecían sus órdenes, castigaba a Alba en su lugar, para enseñarles que sus errores siempre tendrían consecuencias, pero no para ellos. Por eso rara vez le contrariaba nadie en la casa.

Sonsoles se llevó la mano al cuello y se acarició los moratones que Carlos Vargas le había dejado en la piel. Nunca había sentido la menor simpatía hacia la única hija de los Vargas, tan fría siempre con el pequeño Salva y tan altiva con el servicio, pero se compadeció de ella al comprender de dónde provenía su receloso carácter. Victoria continuó con su relato:

—A mí… solo me golpeó en dos ocasiones, y Salva intervino en ambas para protegerme. Creí que era diferente a don Carlos. Él le admiraba como si fuera un gran hombre, pero no temía reconocer que no sabía controlar su mal genio. Entonces no me pareció extraño. ¿Qué clase de hombre no respeta a su padre? Yo nunca llegué a conocer al mío. Murió en la guerra. No estoy segura del bando en el que luchó, porque mi madre los maldecía a ambos por igual. Para sacarme adelante, la pobre mujer trabajó en las salinas, envasando la sal junto a otras viudas del pueblo y, en más de una ocasión, vi al señorito… a Salvador, cuando yo iba a recogerla para

volver juntas a casa. Era el hombre más admirado de la ciudad, tan alto, fuerte y caballeroso. Nunca pensé que un hombre de su estatus y educación me fuese a mirar dos veces, y sucumbí tan pronto como me tentó. Don Carlos acababa de enfermar de la mente y el cuerpo, y él estaba tan afectado por ver cómo se apagaba… Al principio creí que se acercaba más a mí porque se sentía falto de cariño y afligido. En aquel entonces no sabía muy bien qué era lo que querían los hombres como él de las mujeres como yo. Si no hubiese sido tan joven… me pregunto si habría sido más astuta o si hubiese logrado embaucarme igual. Al principio era tan dulce como los lujosos caramelos de tofe que me regalaba a escondidas, y siempre tenía palabras amables y gestos atentos para mí; cuando nadie miraba, claro está. Me abrazaba y acariciaba, y decía que no había nadie en el mundo que le hiciese sentir tan hombre como yo. Pero… cambió cuando se enteró de que estaba encinta. De la noche a la mañana se convirtió en su padre.

Victoria tuvo que cerrar los ojos para volver al presente y recordarse a sí misma que aquellos terribles recuerdos pertenecían al pasado, que ahora estaba a salvo. «Han transcurrido once años y ese malnacido sigue haciéndole daño», pensó Sonsoles. Oda se compadeció de la mujer a la que había gritado tan enfadada hacía solo unos minutos.

—Mi madre tenía casi cuarenta años y era una mujer rica cuando le ocurrió lo mismo que a ti. Y en más de una ocasión. No fueron tu edad ni tu situación. Hay demonios que se visten con piel de hombre y logran engañar hasta al mismísimo diablo. Solo se quitan la careta cuando saben que te han atrapado.

—Ojalá hubiese hecho lo mismo que Inge… Si hubiese venido a la isla antes de que Salvador muriese, mi pequeño no habría tenido que crecer en esa casa sombría.

Victoria se llevó la mano libre al pecho, como si el corazón acabase de estallarle de puro pesar, y se le humedecieron los ojos.

—Diste vida, pero también muerte. Por eso eres la sacerdotisa de la Luna —susurró Sonsoles—. Salvador Vargas no murió por causas naturales, ¿no es cierto?

Una sonrisa de acritud se abrió paso entre el pesar de Victoria.

—Eres lista. No me sorprende que te hayan despedido en solo un par de meses. En esa casa no gusta la gente que ata cabos rápido. Cuando mi vientre empezó a crecer y apenas podía disimular mi estado, le planté cara a Salvador y le dije que mi hijo no iba a ser un bastardo, que teníamos que casarnos antes de que los vecinos empezasen a murmurar, pero no se lo tomó bien. No soportaba que nadie que no fuese don Carlos le dijese qué hacer y, desde que su padre estaba postrado en una cama, se sentía intocable. Me agarró del pelo y me arrastró por la casa hasta las escaleras, y empezó a amenazarme con tirarme por ellas para que perdiese al bebé. Y puede que lo hubiese hecho si Alba no hubiese aparecido a tiempo. Fue cuestión de segundos. Su hermana hizo que me soltase y tiró de mí hacia atrás, y yo… yo le empujé en mitad del forcejeo. No estoy segura de cómo lo hice, si usé las manos, el torso o un pie. Solo recuerdo que no quería que volviese a poner en peligro a mi pequeño. Salvador perdió el equilibrio y cayó escaleras abajo. Trató de protegerse con los brazos, pero al caer chocó con la nuca contra el remate del pasamanos. Se levantó por su propio pie, como si no hubiese pasado nada, pero en cuanto trató de andar perdió el

equilibrio y no volvió a ser él mismo. Estuvo en cama durante casi dos semanas, agonizando, vomitando cuando lográbamos que comiese algo. Había momentos en que parecía que iba a recuperarse y le volvía la consciencia, pero decía cosas extrañas, hablaba con Dios y con el diablo, se reía sin razón. Y durante todos esos días yo no sabía qué rogarle al cielo. Entonces aún le amaba, quería que mi hijo tuviese un padre al que admirar, pero… sabía bien que, si él sobrevivía, tarde o temprano sería yo la que acabaría postrada en una cama.

Murió el día de Año Nuevo, mientras dormía. Al amanecer, la señora de Vargas convenció a todo el mundo de que su hijo había caído víctima de una enfermedad incurable y me arrastró a un hospicio para mujeres de mala vida. Creí que nunca la volvería a ver, pero ahí estaba el día en que nació mi bebé. Las monjas que regentaban el lugar me habían hablado ya de la adopción, de cómo aún estaba en mi mano redimir mis errores por ser tan fácil y sucia si le ofrecía a mi hijo un futuro mejor. Fue un parto difícil, no sabía nada de mi madre desde hacía meses y tenía miedo, de morir dando a luz y de lo que nos esperaba ahí fuera si sobrevivía, así que cuando la señora de Vargas apareció y prometió que criaría a su nieto como el Vargas que era… se lo di. Puse la vida de mi pequeño en manos de esa familia cruel. Cuando volví a la ciudad, me enteré de que Alba había dado a luz al futuro heredero de los Vargas. «Han sido bendecidos después de su desgracia», decía todo el mundo, pero yo no entendía cómo podía ser dichoso un nacimiento que había causado tanto dolor. Me avergonzaba volver a mi casa, y pensé… pensé en hacer lo peor. Solo quería que me tragase el agua y desaparecer. Me metí en el agua y planeaba dejar que las olas me

arrastrasen mar adentro, pero las sirenas me encontraron primero. Supe que Alba había tratado de hacer lo mismo que yo esa noche para huir de su padre, pero que ellas la habían ayudado para que pudiera vivir en lugar de entregarse al mar. Las conchas… actúan de forma misteriosa. No son una maldición, como algunos piensan. En realidad, han salvado muchas vidas. Para mí ya era tarde, pero pensé que, quizá, podía ayudar a otras antes de que acabasen con las manos manchadas de sangre como yo, o algo peor. —Pese al dolor, su semblante se volvió más sereno poco a poco, de vuelta en el presente—. Las monjas y la señora de Vargas se equivocaban. Entregar a mi hijo nunca me ha redimido de mis errores; de hecho, es el más grande de ellos. Pero, al menos, he aprovechado mi tiempo en este mundo.

Levantó la tapa de la cesta de mimbre que había llevado con ella e introdujo la mano en su interior. Cuando la sacó, sostenía dos joyas: una sencilla pulsera de cuerda negra, de la que colgaba una concha azul, y un collar repleto de conchas blancas y abalorios circulares que se asemejaban a ojos, en los que se entremezclaban vetas de color celeste, blanco y negro.

—Este es para ti. ¿Es bonito, verdad? —Se lo tendió, y Sonsoles lo aceptó con cuidado de no dañar la delicada joya, pero en cuanto lo sostuvo y aquellos abalorios fríos y pulidos tocaron su piel, supo que no era tan frágil como parecía—. Esta es su otra mitad. Entrégasela a ese hombre si así lo deseas o lánzala al mar si te da miedo su poder, eso es cosa tuya.

—Gracias —respondió con la boca seca—. Por los amuletos y por compartir tu historia.

—No me las des. No estoy siendo del todo altruista. Puede que te haya dado respuestas, pero también tengo muchas preguntas. Desde la primera vez que te vi con los Vargas he querido preguntarte… —Tuvo que hacer una pausa para armarse de valor, pero Sonsoles ya sabía lo que quería oír.

—Salva es un niño dulce y amable, aunque un poco mimado. Le gusta pintar más que nada en el mundo y escuchar historias, cantar en el coro… Tocar el violín no tanto, pero creo que es porque su profesor es un poco tirano. No se puede decir que sea ingenuo, porque se ha dado cuenta de que hay muchos horrores en el mundo, pero siempre ve su belleza. Es muy inteligente, maduro para su edad en algunas cosas y muy crío en otras. Cuando está con mi sobrino se ponen a jugar a los piratas hasta la hora de la cena, y cuando está con los mayores… Entonces es más callado.

Victoria escuchó atenta, asintiendo levemente con la cabeza.

—Así que… pintar. A su padre también se le daba bien.

Se abrazó a sí misma, y Sonsoles se apresuró a disipar los miedos que no expresaba en voz alta.

—No se parece en nada a ese hombre que has descrito. Puede que tenga dos caras, pero lo hace para sobrevivir, no para dominar a los demás.

—Ojalá siga siendo así, ojalá crezca para convertirse en un buen hombre. —«Al contrario que el resto de los Vargas», decía su silencio.

—¿Nunca te has sentido tentada de recuperarlo?

En cuanto hizo la pregunta, se dio cuenta de la tontería que acababa de decir. Para ella, que hasta hacía unas semanas no se había atrevido siquiera a cobijar deseos propios, Victoria era una

auténtica fuerza de la naturaleza. Tenaz, imparable. Sin embargo, aunque a sus ojos exudase libertad, para los demás no era una respetable señora de buena posición, solo una descarriada. Su palabra no valía nada contra la de los poderosos Vargas. Si reivindicaba que Salva era su hijo, la tacharían de loca.

—Me temo que no hay lugar para los hombres en nuestra isla, y mucho menos para un Vargas. A ojos del mundo, es hijo de Alba y su vida será mucho más fácil si nunca descubre la verdad.

Victoria la miró fijamente y entendió su petición sin necesidad de más explicaciones. «No se lo digas, por favor». No era asunto suyo. Se había inmiscuido demasiado y ya tenía lo que necesitaba de las sirenas, así que era el momento de dar un paso atrás. Asintió mientras acariciaba las conchas blancas. Ante su muda promesa, Victoria se levantó, con cuidado de no golpearse la cabeza con el bajo techo.

—Al amanecer, si el viento sopla a favor, os llevaremos de vuelta a tierra, a un pueblo cercano a Fontanada, fuera de la bahía.

Oda se apresuró a detenerla.

—Me gustaría quedarme un poco más con vosotras. Sigo pensando que todas esas pamplinas de la luna y las sirenas son una locura, pero… si mi madre descubrió lo que necesitaba saber sobre sí misma en esta isla, puede que yo también lo haga. Me gustaría entenderla mejor… y entenderme a mí.

La petición aplastó el corazón de Sonsoles en su pecho. Una vez más, Oda se dejaba llevar por sus deseos e impulsos mientras que, cuando acabase la noche, Sonsoles se vería obligada a volver a la realidad. Después de bailar en la pista de un concierto, de sus besos en la arena de la playa o de presenciar un ritual a la diosa Luna;

daba igual cuán extraordinarias e increíbles fuesen aquellas experiencias, a la luz del sol, Rocablanca seguía siendo un islote en el horizonte y ella una recién llegada a una ciudad que exigía a sus habitantes decoro y modestia.

Por un momento albergó la codiciosa esperanza de que Victoria se negase en rotundo, que afirmase que no había más espacio para forasteras, pero en su lugar le advirtió:

—Tendrás que trabajar como las demás: pescar, reparar redes, limpiar, cocinar… Lo que sea necesario en cada momento —le advirtió.

—Ayudaré en todo lo que me pidáis, aunque no os recomiendo probar nada que yo cocine.

La sirena la estudió con las cejas fruncidas en un gesto de escepticismo más que comprensible. Las manos impolutas de Oda, salvo por el rastro de sequedad que dejaba la sal del mar, demostraban que no había trabajado con ellas lo suficiente para que ningún callo dejase su marca. Y su talante altivo y calmado conducían a sospechar que estaba más acostumbrada a que otros se encargasen de las cosas por ella que a hacerlas por los demás. Aun así, Victoria aceptó.

—Rocablanca está abierta a cualquier mujer que lo necesite. Y, ahora, deberíais descansar un poco más. Todavía quedan varias horas hasta el amanecer. —Esa vez sacó, de su cesta de mimbre, un termo de color rojo y blanco que tendió a Sonsoles—. Es té de manzanilla, te ayudará a relajarte.

No quería dormir más. Llevaba tres días en duermevela. Lo que de verdad deseaba era pasar junto a Oda todo el tiempo que pudiese antes de separarse de ella, estudiar su rostro y cada línea

de su cuerpo, aunque ya se las supiese de memoria. Le aterraba olvidar una sola peca o la más fina estría. Pero la danesa le rompió un poquito más el corazón cuando le sirvió una taza sin darle siquiera la oportunidad de resistirse. Bebió la infusión como una buena chica y, en cuanto la ayudaron a tenderse sobre la almohada, el agotamiento de la batalla en la que había luchado su cuerpo durante días la golpeó de nuevo y volvió a quedarse dormida con la mano de Oda entre sus dedos.

—No me dejes tú también… —susurró, antes de dormirse.

38

El calabozo en el sótano del cuartel de la Guardia Civil parecía pensado para torturar a los detenidos sin necesidad de ponerles una mano encima. No había ningún catre ni silla donde recostarse, así que Daniel había tenido que pasar la noche hecho un ovillo en una esquina. Tampoco contaba con ventanas que ventilasen la estancia, por lo que el aire estaba cargado y lleno de polvo, y acumulaba los olores corporales de quienes habían estado allí encerrados antes que él. Era muy posible que nadie se hubiese molestado jamás en limpiar la celda ni tampoco la palangana que servía a modo de retrete para que los detenidos hiciesen sus necesidades. No le habían dado de comer ni de beber, pues alimentarle no era una de las prioridades de los guardias. Cualquiera que pasase allí más de unos pocos días corría el riesgo de enfermar por la insalubridad y la debilidad, o de perder la cabeza.

Su cuñado siempre había demostrado su resentimiento por ser inferior en clase y fortuna a los Vargas, pero debía de odiarle de veras para arrojarle ahí dentro acusado de un crimen que no había cometido. Cuando llegaron al cuartel, allí esperaban sendos testigos dispuestos a señalarle a cambio de no sufrir represalias por parte de los agentes. El gerente del Ye-yé detalló su discusión con Pablo, con algunos cambios importantes que le convertían a él en el único

culpable de la pelea y al hijo del alcalde en una pobre víctima. El *maître* del Costa de Sal afirmó con la boca pequeña que estaba en el hotel la noche del asesinato, y la guinda final fue la intervención de los estúpidos amigotes de Pablo. Según su relato, habían acudido a la playa —de forma pacífica y honrada, claro está— a hablar con las sirenas, de las que toda la ciudad empezaba a sospechar, y Daniel no solo se encontraba con ellas, sino que las había ayudado a huir. Aquellos testimonios fueron más que suficientes para que Arias tuviera el pretexto que necesitaba.

«Mientras lleves puestas esas esposas, no eres más que un sospechoso de asesinato. Tus privilegios no te sirven aquí. Recuérdalo», le había dicho la noche anterior, mientras sus subalternos le arrojaban al calabozo.

Daniel fue obediente y recordó las advertencias de su cuñado. No iba a darle excusas para que le golpease y se desahogase con él. «Tienes que ahorrar energías», se dijo, y trató de dormir todo lo que pudo, aunque el frío, el nauseabundo olor y la angustia no le permitieron pegar ojo más que unos minutos sueltos aquí y allá. Supo que ya era de día cuando dos hombres uniformados le agarraron y le arrastraron hasta la sala de interrogatorios. Allí Arias le esperaba con el cuello estirado en un gesto altanero y las manos detrás del torso. Le sentaron en una silla de madera astillada y se marcharon sin mediar una sola palabra con su superior.

Su cuñado le dedicó una amable sonrisa. Nunca le había visto tan feliz.

—¿Qué tal has pasado la noche?

No pensaba jugar a su juego, no le daría esa satisfacción.

—Por más que te esfuerces, no te tengo miedo. La verdad acabará por salir a la luz. No tienes ninguna prueba.

Su ingenua respuesta hizo que a Arias se le escapase una risita de satisfacción.

—¿Prueba? No me hace falta ninguna prueba. Eres tan necio que llevas meses dejándote ver con esa sirena extranjera. Toda la ciudad sabe que la has convertido en tu querida y que no eras ni de lejos el único hombre que la deseaba. Un amante celoso, cegado por las palabras envenenadas de esas brujas: así es como te verá toda la ciudad. ¿Prueba? Si de verdad necesitase alguna, ¿crees que me costaría encontrar en tu cuarto un cuchillo manchado con la sangre de Pablo Soler?

Su determinación de no hacer enfurecer a su cuñado flaqueó antes de lo que esperaba.

—Si ya has decidido que vas a inculparme, ¿para qué pierdes el tiempo? Mándame a Madrid, que me juzguen allí junto a los peores delincuentes y que te pongan una medallita al mérito. ¿No es eso lo que quieres? ¿Aplausos? ¿Unas palmaditas en la espalda?

Arias le propinó un puñetazo en mitad del rostro que le hizo crujir la nariz. Notó el calor de su propia sangre mojándole los labios, que tuvo que entreabrir para poder respirar por la boca.

—Normalmente evito golpear donde se ve a simple vista, pero eres insufrible. Llevo años deseando hacer que te callases de una vez.

Luchó para encontrar la voz, que se le entrecortaba por el dolor y la falta de aire.

—Tus mentiras tienen las patas muy cortas. No podrás contra nosotros. Los Vargas… somos demasiado para ti.

—Ah, así que después de tanto renegar de esa condenada familia tuya por fin muestras tu verdadero pelaje. —Arias comenzó a remangarse, Daniel supuso que para poder golpearle de nuevo sin mancharse su preciado uniforme—. El secretito que te confié anoche era cierto; en el fondo lo sabes, aunque trates de ignorarlo. Así que deberías darme las gracias porque haya preferido desquitarme contigo a contar la verdad.

—Sandeces y mentiras… Eso es lo único que tienes que decir. Habrá más crímenes, el asesino… Si no atrapas al verdadero asesino…

—No habrá más muertes —aseguró Arias, tan convencido de ello que Daniel se encogió en su asiento—. Así que mejor confiesa, quizá así te ahorren el garrote vil.

La puerta de la sala se abrió y se asomó uno de sus secuaces.

—La señora de Vargas está aquí, señor —informó.

—Hazla pasar.

¿Su madre? ¿La había hecho llamar al cuartel? ¿O había venido ella por iniciativa propia, para recordarle a su cuñado a quién le debía la posición de la que estaba abusando?

La señora de Vargas entró en la sala con una pose imperturbable, pero Daniel la conocía bien. Por mucho que se reprimiese y se mostrase orgullosa en público, la ligera torsión en la comisura de su labio derecho significaba que estaba furiosa.

—Debes de haber perdido el juicio, Juan —fue todo cuanto dijo al ver el estado en que se hallaba su hijo.

Le tembló la mano de pura rabia.

—En absoluto, señora, por fin pienso con claridad. Y llámeme «teniente coronel Arias», si no le importa.

—«Teniente coronel» —repitió con sorna—. Solo un perro rabioso mordería la mano que le da de comer. ¿Ha llegado el momento de que te sacrifiquemos?

Arias se humedeció los labios, alargando el dulce momento todo lo que pudo. Cuántos años había esperado, paciente, a ponerse por encima de la señora de Vargas.

—No estás en posición de amenazar a nadie. Me preguntaba por qué Alba despedía a una niñera con la que el crío está claramente encariñado solo por entrar en una biblioteca. Eché un vistazo por allí ayer, mientras tú discutías con ella y fíjate por dónde: encontré esto bajo uno de los estantes. —Sacó una foto doblada de su bolsillo y se la tendió a su suegra. Daniel ignoraba qué acababa de mostrarle, pero su gesto se ensombreció en el acto—. Después de todo, el mocoso sí que era un Vargas. Soy el padre de tu único nieto y, a ojos de la ley, su dueño. —La idea le causó tanta euforia que se le escapó una risilla ridícula—. ¿Creías que nunca me iba a enterar? ¿Tan necio me consideras? De acuerdo, haz que me destinen a Las Hurdes y me llevaré a tu hija y a tu nieto conmigo. ¿Qué te parece?

—Es… solo una foto —respondió la mujer, sin el más leve amago de soltarla o devolverla.

—No intentes ir de farol conmigo o será más difícil llegar a un acuerdo. ¿Qué te parece si continuamos hablando en mi despacho?

Su madre le lanzó una última mirada, cargada de culpa y pena. Daniel lo supo. Supo que iba a elegir a Salva y que nadie le sacaría del calabozo. Había fallado modelando a su hijo menor, pero aún tenía una posibilidad con su nieto. Ahora estaba solo. E iba a pagar por todos los errores de su familia.

39

En cuanto Sonsoles despertó, unas cuantas horas más tarde, se dio cuenta de que Oda se había marchado. Su instinto la llevó a buscarla antes que a beber el agua y comer el pan y la fruta seca que habían dejado junto a su lecho. Se puso en pie poco a poco, sorprendida por la debilidad de sus piernas. Solo había pasado tres días tumbada, pero parecía que hubiesen sido trescientos. Las plantas de los pies le hormiguearon al posarlas en el suelo y por un momento temió que no fuesen a sostener su peso, pero tras un par de pasos esa sensación desapareció. Su ropa y sus zapatos debían haberse echado a perder por culpa del alga venenosa y su tintura azul, así que le habían puesto uno de sus vestidos holgados, que parecía más bien un camisón. Junto a la salida de la cabaña encontró un par de zapatillas planas y una chaqueta de punto. Se le partió el corazón al pensar en el estado lamentable en que habrían quedado sus queridos zapatos blancos. Se puso la chaqueta, agradecida por el detalle de las sirenas, pues en cuanto salió al exterior la recibió una brisa fresca que le erizó la piel.

El poblado, tan vibrante y activo en plena noche, se había apagado por completo. Sus habitantes dormían, aunque de la hoguera aún emanase un fino hilo de humo. Apenas había avanzado unos pocos metros hacia los raquíticos árboles cuando distinguió el

brillo de una linterna y los cabellos dorados que alumbraban. Oda se dirigía, a solas, hacia la cueva donde las sirenas adoraban a su caprichosa diosa lunar. Decidió seguirla, con pasos torpes a causa de sus músculos aún adormecidos. El camino entre las rocas y la arena se tornó tedioso, y necesitó varias pausas para recomponerse, pero solo con ver cómo su amada se alejaba le bastó para encontrar las fuerzas necesarias. Se adentró de nuevo en la gruta cubierta por pinturas azules, siguiendo el punto de luz con el que la danesa iluminaba el camino. Cuando descendió al final de la espiral, halló a la danesa de rodillas frente a la laguna y con una mano sumergida en el agua azul.

Al principio creyó que iba a lanzarse a su interior y corrió tan rápido como pudo.

—¡Oda! —la llamó a voces, y la danesa se giró hacia ella, sorprendida porque alguien hubiese interrumpido su momento de soledad—. ¿Qué estás haciendo? ¿Has perdido el juicio?

—Solo jugaba con el agua. Tranquila, no voy a intoxicarme por tocarla un momento.

Se sacudió la mano, estiró los dedos para salpicar el líquido venenoso de vuelta a la laguna y se incorporó para hablar frente a frente.

—¡Eso no lo sabes!

Sonsoles se apresuró a secarle la mano con el borde de su vestido.

—Seguro que, si me hubiesen lanzado a la laguna en tu lugar, su supuesta diosa no me habría perdonado.

—Pensaba que no creías en esas cosas —le reprochó Sonsoles, y ella sonrió apenada.

—No lo hago, pero… si la luna salvase a alguien, tendría que ser a ti. Eres demasiado buena.

Negó con la cabeza.

—Puede que sea todo lo contrario…

Pensó en la historia de Victoria, en Salvador, en el empujón en un momento inoportuno que había cambiado su vida y acabado con la de él. A la sacerdotisa la había salvado de la culpa y la pena ayudar a otras mujeres, de la misma forma en que Sonsoles se había entregado a sus obligaciones como buena hija, buena hermana, buena esposa… No había nada de altruista en sus actos.

—Aunque haya hecho creer a todos que soy honrada, si supiesen quién soy en realidad, también me llamarían sirena.

—¿Por eso has venido a Rocablanca? ¿Para averiguar si las leyendas eran ciertas?

La boca de Sonsoles se quedó seca de golpe y, en lugar de responder, lanzó una pregunta de vuelta.

—¿Sigues pensando…sigues pensando que la muerte de tu padre es culpa de Inge después de lo que has descubierto aquí?

Oda se abrazó a sí misma y meditó unos cuantos segundos, con la mirada puesta en la primera luz del alba, de un suave naranja, que se adentraba en la caverna a través del orificio del techo.

—Siempre pensé que le había envenenado de algún modo y supongo que fue así. La pintura de esas conchas… Te he escuchado murmurar durante estos tres días. Delirabas sin parar. Hablabas de lobos, tratabas de limpiarte las manos, llamabas a tu hermana… Perdiste la cabeza por un momento. En Londres me invitaron a fiestas en las que vi a muchos hombres fumar hierbas o tomar pastillas que les cambiaban por un rato. No es tan extraño. La

cuestión es que… no creo que mi madre pensase que el amuleto podía llevar a la muerte a mi padre. Creo que solo intentaba que su hija creciese en una familia feliz. Aunque nunca lo consiguiese. Por fin… me parece que empiezo a entenderla.

Sonsoles la rodeó por la espalda para abrazarla, y apoyó las manos sobre las suyas. Se quedaron así, sumidas en un silencio irrumpido tan solo por un goteo distante y su eco, que retumbaba entre las paredes de la cueva.

—Me alegro mucho de que hayas podido perdonarla —susurró.

La danesa asintió y se dio la vuelta para mirarla a los ojos.

—¿Qué hay de ti? ¿Te has perdonado por fin?

Desvió la mirada, nerviosa.

—¿A qué te refieres?

—Ya te lo he dicho… Has hablado mucho en sueños. ¿Por eso te cuesta tanto aceptar las cosas buenas que te da la vida? ¿Te sientes culpable? ¿Crees que no te lo mereces?

Intentó soltarle la mano y alejarse de ella, pero Oda no la dejó ir.

—Es que no me lo merezco —admitió por primera vez en alto, a pesar de su voz quebrada.

—¿Por qué? ¿Quién lo ha decidido?

Sus piernas comenzaron a temblar, y la danesa la estrechó entre sus brazos antes de que perdiese del todo las fuerzas y se cayera.

Ella. Ella se había condenado y sentenciado a sí misma. Solo Rocío había llegado a saber lo que ocurrió y jamás empleó una sola palabra para culparla. Tampoco volvieron a hablar del incidente después de ese día. ¿Cómo se habría atrevido a contarle su historia a alguien cuando ella misma se despreciaba tanto por lo ocurrido? Y, sin embargo, quizá por su debilidad tras las fiebres o por lo

confortable que era estar entre los brazos de Oda, lo confesó todo, en un torrente de palabras desesperadas por abandonar su cuerpo. Por ser escuchadas.

—Fue un soldado. Nunca le había visto por allí, pero sabía que el ejército buscaba a unos maquis que saboteaban a la Guardia Civil. Pensaban que se escondían en la sierra cercana al Pueblo y la zona se llenó de forasteros. Nuestros padres nos advirtieron que nos anduviésemos con cuidado. A los hombres les mandaron agachar la cabeza y no replicar, y a las mujeres que no fuésemos solas a ningún sitio. Al principio hicimos caso, pero había tantas tareas por hacer… y lo que creímos que serían unos pocos días se convirtieron en semanas. No podíamos detener nuestra vida entera por unos maquis y unos militares. Las ovejas tenían que pastar y nosotros teníamos que comer. Esa noche me tocaba hacer la cena y, cuando iba a calentar algo de agua para preparar una sopa, vi que los cántaros estaban vacíos. Cargué con uno en cada mano y fui al caño como de costumbre. En lugar de ir por el camino más corto, tomé un desvío creyendo que así estaría más tranquila. Solía ir por allí cuando quería ver el atardecer desde lo alto. Era tan hermoso, la forma en que la luz bañaba el valle, tanto como el mar, ojalá hubieses podido verlo tú también. Lo malo de ese rodeo era que estaba más cerca del bosque y también de las bestias. Al volver de llenar los cántaros en el caño, me encontré cara a cara con un lobo. No es lo más normal que se acerquen demasiado a los humanos, pero tampoco del todo raro, aún menos con tantos hombres recorriendo el bosque de arriba abajo. Ese animal de ojos amarillos no era mucho más grande que un perro y se quedó mirándome fijamente. No sabía qué hacer, así que no me moví. Sentí su inteligencia y que estaba igual de confuso

que yo. Trataba de adivinar mi próximo movimiento: si era un peligro, una presa o una criatura a la que ignorar. Esperé a que se asustase más que yo y se marchase.

Entonces apareció… ese hombre. Y le disparó. Un tiro en el lomo. Todos los pájaros salieron volando espantados, y del sobresalto se me cayeron los cántaros y se derramó todo el agua. Fue horrible. Me pareció tan triste ver a ese animal jadeando en el suelo, ahogándose en su propia sangre y sufriendo… que le supliqué que lo rematase con otro tiro en la cabeza. Él creyó que se lo pedía por miedo y me regañó porque no tenía que estar asustada, sino más bien agradecida, me había salvado la vida y no había nada que temer mientras estuviese cerca de él. Su actitud no me gustó desde el principio. Yo quería irme a casa. Ya le pediríamos agua al vecino. Pero vio la que se me había derramado e insistió en acompañarme de vuelta al caño. Para protegerme de las bestias, o de los maquis, que eran peores, según dijo. Tendría que haber sido más lista, haberme inventado una excusa para dar media vuelta, pero no quería contradecir a un soldado. Así que cargó con los cántaros por mí y hasta los llenó con el agua del manantial. Pero en cuanto terminó y vio que nadie rondaba por allí, me arrinconó contra el muro de piedra y dijo que iba a cobrarse el favor ahí mismo. Chillé y pedí ayuda, pero no había nadie cerca. Dijo que no me haría daño si no me resistía, que vería cómo me iba a gustar, y me quedé quieta mientras… mientras se bajaba el pantalón. Quiso abrirme las piernas y yo me resistí, pero era más fuerte que yo. Todo mi interior se revolvió… Prefería que me matase allí mismo a que consiguiese lo que se proponía. Pedí perdón a mis padres por dejarles sin su hija querida, y a Dios y a la Virgen por lo que iba a hacer. Saqué la

navaja que llevaba siempre en el bolsillo para cortar setas o hacer apaños y se la clavé en el cuello. Una y otra vez. Pensé que me mataría antes de que pudiese hacerle ningún daño, pero no le dio tiempo a defenderse porque no esperaba que una pueblerina como yo se atreviese a plantar cara a un soldado. La verdad es que no sé quién de los dos se quedó más sorprendido por lo que había pasado.

»Ese hombre…él trató de contener la herida con las mismas manos que habían intentado forzarme, pero se desplomó en el suelo ahí mismo. Se ahogó en su sangre igual que había hecho el lobo, pero esa vez no sentí ninguna lástima. Solo terror, en cuanto comprendí lo que había pasado, y lo que me harían si descubrían que había matado a un militar… Dirían que yo también era una roja y que ayudaba a los maquis, me torturarían y después me fusilarían contra un paredón. Volví al Pueblo cubierta de sangre y fue un milagro que nadie me viese. Rocío salió a buscarme, preocupada porque no volvía y me encontró llorando por las calles. Le conté lo que había pasado y ella tuvo una idea. Aún no sé de dónde sacamos el temple y la fuerza para hacer aquello. Cargamos con el lobo muerto, después de cubrir su sangre con tierra en el camino, y usamos sus colmillos para que pareciese que fue el ataque de la bestia lo que le había matado. Te ahorraré los detalles, porque no fue agradable. Después le colocamos la pistola en la mano. Nos cambiamos de ropa, llenamos los cántaros y volvimos a casa como si nada hubiese pasado. Unos vecinos le encontraron al día siguiente y creyeron lo que vieron. Un lobo hambriento le había atacado y, aunque él le disparó, ya era tarde. Nosotras nos limitamos a callar y a fingir horror al oír la noticia. Si mi hermana no me hubiese guardado el secreto, ahora estaría muerta. Ella me salvó… La culpa

era mía, pero es ella quien ya no está aquí. Todos dijeron que el Señor se la llevó, pero ¿por qué? ¿Por qué las sirenas dicen que la Luna me ha bendecido a mí cuando ella murió? No tiene sentido…

—No es culpa tuya —susurró Oda a su oído, sin soltarla—. Ni lo que pasó, ni la enfermedad de tu hermana ni lo que les han hecho a todos esos chicos de Fontanada. Nada es culpa tuya.

—La muerte me persigue… No deberías estar cerca de mí.

—Ya te lo he dicho, me dan igual esas supersticiones. Aunque no fuese así, seguiría sin tener ningún miedo. Hay lobos ahí fuera y nadie decide cuando se cruza con uno en el camino. Lo único que hiciste fue sobrevivir. Y me alegro de que lo consiguieses, o no habría podido conocerte, mi dulce Sol.

Se había pasado los últimos años asustada, encogida sobre sí misma para que nadie reparase en ella, aterrorizada por si, al verla de cerca, descubrían la verdad, u olían su pecado, la podredumbre en su interior. Pero Oda había escuchado su historia, había visto todas las partes de ella que la convertían en una mala mujer, y no solo no la despreciaba, sino que quería seguir a su lado.

Aunque el peso en su corazón se hubiese tornado ahora mucho más liviano, seguía pensando que no se merecía su suerte ni el amor de la danesa, pero no tenía la fuerza de voluntad suficiente para rechazarlo. En lugar de eso, cerró los ojos y dejó que la besara mientras la bañaba el calor de los primeros rayos de sol. Y así, con cada caricia y cada beso, sintió cómo Oda se llevaba la culpa igual que el oleaje barre un nombre escrito en la arena.

40

Las sirenas izaron las velas mientras Sonsoles y Oda observaban desde la playa. El viento de la mañana era débil y tímido, pero bastaba para conducirlas a su destino, más allá de la bahía de Fontanada. Según Victoria, no se alejarían demasiado de la costa.

Oda le apretó la mano a Sonsoles. Era cuestión de minutos que se separasen de nuevo.

—¿Seguro que tienes fuerzas para el viaje? Apenas has probado bocado en el desayuno.

—Es mejor así, no se me revolverá tanto el estómago.

Se alisó con cuidado la blusa blanca que le habían prestado, junto a una discreta falda gris y un pañuelo marrón para cubrir los moratones del cuello. Nadie la miraría dos veces una vez que llegasen a la península, no como la danesa la contemplaba en ese momento, así que trató de absorber cada pizca de afecto que emanaba. Sentía que le daba muchas más fuerzas y la alimentaba más que cualquier alimento que pudiesen ofrecerle en la isla.

—Podrías quedarte un poco más…

La danesa hizo un mohín, como una especie de gatito que reclama atención.

—¿No me digas que me vas a echar de menos? —bromeó, pero ella permaneció muy seria.

—Pues claro que sí… Odio que te vayas tan pronto. Pensaba que la vida en Rocablanca sería aburrida antes de venir, pero resulta que hay muchas cosas que quiero hacer contigo. Quiero beber vino a la luz de la hoguera, que bailemos mientras tocan la guitarra y la pandereta, comer pescado asado al fuego con las manos, bañarnos de noche en la cala, aprender a pescar… ¿Es que no ves todo lo que te vas a perder?

Sonsoles cerró los ojos un instante para imaginar todas las escenas que Oda dibujaba en su mente. Las vio a ambas riendo hasta que les dolían las mejillas, sintió el fuego de la hoguera, la sal del pescado, la calidez del agua… Pero si se quedaba más tiempo, no habría vuelta atrás para ella. La mera tentación de romper la promesa que le había hecho a Rocío, de dejar atrás a Toñito y convertirle, a ojos del mundo, en el hijo de una sirena, le provocó escalofríos. No. Era una bonita fantasía, pero había llegado el momento de volver a la vida real. Se miró las uñas, levemente teñidas de azul por el agua de la laguna. Serían la única prueba de que lo que había experimentado allí había ocurrido de verdad.

—Lo sé, pero tengo…

—«Obligaciones» —terminó Oda por ella, mientras tiraba malhumorada del cuello de su camisita de chica buena—. Ya, ya, ya lo sé. Malditas sean esas obligaciones tuyas, y qué aburridas.

Sonsoles sonrió apenada. Por mucho que lo desease, no conseguiría dividirse en dos. Apretó la mano de Oda.

—Cuídate mucho, vigila las corrientes al nadar y no escales las rocas si aún tienes los pies húmedos. Además, no olvides…

La danesa le besó la frente, aprovechando la diferencia de altura entre ambas, y ella enmudeció. El corazón le retumbó por todo el

cuerpo, no solo porque, por más tiempo que pasasen juntas, Oda no dejase de tener ese efecto sobre ella, sino también porque estaban en público. Había gente mirando: sospecharían lo que ocurría entre ellas, que su amistad iba más allá de un sano afecto entre amigas, y ese sería su fin. Sin embargo, en Rocablanca a nadie le importaban sus asuntos.

—Y tú, mi Sol, deja de pensar tanto en los demás. Si te cansas de ser responsable, ven a buscarme —susurró, apoyando la frente contra la suya.

Cerraron los ojos y permanecieron así durante unos cuantos segundos, escuchando la respiración de la otra, tomadas de las manos, piel con piel, hasta que sus latidos parecieron sincronizarse.

Separarse de ella la obligó a emplear toda su fuerza de voluntad, pero las sirenas la llamaron y supo que, si no daba media vuelta en ese momento, nadie podría convencerla para rechazar las propuestas de Oda Lund.

Las acompañó por el agua, con un nudo en la garganta, hasta que llegaron al velero y la ayudaron a subir, pues seguía débil por la infección. Apenas se había acomodado cuando levaron el ancla y Celia se puso al frente del timón. Se alejaron poco a poco de la costa y Sonsoles no apartó la mirada de la figura de cabellos dorados que se despedía con la mano en alto hasta que se volvió una mota borrosa en la distancia. Notó una punzada de dolor en el pecho. Habían pasado dos minutos y ya la echaba de menos. ¿Cómo iba a volver a su vida anterior después de descubrir que existía un lugar como Rocablanca, donde dos mujeres podían amarse sin que nadie se inmutase? Se abrazaba a sí misma, abrumada por el temor,

porque no tenía respuesta para esa pregunta, cuando Dolores se sentó a su lado y le tendió un termo.

—Es infusión de menta seca y un poco de azúcar. Te vendrá bien para el mareo. —Le tomó la mano derecha sin previo aviso y comenzó a masajeársela a la altura de la muñeca—. No es bueno que la sangre se quede estancada, así la ayudaremos a que se mueva un poco.

—Gracias… Mi hermana también sabía mucho de hierbas y remedios, como vosotras. Tendría que haberla escuchado con más atención cuando trataba de enseñarme.

Para su sorpresa, aquel recuerdo, aunque agridulce, no estaba empapado por una pátina de culpa. Llevaba demasiado tiempo convencida de que estaba en deuda con sus padres, su esposo y su hijo por no haber sido ella quien muriera. «Ahora también tengo a gente que me quiere». Por eso se alegraba de estar viva. De poder sentir la frescura de la menta y el dulzor del azúcar en la lengua, por el viento matutino y salado en el rostro y el pelo, por echar de menos a Oda con más intensidad que ninguna emoción que hubiese experimentado jamás.

—Está deliciosa, gracias —repitió.

—¿De veras? Cuando la probé de joven por primera vez pensé que sabía como si le dieras un bocado a un puñado de hierba. —Arrugó la nariz para mostrar su desagrado.

Sonsoles sintió curiosidad de nuevo por saber cuál era la historia de Dolores, qué la había llevado a la isla hacía tantos años, antes incluso de que ella misma naciese. «No es asunto tuyo», se recordó, así que hizo otra pregunta:

—¿Sabías lo que iba a ocurrir cuando fuésemos a la cueva?

—¿Al altar? —la corrigió, sin evitar su mirada ni mostrar el más leve atisbo de remordimientos—. Conocía los temores de Victoria. Le importa mucho proteger a su gente, no se lo tengas en cuenta.

—No podría… Yo también haría lo que fuese por proteger a los míos. ¿De verdad pensáis que es la luna quien me ha salvado? —«Perdonado», «bendecido»… No estaba segura de cuál era la expresión más adecuada.

—Eso dice la tradición, pero quizá tu danesa tenga razón y solo haya sido una cuestión de pura fortuna y de que tienes un cuerpo y una mente fuertes.

«Tu danesa». Sonsoles sonrió sin pretenderlo. Qué tonta. Podría haber muerto en esa isla, pero solo podía pensar en cómo visitarla la había transformado.

—O puede que la tengáis vosotras y que haya renacido. En algunas cosas… me siento una mujer distinta. Es lo que ocurre con todos esos hombres, los que reciben las conchas, ¿no es cierto? Con el tiempo acaban cambiando. Para bien o para mal. ¿También es por la luna?

Dolores permaneció con la vista clavada en las olas durante unos segundos, mientras meditaba en silencio.

—Conoces el cuento de ese escritor danés, ¿verdad? «La laguna de las sirenas». Lo que quiera que viese en la isla debió de impresionarle mucho. En su historia, el sol y la luna convertían a una sirena en mujer. Parece algo imposible, pero es incluso más difícil cambiar el corazón de los hombres. Si tuviésemos ese poder… muchas personas lo codiciarían.

Su respuesta no era ni un sí ni un no, pero supo que no obtendría ninguna explicación más concreta y certera de las

habitantes de Rocablanca.

—En Fontanada muchos dicen que sois brujas.

Aquello hizo reír a Dolores.

—Solo sabemos cosas que ellos ignoran, lo que aprendimos de la gente del mar.

Sonsoles recordó las pinturas en las paredes de la gruta subterránea: las historias que relataban también podían entenderse como instrucciones, lecciones transmitidas de una generación a otra durante cientos de años, puede que miles. Se sintió diminuta en comparación con tan enorme legado.

—¡Ya casi llegamos! —les advirtió Paz desde la otra punta del velero.

—La infusión ha funcionado, gracias de nuevo —dijo Sonsoles, aunque sentía que las sirenas habían hecho mucho más por ella que acompañarla a dar un paseo en barco.

Dolores asintió y se reunió con sus compañeras para ayudarlas a aproximar el navío a tierra. Habían navegado siguiendo la línea del litoral hasta llegar a un pequeño pueblo costero. Según le habían explicado, allí los vecinos las conocían como «las mujeres del velero», pues acudían cada varios meses a comerciar. También recibían alguna que otra mirada de desconfianza, provocada por la ausencia de un hombre entre ellas que tomase las decisiones y manejase las cuentas, pero no pasaban el tiempo suficiente en la pequeña población para inquietar a los vecinos con su independencia. Además, llevaban buena pesca.

Atracaron en un humilde muelle de madera. Celia se quedó atrás para vigilar el barco. El resto aprovecharían la visita para comprar herramientas y provisiones extra, lo que las ayudaría a evitar

Fontanada hasta que se calmasen los ánimos. Las acompañó de camino a una lonja, que consistía en una pequeña y fría nave, y llegaron a un acuerdo con un pescadero ambulante para que la llevase en la furgoneta. El hombre vendía la mercancía sobre todo a los hoteles que empezaban a construirse en la costa, más al norte de Fontanada, así que pasaría por la ciudad de todas formas.

—Una menos, ya solo nos queda la danesa —dijo Paz, una vez sellado el trato.

Victoria le reprochó el comentario con una muda mirada.

—Procura llegar a salvo a casa —se despidió la sacerdotisa. Le tendió una bolsa de malla que contenía un par de paquetes envueltos con esmero—. Son cocas de almendras, para tu sobrino y para… —enmudeció.

Sonsoles sonrió. Le conmovía ver a aquella mujer, tan fuerte y decidida, romperse cada vez que pensaba en Salva.

—Intentaré llevárselo. Y podéis estar tranquilas, no le diré a nadie nada de lo que he visto y oído.

—Solo te creerían si contases que por las noches nos salen cuernos y pezuñas —refunfuñó Paz.

Dolores dio un paso adelante, ignorando a la muchacha pelirroja, y abrazó a Sonsoles para despedirse.

—Ahora eres una de nosotras a ojos de la Luna. No lo olvides, ¿eh? Puedes volver cuando quieras. Las sirenas de Rocablanca siempre te recibiremos con los brazos abiertos.

—Lo recordaré… si prometéis no intentar matarme nunca más —sonrió con sorna, para sorpresa de Paz.

—¡Anda!, si la niñera tiene sentido del humor.

—Ten cuidado con esos hombres del embarcadero. Que la Luna ilumine tu camino—dijo Celia, y ella agradeció sus buenos deseos con una sonrisa agridulce.

Victoria fue la última en despedirse.

—Cuídate. A las mujeres de Fontanada os esperan tiempos difíciles.

Asintió agradecida, aunque solo podía pensar en reunirse con su sobrino, en estrecharle entre los brazos con todas sus fuerzas y en decirle cuánto le había extrañado. Les dijo adiós por última vez y siguió al pescadero hacia la furgoneta donde había cargado toda la mercancía; sin embargo, en lugar de subirse a ella, dio media vuelta. Tenía algo que añadir antes de marcharse. Se detuvo ante Victoria, que la escuchó expectante.

—La semana que viene hay una función escolar en el colegio. Salva cantará con el coro. He pensado que querrías saberlo.

No dijo nada más. Conocía cuál era el dilema de la mujer, la mezcla de temores y deseos que tiraban de su corazón en distintas direcciones, igual que le sucedía a ella. Pero quería que estuviese al tanto, que pudiese decidir. Victoria la escuchó, sin saber qué responder. Ella sonrió y corrió hacia la furgoneta. Se sentó en el asiento del copiloto y miró por el retrovisor a las sirenas mientras se alejaban. Jugueteó con el colgante de caracolas de su pecho, que pendía junto a la medalla de la Virgen, mientras se preguntaba qué hacer con la concha azul que guardaba en el bolsillo de su falda.

41

La furgoneta la dejó en las afueras del barrio, donde aún no habían construido una sola acera o calzada, solo había unos cuantos descampados embarrados y alguna que otra chabola construida con la ayuda de los vecinos. Por suerte, tampoco había nadie allí para juzgarla. «¿Se habrá corrido ya la voz de mi despido?». Caminó por las calles de tierra hasta llegar a la zona urbanizada. Respiró aliviada cuando los edificios y las plazas le empezaron a resultar más familiares, aunque el ambiente era muy distinto al habitual. Unas semanas atrás habrían estado repletas de niños que jugaban a la pelota, las chapas o las canicas, de amas de casa que charlaban cuando se encontraban por casualidad en su camino hacia el mercado y de ancianos que se entretenían tomando un café en el bar más cercano o con una partida de petanca. Siguió avanzando por las calles vacías bajo el penetrante sol de media mañana, que hacía que las gotas de sudor le recorriesen la frente. Al llegar hasta el edificio donde estaba su piso, se le agitó el corazón. ¿Y si se encontraba con Merche? No soportaría escuchar cuánto la había decepcionado. ¿Le habría contado a Antonio que la habían echado durante su ausencia? El pensamiento le oprimió el pecho.

Subió las escaleras con tanto sigilo como pudo, pero andar de puntillas no le sirvió de mucho. Cuando iba a dejar atrás la segunda

planta, alguien abrió una de las puertas del rellano. Fue Amparo quien cruzó el umbral para recibirla.

—Sonsoles, criatura, ¿ya has podido volver? ¿Y tu equipaje? ¿Cómo está tu madre? ¿Se ha recuperado de su achaque? Justo iba a subir para llevarles un poco de *esgarraet* a los chicos cuando te he oído. —Le mostró una tartera de barro que contenía una mezcla de pimientos asados y bacalao desmigado—. Me preocupaba que no estuviesen comiendo bien sin una mujer en la casa.

Le tomó unos segundos comprender lo que acababa de preguntarle. ¿Qué tenía que ver su madre con su despido y su fuga? Sintió una nueva oleada de remordimientos. Antonio debía de haber mentido por ella.

—Sí… ya está mejor. Gracias por preocuparte. —Bajó los escalones que la separaban de su vecina para recoger la ensalada veraniega. En la isla había desayunado gachas de arroz, y su estómago apenas había admitido más de un par de cucharadas tras varios días sin comer, así que sus tripas rugieron por el olor a aceite y ajo—. ¿Cómo está Silvia? ¿Le va bien en casa del alcalde?

La mujer suspiró.

—Por ahora sí, pero hay rumores de que su esposa va a mandar a todos sus empleados a casa hasta que encuentren al asesino. Por el peligro, dicen. Si deja de pagarles, será más una faena que un favor. A mí me parece un poco exagerado, la verdad…

—¿Aún… aún no se sabe nada? —preguntó con un nudo en el estómago.

Después de que una marabunta enfurecida las hubiese perseguido en la playa, tenía claro quién sería el chivo expiatorio si los fontanadinos empezaban a perder sus empleos.

Sin embargo, la ciudad guardaba un as en la manga que iba a sorprenderla.

—Ah, claro, no has podido enterarte. El caso es que… —Amparo se acercó a ella para susurrar—: Se llevaron al cuartelillo al señorito Daniel hace tres noches y dicen que aún no ha vuelto a casa. Es un vivalavirgen, pero nunca ha hecho daño a nadie. No sé en qué piensa el teniente coronel, he oído que la señora de Vargas está que no cabe en sí del enfado.

Dio gracias porque Amparo aún no hubiese soltado del todo la tartera, o se le habría escurrido de las manos por la sorpresa.

—¿A Daniel? ¿Daniel Vargas? ¿Por qué?

—Parece que conocía a todos esos chicos, que Dios los tenga en su gloria —se santiguó con una mano, dejando a Sonsoles la tarea de aguantar el *esgarraet* cuando apenas podía sostenerse a sí misma— y que no con todos se llevaba bien. Cuentan que se peleó con el hijo del alcalde a puñetazo limpio. Hay muchos testigos.

¿Es que Juan Arias se había vuelto loco? Sabía tan bien como ella que Daniel era inocente. Porque lo era, ¿verdad? Se mareó aún más al darse cuenta de que no tenía ni la menor idea de dónde había estado el joven durante los crímenes. Cuando murió Pablo dijo que se había encontrado con un viejo conocido y cuando atacaron a Ricardo se había marchado solo de vuelta a casa, también era cierto que frecuentaba el Ye-yé y otros locales en los que trabajaba Javier, y Francisco estaba empleado en las salinas de su familia, pero tenían que ser meras coincidencias desafortunadas. Las sirenas también habían desconfiado de ella por culpa del azar, ¿no era cierto? Entonces recordó las palabras de Oda: «Hay demonios que se visten

con piel de hombre y logran engañar hasta al mismísimo diablo. Solo se quitan la careta cuando saben que te han atrapado».

—Tengo… tengo que irme.

Le devolvió el recipiente de barro y, pese a la inquietud y las preguntas de la mujer sobre si había ocurrido algo, echó a correr escaleras abajo sin dar ninguna excusa.

Recorrió media ciudad tan rápido como pudo con aquellos zapatos prestados hasta que llegó al cuartel, un edificio rectangular con las paredes encaladas de blanco y zócalos de piedra, tan sobrio y sereno como los guardias uniformados que vigilaban su entrada. Se detuvo en seco ante el rótulo escrito sobre el frontón de la entrada: CASA-CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL. La última y única vez que había estado dentro solo pensaba en cuándo podría marcharse de allí, y no albergaba deseo alguno de entrar por su propia voluntad en el territorio donde Juan Arias era amo y señor. La bandera española, con el escudo del águila real, ondeaba en un mástil frente a la entrada. Era un recordatorio a los visitantes de las muchas normas que debían seguir si no querían acabar en uno de sus calabozos. Su cuerpo quiso tragar saliva, pero tenía la boca seca. Solo había pasado unas pocas horas retenida allí y seguía atemorizada, así que ¿cómo debía sentirse el señorito Daniel tras varios días encerrado? Hizo de tripas corazón y se dispuso a entrar. En cuanto se acercó, uno de los dos guardias que había en la puerta le dio el alto y le preguntó qué la traía al cuartel.

—Vengo a ver al teniente coronel Arias.

Procuró sonar segura de sí misma, pero ni toda su firmeza logró convencer a los dos hombres, que se miraron entre sí. Decidieron,

sin necesidad de intercambiar una sola palabra, que la joven estaba diciendo necedades.

—Por supuesto, muchos quieren hablar con él, pero ahora mismo está ocupado, señorita. ¿Qué tal si vuelve otro día?

—Díganle que una testigo de los asesinatos quiere verle. Seguro que puede concederme un par de minutos.

En esa ocasión, la rotundidad en su voz logró hacer mella en el escepticismo de los hombres. No dudaba de que siguiesen sospechando que se hallaban ante una mujer demente, pero uno de los guardias accedió a acompañarla hasta el interior del edificio, aunque solo fuese para garantizar su discreción. Su guía le preguntó el nombre y después le pidió que esperase en un pasillo vacío en la planta superior. El hombre desapareció en el interior de un despacho, que supuso sería el de Arias. Al cabo de unos momentos le hizo un gesto afirmativo para que entrase y él se quedó custodiando la puerta.

«Te estás metiendo en la boca del lobo», le advirtió una voz, que en su mente sonó muy parecida a la de Oda.

Lo primero que vio fue un enorme crucifijo colgado de la pared, un Cristo martirizado esculpido en plata. A cada lado de la cruz, un retrato del caudillo y una bandera de España llenaban la pared, y ante ellos había un enorme escritorio de madera de roble. El teniente coronel no se puso en pie para recibirla ni tampoco la invitó a sentarse en una de las sillas tapizadas de cuero.

—Creí que eras una ratoncita lista y que sabías muy bien el lugar que ocupas. ¿Te manda mi suegra? ¿Te ha prometido que volverá a contratarte si logras hacerme entrar en razón? Pensé que le había quedado clara la situación.

Mientras hablaba, sacó un puro del cajón de su escritorio y empujó una caja de cerillas hacia ella. Pretendía que se lo encendiera. Sonsoles se tragó su orgullo y prendió el fósforo con un rápido gesto. Se inclinó para acercar la tenue llama al extremo del puro en su boca. La estancia se llenó enseguida de un pesado y nauseabundo olor que la hizo toser cuando Arias exhaló el humo en su rostro.

—Sabe que Daniel es inocente. ¿Por qué lo encarcela?

—¿Lo sé? ¿De veras? No tengo por qué darle explicaciones sobre mi investigación a una cualquiera como tú, pero hay testigos que ubican a Daniel Vargas en dos de las escenas del crimen, también estaba presente cuando se halló uno de los cuerpos y resulta que Francisco González perdió una jugosa cantidad de dinero jugando a las cartas contra él. Según dicen, un poco más y se apuesta hasta los calzones.

¿Daniel conocía tan bien al hermano de Teresa? Creyó que, si había alguna conexión entre ellos, se debería a la salina. Había oído rumores de que jugaba a las cartas, pero no pensaba que hubiese sido tan incauto como para dejarse ver en algún salón de apuestas clandestinas. Arias se echó a reír ante la evidente confusión en su rostro.

—¿No te lo ha contado? Y yo que creí que os habíais hecho amiguitos…

—Puede que el señorito sea imprudente, pero no es un asesino.

El guardia civil dio una segunda calada a su puro.

—La sangre de los Vargas los inclina hacia la violencia. Tú misma lo has comprobado, ¿o no? —Señaló hacia su cuello con el dedo y Sonsoles se dio cuenta de que, con el apuro, el pañuelo se había

aflojado y movido lo suficiente para dejar a la vista las marcas ahora amarillas—. ¿Por qué iba a ser Daniel diferente al resto de su familia? No seas necia, te lo digo porque te he tomado cierto aprecio. Admito que tienes agallas, pero ninguno de esos granujas movería un dedo por ti. Así que lárgate, olvida a esa familia y da gracias porque he detenido al chico en vez de a ti y a tu amiga danesa.

Aunque seguir su consejo habría sido lo más sensato, Sonsoles no dio un solo paso hacia la salida.

—Sé quién es el verdadero padre de Salva —lanzó su último órdago, que, en lugar de la esperada conmoción, fue recibido con una sonora carcajada.

—¿Te refieres a Salvador Vargas?

La sorpresa de Sonsoles le divirtió aún más.

—¿Lo ha sabido siempre? ¿Es que ha estado jugando conmigo?

—En absoluto. Lo consideré alguna vez, pero el primogénito de mi suegra tenía fama de ser tan sobrio como su padre. Supongo que al final era un golfo como su hermano pequeño, y más incauto incluso. Mira que preñar a una de sus mujerzuelas…

Ella apretó los puños con impotencia. No podía defender a Victoria sin desvelar su identidad y su historia. Había jurado guardar su secreto, pero, además, dudaba que a Arias le importase en lo más mínimo.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha comido la lengua el gato? —se burló el hombre.

Parecía muy seguro de tener entre la espada y la pared a esa familia que tanto había detestado.

—La señora de Vargas no se lo perdonará nunca ¿Es que eso no le preocupa? ¿Lo que estará dispuesta a hacer para salvar a su hijo?

—Esa mujer no tendrá poder en esta ciudad dentro de muy poco. —Estaba tan orgulloso de su proeza que no dudó en mostrarle un contrato que guardaba en su cajón, junto a los puros para las celebraciones especiales—. ¡Mira esto! Una firma de su puño y letra en la que me cede la plena potestad para gestionar la mitad de sus tierras. Tenía tanto miedo de que me llevase a su nieto lejos de ella que ni se lo pensó. —Señaló el garabato en un folio con un extenso texto escrito a máquina—. Alvarado estaba tan agradecido que me ha regalado una casa en el barrio de la colina para que viva con mi familia. Alba, el pequeño Salva y yo formaremos un precioso hogar. Nos mudaremos en un par de semanas, cuando lleguen los muebles —exclamó pletórico—. Y mi suegra tendrá que contentarme todo lo que pueda si quiere ver a su nieto. Necesitaremos una niñera, así que pórtate bien; declara en el juicio contra Daniel lo que te mande, y me pensaré si te contrato.

Se le revolvió el estómago por la actitud victoriosa de Arias. Había conseguido la revancha por todos esos años que había pasado con la cabeza agachada. Ahora era él quien mandaba, el hombre de la casa y no solo del cuartel. El pequeño Salva se convertiría en su juguete preferido, aislado en las modernas urbanizaciones de la colina de todas las personas que le querían.

—Su venganza va a costar vidas —trató de hacerle entrar en razón—. Cuando el asesino mate de nuevo será culpa suya.

—Por eso no te preocupes, no habrá más asesinatos. No mientras Daniel Vargas esté en una celda —dijo con una seguridad

que implicaba que sabía más de lo que decía o que de veras era un necio.

—El asesino está ahí fuera —dijo frustrada, porque ambos sabían que esa era la verdad, pero, por más que la repitiese, aquel hombre seguiría negándola. Sacó de su bolsillo la concha azul que las sirenas le habían entregado y la colocó sobre el escritorio—. Sé cómo desenmascararlo. Solo tiene que ponerse este amuleto en un sitio donde todos puedan verlo y el asesino vendrá a usted. Y si no quiere correr el riesgo… suelte a Daniel. ¡Eso es! Que se la ponga él, sígale, esté pendiente y verá cómo resuelve el caso. Será un héroe.

El hombre arrugó el bigote, en un ademán de repugnancia, al ver la pulsera ante él. La apartó de un manotazo.

—Otra vez con esas malditas conchas. Llévatela antes de que la tire por la ventana. No quiero volver a oír hablar de esas supersticiones de vieja o te mandaré al calabozo con tu querido Daniel si tanto lo echas de menos. ¡Miralles! —Ante su sonora orden, la puerta se abrió y el guardia que la había escoltado antes entró en el despacho—. Mi invitada se marcha ya, acompáñela a la salida.

Sonsoles se apresuró a tomar la concha de vuelta sin que le dieran un solo segundo de margen más. El tal Miralles la empujó igual que hace el perro pastor con el ganado hasta que no le quedó más remedio que avanzar hacia el pasillo.

—Te has vuelto una ratoncita atrevida —se despidió Arias—. Pero, si olvidas cuál es tu sitio, el gato te comerá entera.

El guardia cerró la puerta tras ellos y se sumó a las advertencias de su superior.

—Yo que usted no daría más problemas, señorita. Hay sitio de sobra en las celdas y el teniente coronel rara vez cambia de opinión

cuando manda a alguien ahí abajo.

Pensar en Daniel, solo tras los barrotes, en una fría estancia sin luz y plagada de humedades e insectos le revolvió el estómago. Si ni el apellido Vargas podía salvarte de aquel lugar, más le valía escuchar a los agentes del orden y ser una buena chica, o al menos parecerlo. Asintió, procurando mostrarse amedrentada y cabizbaja.

—Solo dígame… ¿Está bien? ¿Le han hecho daño?

El hombre inspiró hondo, reacio a hablar más de la cuenta, pero le concedió una pizca de bondad.

—Si decide cooperar con la justicia, solo tendrá que preocuparse por las chinches. Si no… recibirá lo que él se haya buscado.

Cooperar: lo que en los términos de Arias significaba admitir toda culpa que quisiese atribuirle, fuese o no la verdad. Se abrazó a sí misma, desolada por la impotencia una vez más. La única forma en la que Daniel Vargas podría librarse de una condena segura era si descubrían al verdadero culpable.

42

Las piernas de Sonsoles protestaron con punzantes calambres cuando subió el primer escalón hacia su piso. Su cuerpo aún no se había recuperado del todo de la infección y del reposo forzoso, pero ella le había exigido ir de aquí para allá como si estuviese en plena forma. Su estómago se sumó a las protestas, encogido por el hambre. Se arrepintió de no haber aceptado la ensalada de bacalao y pimientos de Amparo, aunque en cuanto cruzó la puerta de su casa se le quitaron las ganas de comer. Se había inmiscuido demasiado en asuntos ajenos cuando ni siquiera había resuelto los propios.

Entreabrió la puerta del piso y entró con pasos silenciosos. Se sobresaltó al ver a Antonio sentado a la mesa de la cocina junto a Toño. En sus platos, el *esgarraet*, que comían con pan del día. Amparo se había encargado por su cuenta de subírselo.

—¡Tata! —exclamó el pequeño, que sin pedir permiso se puso en pie de un salto y corrió para abrazarla con tanto ímpetu que casi la tiró hacia atrás.

Ese niño estaba cada día más grande, a solo un par de estirones de ser más alto que ella.

—Toñito…

Le revolvió el pelo con cariño y le devolvió el abrazo, aunque no lo mereciese por todas las mentiras que había contado.

—¿Está mejor la abuela? —preguntó el chiquillo.

Su honesta preocupación le rompió el corazón un poquito más.

Le dijo que sí y a duras penas se atrevió a mirar a su esposo. El hombre no movió un solo músculo. En lugar de saludarla, se dirigió a su hijo:

—Toño… ¿Por qué no le llevas a Amparo su tartera de vuelta y un par de melocotones para darle las gracias?

El niño pareció confuso porque le mandase a hacer un recado en mitad de la comida. Era demasiado listo para no darse cuenta de que trataban de librarse de él, pero la tensión en el ambiente le hizo asentir sin rechistar. Tomó la tartera y la fruta, y se marchó encogido como el gorrión que presiente una tormenta. Sonsoles se sentía igual. Era inquietante ver a un hombre siempre pacífico e inalterado contener tanta tensión, tanta… rabia.

—Les he dicho a los vecinos que te habías ido al Pueblo a cuidar de tu madre, que estaba en cama por unos achaques.

Sonsoles agachó la cabeza.

—Lo sé…

—Dime… ¿Por qué razón he tenido que mentir a todas las personas que se preocupan por nosotros? ¿Qué era tan importante como para abandonar a tu esposo y tu sobrino? Y no te molestes en decir que cuidabas del señorito Salvador. Puede que sea un simple que no ve lo que tiene delante de las narices, pero no llego a tanto. ¿Nos engañaste también todas esas veces en que salías a trabajar de noche?

Sus piernas agotadas flaquearon y se puso de rodillas. No podían sostener su peso, pero tampoco su vergüenza.

—Lo siento —masculló, manteniendo la vista gacha—. Lo siento tanto… Quise estar a la altura, ser una buena madre para Toño, pero ni siquiera soy una buena mujer.

Antonio se puso en pie, con una lentitud casi dolorosa, y avanzó hacia ella. Por un momento temió que fuese a abofetearla para castigarla por sus pecados, pero su cuñado nunca había tenido ese talante. Mientras otros «metían en vereda» a sus esposas indisciplinadas, él siempre había preferido que fuese Rocío, la enérgica y sabia Rocío, quien guiase a la familia. Pero Sonsoles no era su hermana ni se parecía en nada a ella.

—¿Eres la amante de Daniel Vargas? —La pregunta la tomó por sorpresa y Antonio se apresuró a exponer sus razones—. Amparo me ha contado que saliste corriendo cuando te enteraste de que ha sido detenido. ¿Pasabas las noches con él?

Sonsoles se apresuró a defenderse, aunque la verdad no fuese más noble.

—No. Jamás me ha interesado el señorito Vargas, ni yo a él. ¿Por qué iba a mirarme dos veces habiendo mujeres mucho más hermosas que yo? —Pensar en Oda hizo que se le empañasen los ojos de lágrimas—. No amo a Daniel…

«Pero sí a otra persona». No necesitaba decirlo. Antonio conocía muy bien los síntomas de un enamoramiento, cómo te volvías necio y temerario. Su hermana ya estaba embarazada de Toño cuando se casaron y nadie se lo echó nunca en cara porque todos sabían que se adoraban con locura, como un par de pánfilos que vivían en su propio mundo. Los músculos de su cuñado se relajaron y se llevó la

mano a la frente, como si le doliese la cabeza. «No está furioso —comprendió Sonsoles—. ¿Está preocupado?».

—¿Vas a fugarte? Podrían meterte presa por adúltera, toda la ciudad hablará de ti y ten por seguro que en el Pueblo se enterarían también. No te acogerán en ningún lugar y, si ese tipo cambia de opinión y no se hace cargo de ti, acabarás viviendo en la calle, o Dios sabe qué.

Quiso hablarle de las sirenas, de que existía un lugar donde abrían las puertas a aquellas mujeres a las que les habían cerrado todas las demás, pero estaba demasiado conmovida. En lugar de echarle en cara que se le pasase siquiera por la mente abandonarlos, lo que le quitaba el sueño era su porvenir.

—Nunca os haría daño a Toño o a ti, sois toda la familia que me queda. Rocío… le juré a Rocío que os cuidaría. Rocío… Rocío… —La tímida humedad de sus ojos se había convertido en un torrente de lágrimas y su cuerpo comenzó a encogerse por los espasmos de los sollozos—. Lo siento…

No tenía ninguna excusa que ofrecerle. Se había convencido a sí misma de que solo sería Sol durante una noche, después otra más, solo el tiempo justo. Se dijo que así podría descubrir los secretos que Arias ansiaba y que sería bueno para Toño que hiciese buenas migas con una familia tan poderosa, aunque fuese a través de su miembro más díscolo. Pero la realidad era que se había vestido como si fuese otra porque realmente quería serlo y que había besado a Oda porque la deseaba. No podía seguir huyendo de sí misma, de quien era en realidad, ni tampoco iba a arrepentirse. Tendría que conformarse con pedir perdón, sin esperar que le fuese concedido o que pudiesen comprenderla.

Antonio se agachó y se arrodilló frente a ella. Había puesto a prueba a un hombre paciente. Sonsoles cerró los ojos de forma instintiva, esperando una bofetada. Su propio padre le hubiese pegado una somanta de palos tras semejante confesión, y la mayoría de los maridos se habrían sentido con derecho a golpearla, ultrajados por el comportamiento de una esposa a la que debían recordar su sitio. La ley le ampararía. Incluso podría matarla para recuperar su honor y no pisaría la cárcel para pagar por su vida porque estaba en su derecho de cobrársela. Pero el golpe nunca llegó. En lugar del escozor de una bofetada en la mejilla, sintió la presión de las manos de Antonio mientras este le agarraba los brazos.

—Soy yo quien lo siente. ¿Podrás perdonarme algún día?

Sonsoles le miró sin comprender. ¿Había oído bien? ¿Por qué se disculpaba con ella? No había hecho otra cosa que trabajar y bendecir la mesa antes de comer desde que se casaron. Pero el callado Antonio continuó hablando, dando vía libre a unos pensamientos que llevaban meses atascados en su pecho.

—Nunca debí aceptar esta boda. Al principio… cuando Rocío… —Su voz se entrecortó por la pena—. Cuando perdimos a nuestra Rocío, los primeros días fueron muy confusos para mí. No sabía muy bien dónde estaba ni qué ocurría a mi alrededor. Está todo emborronado en mi memoria. No recuerdo haber comido ni bebido, tampoco haberme vestido, ni sé cómo llegué hasta el entierro. Sí me acuerdo de que no quería parecer débil por Toño… Pero no era del todo yo. Rocío se llevó una parte de mí. —Se golpeó el pecho con el puño, con tanto ímpetu que resonó por todo el salón. Se golpeó una y otra vez para que el sufrimiento de su cuerpo mitigase el de su

corazón—. Y todavía no la he recuperado. No creo que lo haga nunca. Me dolía tanto el pecho que no podía seguir viviendo, pero Toño, mi Toñito, era lo único que me quedaba de ella.—Sus ojos comenzaron a humedecerse y los de Sonsoles le acompañaron—. Todos dijeron que Toño necesitaba una madre, que tenía que dar con una mujer diligente que se ocupase de la casa, que qué sería de nosotros dos si nos quedábamos solos. No sé cuándo surgió tu nombre ni quién dijo que tú serías la mejor madre para Toño; insistieron tanto que al final acepté. No lo pensé bien, no pensé en nada más que en mi propio dolor. En cuanto volvimos de la iglesia esa noche y noté el silencio entre nosotros me di cuenta del error tan grande que había cometido. Perdí a mi esposa y también a mi cuñada. La única persona que entiende en el mundo lo que es extrañar a Rocío… El vacío tan grande que ha dejado.

Cuando logró acabar aquella frase, los dos estaban inundados en lágrimas y prácticamente se sostenían el uno contra el otro. Sonsoles sollozó con todas sus fuerzas igual que aúlla una loba herida. Rocío. Su Rocío. ¿Qué habría pensado si pudiese verlos a los dos convertidos en auténticos desconocidos? Su esposo se había tornado en una sombra; ella, en una mujer salvaje y sin moral. Pero al menos, ahora que lo habían admitido, podían llorar juntos su pérdida.

—Nunca me perdonaré lo que te hice. Yo nunca podré volver a amar a una mujer como quise a tu hermana, así que nunca he pensado en ti como una esposa de verdad. No me di cuenta de lo que te estaba arrebatando. Lo siento tanto…

—No es culpa tuya, Toño necesita…

—Toño necesita a su madre, pero no puede recuperarla. Y tú… merecías tener tu propia familia. Lo has dejado todo atrás, has tenido que trabajar para esa horrible e ingrata familia, y todo por mi culpa…

Sonsoles negó con la cabeza.

—Quiero a Toño con toda mi alma y trabajaré donde haga falta para que pueda estudiar. Él es mi familia.

Aunque se estuviesen sincerando, no le dijo toda la verdad. Que jamás podría formar la suya propia ni desposarse ante un altar con alguien a quien amase de verdad. No era Antonio el que le había robado esa vida. El roce de los dedos de Oda sobre su piel le había hecho comprender por qué ninguno de sus pretendientes había logrado llamar su atención y por qué las conversaciones de las otras chicas del Pueblo sobre quién tenía los hoyuelos más encantadores le resultaban incomprensibles. La fuerte mandíbula de un tipo cualquiera o sus adorables rizos no podían importarle menos, pero había nadado en los ojos del azul del mar de Oda y se había ahogado en ellos, había acariciado su cabello de rayos de sol y había besado la hondura de sus clavículas como si fuese la tierra prometida. Lo que ella llamaba amor el mundo lo consideraba un pecado. Así que bien podía considerar a Toño como el único hijo que tendría jamás, y a Antonio como su único esposo, aunque nunca fuesen a sentir deseo el uno por el otro.

—Gracias… Gracias por estar a su lado. Sé que no he sido el mejor padre desde todo aquello. La echo… la echo tanto de menos —confesó el hombre, sin apenas voz.

—Y yo… yo también la extraño. Cada día, cada hora.

Notó las manos de Antonio sobre su espalda y ella le estrechó de vuelta. Y así, abrazados y de rodillas, su cuñado acabó por quebrarse del todo. «Los hombres no lloran». «Los hombres deben ser fuertes para su familia». Antonio había crecido escuchando esas palabras, pero eso no significaba que fuesen justas. ¿Por qué no iban a llorar el uno en brazos del otro si su dolor era el mismo, tan intenso que con cada sollozo se les iba algo de vida? Llevaban así un par de minutos cuando la puerta de la entrada se abrió. Toño se quedó observando la escena en silencio.

—¿Ha pasado algo malo? —preguntó, aterrado.

«¿Voy a perder a alguien más?», quería decir en realidad.

—No…, todo está bien, mi amor —respondió ella.

Antonio trató de disimular su pena, pero el niño corrió hacia ellos para rodearlos a los dos, con un brazo a cada uno. Se quedaron así los tres, compartiendo su pesar y el plomizo dolor que les laceraba el pecho, como deberían haber hecho después del entierro en lugar de celebrar una boda que nadie deseaba.

43

Su sobrino pasaba los últimos días de las vacaciones aburrido en el salón mientras ella terminaba de coser los disfraces para el acto inaugural del curso en la escuela. Se esmeraba en el resultado, porque sabía que todas las vecinas acudirían al evento social y comentarían hasta el más ínfimo detalle durante días. Formaba parte de la tradición de la ciudad. Hasta el señorito Daniel había planeado ir para ver cantar a Salva. Deseó que para entonces ya estuviese libre, aunque sabía que Arias solo cambiaría de parecer si no le quedaba otra opción. Pobre Salva. Se le partía el corazón al pensar en lo solo que debía de sentirse el pobre niño encerrado en el palacete sin su tío. Aunque no lo habían acusado formalmente de cometer los asesinatos, los fontanadinos se habían encargado de propagar los peores rumores sobre Daniel. Apuestas, promiscuidad y escándalo público eran los crímenes que le achacaban con más frecuencia, pero los más osados empezaban a murmurar que quizá tuviese las manos manchadas de sangre. Decían que todo era culpa de esa extranjera de cabello dorado, que el señorito se había vuelto loco de celos por ella. Además de sirena, ahora la llamaban «mujer fatal». Quería replicarles que estaban muy equivocados, que Daniel Vargas tenía muchos defectos, pero que no era un hombre celoso ni había tratado de poseer a nadie, mucho menos a un espíritu libre

como Oda, pero solo lograría que la señalasen a ella también. Impotente y sin ninguna otra labor entre manos, decidió centrarse en la costura. Ya casi había terminado el disfraz de Salva. Le vendría bien hacer algunos ajustes después de que se lo probase, pero ni siquiera estaba segura de si iba a poder entregárselo. Lo alzó ante sí y le dio la vuelta para asegurarse de que no había ningún fallo en el patrón ni en las costuras. Seguía concentrada en ello cuando llamaron a la puerta del apartamento.

Pensó que sería Amparo o alguna de las vecinas, pero aun así le sobresaltó encontrar a Merche al otro lado. Había temido su encuentro con la enérgica mujer desde que Alba la había despachado del palacete. Estaba preparada para disculparse cuando la mujer se invitó a sí misma a entrar.

—Oí que habías vuelto. ¿Cómo no me has llamado para decírmelo? Anda, que… que me tenga que enterar en el mercado. ¿Cómo está tu madre? Se te ve más delgada, tendrías que comer más. Necesitas entrar en carnes o no vas a darle un hermano a Toño. —El niño arrugó la cara, confundido y algo molesto por la irrupción de la mujer, que no perdió el tiempo en darle unos golpecitos en los mofletes con la mano—. Hay que ver qué mayor te estás poniendo. ¿Ya le has apuntado a la lista de espera de la escuela?

La mujer se acomodó en el sofá y Sonsoles la siguió, sin comprender por qué estaba tan tranquila.

—Sí, la semana pasada —asintió, y Merche se mostró complacida —. ¿Quieres tomar algo?

—Ya que me lo ofreces estaría bien un café con leche, ¿no la tendrás fría? Hace un bochorno insoportable.

Sonsoles fue directa a la cocina. Aún no habían comprado una cafetera, pues tomar café a diario seguía siendo cosa de señoritos a ojos de Sonsoles, así que puso algo de agua a hervir. Después envolvió una pequeña cantidad de café torrefacto dentro de un filtro de tela y la vertió sobre él. Para terminar, le añadió un chorrito de la leche que acababa de comprar, aunque no es que estuviese muy fría. Aun así, Merche no protestó y se lo bebió con gusto. Sabía bien que, para hacerse con un frigorífico, hubiesen necesitado ahorrar muchos meses del sueldo de Antonio.

—Gracias, niña. Llevo un día de no parar. Esta mañana ha venido la señora de Vargas al salón, pobre mujer. Hace como que no pasa nada con lo de su hijo, pero a esa familia le va a costar recuperarse de un escándalo así. Tendrán que mandarle a servir al ejército una temporada si quieren que limpie su nombre. ¿Tú sabes qué ha pasado? Las niñeras siempre se enteran de todo.

—Todo sucedió mientras estaba en el Pueblo.

La mentira le supo arenosa en la boca, pero sirvió para que Merche asintiese con un «claro, claro».

—Es una lástima que no tenga un heredero en condiciones, quizá por eso se dice que va a vender parte de sus tierras a esos forasteros. Fontanada está cambiando muy rápido —se lamentó—. Es bueno para la ciudad, no me malinterpretes, pero son muchos los hombres que trabajan como temporeros en las salinas desde hace décadas. Si los Vargas deciden deshacerse de ellas también, ¿de qué van a trabajar?

—La señora de Vargas preferiría morirse a vender las salinas —repuso Sonsoles, porque sabía bien que su patrona sí tenía un heredero al que legarle las tierras.

—Que el Señor te oiga. Aunque sería casi un milagro que el señorito Daniel sentase la cabeza. Desde que empezó a frecuentar la compañía de esa danesa descocada era cuestión de tiempo que se metiese en algún lío.

Sonsoles se removió, incómoda ante la mención de Oda, y se obligó a sí misma a contenerse. No podía permitirse el lujo de mostrar sus verdaderos sentimientos. Por suerte, Merche cambió de tema en lugar de seguir poniendo su templanza a prueba.

—Pero no he venido para hablar de esa mujerzuela. La señora de Vargas me mandó para decirte que vuelvas al trabajo cuanto antes. ¿Te había dado un permiso más largo?

—Que… ¿Que vuelva?

Se lamentó enseguida por mostrarse tan sorprendida, pero Merche siguió hablando como si nada.

—Eso dijo. «Que empiece otra vez mañana mismo». Ya ves. Podría haberte llamado por teléfono, pero, después de lo del señorito Daniel, quería asegurarme de que está todo bien. ¿Has tenido algún problema en el palacete? ¿No se habrá propasado en algún momento…?

Sonsoles negó con la cabeza, vehemente.

—No, no… Es solo que estaba cansada del viaje. Allí estaré.

Hacía solo unos días se habría negado en rotundo a regresar a ese palacete, aterrada por lo que había experimentado en él. Pero su estancia en Rocablanca la había cambiado más de lo que pensaba. Ahora que sabía la verdad, ya no les tenía miedo a los Vargas, pero era un alivio no haber quedado en malos términos con la poderosa familia y evitar además las habladurías. Y, quién sabía, tal vez en el

palacete encontrase algún modo de ayudar al señorito Daniel, quizá Alba estaría dispuesta a escuchar su plan para delatar al asesino.

Merche la tomó de la mano y le dio un par de golpecitos de aprobación sobre el dorso, como quien felicita a un perro por haber traído una buena presa de caza.

—Menos mal que aún quedan mozas decentes como tú ahí fuera, diligentes y honradas. Muchas mujeres tendrían que aprender de ti.

Deseó confesarle que no tenía tan buen ojo para la gente como ella creía, pero asintió en silencio. Puede que no fuese una buena chica, pero debía guardar las apariencias.

A la mañana siguiente se vistió, se lavó la cara, se recogió el cabello y se encaminó hacia el palacete como si nada hubiese ocurrido. Salva debía de haber estado esperándola en la entrada, porque corrió a abrazarla tan pronto como puso un pie en la casa. Ella también le estrechó, sin dejar de pensar en Victoria, que nunca había podido sostener ni acariciar al hijo que nació de su vientre. Le abrazó por ella con toda la fuerza que pudo.

—¿Me has echado de menos? —preguntó, y el niño asintió.

—No puedes volver a irte. Te lo prohíbo —afirmó con rotundidad.

Aunque el intento de sonar autoritario resultase algo cómico en un niño tan pequeño y frágil, la sonrisa de Sonsoles flaqueó. Se agachó para poder hablarle cara a cara, como iguales. Salva tenía el ceño fruncido, más por el miedo a volver a quedarse solo que por la rabia. Le acarició un par de mechones de pelo.

—A veces las personas que nos quieren no pueden estar a nuestro lado. Pero eso no significa que nos quieran menos.

—No —sentenció el niño con los puños apretados—. No es justo. Todos los mayores os vais sin avisar. Mi abuela dice que el tío Daniel

se ha ido de viaje y que no podrá venir al recital… Si no vuelve… ¡Le odiaré para siempre!

«De viaje». Un nudo se le agarró al estómago. Trató de consolarle.

—Volverá, te lo prometo.

—No deberías mentir al niño con tanto descaro —dijo la voz desganada de Alba, quien salió del salón principal al escuchar el alboroto. Enseguida quiso dejarle claro que, por su parte, no era bienvenida—. ¿Aún te queda algún sitio donde husmear? ¿Has mirado bien en el excusado?

Ella tampoco había vuelto al palacete por gusto y Alba no andaba tan mal encaminada, así que se limitó a agachar la cabeza como se esperaba de ella y a saludar.

—Buenos días, señora de Arias.

—¿Harás como si nada? Vaya caradura… Mi madre está arriba, le diré que has llegado. Después me acostaré, así que no hagáis ruido.

Se fijó entonces en que Alba parecía más demacrada de lo habitual. Sus migrañas siempre la dejaban ojerosa, pero su rostro había adelgazado tanto en el último par de días que empezaba a asemejarse más a una calavera que a la mujer aún razonablemente joven que era. Se preguntó si su aspecto demacrado se debía tan solo a la detención de Daniel o si había ocurrido algo más en su ausencia.

—Doña Alba… —La siguió, y dejó a Salva a solas un momento—. Si me lo permite, me gustaría hablar con usted sobre su hermano.

La mujer apretó los labios para contener su enfado.

—Ten cuidado con lo que dices de Daniel. Puede que mi madre se haya rebajado a hacerte llamar otra vez, pero no pienso aguantar

tonterías.

—Las conchas azules: sé para lo que sirven. Y creo que el asesino también. —Sacó del bolsillo la pulsera que le habían entregado las sirenas y Alba la miró como si fuese a explotar en cualquier momento—. Todas las víctimas las llevaban puestas. Si es así como las elige y le tendemos una trampa para que trate de matar a alguien, podremos demostrar la inocencia de su hermano.

Alba negó con la cabeza, ignorando su propuesta por completo.

—No te atrevas a volver a traer ese trasto del demonio a la casa. Y dile a Victoria que se aleje de mi familia.

—Pero tú… tú la ayudaste, y las sirenas a ti —dijo confusa, en un murmullo.

Había empezado a sentir un hondo respeto por Alba Vargas cuando supo que protegió a la antigua sirvienta, igual que Rocío hizo con ella, pero puede que hubiese malinterpretado la relación entre ambas.

Su respuesta solo logró enfurecer a la señora aún más, tanto que la mujer tuvo que apoyarse contra la pared para no caerse de tan afectada que estaba. Se apresuró a ayudarla, preocupada por su salud, pero ella la apartó con un aspaviento.

—Me va a subir la tensión por tu culpa. No sé qué te habrán contado esas mosquitas muertas, pero me arrepiento cada día de mi vida de haber dejado que se cruzaran en mi camino. Jamás las mientes en mi presencia y ni se te ocurra repetir sus sandeces delante de nadie más, mucho menos de mi madre.

—Lo… lo lamento. No pretendía inmiscuirme.

Sus disculpas fueron sinceras. Puede que hubiese sido una ingenua, pero de veras creía haber descubierto el lado más valiente

y humano de Alba. Sin embargo, lo que quiera que su padre y su hermano le hubiesen hecho había destruido cualquier emoción en ella que no fuese el temor, el rencor o la resignación.

La mujer subió las escaleras sin apenas energía, lánguida como un espectro. A pesar del desdén que mostraba abiertamente hacia ella, Sonsoles se compadeció de la señora. Su vista se desvió hacia el remate de la escalera, que tenía la forma de una sirena tallada. ¿Sería ese el mismo donde Salvador se golpeó la cabeza al caer? Un escalofrío le recorrió la espina dorsal y decidió alejar tan funestos pensamientos de su mente.

Se volvió hacia el niño y trató de sonreírle.

—¿Mi madre está enfadada otra vez? —preguntó, encogiéndose sobre sí mismo.

—¡Claro que no! Solo está cansada. ¡Vamos, ven! Tengo una sorpresa para ti.

Fueron hasta el saloncito donde solían pasar las horas muertas y rebuscó en su bolsa hasta dar con el disfraz casi terminado. Le animó a que se lo probase para perfilar los últimos detalles. Salva nunca había sido demasiado expresivo, ni siquiera con Toño, pero cuando se vio en el espejo vestido de pirata sonrió de oreja a oreja. Se divertía imaginando que era un intrépido corsario que navegaba por mares lejanos. Puede que su sangre fuese la de Salvador, pero, en ese momento, Sonsoles solo pudo pensar en Daniel y en sus promesas de que algún día saldría de esa pequeña ciudad repleta de salitre.

—Los pantalones te están un poco largos, deja que te coja el bajo —le pidió.

Cuando se trataba de su sobrino le llevaba un buen rato conseguir que se estuviese quieto, pero Salva fue obediente y dejó que marcase por donde tenía que coser con la aguja.

Así los encontró la señora de Vargas cuando bajó de su dormitorio. Reaccionó ante la tierna escena con una mueca de desaprobación.

—¿Qué ridiculez le has puesto al niño?

La alegría del pequeño se disipó en un solo instante. Sonsoles se apresuró a dar explicaciones.

—Es el disfraz de pirata para la fiesta de la escuela. ¿Lo recuerda? Esta vez celebran el aniversario de *Los cuentos de sal* y todos los niños irán disfrazados.

—¿Puedo? —preguntó Salva con timidez—. ¿Por favor? Toño también se disfrazará.

—Ah, ya, esa paparruchada. Si al maestro Brahe le parece bien… Ten cuidado de no pinchar al niño. Ya es lo que nos faltaba.

Su patrona se acomodó entonces en el sofá para vigilar a la chismosa de su niñera. Al contrario que Alba, permanecía impertérrita a pesar de la delicada situación en que se hallaba su familia. Nadie diría al verla que su yerno acabase de traicionarla ni que su hijo estuviese detenido en el cuartel de la Guardia Civil.

Sonsoles sintió su mirada inquisitiva y siempre juiciosa clavada en ella mientras terminaba de marcar el bajo del pantalón para cortarlo un par de centímetros y luego coserlo. Apenas había colocado el último alfiler cuando sonó el timbre.

—Ah, casi lo olvido. Recibiré a la visita en el salón principal.

No hizo falta que la señora de Vargas le diese más indicaciones. Sonsoles se incorporó y se apresuró hacia la entrada. No quería

ganarse una reprimenda por hacer esperar a algún hombre trajeado. Conociendo al círculo de la señora de Vargas, contaba con saludar a un empresario, quizá a un político, algún tipo con bigote que olería a puro y que ni si quiera la miraría a la cara o le devolvería el saludo. En lugar de eso, al abrir la puerta, se encontró frente a frente con su antecesora, Teresa González.

44

La señora de Vargas y su invitada llevaban cerca de una hora hablando en el salón a puerta cerrada. Su patrona le había dado instrucciones de que nadie las interrumpiese. Sonsoles asomaba la vista de tanto en tanto hacia el pasillo desde la salita, donde Salva repasaba sus apuntes de francés en silencio y ella terminaba de coser el bajo de los pantalones del disfraz. Sus manos se movían diestras mientras su mente andaba ocupada con otros asuntos.

¿Qué se traía entre manos la matriarca de los Vargas? La primera y última vez que había visto a Teresa, cuando acudió al palacete a suplicar ayuda para buscar a su hermano, la señora le advirtió que estaba agotando su paciencia y que si volvía a molestarlos con sus problemas se encargaría de que el mismísimo teniente coronel Arias la detuviese. Esa mañana, en cambio, se había rebajado a recibir en su casa a una joven que no tenía nada ni nadie en el mundo, una antigua empleada. ¿Qué razón había para tan drástico cambio?

No era la única que desconfiaba de la extraña reunión.

—¿Te vas a marchar otra vez? —preguntó el niño.

No lo admitiría en voz alta, demasiado embebido por el clásico orgullo de los Vargas, pero tenía miedo de que le abandonasen.

—Claro que no. ¿Por qué te preocupa? ¿Es que no te gustaba la nana Teresa?

El niño hizo un mohín y volvió a sus deberes de francés.

Al cabo de un par de minutos, oyó el rechinar de la puerta y vislumbró la figura de la joven mujer, que avanzaba a grandes zancadas hacia la salida del palacete. Debía apurarse si quería hablar con ella.

—Vuelvo en un momento, no te muevas de aquí —avisó al niño, y dejó el disfraz sobre el sofá.

Una vez en la calle, miró a ambos lados en busca de Teresa y vio cómo caminaba por la avenida en dirección suroeste. Aceleró para alcanzarla esquivando a los viandantes que acudían al centro de la ciudad para trabajar o hacer compras.

—¡Teresa! ¡Aguarda! ¡Un momento!

La mujer se detuvo al oír su nombre, pero sus labios se entreabrieron en una expresión de temor y confusión. Arias había descrito a Sonsoles como una ratoncita, pero, en comparación con ella, Teresa parecía aún más pequeña y desamparada, igual que un polluelo recién nacido. ¿Qué le había dicho La señora de Vargas para dejar en ese estado de confusión y alarma a una joven que se había atrevido a desafiarla hacía solo un par de meses? Su gesto se relajó cuando vio su uniforme, el mismo que ella había vestido durante los meses que trabajó en el palacete.

—¿La señora de Vargas ha olvidado algo más que deseara decirme? —preguntó, aún recelosa.

—Soy yo quien quiere hablar contigo.

Su antecesora la examinó, con aquella expresión juiciosa que había visto entre las parroquianas de la peluquería. Trataba de averiguar qué clase de sirvienta era. ¿De las que se arrimaban a sus señores con falsos halagos buscando que las beneficiasen mientras

los despreciaba en secreto, de esas pobres necias que los creían cuando decían «eres como de la familia», solo para descubrir que no les adelantarían una paga para una urgencia, o las peores de todas, las entrometidas que confundían los asuntos de los patrones con los suyos propios?

Sonsoles se apresuró a buscar debajo de su ropa el collar que colgaba junto a la medalla de la Virgen. Tan pronto como le mostró las conchas blancas, Teresa comenzó a mirar de un lado a otro, alarmada. La tomó de la mano y, sin mediar una sola palabra, la condujo a una callejuela menos concurrida. Se pararon en los soportales de uno de los edificios, ocultas tras los arcos que lo abrían al exterior.

—¿Qué pretendes? —preguntó con brusquedad.

—Tú tienes un collar como este, ¿verdad? Y a tu hermano le diste la concha azul. Fuiste a Rocablanca y las sirenas te los entregaron.

—¿Vas a chantajearme? Porque te advierto que no tengo nada, puedes preguntarle a tu patrona, lo sabe muy bien…

Esa vez fue Sonsoles quien estudió con atención a la mujer frente a ella. Teresa había adelgazado desde la última vez que la vio. Llevaba puesta la misma ropa y su pelo negro estaba más largo y asalvajado. Se preguntó en qué condiciones habría vivido esos dos meses en que todos creyeron que había vuelto a su lugar de origen. Había luchado por su hermano con la determinación de una leona, pero la soledad y la necesidad acababan por hacer mella hasta en los corazones más valerosos.

—¿Sigues queriendo averiguar quién mató a Francisco?

Teresa suspiró, el agotamiento cada vez más palpable en su postura y en su semblante demacrado.

—Dicen por ahí que la Guardia Civil piensa que ha sido el señorito Vargas.

—¿Y tú? ¿Qué piensas tú?

Agachó la vista.

—Yo ya no pienso nada…

—¿Tenía motivos para hacerlo? Si no es así, podrías hablar en su favor. Daniel no es un hombre posesivo capaz de matar por una mujer o por dinero, como dicen.

—¿Me has seguido para que le defienda? —preguntó Teresa, incrédula. Tenía los puños apretados en un gesto de rabia—. Escucha bien: puede que Daniel Vargas no apuñalase a muerte a mi hermano, pero sí que le condenó. El señorito jugaba por diversión, no por dinero. Para seguir jugando aceptaba hasta la calderilla y, cuando se aburría, se marchaba a su palacete y hacía como si nada. Fue él quien metió a mi pobre hermano en ese mundo.

Sonsoles no respondió. Las acusaciones de Teresa no la sorprendieron tanto como debería. Aquella versión de Daniel como alguien que enredaba a los demás en sus diversiones, sin tener en cuenta que no todos tenían un apellido que conllevaba dinero y poder para resguardarlos, se parecía mucho más a la realidad que el asesino enloquecido por los celos que Arias había tratado de describir.

—Si no fuese por él… Si no fuese por él, mi hermano seguiría vivo. Francisco era muy buen hijo, trabajador como una mula, pero no era ningún lumbreras, ¿sabes? De eso se aprovechaban los demás siempre que podían. Por cada vez que el señorito le dejaba ganar para que se emocionase perdía diez. Creía que, si tenía algo de suerte, podría conseguir lo suficiente para comprar una moto, un

coche o hasta un piso, para que yo no tuviese que deslomarme tanto. Pidió dinero prestado, me robó el jornal, se convirtió en una persona a la que no conseguía reconocer, siempre obsesionado con el día en que se reunirían de nuevo para jugar la próxima partida.

—¿Por eso acudiste a las sirenas? —preguntó a Sonsoles, aunque era más bien una afirmación.

Teresa lo admitió de mala gana.

—Una vecina se enteró de sus deslices y me aconsejó que les pidiese ayuda. Sabía lo que se decía de ellas, que eran mujeres perdidas, pero estaba desesperada. Habíamos venido a la ciudad a ganarnos la vida e íbamos camino de acabar en la ruina, así que les hice caso y le di ese collar. Al principio funcionó. Francisco estaba más tranquilo, llegaba a casa y se marchaba a directo a dormir en lugar de escabullirse por la noche, pero luego cambió a peor.

—Pero… dijiste que él ya no jugaba —no pretendía acusarla de mentir, solo entender qué sucedió de verdad, pero su comentario agitó a Teresa.

—¿Y qué iba a decir? ¿Que tenían razón y que mi hermano era un sin vergüenza, un delincuente al que no valía la pena buscar? Él… él estaba enfermo. Empezó a ponerse más y más nervioso, decía que teníamos que marcharnos a una ciudad más grande, que había familias más ricas que los Vargas y que un mozo de las salinas se había marchado a una fábrica donde pagaban mucho mejor. Pero los alquileres de las ciudades son también más costosos y se emperró en ganar más dinero para que pudiésemos mudarnos. Tendría que haberle quitado esas ideas absurdas de la cabeza. —Teresa apretó los dientes para contener la tensión—. Preguntas por la concha… pues hasta eso le hicieron apostar. Si la ganó el señorito o no, eso

no lo sé, pero no me importa. El daño hecho, hecho está. No me da pena que esté en prisión. Se lo tiene bien ganado.

Sonsoles se compadeció de la joven. ¿Qué clase de fiebre pasajera debía de haber poseído a Francisco para arriesgar su vida y la de Teresa de esa forma? Las sirenas le habían dicho que las conchas funcionaban de forma misteriosa, pero no habían podido vencer al mal que perseguía a los dos hermanos.

—¿Sabes quién más jugaba en esas partidas?

Si había otro joven por ahí con una concha azul en su poder, debía hacerle saber que estaba en peligro.

—Me imagino que los amigos del señorito, otros niños bien o los tipos que conocía en sus juergas, no lo sé. Francisco solo me confesó que Daniel Vargas organizaba las partidas en el almacén de las salinas un par de veces al mes, y que guardaba las ganancias y el registro de juego en una caja fuerte, en el mismo despacho que no pisa nunca para trabajar. Ahí estarán los nombres de todos los jugadores y cuánto ha ganado y perdido cada uno. También se lo conté a la Guardia Civil, pero hicieron caso omiso a todo lo que les dije. Pensé que no querían salpicar a esos ricachones con un escándalo. No sé por qué habrán cambiado de opinión.

Sonsoles guardó silencio. Ella sí conocía las razones de Arias, pero el registro del despacho no estaba entre los argumentos que había empleado para detener a Daniel, así que era muy probable que él tampoco hubiese revisado el almacén.

—¿Puedo darte un consejo? —preguntó Teresa, y Sonsoles asintió, aunque presentía lo que le iba a decir—. Es tarde para mi hermano y para mí, pero deja de enredarte en los asuntos de los

Vargas. Ellos nunca caerán, pero no harán nada para proteger al resto.

—¿Por qué has vuelto entonces?

Ante la pregunta tan directa, Teresa respondió arrugando un labio en una mueca de desdén que no iba dirigida a ella.

—Eso tampoco es asunto tuyo, así que deja de hacer preguntas. Por tu bien. Ah, y ten cuidado también con las sirenas. Te darán esperanzas falsas, como a mí. Pero el mal que trastorna a algunas personas no desaparece fácilmente. Tendría que haber sacado a mi hermano de esta maldita ciudad, haberle alejado del señorito Vargas… —Hizo una breve pausa para mantener la compostura—. En lugar de entrometerte donde no te llaman, quítate ese collar maldito y piensa en cómo ayudarte a ti misma.

Tras asegurarse de que no había nadie mirando, Teresa se marchó hacia la avenida. Sonsoles se quedó atrás, paralizada, sin ser capaz de despedirse siquiera después de haber escuchado su historia. Ella no era muy distinta de su hermano Francisco. También se había escapado de casa de puntillas en mitad de la noche, también había puesto en riesgo su futuro. Quizá por eso Teresa se había desahogado con ella y le había advertido. Pero, por mucho que tratase de avanzar, parecía moverse en círculos que siempre la devolvían a los Vargas y a las sirenas. Lo más sensato sería agachar la cabeza y limitarse a hacer su trabajo, lo sabía muy bien, y aun así, no logró quitarse el registro de las partidas de la cabeza. Si Arias se hacía con él, lo usaría contra el señorito Daniel, quien cargaría con una culpa que, pese a sus muchos errores, no era suya, y el verdadero asesino quedaría impune. Y Oda… su amada Oda. No podría volver a pisar Fontanada sin una sombra de sospecha. Tenía

que encontrar la forma de llegar hasta el despacho del señorito Daniel antes de que el teniente coronel atase cabos.

45

El señorito Salvador estaba más inquieto cada día que pasaba sin noticias de su tío. Aunque se hubiese ido de viaje al extranjero tal como le había contado su abuela, al menos podía haber llamado por teléfono. ¿Es que no pensaba volver a casa? ¿Los había abandonado para siempre sin mirar atrás? Sus pesadillas empeoraron, y la señora de Vargas se resignó a pedir a la niñera que llevase de nuevo a su sobrino para que hiciese compañía a su nieto durante el día. Sin embargo, no debía distraerle más de la cuenta, el nuevo curso estaba a la vuelta de la esquina y Salva tenía que repasar sus apuntes del año anterior para empezar las lecciones al día.

Y fueron los dos niños quienes le dieron a Sonsoles la solución que buscaba. Llevaba días preguntándose cómo ir a las salinas sin levantar sospechas ni llamar la atención de Arias cuando escuchó a los dos chiquillos hablando sobre lo que les deparaba el nuevo curso mientras planchaba unas blusas y unas faldas de doña Alba.

—Mi padre dice que nos vamos a mudar dentro de poco, que ya ha mandado comprar los muebles y que los traerán de Valencia —explicaba Salva, con un tono un tanto afligido, pero resignado.

Estaban tumbados sobre la alfombra: uno con un cuadernillo de matemáticas delante, que se esforzaba por ignorar, y el otro con un tebeo al que tampoco le prestaba mucha atención.

—¿Podremos jugar también en la nueva casa?

—No lo sé… La abuela dice que padre quiere llevarnos lejos, pero que los Vargas debemos seguir siendo una familia unida. Y padre dice que su casa es solo suya y que en ella mandará él. No creo que le guste que juguemos allí.

Toño recibió las malas noticias con un gesto apenado y Sonsoles escuchaba con el corazón en un puño. No era de extrañar que Salva estuviese tan nervioso. De por sí ya era reacio a los cambios y Arias iba a poner su vida patas arriba solo para reforzar su autoridad

Para su sorpresa, el niño dio un golpe con el lapicero sobre el cuadernillo de ejercicios. Se le acababa de ocurrir una idea.

—La abuela dice que viva donde viva, las salinas seguirán siendo mías. A lo mejor podemos jugar ahí.

—¡Vale! Entonces jugaremos en las salinas.

—¿Lo juras?

—¡Lo juro!

Sellaron el acuerdo con un escupitajo en la palma y un apretón de manos.

—Pero ¡qué guarrada es esa que acabáis de hacer! Limpiaos, anda. Seréis cochinos…

Sonsoles se apresuró a frotar las manos del señorito con el pañuelo que llevaba en el bolsillo, pero no se atrevió a contrariar la fantasía infantil. El hijo de un peón y el nieto de la dueña. Nunca vivirían en el mismo mundo y, cuanto mayores se hiciesen, más grandes se volverían las diferencias entre ambos.

—Os veréis en la escuela, así que dejaos de tonterías.

—¡Las salinas son mías! Puedo llevar a quien yo quiera —respondió Salva.

—¿Es verdad que el agua es roja? —quiso saber Toño.

Salva dudó, moviendo los labios de un lado a otro.

—No sé, nunca he estado.

—Entonces… ¿cómo van a ser tuyas?

El escepticismo de Toño hizo que Salva se enfurruñase, y Sonsoles vio ante ella una oportunidad única para confirmar la historia de Teresa. Lo que haría con el registro de las partidas si lo encontraba aún no lo había decidido. Así que, a lo largo de los siguientes días, dejó caer ante la señora de Vargas que Salva había expresado su curiosidad por el negocio familiar, y de que presumía de él ante su amigo y ante su niñera, que estaba orgulloso de considerarse dueño de un lugar que le fascinaba, aunque no lo conociese en persona. Fue sembrando la semilla y dejó que su patrona llegase por su cuenta a la conclusión de que era el momento perfecto para lucir a su nieto delante de los jornaleros y los capataces. Sería una buena forma de difundir el mensaje que más le importaba: que la familia Vargas nunca caería. Puede que fuese a vender una buena parte de sus tierras, pero esos hoteles de los que tanto hablaban el alcalde y sus palmeros aún eran solo el producto de la imaginación de unos hombres ambiciosos. La sal que se secaba al sol, en cambio, corría por sus venas.

Tras darle vueltas al asunto, la señora de Vargas le ordenó a Sonsoles que, al día siguiente, preparase al niño a primera hora de la mañana para una visita al negocio familiar. Salva recibió la noticia con el mismo entusiasmo que si le hubiesen anunciado que iban a la playa, sobre todo cuando confirmó que Toño podía acudir con él.

Sonsoles anunció la ocasión especial durante la cena. A Toño las salinas no le importaban demasiado, pero diría que sí a cualquier

plan que le permitiese salir en lugar de seguir encerrado en casa. Antonio escuchó y después asintió con la cabeza, pero ella intuyó sus dudas. Por suerte, habían acordado que no se guardarían sus preocupaciones para sí nunca más, que no volverían a sufrirlas a solas y en silencio. Así pues, se acercó a él después de acostar a Toño y se sentó a su lado en el sofá.

—¿Seguro que te parece bien que la señora le lleve a las salinas?

Antonio suspiró.

—Si me ve cargando sal, es posible que piense que es algo que él también puede hacer. Cuando nos queramos dar cuenta, será un muchacho lo bastante mayor para trabajar y con esas edades un jornal es tentador. ¿Estás segura de que le admitirán en esa escuela?

La vida de jornalero era dura. Antonio no protestaba, pero se le escapaban quejidos al acostarse y levantarse por los dolores de espalda; en sus manos y dedos había casi siempre rozaduras o nuevos callos, y las varices de las piernas le habían empeorado.

—El maestro Brahe vendrá a vernos a finales de semana —le recordó—. Toño es un niño muy listo, seguro que lo sabrá ver.

—Precisamente porque lo es… también me preocupa que se dé cuenta de todo lo que nunca podrá tener —admitió con amargura.

—Toño ya sabe que no somos ricos. Siempre lo ha sabido.

No había forma de que no hubiese advertido que en casa de su amigo servían horchata y pasteles cada día, que mientras él repetía siempre la ropa, su amigo estrenaba camisas continuamente, por no hablar de que bastaba con que lo pidiese en voz alta para que le regalasen una bicicleta o una pelota nuevas. La dicha había querido que a Toño no le importasen demasiado los bienes materiales ni las riquezas, al menos no tanto como poder correr a su aire por ahí o

leer todos los tebeos que quisiera. Lo único que le interesaba de esas salinas que su amigo heredaría era comprobar con sus propios ojos si de veras existían las aguas rojizas de las que su padre tanto le había hablado.

La señora de Vargas organizó la visita a primera hora de la mañana para que aún quedase en el ambiente algo del fresco de la noche y así evitar que el intenso sol del mediodía quemase la piel de su frágil nieto. Sonsoles solo podía pensar en el despacho de Daniel y en el registro, y, sin embargo, el primer vistazo a las tierras de los Vargas, desde el asiento delantero del Rolls Royce, logró dejarla boquiabierta. Los tajos rectangulares, que iban disminuyendo de tamaño a medida que el agua se evaporaba y la sal se cristalizaba, se extendían a lo largo de kilómetros, más allá de donde abarcaba su mirada y a solo unos cuantos pasos del mar Mediterráneo, que se adentraba entre los dos barrancos que delimitaban la salina. El paisaje blanco y rojo era hermoso, pero artificial, tan ordenado que resultaba inquietante y admirable a la vez. No pudo distinguir a Antonio entre los capataces y los mozos. Los salineros se movían por doquier: algunos recogían las flores de sal formadas durante la noche con pesados rastrillos, metidos en los estanques hasta casi las rodillas; mientras, otros removían el agua con palas desde los pasillos de tierra o empujaban carretillas repletas de sal. Pero lo más espectacular de todo era el color del agua, que iba del rosa más pálido a un rojo tan intenso que parecía una ofrenda de sangre. Le habría parecido una imagen imposible si no hubiese visto antes el azul cian de la laguna de las sirenas.

—¿Es tóxica? El agua… —preguntó al hombre que acudió a recibirlos, el maestro salinero, que, según les había explicado,

trabajaba para la familia desde los tiempos en que Carlos Vargas era solo un niño.

—En absoluto, señorita. Pero no le aconsejo darle un trago si no quiere quedarse seca por dentro. Si tenéis cualquier duda, preguntadme —les dijo a los pequeños con un gesto jovial.

Pese a su aparente afabilidad, no le temblaba el pulso a la hora de ser exigente con los jornaleros. En cambio, sabía tratar a los Vargas con la cabeza gacha y una sonrisa servicial. Así, caminaron entre los tajos de agua y, a su paso, los trabajadores vestidos con pantalones de lona y camisas remangadas se detenían para observarlos, aunque solo el tiempo justo antes de que su superior les lanzase una mirada de advertencia para que volviesen a la faena.

La señora de Vargas avanzaba con el cuello estirado, satisfecha, y de la mano de su nieto, para que quedase bien claro quién era su heredero. Aquellos hombres volverían a casa esa noche y hablarían a sus madres y esposas de lo que habían visto. Sin duda, el corazón de los Vargas era de sal pura; si no, cómo era posible que sustituyese a su hijo Daniel tan rápido. Sería mejor que todos lo olvidaran también. Ahora debían prestar atención a Salva. Poco importaba que Juan Arias fuese el padre de la criatura, el niño era un Vargas hasta el tuétano. El teniente coronel podía alejar al niño de su abuela, pero no cambiar quién era en realidad.

Mientras recorrían las salinas, los niños hacían toda clase de preguntas, sobre todo Toño, que quería saber hasta el más mínimo detalle, desde cómo llevaban el agua del mar hasta el lucio, el estanque donde comenzaban a decantarla, hasta cuánto tiempo tardaban en conseguir que se convirtiera en sal. El capataz respondió paciente y también divertido por la intensa curiosidad de

los muchachos, hasta que la paciencia de la señora de Vargas se agotó.

—Eso será todo por hoy, quiero que vea también los almacenes y las oficinas. Es donde pasará más tiempo.

Sonsoles se tensó. Si no se equivocaba, los almacenes y los despachos de administración y dirección estaban en el mismo edificio. Debía prestar atención y ser rápida o perdería la oportunidad que estaba buscando. Tan pronto como entraron en el almacén preguntó dónde se encontraban los servicios y se excusó un momento. La señora de Vargas arrugó el labio con una mueca de desaprobación. Consideraba, sin duda, que una buena niñera tenía que ser capaz de aguantarse sus necesidades en las horas de trabajo. Fingió estar apurada, lo que no le resultó difícil de los puros nervios que sentía agarrados en el vientre, pero, en lugar de seguir las indicaciones del maestro salinero, tomó un desvío hacia los despachos. El más grande era el de la señora de Vargas, que abarcaba casi la totalidad de la planta superior y que tenía sendos ventanales a cada lado que le permitían observar lo que ocurría tanto en la salina como en los almacenes.

Siguió avanzando por el pasillo hasta que llegó a una puerta con un nombre escrito en el cristal traslúcido, DANIEL VARGAS, VICEPRESIDENTE. Dudaba que hubiese ejercido el cargo un solo día. Giró el pomo y encontró que estaba cerrada, pero, en previsión de tal inconveniente, había tomado prestado un juego de llaves de la habitación del señorito el día anterior. Arias habría estado orgulloso de su descaro de ratoncita. Las probó una a una hasta que dio con la adecuada. Abrió la puerta con sigilo y entró con el aliento

contenido por la tensión. Si la pillaban *in fraganti*, no volverían a contratarla ni aunque Salva suplicase por ello cien días seguidos.

La estancia, al contrario que el despacho de su madre, era oscura, pues tan solo contaba con una única ventana, que estaba con las persianas echadas. Antes de Daniel, había sido Salvador su ocupante, y Sonsoles sospechaba que los libros de los estantes y el contenido de los archivadores metálicos en forma de cajones que ocupaban gran parte de la pared también le pertenecían a él. No le costó dar con la caja fuerte de la que le había hablado Teresa, oculta en uno de los armarios.

Solo necesitaba la contraseña.

Probó con las fechas más evidentes: el cumpleaños del señorito, el de Salva, incluso el de su hermana Alba. Ninguna de las claves abrió la caja. «Piensa… vamos… ¿qué otra cosa puede ser?». Miró a su alrededor en busca de pistas. Quizá la contraseña estuviese anotada en alguna parte. Tomó una de las agendas, al azar y reparó en que, en efecto, tenían el nombre de Salvador grabado en el lomo. No lo había notado antes porque alguien lo había tachado con una pluma hasta volverlo casi ilegible, con tanto ímpetu que había rasgado la cubierta.

«¿No será posible?». Volvió a girar el pesado dial metálico y esa vez introdujo el aniversario de la muerte de Salvador Vargas. El día de Año Nuevo. 0101. La caja fuerte se abrió entonces con un sonoro chasquido. Solo tuvo que tirar de la puerta, agarrando la manilla con fuerza, para descubrir lo que había en su interior.

Suspiró ante el batiburrillo desordenado de objetos. Por supuesto, ¿qué esperaba del señorito Daniel? Rebuscó entre varias cajas y fajos de billetes hasta que dio con un libro encuadernado en

una tela de color granate. Lo abrió y en él encontró una plantilla de asientos contables que el joven había registrado minuciosamente: fecha, nombre y cantidad ganada o a deber.

—Señorito Daniel… ¿cómo se le ocurre? —susurró con pesar.

Si volvían a encontrarse, planeaba tirarle de las orejas hasta que recapacitase. Las fiestas a las que acudía y los espectáculos de los hoteles rozaban los límites de lo aceptable y lo moral, pero las apuestas estaban prohibidas por la ley. Pasó unas cuantas páginas hasta que dio con el nombre de Francisco, junto a sus cada vez más cuantiosas deudas. La última partida registrada había tenido lugar poco antes del asesinato del hermano de Teresa. Tras unas cuantas derrotas, Daniel había acabado por aceptar su cigarrera, un reloj de bolsillo, un mechero y «una baratija de mercadillo». ¿Se refería esa anotación al collar de conchas? Inspeccionó la caja fuerte de nuevo hasta reunir todos los objetos que Francisco, y otros jugadores, habían perdido. Resistió la tentación de llevarse el reloj del joven asesinado para devolvérselo a su hermana; no se podía permitir meterse en más problemas. Tan solo le quedaba por inspeccionar una bolsa de tela negra aterciopelada. La cogió pensando que dentro estaría el collar, pero pesaba mucho más que si contuviera solo una joya. Al ver lo que había dentro, la soltó por la sorpresa y el espanto. La bolsa cayó sobre la moqueta y salió su contenido: una hermosa daga de plata con el filo empapado de sangre seca.

46

—¿En qué piensas, niña? Llevo un buen rato hablándote y no me prestas la menor atención.

Los reproches de Merche la trajeron de vuelta al momento presente. La visita del maestro Tobias Brahe era inminente y su vecina se había empeñado en que causasen la mejor impresión posible. La ayudó a ordenar la casa, le prestó unas cuantas novelas para que pareciesen gente bien leída, las cuales dejó por todo el salón, y encargó unos pastelitos de hojaldre en una panadería del centro que tenía mucho éxito entre las señoras bien. Sonsoles acababa de servir la bandeja con los de queso y de atún con tomate frito y pimentón, todos del tamaño de un pequeño bocado. Sin embargo, su cabeza estaba ausente.

—Perdón, ¿qué…?

—Que no olvides preguntarle qué quiere de beber. He oído que es aficionado al tempranillo, así que te he dejado una botella y un sacacorchos.

—Gracias otra vez, Merche. No sé cómo podremos devolverte tu ayuda —dijo con sinceridad.

La mujer hizo un aspaviento con la mano para restarle importancia.

—Metí la pata muchas veces cuando era una moza como tú, una recién llegada a la ciudad. Solo te cuento lo que me habría gustado saber entonces, al menos así mis tropiezos habrán servido de algo. Y no te preocupes demasiado, ¿eh?, el zagal es avispado, seguro que don Tobias lo caza al vuelo. Por si acaso, yo que tú me tomaría una manzanilla; con esos nervios tuyos tienes la cabeza en Babia.

Asintió, aunque su dispersión no se debía a la visita del profesor de la escuela. Era lo que había encontrado en las salinas lo que la mantenía medio ida.

Había devuelto la bolsa y su contenido a la caja fuerte tan rápido como pudo. No quería ni ver la daga. En otras circunstancias habría podido pararse a admirar su belleza, pues se trataba, sin duda, de un objeto de gran valor que algún jugador habría perdido. El mango de la daga estaba engarzado con cristales de colores, puede que incluso fuesen piedras preciosas. Pero la maestría del orfebre que la había creado quedaba opacada por la grotesca salpicadura de sangre, que la cubría casi por entero. Supo que pertenecía a Francisco y, desde ese momento, solo quiso marcharse de allí. Lo dejó todo donde lo había encontrado, a excepción del libro contable. Ocultó el registro de las partidas entre sus ropas y se abrochó la rebeca que llevaba puesta para contrarrestar el frescor de la mañana y así disimular el bulto.

Había creído que, en el mejor de los escenarios, encontraría las pruebas que eximirían al señorito Daniel, las que demostrarían lo poco que le importaba que le debiesen dinero. Si no, al menos, confiaba en poner su secreto a salvo para que no pudiesen señalarle como a un delincuente. Lo que no esperaba hallar era una prueba que lo incriminase. A pesar de haber visto el cuchillo con sus propios

ojos, seguía sin poder creerlo. Daniel Vargas no era ningún asesino. El joven no era tan despreocupado e ingenuo como trataba de hacer ver, él también cargaba con culpas y arrepentimientos, pero Sonsoles sabía lo que era vivir con las manos manchadas de sangre. O el señorito era un farsante excelente o jamás había padecido los estragos que causaba al alma haber arrebatado una vida. Además, el relato de Arias no se sostenía por ningún lado. Incluso aunque se hubiese peleado con Francisco por dinero con tan fatal desenlace, ¿qué pasaba con las otras víctimas? ¿Con su buen amigo Ricki? Había leído el registro de las partidas una y otra vez, en busca de pistas, y había repasado cada detalle de aquel nuevo misterio en el fondo de su mente, pero no le encontraba sentido alguno.

Merche le dio unas palmaditas en el hombro.

—Procuraré centrarme. Es un día muy importante —aseguró Sonsoles, aunque su mente se hubiese puesto a divagar por enésima vez aquella mañana.

Por suerte, Toño se convirtió en el centro de atención desde el momento en que entró en el salón, luciendo su traje de los domingos y repeinado a más no poder para que ninguno de sus rebeldes mechones se saliese de su sitio.

—Pero ¡mira qué niño tan guapo!

—¿Qué se dice, Toño? —le alentó su padre, que también se había engalanado con sus mejores vestiduras.

—Gracias —respondió el niño a regañadientes.

Detestaba esas ropas apretadas y repipis, cuyas mangas le quedaban cada vez más cortas. «Dentro de poco habrá que comprarle un conjunto nuevo», se dijo Sonsoles mientras hacía cuentas mentales de cuánto dinero iba a costarles el estirón.

Merche le examinó, pensativa.

—Pero le falta algo… ¿No tenéis una cruz o un rosario? Nunca está de más demostrar que se es devoto.

—Guardo la cadena de Rocío en el cajón de mi mesilla de noche. Ve a buscarla —mandó al niño sin levantar la vista.

Estaba ocupada comprobando que los platos y los vasos estuviesen bien limpios.

En ese momento llamaron a la puerta con tres sonoros golpes y Merche se apresuró a recibir a su invitado mientras Sonsoles corría a buscar al niño y le obligaba a posar delante de ella con las manos juntas y apoyadas sobre las piernas. Ya se había puesto la cruz de su madre, tal y como le habían ordenado.

—Ah, ahí está. No le hagamos esperar.

Merche abrió la puerta como si estuviese en su casa e invitó a pasar al maestro. Se saludaron con efusividad.

—No esperaba verla aquí, doña Merche. ¿Cómo están sus hijos?

—Siguen viviendo en Valencia, apenas tienen tiempo para venir a ver a su vieja madre.

—Pero si usted no es vieja en absoluto. ¿Nos acompañará esta tarde?

—Me temo que no, tengo que marcharme a atender el salón de belleza. Espero que se os dé bien, y cuídame a Toñito, ¿eh?, es un muchacho excelente.

—No me cabe duda.

Se despidieron y Tobias Brahe entró en la sala de estar, donde le invitaron a sentarse en el sofá. Tal y como Merche les había indicado que hicieran, le ofrecieron comida y bebida, así como una trivial conversación sobre el caluroso tiempo de esos últimos días y lo

atareado que debía de estar un hombre como él con el inicio de curso y la fiesta de la escuela a la vuelta de la esquina. Sonsoles le escuchaba hablar, sin apenas decir palabra, invadida por un sentimiento de irrealidad. ¿Qué hacía en su humilde piso un hombre que cenaba en casa del alcalde y que aconsejaba en persona a la señora de Vargas, un hombre que en sus ratos libres visitaba el espectáculo acuático del lujoso hotel Costa de Sal? Sus miradas se habían cruzado esa noche en más de una ocasión, ¿acaso la había reconocido? Si era así, entendía por qué gustaba tanto a las señoras de la alta sociedad. Tobias Brahe tenía talento para la conversación, sí, pero sobre todo sabía cuándo callar.

Tras unos cuantos minutos, unos sorbos de tempranillo y unos pastelitos, el maestro preguntó a Toño si le gustaba estudiar y qué quería ser de mayor.

—Quiero ser abogado o maestro —respondió obediente, tal y como le habían mandado decir.

—¿Ah, sí? Yo creo que serías un periodista excelente. Te he oído hablar con el señorito Salvador Vargas de vuestros… descubrimientos.

—¿Descubrimientos? —preguntó Sonsoles.

Se pasaba el día junto a esos críos y no tenía ni idea de a qué se refería el maestro.

—Sobre las sirenas, ¿no es cierto? Habéis leído mucho sobre ellas en vuestros tebeos, en *Los cuentos de sal*… Ya solo os falta verlas —rio jovial, y le dio un par de palmaditas al niño en la espalda.

—Las vi cuando mi tata se cayó al mar, pero nadie me cree —dijo el niño con naturalidad, provocando que su padre estuviese a punto de atragantarse con un sorbo de agua.

Brahe, en cambio, rio.

—¡Vaya! Aunque puede que esa imaginación sea más bien propia de un novelista.

Sonsoles lo confirmó al identificar una oportunidad de poner a su sobrino en valor.

—Le gusta mucho leer. —Obvió decir que tebeos—. Aprendió casi solo. Verá usted: nosotros no somos personas tan cultivadas como nos gustaría, pero el niño ha salido listo. Si contase con buenos maestros, que le enseñen lo que nosotros no hemos podido, llegará lejos.

—Sin duda, sería una lástima echar a perder una mente tan sagaz como la suya. Hablaré con el jefe de estudios, seguro que queda alguna plaza libre para el próximo curso, aunque tendrá que aprobar la prueba de ingreso al bachillerato primero. Haré que les envíen algunos materiales de estudio, pero, si es tan avispado como dice, no tendrá problemas.

Ella sonrió a su sobrino para hacerle ver que se trataba de una buena noticia.

—¿Lo has oído? Si apruebas, podrás ir a la misma escuela que Salva y hacer muchos amigos.

Puede que pasarse el día encadenado a un pupitre con maestros que no dudarían en atizarle en la palma de la mano con una regla de madera, o en golpearle la cabeza con el borrador de la pizarra si se portaba mal, no le entusiasmase, pero la palabra «amigos» le sonsacó una sonrisilla pícara.

—Eso sí, tienes que estudiar mucho, ¿de acuerdo?

Tobias le tendió la mano al pequeño, que la estrechó con brío para demostrar que ya era «mayor». El brusco movimiento hizo que

la pulsera que llevaba en la muñeca, demasiado grande para él, se escurriese. La joya cayó sobre la bandeja de la panadería y se mezcló con los pastelitos que quedaban. Fue el maestro quien la recogió, antes incluso de que a Sonsoles le diese tiempo a reaccionar.

—Vaya… un adorno peculiar.

Alzó en el aire el cordel del que pendía la concha azul.

Sonsoles había estado tan pendiente por seguir todas y cada una de las indicaciones de Merche que no se había percatado de que el niño la llevaba puesta.

—¡Toño! ¿¡De dónde la has sacado!? —preguntó, con un enfado desproporcionado cuya razón no comprendió ninguno de los presentes.

—Estaba en el cajón —titubeó Toño.

Normalmente, cuando le reprendían sabía por qué, pero en esa ocasión la ira de su cálida y comprensiva tía, que incluso cuando le regañaba lo hacía con cariño, le desconcertó.

—¡No puedes coger las cosas de los demás sin permiso! ¿Entiendes? —Trató de suavizar el tono al ver que los ojos del muchacho se humedecían. En el fondo era culpa suya. Había olvidado por completo que había guardado la joya junto a la cruz de Rocío—. La próxima vez que quieras jugar con algo pregúntamelo, ¿de acuerdo?

El niño asintió, amedrentado. Por su parte, y una vez concluida la regañina, Tobias Brahe se puso en pie, haciendo que Sonsoles y Antonio le imitasen por puro reflejo.

—Aún tengo que ultimar detalles de la actuación del coro, así que, si me disculpan, me temo que debo retirarme.

—Claro…, claro —respondió Antonio.

Iba a acompañarle hasta la salida, pero el maestro se giró hacia Sonsoles.

—¿Le importa si le hago una pregunta más? Una que solo una madre podría responder. Descuide, doña Merche me hizo partícipe de su situación hace algún tiempo —se apresuró a aclarar—. ¿Le parece bien?

Asintió con la cabeza y le siguió hasta el rellano, lejos de los oídos de los dos hombres de la casa. La calidez de Brahe se desvaneció en cuanto estuvieron a solas, sustituida por una actitud altiva y glaciar.

—¿Planeaba regalarle esa joya a su esposo? —preguntó, directo al grano.

Tanto que la pilló por sorpresa.

—¿Có… cómo? No… jamás.

—¿Jamás? Entonces, el señorito Daniel… ¿Son ustedes cercanos?

Sonsoles apretó los dientes. Empezaba a estar harta de la facilidad con que otros hombres asumían que había caído rendida en brazos del señorito Daniel solo porque él era un varón rico y ella una mujer humilde.

—No sé qué trata de insinuar, pero se equivoca —le cortó.

—Y, sin embargo, le acompaña a todas sus fiestas, ¿no es cierto? —El estómago de Sonsoles se encogió y no fue capaz de negarlo—. No estaba segura de si era usted, pero, a juzgar por su reacción, he dado en el blanco. No se inquiete, no me interesan los asuntos de los Vargas.

—¿Qué pretende entonces? ¿Esa era la pregunta que tenía que hacerme?

—Sonsoles. ¿Puedo llamarla por su nombre? Llegué hace muchos años a este pueblo persiguiendo una leyenda. La música es mi vida entera, ¿y qué hay más hermoso que el canto de una sirena? Algo me dice que usted las ha escuchado de cerca. Oda Lund, su buena amiga… Me gustaría reunirme con ella.

Sonsoles apretó los puños al notar que la sangre empezaba a bullir de rabia en sus venas. Así que de eso se trataba. Otro hombre codicioso que ansiaba lo que no le pertenecía.

—¿Qué quiere de ella?

—Sabe quién es su madre, ¿verdad? Inge Lund tenía una voz prodigiosa, fueron muchos los compositores que le rogaron para que cantase sus canciones, pero a ella no le interesaba, prefería actuar. Solo me preguntaba si… Oda se parece a ella. ¿La ha escuchado usted cantar? Los marineros de antaño juraban que se oían voces hermosísimas que provenían de Rocablanca. Y usted, que según parece es tan cercana a sus pobladoras, debería saber si es cierto. ¿Ha estado en la laguna de las sirenas? Cuentan que el agua es tan azul como el color de esas conchas tan hermosas.

Su rabia se diluyó a causa de la confusión. ¿No era la belleza de la danesa lo que le interesaba, sino su conexión con las sirenas de Rocablanca?

—Me temo que confunde usted la realidad con los cuentos de niños. Ignoro si Oda canta o no, y tampoco sé dónde se encuentran ni ella ni esa laguna que dice —mintió.

La decepción fue evidente en su gesto, que se ensombreció ante las noticias.

—Parecían ustedes unidas en el Costa de Sal, supongo que he debido de equivocarme. Es una lástima. —La encantadora jovialidad

con la que embaucaba a todas las madres de Fontanada regresó—. En ese caso espero que tenga una buena tarde. Y gracias por el aperitivo.

Se marchó tras despedirse con un asentimiento de cabeza y Sonsoles no bajó la guardia hasta que sus pisadas se alejaron escaleras abajo. ¿Quién era ese hombre en realidad y qué sabía de las conchas azules y de las sirenas? Fuera como fuese, estaba muy equivocado con Oda si andaba en busca de sirenas. De hecho, acababa de estar ante una, que había arrebatado una vida, que había sobrevivido a la laguna azul, y no la había podido reconocer. Entró de nuevo en casa y Toño le dirigió una mirada de cachorrillo arrepentido.

—No vuelvas a jugar con esa pulsera, ¿de acuerdo? Es peligroso.

Tendió la mano hacia él para que se la devolviese, y el niño negó con la cabeza para afirmar su inocencia.

—No sé dónde está.

—Toño…

—¡Lo digo en serio!

Un mal presentimiento se le agarró al pecho. ¿Acaso recordaba que Tobias Brahe le hubiera devuelto la concha azul? Levantó todos los platos y las copas de la mesa, se agachó para buscar debajo del sofá, preguntó a Antonio si sabía dónde estaba el abalorio y luego se pasó media tarde dedicada a su búsqueda, pero no halló rastro alguno de la pulsera que casi le había costado la vida obtener. Su invitado se la había llevado.

47

La función escolar del instituto de Fontanada ponía el broche final a un largo y extraño verano, por lo que los vecinos la esperaban con más ganas de lo habitual. Cuando llegó el día señalado, la mayoría de la ciudad había asumido ya que o bien Daniel Vargas era un asesino, o que el verdadero culpable de los crímenes que habían atemorizado a la pequeña ciudad, quizá alguna de esas horribles sirenas, se había amedrentado. Así que, después de semanas encerrados en sus casas, cualquier excusa era buena para salir a celebrar. Tal y como estaba previsto, las parroquianas de la peluquería de Merche habían acudido en masa al evento, algunas porque tenían hijos o sobrinos que asistían a la escuela, pero la mayoría simplemente porque no querían perderse el acontecimiento social.

—¡Sonsolitas! ¡Por aquí! —la llamó Merche mientras agitaba una mano en el aire.

Les había reservado tres sitios en la parte trasera del salón de actos. Avanzaron entre el gentío, admirando el amplio espacio, que parecía más apropiado para una iglesia que para un instituto. Unas coloridas vidrieras que retrataban a los santos evangelistas decoraban los ventanales, mientras un despliegue de bancos de

madera se extendía desde el escenario, oculto tras una tela aterciopelada de color granate.

—¿Cómo fue con don Tobias? —preguntó la peluquera tan pronto como se acomodaron en sus asientos.

—Bien, bien… —aseguró Sonsoles, para tratar de disimular que se le encogía el estómago cada vez que oía su nombre y recordaba la perturbadora conversación que había mantenido con él—. Dijo que haría lo que estuviese en su mano para reservarle una plaza.

—Estupendo, qué gran noticia. Fíjate bien, Toñito. Si superas la prueba, estudiarás aquí el curso que viene. Y puede que también te subas a este escenario.

—Si vengo a este instituto, ¿tendré que cantar? —preguntó el niño con una mueca que dejaba claro su disgusto, un gesto que sacó una risotada a las vecinas, que encontraban al pequeño de lo más entrañable.

La diversión se extinguió enseguida en cuanto un silencio, seguido de un murmullo indiscreto como el zumbido de un avispero, invadió el salón de actos. Los Vargas acababan de llegar. Su matriarca, al frente, avanzaba con la cabeza bien alta, seguida de su hija y su cuñado. Alba se apoyaba sobre el brazo de su esposo, que parecía disfrutar del escarnio público dirigido a su suegra, de la mezcla entre recelo y pena con la que todos los presentes la observaban. Los fontanadinos llevaban décadas agachando la cabeza a su paso y, aunque fingiesen compadecerse de ellos, en el fondo, sentían cierta satisfacción al comprobar que, por muchas riquezas y poder que acumulasen, no eran mejores que ellos.

Los Vargas se acomodaron en la primera fila después de saludar al alcalde como si fuese un día cualquiera. La función escolar era

uno de los pocos acontecimientos, junto con las procesiones de Semana Santa, que lograba reunir en un mismo espacio a todos los vecinos sin importar la clase social a la que pertenecieran. Eso no significaba que las diferencias entre señoritos y jornaleros desapareciesen. Ni mucho menos.

—Qué sangre fría… —comentó Amparo—. Se rumorea que su hijo ha matado al del alcalde y se planta a su lado como si nada.

—Pues igual por eso no deberíamos creer todo lo que se dice por ahí —reprochó Silvia a su madre—. Si de verdad fuesen así las cosas, ¿no se habrían encerrado en casa de la vergüenza?

Merche chasqueó la lengua contra los dientes a la vez que negaba con la cabeza.

—La señora ha tenido muy mala suerte con sus hijos. El mayor murió joven, la mediana es enfermiza y al tercero no ha habido forma de meterle en vereda.

—Eso es porque su padre nunca le levantaba la mano, ni siquiera cuando necesitaba un buen regaño. Si no, otro gallo cantaría —sentenció Amparo—. Mi cuñada sirvió en la casa cuando los hijos eran jóvenes y siempre contaba que don Carlos castigaba a la niña en lugar de sus hermanos para que estos se portasen mejor. Imagínate qué crueldad… Pero está claro que así no aprendieron nada y que la niña se quedó medio boba.

—¡Amparo! —Merche le dio un golpecito en el brazo para mandarla callar—. Como alguien te oiga…

—¿Y qué? Todo el mundo aquí está hablando de ellos. ¿O no?

Y no le faltaba razón. Sonsoles escuchaba en silencio todos los rumores y los reproches que los fontanadinos llevaban años guardándose para sí. Sin embargo, y contra todo pronóstico, la

familia más poderosa de la ciudad pasó a un segundo plano cuando llegaron las invitadas más inesperadas. Todos los asientos estaban ya ocupados en el preciso momento en que Victoria y las sirenas entraron al salón.

—¿Qué se les ha perdido a esas aquí? —maldijo Merche, lo bastante alto para que las aludidas pudiesen oírlo.

Estaban acostumbradas a recibir toda clase de comentarios mezquinos y hasta insultos, así que no se inmutaron, aunque todo el mundo se hubiese girado para mirarlas. Se acomodaron en el fondo de la estancia, de pie y sin un ápice del pudor que se exigía a las mujeres de su condición. Su descaro escoció aún más entre la gente que el de la señora de Vargas.

Sonsoles sonrió de oreja a oreja, igual que cuando era una chiquilla, al distinguir la melena rubia de Oda, que ahora lucía más salvaje. En lugar de su volumen habitual, perfectamente calculado mediante rulos, el pelo le caía ondulado y algo encrespado en torno a su rostro, aún más moreno que cuando decidió quedarse en la isla. Tuvo que contenerse para no ponerse en pie y correr en su dirección. Había tratado de no pensar demasiado en la danesa; sin embargo, cada vez que su mente le daba un respiro sobre las conchas, la daga, los asesinatos y la detención del señorito Daniel, su imaginación revoloteaba hacia Oda sin que pudiese evitarlo. Ella también la vio y respondió a su sonrisa saludando con la mano, sin ni siquiera molestarse en disimular. Merche se percató del gesto y siguió la mirada de la extranjera que tanto detestaba hasta ella.

—Más te vale no juntarte con mujerzuelas de esa clase, niña. Sé que habrás tenido que tragarla cuando era novia del señorito, pero que no parezca que apruebas su conducta.

—¿Qué es lo que ha hecho tan malo? —La pregunta surgió de ella como si las palabras tuviesen vida propia—. A lo mejor solo han venido a mostrarnos que son vecinas de Fontanada como cualquier otro.

Merche le clavó los ojos igual que si acabase de escupir en la tumba de alguno de sus ancestros, una mirada que se fue cargando poco a poco con el mismo odio que profesaba a las forasteras de Rocablanca.

—Antonio, deberías cuidar que no se le llene de pájaros la cabeza por pasar tanto tiempo fuera de la casa. Esta esposa tuya es demasiado buena y piensa bien de quienes no lo merecen.

Sonsoles se obligó a guardar silencio para no enturbiar más las aguas. Aun así, se volvió a girar hacia las sirenas, y esa vez fue a Victoria a quien encontraron sus ojos. La mujer asintió al verla, en un gesto de agradecimiento por haberle hablado de Salva y de su actuación de ese día. Sonrió. Puede que siguiesen condenándolas por su mera existencia, pero Victoria se merecía al menos poder escuchar a su hijo cantar.

Al cabo de un par de minutos, el director del colegio, un cura con la mayor parte de la cabeza despoblada y canas en los débiles cabellos que asomaban aquí y allá, les dio la bienvenida, seguida de una breve arenga sobre los valores de la escuela (rectitud, esfuerzo, templanza y amor a Dios y a la patria) antes de presentar la primera actuación, la de la orquesta formada por alumnos de todos los cursos. Sonsoles solo había oído tocar esa clase de música al violinista del Costa de Sal, así que no podía juzgar el talento de los muchachos que interpretaban una pieza de música clásica, pero el sonido, aunque agradable y rítmico, no logró erizarle la piel como el

de las caracolas que las sirenas habían tocado aquella noche de luna llena.

—¿Cuándo le toca a Salva? —quiso saber su sobrino, tras deleitarlos con un sonoro bostezo.

Ver a su amigo y lucir sus disfraces de pirata a juego eran las únicas razones por las que había accedido a que le arrastrasen hasta el instituto en un día de vacaciones.

Antonio le hizo un gesto para que guardase silencio y el inquieto niño obedeció de mala gana.

Después de la orquesta salió al escenario una agrupación de teatro que interpretó una versión del cuento «El marinero y la estrella». La última actuación era la del coro.

—Mira… Ahí está Salva.

Sonsoles señaló hacia el escenario cuando los niños cantores salieron de entre bastidores.

Junto a los más pequeños, que ocuparon la primera fila, estaba Salva con su disfraz de pirata. A su alrededor había otros bucaneros, pescadores y príncipes. La emoción que sintió al ver al pequeño empalideció cuando Tobias Brahe salió tras sus alumnos y se dirigió al público:

—Para concluir con la función de este año, el coro interpretará varias piezas. Comenzaremos con una canción de cuna que seguro que todos ustedes conocen: «Mareta».

Les dio la espalda a los espectadores y alzó las manos para dirigir al coro. Cuando lo hizo, Sonsoles se tensó en su asiento al ver el amuleto que le colgaba de la muñeca. Era la misma concha azul que le había robado a ella. Sonsoles miró a su alrededor, nerviosa. Si

ella, que estaba en las últimas filas lo había podido distinguir, ni mucho menos sería la única en reparar en el peculiar abalorio.

Aunque tal vez nadie le estuviese prestando tanta atención al hombre como ella.

En cuanto los niños empezaron a cantar, pudo sentir la emoción colectiva. Las voces de los alumnos de los últimos cursos, más graves y maduras, se entretejían con el angelical cantar de los más chicos para dar forma a una melodía que todos los que habían nacido en Fontanada asociaban a su niñez y a su madre. Aunque Sonsoles la escuchaba por primera vez, la dulzura con que interpretaban la canción de cuna sus hermosas voces logró ponerle el vello de punta.

Mareta, mareta,
anit vaig somiar
que una nineta
em vares comprar.
La nina tenia
bonicos els ulls,
la cara molt fina
i els cabells molt rulls.

I jo la tenia
i jo li cantava:
la nina plorava
que tenia son…

Aunque el régimen no permitiese hablar el valenciano ni ninguna otra de las lenguas de antaño, aquella melodía estaba tan arraigada en la sangre de los fontanadinos que incluso el alcalde estaba dispuesto a mirar hacia otro lado. «Mamá, mamá, anoche soñé que me compraste una muñeca. Tenía los ojos bonitos, la cara muy fina y los cabellos muy rizados. Y yo la tenía. Y yo le cantaba. La muñeca lloraba que tenía sueño…».

Se hizo un suave silencio y, justo cuando parecía que la canción había concluido, una voz nítida y dulce se alzó. El solo de Salva fue breve, pues enseguida se le sumaron sus compañeros uno a uno, pero su candor y transparencia, como la del rumor de los pájaros en un claro del bosque o el cariño de una madre que te arropa con su propia chaqueta, la estremecieron. Miró atrás y descubrió que no era la única que sentía lo mismo. Victoria se cubría los ojos empapados por las lágrimas y sus hermanas sirenas trataban de reconfortarla. En su llanto convivía la pena de la pérdida con la gratitud y el amor más profundo. Al contrario que la mayoría de las madres allí presentes, ella nunca había tenido la oportunidad de cantarle a su bebé aquella nana.

Interpretaron varias canciones más, himnos de corte religioso y solemne. Cuando la actuación llegó a su fin y los niños y adolescentes del coro abandonaron el escenario, el director de la escuela volvió a salir para dar un discurso de cierre al que el público cautivo prestó la atención justa. En cuanto dio el acto por concluido, la multitud comenzó a hablar y a moverse con entusiasmo. Las sirenas fueron las primeras en marcharse, Oda incluida. La danesa la miró antes de salir y le hizo un gesto con la cabeza señalando hacia la derecha, donde estaba el patio de recreo de los niños. Quería

hablar con ella. El corazón le dio un vuelco de felicidad, pero enseguida le recordaron que tenía otros muchos frentes abiertos que atender.

—Los alumnos del señor Brahe son los más aventajados, ¿no es cierto? No tienen nada que envidiarles a los niños cantores de Viena —comentaba Merche a sus parroquianas.

—¿Puedo saludar a Salva? —preguntó Toño.

—Creo que hoy no, corazón —admitió apenada.

Siguieron al gentío como si fuera la corriente de un río hasta llegar a la salida del salón de actos.

—¡Pero si le he traído mis tebeos! Prometí que se los prestaría.

El niño alzó la camisa de pirata con disimulo y le mostró un par de cómics que había escondido debajo de la ropa.

—Habrase visto. Ni al diablo hay que vigilarlo con tanto ojo como a ti.

Mientras avanzaban pasito a paso, Sonsoles se puso de puntillas para ver si las sirenas seguían por allí y vio a Oda apoyada contra una de las paredes de piedra de la escuela. La joven desapareció de nuevo de su vista tras cruzar el umbral que conducía a las aulas. Se giró hacia su marido.

—Antonio… he olvidado que tenía algo que hablar con la patrona. ¿Te importa salir con el niño y esperarme fuera un momento?

El hombre, que disfrutaba poco de las multitudes, asintió. De todos modos, les tomaría unos cuantos minutos llegar al exterior a la pausada velocidad a la que avanzaban.

Sonsoles se desvió de su camino tras asegurarse de que nadie la observaba y siguió los pasos de Oda hasta llegar a los solitarios pasillos de la escuela, que en cuestión de días se llenarían de niños y

adolescentes pletóricos de energía. Pero esa mañana, ella era la única que los recorría, y el eco de sus zapatos resonaba hasta el final del corredor.

—¿Oda? —llamó en un murmullo, que también retumbó por las paredes.

Se sobrecogió al oír su propia voz, así que siguió avanzando en silencio, asomándose de vez en cuando a las aulas en busca de la danesa. Al pasar por delante de una de las puertas, una mano la agarró de la muñeca y tiró de ella hacia lo que parecía un laboratorio de ciencias, equipado con probetas, tubos de ensayo, microscopios, placas Petri y un enorme modelo del esqueleto humano en una esquina del aula.

—¡Oda! —exclamó. Se tapó la boca al darse cuenta de que había gritado su nombre.

La aludida rio divertida y tiró de ella un poco más para estrecharla entre sus brazos. Sonsoles enterró la cabeza en sus cabellos y trató de llenarse de ella cuanto pudiese. No solo había cambiado su aspecto, también su olor poseía nuevos matices, más salados y musgosos, como la arena que oscila entre la humedad del agua y el calor del mediodía.

—Hueles a sol… —susurró.

—¿Huelo a ti?

—No… —Sonrió tímidamente y sus mejillas se sonrojaron como si fuese la primera vez que se miraban a los ojos—. Hueles a playa, a hoguera nocturna y a viento.

—No está nada mal… pero preferiría oler a ti.

Sonsoles no pudo soportarlo más. Se puso de puntillas para acunar su rostro y besar sus labios, tal y como había fantaseado un

millar de veces desde que se separaron. Oda le devolvió el beso con la misma entrega. La empujó con cuidado, guiándola hasta que su cuerpo chocó contra la pizarra del aula. El deseo la quemaba con tanta voracidad que quiso suplicarle que la tomara allí mismo, que la abrasase con los rayos de sol que había tomado prestados de Rocablanca hasta derretirla, pero el temor a ser descubiertas hizo que le apoyase la mano en el hombro para alejarla con cautela. El gesto de poner distancia entre ambas le causó dolor físico.

—Aquí no… —dijo entre dos bocanadas de aire mientras trataba de recuperar el aliento. El corazón le latía tan fuerte que notaba sus pulsaciones en los oídos y en el rostro—. Cuéntame cómo te ha ido en el islote.

Oda le tomó la mano izquierda y la llevó hasta sus labios para besarla lentamente, una y otra vez hasta llegar a la base de su muñeca, donde sus venas verdosas asomaban bajo su piel cada vez más pálida desde que trabajaba en el palacete. Después la dejó ir con un suspiro resignado.

—Tenemos poco tiempo, ¿de verdad quieres usarlo en hablar?

—¿Poco tiempo? ¿Es que te marchas otra vez? —preguntó, y el corazón que hasta hacía un segundo se henchía con ímpetu se encogió hasta oprimirle el pecho.

—No estoy segura. Oh, Sol… Pensaba que por fin comprendería a mi madre, pero en lugar de eso estoy aprendiendo tanto sobre mí misma, sobre todo lo que soy capaz de hacer con mis propias manos.

Las alzó ante ella, a modo de evidencia, y Sonsoles reprimió el impulso de mordérselas, como un gato que no sabe refrenar su

amor. Entonces reparó en los pequeños cortes, en los callos recientes y en las rozaduras.

—Siempre me ha dado miedo que mi belleza fuese lo único que podía ofrecer, como una triste versión de mi madre sin talento alguno, pero en la isla mi cuerpo sirve para trabajar, no solo para que lo observen. He reparado redes, he limpiado pescado que luego he guisado, he remendado vestidos y barrido con una escoba, incluso te he hecho esto.

Se llevó las manos al cuello para quitarse un collar hecho con caracolas anaranjadas y pequeñas piedras de colores que parecían de cristal. Le pasó el colgante por la cabeza y cuando cayó sobre su pecho sintió el calor de la piel de Oda a través de los abalorios. Ella la ayudó a sacarse el pelo con cuidado, fuera de la joya, y luego retrocedió para admirar su propia creación.

—¿Te gusta? —preguntó, y ella asintió.

Sonsoles recorrió los cristales extraídos del mar con los dedos. Era hermoso. Aunque Oda se equivocaba en algo, y es que su belleza, y la que era capaz de crear, eran muy valiosas.

—¿De verdad que es el primero que haces? Se te da bien.

—¿Sí? Podría volver a Dinamarca y usar mis ahorros para abrir un taller de joyas o de cerámica, o una tienda de ropa… Siempre me han dicho que tengo buen gusto, y estoy cansada de que me mangoneen. No volveré a ser la muñequita de nadie. ¿Te gustaría ayudarme?

—No te burles de mí… ¿En qué iba a ayudarte yo? —bromeó, creyendo que se trataba de otra de las fantasías impulsivas de Oda, como la de llevarla a comer ostras y rosbif a su restaurante favorito de Londres.

Sin embargo, el tono de voz y el gesto de la danesa se llenaron de gravedad.

—Llevar un negocio conlleva mucho trabajo y tomar un sinfín de decisiones. Tengo la cabeza siempre en las nubes, Sol; me hará falta que alguien me mantenga los pies en el suelo. Y empleados. Necesitaré un montón de empleados. No podré pagarte mucho al principio, pero puedo ofrecerte techo y comida.

—¿Comida? Olvidas que he visto la nevera de tu casa, así que lo dudo mucho…

—Sol. —Oda le apretó las manos y la miró fijamente con sus iris del color del cielo—. Hablo muy en serio. Le he estado dando muchas vueltas a mi futuro estos días y me he dado cuenta de que estoy cansada de huir de mis raíces. No sé si podré ganarme la vida con mis manos en lugar de con mi rostro, pero quiero intentarlo. ¿Vendrías conmigo? Copenhague es una ciudad gris pero acogedora. Creo que te acabarás encariñando con ella, igual que conmigo. Y si nos aburrimos, siempre podemos irnos de viaje.

Se quedó sin palabras. Nunca se había atrevido a soñar con un porvenir junto a Oda, no solo por las responsabilidades que la ataban a Fontanada, sino porque creía que la danesa acabaría por cansarse de ella, que otra mujer, u hombre, más hermoso, más divertido y más cultivado acabaría por llamar su atención y a ella la dejaría atrás como había hecho con Daniel. No se atrevió a ser codiciosa; cobijar una vana esperanza la habría destrozado poco a poco, pero saber que ese mañana era posible le resultó aún más doloroso. Porque ese sueño resplandeciente solo podía existir lejos de todo cuanto había conocido hasta ese momento: su idioma, su familia, incluso su nombre. Ya había dejado atrás su tierra, pero al

menos parecía que el cielo era el mismo. Había oído hablar de esos países nórdicos en los que las nubes ocultaban el sol con empeño, ¿de verdad podría ser feliz tan lejos de su mundo?

La danesa notó sus dudas y dio un paso atrás.

—No tienes que decidirlo ahora, pero piénsalo. Por favor.

—Soy una mujer casada…

Le puso un dedo sobre los labios para hacerla callar.

—No. No lo digas. No pienso oír eso, no lo aceptaré. No perteneces a ese hombre. Si me rechazas, que sea porque prefieres otro camino, no por tu deber de esposa.

—Oda…

La idea de que, entre todas las mujeres y hombres del mundo, ella pudiese siquiera rechazar a Oda Lund hizo que le entrasen ganas de reír de la incredulidad y la frustración. Quiso explicarle que en realidad sí pertenecía a su marido, que, según la ley, su vida no podía desligarse de la del hombre que estaba a su cargo, que en la mano de él estaba decidir si Sonsoles podía trabajar, conducir o sacar dinero de su cuenta en el banco para comprar en el mercado. Estaba buscando las palabras exactas cuando el pomo de la puerta comenzó a temblar. El aviso les concedió el tiempo justo para separarse antes de que Tobias Brahe entrase en el aula.

—Me pareció oír voces. ¿Está usted explorando la escuela? —Se dirigió a Sonsoles como si no le hubiese robado en su propia casa unos días antes—. ¿Qué le parece? ¿Le gustará a su sobrino estudiar Química aquí? —Extendió los brazos.

—Seguro que sí. En realidad, ya nos íbamos.

Trató de dirigirse hacia la salida, pero Brahe no se movió un solo paso para permitirle pasar.

—¿Quiere algo? —preguntó Oda en tono amenazante.

—Oh, no, no era mi intención molestar, es solo que la señora de Rodríguez tiene más interés en las sirenas de lo que pensaba.

«Señora de Rodríguez»: el recordatorio de su estado civil, junto con su tono mordaz, hicieron que se encogiese, pero Oda no se achantó.

—Usted también tiene más interés en los espectáculos del Costa de Sal de lo que uno esperaría de un maestro de escuela. ¿El director aprueba sus gustos?

El hombre rio.

—Sé que es inusual, pero, verás, tenía ganas de conocerte. Me quedé con la duda… de si esa cola llena de escamas es real. —Alzó la mano en el aire, para imitar la forma arqueada de un cuerpo de sirena, y la concha azul titiló en el aire.

—No debería ponerse esa pulsera.

Sonsoles no deseaba cargar con otra muerte en su conciencia, pero la forma en que el hombre miraba a Oda, igual que un perro que aguarda a que su amo le permita devorar un trozo de carne, la asqueó e hizo que su advertencia sonara como una amenaza.

—¿Por qué? ¿Me volveré azul como el bebé del cuento? ¿O es que está maldita?

—Sí —respondió Sonsoles, y disfrutó del fugaz momento de pánico en sus ojos—. Sí lo está. Solo trae la desdicha a quienes la llevan.

Brahe carraspeó la garganta, tratando de recuperar la compostura.

—Solo lo creeré cuando vea la laguna azul con mis propios ojos.

—Entonces crea lo que quiera, porque no existe tal lugar.

Brahe examinó su rostro buscando algún leve gesto, un temblor de labios, una nariz que aleteaba, que revelase su mentira. El hombre no sabía que Sonsoles se había convertido en una excelente mentirosa.

—Mi compatriota viajó hasta aquí y vio algo digno de recordar, tanto que le dedicó un relato entero. Solo quiero seguir sus pasos, escuchar el canto de las sirenas, beber el agua de su laguna. Si compartís ese mundo tan extraordinario conmigo, podemos llegar a ser amigos. Y os conviene tenerme como aliado. Mi palabra vale mucho en este pueblo, un solo comentario mío podría ponerlos de vuestra parte o en vuestra contra.

La amenaza hizo que Sonsoles se encogiese. Lo que opinasen de ella en esa ciudad repleta de hipocresía cada día le importaba menos, pero un niño de campo que quisiese superar la prueba de acceso y conseguir una plaza de bachillerato necesitaba un padrino.

—¿Y bien? ¿Qué le parece? Yo hablo a favor de su sobrino en el claustro del instituto, y usted habla bien de mí a las sirenas.

—Si quiere beber agua de la laguna… quizá le lleve a la isla yo misma —respondió Oda.

Solo ellas sabían lo que un trago conllevaba para quienes no estaban acostumbrados: una muerte casi segura.

Sonsoles se aclaró la garganta y trató de buscar una vía de escape.

—Me temo que pasa demasiado tiempo entre niños, señor Brahe. Empieza a creerse los cuentos infantiles. Y, dicho esto, si no le importa, debo reunirme con mi familia.

Avanzó con tal determinación que al hombre no le quedó otra opción que dejarle paso.

Tan pronto como Sonsoles puso un pie en el pasillo, distinguió una voz que se acercaba, aguda e inquieta.

—¡Salva! ¡Salvador! ¡Salva! Maldito niño… ¡Salva! —Alba Vargas corría por el pasillo, con mucha más agilidad y rapidez de lo que cabría esperar en una mujer tan enfermiza como ella—. ¡Ah! Si es la nana, ¿está el crío contigo? —Se sobresaltó al ver que no estaba sola, pero enseguida avanzó hacia el peculiar grupo—. Jesús… ¿Qué hacéis ahí a oscuras? Da lo mismo… ¿Habéis visto a Salva? No aparece por ningún lado. Teníamos la esperanza de que estuviese con usted, señor Brahe.

El maestro negó con la cabeza.

—Despedí a todos los niños hace un rato. ¿Y usted? —preguntó, dirigiéndose a Sonsoles.

—Yo tampoco le he visto, es mi día libre. Aunque quizá esté con Toño —recordó el empeño de su sobrino por ver a su amigo.

Su observación pareció tranquilizar a todos los presentes, aunque el halo de inquietud no se desvaneció del todo. A pesar de que acabasen de tener una tensa discusión hacía unos segundos, todos la siguieron hasta la entrada de la escuela, donde había quedado con Antonio. Al llegar allí solo encontraron a unos cuantos vecinos de la Albufera y a un aburrido Toño, que se colgaba de las vallas de metal del instituto para entretenerse. Sonsoles se acercó a su sobrino mientras los demás la observaban en silencio.

—Toñito, ¿has estado con Salva? ¿Le has dado ese tebeo que llevabas?

El niño negó con la cabeza.

—Padre no me ha dejado entrar otra vez y Salva no ha salido.

Alba se llevó la mano al pecho de puro agobio al escuchar la respuesta del pequeño y susurró algo así como «me va a matar», que tanto podía referirse a su madre como a su esposo. Se apresuró a dar la voz de alarma y, en cuestión de minutos, todos los fontanadinos que seguían en los alrededores de la escuela se dispusieron a buscar al heredero de los Vargas. Sonsoles recorrió las aulas junto a Oda, sin encontrar rastro alguno del pequeño. Al cabo de un buen rato salieron al patio, donde se reunían los vecinos, conmocionados y frustrados. Nadie había tenido éxito en su búsqueda. Alba sostenía a su madre, aunque, incluso en mitad del pánico, la señora de Vargas se esforzaba en mantener la compostura. No podía decirse lo mismo del teniente coronel, que instaba a todos sus agentes a barrer la zona inmediatamente.

—¡Vamos! ¡Vamos! El niño tiene que aparecer ya, me cago en la leche. ¡Espabilad! —exclamó, dando órdenes aquí y allá.

Los vecinos debían de creer que estaban ante un padre preocupado al borde del pánico, pero Sonsoles sabía la verdad. Arias temía que, después de una década esperando paciente el momento oportuno, acabase de perder la llave que le otorgaba poder sobre la familia Vargas.

Las teorías y los temores de los presentes comenzaron a propagarse entre murmullos. ¿Y si el niño no se había perdido? ¿Y si había sido el asesino? ¿Acaso después del hijo del alcalde era el turno del heredero de las salinas? En mitad del incipiente caos, Amparo entró corriendo en el patio, casi sin aliento, seguida de su hija. Al principio nadie les prestó demasiada atención en mitad del revuelo, pero la mujer alzó la voz y provocó una onda expansiva de silencio a su alrededor.

—Hemos venido en cuanto nos hemos enterado de lo que ha pasado —anunció la hija.

Amparo no perdió un solo segundo y fue directa al grano:

—¡Yo lo he visto! ¡He visto al niño!

—¿Dónde? ¿Dónde está? —espetó Arias, después de abrirse paso hasta ellas a empujones.

Su brusquedad hizo titubear a la única testigo que había aparecido.

—No… no sé dónde se han ido. Pensé… Di por hecho que se trataba de una nueva niñera. Iba de su mano.

Arias la agarró por los hombros.

—¿Quién era? ¿Viste su rostro? ¿Sabes quién era?

—No… no estoy segura. Aunque tenía el pelo negro, eso sí. Lo llevaba suelto y muy largo. Pero estaba casi de espaldas. Solo se giró para ponerle un collar al niño, y el pelo le cubría la cara, así que no la vi bien.

—¿Un collar?

—Sí…, uno de esos collares de conchas que las sirenas venden en la playa.

«Victoria», comprendió Sonsoles. La mujer encajaba a la perfección en la descripción de Amparo y ella no sería la única en darse cuenta de ello. Habían sido las sirenas. Habían secuestrado al niño. El murmullo se tornó un estruendo y todos los fontanadinos maldijeron al unísono a esas condenadas mujeres.

—Ya se sabía que acabarían dando problemas.

—Se veía venir.

—Hay que hacer algo antes de que sea demasiado tarde.

—Habría que encerrarlas a todas.

—Son un peligro para la sociedad.

—¡Vayamos a por ellas!

Era cuestión de tiempo que las palabras repletas de odio se convirtiesen en actos y, cuando eso ocurriese, no sería un espectáculo agradable de presenciar.

—Ponte a salvo antes de que te señalen a ti también. Yo… tengo que irme —susurró al oído de Oda, y, sin pensárselo dos veces, se escabulló aprovechando la confusión y se marchó corriendo en dirección al embarcadero.

Tenía que advertir a las sirenas, llegar hasta ellas antes de que lo hiciesen la Guardia Civil o los vecinos.

48

Las sirenas recorrían el paseo marítimo, de vuelta a su velero, cuando las encontró. Aunque quizá no debería haberlas detenido, sino haber dejado que se marchasen ajenas al revuelo y al resquemor que estaba conquistando la ciudad.

—¡Victoria! —la llamó, casi sin aliento por la carrera.

Al verla llegar, su líder sonrió, pletórica de felicidad.

—Sonsoles… Quería hablar contigo para darte las gracias. Pero te habría puesto en el punto de mira de todos esos prejuiciosos sin nada mejor que hacer que maldecirnos.

—Sí… Vaya forma de mirarnos, como si fuésemos la reencarnación de Jezabel. ¿Piensan que no nos damos cuenta o lo hacen a propósito? —maldijo Paz.

Recorrió al grupo con la mirada. Estaban demasiado tranquilas y alegres. Su actitud no encajaba con la de alguien que acababa de raptar a un niño a escondidas. Y lo más evidente de todo: no había ni rastro del pequeño.

—Salva… ¿no está contigo?

La alegría se esfumó de su rostro, sustituida por una sombra de preocupación que se tornó cada vez más densa.

—¿Salva? No, claro que no. Ni siquiera me he acercado a él. ¿Por qué me preguntas algo así?

—Ha… Ha desaparecido. Y vieron cómo se marchaba con una mujer de cabello moreno. Pensé que serías tú.

Igual que, a esas alturas, habría hecho ya toda la ciudad.

—¿Alguien trata de incriminarte? —preguntó Paz a su líder, con actitud defensiva.

Dolores intervino para apaciguar su ira.

—La mayoría de las mujeres de esta ciudad tienen la melena oscura. Pero sí… sospecharán de nosotras, como de costumbre. Debemos irnos cuanto antes.

Sus acompañantes se dispusieron a seguir su camino hacia el velero, pero Victoria se negó a dar un solo paso.

—No.

Las sirenas la observaron en silencio, sin llegar a entender del todo sus órdenes y a la vez sin atreverse a desafiarla. Sonsoles sí pudo adivinar las emociones y los pensamientos que le pasaban por el cuerpo y por la mente. Su verdadero temor no se concentraba en lo que los agentes del orden o la muchedumbre enfurecida pudiesen hacerle, sino en el paradero del pequeño. Solo había reunido la fuerza de voluntad suficiente para marcharse sin abrazar a su hijo, sin pedirle perdón por haberle dejado atrás, porque pensaba que, al ser un Vargas, estaría mejor sin conocer su verdadera y triste historia. Pero ahora, quizá por el linaje al que pertenecía, alguien se lo había llevado.

—Si nos vamos, centrarán sus esfuerzos en atraparnos. Tienen que encontrar a Salva: esa debe ser su única preocupación. Por eso voy a entregarme.

—¿Encontrarlo? ¿Esos inútiles? —refunfuñó Paz—. Será mejor que huyamos y que lo busquemos nosotras mismas.

—Victoria está en lo cierto. No podremos dar un solo paso por esta ciudad, así que ¿cómo íbamos a buscarlo? —Dolores se reunió junto a ella y le acarició la espalda con cariño—. Permite que te acompañemos.

—Os lo tomaréis como un insulto si os pido que os marchéis, ¿verdad? —preguntó Victoria. Las mujeres asintieron sin discrepancia—. En ese caso está decidido.

—Ya se acercan —susurró Celia mientras tomaba la mano de Paz en busca de protección.

El bullicio se escuchaba a varias calles de distancia. La sirena del coche de la Guardia Civil apenas se distinguía sobre los gritos de la marabunta, que exigía que se reinstaurasen, de una vez por todas, la justicia y el orden en su afable ciudad junto al mar. Las culpables debían pagar por sus crímenes. Solo así podrían volver a vivir tranquilos.

Victoria la buscó con la mirada y Sonsoles halló en ella una súplica.

—Vete. Vete y asegúrate de que mi hijo vuelve a casa sano y salvo.

Reprimió el impulso de quedarse a su lado, de interponerse entre la muchedumbre iracunda y ellas, de gritarles que estaban cometiendo un error, que se equivocaban al señalar una y otra vez a las sirenas, que eran unos necios. Pero sabía bien que eso solo serviría para avivar las llamas.

—La señora de Vargas hará lo que sea para encontrarlo, ya lo verás; aparecerá antes de que caiga la noche y contará qué ha pasado de verdad.

Antes de que pudiese marcharse, Dolores la cogió del brazo y le puso algo en la mano, frío y rugoso. Era una de las caracolas musicales que utilizaban en los rituales de la laguna, las mismas que hacían sonar aquel canto de ensueño.

—La Luna te favorece, niña. Sobreviviste a las aguas azules y conoces bien la muerte. Podrá oírte si le pides ayuda.

Quiso decirle que también le dijeron que la Virgen la escucharía si le rezaba cuando enfermó su hermana y que de nada había servido. Que hacía mucho que no estaba segura de en qué creer. ¿La Luna? ¿Por qué iba a preocuparse por asuntos tan lejanos e insignificantes? Sin embargo, el peso de la caracola en la mano la reconfortó.

—Puedes venir conmigo, te esconderé. Ellas no te lo reprocharán —le ofreció, y la mujer rio pese al peligro que las acechaba.

—¿Lo dices porque soy una vieja? Descuida, he sobrevivido a una guerra entre hermanos y a lo que vino después. Un hombre tan diminuto como Juan Arias no podrá conmigo. Venga, márchate.

Sonsoles hizo de tripas corazón y se alejó de allí antes de que la multitud que se abría paso por las calles llegase hasta la playa. Se escondió en un rincón, entre los restaurantes cerrados del paseo, y fue testigo de lo que ocurrió entonces.

El coche patrulla, escoltado por los vecinos, se detuvo y dos agentes se apresuraron a detener a Victoria sin previo aviso. La mujer no ofreció ninguna resistencia, pero eso no les impidió abusar de la fuerza bruta para reducirla. La empujaron contra el vehículo, ante las protestas de sus compañeras y los gritos de los vecinos, que jaleaban a las autoridades y celebraban el triunfo del bien sobre el mal. Esposaron a Victoria entre insultos y amenazas.

—¡Dadles lo que se merecen!

—¡Encerrad a esas busconas!

—¡No tienen vergüenza!

Tal y como ella había predicho, nadie le preguntó dónde estaba el niño. Solo pedían su cabeza en una bandeja de plata. La arrojaron a la parte de atrás del coche y la siguieron Dolores, Celia y Paz, quien no perdió la ocasión de escupir en un ojo a uno de los agentes. El hombre no vaciló en devolverle la ofensa con un bofetón que la dejó medio inconsciente. Sonsoles se tapó la boca con ambas manos para contener las ganas de gritar, de pedirles que parasen. Aun así, no pudo contener las lágrimas por la impotencia. ¿Justicia? ¿Eso era lo que pedían a voces cuando todos las habían sentenciado ya como culpables solo porque les desagradaba su forma de vivir? El miedo en su corazón dio paso a un odio tan vivo que se asustó de sí misma. La última vez que había sentido emociones como esas, un hombre había muerto a sus manos. Trató de inspirar hondo para calmarse. «Salva… Lo importante es encontrar a Salva». Pensar en la inocencia del pequeño hizo que volviese en sí. Tenía que ayudar en lo que pudiese. Así pues, se unió a las partidas de búsqueda, que recorrieron las zonas de la ciudad más cercanas a la escuela sin obtener ningún resultado. Regresó a casa junto a su esposo, que también había ayudado en las batidas, muchas horas después y se arrojó al teléfono para comprobar que Oda estuviese bien. Respiró aliviada cuando esta contestó a la llamada.

—Sol, ¿qué ha pasado? ¿Adónde fuiste? Tenía miedo de que te hubieses metido en líos.

Quién lo iba a pensar de la sumisa campesina que había llegado a la ciudad, incapaz de incumplir una orden de su patrona sin sentir

que el mundo se le caía encima. Fontanada estaba sacando a la luz su lado más indómito.

Le contó todo lo sucedido, que habían arrestado a las sirenas sin ningún miramiento, pero sobre todo que no había rastro del pequeño Salvador por ninguna parte.

—Pobre Victoria, debe de estar devastada —suspiró Oda al otro lado del teléfono.

—Deberías andarte con ojo —le advirtió—. Con lo de Daniel hay quienes creen que las muertes fueron por ti, y ahora las sirenas…

—Precisamente. Tienen demasiados culpables a los que señalar como para complicarse la vida con una extranjera excéntrica.

—No te confíes…

—De acuerdo, procuraré no dejarme ver por la ciudad. Por ti, no por mí.

—Con eso me conformo.

Los días que siguieron a la desaparición de Salvador Arias Vargas fueron caóticos y dolorosos para toda la ciudad, como una pesadilla compartida en la que todos desempeñaron algún papel. Pero, sin lugar a dudas, el palacete de los Vargas se convirtió en el lugar más sombrío de toda Fontanada. La señora de Vargas cerró las salinas a cal y canto, y puso a todos los jornaleros a buscar a su nieto por doquier; Alba se recluyó en su habitación y Arias apenas pisaba su cuarto si no era para cambiarse de ropa y ponerse un uniforme limpio. Sin nada mejor que hacer, Sonsoles se dedicó a lavar y a planchar con esmero cada camisa que el guardia civil arrojaba al cesto de la ropa sucia. Meditaba junto a la escalera cuáles eran las posibilidades de que la abroncasen por subir a la segunda planta, para dejarle las prendas recién planchadas sobre la cama, cuando le

oyó discutir con doña Alba a través de la puerta. La mujer estaba furiosa.

—¿No piensas soltar a mi hermano? ¿Ni siquiera después de lo que ha pasado?

—La desaparición de Salva no tiene nada que ver con los asesinatos, lo sabes de sobra.

—No es lo que sospecha la gente.

—Sospecharán lo que yo les diga.

Su respuesta, tajante y orgullosa, provocó una risotada en su esposa.

—¿Quién te crees que eres? Has tenido que chantajear a mi madre para mendigar unas migajas de poder en esta ciudad, no sabía que podías ser tan gracioso.

—Mírate. Estás loca de remate. Eres peor incluso que esa vieja. Nunca debí casarme contigo.

—Y tú eres un cobarde. Sabes que Daniel no ha matado a nadie y quedarás en ridículo si hay alguna muerte más.

—Nadie más va a morir. —Sonsoles intuyó que la estaba agarrando con demasiada fuerza, a juzgar por el quejido adolorido de Alba—. ¿Me oyes? No habrá más muertes.

—Reza para que eso sea cierto. Pero si tu fe flaquea…, déjale libre y céntrate en buscar al niño. Aún estás a tiempo de no convertirte en el hazmerreír de la ciudad.

Alba se soltó y el sonido de sus pasos indicó que se dirigía hacia la puerta. Sonsoles se apresuró a marcharse de allí, pues no quería convertirse en el blanco de su ira. Aunque, en aquella ocasión, comprendía por qué las emociones estaban a flor de piel. A ella también se le caía el corazón a los pies al pensar en Salva. ¿Dónde

estaba el pequeño? ¿Y por qué tardaban tanto en encontrarlo? Poco a poco, unos rumores fúnebres comenzaron a expandirse por la ciudad.

«Ese pobre crío ha muerto».

«Está en un lugar mejor».

«Se lo han llevado los angelitos».

«No tiene sentido seguir buscando. Si le hubiesen secuestrado, habrían pedido un rescate».

«Qué monstruo ha podido hacerle algo tan terrible a un querubín como él».

Y, con la desesperanza, llegó la psicosis. La caza de brujas. La desconfianza de unos vecinos hacia otros. Que matasen a hombres hechos y derechos era terrible, pero hacer daño a un niño… Eso era de una perversidad imperdonable, y sobre todo despertaba los mayores temores de los fontanadinos. Si una criatura inocente, sin un ápice de maldad, se había convertido en una víctima, cualquiera de sus hijos podría ser el siguiente. Pero los vecinos ya no solo temían por los varones de la casa, sino también por sus hijas.

La Guardia Civil comenzó a inspeccionar todas las viviendas de la ciudad, una por una. Andaban en busca de los collares de conchas que automáticamente convertían a sus dueñas en sospechosas. Sonsoles descubrió lo que estaba ocurriendo cuando, al volver de trabajar, se encontró con una tangana en el descansillo de la segunda planta. Dos agentes uniformados tiraban de Silvia para llevársela al cuartel mientras su madre y varios vecinos trataban de impedírselo sin resultado.

—¡Apártense si no quieren dormir también en el cuartelillo! —advirtió uno de los guardias civiles.

—La chica no ha hecho nada malo en su vida. Si ni siquiera les levanta la voz a sus padres —trataba de explicar el vecino del primero, un hombre mayor que vivía solo, mientras Amparo sollozaba de pura impotencia al ver cómo se llevaban a su hija.

Sonsoles trató de ayudar. Decidió que no se movería de la escalera y no les permitiría pasar, pero a los hombres les bastó con un empujón para apartarla contra la pared. Se acordó de la caracola musical que llevaba con ella desde que Dolores se la había entregado y se preguntó si la diosa Luna la escucharía si le pedía auxilio, pero bien sabía que sus esperanzas eran vanas y que lucir un símbolo de las sirenas abiertamente solo serviría para que la apresasen a ella también. Su mirada se cruzó con la de Silvia mientras los agentes la arrastraban agarrada por ambos brazos como si fuese una peligrosa criminal. En sus ojos vio miedo, pero sobre todo resignación, como si supiese que aquel día llegaría tarde o temprano desde que pidió ayuda a las sirenas.

—¡Mi hija! ¡Mi pobre hija! ¡No podéis llevárosla! —sollozaba Amparo, que trató de seguirlos, pero uno de los agentes la empujó hacia atrás.

Sonsoles la sostuvo para evitar que cayese de espaldas. Los guardias siguieron bajando los escalones y, tras ellos, Merche los observaba asomada a la puerta de su casa, con un gesto de reproche y su habitual chasquido de desaprobación. Al verla, Amparo se incorporó de un salto, igual que quien ve una aparición. Se apresuró hacia la que había sido madrina y guía de medio barrio de la Albufera y la tomó de las manos con actitud suplicante.

—Merche… Merche, tienes que ayudar a mi niña. Es buena chica, lo sabes. Tú conoces a muchas de las esposas de esos hombres, van

a tu salón y a lo mejor si les pides ayuda…

—No puedo molestar a mis clientas por esta clase de asuntos. ¿Crees que seguirían viniendo al salón si las incomodo? —suspiró—. Silvia debería haber tenido más cabeza y no meterse en problemas. Deberías dar gracias, así aprenderá la lección a tiempo y no acabará como Paula.

—Pero… Pero mi pequeña… ¿Qué será de ella si la llevan al cuartelillo?

—Si tanto te preocupa, deberías haberla educado mejor —sentenció, tajante.

Las fuerzas de la mujer volvieron a flaquear ante la frialdad de su vieja amiga. Logró apoyarse en el pasamanos de la escalera, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar y abrumada por la culpa que Merche había vertido sobre ella. La peluquera dio media vuelta, regresó a su casa y cerró la puerta de un portazo para dejar claro que aquella situación no tenía nada que ver con ella.

—¿Quieres venir a casa y te preparo una manzanilla? —preguntó Sonsoles a la mujer.

No podía hacer mucho más por ella que dejarle claro que no estaba sola y ponerle una bebida caliente entre las manos.

—Tu casa… —La mujer la agarró del brazo con ímpetu y los ojos muy abiertos—. Niña, también han entrado en tu piso.

Su corazón se disparó y la adrenalina le nubló la mente al comprender lo que encontrarían allí: el mismo collar de conchas que acababa de costarle la libertad a Silvia. Sin dar más explicaciones, subió los escalones a la carrera, más rápido de lo que se creía capaz. Encontró las puertas de su hogar abiertas de par en par y a varios hombres removiendo sus escasas pertenencias. Uno de ellos

hojeaba los libros que el maestro Brahe les había mandado para que Toño estudiara mientras que otro rebuscaba entre los estantes de la cocina, haciendo tintinear la vajilla de Duralex. En el centro del salón, Toño se abrazaba a su padre, que le estrechaba sin atreverse a mover un solo dedo. Sus ojos se cruzaron con los de su marido y vio la confusión en ellos. «¿Qué demonios está ocurriendo? ¿Hemos hecho algo mal?». Los recuerdos de los «paseos» de los que nadie volvía cuando era un crío aún le perseguían.

Cuando los agentes vieron a Sonsoles, la instaron a reunirse con su familia y a no moverse de ahí hasta que acabasen, igual que si fueran ovejas en un redil. Ella cerró los ojos para no mirar hacia la habitación, a la mesilla de noche donde guardaba el colgante, pero supo que estaban revisando sus cajones al escuchar cómo los abrían con bruscos tirones. Inspiró hondo y se preparó para lo que estaba por venir.

—Aquí no hay nada. Solo una biblia y una cruz —anunció uno de los agentes.

¿Nada? ¿Cómo era posible? ¿Acaso esperaba algún soborno a cambio de su silencio? ¿O es que tenía problemas de vista? Recordaba perfectamente haber guardado las joyas de las sirenas junto a la cruz de Rocío.

—Disculpen las molestias —se despidió con un asentimiento de cabeza, un gesto más amable de lo que esperaban de un intruso que había entrado por la fuerza en su casa y la había puesto patas arriba.

Su esposo reaccionó más rápido que ella. Había aprendido desde niño a no convertirse en el objetivo de los poderosos.

—Gra… Gracias por su servicio.

Tan pronto como los hombres se marcharon, Sonsoles se apresuró a su cuarto para comprobar qué había ocurrido. Habían sacado toda la ropa de los armarios, que había quedado tirada sobre la cama y en el suelo, y todos los cajones y las puertas estaban abiertos de par en par. Sin embargo, tal y como habían afirmado los agentes, no había rastro alguno de las joyas.

—Lo… Lo siento —dijo Toño, detenido junto a la puerta. De dentro de su bolsillo apareció el colgante de conchas blancas, también sacó el collar naranja que Oda le regaló—. Dijiste que no volviera a tocarlos, pero… se llevaron el de la señorita Silvia y…

Sonsoles no perdió un segundo, se agachó junto a su sobrino y le abrazó con tanto ímpetu que seguramente le hizo daño.

—Eres un niño muy listo, muy muy listo.

Puede que fuese demasiado pequeño para entender del todo la magnitud del peligro del que había salvado a su tía, pero asintió con un deje de orgullo. Cuando le miró para comprobar que estuviese bien a pesar del susto, se dio cuenta de que el pequeño estaba disgustado. Tenía el ceño fruncido de una forma que le hacía parecer más un anciano que un niño.

—¿Os han hecho daño?

Sonsoles revisó los brazos y el rostro del pequeño en busca de algún corte o contusión.

Negó con la cabeza.

—¿Por qué buscan collares en lugar de buscar a Salva? —preguntó.

Así que de ahí venía su enfado. Ojalá hubiese podido darle una explicación de por qué hombres hechos y derechos no entendían

algo tan obvio que hasta un niño de diez años podía ver. Trató de consolarle como pudo.

—Le está buscando mucha gente y lo encontrarán pronto, ya verás. ¿Quieres que le busquemos nosotros también?

Quizá la sensación de hacer algo, de estar en movimiento por inútil que fuesen sus esfuerzos, los ayudase a ambos.

—Hay una reunión de vecinos esta noche en la iglesia —anunció Antonio, que rodeó al pequeño por los hombros en un gesto de protección, pero también de honra—. Me parece que deberíamos ir. Todo el mundo lo hará. —«Y no queremos llamar la atención por nuestra ausencia», parecía querer decir.

—Sí… Iremos.

Pensó que con eso darían la conversación por concluida, pero Antonio señaló los collares aún en su mano.

—Deberías deshacerte de ellos. Aunque el maestro Brahe lleve algo similar, parece que es un problema si una mujer tiene esas conchas.

Sonsoles contuvo el aliento. Si su discreto cuñado, a quien poco o nada le importaba lo que hiciesen los demás, había reparado en el abalorio del profesor durante la función escolar, toda la ciudad debía de saberlo a esas alturas. Sin embargo, Antonio estaba en lo cierto con sus palabras. La Guardia Civil no rebuscaría en los cajones de la ropa íntima de Tobias Brahe como habían hecho con el suyo.

Sopesó la joya en la mano. Apenas se la había puesto y hacerlo ahora, en la situación actual, estaba fuera de toda discusión, pero se sentía incapaz de tirar o romper aquel collar. Había arriesgado su vida para conseguirlo. El de Oda ya había decidido hacía tiempo que lo conservaría por el resto de su vida.

—Tendré cuidado —prometió, aunque bien sabía que la cautela por sí sola no la salvaría ni de la estupidez ni de la codicia del Hombre.

49

El párroco trataba de mediar entre las numerosas y dispares inquietudes de los vecinos, pero la crispación y la desconfianza flotaban en el aire. El tenso ambiente oprimía el pecho de pura angustia a unos y henchía de rabia a otros. La reunión de vecinos se había convocado para organizar a los voluntarios que participarían en las próximas batidas pero, tras las numerosas detenciones y redadas, las preocupaciones de los vecinos se habían desviado del pequeño Salva. Ahora que las sirenas estaban encerradas en una celda húmeda y oscura, los fontanadinos se echaban las culpas los unos a los otros y recelaban de quien tenían al lado, bien porque temían que ocultase algo, bien por si revelaban los secretos que trataban de guardar. Las mujeres que habían acudido a las sirenas para rogar por la protección de la luna y comprar sus amuletos pertenecían a todas las clases sociales, tanto jóvenes como ancianas, modestas y descaradas, hijas, madres e incluso abuelas. Sin embargo, las investigaciones de la Guardia Civil se habían centrado casi en exclusiva en los barrios más pobres o habitados por migrantes del interior, como era el caso de la Albufera. Algunos empezaban a presentir que, después de las sirenas, a las que también habían señalado con ímpetu, ellos iban a ser los siguientes.

Habían descubierto por las malas que a Arias y a sus hombres no les importaba tanto la paz de la ciudad como salirse con la suya.

—Hijos míos, las autoridades solo están investigando y cumpliendo con su servicio a los ciudadanos, así que no debemos caer presas de la inquietud —aseguraba el religioso en vano.

La multitud no se demoró en responder a sus palabras vacías.

—Se han llevado a mi esposa porque compró una pulsera a esas mujeres. ¿Quién va a dar de comer a nuestros hijos cuando yo me vaya a trabajar mañana?

—Si es que abren las salinas… La señora de Vargas dijo que nos doblaría el jornal si encontrábamos al niño, pero quién sabe qué habrá sido de él.

—¿Y qué hay de mi hija? Solo tiene quince años, nunca ha pasado la noche sola y se la llevaron sin dar explicaciones.

Las quejas de unos y otros se superponían hasta que la amalgama de gritos se convirtió en un galimatías incomprensible. Sonsoles permanecía sentada en uno de los asientos de la parroquia junto a su marido, quien escuchaba en silencio mientras se arrancaba a tirones los padrastros de las uñas de pura inquietud. Seguramente pensaba, como ella, en lo cerca que había estado de ser uno de esos hombres que protestaban porque eran incapaces de coser un botón o preparar la cena sin sus esposas, madres o hijas en casa.

El párroco no tenía ni idea de cómo hacerse cargo de toda esa ira, acostumbrado a ser el único que hablaba en los servicios dominicales, que eran tan sencillos y frugales como la propia iglesia. La parroquia era el edificio de ladrillo y mampostería más antiguo del barrio. Según le habían contado, los primeros jornaleros en llegar a

la ciudad habían fabricado chabolas con lo que tenían a mano antes de que se empezase a urbanizar. Una orden de misioneros, al comprobar que todos aquellos trabajadores no tenían ningún templo al que acudir para orar y confesarse, construyeron la austera iglesia, con una fachada blanca y sobria, sin ornamentos y un tejado de tejas. Nada de grandiosos altares decorados con esculturas y pan de oro, ni de frescos o vidrieras que sobrecogiesen a los fieles, tal como ocurría en la gran ciudad. Quizá era ese vacío lo que hacía que los gritos y las acusaciones cruzadas se escuchasen aún más.

—No estaremos en paz hasta que se lleven a esas condenadas mujeres lejos de aquí. —Sonsoles reconoció la voz del padre de Paula. El hombre se puso en pie pese a los intentos de su esposa por tranquilizarle—. Aún quedan muchas de esas brujas en su condenada roca, tendríamos que ir allí y quemarlas a todas.

Algunos le jalearon, pero después de sufrir en sus propias carnes sospechas infundadas, otros se mostraron más cautos a la hora de señalar.

—Es imposible llegar a Rocablanca.

—Además, ¿quién iba a vivir allí, si solo hay piedras y agua salada?

En mitad de la confusión, alguien aprovechó para alzarse con la voz cantante.

—Vecinos de Fontanada. —Tobias Brahe se puso en pie y se reunió junto al párroco cuando este le hizo un gesto afirmativo. Había tenido mucho cuidado de no ponerse la pulsera de la concha azul esa noche—. Muchos me conocéis, doy clase a algunos de vuestros hijos. Soy el maestro don Tobias y Salvador es mi alumno.

Si hay alguna posibilidad de que el pequeño esté en el islote de Rocablanca, por peligroso que sea el camino, me gustaría intentarlo.

Sonsoles puso los ojos en blanco. ¿De verdad iba a aprovechar la ocasión para tratar de llegar a la laguna azul? Tal vez su gesto, en apariencia altruista, conmoviese a todos quienes escuchaban, pero ella conocía su verdadero rostro, así como su obsesión enfermiza por las sirenas.

Enseguida, el maestro quedó opacado por unos visitantes inesperados.

—Es un gesto muy generoso por su parte.

La señora de Vargas avanzaba aferrada al brazo de su hija con una letanía impropia de ella. Alba miraba hacia el infinito, sin dar señales de percibir nada de lo que ocurría a su alrededor. Puede que la mayoría atribuyese su pasividad a la preocupación de una madre angustiada que no podía soportar más la incertidumbre, pero Sonsoles sabía que era la clase de ausencia que exhibía cuando tenía una de sus migrañas y, aun así, la obligaban a abandonar su cuarto. Juan Arias, vestido de uniforme, avanzó tras ellas hasta que la extraña procesión llegó al altar.

—Pobre gente, se les ve demacrados —se lamentó Merche, que se hallaba a unas filas de distancia.

Sonsoles tomó la mano de Amparo, que estaba sentada a su lado. Sabía lo que estaba pensando sin necesidad de verle la cara. Cómo podía sentir compasión por esos ricachones que los veían como lagartijas que correteaban entre sus pies y no por su inocente hija. Merche no fue la única que se conmovió con la expresión compungida de la señora de Vargas.

—Gracias por ayudarnos en la búsqueda de mi nieto. Mi familia está pasando por momentos muy difíciles.

Fingió consolar a su hija y Sonsoles se removió incómoda en su asiento. Algo no cuadraba. ¿Por qué la señora de Vargas, que gruñía e intimidaba a la niñera ante el peligro de que le clavase por accidente un alfiler a su nieto mientras le tomaba medidas, adoptaba una pose tan dócil ante su desaparición? Pero enseguida comprendió sus auténticas intenciones. Los Vargas jamás mostraban debilidad, a no ser que fuese para aumentar su poder.

—Me temo… Me temo que he fallado en proteger a mi nieto. No es la primera vez que esas horribles mujeres tratan de hacerles daño a los míos. —Un murmullo de indignación se propagó entre los fieles —. Tuvimos la mala tina de abrirle las puertas de nuestro hogar hace años a su cabecilla, Victoria Nosequemás. Aunque trabajase para nosotros, la tratamos casi como a una hija, pero la sorprendimos robando unas joyas. —Sonsoles apretó el puño de rabia al escuchar aquella ristra de mentiras—. No pudo superar el despido y desde entonces ha buscado mil formas de hacernos daño. Su última ocurrencia ha sido decir por ahí… Perdónenme. —Se cubrió el rostro con la mano para ocultar un gesto, en teoría, desolado—. Es tan disparatado que me abruma repetirlo. Iba diciendo por ahí que ella era la madre de mi Salvador y que se había quedado embarazada de mi hijo mayor. Los que le conocieron saben muy bien que él jamás se comportaría de forma tan imprudente, pues era un caballero en todos los sentidos. Veía a Victoria como una hermana. Nadie la tomó en serio, claro está, así que nos ha atacado donde más nos duele y se ha… se ha llevado a mi nieto.

La señora de Vargas estuvo a punto de desvanecerse, o al menos eso quería hacer pensar a la concurrencia. Alba y Arias se apresuraron a acercarse para sostenerla.

«No caerá esa breva», pensó con acritud. Sin embargo, a pesar de su enfado, no era a Sonsoles a quien más le estaba costando digerir la supuesta confesión de la matriarca. La vena hinchada en la frente de Arias parecía estar a punto de explotar de la rabia. Con aquella jugada, la señora de Vargas acababa de recobrar el control de la familia, del palacete y de las salinas. Arias no podría utilizar la verdad en su contra, pues toda la ciudad sabría que semejante historia era solo la invención de una mujer de baja moral y juicio débil. Y si trataba de separar al niño de una abuela que le adoraba tanto después de su desaparición parecería un desalmado.

—No le ha bastado con incriminar a mi pobre hijo Daniel en esos horribles asesinatos… Tenía también que ir a por mi nieto. —Sollozó entre los brazos de Alba.

Era la primera vez desde que Sonsoles trabajaba para los Vargas que veía a la madre abrazar a su hija.

—Vaya teatro… —Fue incapaz de contenerse, pero por suerte susurró tan bajo que solo la oyó su marido.

Pero la señora de Vargas no había concluido aún con la función.

—Mucho me temo que nuestro Salva está en manos de una… una asesina.

Se secó unas lágrimas inexistentes con un pañuelo y Arias entendió que se trataba de la señal para que interviniese como fuerza del orden y no como padre.

—Descartamos que una mujer fuese la sospechosa que ha estado atemorizando a nuestra ciudad por la naturaleza grotesca de

los crímenes y porque las víctimas eran jóvenes fuertes y robustos. ¿Cómo iba una fémina, criatura débil por naturaleza, a derribar a unos varones hechos y derechos? —Los vecinos asintieron para darle la razón—. No obstante, hace poco descubrimos que todas las víctimas habían sido envenenadas. Su mente estaba alterada cuando se produjeron los crímenes, por lo que cualquiera podría haberlas atacado por sorpresa. —Mostró un documento al público que debía de ser un informe forense. Sonsoles se preguntó si sería auténtico o si se trataba de una falsificación. Unos murmullos de horror se propagaron por la sala, pero el público volvió a guardar silencio cuando Arias leyó algunas partes del informe para no perder comba —: La asesina, o más bien asesinas, hacían llegar a sus víctimas alhajas recubiertas con «una toxina de acción retardada que a la postre ocasiona trastornos nerviosos, alteraciones en la conducta, cuadros paranoicos…». No les aburriré con los pormenores. Pero si alguien posee una de esas joyas, es fundamental que las entregue. Su vida podría estar en peligro, no solo porque acabarán por perder el juicio, sino también porque algunas de esas mujeres siguen sueltas. Distinguirán las alhajas por sus conchas de color azul. Es en ese pigmento donde se oculta el veneno que se libera al contacto con la piel. —Arias se giró hacia Brahe, que se había quedado pálido ante sus explicaciones—. ¿Sigue queriendo ir al islote? —El maestro no respondió—. Por sus mujeres no deben preocuparse. Les hemos pedido que acudan al cuartel en calidad de testigos; si las han engañado, se las considerará como una víctima más de las sirenas. Si son cómplices, en cambio, tendrán que afrontar las consecuencias de sus actos. Eso es todo. Quienes quieran ayudar en las batidas de

búsqueda recibirán instrucciones en breve; al resto, les insto a que se retiren y no entorpezcan las labores de la Guardia Civil.

—Hijo mío, llévame a casa… Me siento indispuesta —pidió la señora de Vargas, y Arias la sostuvo para conducirla hacia la salida en mitad de un atronador silencio.

Ni un alma se atrevió a pronunciar una sola palabra mientras aquellos pobres desdichados se marchaban. Quién lo iba a decir, hasta los Vargas podían caer. Puede que su corazón no fuese de sal después de todo, sino de carne y sangre, como el de los demás.

—Pobre mujer, ¿has visto cómo casi se desmaya?

—Sabía yo que no podía ser cosa del señorito Daniel.

—Es cuestión de tiempo que lo suelten.

—Qué malas pécoras, son monstruos en cuerpo de mujer. Nunca me gustaron.

—Tenemos que encontrar a ese niño antes de que le hagan lo mismo que a esos pobres chicos.

Sonsoles apretaba los puños de pura impotencia. Daba igual que supiese la verdad, a nadie le interesaba escucharla. Victoria se había entregado a la Guardia Civil para asegurarse de que centrasen sus esfuerzos en dar con el verdadero secuestrador; en cambio, solo había servido para que los Vargas convirtiesen a las sirenas en unas piezas de su partida por el poder.

—Vaya sarta de sandeces —masculló para sí misma.

Le sorprendió descubrir que Antonio la miraba con una sonrisa.

—Oh, disculpa. Sé que las circunstancias no son las mejores para estar contento, pero… hacía mucho que no parecías tú misma. —Le sacudió el pelo de la cabeza, igual que cuando iba a casa a cortejar a Rocío antes de que se casasen, cuando ella solo era la

malhumorada y traviesa hermana pequeña de la chica que le gustaba—. Me alegra que estés de vuelta, gamberrilla.

Sí… a aquella versión de Sonsoles no le importaba que la regañasen en la escuela, aunque se le saltasen las lágrimas de impotencia cuando la castigaban injustamente, ni tampoco le preocupaba que la advirtiesen mil veces que iba a quedarse para vestir santos si no mejoraba su carácter. Luego, la culpa y el peligro de acabar convertida en una mala mujer la habían domado poco a poco.

—A mí también me alegra. Aunque me temo que ya no soy tan valiente.

—Es lo que tiene la vida. A medida que nos hacemos viejos, cada vez tenemos más que atesorar. Y también nos damos cuenta de lo rápido que podemos perderlo.

Sonsoles asintió ante sus sabias palabras. Aunque no era la única que se había vuelto miedosa. Hasta Brahe, que tan decidido parecía de ir a la laguna de las sirenas, había dirigido todos sus esfuerzos a reunir a voluntarios para recorrer el barrio en busca de Salva.

—Ahora vuelvo —le dijo a su marido, y caminó directa hacia el maestro—. Entonces… ¿me la va a devolver? —le preguntó a bocajarro.

El hombre miró a su alrededor. Todos los vecinos la estaban escuchando. La tomó del brazo para alejarla unos cuantos pasos de los demás.

—Claro, la redacción de Toño; la he leído, sí… —dijo tan alto como pudo para que todos pensasen que iban a hablar de su sobrino, pero su sonrisa se desvaneció en cuanto se alejaron lo

suficiente—. ¿De qué estás hablando? La concha me pertenece, creí que había quedado claro.

—Ya ha oído a Arias. Si no me la da a mí, debería entregarla en el cuartel. Y entonces querrán saber de dónde la ha sacado. ¿Qué hará si van a inspeccionar su casa? Han prometido buscar por toda la ciudad y todos vimos que la llevaba en la función de la escuela.

El maestro empezaba a ponerse nervioso. Su influencia en la ciudad no servía de nada ante la orden de un teniente coronel. Aun así, pudo notar la reticencia de Brahe a la hora de deshacerse de una baratija que no tenía ningún valor.

—¿Por qué le interesan tanto las sirenas? Es solo un cuento para niños.

—Ningún cuento es solo un cuento. «Toxina»… No sabía que los españoles estabais tan apegados a la ciencia —resopló con ironía—. Lo que ocurre en esa isla es magia, no ciencia. Iré a la laguna y lo demostraré. —Se inclinó para susurrarle al oído—: Sé vuestro secreto.

—¿Nuestro secreto?

—Tú también eres como ellas… ¿verdad? Eres una sirena. Por eso tratas de disuadirme con tanto empeño.

La miraba con los ojos abiertos como platos, expectante ante una posible confesión, pero también fascinado, como si se hallase ante una maravilla inconcebible, como una lámpara habitada por un genio, una espada que atrapara los truenos o cualquier otra fantasía sacada de una vieja leyenda. La miraba igual que ella había mirado a Oda aquella noche en el Costa de Sal cuando, por un momento, creyó que su resplandeciente cola de tela era real. ¿Es que se había vuelto loco? Empezaba a cansarse de las tonterías de aquel hombre,

que ya no la intimidaba en lo más mínimo. No después de ver cómo se había encogido ante la posibilidad de que lo interrogaran.

—No diga sandeces. Si está intentando amenazarme, que sepa que ni siquiera el hecho de ser extranjero le protegerá si le parece sospechoso a Juan Arias. Devuélvame la concha o yo misma le delataré. Además, si hubiese estado con los niños en lugar de persiguiendo sirenas por ahí, Salva no habría desaparecido. ¿Quiere que toda la ciudad sepa que estaba con Oda Lund mientras se lo llevaban?

—De acuerdo —dijo para hacerla callar—, de acuerdo. Te daré esa maldita concha. Pero, a cambio, cuando todo esto acabe… quiero que me lleves a la laguna azul. Es lo único que te pido.

Sonsoles no tenía ninguna forma de cumplir semejante promesa. Eran las sirenas quienes sabían cómo navegar a través de las corrientes y entre los bancos de arena para llegar hasta la playa. Y también las responsables de custodiar la cueva, el altar y la laguna.

—Eso está por ver. Lleve la concha mañana al palacete de los Vargas para no levantar sospechas. Todos saben que es usted cercano a la familia, no le extrañará a nadie que les haga una visita. Déjela en el cesto de la ropa para planchar, en la salita pequeña; yo me encargaré del resto. Aunque no se lo crea, le estoy haciendo un favor. Ah, y más vale que nada de esto afecte al futuro de Toño.

Dio media vuelta, con la cabeza bien alta y las piernas temblándole. «¿Cómo se te ha ocurrido desafiar al maestro?». Las palabras de Antonio le habían dado valor para decir lo que pensaba, pero quizá hubiese sido mejor ser prudente. Aún no sabía muy bien qué haría con la concha cuando estuviese en su poder, pero era decisión suya a quién entregársela o si no hacía nada en absoluto

con ella. Arias decía que el color azul era un veneno que afectaba a la mente y Brahe parecía del todo convencido de que su efecto se debía a algo tan absurdo como la magia. «Quizá debería destruirla». Ojalá pudiese hablar con las sirenas y preguntarles qué demonios estaba ocurriendo.

Al día siguiente pidió a la cocinera que preparase un tentempié de media mañana para recibir al maestro Brahe, pero este no llegó a la hora señalada ni tampoco se dejó ver por la tarde. Sonsoles esperó en vano, suponiendo que sus argumentos y amenazas no habían sido tan persuasivos como pensaba. Se enteró de la noticia en el mercado. Habían encontrado muerto a Tobias Brahe en el piso donde vivía, junto a la escuela, con el cuello acuchillado y una concha azul en la mano. Los vecinos dieron la voz de alarma tras escuchar un forcejeo. Según parecía, lo último que había hecho antes de morir desangrado había sido arrastrarse y posar la mano sobre su ejemplar de *Los cuentos de sal*, que estaba en su mesita de té. Los agentes lo interpretaron como un último mensaje del difunto. «Han sido las sirenas».

50

Liberaron a Daniel Vargas el día después de la muerte de Tobias Brahe. Arias ya no podía aferrarse a nada para mantenerle en prisión, todos los testimonios que le habían convertido en el principal sospechoso parecían ahora anecdóticos y la opinión pública clamaba contra las sirenas. Una de ellas seguía libre, y sin duda era la culpable del secuestro de Salva y de la muerte del maestro.

La señora de Vargas aguardó su regreso en la entrada del palacete, para que todos lo vieran. Su hijo había vuelto a casa. Cuando bajó del coche de la Guardia Civil, la mujer le estrechó entre sus brazos para ganarse una vez más la empatía de sus vecinos. Aunque fuese una dura e implacable mujer de negocios, semejante pose, más propia de varones, se debía tan solo a la necesidad de proteger el legado de su familia. En realidad, no era más que una madre entregada y una abuela que adoraba a su nieto.

Arias le ayudó a subir los escalones que conducían hasta la casa y Sonsoles observó la escena desde el interior, con un gran desasosiego en el pecho. Aunque Daniel volviese a ser un hombre libre, los efectos de su paso por las celdas del cuartel resultaban más que evidentes. Había perdido mucho peso y apenas podía moverse por sí mismo, no tenía un ápice de fuerzas. Su delgadez le daba una apariencia demacrada a su rostro y hacía que las ropas le

quedasen demasiado holgadas. También se había desvanecido de su piel el tostado moreno del verano y, en lugar de eso, se había vuelto cetrina. Por no hablar de su nariz amoratada e inflamada. Supo que su pésimo estado se extendía más allá del deterioro de su cuerpo cuando dejó que le subiesen a la segunda planta sin hacer una sola de sus bromas irónicas o comentarios ácidos. «¿Me habéis echado de menos? Por supuesto, tiene que haber sido un tormento vivir en esta casa sin mí». «No llore tanto, madre, que va a inundar el salón». Por una vez le habría gustado oír alguna de sus tonterías.

De puertas para dentro, la señora de Vargas no le dio un solo abrazo a su hijo ni le ofreció la menor muestra de cariño, pero sí les mandó a la cocinera y a ella que preparasen un baño caliente para el señorito y que llamasen al barbero para que fuese a casa a afeitarle la desaliñada barba que le había crecido en la cárcel y, ya de paso, que le cortase esas horrendas greñas. Supuso que era la única forma en que sabía expresar su amor por el joven. Una vez que el señorito estuvo acicalado y limpio, su madre se encargó de que lo alimentasen. La cocinera no había tenido tanto trabajo desde la última Navidad, así que Sonsoles tuvo que remangarse y meterse a la cocina con ella. Sin embargo, no sirvió de mucho que preparasen todos los platos preferidos de Daniel; su estómago debía de estar tan encogido del hambre que apenas pudo dar unos cuantos bocados. Sonsoles se preocupaba cada vez más por él. Le palpó la frente para comprobar que no tuviese fiebre y después le dejó descansar en paz, con la persiana bajada y la mirada perdida.

Al día siguiente, el señorito se encontraba mejor, pero seguía siendo una pálida sombra de sí mismo.

—¿Y Salva? —logró preguntar, después de comer unas cuantas cucharadas de sopa de pollo y zanahoria, lo único que su cuerpo aceptaba.

—Subirá a verle cuando usted se encuentre mejor —le mintió, porque no tenía valor para contarle que su adorado sobrino había desaparecido mientras él estaba bajo arresto.

Le ayudó a beber un vaso de agua y el joven quiso acostarse de nuevo. Colocó la almohada para que estuviese cómodo y le arropó porque sus extremidades parecían no entrar en calor, aunque aún estuviesen en verano.

—¿No te doy lástima? Tanto presumir y mira cómo he acabado, hecho un despojo.

—No diga usted sandeces. Solo tiene que descansar unos cuantos días y volverá a ser el mismo incordio de siempre.

Con aquella frase logró sacarle una débil risilla.

El señorito cerró los ojos y se durmió enseguida. Sonsoles quería creer en sus propias palabras, pero había algo roto en la mirada de Daniel, la clase de dolor de la que uno no puede hablar en voz alta y que no acaba de cicatrizarse nunca, tormentos que te cambian por dentro, lo quieras tú o no, aunque nadie más pueda verlo. Ella conocía bien ese tipo de heridas.

Llamaron entonces a la puerta de la entrada y Sonsoles se apresuró a bajar. No esperaban invitados, pero quizá se hubiese corrido la voz de la vuelta a casa de Daniel y acudiese a visitarle alguno de los amigos, o más bien aliados, de la familia. Al otro lado encontró a Oda, ataviada con el que seguramente sería su vestido más discreto, de color gris y con mangas francesas. También se había recogido la melena para parecer más recatada, pero la

seguridad con la que se movía, incluso con la que respiraba, no podría convencer a nadie de que era una mujer sumisa.

—Oda…

A pesar de la evidente preocupación en su rostro, sonrió al verla. Sonsoles se preguntó si, como ella, contenía el impulso de abrazarla.

—¿Quién es? —La señora de Vargas se asomó desde el salón para comprobar quién osaba irrumpir en la paz del palacete sin previo aviso. La visión de la danesa le provocó un sonido gutural de hartazgo, parecido a un gruñido—. Vaya descaro…

—Por favor, he escuchado que han liberado a Daniel, solo quiero verle. Como sabe, somos buenos amigos.

—Amigos… Le aseguro que la amistad no es posible entre un Vargas y alguien de su clase. Márchese ahora que se lo advierto por las buenas.

—Solo quiero saber si está bien, si necesita algo…

—Está perfectamente y cualquier cosa que requiera se la daremos nosotros. Descuide.

Sonsoles le dirigió una mirada de disculpa a la danesa, que observaba impotente cómo la señora de Vargas desaparecía de vuelta en las entrañas del palacete, que parecía aún más oscuro y asfixiante desde que Salva no estaba.

—¿Te metería en problemas si entro por la fuerza? —preguntó Oda, y a juzgar por la ferocidad en su expresión, no hablaba en broma.

—Sería peor para ti. Ahora mismo, tal y como están las cosas, no necesitan demasiadas razones para llevarte al cuartel.

¿Cuánto tiempo duraría aquella pesadilla que tenía a la ciudad entera con el corazón encogido?

Oda extendió la mano hacia ella, lo justo para que sus meñiques se rozasen.

—¿Cómo está?

—Recuperándose. Muy poco a poco. —Eligió las palabras con cuidado, porque decir que se encontraba bien sería una mentira—. Está débil por no comer y por no dormir. Además, ha debido de sentirse muy solo y asustado.

—Pues no lo está, no está solo. Recuérdaselo también de mi parte, ¿de acuerdo? —Entrelazó un par de dedos con los suyos—. Y tú tampoco. Odio que tengas que trabajar en esta horrible casa.

Quería estrecharla en sus brazos, calmar sus nervios con su olor y con el tacto de su pelo, tanto que el anhelo podría haberla enloquecido, pero se conformó con apretarle los dedos también.

—Vete antes de que se fijen en ti. No es seguro para ti caminar por la ciudad como si nada. Las chicas que se llevaron por las conchas aún no han vuelto a casa, así que es mejor no darles motivos para que te señalen.

—Sabes que no les tengo miedo.

Aun así, Oda se alejó de ella y se marchó. Miró hacia atrás tan solo una vez y después se alejó hasta perderse en la avenida. «Qué necios», maldijo Sonsoles en su interior. Gente como la señora de Vargas miraba a la danesa por encima del hombro por su forma de vestir, de hablar y de actuar a causa de sus normas inventadas de cómo debía comportarse una mujer de bien, pero eran incapaces de ver en ella lo mucho que se preocupaba por las personas que le importaban o su generosidad. Daniel se habría alegrado mucho de verla, se habría incorporado sin ayuda para no mostrar debilidad, habría bromeado solo por complacerla y habría comido sin protestar,

pero su madre jamás permitiría que su palacete se ensuciase con la presencia de una extranjera sin decoro alguno.

Se reunió con su patrona en el salón grande. La señora de Vargas se había puesto sus anteojos para revisar unos documentos legales en los que iba haciendo anotaciones con una pluma estilográfica de plata.

—El señorito Daniel se ha comido casi toda la sopa y ha querido acostarse después —dijo lo más escuetamente que pudo.

Si pronunciaba una sola palabra de más, quizá no pudiese parar.

—Ya veo… —respondió sin despegar la vista de los contratos.

—Ha preguntado por el señorito Salva, ¿qué debo hacer si insiste en verle?

—Yo me encargaré de eso. —Se quitó las gafas, guardó los documentos en una carpeta y se puso en pie—. Voy a reunirme con el señor Alvarado, tal vez vuelva a casa tarde, así que puedes marcharte después de darle la cena a Daniel.

La misma mujer que hacía solo un par de días había estado a punto de desmayarse en la iglesia caminaba ahora con paso decidido sobre sus tacones, lista para los negocios.

—Usted sabe dónde está el señorito Salva, ¿no es cierto?

No tendría que haberlo preguntado, no era asunto suyo. Sus obligaciones empezaban y terminaban con obedecer aquello que su patrona le mandaba, pero no pudo contenerse. No ante la desidia que mostraba con Daniel. Se había hartado de tratar de comprenderla.

La matriarca dio media vuelta hacia ella, con las cejas alzadas por la incredulidad que le causaba su osadía.

—Mi hija Alba acertó contigo. No sabes ni cuándo mirar a otro lado ni cuándo cerrar la boca. No te confundas: que mi nieto se haya encariñado contigo no significa que vaya a temblarme el pulso para despedirte y arruinar tu vida en Fontanada. —Sonsoles no respondió, sino que se limitó a escucharla con la cabeza alta, lo cual, de por sí, ya suponía un desafío en toda regla—. ¿Qué pasa? ¿Es que no tienes miedo? ¿Crees que miento?

—No, señora de Vargas, sé muy bien que cumple todo lo que se propone.

Ignoraba de dónde procedía aquel coraje, quizá se debía a que su amor por Oda ya suponía transgredir todos los tabúes y prohibiciones, o que cuanto más comprendía los tejemanejes y las mentiras que conllevaba el poder, menos absoluta le parecía la posición de la señora de Vargas. Quizá fuese el peso de la caracola musical en el bolsillo de su uniforme, que la hacía sentir como si las decenas de mujeres, puede que cientos, que la habían hecho sonar la acompañasen.

—He visto todo lo que ha conseguido en unos pocos días. El señorito Daniel ha vuelto a casa, Victoria está en una celda y todos la creen una chantajista sinvergüenza, puede que hasta una asesina. Nada de lo que diga o haga Arias le servirá para arrebatarle ni a su nieto ni sus tierras, y apuesto lo que sea a que el señor Alvarado comerá en la palma de su mano antes de que caiga la noche. Ha ganado, así que ¿por qué no acaba con esta farsa de una vez?

La señora de Vargas no estaba habituada a que nadie la cuestionase o le dijese lo que tenía que hacer, mucho menos una criada que sabía escribir lo justo para enviar un sobre con remesas a su madre de vez en cuando. Resopló con incredulidad.

—¿Es que crees que tú y yo somos iguales?

Avanzó hacia ella, firme, tomándose el tiempo necesario para mirarla a los ojos por primera vez desde que había cruzado la puerta del palacete al inicio del verano. El contacto de sus iris, que se habían tornado más oscuros y opacos con la edad, la estremeció. Tras la aparente frialdad e ira perfectamente controlada de la mujer, se ocultaba un caos de emociones al que jamás permitía aflorar: desprecio, codicia, rencor, impotencia, ambición, injusticia, dolor, tristeza, odio, ansia, que la consumían poco a poco desde dentro como parásitos que no dejaban de comer y criar larvas hasta que la carne estaba podrida por completo. Sonsoles hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para no retroceder.

—Comprendo por qué podrías confundirte. Igual que a mí, te obligaron a casarte con el mejor postor. Pero tienes razón, he ganado. ¿Qué has conseguido tú, en cambio?

La sorpresa la llevó a vacilar durante un instante y la mujer resopló de nuevo, divertida ante su incredulidad.

—¿Qué ocurre? ¿De verdad creías que no sabía que llegaste a Fontanada como una mujer casada? ¿Y que ese sobrino tuyo al que traías a la casa es también tu hijastro? No pasa nada en esta ciudad sin que yo lo sepa. Nada. Fingí que creía tus mentirijillas porque hacías bien todo lo que se te mandaba y apenas molestabas. Las mujeres solteras siempre acaban dando problemas; piensan más en divertirse que en trabajar, andan con la cabeza en las nubes. Pero una mujer casada tiene mucho que perder. Sí, admito que en eso incluso una chica como tú me recordaba a mí. Yo lo sacrifiqué todo por esta familia: mi juventud, mis sueños… ¿crees que no tenía ninguno? Los hice añicos y me convertí en la señora de Vargas, y

desde ese día juré proteger a esta familia, a la que me he entregado en cuerpo y alma. Y no he renunciado a mi vida entera para quedarme de brazos cruzados mientras tratan de destruir todo lo que he conseguido.

Siguió avanzando a medida que hablaba, sin darle otra opción que retroceder hasta que se encontró atrapada entre su patrona y la pared. Si se hubiese tratado de Arias, habría esperado un bofetón en cualquier momento, pero la señora de Vargas sabía que las palabras podían ser mucho más hirientes y contundentes que un golpe.

—Tú, en cambio…, solo eres una impertinente. Te eligieron mal como esposa y tu familia lo acabará pagando. —Tomó su bolso del perchero y se dirigió hacia la salida—. Mañana antes de venir pasa por la tintorería y recoge el vestido de gala que llevaste la semana pasada. Tengo entradas para la zarzuela en el Teatro Principal el próximo jueves.

Dio la orden y se marchó como si nada hubiese sucedido, dejándola a solas con un aplastante silencio. Sonsoles se quedó detenida contra el papel pintado de la pared, por miedo a que le fallasen las piernas si se movía antes de estar preparada. «Al menos eso significa que Salva volverá antes del jueves». La señora de Vargas no era tan necia para dejarse ver en el teatro mientras representaba el papel de abuela desolada. Ya no tendría que ocultarle la verdad a Daniel. El niño estaba sano y salvo, así que confirmar las sospechas que había tenido desde la reunión vecinal en la iglesia suponía en realidad un alivio.

Cuando se recuperó de la impresión, subió a la planta de arriba para asegurarse de que el señorito se encontraba bien y comprobar

si necesitaba algo, pero se detuvo en seco al darse cuenta de que había alguien más en la habitación.

Alba permanecía sentada a su lado sobre la cama y le tomaba la mano con cuidado, encogida sobre sí misma. Estaba sollozando.

—Lo siento… Lo siento tanto… ¿Cómo hemos acabado así?

Puede que Alba Vargas llevase tanto tiempo atrapada en aquella casa que apenas expresaba otra emoción que no fuera el hastío, pero Daniel no dejaba de ser su hermanito pequeño, al que había fallado. Las conspiraciones de su esposo, el orgullo de su madre, su indiferencia le habían convertido en una mera moneda de cambio. Era el destino de cualquier miembro de esa familia: todos tenían una función que cumplir y no había forma de huir de ella.

«En un rato tendrá una migraña horrible». Sonsoles suspiró para sí y bajó para pedirle a la cocinera que preparase la medicina de doña Alba. Iba a ser una noche muy larga.

51

Pasaron tres días y la ciudad entera seguía buscando a Salva en una contrarreloj amañada. Sonsoles se preguntaba qué milagrosa reaparición planificaba la señora de Vargas. Tenía que ser lo bastante teatral y conmovedora para que nadie sospechase del engaño, y, además, debía incriminar de algún modo a las sirenas para librarse de Victoria de una vez por todas y al mismo tiempo asegurarse de que Arias no acababa destinado en alguna localidad remota como castigo por su incompetencia. Tener un teniente coronel en la familia seguía resultando muy conveniente. Que un asesino quedase libre por su culpa no era la clase de pensamiento que carcomía la conciencia de la matriarca. Sonsoles, en cambio, no se quitaba de la cabeza la muerte de Tobias Brahe. El periódico había dicho que la puerta de su piso no estaba forzada y que se sospechaba que había dejado entrar a su agresor por voluntad propia, pero aquella pista no servía de gran cosa para resolver el caso. Toda Fontanada tenía en gran estima al hombre, y las puertas de su casa estaban siempre abiertas para padres, alumnos y exalumnos. Pese a ello, Sonsoles no podía quitarse un mal regusto de boca que la amargaba. ¿Y si Brahe le había contado a alguien que iba a reunirse con ella el día en que murió y, por lo tanto, la consideraban sospechosa? ¿Qué ocurriría si la señora de Vargas

decidía vengarse de su osadía incriminándola por el secuestro del niño? Temía por Oda y por ella misma. Hasta tenía sueños en los que la ataban a una silla para ajusticiarla a garrote vil, de los que se despertaba empapada en sudor y temblorosa. «Estás siendo una paranoica», se decía, pero la realidad no era mucho más halagüeña que sus pesadillas. Cada día parecía más difícil que Victoria y las demás fuesen liberadas y, aunque la Guardia Civil las soltase, probablemente serían los propios fontanadinos quienes intentaran tomarse la justicia por su mano.

—¿En qué piensas? —quiso saber Daniel, quien ya era capaz de comer por su propia cuenta, aunque fuese en la cama.

Había suplicado que dejasen de subirle sopas y purés, y la cocinera había despiezado un pollo y lo había asado solo para él.

—En que ha recuperado usted el apetito antes que los modales.

Su respuesta le hizo sonreír, pero Sonsoles no logró devolverle el gesto.

—Por muy fascinante y carismático que sea, me da que no pensabas en mí. ¿Es por Oda? ¿No puedes verla por mi culpa?

—No… No es eso. Y dudo que le apetezca oír en lo que pienso en realidad, así que no pregunte más.

—Venga, no me dejes con la intriga. Soy un pobre convaleciente, no tengo ni un triste televisor a mano para entretenerme.

La duda y la culpa la atenazaban. Puede que solo fuera una pueblerina, como decían Alba y la señora de Vargas, pero sabía dónde estaba la prueba que demostraba la inocencia de Victoria. Aun así, era demasiado cobarde para sacarla a la luz. Al menos no sin antes escuchar la versión del joven. Había llegado el momento de afrontar la verdad.

—Señorito Daniel…, he estado en su despacho de las salinas. Sé que no tenía ningún derecho, pero abrí la caja fuerte. Y vi lo que hay en su interior.

La poca energía que había logrado recobrar durante esos días de reposo le abandonó de golpe. Se quedó pálido en cuestión de un segundo, como si hubiera visto un fantasma sentado junto al borde de su cama.

—¿Puedes… puedes traerme un vaso de agua?

Sonsoles se apresuró a servirla de una jarra que había sobre la mesita de noche y él la bebió a sorbos, en un intento por recomponerse y por ganar algo de tiempo. Sostuvo el vaso entre los dedos y después, sin mirarla a los ojos, dijo:

—Es lo que piensas. La daga es mía, he sido yo. Yo soy el asesino, ese desequilibrado que todos buscan. Y si se lo cuentas a alguien, el generalísimo en persona firmará mi sentencia de muerte.

Su respuesta la pilló desprevenida. En ningún momento había esperado una confesión tan directa, y apenas podía creérsela. Sí, Daniel era un incauto, un pícaro que actuaba como un niño, ajeno a las consecuencias que tenían sus caprichos. Pero no lograba imaginarlo apuñalando hasta la muerte a nadie, mucho menos a unos hombres con los que había bebido y reído.

—¿Mató a Ricardo?

—Sí.

—¿Y a Javier?

—Los maté a todos —dijo sin pararse a dudar ni a mirarla a los ojos.

—¿Qué hay de Tobias Brahe? ¿Lo mató desde la cárcel? —preguntó con cierta sorna, pero Daniel también estaba preparado

para responder a aquello.

—Algún imitador muy poco original, seguro que tenía algún enemigo.

—¿Y qué pasa con Francisco? ¿Por qué le mató? Dudo que fuera por dinero.

—¡Porque quise! ¡Maldita sea! ¡Porque sí! ¡Porque no soportaba su olor a sudor ni su mala suerte en el juego! ¡Le maté y punto!

Arrojó el vaso de cristal contra el suelo con tanta fuerza que se rompió en mil pedazos. Sonsoles gritó por el susto y Alba apareció corriendo en la estancia. Se quedó petrificada en el hueco de la puerta ante el espectáculo. La niñera tenía varios cortes en las piernas, provocados por los fragmentos de cristal que habían salido disparados, y Daniel daba unas desesperadas bocanadas de aire, como si se estuviese ahogando. Alba se apresuró a abrazar a su hermano, que apoyó la cabeza sobre su pecho. Le dio unas palmaditas en el hombro hasta que se calmó y después le lanzó una mirada de reproche a Sonsoles.

—Vete… Ya recogerás este estropicio más tarde.

Obedeció sin pensárselo dos veces y fue directa al baño del servicio para lavarse la cara con agua fría y limpiarse los restos de sangre de las diminutas pero aparatosas heridas. ¿Qué demonios acababa de ocurrir? Apenas salió al pasillo después de calmarse, se encontró de bruces con una furiosa Alba.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Yo solo…

—¿De verdad le has preguntado a mi hermano si es un asesino? ¿No has pensado ni por un solo momento cuántas veces ha

escuchado esa pregunta en el cuartel? ¿No has visto los moratones debajo de su pijama?

La boca se le quedó seca. Así que se debía a eso, a que había despertado el recuerdo sombrío de los interrogatorios. Se había dejado llevar por las dudas que la obsesionaban noche y día, y no cayó en la cuenta.

—Lo siento…

—Deja de sentir y cuida más lo que dices. Le he dado una pastilla, en un rato estará durmiendo. Sube a limpiar entonces.

Se marchó soltando pestes en murmullos y Sonsoles se quedó allí plantada, sin saber qué hacer.

Se negaba a creer que Daniel fuese un asesino e incluso había llegado a pensar que lo que encontró era una prueba falsa, plantada por Arias, pero ella no le había mencionado la daga en ningún momento. El joven Vargas sabía que estaba allí, así que la había guardado él. ¿Estaba mintiendo por culpa del trauma del interrogatorio o acaso decía la verdad? Puede que, después de todo, hubiese juzgado mal al señorito.

Solo se le ocurría una persona que conociese mejor al joven que su propia familia, la única que podría hacerle entrar en razón. Habló por teléfono con Oda esa noche, cuando todo el mundo estaba dormido en casa, y le contó todo lo ocurrido: la daga que había encontrado en las salinas, la extraña confesión de Daniel y el plan que había tramado la señora de Vargas para desarmar a Arias a costa de su nieto.

—Esa vieja desalmada es aterradora. La veo capaz de mandar matar a ese necio de Brahe solo para exculpar a Daniel —maldijo la danesa al otro lado de la línea.

—Entonces ¿piensas que podría ser cierto? Que fue él…

—Lo dudo mucho. Daniel es de los que se esconden o corren, solo pelea cuando le arrinconan, y ya viste en el Ye-yé que no se le da muy allá. Pero puede que no le conozca tan bien como creía, no sería la primera vez que se cruza en mi camino un hombre de manos suaves y sonrisa encantadora que esconde dientes afilados bajo la piel de cordero. Puede que su madre pensase lo mismo y haya decidido no correr el riesgo. Después de todo, comparte la sangre con su padre y su hermano.

¿Podía ser aquello cierto? ¿Había algo enfermizo en los genes de los Vargas que los llevaba a destruir lo que tenían a su alrededor?

Sonsoles apenas pegó ojo esa noche. No dejaba de pensar en aquellos cinco hombres: Francisco, Javier, Ricardo, Pablo y Tobias. Lo único que tenían todos en común era que guardaban alguna clase de relación con Daniel Vargas y que, de un modo u otro, todos habían recibido una concha azul. No bastaba para inculpar al señorito, pero tampoco a las sirenas. Sabía que ella sola no lograría resolver un crimen que traía de cabeza a la Guardia Civil, pero era la única, además de Daniel, que conocía la existencia de la daga.

También le quitaba el sueño pensar en el plan que llevarían a cabo al día siguiente, un gesto que, una vez más, pondría en peligro su empleo. Aguardó a que la señora de Vargas se marchase para dar las gracias a los grupos de voluntarios que buscaban a su nieto. Por la tarde, a la hora habitual en que las migrañas comenzaban a torturarla, Alba se acostaba para echarse su siesta diaria. Así que, cuando estuvo segura de que no había peligro, se apresuró hasta la puerta de la entrada y abrió a la mujer que esperaba al otro lado.

—¿Te ha visto alguien? —preguntó a Oda, que entró con una gran zancada en el recibidor.

—Creo que no, pero que miren si quieren. No estamos haciendo nada malo. ¿Dónde está?

La acompañó al piso de arriba y, en cuanto entró en la habitación, Daniel abrió los ojos como platos. Logró balbucear su nombre antes de que le estrechara en un sólido abrazo. No protestó a pesar de sus magulladuras, sino que se dejó hundir en el cuerpo de Oda, igual que un niño que se queda dormido en los brazos de su madre. Permanecieron así durante varios minutos. El señorito lloraba y la danesa le frotaba la espalda suavemente. Aunque hubiese sido Sonsoles quien había planeado el encuentro, se sintió incómoda de pronto, invasora de una escena íntima de la que no debía formar parte. Pero justo cuando decidió que era mejor marcharse y dejarlos a solas, Daniel alzó la vista hacia ella y sonrió, agradecido. Le tendió la mano, casi sin fuerzas. Sabía lo que le costaba a su cuerpo, pero sobre todo a su espíritu derrotado, hacer aquel gesto. Dio un paso hacia él para tomarla.

—Al final, siempre me las ingenio para acabar rodeado de mujeres hermosas, ¿no os parece?

—Veo que los caldos de nuestra querida cocinera han empezado a surtir efecto. Por fin suena como usted mismo, señorito. Ya dice las tonterías de siempre.

Daniel sonrió de nuevo y Oda se alejó lo suficiente para comprobar su estado.

—¿Caldos? Lo que necesitas es un buen plato de *Stegt flæsk*, te estás quedando en los huesos.

—No tengo ni idea de lo que es eso, pero si me lo servís con una copa de vino tinto…

—Ni hablar —sentenció Sonsoles.

—Ayudaría a mi recuperación, estoy seguro. Me gustaría oír la opinión de un médico.

—El médico ya le atendió en cuanto llegó a casa, y le prescribió descanso y comida suave y caliente.

—¿Y qué calienta más el cuerpo que el alcohol?

Así, entre discusiones y bromas, olvidaron por un momento las heridas que les habían causado las últimas semanas y volvieron a ser los tres jóvenes que tomaban el sol en la playa y que hablaban de sus sueños y de huir lejos de allí en un descapotable a toda velocidad. Pero la ilusión no tardó demasiado en empezar a resquebrajarse.

—Parece que este verano tampoco me marcharé de Fontanada —confesó Daniel con algo de vergüenza—. Si me hubiese largado a tiempo, habría ahorrado un montón de problemas a mucha gente…

—Aún puedes irte, tienes libre albedrío —le recordó Oda, pero el joven negó con la cabeza.

—Esta casa me llena los bolsillos de sal cada vez que trato de alejarme, hasta que pesan tanto que apenas puedo moverme. Soy un Vargas. ¿O es que lo habéis olvidado? No tenemos corazón… ni merecemos perdón.

Sonsoles y Oda intercambiaron una mirada cautelosa, pero cargada de significado. Las dos lo sabían: había llegado el momento. Ella dejó a un lado las formalidades por una vez. Iba hacerle esa pregunta como Sol, su amiga, y no como Sonsoles, la mujer que trabajaba para su familia.

—Daniel, sobre lo que te pregunté ayer: ¿dijiste la verdad?

El joven se humedeció los labios. Su boca se había quedado seca de golpe. Vaciló unos segundos, algo impropio en él, pero antes de que lograse articular una respuesta coherente, alguien llamó a la puerta de la entrada con ímpetu. Estaba dispuesta a ignorarlo, pero entonces empezaron a gritar su nombre:

—¡Sonsoles! ¡Sonsoles! —la llamaba una voz familiar.

Amparo.

El corazón le dio un vuelco. No había razón para que una de sus vecinas corriese hasta el palacete durante su jornada de trabajo a buscarla sin una razón de peso. La idea de que algo malo hubiese podido sucederles a Antonio o a Toño bastó para que se olvidase de su conversación con Daniel, aunque él todavía no le hubiese contestado. Se excusó y se apresuró escaleras abajo.

Se cruzó con Alba en el pasillo, quien llevaba aún un antifaz de seda sobre la cabeza.

—¿Qué es ese alboroto?

—Disculpe, señora de Arias, creo que se trata de un emergencia.

Bajó los escalones a la carrera y, al abrir la puerta, Amparo se agarró a sus brazos, visiblemente preocupada.

—Toño… ¿está aquí el niño?

En cuanto oyó el nombre de su sobrino, se quedó sin aliento.

—¿Qué ha pasado? —logró preguntar, aunque el temor y la urgencia en los ojos de la mujer le dijeron todo lo que necesitaba saber.

—Los niños del barrio les han dicho a sus madres que ha ido a buscar a Salva. Hemos tratado de encontrarle por todas partes, pero no damos con él. Merche ya ha avisado a la Guardia Civil. Pero,

como solías traerlo al palacete, pensé que quizá… Supongo que me equivoqué.

Sonsoles inspiró hondo para tratar de mantener la calma. No le habían secuestrado, solo estaba haciendo una de sus trastadas. Ante la torpeza de los adultos, había decidido que él podría encontrar a su amigo antes que ellos, nada más que eso. Estaría sano y salvo por ahí y, en cuanto diese con él, Toño podía dar por hecho que se iba a llevar un par de azotes por preocupar a todos los vecinos. Y, sin embargo…, ¿por qué le costaba tanto respirar?

Alba, que se había acicalado el pelo revuelto tras la siesta y se había lavado el rostro, se reunió junto a ellas en la entrada.

—¿Toño? ¿Tu sobrino? Yo no me preocuparía… Se habrá ido a la playa a jugar.

Amparo se encogió ante la presencia de la que, en ausencia de su madre, era la señora de la casa. Había ido a buscar a Sonsoles sin pensar demasiado en que tal vez tendría que verse las caras con sus patrones.

—Doña Alba, siento molestarla, pero verá usted… Ya lo han buscado allí también.

—El crío tiene diez años, no puede haber ido muy lejos. —Alba se dirigió a Sonsoles—: Piensa, ¿adónde suele ir? ¿Ha insistido últimamente en que le llevases a algún sitio? ¿Al zoo o algo así?

Negó con la cabeza. Lo único que le había pedido durante las últimas semanas era que le dejase bajar a la plaza a jugar con los otros niños. Toño no era un chico exigente, le bastaban una pelota o unas chapas para pasárselo bien, ya fuera con sus amigos del barrio o con Salva. Un recuerdo cruzó por su mente. «Pues claro».

—Las salinas. Salva le dijo a Toño que, aunque se mudase, podrían verse en las salinas porque pertenecían a su familia.

—Vayamos a echar un vistazo allí por si acaso —propuso Amparo, pero Alba se negó enseguida.

—Ni hablar. Las salinas son un negocio, no un parque de juegos infantiles.

—¿Qué pasa con las salinas?

Esa vez fue Daniel quien habló. Estaba apoyado sobre Oda y, gracias a su ayuda, había logrado caminar hasta el borde de la escalera.

—¿Por qué está esa mujer aquí?

Alba lanzó una muda acusación hacia la niñera de la familia con su habitual gesto de desdén, pero a Sonsoles le importaban poco los reproches que tuviese hacia ella en ese preciso momento.

—Creo que Toño ha ido a las salinas a… —Enmudeció al mirar a Daniel, no podía explicarle que su sobrino andaba tras el paradero de Salva sin provocarle un nuevo disgusto— … a jugar. Sé que es mi horario de trabajo, pero si me permiten ausentarme un momento…

—Ya te he dicho que no. Las salinas están vacías, lo sabes de sobra, así que no voy a permitir que te pasees por nuestras propiedades haciendo lo que te plazca. Ya sé cómo te las gastas cuando te dejan a solas…

—Venga conmigo entonces. —La tomó de las manos y Alba se apresuró a zafarse—. Asegúrese usted misma de que no robo ni husmeo. Pero, por favor, solo quiero comprobar si mi sobrino está allí.

—Iré yo —se ofreció Daniel, pero apenas pudo mantener el equilibrio mientras trataba de bajar el primer escalón.

—Tú te quedas aquí mientras nosotras vamos a las salinas a buscar al niño —sentenció Oda.

Habló con tal autoridad que ninguno de los presentes se atrevió a contrariarla. Al ver que no iba a poder detenerlas, Alba se ofreció a regañadientes a llevarlas en el coche de Salvador, que aún mostraba los efectos de la turba enfurecida.

—Vaya, no hay muchas mujeres españolas que tengan carnet de conducir —observó Oda con cierta admiración mientras se acomodaba en el asiento trasero.

—Y no lo tengo. Pero nadie va a atreverse a dar el alto a la esposa del teniente coronel.

Pisó el acelerador y el coche despegó por las calles de la ciudad. No tardaron en salir de Fontanada y en llegar a la yerma tierra dominada por los estanques de agua salada. Tan pronto como se detuvieron frente al almacén, Sonsoles se bajó del coche a toda prisa y comenzó a llamar a su sobrino a gritos. No obtuvo respuesta.

—¿Lo ves? Aquí no hay nadie. Y ahora marchémonos, pisar este lugar me da jaqueca —protestó doña Alba.

Las dos intrusas le hicieron caso omiso y ella comenzó a maldecir sobre «lo poco profesional que era el servicio hoy en día».

—¡Toño!¿Estás ahí?

Su voz se propagó por la explanada cubierta de agua. No había ni rastro del niño.

Tal vez estuviese en el almacén. Fue directa hacia allí junto a Oda. Alba las siguió de cerca, exasperada.

—¿Qué hace esto abierto? ¿Es que nadie tiene cuidado en su puesto de trabajo? Tendré que hablar seriamente con el capataz. ¡Eh! —exclamó al ver que Sonsoles aprovechó que las persianas

metálicas estaban elevadas para entrar—. Ni se os ocurra tocar nada o llamaré a mi esposo.

—¿Ah, sí? ¿Vas a hacer que nos detenga sin prueba alguna como ha hecho con tu hermano? Estoy un poco harta de vuestras amenazas. Sois muy aburridos.

Las dos mujeres intercambiaron miradas repletas de mutuo desdén, pero Sonsoles las ignoró. No podía prestar atención a otra cosa que no fuera encontrar a su sobrino.

Se abrió paso entre los palés y por la cadena de embalado, buscando en cualquier recoveco donde pudiese ocultarse un niño. El calor de la tarde había recalentado el aire en la nave y sudaba el uniforme a cada paso que daba. Alba parecía también al borde de un desmayo y se abanicaba con la mano.

—¿Contenta? No hay nadie aquí, como ya te avisé. Hace demasiado calor como para que nadie pueda venir a pasar el rato. Vete a otra parte a buscar al crío si quieres, pero cuenta con que descontaré cada peseta de tu salario del tiempo que faltes.

A Sonsoles no podía importarle menos su jornal, pero Alba tenía razón en algo. El calor bajo el techado metálico resultaba insoportable y las ventanas generaban una especie de efecto invernadero. Quizá por eso alguien había encendido un ventilador. Ahora se daba cuenta de su zumbido.

—No estamos solas en el edificio.

Corrió hasta las escaleras y subió los peldaños como si estuviese participando en una carrera. La puerta del despacho de la señora de Vargas estaba abierta de par en par. Habían apartado el enorme escritorio para dejar espacio libre, ocupado por un par de camas improvisadas que consistían básicamente en un barullo de sábanas y

mantas. Sobre ellas, había tres personas sentadas que compartían un bizcocho para merendar: Salva, Toño y Teresa Rodríguez.

Su sobrino se puso de pie de un salto al verla y corrió hacia ella, con la espada de madera que usaban para jugar a los piratas en la mano.

—¡Tata Sonsoles! ¡Mira! ¡He encontrado a Salva! —presumió el niño, orgulloso.

Teresa también se incorporó, pero, en lugar del éxtasis del niño, sus movimientos revelaban temor. De su cuello colgaba la cadena de conchas blancas que había detonado la caza a las sirenas.

—No… No es lo que parece… Me… me contrataron como niñera —explicó la mujer, sin duda creyendo que iban a denunciarla como si fuese una secuestradora.

Respiró aliviada cuando Sonsoles asintió con la cabeza.

—Lo sé. Te contrató la señora de Vargas. Fue ella quien te pidió que le pusieses a Salva ese collar, para inculpar a las sirenas.

Teresa no lo negó, pero para ella aquello era una confirmación más que suficiente. Por fin las piezas del puzle empezaban a encajar.

—Entonces… ¿puedo irme a casa? —preguntó Salva, ojeroso y con una expresión de súplica.

Si ya le costaba dormir en su cómoda cama, con todo el confort de su habitación, apenas debía de haber pegado ojo sobre el suelo de un entorno desconocido.

—Claro, corazón. Vámonos de aquí.

Antes de que pudiesen ponerse en marcha, Oda apareció tras ella y observó la escena con asombro.

—¿Qué me he perdido?

Al verla, Salva pareció recobrar toda su energía y se puso de puntillas para otear tras ellas, esperanzado.

—¿El tío Daniel ha venido también?

—Te está esperando en casa. —Sonsoles se agachó para hablar con él cara a cara—. Todo el mundo te ha echado mucho de menos.

—¡Es verdad! ¡La ciudad entera te está buscando! —exclamó Toño, como si aquello fuese un gran logro, aunque enmudeció ante la mirada de advertencia de su tía.

—Tú calla. ¿Cómo se te ocurre venir hasta aquí solo? ¿No sabes lo peligroso que es? Si no estuviese el señorito Salva delante, te estaría dando de azotes.

Aunque Sonsoles tratase ahora de mantener el tipo, había estado muerta de miedo desde que Amparo llegó diciendo que el niño estaba en paradero desconocido. ¿Cómo iba a soportar que le sucediera algo malo? Toño se dio cuenta del malestar de su tía y su efusiva alegría se esfumó de golpe.

—Lo siento, tata…

—Pon todos los mohínes que quieras, que no te vas a librar de un buen castigo.

Toño no era el único que temía las represalias. Teresa se resistía a soltar del todo al pequeño Salva.

—¿De verdad podemos volver a la ciudad? La señora de Vargas fue muy clara con sus instrucciones. Teníamos que quedarnos aquí hasta que ella viniera a buscarnos.

—Esa vieja estirada —maldijo Oda, llevándose las manos a la cintura en un gesto de incredulidad—. Siempre supe que era retorcida, pero no me puedo creer que pagase a alguien para que raptase a su adorado nieto. Vaya numerito ha montado.

—No le he raptado —se defendió la mujer—. Yo también soy su niñera, por eso le estoy cuidando. ¿Y qué pasa si me pagan por ello? Mi hermano no me dejó más que deudas y la señora me dijo que se aseguraría de saldarlas todas por mí. En mi posición, ¿cómo iba a negarme?

La danesa no pudo rebatir sus argumentos. Sabía tan bien como todas las presentes que el dinero era un arma de doble filo para las mujeres, capaz de garantizarte una libertad de la que el resto no disponía o de condenarte a vivir en condiciones tan míseras que ningún hombre podría siquiera imaginarlas. Sonsoles había visto el registro de las deudas de Francisco, y el volumen de sus pérdidas era una suma que llevaría a la desesperación a cualquiera, estuviese bajo el influjo del veneno de la laguna azul o no.

Se sintió tentada de abrir la caja fuerte para buscar el reloj y los objetos personales de Francisco, así al menos Teresa tendría un recuerdo de su hermano. Pero pensar en la daga de su interior y en la posibilidad de que doña Alba la pillase con las manos en la masa la disuadieron.

Fue entonces cuando se percató de que la mujer no las había seguido.

—¿Dónde está doña Alba?

—¿La señora de Arias ha venido también? —preguntó Teresa.

A juzgar por su mohín de desagrado, no guardaba el mejor de los recuerdos de ella.

—Voy a buscarla, no sea que se haya sentido indispuesta. —Sonsoles se asomó al pasillo y, tras comprobar que no estaba allí ni en las escaleras, avanzó sobre la plataforma hasta llegar al despacho de Daniel—. ¿Doña Alba? —Temía que se hubiese desmayado por

culpa del calor, pero la encontró de pie frente a la caja fuerte abierta de par en par. En una mano sostenía el colgante de Francisco y, en la otra, la daga cubierta de sangre. Se le encogió el corazón al pensar en Daniel. Caminó hacia ella sin atreverse a acercarse demasiado—. Señora…, sé lo que estará pensando, pero estoy segura de que su hermano no…

Alba alzó la mirada hacia ella, firme, serena, y a Sonsoles se le heló la sangre. La forma en la que sostenía la daga en la mano, sin un ápice de temor o sospecha, no era la de alguien que se pregunta de dónde ha salido toda esa sangre.

—Fuiste tú…

52

—Fuiste tú… —Lo comprendió en el mismo momento en que las palabras brotaron de sus labios—. Todo este tiempo, todos esos hombres. Fuiste tú.

Las fichas comenzaron a caer en un efecto dominó ante ella, tan evidentes que no comprendía cómo no se había dado cuenta antes. Las sirenas habían sospechado de Sonsoles porque los crímenes parecían seguirla, pero ¿y si, de verdad, el asesino siempre había andado tras ellos, a solo un paso de distancia? Alguien que sabía la clase de compañías que Daniel frecuentaba, la clase de hombres a quienes les regalaban un amuleto de las sirenas. Alguien que conocía el secreto de las conchas azules, que envidiaba y detestaba a Victoria y a las suyas a partes iguales, y a quien Tobias Brahe habría abierto la puerta de su casa sin pensárselo dos veces. Una mujer frágil a la que nadie echaría en falta si se ausentaba con el pretexto de una de sus terribles migrañas, que sorprendería a cualquiera de sus víctimas con la guardia baja. Alba Vargas, después de todo, era una digna hija de su padre.

La mujer arrugó el labio en una de sus muecas de desaprobación.

—Siempre supe que eras demasiado chismosa. Pusiste a Juan nervioso con todas tus teorías sobre las conchas. Tenía miedo de

que anduvieses cerca de la verdad. Casi consigues que me arrastre a una casa en las colinas para tenerme bien encerrada, de una jaula a otra. Así he vivido siempre. Atrapada… Pero ¿de verdad vas a juzgarme tú? ¿Tan terrible es que quiera ser como vosotras?

Sonsoles dio un paso atrás y su espalda chocó con el mueble archivador.

—¿Nosotras?

—Tus uñas. Te despedí y, cuando volviste, tus uñas estaban teñidas de azul. Victoria te llevó a la laguna, te convirtió en una de ellas. ¿Con qué derecho? —Apretó el mango del cuchillo con ímpetu —. Yo me lo he ganado mucho más que tú. Las sirenas consiguen sus poderes tras matar a un hombre. ¿Por qué, haga lo que haga, no es suficiente? ¿Por qué no consigo liberarme?

—So… Solo es un cuento —masculló—. ¿Has…? ¿Has matado a todos esos hombres por una leyenda?

—No. Los maté porque se lo merecían. —No había un solo ápice de culpa en su voz—. Cielos… llevaba semanas queriendo decirlo en voz alta. ¡Se lo merecían! Cada vez que leía un artículo en el que se compadecían de ellos me entraban ganas de vomitar. Como si toda la ciudad no supiese que Pablo Soler tenía tentáculos por manos o que Ricardo mandó a una muchacha al hospital por sus malas costumbres —rio ante su gesto de sorpresa—. Ah, ¿qué creías? Que se despeñó el coche por un barranco y que se salvó de milagro, ¿verdad? Sí, eso es lo que le gusta decir a su madre, pero se olvida de la chica que iba en el asiento del copiloto. Con la pequeña fortuna que se gastó en sobornar a Juan a cambio de un informe falseado es de entender.

—Aun así… había gente que los quería, personas que intentaron darles una segunda oportunidad.

—¿De verdad te parece que eran dignos de ella?

Sonsoles vaciló, porque se vio reflejada en aquellos pensamientos. Ella también había juzgado con rabia la hipocresía con la que lloraban al hijo del alcalde, y también lo había sentido más por Paula, abandonada a su suerte, que por ese donjuán que la había engatusado.

—No, a lo mejor no. Pero lo que has hecho está mal. Tienes que entregarte.

Alba suspiró con un resoplido de agotamiento.

—Santa Virgen, ¿cómo puedes servir a mi familia y no haberlo entendido todavía? A nadie le importa lo que está bien y lo que está mal. Ni al rico ni al pobre, ni al devoto ni al piadoso. A mi madre le dio igual cuando mi padre me saltó una muela porque Salvador suspendió un examen, y no le costó mirar hacia otro lado cuando empezó a provocar a mi padre a propósito para ver cómo me golpeaba. «Pobrecito Salvador, murió joven, con toda la vida por delante». «Pobre Daniel, está perdido en la vida». «Pobre Carlos, dicen que se quedó inválido de tanto trabajar» —se burló con desprecio y un impostado tono agudo—. ¿Quién ha dicho alguna vez «Pobre Alba»? Nadie pensó en mí. ¡Nadie! ¡Nunca! Ni una sola vez. Así que no pretendas darme lecciones sobre el bien y el mal.

La furia que vio en sus ojos tendría que haberla hecho retroceder. Alba era una asesina experimentada que sostenía un cuchillo en la mano, pero, por alguna razón, no tenía miedo.

—Lo que te pasó, lo que te hicieron —se corrigió—, es horrible, es injusto, pero hay personas inocentes pagando por tus actos.

—Inocentes —repitió con desdén—. Sabes tan bien como yo qué es lo que te convierte en sirena. A Salvador lo matamos entre las dos. ¿Un accidente? Ambas queríamos que desapareciese de este mundo y nos quedamos mirando mientras por fin se cumplía nuestro deseo. Sin embargo, ella ganó una vida propia y yo la perdí. Ella se fue a juguetear por ahí, pero su hijo necesitaba una madre, al menos sobre el papel. Así que me quedé atrapada en esa casa para que ella pudiese ser libre. ¿Por qué? ¿Por qué siempre pierdo yo? —rio con incredulidad, con la desesperación de quien siente que la vida se burla de ella una y otra vez—. Pero eso se acabó, porque yo también soy hija de mi padre y mi madre. Anda, ve tú, que tan mosquita muerta eres, ve y diles que Alba Vargas está loca y que es una asesina. Verás como te arrojan a una celda con las demás de tu clase. Porque a lo mejor podrás engañar al resto, pero yo lo sé. Sé que eres como yo. Somos supervivientes. Pero no te confundas: aunque el filo de un cuchillo nos iguale a todos, importa quien lo sostiene, y mucho.

Se miraron a los ojos. No tenían ninguna forma de huir o esconderse. No les quedaba otra opción que observarse en el reflejo que le arrojaba la otra. Las dos habían perdido a un hermano o a una hermana, pero solo una había llorado esa pérdida. Las dos habían arrebatado una vida, pero solo una albergaba remordimientos. Solo una deseaba convertirse en sirena, aunque ambas cumplían los requisitos para serlo. Eran dos caras de una misma moneda. Quizá por eso Sonsoles sintió que era su deber salvarla de su propia sombra.

—Puedes detenerte ahora, no tienes que seguir haciendo daño. Puedes salvar muchas vidas si te entregas. Las sirenas…

Alba la interrumpió.

—Sálvalas tú si tanto te preocupan. Eres una mujer, además de la madre de pega de un pobre huerfanito. Seguro que se apiadan de ti y te fusilan en vez de condenarte al garrote vil.

—¿Al garrote vil?

Sonsoles sintió que todo su cuerpo se tensaba en estado de alerta al oír la voz de Oda. Puede que no tuviese miedo por sí misma, pero, si algo le ocurría a ella por seguirla hasta allí, no podría soportarlo.

—¿De qué estáis hablando?

Las dos mujeres y los niños las observaban desde la entrada al despacho, sin entender nada de lo que estaban viendo o escuchando. Sin embargo, Teresa contuvo el aliento por un momento y señaló a la que había sido su patrona.

—Ese colgante… es el collar de mi hermano. —Era fácil de reconocer, pues alguien había pegado sus fragmentos tras romper la concha y aún podían distinguirse las grietas y el fragmento que faltaba.

—¿Lo quieres? Él también trató de recuperarlo y de robar el dinero para hacer frente a los pagos de sus deudas. Le pillé *in fraganti*. —Alba avanzó hacia ella—. ¿Y sabes qué hizo tu adorado hermanito? —Se alzó el pelo que le cubría el lateral de la frente y mostró una cicatriz ya curada—. Me golpeó contra esta misma mesa y trató de matarme. Por suerte, uno de los amigos de Daniel había apostado esta daga y la había perdido.

Teresa miró el cuchillo, manchado de sangre, y sus ojos se empañaron en lágrimas. Tuvo que cubrirse el rostro con las manos para esconder su repentino sollozo. Oda la rodeó con los brazos, en

un intento por consolarla mientras llamaba a su hermano, desconsolada. Su dolor no conmovió a Alba en lo más mínimo.

—Vámonos —susurró Oda, y caminó hacia los niños para tratar de alejarlos de allí.

Sin embargo, Teresa no se rendiría tan fácilmente. Aún entre lágrimas, se arrojó sobre la asesina de su hermano con las manos en alto para agarrarla del pelo. Alba alzó la daga.

—¡Cuidado!

Sonsoles tiró de su predecesora para alejarla de la trayectoria del afilado cuchillo y Alba aprovechó la confusión para tomar a Salva del brazo y apretarlo contra su pecho, sin soltar la daga que sostenía en la otra mano. No amenazó con usarla, pero no hizo falta.

—Esos poderes que tanto buscas solo sirven para proteger a otras personas. Por eso nunca los conseguirás —le advirtió, aunque ni ella misma estaba segura de si Victoria era una sacerdotisa de verdad o tan solo una mera farsante—. Suéltale.

—¿Por qué? —Alba apretó el brazo del niño con aún más fuerza, y este sollozó con un quejido—. Después de todo es mi hijo, ¿no? Y haré con él y con su vida lo que me plazca, igual que otros han hecho conmigo. —Luego lanzó la concha azul al suelo, junto a los pies de Teresa—. Ahí la tienes. Puedes quedártela si quieres.

Se marchó, llevándose a Salva consigo a tirones. Teresa trató de correr tras la asesina, pero entre Oda y ella lograron detenerla.

—Es una Vargas —le recordó Sonsoles—. Y su esposo es Juan Arias, no puedes hacer nada.

A pesar de sus advertencias, Teresa logró zafarse y se apresuró escaleras abajo, hacia las salinas.

—Deberíamos llamar a la Guardia Civil —dijo Oda, pero Sonsoles negó con la cabeza.

—Arias ya sabía lo que estaba pasando. No va a permitir que salga a la luz que su esposa es una asesina, así que hará lo que sea para encubrirla. Pero él también lo sabe, que no va a detenerse hasta convertirse en sirena. —Y eso no iba a ocurrir jamás—. Matará a Salva si hace falta. —Trató de avanzar, pero Oda se interpuso.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Pelear con ella? No seas ridícula.

—Si es necesario… —Se había pasado la infancia luchando contra críos que la doblaban en tamaño y tenía el cuerpo desbordante de adrenalina; por proteger al pequeño, se sentía capaz de cualquier cosa—. Quédate aquí, ¿vale? Todo irá bien —ordenó a su sobrino, que lloraba en silencio, pegado a la pared.

—Esto es una locura —maldijo Oda.

A pesar de su lamento, la siguió hacia el exterior.

Cuando salieron del almacén, Alba ya se había subido al viejo descapotable de Salvador y daba marcha atrás para huir. Hizo girar el vehículo y los neumáticos levantaron una humareda de polvo al rodar sobre la tierra árida. Aceleró por el camino mientras Teresa le tiraba piedras que impactaban con la carrocería, pero el único daño que causó fueron un par de abolladuras más de las que ya tenía. Avanzó tan solo unos cientos de metros antes de que un voluminoso coche de la Guardia Civil surgiera de entre los arbustos secos que rodeaban las salinas y embistiese de lleno al descapotable, empujándolo hacia el desnivel que los separaba del mar. Se detuvieron a solo unos pasos de una caída segura.

—¡Salva!

Sonsoles corrió hacia el aparatoso accidente, pero por fortuna la mayor parte del impacto se había producido en la parte trasera del coche, donde no viajaba nadie. Se apresuró a sacar al aturdido niño de su interior y comprobó que se encontraba bien. Tenía algunas contusiones que le dejarían unos grandes moratones en su pequeño cuerpo, pero por lo demás parecía ileso. Tan pronto como la vio, el niño se echó a llorar y se aferró a ella.

—Quiero irme a casa —sollozó.

—Lo sé, lo sé. Ya queda menos —le aseguró mientras le devolvía el abrazo, aunque aún no sabía cómo iba a cumplir su promesa.

Alba bajó del coche por su propio pie, con un chorretón de sangre sobre las cejas. Tenía una brecha que le empapaba el pelo desde cerca de la coronilla. El hombre que los había embestido también descendió del destrozado coche patrulla. Juan Arias llevaba puesto un impoluto uniforme que Sonsoles había planchado con sus propias manos, y sostenía una pistola en alto.

—¿¡Qué crees que haces!? —bramó su esposa al verle—. ¡Podrías habernos matado!

—Quizá debería haberlo hecho. Me prometiste que te detendrías, que Pablo sería el último. Primero te desquitaste con el maestro y ahora… ¿Ibas a matar también al niño?

—¿Debería esperar acaso a que se haga mayor y se convierta en un monstruo como su padre?

Sonsoles estrechó con más fuerza al pequeño y retrocedió para alejarle del matrimonio, que continuó discutiendo.

—Estás loca…

—¿Y qué hay de ti? Esposo mío, ¿vas a dispararme? Procura que sea en la frente. Si no muero, puede que deje de dolerme tanto la

cabeza. Ah, ¿cómo lo llaman? ¿Una lobotomía? Apunta justo aquí. —Se dio un golpecito en la cabeza con los dedos, llenándolos de sangre.

—No voy a permitir que eches a perder todo lo que he construido, los años que he sacrificado… Prefiero verte muerta.

—Ya veo. ¿Así que ese es tu plan? Si te conviertes en viudo, tendrás vía libre para casarte con otra mujer de buena familia, una más joven, más guapa, menos loca… y seguir siendo el padre de un Vargas.

Caminó hacia Sonsoles y el pequeño, y se lo arrancó de los brazos de un tirón. Arias disparó al aire a modo de advertencia, pero no logró intimidar a la mujer, que puso el filo de la daga en el cuello de Salva. Alba retrocedió lo suficiente para quedar entre Arias y el desnivel. Un paso atrás y caería al mar embravecido por el fresco viento del anochecer y la marea alta.

—Salva… —susurró Sonsoles, impotente.

Oda y Teresa se detuvieron a su lado, igual de abrumadas que ella. Sintió como los brazos de la danesa la rodeaban para consolarla, pero también por temor a que cometiese una imprudencia.

Alba desafió a su esposo una vez más.

—¡Vamos! Dispara si quieres. ¿Crees que me importa si me matas aquí mismo? Mi vida no vale nada, antes de ti hubo otros mucho más crueles que se encargaron de hacérmelo saber. ¡Mátame! Lo mismo me da. De todas formas, no puedo soportarlo más. No quiero vivir un solo día siendo vuestro juguete. ¡Dispara!

—¿Piensas que es un farol? —Arias apuntó el arma hacia las tres mujeres—. Vosotras, poneos en fila, rapidito.

Señaló hacia el desnivel y no les quedó otra opción que obedecer. Ahí estaban las cuatro, en posición frente al pelotón de fusilamiento que consistía en un único hombre frustrado porque habían echado sus maquinaciones a perder y no podía dejar ningún testigo del desastre.

Teresa lloraba de pura rabia, con los dientes apretados, y Oda trató de usar la lógica en vano.

—Llamará la atención si desaparecemos de la nada. Y el consulado danés no se quedará quieto si hacen daño a una de sus ciudadanas.

—¿Y quién dices que os va a echar en falta? ¿Daniel? ¿Vuestras amiguitas las sirenas? —se burló el hombre. Se dirigió a Alba, la única que de verdad le interesaba—: Si sueltas al niño y dejas que te interne donde puedan hacerse cargo de ti, igual os perdono la vida.

Su esposa permaneció en la misma posición, sin ni siquiera contestar a su oferta ni fingir considerarla. El hombre escupió al suelo, exasperado.

—Está bien, entendido. ¿Por quién empiezo entonces?

Oda le estrechó la mano a Sonsoles, que contuvo el aliento. Todo su cuerpo se tensó de puro rechazo. No. No había pasado por tantas dificultades para morir a manos de ese hombre codicioso y débil. No. No había matado, perdido a su hermana, abandonado su pueblo natal y sobrevivido a la laguna azul para nada. Apretó los dedos de Oda, su adorada, bella e indomable Oda. Tiró de ella para resguardarla tras su propio cuerpo. No, no iba a morir. No ahora cuando por fin tenía razones por las que seguir adelante. «Voy a vivir. Sea como sea, viviré».

La pistola de Arias las recorrió una a una, lentamente, como si estuviese jugando al «pinto pinto», hasta que al final se detuvo en ella.

—¡Espere! ¡Déjeme que hable con Alba!

El hombre pareció más atónito que ofendido por su osadía.

—Ratoncita, ratoncita. Tan necia como siempre. Hablar no te servirá de nada, los locos no atienden a razones.

—¿Y si funcionase? Adiviné lo de las conchas, ¿verdad? Usted sabe que seré ingenua, pero no tonta. Deme una oportunidad: ella me escuchará.

Mientras hablaban, Salva lloraba y temblaba en los brazos de su supuesta madre, la mujer que debería haberle querido y protegido de los males del mundo.

Arias rumió su propuesta y acabó por decidir que no perdía nada por darle una última oportunidad.

—De acuerdo, tienes un minuto.

Oda se resistió a soltarle la mano, pero al final la dejó ir con una mirada de advertencia. «Ten cuidado», parecían suplicarle sus iris celestes. Avanzó lentamente hacia Alba, abrumada con el temor de que cualquier movimiento brusco pudiese desencadenar un desenlace fatal.

—¿Sabes qué es esto? —Sacó del bolsillo de su uniforme la caracola musical que Dolores le había entregado, con cuidado de que su cuerpo la cubriese para que Arias no pudiese ver de qué se trataba.

Los ojos de Alba se iluminaron con una chispa que jamás había visto en su semblante, siempre hastiado y lacónico. Le recordó a la voracidad con la que Brahe hablaba de la laguna azul, aunque su

anhelo proviniese del deseo de conquistar y poseer, mientras que en Alba solo veía el ansia de una hambrienta.

Alba agarró a Salva del brazo con tanta fuerza que parecía que le iba a retorcer un hueso.

—¿De dónde la has sacado? Tenía razón… Has estado en la isla. La laguna es real.

Se preguntó qué tenía aquel retorcido cuento para hechizar a personas hechas y derechas como el maestro y ella hasta el punto de hacerles perder el norte. Pero quizá pudiese emplear esa fascinación en su favor.

—¿La quieres? Es tuya. —Se la tendió y la mujer la estudió con una mueca de recelo en sus finos labios.

—¿A cambio de qué? ¿Del crío? ¿Y luego qué? ¿De dejar que ese necio me dispare?

—Conoces el poder de las conchas. El que concede el sonido de esta caracola es mil veces más fuerte. Ese hombre no podrá ponerte un dedo encima.

Por supuesto, acababa de inventárselo. Según el informe del teniente coronel, no había magia alguna en las conchas, solo una sustancia tóxica. Pero lo que importaba era que Alba sí creía que una caprichosa y mordaz diosa los observaba desde la luna. La promesa del poder, y con él la libertad, que había buscado durante tanto tiempo resultó demasiado tentadora. Empujó al chiquillo a un lado y le arrancó la caracola de un tirón a Sonsoles para llevársela a los labios. Inspiró hondo y sopló con ímpetu. Pero no brotó un solo sonido de su interior. Sopló y sopló hasta que su rostro se tornó rojo por el esfuerzo. Silencio. Lo único que se oía era el rumor de las olas y el viento.

Alba alzó la vista hacia ella, con una acusación en sus pupilas dilatadas.

—Me has engañado.

Sonsoles nunca había tratado de tocar aquel peculiar instrumento, así que no tenía ni la menor idea de por qué no emitió su conmovedora melodía. Sin embargo, no tuvo tiempo de explicarse. El estruendo de un disparo quebró el silencio y el cuerpo de Alba se sacudió. Por un momento pareció que iba a precipitarse hacia atrás, pero logró mantener el equilibrio. Un sonido hueco brotó de sus labios, un quejido de dolor e incredulidad. Se llevó la mano al centro del pecho, de donde empezaba a brotar la sangre, y observó sus dedos empapados. Rio para sí con acritud. El ultraje parecía incluso mayor que el dolor.

—¿Tanto… miedo me tienes?

Su cuerpo se encorvó hacia delante y acabó por caer de rodillas sobre la tierra seca y pedregosa.

Sonsoles giró el rostro de Salva para que no viera lo que ocurría, pero el niño se zafó de su niñera y corrió hacia la mujer, ignorando a Arias y su arma en alto.

—¡Madre! ¡Madre! —sollozó el pequeño, a pesar de que Alba jamás le había entregado una sola pizca de cariño, aunque le hubiese puesto una daga afilada en el cuello.

—¿Por…? ¿Por qué haces eso? —preguntó confusa ante el afecto de Salva—. ¿Qué quieres de mí?

El niño no respondió al reproche, sino que se limitó a seguir llorando y a llamarla una y otra vez. «Madre. Madre. Madre». Tras permanecer inmóvil durante unos segundos, Alba le devolvió el abrazo. Quizá porque la desesperación del niño le recordó a la suya

propia, o porque le conmovió aquella muestra de amor. Tal vez la ablandó la cercanía de la muerte. Era la primera vez que estrechaba a aquel que todos creían que era su hijo.

—Estás muy frío… —masculló, mientras le acariciaba la nuca con la misma cautela que quien tiende la mano hacia un osezno enjaulado—. Salvador… su piel siempre estaba caliente.

La paciencia de Arias prendía de una mecha muy corta, y enseguida comenzó a despotricar.

—Maldito mocoso. ¡Apártate! No he acabado con ella.

Alba se señaló a la frente con un movimiento torpe, al ralentí. Se golpeó justo en el centro, sobre el entrecejo.

—Te dije que… disparases aquí. Sigues teniendo… mala puntería. Acércate… si te hace falta.

—Ya que insistes tanto, es el deber de un esposo cumplir los deseos de su mujer.

El hombre dio uno, dos, tres, cuatro, cinco pasos. Recorrió la distancia entre ambos y agarró a Salva del cuello de la camisa, empapada de sangre. Tiró de él hacia atrás y le arrojó contra el suelo. Después alzó la pistola y la puso a bocajarro sobre la frente de Alba.

—¡No! ¡Por favor! No está bien, esto no está bien. Delante del niño no —rogó Sonsoles.

Pese a sus crímenes, Alba debía ser juzgada, no ajusticiada por un hombre que no dudaría en matarlas a todas por ser testigos de su crimen. Tenía que detenerle, evitar que apretase el gatillo. Pero estaba desarmada, era más débil que él y tenía miedo.

El cielo se había tornado de un hermoso rosa anaranjado a su alrededor, estampado por nubes de algodón. Las olas rompían

contra las rocas con sonoros rugidos. Olía a mar y a tierra arenosa, la misma que le raspaba debajo de las rodillas. Quería vivir. Quería vivir para seguir viendo, oliendo y escuchando cosas hermosas. Vivir para acariciar el pelo de Oda y besar la sal de su piel, para abrazar a su sobrino y bailar a escondidas. Para escuchar, al menos una vez más, el canto de las sirenas. Tal vez aún estuviese a tiempo.

La caracola.

Estaba al alcance de su mano, desprotegida. ¿Le ayudaría la Luna si le rogaba?

Arias llevó el dedo al gatillo.

—Ojalá hubieses parado cuando te lo pedí. Pero no puedo confiar en ti, aunque me supliques.

—Dispara de una vez, cobarde —le retó Alba.

Sonsoles extendió la mano hacia la caracola, la tomó del suelo y se la llevó a los labios. Era la primera ocasión en que la tocaba y solo había visto a las sirenas utilizarla una vez, así que su sonido distaba mucho de ser tan perfecto e hipnótico como el que entonó Victoria. Pero resonó con la fuerza suficiente para que Arias se girase en su dirección, tapándose los oídos con una mueca de dolor. Era el único que parecía estar sufriendo a causa de la música de la concha. Sonsoles movió los dedos por el interior del suave nácar y el aullido se convirtió de repente en una melodía.

—¡Para! ¡No dejaré que me envenenes la mente! —gritó Arias por encima de la música. Apuntó su arma hasta Sonsoles, y fue Oda quien le bajó el brazo para que dejase de tocar por miedo a que le disparasen—. ¡Te he dicho que pares! —exigió Arias, pero el sonido no procedía de ella.

El canto de sirenas sonaba más distante, más entonado: se trataba de un coro en toda regla. Decenas de voces cantaban a una desde el mar.

—Sirenas… —Alba se echó a reír—. Creí que nunca vendrían.

«Ha perdido el juicio», pensó Sonsoles, aunque ella tampoco pudiese explicar qué era aquel fantasmagórico eco que logró erizarles la piel a todas.

Alba se puso en pie, a pesar de las advertencias de Arias y de la herida en su pecho, que seguía sangrando a borbotones.

—¡Ya voy! ¡Por fin voy a ser libre! Pero… nunca aprendí a nadar. Quizá… quizá sea una prueba. Una última prueba. No tengo miedo.

Ante el horror de Arias, le agarró por la cabeza, enganchándole entre sus brazos, y se dejó caer hacia atrás, haciendo que el equilibrio de ambos vacilase a pesar de los intentos del teniente coronel por contrarrestar el peso de su esposa. Se quedaron así, suspendidos un momento entre el vacío que llevaba al mar y la tierra.

Fue Teresa quien corrió hacia Arias para asestarle un último empujón.

—¡Esto es por mi hermano! —gritó entre sollozos.

El matrimonio cayó al mar, pero no sin que antes, en el último momento, Salva tomase la mano de Alba y la acompañara en la caída.

—¡No! ¡Salva! Oh, Dios mío… Salva…

Sonsoles se asomó al agua picada por el viento. No había rastro de Arias o Alba, pero sí que pudo distinguir la cabecita casi rubia de Salva hundiéndose y flotando, una y otra vez.

Teresa permanecía inmóvil, con los puños apretados y la respiración agitada. Si alguno de los tres moría esa noche, ¿se convertiría en una sirena como Victoria o en un monstruo como Alba?

A su lado, Oda no dudó en quitarse los zapatos y quitarse el vestido por encima de la cabeza para que el peso no la hundiese.

—No hay demasiada altura y la playa está cerca. Creo que podré llevarlo hacia la orilla.

—Oda… —Sonsoles le sostuvo la mano un momento, porque el temor a perderla la hizo egoísta. Ella pudo ver a través de su miedo.

—No te preocupes, soy la mejor nadadora de toda Fontanada. —Le dio un beso en la mejilla antes de saltar al agua.

Sonsoles corrió hacia la playa como si el resto de su vida dependiese de ello. Corrió desesperada a pesar de las protestas de sus músculos doloridos y la angustia que le encogía el corazón. Y, al llegar a la arena, siguió corriendo hasta meter los pies en el agua. Allí hizo sonar de nuevo la caracola, para que Oda pudiese encontrar el camino de vuelta a ella.

«Por favor, Luna, Virgen María, quien sea. Si me escuchas, si estás ahí, sálvalos».

Siguió soplando, aunque se quedase sin aliento una y otra vez, hasta que vio una melena dorada en el horizonte que cargaba a cuestas una pequeña figura de piel blanca como la espuma de mar.

«Gracias», pensó, antes de desplomarse donde rompían las olas.

53

A Alba Vargas y su esposo Juan Arias se les consideró desaparecidos en un accidente marítimo. Nadie sabía exactamente cómo habían llegado hasta el agua, solo que el mar se los había tragado. Todos los barcos que había en el puerto trataron de encontrarlos, pero finalmente el cuerpo de Juan apareció putrefacto flotando varios días después en un pueblo a treinta kilómetros de Fontanada. A Alba no la hallaron jamás. La desgracia había vuelto a sacudir a aquella familia, con tanta crueldad que ni siquiera recuperar a su nieto perdido fue suficiente para consolar a la señora de Vargas. Cuando escuchó las noticias sobre su hija y su yerno, su corazón, supuestamente sano, se resintió. Tan pronto como supo que su nieto había sido ingresado en el hospital tras su rescate, y que estaba inconsciente después de haber pasado unos largos minutos sin respirar y tragando agua, se apresuró a verle, ignorando el dolor en el pecho y los sudores fríos. Apenas tuvo tiempo de estrecharle entre sus brazos y dar gracias al cielo. En cuanto se aseguró de que la estirpe de los Vargas no se extinguiría, se desplomó en el sitio. La atendieron corriendo y lograron regalarle unos pocos días de más en los que se negó a recibir ninguna visita; estaba ocupada rumiando, maldiciendo, jurándose que averiguaría quién se había atrevido a herir a su familia y que se vengaría para recobrar su orgullo. El

nuevo teniente coronel de la Guardia Civil acudió a interrogarla al hospital, pese a las tímidas protestas de los doctores, que recomendaban reposo y tranquilidad a la paciente. Estaba investigando la muerte de su hija y su yerno. Le preguntó, sin ningún pudor, si ambos habían acabado arrojándose al mar por una cuestión de honor. El hombre le aseguró que, si así era, cerrarían el caso, pues se trataba de un asunto privado de la familia. Aunque la verdad fuese mucho más horrenda, las insinuaciones que ponían en cuestión la virtud de su hija la hicieron salir de la cama y echó al hombre de la habitación a gritos: «¿Es que no sabe quién soy?», le espetó, furiosa. Por supuesto que lo sabían, pero su apellido ya no se temía, solo se compadecía. Al final, los Vargas habían resultado ser tan solo una familia sumida en una continua desdicha. De pronto le faltó el aire y perdió las pocas fuerzas que le quedaban. «Lo he protegido, Salvador. Lo he protegido para ti» fueron sus últimas palabras, aunque las enfermeras y los doctores que la escucharon ignoraban si se refería a su hijo o su nieto, ni qué era aquello que había protegido con tanto tesón. Enterraron a la matriarca en el panteón familiar, junto a un ataúd vacío que simbolizaba a Alba. Carlos Vargas, postrado en su silla, debía de estar riéndose de las desdichas de esas mujeres traidoras que le habían ido envenenando poco a poco.

En cuanto a Daniel, se convirtió en la persona que nadie esperaba de él. Soportó todos los reveses del destino de una forma estoica y aceptó la pesada carga sobre sus hombros. Para regocijo del señor Alvarado, siguió adelante con el acuerdo de ceder la explotación de parte de sus tierras a cambio de un porcentaje de los beneficios. El promotor inmobiliario construiría allí un hotel de quince

plantas y un campo de golf. Prometió que sería el edificio más alto de la región, el primero de muchos. A Daniel, al contrario que a su madre, no le importaba si el cielo de Fontanada se veía invadido por rascacielos ni tampoco pretendía perpetuar ningún legado, solo asegurar una vida cómoda para las personas que le importaban, sin demasiados dolores de cabeza. Conservó una parte de las salinas para mantener al mayor número de empleados posible, aunque en los años que pasó al frente de ellas el beneficio económico que producían no dejó de menguar. Quizá por eso la cerró cuando casi toda la plantilla se había jubilado o había conseguido otro trabajo en la hostelería o el turismo. Tal y como el alcalde había augurado, el futuro acabó por llegar a la ciudad y fue imposible detenerlo. Pero el boom de Fontanada aconteció muchos años después, cuando los crímenes del misterioso asesino que la atemorizó durante un caluroso verano se habían convertido en un misterio por resolver, una leyenda más de la ciudad, que servía para entretener a los turistas extranjeros, a quienes la historia les resultaba aterradora de una forma pintoresca, igual que las novelas negras que leían antes de dormir.

Solo había seis personas que sabían la verdad sobre los asesinatos. Dos eran los niños, que tardarían muchos años en comprender lo que habían vivido. Teresa se marchó de la ciudad en cuanto pudo y nadie volvió a tener noticias suyas. Los otros tres eran Sonsoles, Oda y Daniel. Al señorito le contaron lo sucedido cuando aún estaba en cama, con tanto tacto como les fue posible, dadas las circunstancias. Sin embargo, tal y como Sonsoles sospechaba, a Daniel no le sorprendió que su hermana fuese una asesina.

—Ya lo sabías, ¿verdad? Por eso estabas dispuesto a asumir la culpa.

El joven asintió a modo de confesión.

—En el primer momento me extrañó el comportamiento de mi cuñado, por qué me detenía cuando sabía que yo no había matado a nadie. Nos habíamos visto en el hotel Costa de Sal y, de hecho, estaba con él cuando mataron a Pablo. También me preguntaba por qué parecía tan seguro de que el asesino no volvería a actuar… Entonces Juan me confesó lo que había hecho mi hermana, para hacerme callar. Iba a detenernos a uno de los dos y me dio la opción de elegir, así que lo aguanté todo para que no tuviese que sufrirlo ella. Quise creer que mentía; incluso después de los golpes, del hambre, de las largas noches en la oscuridad, a solas con mi angustia, deseé que el mal trago hubiese sido en vano, que se tratase de un farol de mi cuñado. Pero Alba lo confirmó cuando volví a casa. —La voz se le entrecortó y los ojos se le empañaron—. Nunca pude protegerla. Cuando era niño trataba de pasar desapercibido para no enfadar a mi padre, aunque a veces era impulsivo y la castigaban por mi culpa. Cuando él se quedó en ese estado y Salvador murió al poco tiempo me rebelé, traté de recuperar todo el tiempo que había pasado obedeciendo, pero no me di cuenta de que Alba no podía hacer lo mismo que yo, de que ella seguía atrapada. Aunque siempre juzgase a mi familia, resulta que nunca fui mejor que ellos.

Sonsoles trató de reconfortarle acariciándole el brazo como si fuese un chiquillo, pues de nada valían ya los formalismos entre señorito y criada.

—No te culpes por cosas que no has hecho tú. Es un hábito al que es fácil acomodarse y que a veces te ofrece consuelo, pero no te hará ningún bien. Centra tus energías en lo que puedas hacer por los que aún están.

Daniel se quedó mirando a la niñera, aturdido, como si tuviese la vista clavada en el sol y aun así pudiese ver con claridad. Tras unos momentos prometió que lo intentaría. A pesar de su determinación, no sería fácil. Alba había seguido a sus amigos y conocidos en busca de la concha azul que indicaba que eran, a sus ojos, culpables a la espera de recibir su condena. La única hija de Carlos Vargas y su leal esposa no había dejado atrás ningún diario o carta, ni siquiera una anotación en alguno de sus libros que pudiera arrojar luz sobre el porqué de sus actos. Quería convertirse en una sirena, pero ¿por qué había llegado a obsesionarse con aquellas criaturas de leyenda? ¿Había sido solo porque Victoria se había convertido en una de ellas? La muerte de Salvador fue un accidente funesto y, aunque ambas cargaban con ella en la conciencia, una de las dos había recibido la libertad a cambio, mientras que a la otra se la había condenado a permanecer para siempre en el palacete de los Vargas, como esposa de un hombre al que despreciaba y como madre de un niño que le recordaba los pecados de su familia y los suyos propios. ¿Por qué? ¿Por qué la Luna otorgaba a una lo que le negaba a la otra? Tenía que haber algo que pudiese hacer, alguna forma de tornar la balanza a su favor, de demostrar que ella se merecía más los dones de una sirena. Puede que hubiese un anhelo detrás de su sed de sangre, el ímpetu por recuperar a través de aquellas vidas que robaba el tiempo y juventud que también le habían arrebatado, una forma indirecta de volver a castigar a su hermano y su padre una y otra

vez, de conseguir la sensación de control sobre un mundo que nunca le había dado la opción de elegir qué quería ser. Nunca podrían saberlo a ciencia cierta.

El único atisbo de todo cuanto ocurría en el corazón de Alba solo podían intuirlo a través del diario que Juan Arias llevaba con un celoso rigor. Lo encontró Sonsoles mientras ponía en orden las pertenencias del teniente coronel. Estaba guardado a simple vista en uno de los estantes. Era un cuaderno con las tapas de cuero, en el que detallaba todas las miserias de los Vargas en el caso de que algún día necesitase recurrir a ellas. Al principio se trataba de notas intrascendentes aquí y allá. Una discusión en la cena provocada por las dudosas aficiones del señorito Daniel, una pesadilla de Salva, un comentario ponzoñoso de la señora de Vargas dirigido a uno de sus aliados. Sin embargo, a partir de la muerte de Pablo Soler, se convertía en la paranoia creciente de un hombre en una encrucijada, una especie de relato de terror. Había descubierto que su esposa, a la que no guardaba ninguna estima, pero a la cual estaba ligado su porvenir, era la criminal más peligrosa y sanguinaria que jamás había conocido. La despreciaba, pero sobre todo la temía, y a veces soñaba con ser el siguiente en su lista. Cada vez que alguien hablaba de ellas o veía una de esas condenadas conchas se le indigestaba la comida. Pese al horror que le producía, debía protegerla. Si se llegaba a descubrir que el asesino era la esposa del teniente coronel de la Guardia Civil, nada menos que una Vargas… sus dos fuentes de poder en Fontanada se convertirían en charcos secos.

«Que un hombre arrebate una vida de forma tan violenta y explosiva no es nada fuera de lo común. Pero hay algo mezquino en

esa mujer tan frágil y enfermiza. Es un monstruo sediento que cualquier día vendrá a por mí. Nunca debí casarme con ella. Tengo que salir de esta casa. Pienso en llevarla lejos, donde no pueda seguir matando, pero, demonios, no quiero quedarme solo con ella. ¿Y si me mata mientras duermo? ¿Y si me envenena como hizo con su padre? Sería mejor encontrar la forma de matarla antes de que acabe conmigo».

Según sus diarios, había ido al hotel Costa de Sal la noche del asesinato para intermediar entre Alvarado y el alcalde, y ya de paso asegurarles que encontraría una forma de convencer a su suegra para que cooperase con sus planes. Alba insistió en acompañarle, pero se ausentó en mitad de la cena alegando un dolor de cabeza. Más tarde tropezó con su esposa cubierta de sangre en uno de los pasillos del hotel. Había sido toda una suerte que la encontrase él y no otro. La llevó hasta su habitación creyendo que estaba herida. Le preguntó qué había ocurrido, quién le había hecho aquello, pero enseguida descubrió que la sangre no le pertenecía a ella. «Lo he matado», admitió sin más. Ni siquiera tuvo que presionarla. «¿Qué pasa? ¿No me ves capaz?». Se dio una ducha como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo común y Arias se quedó sentado al borde de la cama, creyendo que despertaría de una pesadilla en cualquier momento.

Cuando salió del baño, cubierta con un albornoz y con el pelo húmedo, Alba se tomó un par de pastillas para las migrañas y se lo contó todo, tumbada sobre la cama y con los ojos cerrados.

No había empezado a matar por su propia voluntad. Descubrió que su hermano había estado apostando otra vez y fue a escondidas a las salinas para confiscarle todas sus ganancias. No quería que su

madre descubriese el nuevo vicio de su hijo si le daba por husmear en la caja fuerte, porque, como siempre, lo acabarían pagando entre todos en el palacete. Así que pensó que, si se llevaba su botín, entonces Daniel escarmentaría. Cuando llegó al despacho, se encontró con que ya había alguien allí. Un desconocido había forzado la caja fuerte y, al verse descubierto, trató de matarla para que no pudiese denunciarle. Alba le contó que sudaba tanto que parecía venir de nadar del mar y que estaba fuera de sí. «¿El efecto de las toxinas?», había anotado Arias días más tarde, con un bolígrafo de otro color.

Él la golpeó y ella corrió para intentar salvarse, pero el hombre fue más rápido y la atrapó junto a los montículos de sal. Tenía la daga en la mano y la amenazó con ella. Alba le prometió una cuantiosa suma de dinero si la dejaba ir. Le aseguró que conocía la contraseña de la caja fuerte de su madre y que ahí era donde estaba la verdadera fortuna. Si le entregaba la daga para asegurarse de que no le haría daño más tarde, le daría todo cuanto quisiese: oro, pagarés, billetes. La promesa sonaba demasiado tentadora y la mente del hombre no estaba muy centrada, así que la avaricia aceptó por él. Cuando Alba tuvo la hoja en la mano, la utilizó. «¿Estaba débil por el veneno?», escribió Arias, en un intento por entender el crimen. Mientras leía el relato, Sonsoles pensó que no había sido solo por eso por lo que había logrado matar a un hombre que le doblaba el tamaño. Ninguna de las víctimas creyó que Alba, tan quejica y enclenque, con ese semblante anodino y de expresión mustia, pudiese suponer peligro alguno. A todos los sorprendió con la guardia baja y lo pagaron caro por subestimarla. De manera que le mató. Le mató como había fantaseado con hacer mil veces con su

padre. «Ya está, esta vez no cabe duda. No ha sido ningún estúpido accidente. Me he manchado las manos de sangre. Al fin seré una sirena, seré libre», debió de pensar, pero, cuando se lanzó al mar, no ocurrió nada. La Luna insistía en rechazarla una y otra vez. Por eso continuó probando.

El siguiente fue ese mujeriego que pasaba de ser encantador con las mujeres a abandonarlas, deshonradas y señaladas, cuando ya había conseguido lo que quería. Siguió a su hermano, convencida de que la llevaría hasta otros malnacidos que llevasen conchas azules, y no se equivocó. A Javier le vio fumando en la puerta del Yé-ye con Daniel una tarde-noche y reconoció el amuleto de las sirenas en la distancia. Aunque fuera vestida con colores oscuros y mucha tela, prendas que le daban la apariencia de una mujer mayor de lo que realmente era, y no fuese demasiado agraciada, no le costó convencerle para que la acompañase a la playa. Le convenció para que se metiesen en el mar y allí le mató, cuando empezaba a desabrocharse los pantalones. Volvió a fallar en su empeño de convertirse en sirena y probó suerte con Ricardo, un muchacho caprichoso y desagradecido. Lo planeó cuando supo que su hermano iba a acudir a un concierto de su grupo, esperó paciente y aprovechó cuando le dejaron solo. Él la reconoció y la saludó con una sonrisa, sin tener ni idea de lo que ella planeaba. Tuvo que huir cuando se acercó esa condenada extranjera, antes de asegurarse de que estaba muerto, pero por suerte Ricardo no llegó a revelar su nombre.

Aquello tampoco bastó: seguía teniendo dos piernas en lugar de una vigorosa cola de pez. Así que, cuando mató a Pablo Soler, creyó que la Luna por fin reconocería el mérito de todo su esfuerzo. Todos

en la alta sociedad de Fontanada sabían lo mucho que le gustaban las mujeres del servicio al hijo del alcalde y que no les preguntaba si el sentimiento era mutuo. No se creyó la suerte que tenía cuando le vio en el Costa de Sal por pura casualidad. El hombre estaba fuera de sí, llorando porque temía que le castigasen por lo que había hecho si sus víctimas no le perdonaban. Alba se ofreció a consolarle con un aire maternal, dejó que se apoyase sobre su regazo y le acarició el cabello de la nuca y el cuello, húmedo por el sudor. Era el contacto más íntimo que había tenido jamás con un hombre que no fuera su marido, quien ni siquiera en su noche de bodas le había prestado demasiada atención. La exaltación que sintió en el pecho no le impidió completar su misión.

Luego llegó Brahe. Alba corrió a contarle lo ocurrido a su esposo, como si fuese su confidente en lugar de un hombre que la despreciaba. No disfrutó matando al maestro, pues él no golpeaba ni forzaba a las mujeres ni a los que consideraba más débiles, pero eso no significaba que no se lo mereciese, claro. Su violencia era distinta, la que se basaba en mirar por encima del hombro y usar su lengua viperina para salirse con la suya. Siempre la había tratado como si su opinión sobre su propio hijo careciera de valor. Era cierto que le importaban poco los quehaceres del niño, pero, a ojos del mundo, era su obligación criarlo. Así que ¿cómo se atrevía a ningunearla así? Y luego estaba su extraña obsesión con las sirenas. Qué vicio tan desagradable en un hombre adulto. En cuanto le dijo que sabía cómo llegar hasta la laguna azul, le abrió las puertas de su casa de par en par, y ni siquiera pestañeó cuando sacó un cuchillo con el argumento de que con una pequeña ofrenda de sangre

valdría, solo un pequeño cortecito. En el dedo meñique, quizá en la muñeca o, mejor aún, en la yugular.

Pero nada parecía contentar a los astros que debían transformarla; solo quería una cola de escamas, una lo bastante robusta para poder nadar lejos de Fontanada. ¿Por qué? ¿Por qué no la aceptaban entre las suyas? ¿Es que la estaban poniendo a prueba? ¿Querían comprobar si su fe era real?

Alba cayó finalmente al mar creyendo que aún tenía algo que demostrar, y Sonsoles se preguntaba si lo habría conseguido. Si el océano por fin la habría aceptado o si todo el dolor que había sentido y causado la había arrastrado hasta el barro del fondo marino.

Después de leer el diario se lo entregó a Daniel, y él lo presentó como prueba de la culpabilidad de su hermana. El nuevo teniente coronel lo desestimó diciendo que solo se trataba de una fantasía sin sentido, aunque también contenía la confesión de su predecesor sobre la manipulación de la investigación. Aquel tipo, al que habían enviado a aquella pequeña ciudad sin importancia a falta de un par de años para jubilarse, no quería lidiar con complicaciones innecesarias, así que liberó a las sirenas cautivas a condición de que no volviese a vérselas por la ciudad. Ya habían causado suficiente división entre los vecinos.

Victoria y las suyas no eran las únicas dispuestas a marcharse de Fontanada para siempre. Oda Lund, que tantos suspiros y recelos había causado en Fontanada, preparaba las maletas. Se había cansado de ser la sirena del hotel Costa de Sal y la extranjera sin decoro. Había llegado el momento de volver a su Dinamarca natal y empezar una nueva vida, una en la que no seguiría los pasos de su

madre, pero tampoco se escondería de su pasado. Desde que les anunció su partida, Sonsoles se descubría a sí misma llorando por la causa más absurda, como podía ser hallar una araña muerta, patas arriba y encogida, tras unas cortinas mientras limpiaba, o que se le cayeran al suelo las gachas que la cocinera acababa de preparar para Salva. Por suerte estaba ocupada la mayor parte del tiempo.

Además de ayudar a Toño a estudiar, o más bien acompañarle, porque no entendía la mitad de lo que ponía en esos pesados libros de texto, seguía trabajando como niñera. En los últimos tiempos su labor era más bien la de asegurarse de que ni Daniel ni Salva, convertidos ahora en los únicos habitantes de la casa, perdieran del todo el juicio. Iba de uno a otro para cerciorarse de que habían comido y de que salían al jardín a tomar el fresco al menos una vez al día. Se ofreció también a cuidar de Carlos Vargas; ahora que Alba no estaba, alguien tendría que hacerlo. Pero Daniel se negó en redondo. «Nadie que no lleve su sangre debería cargar con él». Era su forma de protegerla de sus muy ocasionales pero impredecibles arranques de ira. Aunque quizá ya no tuviese fuerzas ni para eso. El hombre estaba adelgazando a una velocidad escalofriante.

«Le quedan dos días al pobre —decía Merche en la peluquería sin pudor, pues ya nadie temía airear los secretos y miserias de los Vargas—. Es bien sabido que los hombres, cuando enviudan, mueren al poco. Las mujeres, en cambio, sabemos vivir sin ayuda de nadie». Su clientela se había visto mermada tras el incidente de las conchas, y Amparo, por ejemplo, se negaba a saludarla cuando se cruzaban en el portal o en el mercado, pero, aparte de eso, poco o nada había cambiado en el barrio de la Albufera. Por lo general, los vecinos estaban deseosos por olvidar todo lo ocurrido. Pronto

llegaría el otoño y dejarían atrás aquel extraño verano para siempre. Tras un esfuerzo hercúleo, Toño aprobó el examen de septiembre para el acceso al bachillerato y, gracias a las instrucciones que había dejado el señor Brahe, lo admitieron en la escuela. Incluso recibió una beca completa que incluía un uniforme nuevo, según sospechaba Sonsoles, gracias a una cuantiosa donación del señorito Vargas. El niño seguía siendo igual de revoltoso y ya había rozado los pantalones tras una caída jugando al balompié en el patio del recreo, de manera que Sonsoles estaba sentada en el sofá de casa cosiéndole un remiendo cuando llamaron a la puerta. Creyó que sería alguna de sus vecinas, así que le pidió al niño que fuese a abrirla por ella.

Se clavó la aguja de la impresión cuando descubrió a Oda Lund en carne y hueso en la entrada de su humilde piso.

—¡Ay! —Se chupó el dedo por reflejo y la danesa se apresuró a sentarse a su lado.

—¿Te has hecho daño? Deberías usar un dedal.

Sonsoles no fue capaz de contestar nada y se quedó paralizada mientras Oda le sostenía el dedo con delicadeza. Aunque solo llevaban unas semanas sin verse, la notaba cambiada. Se había cortado el pelo, dañado por la sal y el sol del verano, y se lo peinaba hacia un lado con un adorable bucle. Su nuevo estilo le hacía parecer algo mayor, pero también más segura de sí misma. Además había sustituido sus conjuntos de última moda, los mismos que provocaban la ira de los fontanadinos a la par que su fascinación, por un discreto vestido de color turquesa que le llegaba por debajo de las rodillas, la clase de prenda que una madre bien llevaría para recoger a sus hijos al colegio. Sonsoles no estaba segura de qué le

resultaba más chocante, si verla en mitad de su salón, sentada ante ella, o la discreción de su vestimenta.

—¿Quién es? —preguntó su esposo, que estaba en la cocina troceando la última sandía de la temporada.

Miró a la peculiar intrusa con un gesto de confusión, como si pensase que tenía que haberse equivocado de piso. A Antonio no le interesaban los chismes locales, ni tampoco los de ninguna parte, así que era probable que ni siquiera hubiese oído hablar de la famosa mujer fatal de Fontanada.

Oda se puso en pie y le tendió la mano con seguridad, igual que si aquello fuese una reunión entre hombres de negocios.

—Mi nombre es Oda Lund, soy amiga de su… esposa. —Trató de sonreír al pronunciarla, pero Sonsoles supo que la palabra se le había atragantado.

—¿Amiga? —preguntó Antonio, que a juzgar por su ceño fruncido debía de estar pensando que esa amiga en concreto no se parecía en nada a Paula y a Silvia, o a las demás mujeres casadas con las que se juntaba Sonsoles después de misa—. Claro, bueno. Si quiere tomar algo, estábamos a punto de merendar. —La invitó luego a tomar asiento, un sencillo gesto que en él suponía un esfuerzo colosal por ser sociable.

La danesa no se movió.

—En realidad he venido porque quería proponerles algo a usted y a Sonsoles. Verá: aunque haya pasado aquí una temporada, soy dueña de una pequeña tienda en Copenhague.

Sonsoles ladeó la cabeza, incrédula. Había las mismas posibilidades de que se tratase de una flagrante mentira que de que,

en un impulso, Oda hubiese comprado un local para montar su tienda.

—Ah… ya veo. Entonces veranea en Fontanada… —asintió el hombre, sin comprender muy bien a santo de qué venían su visita y su discurso.

—Oda nada como una sirena, ¿a que sí? —dijo el niño de pronto.

El padre pareció sorprendido de que su hijo conociese de algo a aquella extraña mujer.

La danesa, que no se entendía demasiado con los niños, se esforzó por sonreír.

—Sí, por eso venderé… vendo biquinis en mi tienda. Sé que no gustan mucho en el sur, pero en Dinamarca es una prenda de lo más normal. También ofrezco sombreros, bolsos de playa, vestidos y joyas. Estas últimas las fabrico yo misma. Aprendí aquí, en Fontanada.

Sonsoles escuchaba todo aquello sin dar crédito a lo que oía y preguntándose hasta dónde pretendía llegar con aquella sarta de invenciones. Por suerte, la danesa no tardó en sacarla de dudas.

—Me gustaría contratar a Sonsoles para que trabaje conmigo en mi taller, si no le importa. Me consta que es una excelente costurera. Recibirá un buen sueldo y, por lo que tengo entendido, es habitual que las mujeres españolas que trabajan fuera manden «remesas» a su país.

El español de Oda era casi perfecto, pero se notaba por la debilidad de sus eses que había aprendido el término solo para usarlo en esa conversación.

El corazón de Sonsoles comenzó a martillearle el pecho, desbocado. ¿De verdad no estaba en mitad de un sueño? «No te

ilusiones. Oda no lo sabe, pero es imposible. No te atrevas a fantasear con ello», se suplicó a sí misma. Pero no logró reprimir las detalladas escenas que empezaron a sucederse en su mente. Oda atendería a las clientas, al menos al principio, hasta que ella aprendiese el idioma. ¿Sería capaz de dominar el danés algún día? Mientras tanto, se dedicaría a tomar las medidas de las clientas que necesitasen arreglos. Podría pasar el día a su lado, mirándola de reojo, acariciándole la mano a escondidas cuando no hubiera nadie a la vista, robándole besos… Qué pueril, qué necia.

Antonio, como le correspondía, se encargó de reventar su burbuja.

—Sí, claro… Las chicas solteras van a veces a servir a Francia o Alemania. Pero que una mujer casada se marche tan lejos de su casa…

—Quiero ir.

Sonsoles se escuchó a sí misma sin dar crédito del impulso que la había llevado a hablar. Miró a su cuñado con una súplica escrita en los ojos.

—¿No…? ¿No estás bien con nosotros? —preguntó.

Desde su conversación, Antonio se había esforzado mucho por ser un buen compañero. Nunca habría amor entre ellos ni anhelo alguno, pero compartían el objetivo común de darle a Toño una buena infancia y todo el cariño que pudieran. Aunque ninguno de los dos llegaría a ocupar la enorme oquedad que había dejado Rocío atrás, quizá pudiesen disimularla.

—Sí, claro que sí. Es solo que… Olvida lo que he dicho. —Se arrepintió enseguida de haberlo pensado siquiera.

¿Cómo podía ser tan necia?

Oda no dijo nada mientras ellos debatían, pero tampoco mostró ninguna intención de retractarse o ceder. Antonio las miró a ambas y le bastó un vistazo para comprender que había muchas cosas que ignoraba sobre su esposa.

—Toño… ¿por qué no bajas a jugar con tus amigos un momento? —dijo Antonio, pero el niño hizo un mohín.

—¿Se va a ir la tata? ¿Por eso me mandas a la calle?

—Los mayores tenemos que hablar. Si te bajas ahora, te daré tres pesetas para un helado.

Por mucho que quisiese a su tía, el niño se dejó sobornar con la promesa de algo dulce.

Tan pronto como Toño cruzó la puerta, Antonio les pidió a ambas mujeres, con una seriedad ceremonial, que se sentaran. La pierna de Sonsoles rozó la rodilla de Oda en el estrecho sofá y la retiró con tanto ímpetu que se sonrojó hasta las orejas.

Su esposo suspiró.

—Si se va a llevar a nuestra Sonsoles, antes tiene que aclararme en qué condiciones va a estar y cómo va a vivir. No permitiré que pase penurias en uno de esos fríos países de ahí arriba.

—Antonio… —A Sonsoles la voz se le quebró, ahogada en una mezcla de gratitud e incredulidad. Pese a tener su permiso, negó con la cabeza—. No puedo. Toño acaba de empezar la escuela y, aunque es listo, tendrá que adaptarse y coger el ritmo. A lo mejor los otros niños son mezquinos con él por estar becado, y tú tienes que buscar trabajo hasta que vuelvan a abrir las salinas. No es un buen momento, yo… yo… se lo prometí a Rocío.

Su cuñado se inclinó hacia ella y le apoyó la mano sobre el hombro, el contacto más cercano que habían tenido en semanas. La

estrechó con fuerza y la miró a los ojos. En su mirada cansada Sonsoles vio pena, pero, sobre todo, un inmenso alivio.

—Ve. Ve y vive tu vida. No te preocupes por nosotros. Tampoco hace falta que nos mandes dinero, pero lo aceptaremos si decides hacerlo. Y por los vecinos tampoco te preocupes, dirán que soy un esposo inútil por hacerte trabajar, pero es lo que he sido todo este tiempo. Además, todos saben que eres la fuerte de los dos. Escucha… —La voz se le entrecortó por la emoción que trataba de ocultar a toda costa—. Rocío… estaba enferma y tenía miedo porque dejaba a su hijo atrás, pero Toño está bien, y ella no habría querido que le dieses la espalda a una oportunidad así por su causa. Ve. Te lo mereces.

Un par de lágrimas silenciosas cayeron por las mejillas de Sonsoles y se apresuró a secárselas con el dorso de la mano. Las emociones apenas le cabían en el pecho. Euforia, pero también miedo. Uno muy parecido al que había sentido cuando dejaron el Pueblo atrás y emprendieron el rumbo a Fontanada. En esa ocasión tenía a su lado a Toño y a Antonio para armarse de valor y, ahora, sería Oda la que tomaría su mano para asegurarle que todo iría bien.

La danesa observó la escena y asintió con la cabeza en un gesto de admiración y gratitud.

—Admito que, cuando conocí las circunstancias de su matrimonio, pensé mal de usted. Pero veo que en realidad es un buen hombre. Entiendo por qué Sol siempre ha temido hacerle daño.

—«Sol» —repitió Antonio. Sonrió—. Sol… Te pega mucho.

54

Era imposible distinguir dónde acababa el Mediterráneo y dónde empezaba el cielo. El amarillo del amanecer se fundía con los reflejos del tímido sol que se asomaba tras el mar y con el vapor de la bruma. Aquel amanecer no era uno cualquiera, sino el último que las sirenas verían en Fontanada. Después de lo sucedido habían decidido que era el momento de levantar el preciado asentamiento que les había dado cobijo durante siglos. La construcción del hotel atraería a turistas y a emprendedores, y cada vez les resultaría más difícil protegerse de las miradas curiosas. Según les había explicado Victoria, había otras comunidades parecidas a la suya en alguna de las islas griegas y pensaba que las recibirían de buen grado. Quienes quisiesen podrían marcharse por mar junto a ellas, y las que no eran libres de volver a la península y empezar de cero donde nadie las conociese. La mayoría decidió surcar las olas en busca de su nuevo hogar.

—Al final yo soy el único que va a quedarse aquí atrapado —se lamentó Daniel en el embarcadero de madera.

El velero apareció en el horizonte abriéndose paso entre el sinfín de colores.

—Ya vienen —murmuró Sonsoles, que cambiaba el peso de un pie a otro con nerviosismo.

A un lado tenía a Oda y, al otro, al señorito Daniel, que rodeaba con los brazos a Salva, de pie delante de él. El velero se detuvo junto al embarcadero y Paz echó el ancla. Victoria fue la primera en tocar tierra. Como de costumbre, se bajó de la embarcación con la agilidad de una adolescente, pero tan pronto como vio al pequeño, se quedó congelada.

El velero estaba mucho más cargado de lo habitual, a pesar de que algunas mujeres se habían bajado para no regresar. Presenciaron algunas conmovedoras despedidas, convertidos en intrusos que no sabían muy bien dónde meterse. Aguardaron con paciencia hasta que por fin se acercaron a ellos con cautela, como si temiesen que Victoria o el pequeño Salva pudiesen desvanecerse si pisaban con demasiada fuerza.

—Me alegro mucho de veros otra vez. —Sonsoles se inclinó para dirigirse al niño—: Salva, estas son unas amigas de tu tío y mías.

—Hola, Salva… —dijo la mujer, con una timidez inusual en ella—. ¿Puedo…? ¿Puedo darte un abrazo?

Sonsoles creyó que el niño se negaría, poco acostumbrado a los extraños de natural y encerrado en sí mismo desde lo que había presenciado en las salinas, pero no dudó un segundo a la hora de asentir. Daniel dio un paso atrás y dejó que la mujer se agachase para abrazar al pequeño. Le fue envolviendo poco a poco, como quien acuna un huevo a punto de resquebrajarse, con cuidado de no romperlo. No se atrevió a estrecharlo hasta que el niño alzó las manos para agarrarse a ella. Por mucho que lo intentase, Victoria no logró contener las lágrimas. Por el contrario, Salva estaba tan tranquilo que no parecía él.

—Tu pelo parece de sirena… —dijo el pequeño, mientras tocaba una de las largas trencitas de la melena de Victoria.

La mujer rio mientras Daniel y Sonsoles intercambiaban una mirada de asombro. Eran las primeras palabras que pronunciaba desde hacía varios días. Victoria se alejó para darle un poco de espacio.

—¿Te gustan las sirenas?

—Me dan miedo… Se llevaron a mi madre.

Se hizo un silencio solo interrumpido por el arrullar de las olas que rompían contra la cubierta del velero. Pobre niño, pensaron. ¿Cómo de afectada debía de estar su mente para que hubiese sido más fácil imaginar a bestias marinas bajo el agua que aceptar lo que de verdad sucedió? Pese al escepticismo de los adultos, Salva señaló a Oda.

—También querían llevarme a mí, pero ella me salvó. No se llevan a la gente buena.

Oda se encogió de hombros para decir, en silencio, «no tengo ni la menor idea de lo que está hablando». A pesar de lo absurdo de sus palabras, nadie se atrevió a llevarle la contraria. Si era lo que necesitaba creer para seguir adelante, que así fuese.

—Entonces ¿te da miedo el mar? —preguntó Victoria, con la voz entrecortada por la preocupación.

Salva negó con la cabeza. Aun así, la mujer no se sintió capaz de hacerle la pregunta que venía después. ¿Y si decía que no? ¿Y si la odiaba por ser su madre y le perdía para siempre?

Daniel se agachó junto a su sobrino y le giró para que le mirase.

—Salva… Me temo que este año no vas a poder ir al instituto. Pero, en lugar de eso, vas a ver lugares preciosos, tan hermosos que

ni siquiera podrías soñarlos. —Sonsoles entendió que aquella era su señal y le tendió la bolsa de viaje que había cargado desde el palacete. Daniel sacó de su interior un bloc de dibujo y unas acuarelas nuevas—. Me gustaría que pintaras todos esos paisajes para mí. Para que cuando vuelvas yo también pueda verlos. ¿Te parece bien?

Salva negó con la cabeza de nuevo.

—No quiero irme… No si no vienes tú también.

—Entonces ¿prefieres quedarte en casa conmigo y con el abuelo todo el invierno? ¿Los tres solos?

El niño negó, esa vez con aún más ímpetu.

—Pero tampoco quiero que te quedes tú.

—Yo soy mayor, puedo ir y venir cuando me apetezca. No te preocupes por mí. —Le frotó el pelo hasta despeinarlo—. Eres demasiado pequeño para preocuparte por los mayores. Así que deja que Victoria te cuide.

Daniel logró decir todo aquello sin quebrarse, pero Sonsoles sabía que había tantas grietas en su interior que el más mínimo temblor podría derrumbarle. El doctor de Salva había escuchado sus delirios sobre las sirenas y el mar, y había concluido que el mal que le afligía no tenía nada que ver con el océano, sino con el impacto emocional que le habían causado todas aquellas muertes. Daniel le pidió sinceridad: él no era como la señora de Vargas, solo quería ayudar a su sobrino. El hombre aseguró que sería difícil que su mente se sanase en aquella casa. Salva temía al hombre de la torre, pero también a los fantasmas de su abuela, Alba y Arias. Daniel consideró la posibilidad de enviarle a un internado en el extranjero, en Gran Bretaña o Suiza, para que pusiese en práctica todos esos

idiomas que la señora de Vargas le había hecho estudiar y para que no tuviese la necesidad de volver a enterrarse en vida en Fontanada. Parecía el paso más lógico, sin embargo, ¿cómo iba a mandarle a un lugar donde no conocería a nadie, tan tímido como era y en el estado en que se encontraba? Se aseguraría de que su sobrino conociese mundo y de que saliese de su cascarón, de que no siguiese sus pasos. Él sería el último Vargas de Fontanada. Pero, antes de desplegar las alas, se dijo que Salva necesitaba nutrirse de un amor y un afecto que los habitantes del palacete nunca habían podido darle. Así se haría fuerte y podría dejar atrás todos los malos recuerdos. Los internados y universidades en lugares lejanos tendrían que esperar un poco más. Un curso, dos quizá. Ya se vería.

La mujer tendió los brazos hacia el niño.

—¿Puedo…? ¿Puedo cuidarte igual que tu mamá? —preguntó, con un nudo en la garganta y sin apenas aliento.

La que hasta entonces había sido su madre jamás había hecho tal cosa, pero nadie se molestó en aclararlo y Salva pareció entender a qué se refería. No porque lo hubiese experimentado en sus propias carnes, sino porque se había pasado toda su infancia anhelándolo. Aunque tuviese el corazón dividido, y a pesar de su recelo habitual ante los extraños, Salva volvió a abrazar a Victoria y dejó que le aupase en brazos, sin importarle que ya fuese un niño grande. Permanecieron así unos cuantos segundos, pero cuando empezó a caminar hacia el velero, el niño pidió que le bajase. Corrió para abrazar a su tío y después estrechó a Sonsoles con tanta fuerza que casi la tiró al suelo. Le hizo una seña para que se agachase y le susurró al oído unas palabras que le pusieron el vello de los brazos de punta.

—Nana, ten cuidado con las sirenas. Sabían tu nombre.

Con tan perturbadora despedida, volvió a los brazos de Victoria y se marcharon juntos. Por fin, madre e hijo estaban reunidos.

—¿Qué te ha dicho? Te has quedado más pálida que un espectro —bromeó Daniel, pero ella fue incapaz de sonreír en respuesta.

—Nada, que le diga adiós a Toño de su parte —mintió.

Su sobrino se enfadaría mucho cuando supiese que su amigo se había marchado sin avisarle.

Se despidieron de todas las valientes mujeres del mar e incluso Paz se mostró conmovida por un adiós que tenía regusto a «hasta nunca». Cuando le tocó el turno a Dolores, Sonsoles le tendió de vuelta la caracola musical.

—Ya no me hace falta.

—¿Te ayudaron cuando las necesitaste?

—Creo que sí —asintió, aunque no se atrevió a preguntarle «¿Quiénes?».

Las mujeres se subieron al velero e izaron el ancla. El viento soplaba a su favor y enseguida ganaron velocidad sobre el tenue oleaje.

Sonsoles tenía la sensación de que se había vuelto una sentimental, y se encontró a sí misma conteniendo las lágrimas. Oda le rodeó los hombros con el brazo y la sostuvo contra su pecho. Solo con sentir su calidez, su cuerpo entero se calmó. Daniel, agotado y triste, apoyó la cabeza sobre su hombro. Permanecieron así durante algunos minutos, oteando el barco que se perdía en el mar cálido, como si entre el cielo, el agua y las velas del barco pudiesen encontrar un atisbo de su futuro, alguna pista o señal. Un mañana que esperaban o que temían, puede que ambas a la vez. Una brisa

de aire con sabor a sal se levantó de pronto y los golpeó por sorpresa.

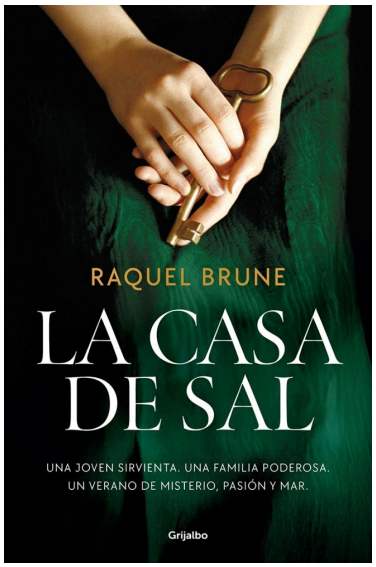
—Empieza a hacer frío —susurró Sonsoles.

—En cuanto quieras darte cuenta, será invierno —confirmó Oda, antes de depositar un suave beso sobre su sien.

Daniel les dio la razón.

—Ahora sí que se acabó el verano.

Una joven sirvienta.
Una familia poderosa.
Un verano de misterio, pasión y mar.



A los veintiséis años, Sonsoles deja su pequeño pueblo natal para servir en el imponente palacete de los Vargas, dueños de las salinas que sostienen la prosperidad de una ciudad de la costa mediterránea. Allí se encuentra con un entorno estricto, manejado con mano dura por una matriarca que inspira tanto respeto como temor.

Con el paso de las semanas, Sonsoles comprende que los habitantes de la mansión esconden más de una sombra. Viejos agravios, alianzas incómodas y silencios impuestos tejen un entramado que la

joven deberá aprender a descifrar si quiere sobrevivir en una casa donde incluso la verdad tiene dueño.

Ese verano, varios hombres aparecen asesinados y la ciudad se sumerge en el miedo. Nada encaja y cada descubrimiento sacude las certezas de Sonsoles, que tendrá que decidir hasta dónde llega su lealtad hacia los Vargas..., justo cuando el amor irrumpe por primera vez en su vida y la obliga a enfrentarse a lo que realmente desea.

Con el talento de las grandes narradoras, Raquel Brune nos ofrece la emocionante historia de una mujer que se atreve a desvelar la verdad, aunque eso signifique desafiar al poder y a sus propios temores.

Raquel Brune (Madrid, 1994) es graduada en Publicidad, Relaciones públicas y ADE, pero su verdadera pasión siempre ha sido la literatura. Empezó a escribir en 2019 y desde entonces ha publicado siete novelas, entre ellas *Oscura es la noche* (Ediciones B, 2023). Su amor por los libros la llevó a convertirse en divulgadora literaria y, en la actualidad, es considerada una de las prescriptoras de habla hispana más reputadas.

La casa de sal, su nueva obra, supone un paso adelante en una carrera literaria que destaca por la caracterización de los personajes y las grandes ambientaciones, y por un elemento de leyenda que añade una capa única a su universo de ficción.



Primera edición: marzo de 2026

© 2026, Raquel Brune
en colaboración con Agencia Literaria Antonia Kerrigan
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marina Martinez
Fotografía de portada: © Ilona Wellmann / Trevillion Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-733-4

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

La casa de sal

Primera parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

Segunda parte

- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Tercera parte
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Sobre este libro
Sobre Raquel Brune
Créditos